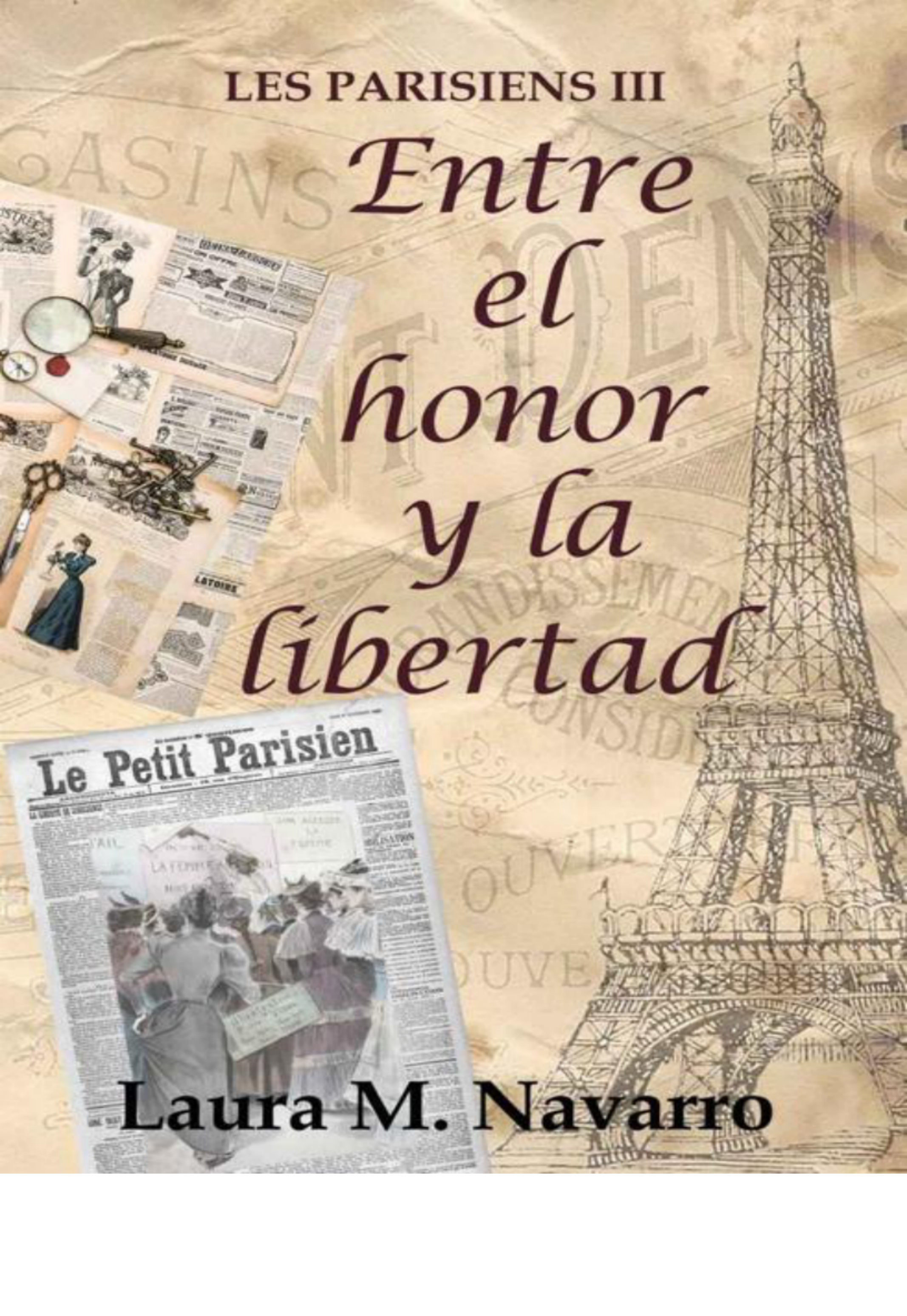

LES PARISIENS III
Entre el honor y la libertad
Le Petit Parisien
Laura M. Navarro

LES PARISIENS III

Entre el honor y la libertad

Laura M. Navarro

Para todas las mujeres

maravillosas de mi vida.

En especial para Irene y Lorena.

TABLA DE CONTENIDOS

La inferioridad de las mujeres no es un hecho

de la naturaleza, es un invento humano,

una ficción social.

MARIA DERAISMES

PRÓLOGO

Edificio de la Prefectura de Policía de París

25 de enero de 1888

Sofía se acurrucó en una esquina de la celda en la que se encontraba, agotada y sumida en una inmensa preocupación por las consecuencias que su detención tendría para su familia y, en especial, para su pobre hija. Mientras esperaba la llegada del comisario, se abrazó las piernas y ocultó el rostro entre las rodillas en un intento de esconder el miedo que sentía a las mujeres que compartían con ella aquel oscuro y sucio habitáculo en el que las habían encerrado. Se arrepentía de haber sido tan incauta y de no haber sido consciente de los riesgos que entrañaba el ir al centro de la ciudad esa mañana.

La cara de su pequeña se le aparecía una y otra vez en la mente. Sintió una puñalada de dolor en el estómago al recordar el sufrimiento que le causaría a la niña si a ella le pasase algo, y se le aceleró el corazón al pensar en la reacción de su hermano cuando se enterase de lo ocurrido. ¿Cómo había sido tan irresponsable? Sentía que las lágrimas se le escapaban de los ojos sin poder controlarlas, a pesar de hacer un esfuerzo titánico por permanecer serena y fuerte. Sabía que ella era una privilegiada y que, con un poco de suerte, saldría de aquel mugriento calabozo antes de ser llevada ante un juez. Sin embargo, se le rompía el corazón cada vez que miraba a las pobres mujeres que habían sido detenidas junto con ella. Algunas serían condenadas y encarceladas por el simple hecho de haber nacido en una familia sin recursos.

Se sintió culpable de su suerte y avergonzada por su cobardía. Ellas sí que eran valientes, auténticas heroínas que trabajaban de sol a sol sacando adelante a sus familias y dedicando el poco tiempo que les restaba a luchar por su libertad, aun a riesgo de acabar encarceladas o incluso muertas.

Su amiga Sarah se sentó a su lado y ambas se fundieron en un fuerte abrazo. El agotamiento y la debilidad que sentían después de tantas horas de encierro eran tan grandes que apenas les quedaban fuerzas para enfrentarse a los agentes, quienes, como si se tratase de animales, les arrojaban el plato de comida al suelo sin mostrar ningún tipo de solidaridad ni respeto.

Sabía que faltaban solo unas horas para que fueran trasladadas a un juzgado y que quizás nunca más volviese a ver a ninguna de esas mujeres, por lo que se recompuso, se levantó y pidió a las demás que se acercasen. Entre

todas formaron un círculo, se cogieron de las manos con fuerza y tras mirarse a los ojos repitieron al unísono: «Por nuestra dignidad, por nuestra libertad».

1

Warwick, Inglaterra

Un año antes

—Tranquila, *ma petite fille*, todo irá bien. Mamá está contigo —susurró Sofía mientras abrazaba a su pequeña Nichole, que lloraba desconsolada tras tener una pesadilla.

A pesar de ser una niña muy despierta y viva, hacía meses que se había vuelto más silenciosa y no tenía apenas apetito, algo que preocupaba enormemente a Sofía; temía que terminase enfermando. Las pesadillas y rabietas eran recurrentes cada día y noche. Siguiendo los consejos médicos de su amigo el señor Phillips, quien estuvo a su lado desde que la salud de James empezó a empeorar a causa de una neumonía, intentó tener paciencia y respetó, hasta donde pudo, sus cambios de humor para no incrementar su sufrimiento.

Una vez que logró calmarla y convencerla para que tomase un vaso de leche y un par de galletas, la arropó con ternura y, tras leerle un cuento, se quedó por fin dormida. Habían sido unos meses difíciles para todos, más aún para una pobre niña de siete años que había perdido a su querido padre.

Salió de la habitación de la niña, bajó al salón y se sentó en su escritorio. Tras dar un largo suspiro, cogió una hoja de papel y comenzó a redactar la carta que debía haber escrito hacía un tiempo y a través de la cual informaría a su hermano de su decisión de volver a París con su hija. Las palabras apenas le fluían en la mente; se sentía agotada, preocupada por Nichole e incapaz de continuar con su vida alejada de su familia. Había hecho un gran esfuerzo permaneciendo allí tras la muerte de James; sin embargo, la carga se le hacía cada vez más pesada e insoportable.

La muerte de su marido no los pilló por sorpresa. Varios meses de enfermedad presagiaban lo inevitable. A fin de evitar que su hermano tuviese que viajar con premura a Inglaterra para reunirse con ella, Sofía decidió avisar a su familia del fallecimiento una vez acontecido. Le sirvió de poco. Adrien llegó a Warwick apenas una semana después de recibir el aviso, con la intención de recoger a su hermana y su sobrina y llevárselas con él, pero tuvo que regresar sin ellas ante la negación de su hermana de abandonar su hogar.

Tras el viaje a la India, su hermano y su cuñada se mudaron una larga temporada a Italia. Los problemas legales de Annette con su exmarido

respecto a su divorcio les impidieron regresar a Francia como marido y mujer hasta que un juez les concedió el divorcio definitivo. Una vez que lograron contraer matrimonio instalaron su hogar definitivo en la casa familiar de los Mathieu en París. Sin embargo, Sofía no deseaba ser una carga para ellos, sobre todo desde que habían sido padres de un niño hacía poco más de dos años. Fue una decisión difícil, pero resolvió no abandonar Inglaterra hasta sentirse más serena y con mayor fortaleza para dejar su vida atrás una vez más.

Mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas, miró a su alrededor y los recuerdos de una vida feliz junto a James bañaron su mente y la hicieron llorar con rabia. ¿Por qué la vida los separaba tan pronto después de todo el esfuerzo que tuvieron que hacer para poder estar juntos? ¿Por qué el Dios al que tanto veneraba su marido había decidido llevárselo y dejar a su pequeña hija huérfana? ¿Por qué la vida se empeñaba en hacerla infeliz? Sofía no lograba hallar las respuestas.

En sus últimos momentos James le pidió que, en cuanto él falleciese, las dos regresasen a París con su familia. Ella, consumida por la pena, estuvo de acuerdo; era consciente de que ambas necesitarían una dosis enorme de cariño para superar su pérdida. Sin embargo, no se sintió con fuerzas para abandonar de inmediato el lugar donde descansaban los restos de su marido, ya que visitar su tumba cada día le hacía más llevadera su ausencia. Durante los meses posteriores al fallecimiento intentó recomponer sus vidas como pudo, pero la rutina sin James la asfixiaba. Ahora, por el contrario, ya se encontraba más fuerte y decidida después de año y medio y, de algún modo, se sentía mal por seguir negándole a su hija una vida más acomodada y agradable.

Suspiró y decidió que había llegado el momento de resarcirla por haber sido egoísta y haber antepuesto en el pasado el amor a la calidad de vida de su pequeña. Resopló ante aquel pensamiento quizás injusto. ¿Qué otra cosa pudieron hacer James y ella si querían vivir juntos? Su único camino pasaba por abandonarlo todo y marcharse lejos, aunque ello implicase para ella un cambio drástico en su estilo de vida e incluso en su bienestar. ¿Por qué eran siempre las mujeres las que se veían forzadas a huir dejando todo atrás para poder ser felices? Ningún hombre sería obligado a tomar una decisión semejante por tener una amante o enamorarse de una mujer.

Tras casi una hora tratando de completar la carta y numerosos intentos en los que terminaba arrugando el papel y arrojándolo al otro lado de la mesa, por fin la terminó. Con una mezcla de sentimientos se levantó y fue hacia la cocina para prepararse una infusión relajante. Su querido James le había enseñado todo sobre las plantas medicinales y cómo usarlas, algo por lo que siempre le estaría agradecida, puesto que le sirvió para sentirse útil durante los largos meses que duró la enfermedad, al ser capaz de ayudarle con sus síntomas y malestar. Mientras hervía el agua, buscó todos los cuadernos y notas de James para llevárselos consigo a París. Estaba segura de que allí le

serían igualmente útiles, sobre todo con Nichole, quien era obvio tardaría en recuperarse de una pérdida tan amarga. Además, no dudaba de que para ella aquellos apuntes recopilados por su padre con esmero durante tantos años serían un tesoro.

A pesar del tiempo transcurrido, los recuerdos de Nichole junto a su padre volvieron a hacerla llorar. Ambos habían desarrollado una relación maravillosa llena de complicidad y ternura, a través de la cual la niña aprendía cada día cosas nuevas que la fascinaban. La pequeña había heredado el amor hacia las plantas y Sofía no dudaba de que llegaría a ser una gran boticaria de adulta, algo que ella estaba dispuesta a propiciar proporcionándole los mejores estudios y formación posibles. No iba a detenerse hasta ver como su hija se licenciaba en las universidades más prestigiosas, si eso era lo que ella deseaba hacer, y para ello, necesitaba regresar a su país y contar con la ayuda de su familia.

Dispuesta a hacer de esa causa su motor para poder superar la pena que la consumía, se fue a dormir con la esperanza de que su hermano llegase lo antes posible y marcharse de allí con él para comenzar una nueva vida.



Aunque Adrien partió hacia Inglaterra una semana después de recibir la carta de su hermana, su llegada se retrasó otras dos más debido al mal tiempo que dificultó todo el trayecto en barco y en tren, para desesperación de Sofía, que no veía el momento de fundirse en un fuerte abrazo con su hermano.

Con la ayuda de sus queridos vecinos logró organizar todo lo necesario para el viaje. Le dolía tener que dejar atrás los recuerdos, pero no podía llevárselos todos. Seleccionó los más importantes para ceder hueco en su abultado equipaje a las pertenencias de su hija.

Estaba ocupada con la selección de las cosas que iba a regalar entre los niños pobres de las escuelas de los alrededores cuando oyó la voz de su hermano en el piso de abajo. Soltó de golpe el abrigo que estaba revisando y corrió para encontrarse con él. Al llegar al salón, le vio saludar a la señora Morris y dejar una gran caja en una de las mesas. Nada más verla, abrió los brazos para acogerla en un largo y ansiado abrazo.

—*Oh, ma chérie,* por fin —dijo a la vez que le acariciaba la espalda con ternura. Ella se refugió en su pecho y lloró desconsolada—. ¿Por qué has tardado tanto en pedirme que viniese a por ti? ¿Cómo has podido pasar por esto tú sola? No he dejado de pensar en ti y en Nichole ni un solo día.

—Lo siento. Estuve paralizada durante meses sin ser capaz de tomar ninguna decisión. Después necesité tiempo para asumirlo sin alejarme de él… —articuló con la voz ahogada por la emoción que la embargaba.

—Está bien, cariño. No te angusties más. No te estoy juzgando —le

susurró consciente del dolor que sentía su hermana al hablar del tema—. Ven, sentémonos para que podamos hablar.

Sofía volvió a abrazarse a su hermano y él le levantó el rostro para observarla unos instantes. En ese momento Adrien sintió que se le encogía el corazón: unas profundas ojeras enmarcaban sus preciosos ojos. Llevaba el pelo recogido en un sencillo moño, nada que ver con los habituales y bonitos recogidos a los que los tenía acostumbrados. Su piel estaba pálida y pudo comprobar que los pómulos se le marcaban más de lo habitual, probablemente por una acusada pérdida de peso. Le susurró que la quería y la atrajo hacia su pecho de nuevo.

—Sofía, debiste escribirme antes. ¡Ha pasado un año y medio! —suspiró con pesar—. Hubiese hecho todo lo posible por venir a por ti desde Italia, París o desde la China. ¿Cómo estás?

—Bien. El tiempo cicatriza todas las heridas para que al menos dejen de sangrar. Me ha costado mucho entender por qué la vida nos separó. No pensé que ocurriría de forma tan precipitada. Sabíamos que su recuperación era difícil, sobre todo debido a los problemas que James acarreaba en uno de los pulmones a raíz del disparo que recibió hace años, aunque nunca perdimos la esperanza… Sin embargo, la rueda de mi destino volvió a girar, esta vez en nuestra contra.

—Deberías habernos dejado acompañarte, cielo.

—No he estado sola… He necesitado un tiempo para reorganizar mi vida, saber qué hacer, cómo enfrentarnos a la vida sin él… Mi hija nació aquí, esta es la tierra de su padre y aquí tiene a una comunidad que la quiere y cuida de ella. De mí también. No podía pensar en nada más que en aliviar el dolor de mi pequeña hija.

—Las lágrimas inundaron sus ojos como un torrente incapaz de ser contenido—. No podía separarte de tu familia hasta no estar segura de lo que quería hacer.

—Tú también eres mi familia y sabes que haría cualquier cosa por ti, *ma chérie*. Annette me aconsejó no venir a buscaros por mi cuenta, a pesar de tu carta. Ella te conoce casi mejor que yo y supo entender tu deseo de estar sola y tranquila.

Sofía hundió la cabeza en el pecho de su hermano. No podía confesarle que uno de los motivos por los que no le había avisado antes era la vergüenza que sentía por complicar su vida de nuevo. Adrien la besó con cariño en la sien mientras le acariciaba el brazo.

—Tranquila. Todo ha pasado ya. A partir de ahora, estaremos juntos y lograrás superar este dolor. Annette está deseando verte. Le habría encantado viajar conmigo. Sin embargo, Jean Michel aún es muy pequeño y demasiado travieso para un viaje tan largo. —Sonrió de forma tierna.

—Estoy deseando conocerlo. —Se llevó las manos a la cara, avergonzada—. No soporto más la idea de vivir separada de vosotros.

—No te angusties más. Ya has tomado la decisión y aquí estoy, listo para

llevarte conmigo y ayudarte en todo lo que esté en mi mano. Estoy seguro de que Nichole agradecerá la compañía de su primo. Es igual de intenso y alegre que su madre. Va a estar detrás de ella todo el día —comentó en un intento de animarla.

—Ojalá logre superar la pérdida de su padre. Siento un enorme dolor por ella.

—Entre todos lo conseguiremos. Ahora descansa y no te preocupes por nada. Yo me ocuparé de todo.

Ella soltó el aire que notaba atascado en el pecho desde hacía meses con un profundo suspiro. Asintió con la cabeza mientras intentaba secarse las lágrimas, aliviada por no estar sola. Se regaló unos minutos sanadores entre los brazos de su querido hermano y luego trató de recomponerse. Sabía que, a pesar de la ayuda de su hermano, quedaba mucho por hacer y debía centrarse si quería tenerlo todo listo en unos pocos días. Deseaba marcharse de allí lo antes posible para refugiarse en sus seres queridos e intentar olvidar los amargos meses que había vivido en aquella casa.

—¿Qué hay en esa caja? —preguntó intrigada.

—Un regalo para Nichole. Es una preciosa muñeca que le compré en Londres de camino hacia aquí —dijo mientras se levantaba para enseñársela.

—Gracias, estoy segura de que le encantará. Es preciosa.

Adrien sintió que se le rompía el corazón en mil pedazos al escuchar el tono triste y apagado de su hermana. Regresó a su lado para abrazarla de nuevo y en ese momento se prometió que haría todo lo posible por hacerlas felices y verlas sonreír de nuevo.

2

Tres semanas después

Sofía tomó una profunda bocanada de aire en cuanto llegaron a los terrenos de la mansión familiar. Hacía varios años desde la última vez que se había hospedado allí. Los recuerdos de su infancia la inundaron. De inmediato se alegró de haber regresado al lugar en el que había sido inmensamente feliz con su familia. Suspiró esperanzada al pensar que, quizás allí, su hija volviese a recuperar su habitual alegría.

La mansión de los Mathieu era una preciosa casa de piedra blanca de dos pisos rodeada por varios jardines, a la que se accedía a través de un bonito camino enmarcado por setos perfectamente cuidados y repleto de esculturas de diosas griegas y romanas. En el segundo piso destacaba un majestuoso balcón decorado con inmensos jarrones de mármol llenos de flores, donde Sofía solía pasar las tardes de primavera pintando con su padre. Sin embargo, era en el jardín posterior de la casa donde ella y Adrien pasaban la mayor parte del tiempo cuando las temperaturas aumentaban. Allí jugaban y se entretenían al aire libre junto con Annette y sus hermanos, ya que la mansión de los Dufour estaba justo enfrente. Ambas casas se comunicaban a través de aquel gran jardín, en medio del cual había un invernadero acristalado que sus padres habían construido para ellos y donde se divertían haciendo todo tipo de actividades como pintar, leer, o alimentar a los pájaros que vivían en una enorme jaula en uno de los laterales.

El carruaje se detuvo en la entrada de acceso a la casa y, antes de que tuviesen tiempo de bajar, Annette salió impaciente a recibirlos. En cuanto Sofía puso el pie en el suelo sintió el cálido abrazo de su amiga y se echó a llorar.

—Cielo, tranquila, ya estás aquí con nosotros, ya estás en casa —le repetía Annette al oído para reconfortarla.

Sofía esbozó una pequeña sonrisa en agradecimiento, se separó de ella y ayudó a bajar a su hija Nichole. Annette se acercó a la niña con ternura y le dio un cariñoso beso mientras le acariciaba la cara.

—*Bonjour, ma chérie*. Te he preparado una habitación preciosa. Estoy segura de que te va a encantar. Está justo al lado de la de Jean Michel y ambas se comunican por dentro para que podáis estar juntos siempre que queráis. Vas a ser muy feliz aquí —comentó a la vez que seguía acariciándola. La niña la miró con pena y asintió con un leve movimiento de cabeza. A continuación, la pequeña se giró hacia Adrien y de forma instintiva fue hacia él y le cogió de

la mano. Aquel gesto en busca de protección le emocionó. Sin dudarlo, él la cogió en brazos y le dio un fuerte abrazo.

—*Ma petite fille*, ven, entremos en casa. Te enseñaré todo para que sepas dónde está cada cosa. Esta casa es muy grande y así podrás moverte por ella como desees —dijo Adrien con el inmenso amor que sentía hacia la niña instalado en sus ojos.

Annette y Sofía los siguieron a paso lento, agarradas del brazo.

Tras acomodarse en sus respectivas habitaciones, se reunieron en el salón para tomar un té caliente. Sofía cogió a su pequeño sobrino y se sentó al lado de Annette, feliz de poder tenerle en sus brazos mientras Adrien y Nichole seguían inmersos en su visita por todas y cada una de las habitaciones y salas de la mansión. La niña parecía estar agradeciendo la cariñosa compañía de su tío, quien se esmeraba por complacerla y hacerla sentir como en casa.

—Sofía, cielo, no sabes el alivio tan enorme que siento ahora que ya estáis con nosotros. Entendí tu deseo de permanecer allí, pero la separación nos estaba consumiendo. Si hubieses cambiado de idea habríamos acudido a tu encuentro de inmediato —dijo Annette mientras acariciaba la mano de su amiga.

—Gracias —dijo con la cabeza baja.

—¡Qué pena más grande lo de James! —murmuró Annette con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya sabes que nunca se recuperó del todo y cada cierto tiempo, sobre todo en invierno, se resentía de los pulmones. Por más que intentamos aislar la casa, no fue suficiente y la humedad y el frío se filtraban por las ventanas. Supongo que todo contribuyó a que no lograse recuperarse esta vez… —resopló.

—Lo imagino. No entiendo cómo has podido vivir tantos meses allí, sola, sin tu familia. —Dio un largo suspiro—. Bueno, no hablemos más de ello. Ahora quiero que descanses y te recuperes. Nichole necesita vernos fuertes para que pueda sentirse tranquila y segura.

—Lo sé, llevo muchos meses intentando ser fuerte por ella… Ya pasó lo peor. Los primeros fueron los más duros, aunque no he estado sola en ningún momento. Jamás podré agradecer a todos nuestros vecinos y amigos lo que hicieron por nosotras. No obstante, la vida sigue de forma inevitable. Ahora me encuentro mucho más serena y fuerte, aunque hablar de lo ocurrido me trae recuerdos muy amargos y me emociona. Sé que estar aquí con vosotros nos va a ayudar mucho —comentó con más confianza de la que en realidad sentía mientras apretaba la mano de Annette con fuerza.

En ese momento se les unieron Adrien y Nichole, quien ya había memorizado las principales puertas y lo que escondían. Se sentaron juntos en un sillón frente a ellas mientras la niña miraba maravillada todo a su alrededor.

—¿Te gusta la casa, cielo? —le preguntó Annette.

—Sí, tía, es muy bonita… —respondió con timidez y un bonito acento

inglés.

—Esta casa es tuya. Puedes ir de acá para allá siempre que quieras —dijo Annette con una cálida sonrisa.

La pequeña miró a su madre con los ojos abiertos como platos al oír aquella afirmación, algo que hizo sonreír a Sofía.

—Sí, lo sé. Esto es muy distinto a nuestra casa en Inglaterra, ¿verdad? Sin embargo, este es nuestro origen. Aquí nacimos tanto el tío Adrien como yo y ahora volvemos a estar todos unidos… —Sofía tragó saliva y carraspeó en un intento de contener las lágrimas—. ¿Ya has visto tu habitación?

La niña sonrió y asintió. Todos rieron al ver como se le encendían las mejillas al recordar lo que había visto.

—Se ha quedado literalmente sin palabras cuando ha entrado —comentó Adrien divertido—. Y todo gracias a su preciosa tía, que es quien ha decorado la habitación como si en ella se fuese a instalar una princesa de cuento.

—No se merece menos y a partir de ahora es como va a vivir, como una auténtica *princesse*. Espera a ver los vestidos que te he comprado —afirmó Annette a la vez que le guiñaba un ojo.

—Tampoco hace falta que la abrumemos con tanta ostentación —replicó Sofía.

—No es ostentación, querida, es darle lo que por derecho le corresponde —comentó Annette—. Eso sí, habrá que ganarse esa vida palaciega con un buen comportamiento y responsabilidad.

—*Yes, auntie, I promise* —murmuró. A continuación, nada más percatarse de que había usado la lengua en la que hablaba con su padre, bajó la cabeza con gesto triste.

Adrien la atrajo hacia él y la abrazó.

—Todo está bien, cielo. Tranquila. Puedes usar la lengua que desees con nosotros. Si hay veces en las que te reconforta hablar en inglés como hacías con tu padre, puedes hacerlo. No tengas miedo a hacer siempre lo que te dicte el corazón. *Is that alright?* —dijo y la besó en la frente.

—*Yes*… —susurró con el rostro escondido en el hombro de Adrien.

—Vale, deja de llorar y cómete uno de esos pastelitos que han preparado para ti. Te van a encantar y no vas a querer comer nada más a partir de ahora, ya lo verás —le dijo al oído. Ella le obedeció y, tras dar un primer bocado, emitió una graciosa y sonora sonrisa que hizo reír a todos los demás.



Annette los informó que su hermano Julien se uniría a ellos durante la cena y que había enviado una carta a Thierry, su otro hermano, invitándole a visitarlos junto con su esposa y sus dos hijos para pasar unos días en familia. Estaba dispuesta a levantar el ánimo de su querida amiga y de su adorada

ahijada recreando la maravillosa infancia que ellos vivieron en aquellas dos casas.

Julien llegó con un bonito ramo de flores para Sofía y una caja de chocolates para Nichole. Sabía que era un detalle insignificante, aunque esperaba poder aliviar un poco su pena.

—Gracias. No hacía falta que trajeses nada —le dijo Sofía tras agradecerle el gesto con un fuerte abrazo.

—Es solo un pequeño detalle sin importancia… Siento mucho lo que pasó. Me hubiese gustado poder viajar a Inglaterra con Adrien para ofrecerte mi apoyo y condolencias, pero me fue imposible. Mi hermano Thierry estaba de viaje en Austria y alguien debía permanecer aquí para ocuparse de la galería de arte, la fundación, las escuelas… —Su voz destilaba amargura—. Aunque… si me lo hubieses pedido, habría acudido en tu ayuda.

—Muchas gracias, Julien. No te preocupes por nada. Soy consciente de nuestras obligaciones familiares. He preferido hacerlo así. Necesitaba tiempo para asimilarlo. Nunca estuve sola; allí formamos una gran familia con nuestros queridos vecinos. Siempre nos prestaron su ayuda, apoyo y cariño. Los echaré mucho de menos… —suspiró.

Él la miró con pena y alargó la mano para acariciar la suya. Ella le agradeció el gesto con una tímida sonrisa.

—No hablemos de cosas tristes —les pidió Adrien para evitar que los amargos recuerdos volviesen a su vida—. Vayamos a cenar.

Durante la cena, Adrien y Annette no pararon de contar divertidas anécdotas de su viaje a la India hacía ya varios años. Los demás escuchaban entretenidos su relato mientras disfrutaban de la comida que culminó con una deliciosa tarta de chocolate que hizo las delicias de Nichole, quien había heredado el amor de su madre por los postres.

Un rato después, y tras acostar a los pequeños de la casa, Annette y Sofía regresaron al salón donde Adrien y Julien las esperaban mientras conversaban. Annette les ofreció una copa de un rico licor de naranja y cúrcuma que habían traído de Delhi. Sofía se sorprendió por el intenso sabor y sonrió al ver como Annette se deleitaba con cada sorbo.

—Si no fuese por el calor y la humedad, me habría quedado allí eternamente —dijo Annette con una sonrisa.

—No me lo recuerdes —comentó Adrien con un gesto de agobio—. Creo que durante esos meses perdí más líquido corporal que en toda mi vida…

—¡Qué exagerado! —replicó Annette.

—No exagero ni un ápice. Estabas feliz; te encantaba ir vestida con un simple sari y no con todo lo que llevas puesto aquí. Sin embargo, yo tenía que guardar las apariencias un poco más —le respondió con una mirada intensa.

—A veces… —dijo lanzándole un beso al aire.

Julien y Sofía se miraron y bajaron la mirada sonriendo con timidez.

—Me encantaría haberos visto por aquella ciudad —masculló Julien con ironía.

—Te habrías escandalizado muchísimo de ver a tu hermana medio desnuda todo el día por la casa.

—¡Adrien! —le recriminó Annette.

—Es verdad… es cierto que allí se viste de forma distinta. Sin embargo, tú te lo tomaste al pie de la letra y decidiste ir fresquita cada día —le guiñó un ojo.

—Y tú bien que lo agradecías… En cuanto podías…

Julien carraspeó incómodo.

—Hermana, no creo que sea necesario que nos hagas partícipes de tus momentos íntimos con tu esposo. Nos hacemos una idea…

Annette entrecerró los ojos para mirar a Julien mientras fingía sentirse ofendida.

—Eres demasiado recto, hermano. Creo que te vendría muy bien hacer un viaje así.

—En otro momento, quizás. Ahora estoy muy ocupado.

—Sofía, ¿sabías que Julien es el director de la escuela para niñas que abrimos a principios del año pasado aquí en París? —preguntó Annette.

—No, no lo sabía. ¿Cómo puedes ser el director de una escuela ubicada en una ciudad en la que no resides? —Miró a Julien con gesto de extrañeza.

—Vivo aquí desde entonces. —Sofía alzó las cejas con sorpresa.

—¿Te has mudado a París? ¿Y tu trabajo en Hamburgo? —le preguntó.

—Sí. Alguien tenía que hacerse cargo ahora que ellos están tan ocupados con Jean Michel.

—Sabes que puedo encargarme de varias cosas a la vez, Julien. Es solo que está un poco alejada y no quería pasarme tanto tiempo fuera de casa —respondió Annette.

—¿Por qué has aceptado ese cargo? Estás muy ocupado con tus propias clases en la universidad —preguntó Sofía—. Ya sabes que en otras escuelas hemos elegido a una directora de nuestra confianza y nunca ha habido problemas.

—Desde que me mudé aquí decidí que quería involucrarme más en los temas de la fundación, y en especial en el funcionamiento de las escuelas.

—¿Has renunciado a tu trabajo en la universidad de Hamburgo? —Sofía no daba crédito a lo que escuchaba.

—De momento necesito estar aquí. He pedido una excedencia. Doy algunas clases en la universidad de París. Desde hace un tiempo me encargo también, junto con Thierry, de los asuntos de la fundación y de la galería de arte.

Annette miró a Sofía con un gesto que ella no supo descifrar, aunque algo le decía que aquella decisión la sorprendió en su momento.

—Dentro de unas semanas, cuando nos hayamos hecho al ajetreo de la gran ciudad y estemos plenamente instaladas, me encantaría visitar las instalaciones y conocer a las profesoras —los informó Sofía.

—También hay profesores… —añadió Julien.

—¿Cómo dices? —Sofía frunció el ceño al oír lo que Julien acababa de decir. Era la primera vez que se involucraba a hombres en la enseñanza de las niñas en las escuelas de su fundación.

—He creído conveniente que las niñas reciban la mejor educación posible y eso pasa por contratar a buenos profesores, con independencia de su sexo —admitió Julien—. ¿Hay algún problema?

—No, imagino que no, siempre y cuando tengamos clara cuál es la ideología de esos hombres y la educación e ideas que les ofrecen a las niñas…

—La docencia no tiene por qué estar unida a ninguna ideología, Sofía. Son buenos profesores que dan su materia sin entrar en otros temas —aseveró Julien.

—¿Estás seguro? ¿Hay alguna profesora asistente en el aula durante las clases? —Sofía seguía sin entender por qué se había tomado tal decisión sin haber sido informada. Miró a su hermano y a Annette buscando una explicación. Ambos se limitaron a encogerse de hombros.

—Estoy seguro —contestó un poco molesto—. Conozco a varios de esos hombres desde hace tiempo y son magníficos profesores y expertos en su campo.

—Te avisaré cuando decida ir a conocerlos —afirmó Sofía.

—Como desees… —murmuró Julien desviando la vista hacia la chimenea.

Los cuatro permanecieron en un incómodo silencio hasta que Julien lo rompió al levantarse para despedirse. Los demás se retiraron a sus habitaciones. Mientras, Sofía decidió ir a la biblioteca para escoger un libro y así poder leer durante un rato antes de dormir. Desde hacía muchos meses le costaba conciliar el sueño y solo lo lograba tras beber una tila calmante y un tranquilo rato de lectura.

Sin embargo, y a pesar de haber elegido un libro interesante, no fue capaz de concentrarse; la conversación con Julien la había inquietado. Confiaba en él, aunque sospechaba que quizás no hubiese sido cuidadoso a la hora de elegir a los profesores, al anteponer el prestigio de esos docentes a la prudencia. La implicación que debían mostrar hacia la causa feminista debía ser total para poder formar parte del tipo de escuelas que sus respectivas familias habían creado por todo el país e incluso en ciudades del extranjero. No podía permitir que hombres con algún tipo de ideología contraria a la defendida por su fundación mermasen la libertad con la que educaban a esas niñas. Decidió que no retrasaría demasiado su visita; algo le decía que las cosas no se estaban haciendo de la forma correcta.

3

Una semana más tarde, Julien llegó a la escuela a la misma hora de siempre tras acabar sus clases en la universidad y se quedó sorprendido cuando encontró a Sofía sentada esperándole en su despacho.

—Buenas tardes. —Sofía se levantó y fue a saludarle.

—Buenas tardes —respondió Julien con el ceño fruncido—. No te esperaba hoy. No me has avisado de tu visita. —Cerró la puerta con cuidado y caminó hacia la mesa para dejar los libros que portaba.

—Ya te dije que tenía intención de venir y no deseaba molestarte para algo tan sencillo.

—¿Y qué te parece la escuela? —preguntó mientras se acomodaba en su sillón de director. Sofía le observó y esbozó una ligera sonrisa.

—Me resulta extraño ver a un hombre sentado en ese puesto.

—¿Por qué? Yo hago mi trabajo con la misma dedicación que lo haría una mujer.

—No lo dudo. Sé que eres un magnífico profesional. Sin embargo, es la primera vez que una de nuestras escuelas tiene un director.

—Sofía, la igualdad no se obtiene cometiendo los mismos errores que cometen aquellos con los que no estamos de acuerdo. Te pido que juzgues mi labor en esta escuela por mis actos, no por mi sexo. Además, creo que es necesario que Adrien, Thierry y yo mismo nos involucremos de forma más directa en las escuelas de nuestra fundación, puesto que somos parte de ella, igual que Annette y tú.

Ella le miró fijamente a los ojos y luego suspiró. Lo que le pedía era justo. Pasó a otro tema.

—¿Puedo ver los informes de los profesores?

—Puedo mostrarte algunos…

—Quiero verlos todos, Julien.

Él apretó los dientes, se levantó y fue a una cajonera a buscar lo que le pedía.

—Ten, aunque no sé qué es lo que pretendes encontrar, la verdad. Todos los docentes que trabajan aquí fueron minuciosamente seleccionados.

Sofía cogió los archivos que le puso sobre la mesa y comenzó a leerlos. Empezó por las profesoras, sobre las cuales tan solo quiso que le aclarase un par de dudas. A continuación, se detuvo en el primer hombre: Maxime Roux, profesor de Historia y Geografía.

—¿Qué referencias tenemos de este hombre? —quiso saber sin levantar la mirada de los papeles.

—Le conozco personalmente. Ha sido profesor en Alemania y hemos coincidido en varios seminarios. Es un excelente profesor y bastante liberal en su pensamiento.

—¿Con *liberal* a qué te refieres?

—Me refiero a que apoya la causa feminista. En más de una ocasión he hablado al respecto con él y siempre se ha mostrado a favor.

—Entiendo… ¿Está al corriente de que no puede expresar su opinión en las clases?

Él la miró sin entender.

—Me refiero a que su materia es muy susceptible a interpretaciones personales…

—No estoy en absoluto de acuerdo, Sofía. Como historiador afirmo que la historia se basa en hechos y datos reales, no en simples opiniones.

—Eso depende de cuáles sean tus fuentes, Julien. No dudo que las tuyas sean las mejores, pero hay tratados y libros que dejan mucho que desear y que son bastante parciales en su análisis.

—¡No es el caso del señor Roux! —protestó elevando un poco la voz—. Es un gran profesional que amablemente dedica parte de su tiempo libre para formar a esas niñas. No podrías encontrar un mejor profesor.

—Tranquilo, tan solo quiero asegurarme de que todo está bien… Aun así, me entrevistaré con él en los próximos días para ver la impresión que me da. Mi intuición no suele engañarme… Pasemos al siguiente.

Julien resopló con fuerza y se recostó en el respaldo de la silla.

—Hugo Rousseau, profesor de Física y Química. ¿Qué sabemos de él?

—Ha sido profesor en diferentes liceos del país y ha publicado varios artículos en diversos periódicos. Llegó a la ciudad hace cinco años. Le conocí gracias al señor Roux en un encuentro navideño de profesores en mi universidad. Es amigo personal de Léon Richer. Él fue quien le sugirió escribir algún artículo para su periódico, *Le droit des femmes.* Ya sabes que Richer nunca publica nada que vaya en contra de la lucha feminista.

—A pesar de ello me inquieta esa amistad.

—¿Por qué? Creía que eras admiradora de la labor que tanto Richer como Maria Deraismes llevan a cabo en la cuidad desde hace años.

—Lo soy, y mucho. No obstante, ya sabes que el señor Richer no apoya el sufragio femenino y ese es un pensamiento que no quiero introducir en nuestras escuelas, Julien. La lucha feminista no estará completa hasta lograr el derecho al voto para las mujeres, y tú lo sabes igual que yo.

—Eso va a llevar mucho tiempo, me temo.

—No si trabajamos duro…

Julien puso los ojos en blanco y volvió a resoplar.

—Vayamos con el último… Auguste Clement, profesor de Matemáticas y Geometría —dijo y se cruzó de brazos de golpe—. Me estoy dando cuenta de una cosa que me acaba de poner de muy mal humor…

—¿Cuál es el problema? —quiso saber con desgana.

—¿Por qué motivo las asignaturas más complejas las dan los hombres?

—No sé a qué te refieres.

Sofía entrecerró los ojos y le miró con rabia.

—Julien, no me trates como si fuese boba. ¿Por qué no hay mujeres enseñando esas asignaturas? —preguntó mientras revisaba los perfiles de todas las profesoras del centro—. ¡Ajá! —exclamó enfadada—. Ellas solo dan Literatura, Lengua, Inglés, Alemán, Latín, Griego, Arte, Pintura… ¡No me lo puedo creer!

—¡No entiendo a dónde quieres llegar! Eran los puestos vacantes, Sofía.

—¿Los puestos vacantes en una escuela que se inaugura por primera vez? No insultes mi inteligencia. Habéis escogido a los profesores siguiendo un criterio absolutamente machista e intolerable. ¿Annette y Adrien están de acuerdo con esto? —preguntó sin dar crédito.

—Imagino que sí… Al menos, no me han comentado nada al respecto.

—¿Estaban ellos en París cuando se inauguró la escuela?

—No. Regresaron de Italia cuando la escuela llevaba meses funcionando. Han estado muy ocupados instalándose en casa con el pequeño Jean Michel.

—¿Thierry está al corriente?

—Más o menos; él ya tiene bastante con todo lo relacionado con la galería.

—Debiste al menos consultarlo conmigo —afirmó molesta.

—Sofía, ponerse en contacto contigo era un tanto lento y necesitaba darles una respuesta en poco tiempo si quería que colaborasen con nosotros. Además, no creí que fuese lo más adecuado dada la difícil situación por la que atravesabas.

—Me confirmas que fue expreso deseo tuyo el traer a esos hombres aquí…

—No al principio. Más tarde, tras el encuentro que tuve con el señor Roux, pensé que sería bueno para la escuela contar con la colaboración de tan excelsos docentes. No hay nada incorrecto en su labor. Tú misma podrás asistir a alguna de sus clases si lo deseas.

—Has tomado decisiones que van absolutamente en contra de lo que nuestra fundación defiende.

Ambos se miraron desafiantes.

—¡Por supuesto que no! Yo me he basado en su carrera y experiencia docente. Son personas de confianza.

—No los quiero aquí —afirmó Sofía tajante.

—¿Cómo dices? No pienso quedar mal ante ellos por una cabezonería tuya.

—¿Cabezonería? Julien, esto no es la universidad. Es una institución para niñas donde se las cuida, se las protege y se las instruye para que sean mujeres libres cuando crezcan. Esto no es un juego. Si cometemos algún error, todo podría irse al traste. Sabes a la perfección que hay muchas personas deseando buscarnos las cosquillas y que no dudarían en perjudicarnos.

—No seas paranoica, por favor. Ya te he dicho que son hombres de confianza e íntegros con un pensamiento muy parecido al nuestro.

—No quiero personas con un pensamiento parecido, quiero a gente que suscriba letra por letra lo que defendemos. En esto no hay medias tintas, Julien. O estás con la causa o no lo estás.

—Esa es una posición muy extremista que no comparto. Creo que nuestra labor debe basarse en proporcionar a estas niñas la mejor formación posible, ayudarles a completar sus estudios y apoyarlas cuando desean ampliarlos. El propio señor Rousseau permitió que a sus clases universitarias acudiese una mujer el curso pasado, a pesar de la oposición del decano. Creo que eso dice mucho de él.

—No me fío, Julien, lo siento. Tendré que asistir a sus clases para quedarme tranquila.

—¿Quieres hacer el favor de confiar en mi criterio? Tus dudas me ofenden.

—No dudo de ti, sino de…

—¿De qué? —la interrumpió.

—Julien, si queremos lograr la igualdad para las mujeres, la lucha debe empezar por dejar que seamos nosotras las que la encabecemos.

—Somos muchos los hombres que os apoyamos en vuestras reivindicaciones. No es justo lo que comentas.

—Lo sé. Sin embargo, vuestra labor es necesaria en las altas esferas. Es allí donde se nos veta poder participar. Os necesitamos para que rompáis las leyes existentes y nos ayudéis a crear otras nuevas que nos respeten y nos den peso y voz en la sociedad. Y eso pasa por permitir que las mujeres accedan a las mismas profesiones que los hombres. Quiero profesoras cualificadas enseñando a nuestras niñas para que nuestras escuelas sean un referente de igualdad y oportunidades. No podemos limitarnos a recrear el mundo de los hombres; así no lograremos nada.

—Me pones en un serio aprieto con ellos. No puedo decirles que ya no deseamos contar con su colaboración.

—No te preocupes, yo me encargaré de hablar con ellos.

—No. De ninguna manera.

—No te angusties, te prometo que esperaré a que acabe este curso y después les explicaré los motivos por lo que no vamos a contar con ellos en el próximo.

—Es totalmente injusto. Me niego —dijo dando un pequeño golpe en el escritorio.

—Quizás, pero como ya te dije, debemos mantenernos fieles a nuestra filosofía. Esta noche lo hablaré con Adrien y Annette y, si no están de acuerdo conmigo, me replantearé mi decisión. Eso sí, solo si los dos se oponen a mi criterio.

Sofía se levantó, cogió los informes y se puso el abrigo.

—Si no te importa, me los llevo para seguir estudiándolos en casa. Tengo

que irme. He quedado con Annette para comprar unas cosas para Nichole. Gracias por tu tiempo.

Julien se despidió de ella con un escueto adiós y se masajeó el cuello nervioso. Estaba claro que Sofía había llegado para alterar la que hasta ahora había sido su tranquila labor como director de la escuela. Resopló esperando no arrepentirse de haber aceptado dicho cargo.

4

Sofía no pudo esperar hasta después de la cena para hablar del asunto de la escuela con su hermano y su cuñada. Nada más llegar a casa les pidió reunirse con ellos en el salón.

—Quiero haceros una pregunta importante, así que, por favor, sed honestos —dijo con tono serio.

Adrien miró a su esposa con gesto de extrañeza en busca de una señal que pudiese indicar algún malentendido durante el tiempo que habían pasado juntas. Ella levantó los hombros sin saber qué ocurría.

—¿Qué pasa, hermana? Nos tienes intrigados…

—Esta tarde, antes de quedar con Annette, he visitado la escuela. Me ha gustado mucho el edificio que habéis escogido y las instalaciones son magníficas. No obstante, he descubierto algo que me ha inquietado mucho.

—¿De qué se trata? —preguntó Annette sin comprender aún.

—Le pedí a Julien poder ver los informes de todos los profesores. Los he traído a casa, por si deseáis verlos. ¿Os pidió él vuestra opinión para seleccionar a los docentes del curso?

Ambos se miraron y negaron con la cabeza.

—Cuando regresamos nos informó sobre todo lo concerniente a la escuela y de que había contratado a personas de su absoluta confianza —comentó Annette.

—Julien se encargó de todo sin apenas ayuda. Dada su experiencia en la universidad, confiamos en él sin dudarlo —añadió Adrien.

—¿No os opusisteis al enteraros de que eran hombres?

—No. Nos aseguró que eran muy buenos profesionales. Confiamos en él. Le agradecemos su implicación en nuestra ausencia. No ha tenido que ser fácil levantar esa escuela con la poca ayuda que pudieron prestarle Thierry y Marie Cécile —afirmó Adrien—. Sofía, ¿ha ocurrido algo que no sepamos?

—Me sorprende vuestra permisividad, la verdad. Sabéis que es la primera vez que hacemos algo así.

—Nos enteramos después de haberlos contratado. Al conocerlos, nos parecieron personas de fiar. Son profesionales serios y eso es bueno para las niñas, ¿no te parece? —Annette no terminaba de comprender el enfado de su amiga.

—¿Sabéis que esos tres profesores son los que imparten las asignaturas fuertes mientras que las profesoras se dedican a asignaturas menos relevantes? ¡Eso es lo que me parece grave! Más incluso que tener hombres metidos en nuestra escuela —comentó con enfado.

Adrien y Annette volvieron a mirarse, incómodos.

—No, eso no lo sabíamos —confesó Annette con un cierto rubor en las mejillas.

—Sofía, hemos estado muy ocupados poniendo la casa a punto para instalarnos de forma definitiva aquí. La escuela se inauguró antes de que llegásemos. No tenemos por qué desconfiar de su palabra. Él ha sido quien se ha encargado de todo —explicó Adrien.

—Julien dirige la escuela con mucha profesionalidad y buen criterio, Sofía. No hemos tenido ningún problema desde que él es el director, al contrario, las niñas parecen contentas y su rendimiento escolar es excelente —dijo Annette mientras intentaba calmar la aparente ansiedad de su amiga. Se sentó junto a ella y le cogió las manos—. ¿Por qué te muestras tan nerviosa? Tranquila, todo está bien.

—¿Estáis de acuerdo en que esos profesores continúen con su labor tanto este curso como en los posteriores?

—¿Cuál es tu opinión? —quiso saber Adrien.

—Creo que deberíamos mantener la política de nuestra fundación: mujeres luchando por las mujeres. De otra forma, no podremos estar seguros de que las niñas solo reciben la formación que más les conviene. Ya sabéis que siempre hay gente deseando dilapidar nuestra lucha.

—¿Qué propones, entonces? —preguntó Annette.

—Mi propósito es que terminemos el curso actual con su colaboración y después buscar otras opciones, por supuesto femeninas, para el próximo.

—Me temo que mi hermano no va a estar de acuerdo.

—Si me dais vuestro apoyo, tendrá que aceptarlo. No pretendo ponerle en ningún apuro. Comprendo su compromiso con ellos. Me encargaré de encontrar la forma de agradecerles su ayuda para que se marchen satisfechos.

—No quiero volver a discutir con Julien, Sofía. Ya sabes lo intransigente que es cuando cree en algo y, al parecer, está muy satisfecho con su labor. Quiero tener una buena relación con mi hermano ahora que vivimos tan cerca.

—¿Compartís mi opinión o no? —les volvió a preguntar y se levantó nerviosa del sofá.

Adrien resopló con fuerza.

—Sí, nos parece adecuada tu propuesta —dijo—. Eso sí, te dejamos a ti la responsabilidad de intentar convencerle…

—De acuerdo, yo me encargo —afirmó decidida—. Ah, una última cosa… Deberíamos renombrar la escuela. Si queremos hacer de ella un lugar de referencia, no podemos llamarla Escuela para niñas de París. ¿A quién se le ocurrió semejante nombre?

—En realidad, nadie pensó en un nombre… —murmuró Annette consciente de que no había dedicado demasiado tiempo a la escuela desde su apertura.

—¡Esto es increíble! Nombrasteis a Julien como nuevo director y no me informasteis y ahora me decís que la escuela no tiene un nombre como se

merece. Por lo que veo habéis dejado todo en sus manos.

—Sofía, no seas injusta. Hemos tenido muchas cosas de las que ocuparnos. Además, Julien no es un extraño, es miembro de la fundación como lo somos los demás. Tiene pleno derecho a dirigir la escuela y a ocuparse de todo lo que considere necesario —protestó Adrien.

—Lo sé. No obstante, siempre hemos consensuado todo antes de tomar cualquier decisión. No me gusta esta forma de trabajar tan individualista. Somos una fundación benéfica familiar y desde pequeños nuestros padres nos enseñaron la importancia de mantenerla así y de involucrarnos todos de forma personal para seguir ayudando. A partir de ahora yo misma tomaré las riendas de la escuela junto con Julien.

—Nos parece lo más correcto —dijeron los dos.

—Entiendo que estéis ocupados con vuestra vida familiar. Soy consciente del tiempo que resta criar a un niño pequeño. Yo dispongo de más tiempo ahora que Nichole es más mayor. De hecho, voy a trabajar como profesora y voy a inscribirla en la escuela para que estudie allí conmigo.

—Sofía, Nichole debería asistir a una escuela más prestigiosa. He estado mirando varias opciones y creo que la más adecuada es…

—No, Adrien. Al menos este año deseo tenerla conmigo. Ya veremos para el próximo curso.

—Como desees…

Tras la cena, Sofía decidió hacer una breve visita a Julien para informarle de su incorporación como profesora a partir del día siguiente. Mientras Sofía abandonaba el salón en dirección a la casa de los Dufour, Adrien y Annette se miraron preocupados, conscientes de que aquella decisión iba a causar desavenencias familiares.



—El señor está en su despacho —la informó el ama de llaves.

—Gracias, no hace falta que me acompañe.

Cuando Sofía entró en el despacho que había ocupado en el pasado su querido tío Didier notó cómo se le erizaba el vello de los brazos. Hacía muchos años desde la última vez que entró en aquella habitación y se sobrecogió al comprobar que todo seguía tal cual estaba antes de su muerte. Sus cuadernos de dibujo minuciosamente apilados en una esquina del escritorio, la lámpara de aceite situada justo al lado, la pluma que solía usar para firmar documentos apoyada junto al tintero, la estatua en bronce de Apolo bajo un cuadro que mostraba al dios griego y a su esposa Dafne y las estanterías repletas de cientos de libros que había ido adquiriendo a lo largo de su vida y en innumerables viajes.

Desde la entrada vio a Julien inmerso en una pila enorme de papeles y

libros, por lo que dudó de si era el mejor momento para molestarlo. Sin embargo, cuando estaba casi a punto de darse media vuelta para marcharse, él levantó la vista y se sorprendió de verla allí.

—Sofía, buenas noches. Me sorprende tu visita… —La miró contrariado.

—Lo sé, y lo siento. Veo que estás ocupado. Volveré en otro momento.

—No, tranquila. Pasa. Estoy cansado, creo que dejaré esto para mañana —afirmó mientras se masajeaba el cuello.

Ella se adentró en la sala y se acercó a una de las estanterías.

—Me he emocionado al entrar… está tal cual lo recordaba. Parece que voy a ver a tu padre en cualquier momento con su eterna sonrisa —dijo con nostalgia.

—Sí, no he querido cambiar nada. Me trae buenos recuerdos y me hace sentir menos solo en esta casa tan grande —suspiró.

—¿Por qué no vives con Annette y Adrien? Al menos evitarías la soledad.

—No, prefiero tener mi espacio. Tengo muchas cosas que hacer. Necesito tranquilidad y mi hermana es de todo menos tranquila. —Sonrió.

—Y el pequeño Jean Michel ha heredado su vitalidad, ¿no?

—Eso parece… ¿En qué puedo ayudarte?

Sofía caminó despacio de un lado a otro a la vez que se detenía a recordar momentos vividos en aquel lugar.

—Tan solo quería comunicarte mi intención de… —se detuvo para encontrar las palabras correctas— trabajar como profesora en la escuela. Ya sabes que es a lo que me he dedicado en Inglaterra todos estos años.

Julien se cruzó de piernas, se recostó en el respaldo de la butaca y la observó mientras ella acariciaba con cariño ciertos objetos que habían pertenecido a su padre.

—¿Eso te hará feliz?

—Mucho.

—Que así sea. Por mi parte, no tengo ningún impedimento en que lo hagas.

—Y, si no te molesta, me gustaría poder asistir como oyente a las clases de…

—Sabía que había algo más… —la interrumpió.

—No creo que les moleste… tan solo voy a escuchar y a aprender de ellos. Si como dices son tan excelentes docentes, aprovecharé la oportunidad para…

—Para controlar lo que hacen en el aula. Sofía, no son unos simples maestros de escuela. Es un lujo y un privilegio poder contar con su colaboración. Podrían ofenderse y no les faltarían motivos.

—Les haré ver que quiero disfrutar de sus conocimientos. No pretendo acudir a todas y cada una de sus clases, tan solo a algunas… las suficientes como para que sepan que estamos atentos a lo que ocurre dentro del aula.

—¡Eres imposible! —le espetó de mal humor.

—Julien, tan solo quiero hacer las cosas bien. No dudo en ningún momento de tu profesionalidad ni de la de ellos, pero no podemos perder la

esencia de nuestra fundación. Debemos tener mucho cuidado en la educación que les proporcionamos a esas niñas si queremos convencer a nuestros parlamentarios de que el cambio es real.

—Mi único objetivo fue dar a esas niñas la oportunidad de formarse con los mejores profesores en esas materias a la vez que añadir reputación a la escuela.

—La reputación no debe ser lo que nos mueva, Julien. Lo importante es hacer nuestra labor lo mejor posible. Ya sabes los motivos por los que Léon Richer y otros parlamentarios no apoyan el sufragio femenino. No creen que las mujeres tengan la formación correcta para tomar decisiones independientes sin la influencia de sus maridos o de los sacerdotes con los que se confiesan. Debemos ofrecer a esas niñas una excelente educación laica y republicana alejada de los preceptos de nuestros mayores enemigos: la Iglesia y la Monarquía.

—Te entiendo. No obstante, creo que es un error apartar a los hombres de la lucha.

—Los hombres habéis ejercido vuestro poder durante siglos, por lo que os resulta fácil seguir haciéndolo. No quiero correr riesgos. Es mejor que las niñas reciban formación de mujeres que están implicadas de forma personal en la lucha, créeme. Annette y Adrien me apoyan en esto. Dejaremos que terminen este curso y contrataremos buenas profesoras para el próximo. No te enfades, por favor. Juntos haremos de esta escuela una institución respetable y de la que se hablará mucho en unos años.

—Espero que tengas razón…

—Antes de marcharme querría añadir una cosa más…

Julien resopló.

—¿No crees que la escuela debería llevar un nombre más adecuado? —preguntó con un poco de temor a volver a enfadarle.

—En eso te doy la razón. Lleva el nombre que los abogados le pusieron cuando se firmaron los estatutos de constitución. ¿Tienes alguno en mente? —quiso saber, a pesar de sospechar que la respuesta sería afirmativa.

—Sí. Debemos votarlo entre todos… Había pensado en llamarla Olympe de Gouges, en honor a la gran labor que esa mujer hizo defendiendo los derechos de las mujeres en el siglo pasado.

Julien esbozó una leve sonrisa.

—¡Eres increíble! Me rindo…

Ella se acercó con una sonrisa maliciosa en el rostro y le dio un cálido beso en la mejilla.

—Lo sé, tú también. Recuerda: juntos seremos imparables —dijo y, tras guiñarle un ojo, se marchó. Julien se dejó caer con fuerza en el respaldo, cerró los ojos y volvió a sonreír. Aquella Sofía reivindicativa y testaruda le llevó de forma instantánea a revivir bonitos momentos de su adolescencia junto a ella.

5

—Buenos días a todos.

Sofía saludó uno a uno a todos los profesores de la escuela reunidos en el despacho del director. Julien la observaba con detenimiento.

—Les hemos convocado aquí para informarles de que la señora Wilcox me acompañará en las labores de dirección del centro a partir de ahora —les comunicó Julien.

—Si no les importa, prefiero que se refieran a mí como la señora Mathieu —replicó Sofía a la vez que clavaba la mirada en Julien.

Los demás asistentes a la reunión se miraron contrariados.

—Hasta hace poco he sido la señora Wilcox. Por desgracia, mi marido falleció hace algo más de un año, por lo que vuelvo a ostentar mi apellido de soltera.

—Pero legalmente seguirás siendo la señora…

—¡Julien! —le increpó Sofía—. Mi hija es la única que lleva el apellido de su padre. Las mujeres no pertenecemos a nuestros maridos y…

—Sofía, ha quedado claro. Gracias —protestó Julien con un ligero carraspeo. Ella le desafió con la mirada y prefirió dejar el tema para más tarde.

—Encantado de conocerla, señora Mathieu —dijo Maxime Roux mientras se acercaba a besarle la mano con cortesía.

—Igualmente, señor Roux.

Los otros dos profesores le siguieron y saludaron a Sofía con amabilidad. A continuación, ella se acercó a las profesoras y las abrazó una a una a la vez que les agradecía su compromiso con la lucha. Una vez terminadas las presentaciones, Sofía regresó al lado de Julien y dijo:

—Como bien ha dicho el señor Dufour, desde hoy trabajaremos todos juntos para crear un centro de referencia en la ciudad. Les agradezco a todos su colaboración y espero que su compromiso con la causa feminista sea auténtico.

Julien se movió nervioso.

—Intentaremos escolarizar al mayor número de niñas posible —continuó— y, si es necesario, ampliaremos las instalaciones. Debemos plantar la semilla del cambio de forma definitiva y eso solo lo lograremos si las educamos para que se conviertan en mujeres libres en el futuro. El señor Dufour me ha informado de su extraordinaria labor como docentes en varias universidades del país —dijo mirando a los hombres en la sala—. Quisiera agradecerles en especial a ustedes su compromiso y ayuda. Somos conscientes de que son personas muy ocupadas. Valoramos mucho que nos dediquen parte

de su tiempo.

Ellos agradecieron las palabras de Sofía con una ligera inclinación de la cabeza. Después observaron a Julien, que estaba de pie junto a ella con el ceño fruncido.

—El señor Dufour ha dirigido el centro de forma excepcional durante estos dos últimos años y seguirá haciéndolo —continuó—. Le agradezco su invitación a unirme a la dirección. De momento tan solo me dedicaré a ayudarles en todo lo que sea necesario e impartiré algunas clases divulgativas, a las que están todos invitados y en las que se tratarán temas vitales con los grupos de mayor edad. Se les informará en su debido momento. Les doy las gracias de nuevo.

Sofía permaneció al lado de Julien esperando una reacción por su parte. Unos segundos después, y cuando ya pensaba que le había ofendido con su pequeña declaración de intenciones, él apoyó las manos en el escritorio, la miró y dijo:

—Ya está todo dicho. Estoy seguro de que la llegada de la señora Mathieu traerá aires nuevos a la escuela. Por mi parte, me comprometo a seguir haciendo mi labor con la misma entrega y dedicación. Gracias.

Cuando todos habían abandonado el despacho del director, Sofía se giró hacia Julien, quien ahora miraba a través de la ventana.

—Te prometo que no me entrometeré en tu trabajo. Eres el director y como tal tendrás mi respeto. Yo solo quiero poder trabajar con las niñas, prestarles mi ayuda y colaborar con los profesores en todo lo posible. Lo demás te lo dejo a ti.

—Sueñas demasiado grande, Sofía. Temo que te decepciones si no consigues lo que tienes en mente —dijo sin mirarla.

—Nuestra fundación lleva varias décadas luchando y ahora estamos más cerca que nunca de lograr un avance. Debemos hacer un gran esfuerzo para no retroceder. Habrá personas que nos pondrán piedras en el camino, no lo dudo. Aun así, estoy dispuesta a todo por darles a esas niñas y a mi propia hija un futuro digno. Mi padre siempre decía que cuanto mayor sea la lucha, mayor será la recompensa. Yo estoy lista para ir a la batalla, espero que tú también lo estés.

Él guardó silencio.

—Ah, por cierto —añadió—, como has oído, vuelvo a ser Sofía Mathieu.

—Con ello solo vas a confundir a la gente. Legalmente seguirás llevando el apellido Wilcox a no ser que vuelvas a desposarte con otro hombre.

—No pienso comulgar con esa estúpida ley machista. No rechazo el apellido de mi querido esposo. Lo llevé con orgullo mientras estuvimos casados. Ya no tiene sentido. Yo no soy ni Marchand ni Wilcox. Soy Sofía Mathieu y lucharé para eliminar estas normas absurdas que solo buscan amarrarnos bajo el yugo de nuestros maridos.

Él se dio media vuelta para mirarla.

—Como desees —dijo y dio un largo suspiro—. Ahora debo marcharme,

tengo algo importante de lo que ocuparme. Que tengas un buen día.

—Igualmente —le respondió mientras sonreía.

—No todo lo vas a conseguir con esa bonita sonrisa, Sofía Mathieu —dijo con voz seductora mientras pasaba a su lado para salir del despacho.

—No es con eso con lo que pienso luchar. Una mujer que conocí en Inglaterra me dijo que solo las acciones tienen efecto, porque las palabras se desdibujan fácilmente. Ahí está nuestra lucha —dijo con una sonrisa amarga en el rostro, ya que aún no podía estar segura de si Julien entendería la importancia de lo que había planeado hacer.

Él se detuvo a escucharla, retrocedió unos pasos, se acercó a ella y, tras cogerle la mano, se la besó con delicadeza.

—*Ich gebe auf* —le susurró al oído.

—No te rindas tan pronto. Esto acaba de empezar.



El carruaje de Julien se detuvo frente a un bonito edificio en el centro de la ciudad. Con cuidado cogió el regalo que había comprado, se bajó del carro y se ajustó las solapas del abrigo para resguardarse de la molesta lluvia que había empezado a caer con fuerza. Llamó a la puerta y entró con prisa.

—*Guten Morgen, meine Liebe* —dijo mientras se acercaba para besar a la receptora del regalo—. Te he traído una sorpresa. Espero que te guste y que te ayude a sentirte mejor.

Ella le sonrió con ternura y lo cogió con los ojos brillantes, llenos de vida.

—*Dankeschön* —respondió con timidez.

Julien se sentó a su lado y, tras abrazarla, se dispuso a saber lo que había hecho la última semana. Se sentía culpable por no haber podido visitarla más a menudo, pero la llegada de Sofía había supuesto más ajetreo en su vida.

Una hora más tarde, se despidió con un cariñoso beso y le prometió que regresaría lo antes posible. Salió del edificio satisfecho de haber disfrutado al menos un poco de tiempo junto con ella y feliz de haber comprobado por sí mismo que su salud había mejorado.

6

Las siguientes cuatro semanas fueron agotadoras para Sofía. A su intenso trabajo en la escuela se unió la escolarización de su hija, Nichole. La niña se mostraba un poco retraída y de nuevo sin ganas de comer. Como el curso escolar estaba muy avanzado, optaron por permitirle faltar a la escuela de vez en cuando a cambio de recibir clases en casa con una institutriz.

Preocupada, intentó pasar más tiempo con ella cuando regresaban a casa, algo que la tenía totalmente agotada; apenas disponía de momentos durante el día para ella misma. Aquella actividad frenética le pasaba factura durante las noches y era incapaz de dormirse antes de la media noche ni con la ayuda de las infusiones que había aprendido a preparar junto con su querido James. La nostalgia se apoderaba de ella en los pocos instantes que tenía a solas después de acostar a la niña. Esa noche se asomó a la ventana y, tras comprobar que las luces en casa de los Dufour estaban aún encendidas, decidió ir a ver a Julien antes de acostarse. Apenas se habían visto esa última semana, ya que él aprovechaba su presencia en la escuela para dedicarle un poco más de tiempo a sus clases en la universidad. Su compañía le agradaba y debía reconocer que su reencuentro a su llegada a París había contribuido, a pesar de las pequeñas discrepancias entre ellos, a mejorar su estado de ánimo.

Rebuscó en los cajones y, para su sorpresa, lo que buscaba seguía en el mismo sitio de siempre. Lo cogió con una sonrisa divertida en la cara, salió de la casa por la puerta del jardín y se dirigió hacia la de los Dufour con sigilo. Nada más llegar a la puerta trasera que daba acceso a la casa, la abrió y entró con cuidado. Tras comprobar que no había nadie, caminó hacia el salón, donde esperaba encontrarlo. Llamó a la puerta y al no recibir respuesta la empujó despacio. Él levantó la vista, contrariado; no esperaba ninguna visita a esa hora de la noche. Nada más verla, se levantó del sofá en el que leía y buscó nervioso su chaqueta por la sala, consciente de que no estaba vestido de forma correcta para recibirla. Ella le observaba divertida.

—Sofía, no te esperaba. No me han avisado de tu visita… —dijo apurado al tiempo que se recolocaba la camisa dentro de los pantalones.

—Perdona mi atrevimiento. Sé que es tarde; no podía dormir y necesitaba charlar un poco con alguien. En casa están todos acostados. He visto luz y he decidido entrar.

Aquella imagen relajada de Julien le aceleró la respiración. Él estaba de pie, mirándola, con las mangas de la camisa levantadas, mostrando unos musculados brazos que la sorprendieron, el cuello desabrochado y los tirantes bajados. Al ser consciente de la mirada de ella, Julien se subió los tirantes de

inmediato y se abrochó la camisa, avergonzado.

—Perdona, estaba aquí solo leyendo y no…

—Julien, hay confianza, por favor, no te preocupes —dijo en un intento de relajar el tenso momento.

—¿Cómo has entrado?

Ella se sacó del bolsillo una llave y la agitó en el aire con una risita traviesa.

—No pensé que seguiría guardada, pero estaba en el mismo cajón de siempre. Me ha hecho revivir los nervios que sentía cuando intentaba entrar aquí sin ser descubierta.

Él focalizó la mirada en la llave y rio mientras sentía como se le encendían las mejillas.

—Nunca dejas de sorprenderme —comentó y se sentó de nuevo.

—Me alegra. Si hay algo que detesto es a las personas aburridas… quizás porque estuve varios años casada con el epítome del hastío antes de conocer a James —dijo con amargura—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Ella se acercó y se sentó en el otro extremo del sofá que había junto a la chimenea.

—¿Qué estás leyendo?

—*El príncipe*, de Maquiavelo. —Le mostró el libro.

—¿Cuántas veces lo has leído?

—Muchas, aunque cada vez que lo hago saco nuevas conclusiones. Nunca somos la misma persona cuando releemos un libro.

—¿Y cuál es la nueva? —preguntó Sofía mientras se acercaba a coger el libro.

—Ya sabes que soy bastante crítico con el poder y en especial con el ser humano. Al parecer da igual el tiempo que pase, siempre terminamos repitiendo los mismos patrones del pasado.

—El ser humano es egoísta, por eso no avanza. Para hacerlo debe dejar atrás muchas cosas y no está dispuesto a ello.

—Cierto —contestó Julien a la vez que se acomodaba en el sofá para escuchar un nuevo discurso en defensa de la mujer.

—Es por eso por lo que las mujeres evolucionamos más rápido. Somos prácticas y resolutivas; no nos importa apartar lo que ya no nos sirve o nos estorba.

Julien esbozó una sonrisa ante la pasión con la que hablaba.

—¿Qué estás bebiendo? —le preguntó con curiosidad tras fijar la vista en una copa que había en la mesita que tenían frente a ellos.

—Coñac.

Sofía cogió la copa y le dio un sorbo mientras le miraba. Él sostuvo los ojos clavados en ella.

—No sabía que bebías —dijo extrañado.

—No suelo hacerlo. Sin embargo, esta ocasión me parece perfecta.

—¿Qué tiene de especial? —comentó con la mirada aún fija en ella.

—Estar aquí, a solas, contigo… haciendo algo que me apetece. Volver a ser Sofía, no solo madre.

Él la estudió sorprendido ante aquel comentario.

—No me malinterpretes; ser madre es maravilloso, aunque también agotador. Yo soy una privilegiada y, aun así, acabo el día exhausta. Imagino cómo deben irse a la cama las pobres mujeres sin recursos…

—Últimamente tienes una vida muy ajetreada —afirmó con ironía.

—Un poco, es verdad, aunque en el fondo lo agradezco. De otra forma no sabría cómo ocupar todas las horas del día.

—¿Tenías una vida más tranquila en Inglaterra?

—Bueno… tenía muchas cosas que hacer, pero era un estilo de vida más calmado, quizás demasiado. Al principio, y tras todos los problemas que vivimos hasta que logramos llegar allí, lo agradecí. Lo que ocurrió con Alexander fue muy estresante. Sin embargo… —Se detuvo.

—Sin embargo… —repitió él animándola a continuar.

—Cuando James se recuperó tras el incidente, intenté ocupar mis horas con Nichole y me centré en ayudar en la escuela del pueblo y en abrir una nueva en una localidad vecina.

—Percibo cierta tristeza en tus palabras más allá de la que debes sentir por la pérdida de tu esposo. Perdona la pregunta… ¿fuiste feliz allí?

—Sí… lo era, aunque extrañaba cosas y a muchas personas…

—¿Cómo era tu vida con James? Si no quieres hablar de ello, lo entenderé.

—Su muerte fue muy triste, aunque intento hallar consuelo en la idea de que nuestro amor fue un regalo de la vida. Después del grave accidente con Alexander, pensé que James no se recuperaría. Sin embargo, a pesar de que nunca lo hizo del todo, logró mejorar y la vida nos regaló siete años juntos con los que no contábamos.

Julien le cogió las manos con ternura.

—James era un buen marido y un padre maravilloso para Nichole —continuó con los ojos llenos de lágrimas—. Eso es lo que más me entristece. Ella le adoraba. Tenían una relación muy bonita. Pasaban mucho tiempo juntos; ella le ayudaba en el jardín a recolectar las plantas y a guardarlas en unos tarros que disfrutaba decorando con colores mientras él le explicaba sus propiedades y usos.

—¿Cómo te adaptaste a una vida tan distinta a la que tenías?

—No me quedó más remedio… si quería vivir con él en libertad tenía que sacrificar ciertas cosas. No puedo negar que al principio fue duro, siempre guardando las apariencias, siendo la mujer perfecta del sacerdote del pueblo, sin poder salirme de los cánones de lo apropiado o moral y teniendo que comulgar con ideas que no comparto.

—¿Como cuáles?

—Ir a misa cada domingo, durante las festividades, cuando se celebraba algo especial… y cuando un vecino fallecía, otro nacía, en Pascua, en

Navidad…

Él la miró de hito en hito.

—Sí, lo sé… es abrumador, pero era lo que se esperaba de mí y lo que implicaba estar casada con James.

—¿No podías negarte? —Julien frunció el ceño sin comprender.

—Sí, en ocasiones muy puntuales. Si Nichole estaba enferma o yo no me encontraba bien podía quedarme en casa; poco más. Confieso que fingí muchas migrañas y problemas estomacales para zafarme de aquel martirio —comentó con una sonrisa amarga.

Julien no pudo evitar soltar una carcajada.

—Perdón. Imagino lo que debió ser para una mujer con tu educación laica…

—No te haces una idea…

—¿James te dejó educar a la niña alejada de la religión?

—No, se negó en rotundo. La bautizamos al año de nacer y se empeñó en instruirla en su fe. Eso es algo en lo que no estuvimos de acuerdo y que provocó muchas discusiones entre nosotros.

—Entiendo. Como sabes, mi madre era luterana y cuando se casó con mi padre a mi abuelo Gustav casi le da un infarto. Menos mal que mi padre era muy tolerante y no le importó que ella mantuviese su religión hasta el final de sus días… —comentó con melancolía—. Es curioso, pero los recuerdos más nítidos que tengo de mi madre son rezando junto a ella en su habitación cuando yo era muy pequeño.

—¿Crees en Dios? Al final vas a ser la oveja negra de la familia —replicó Sofía riendo.

—Entonces sí lo hacía. Rezar me unía a ella… Cuando murió dejé de hacerlo. —Guardó silencio.

—Perder a tu madre te marcó mucho.

—Sí, era una mujer extraordinaria: tierna, cálida a pesar de su aspecto distinguido y serio, muy cariñosa y divertida… aunque un poco melancólica desde joven.

—¡Te pareces tanto a ella! Y a tu abuelo Gustav.

—Sí, mis tíos siempre dicen que mi parecido con él es asombroso.

—Le admirabas mucho, ¿verdad?

—Sí, cuando era pequeño era mi modelo a seguir, el hombre en quien me reflejaba.

—¿Más aún que en tu padre?

—Mi padre era un gran hombre, lleno de ternura y compasión. Sin embargo, fue un alma libre. Yo admiraba la determinación de mi abuelo para conseguir todo lo que se proponía.

—¿Y por qué no te convertiste en médico como él?

—Ya sabes que la Historia me apasiona desde niño, eso se lo debo a mi padre y a sus lecturas sobre mitología cada noche. Además, cuando tenía unos cinco años, viajamos a Hamburgo para visitar a la familia materna y mis

padres nos llevaron a la consulta de mi abuelo. Cuando entré en aquella sala repleta de artilugios extraños dignos de la tortura más cruel y botes llenos con cosas que prefiero no recordar, decidí que la Historia tenía mejores cosas que ofrecerme.

Sofía rio a carcajadas al ver los gestos de repulsión y temor en su rostro.

—Has llegado muy lejos, Julien. Estoy muy orgullosa de ti.

Él la miró, le cogió la mano derecha y le besó la muñeca, como acostumbraba a hacer al despedirse de ella.

—Sacrifiqué demasiado para lograrlo…

—Si te compensa, habrá merecido la pena —contestó Sofía soltando su mano con delicadeza.

—A veces no lo tengo muy claro… —dijo mientras se levantaba para coger la botella de coñac y una copa para Sofía. Tras llenarla con un poco de la bebida, se la entregó.

—Brindemos por este momento —indicó Julien levantando su copa.

—Por muchos momentos perfectos como este.

Ambos se miraron con una intensidad que ya no recordaban. Sofía dio un pequeño sorbo y se levantó para marcharse al mismo tiempo que él estudiaba todos sus movimientos en silencio.

—Buenas noches, Julien.

—Buenas noches.

Sofía salió de la casa por el jardín y Julien se bebió su copa de un trago mientras pensaba en cómo la vida había vuelto a unirlos… aunque aún no vislumbraba con qué propósito.

7

Sofía se dedicó en cuerpo y alma a preparar de forma minuciosa la clase divulgativa que impartiría en unos días en la escuela. Era consciente de que la información que usase debía ser veraz y precisa a la vez que instructiva y fácil de entender. Durante una semana estuvo encerrada en la biblioteca de su padre organizándolo todo y haciendo unos dibujos que quería mostrar para facilitar la comprensión de algunos temas. Por más que Adrien y Annette quisieron saber qué hacía allí hasta altas horas de la noche, ella se negó a contar nada y los instó a esperar hasta el día escogido para ello.

Entusiasmada, llegó al colegio tras el almuerzo cargada de libros, cuadernos de notas y de dibujo. Tras dejar todo lo necesario en el aula donde impartiría la clase, fue al despacho de Julien para saludarle. Le encontró de muy mal humor.

—Buenas tardes, Julien, ¿qué tal estás? —preguntó Sofía en un intento de generar buen ambiente.

Con desgana él levantó la vista de unos papeles que leía y le respondió con un simple «Buenas tardes».

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan serio? Hoy hace un día soleado muy agradable.

—Sofía, no tengo tiempo para partes meteorológicos.

Ella borró la sonrisa del rostro y salió del despacho con paso firme mientras respiraba hondo. No iba a dejar que nada ni nadie le arruinase el momento. Regresó al aula y se dispuso a terminar de prepararlo todo para la clase que empezaba en apenas media hora. Al poco tiempo fueron llegando las primeras alumnas, quienes se sorprendían de verla allí en vez de a su profesora de Arte, la señora Couderc. Ella las saludaba con una amplia sonrisa y les pedía que tomasen asiento.

Cuando todas ocuparon sus pupitres, Sofía fue hacia la pizarra, desplegó un colorido poster que había hecho ella misma con el título *Tu cuerpo es tu templo: métodos anticonceptivos y profilaxis* y escuchó cómo las niñas murmuraban entre ellas y se preguntaban qué significaba aquello. Sonrió satisfecha: había captado su atención, algo esencial si quería que asimilasen los contenidos que les iba a enseñar.

Se giró para mirarlas y dijo:

—Buenas tardes a todas. Hoy tendremos una clase especial muy importante. Sé que habrá cosas que os hagan reír, no pasa nada, es normal, pero no quiero que os toméis esta clase como algo lúdico. Lo que vais a aprender hoy es de vital importancia para vosotras cuando seáis adultas. De

ello va a depender que tengáis el control de vuestro destino y no os veáis arrastradas a llevar una vida que no deseáis.

Las niñas se miraron entre ellas sin entender.

—Empezaremos por explicar un concepto básico —continuó—: la profilaxis. Esta palabra es un término médico que proviene de la palabra griega *prophylaxis*, compuesta por el prefijo *pro-,* que significa «antes», la palabra *phylax*, que quiere decir «guardián» y el sufijo *–sis,* que indica acción; es decir, la profilaxis se refiere a aquellas acciones que se toman para prevenir una enfermedad. ¿Lo habéis entendido?

Todas respondieron que sí al unísono.

—Perfecto, pasemos ahora a explicar el significado de la siguiente palabra: *anticonceptivo.* ¿Alguna tiene idea de lo que puede sugerir? —preguntó en un intento de averiguar si habían recibido alguna clase al respecto con anterioridad.

Ninguna se atrevió a levantar la mano.

—¿Nadie os ha hablado de esto antes? —quiso saber extrañada. La mayoría de las niñas tenían entre trece y catorce años, por lo que le sorprendió que ninguna profesora de la escuela les hubiese hablado de ello, al menos durante el curso anterior. En ese momento, Sofía recordó que el profesor de Ciencias era un hombre. Torció el gesto.

—Pongamos fin a esta ignorancia, entonces. —Y prosiguió con su explicación—. La palabra anticonceptivo se refiere a prevenir la concepción de un hijo. ¿Cómo? Os preguntaréis… Pues bien, os voy a enseñar algo que os va a sorprender.

Sofía fue hacia su maletín y sacó una caja. Se acercó a ellas y la abrió.

—Esto —dijo sacando un objeto con cuidado— es un preservativo.

Todas lo miraron con atención sin saber qué era mientras Sofía se acercaba a ellas para que pudiesen verlo más de cerca.

—Esto es algo que se usa para evitar un embarazo cuando no se desea ser madre. Es relativamente nuevo, pero en otros países como Inglaterra ya se pueden adquirir. No son baratos, pero al menos es un avance. Lo importante es que conozcáis su existencia —comentó a la vez que observaba sus gestos —. A vuestra edad ya os han contado cómo se concibe un hijo, ¿verdad?

—Solo un poco —respondió con timidez una de las alumnas sentada en la segunda fila.

«Un poco», repitió mentalmente Sofía y resopló.

—Conocéis la anatomía de hombres y mujeres, ¿no?

Ellas respondieron afirmativamente sin hacer comentarios.

—Me alegro —dijo y sacó un libro de gran tamaño que había traído con ella. Lo abrió y buscó una página en concreto. Cuando la encontró, se acercó a ellas y les dijo:

—Mirad bien lo que os voy a mostrar. Este cuadro que veis aquí muestra de forma muy clara para qué sirve este objeto.

Las niñas se llevaron las manos a la boca con gesto de sorpresa y se

echaron a reír a carcajadas. Sofía pudo comprobar como más de una se sonrojaba.

—Esto es una litografía titulada *La amante cautelosa*. En ella podéis ver claramente cómo la mujer infla con su boca este objeto —dijo sujetándolo con un par de dedos—. Esto le servirá a la mujer como método anticonceptivo para evitar quedarse embarazada y lo colocará sobre el miembro erecto de su pareja y, después, ya podrá introducirlo en su…

Nada más decir aquello, todas rompieron a reír de forma escandalosa mientras se acercaban cada vez más para observarlo.

—¿Os queda más claro cómo se utiliza? —dijo indignada. Ese mismo día tendría una conversación seria con Julien al respecto—. Es esencial que entendáis que, usando esto, esa mujer no solo evitará una concepción, sino también el contagio de cualquier enfermedad grave que pueda acabar con su vida.

—¿Quién ha pintado eso? —preguntó una alumna.

—Fue pintado por Nicolás Francois Octave Tassaert en el año 1860.

Las alumnas no paraban de cuchichear y de reírse de forma sonora mientras observaban la litografía con pudor.

Mientras tanto, Julien acababa de salir de su despacho e iba camino de la salida cuando oyó el escándalo en el aula. Se acercó hasta allí curioso por saber qué estaba provocando semejante jaleo. Abrió la puerta y vio a Sofía rodeada por las niñas. Intrigado se acercó a ver qué ocurría.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es este alboroto? —dijo en un intento de calmar la situación. Todas las alumnas se volvieron para mirarlo y regresaron a sus pupitres de inmediato.

Sofía levantó la vista y nada más verlo suspiró intuyendo lo que venía a continuación.

—Julien, no te esperábamos. No obstante, me viene muy bien que te unas a nosotras para así poder tener una opinión masculina al respecto…

Él se acercó para ver lo que Sofía tenía en las manos y abrió los ojos como platos. Luego la miró con estupefacción.

—¿Qué estás haciendo, Sofía?

—Enseñar a estas niñas algo que nadie se ha tomado la molestia de hacer…

Julien vio en ese momento el cartel en la pizarra y suspiró.

—¿Y es necesario montar este escándalo? —dijo con el ceño fruncido.

—Bueno, el revuelo está justificado… se han alborotado un poco cuando han visto esto —comentó y le mostró la imagen.

Julien no dio crédito a lo que vieron sus ojos.

—¿Esto es necesario? —preguntó mientras apretaba los puños.

—Mucho. A pesar de su edad, no parecen tener claro cómo se concibe un niño, ni en qué consiste la copulación ni…

—Sofía, basta. Guarda eso inmediatamente. Esa materia le incumbe al profesor de Ciencias. No me parece bien que no me hayas informado de esta

barbaridad.

—¿Al profesor de Ciencias? Ese hombre no ha invertido ni dos minutos de su tiempo en explicarles a estas niñas nada de esto.

—Está aquí para otra cosa.

—¿Y para qué exactamente? ¡El cuerpo humano y su reproducción es parte de esta asignatura!

—¡No de esta forma! Esto es del todo inapropiado. ¡Cierra ese libro de inmediato!

—No pienso hacerlo. Deben saber a qué se enfrentan y cómo evitar un embarazo.

Julien apretó la mandíbula mientras notaba que su tensión aumentaba.

—¿Vas a recomendarles también leer al Marqués de Sade? —preguntó con sarcasmo.

—¡Tienen derecho a saberlo! —Sofía elevó tanto el tono de voz que atrajo a los otros profesores. Cuando Julien los vio, se giró hacia ella y le dijo:

—Guarda ese libro ahora mismo.

—No —respondió y le miró desafiante.

—Sofía…

—Señoras, caballeros —dijo ella dirigiéndose al resto de profesores, que los miraban boquiabiertos—, por favor, tomen asiento. Estamos en medio de una interesante clase sobre anatomía humana y reproducción. Les acabo de enseñar a las niñas un método anticonceptivo que traje de Inglaterra, donde es cada vez más común y que puede adquirirse sin problemas en las boticas. Por desgracia, solo las clases altas tienen acceso a ello…

Julien resopló con fuerza.

—Miren —dijo mostrando el preservativo—. Creo que es esencial que nuestras alumnas conozcan este tipo de cosas si queremos hacer de ellas mujeres sanas, fuertes y responsables —afirmó sin dejarse amilanar por la miraba feroz de Julien—. Sé que les puede resultar incómodo verlo en mis manos. No obstante, es vital para su futuro. Deben aprender todo acerca de sus cuerpos, de los de sus parejas y…

—Sofía, es suficiente.

Ella le observó durante unos instantes mientras se mordía el labio con rabia.

—No pienso permitir que se les oculte una información tan relevante. Les pido a todos que se marchen y me dejen continuar con la clase —ordenó levantando la cabeza con orgullo.

—No. Esta clase se acaba aquí —afirmó tajante Julien.

—¡No puedes prohibirme algo así!

—Sí puedo. Soy el director y quien decide lo que se hace o no dentro de estas aulas.

—¡Revocaré ese nombramiento! —bufó en voz alta.

—Haz lo que creas conveniente, pero mientras yo dirija este centro, no voy a permitir este tipo de… Una cosa es informar y otra muy distinta es eso

—dijo con desprecio señalando el libro.

—Esto es más importante para ellas que las matemáticas o la geografía.

—Ese es tu criterio, no el mío ni creo que el de todos los profesores que formamos parte de esta escuela —protestó dirigiendo su mirada a todos ellos, que se movieron nerviosos.

—Está bien, si no me permites hacerlo aquí, lo haré en cualquier otro sitio, pero te aseguro que estas niñas y todas las que vengan en años sucesivos aprenderán todo lo concerniente a sus cuerpos y su sexualidad —dijo, recogió sus cosas con rabia y sin dignarse a mirarlo salió en dirección al despacho principal.

Julien la siguió hasta allí y cerró la puerta con fuerza.

—¿Has perdido la cabeza? —le dijo con el rostro enrojecido de la rabia.

—No pienso hablar contigo aquí. Me marcho —afirmó mientras recogía sus pertenencias.

—Esto no va a quedar así —dijo en tono amenazante.

Ella le taladró con la mirada.

—Claro que no. Hoy me ha quedado claro que este puesto te queda muy grande.



Annette jugaba con su pequeño en el salón cuando oyó llegar a Sofía hecha una furia. Se levantó para saludarla, pero no tuvo tiempo: Sofía subió por la escalera de forma acelerada mientras murmuraba cosas que no entendía. Regresó junto a Jean Michel y a los pocos minutos la vio aparecer de nuevo con el rostro acalorado, cargada de papeles y un libro.

—Sofía, ¿estás bien?

—No, no lo estoy. No puedo estarlo… ¡esto es intolerable!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Annette estupefacta al ver a su cuñada en ese estado.

—¿Dónde está mi hermano?

—En su despacho ocupándose de unos asuntos.

—Dile que venga.

—¿Por qué? Ay, Sofía, no entiendo nada. ¿Puedes explicarme qué te ocurre?

En ese momento oyó llegar a Julien en un estado peor que el de ella.

—¡Menos mal que estás aquí! No vuelvas a dejarme con la palabra en la boca —le espetó Julien a la vez que la miraba con rabia.

—Por supuesto que estoy aquí; esta es mi casa. ¿Qué haces tú aquí?

Adrien salió de su despacho al oír las voces.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Que tu hermana ha perdido la razón, eso es lo que ocurre —dijo Julien.

—¡No te atrevas a insultarme! Yo solo estaba haciendo lo que debía.

—Ah, ¿sí? ¿Mostrar a unas niñas litografías de hombres desnudos y en ese estado… es tu labor en la escuela?

—¿Cómo? —preguntó Adrien sin comprender lo que acababa de oír. Miró a Annette para comprobar si ella sabía algo. Ella se encogió de hombros y fue a dejar al niño con el ama de llaves. —¿Alguien puede explicarme qué os pasa?

—Lo que pasa es que Julien no parece tener claro cuál es el objetivo de nuestras escuelas.

—Yo pretendo enseñar… ¡no pervertir a esas niñas!

—¿Pervertir? No puedo creer lo que acabas de decir —dijo Sofía mientras se quitaba la chaqueta, acalorada.

Annette volvió al salón y trató de poner orden.

—Vamos a ver, ¿qué ha ocurrido y por qué estáis tan enfadados? Sed claros de una vez.

—Tu hermano me ha prohibido continuar con mi clase, como si fuese el dueño y señor de la escuela.

—Les estabas enseñando a las niñas algo totalmente inapropiado e inmoral.

—¿Vosotros creéis que enseñar esto es inmoral? —dijo mientras abría el libro para enseñarles la litografía.

Adrien se quedó sin palabras mientras Annette soltó una sonora carcajada.

—Sofía, ¿de dónde has sacado eso? —quiso saber Adrien.

—Del despacho de papá. Debió de ser uno de los últimos libros que adquirió antes de su muerte. Me pareció de lo más acertado mostrarlo hoy en clase. Intentaba enseñar a los grupos de más edad todo lo relacionado con los métodos anticonceptivos y prevención de contagios.

—Esa litografía es demasiado explícita, Sofía. No se la puedes enseñar a unas niñas… —afirmó Adrien disgustado.

—¿Tú también piensas lo mismo? —preguntó con los ojos abiertos como platos—. ¡No me lo puedo creer! Pero ¿en qué familia habéis crecido?

—Sofía, querida, nuestros padres han sido muy tolerantes y abiertos. Aun así, jamás nos habrían enseñado algo semejante —comentó Annette ahogando la risa.

—No tienen ni idea de cómo se concibe un niño, Annette. ¿Cómo crees que van a evitar embarazos no deseados si ni tan siquiera saben lo que ocurre con los hombres cuando…?

—Sofía, ¡esto no tiene que ver con educar sobre sexualidad! No pienso consentir esto en la escuela, no mientras yo sea el director.

—Quizás ese sea el problema… Creo que se te ha olvidado el objetivo principal por el que nuestras familias crearon la fundación y la primera escuela… ¡proteger a las niñas y hacerlas libres!

—¿Así se las hace libres? ¿Exponiéndolas a ese tipo de imágenes obscenas? ¿Esa es tu forma de mostrarles una sexualidad responsable? —

protestó Julien y resopló con fuerza.

—Esa forma es mejor que la tuya que es del todo inexistente. ¡La escuela no es tu universidad! A esas niñas se las enseña a sobrevivir en un mundo de hombres que intentarán someterlas ¡y en muchos casos abusar de ellas!

—Por favor, ¿podemos dejar de gritar? —les espetó Adrien—. Sofía, a mí tampoco me parece del todo correcto, lo siento. Creo que hay otras formas de explicar lo mismo sin caer en el mal gusto.

Ella le miró mientras levantaba las cejas.

—¿Tú compartes la misma opinión? —Se giró para preguntar a Annette, que se acercó a ella para intentar calmarla.

—Querida, no, yo no considero que sea tan obsceno. Es cierto que es una imagen un poco fuerte, pero muy clara para mostrar lo que deben saber sobre el tema. Quizás deberías haber informado a Julien de antemano, ¿no te parece? —comentó bajando un poco la voz.

—Lo hubiese agradecido mucho, la verdad —dijo Julien con jactancia.

—No me habrías permitido hacerlo.

—No, como tampoco pienso permitir que vuelvas a hacer algo semejante y menos sin avisarme —la informó mientras fijaba su mirada en ella.

—No acepto tu puesto como director, me retracto de lo que dije y pido que volvamos a votar otra candidatura. ¡No eres la persona adecuada para estar al frente!

—Sofía… por favor, no nos volvamos irracionales. Lo que dices es una bobada, cálmate —le ordenó Adrien cansado de aquella acalorada discusión.

—Me marcho, no se puede hablar contigo y no pienso seguir aguantando tus reproches y malos modales —dijo Julien y se encaminó hacia la salida.

—¿Mis malos modales? ¡Esto es lo que me faltaba por oír hoy!

—Sofía, basta, por favor. ¡Te vuelves irracional cuando te enfadas! Se acabó la discusión. Esa imagen no es adecuada, tiene razón Julien. Estoy seguro de que encontrarás otra forma de explicar a esas niñas todo lo que deben saber de una manera más discreta y menos explícita. Y ahora dejadme que termine lo que estaba haciendo —dijo Adrien y regresó a su despacho mientras se masajeaba las sienes. Los gritos de Sofía y Julien le habían provocado dolor de cabeza.

—Sofía, ven, siéntate conmigo y cálmate, por favor —le pidió Annette.

Ella le hizo caso y se sentó a su lado con un mohín de disgusto en el rostro.

—Lo que Julien ha hecho hoy es inaceptable. Me ha dejado en evidencia delante de todos y me ha tratado como si fuese una persona externa a la escuela. Me ha desacreditado y no pienso permitirlo ni una sola vez más.

—Cariño, debes reconocer que quizás la imagen era un poco arriesgada, y más aún sin haberle advertido previamente.

—Es un mojigato… No puede llevar una escuela con esa forma de pensar. Así no lograremos nada.

—No lo es, sabes que no es así, solo quiere hacer las cosas bien. Para él es

muy importante el respeto y la reputación. Está trabajando muy duro y no desea que su labor se vea enfangada por ningún escándalo.

—Enseñar a las niñas todo lo que necesitan saber no es ningún escándalo; debería ser lo normal si queremos avanzar…

—Lo sé, cielo, pero no podemos ser tan radicales. Debiste informarle sobre la temática de la clase y mostrarle lo que pretendías usar. Quizás él te habría aconsejado y juntos habríais dado una clase magistral, estoy segura.

—¿Y por qué su opinión es más acertada que la mía? —preguntó indignada.

—No digo eso, me refiero a que quizás te habría mostrado otra forma de hacerlo…

—¡No puedo creer lo que dices! Annette, parece que estuvieses más a favor de ellos que de mí —afirmó con los ojos llenos de lágrimas.

—No, estoy contigo, aunque creo que no ha sido la mejor forma de hacerlo. Escucha, la próxima vez lo haremos juntas, ¿de acuerdo? Buscaremos otro tipo de materiales más apropiados y no quedará ni una de esas niñas sin entenderlo todo. Ven, te mostraré algo.

Sofía siguió a Annette hasta la biblioteca y se apoyó en el escritorio de su padre mientras la veía rebuscar entre las estanterías. Unos minutos después, Annette encontró el libro que buscaba y se acercó a ella con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Mira, esto lo compramos en nuestro viaje a la India. Hay muy pocos ejemplares y no podía regresar sin uno de ellos. Deseaba enseñártelo, aunque no había encontrado el momento adecuado. Hoy me has dado la excusa perfecta para ello.

—¿Qué es y por qué me lo muestras con tanto misterio?

—Mira, mira… —dijo mientras lo abría.

Sofía lo observaba boquiabierta mientras Annette pasaba las hojas.

—¿Dónde has comprado esto?

—En una librería en Bombay. ¿A que es maravilloso? —dijo riendo.

—Es… muy… cómo decirlo… extraño.

—No es extraño, es explícito.

—Está sin traducir, no se entiende nada —dijo Sofía estupefacta.

—Lo importante no es el texto… sino las imágenes.

Las dos rieron a la vez que Sofía daba la vuelta al libro para intentar comprender la postura que veía dibujada.

—Se llama *El gran libro del Kamasutra*. Me lo dijeron cuando lo compré y sirve… ya sabes… para practicar y pasarlo bien.

—¡Eres increíble! No me cuentes más, por favor, no quiero saber lo que mi hermano y tú hacéis en vuestra intimidad —dijo con las mejillas encendidas.

—No voy a hacerlo, tan solo quería mostrarte la reacción que has tenido al ver estas imágenes para que comprendas lo que esas niñas han podido sentir al ver algo así. Diría que la litografía es incluso más explícita que estos dibujos.

Sofía, no tengas en cuenta la reacción de Julien, es normal que se comportase así. Estoy segura de que se quedaría sin palabras al verlo en tus manos…

—¡Casi le da un ataque! —comentó Sofía riendo por lo bajo.

—No te enfades. Habla con él mañana y solucionad este malentendido, por favor.

—Está bien, lo haré, va a tener que escuchar unas cuantas cosas antes de mis disculpas.

—¡Qué terca eres! Bueno, olvidemos este tema. Déjame que te enseñe una imagen más —dijo Annette y las dos rompieron a reír.

Adrien entró en la biblioteca sin comprender por qué hacía unos minutos las había dejado enfadadas y ahora reían a carcajadas. Se frotó la frente y preguntó:

—¿Qué es tan gracioso?

Ellas al oírle cerraron el libro de golpe y Annette lo ocultó detrás de su espalda.

—Nada, solo intentábamos relajarnos un poco después de la discusión… —indicó Annette para desviar la atención.

—¿Ya se te ha pasado el enfado, Sofía?

—No del todo. Lo dejaré estar…

—Conociendo a mi querido cuñado, no creo que él haga lo mismo…

—Me da igual. Si me disculpáis, me voy a mi habitación para refrescarme antes de la cena y para ver a Nichole. Luego nos vemos.

Adrien la observó mientras salía y se acercó a Annette con paso lento.

—¿Qué escondes ahí?

—Nada, estoy apoyada en la mesa, eso es todo.

—Ah, ¿sí? —dijo con voz seductora al tiempo que se acercaba más a ella. Antes de que pudiese darse cuenta, le arrebató el libro de las manos.

—¿Le estabas enseñando a mi hermana el libro prohibido? ¿No lo habrás hecho con la intención de que lo use en sus clases? —preguntó asustado.

—No. Tan solo quería hacerle entender que es normal escandalizarse un poco al ver ciertas imágenes. Creo que he logrado convencerla y quizás mañana pida perdón a Julien.

—No lo creo…

—Puede ser…

—Ya que lo has sacado de su escondite secreto… esta noche podríamos leerlo un poco —dijo Adrien mientras le daba un beso en el cuello.

—Sería una pena devolverlo a su sitio sin leer, aunque fuese un poquito, ¿verdad? —le contestó con voz melosa.

—Absolutamente.

—Bueno, lo subiré a la habitación. Yo también necesito refrescarme antes de cenar. Te veo en un rato —dijo y le guiñó un ojo. Él la cogió de la cintura, la beso con pasión y salió de la sala con una amplia sonrisa en el rostro.

Tras la cena, todos se marcharon a sus habitaciones a descansar. Sofía seguía

alterada, por lo que, incapaz de dormir, se acercó a la ventana. Había empezado a llover, pero le apetecía respirar un poco de aire fresco. La abrió y, tras respirar hondo, le pareció ver a alguien al otro lado del jardín. Entrecerró los ojos para agudizar la mirada y lo que vio la sorprendió. Volvió a mirar para comprobar que la vista no la engañaba. Allí, en medio del jardín, Julien caminaba de un lado para otro bajo la lluvia. Estudió sus movimientos durante unos minutos, aunque no logró comprender los motivos por los que él había decidido empaparse bajo el intenso chaparrón. Pensó en bajar para ver si se encontraba bien. No tuvo tiempo. Unos segundos más tarde, él se detuvo cerca de la puerta, levantó la mirada y, nada más verla asomada, entró a la casa malhumorado. Sofía cerró la ventana y se sentó a leer sin poder quitarse aquella extraña imagen de la cabeza. Al día siguiente intentaría preguntar a Annette si aquel raro comportamiento era normal en su hermano.

8

Sofía pasó la noche en vela sumida en una lucha interna entre el honor y la libertad. ¿Debía haber un límite en la causa que con tanta pasión y dedicación defendía desde muy joven? ¿Era necesario mantener el prestigio de su familia por encima de todo lo demás? Su padre y el tío Didier habían sido muy valientes al posicionarse de forma abierta a favor de las mujeres desde muy jóvenes y habían luchado con tenacidad para defender los derechos de los más necesitados. Arriesgaron mucho para lograr incluir a todos esos pobres niños huérfanos en el sistema y nunca les importó lo que el resto de la gente opinase al respecto. ¿Por qué ellos debían moderar su trabajo? Los años seguían pasando y los avances a favor de la mujer eran muy lentos.

Era cierto que quizás se había aventurado demasiado y no supo prever la reacción de Julien, a pesar de intuir que no estaría de acuerdo con ella en el enfoque de sus clases. Sin embargo, sus reproches y férrea oposición la indignaron. A su hermano tampoco le gustó que usase un material tan explícito. No obstante, en ningún momento puso en duda su labor ni su competencia como profesora. Julien le debía una disculpa si quería que ella le perdonase por haberla dejado en evidencia delante del resto de profesores.

Durante el desayuno, Sofía le daba vueltas con el ceño fruncido a cómo disculparse ante él sin rebajarse mientras Adrien y Annette la miraban en silencio. Cuando se percató de que estaba siendo observada, dio un sorbo al té y dijo:

—¿Por qué me miráis de esa forma?

—Sofía, cielo, ¿has pensado en lo que te dije ayer? —preguntó Annette con cautela.

—Sí, creo que tenéis razón. Puede que elegir esa litografía fuese un error. No obstante, eso no justifica lo que tu hermano hizo.

—¿Aún sigues con eso? —le recriminó Adrien—, ¿cómo querías que reaccionase ante semejante imagen?

—Reconozco que es un poco…

—Yo no usaría el adjetivo *poco* para describir esa imagen… —comentó Annette ahogando una risita. Adrien giró la cabeza con lentitud para mirarla.

—No me mires así, cielo… Es obvio que…

—Dejemos el tema —los interrumpió Sofía—. No quiero volver a tener dolor de cabeza por su culpa. Iré a la escuela e intentaré hablar con él. Os advierto que no me disculparé a menos que él lo haga conmigo.

Los otros dos se miraron y suspiraron a la vez.

—¿Dónde está ese libro? —preguntó Adrien con curiosidad—. Me

gustaría ojearlo un poco. No vuelvas a llevarlo a la escuela.

—No, tranquilo, lo dejé en la biblioteca.

—Nunca había oído hablar de él… —dijo Adrien mientras se acariciaba la barbilla, pensativo.

—Yo tampoco, lo encontré por casualidad. No había pensado usar nada así, la verdad. De hecho, hice varios dibujos que pensé les ayudarían a comprender mejor lo que iba a explicar.

—Quizás era un libro prohibido que tus padres ocultaron en un lugar secreto… —murmuró Annette con una sonrisa pícara.

—Como el vuestro, ¿no? —Sofía entrecerró los ojos para mirarlos con atención.

—Más o menos… —Annette se mordió el labio, traviesa.

—Me dais miedo cuando empezáis con vuestras indirectas. Algo me dice que saldré perdiendo. Me voy. Tengo cosas importantes que hacer —dijo Adrien y se levantó de la mesa tras dar un beso tierno a Annette—. Hermana, por favor, no vuelvas a crear problemas. Pídele perdón y arreglad este malentendido.

—Lo intentaré…

—¿Por qué tengo la sensación de que disfrutas provocando a Julien? —preguntó Adrien antes de marcharse.

—¿Yo? No tengo ningún motivo…

—No es lo que parece… No me creo que no supieses cómo iba a reaccionar y aun así decidiste seguir con ello. Y, de igual forma, sabes que cuestionar su labor como director del centro le pone de muy mal humor. ¿Ha pasado algo entre vosotros que yo no sepa?

—Por supuesto que no. Es solo que su cabezonería y obsesión con el honor me desquician. Esta lucha no entiende de clases ni apellidos. Para lograr avanzar tenemos que trabajar todos unidos.

Él la observó no muy convencido.

—Bueno, que tengas un feliz día —dijo y la besó en la mejilla.

—Yo también me voy. Annette, querida, nos vemos esta tarde.

—Gracias, eso espero. Tengo que terminar de revisar unos documentos que me ha enviado mi hermano Thierry con relación a una nueva exhibición que está programando en nuestra galería, y creo que me va a llevar todo el día. Confío en no equivocarme o sufriré la ira de Julien, que gracias a ti está bastante irritable.



Julien había dado órdenes a su ama de llaves para que no le esperasen hasta la noche. Después de hacer unas compras, fue hasta el piso que poseía en la avenida de Anatole France. Desde allí se podían ver los cimientos de la

construcción de la que iba a ser la torre más alta del mundo. A pesar de la oposición de mucha parte de la sociedad, a Julien le fascinaba ver cómo iba creciendo en altura y deseaba verla terminada. Estaba seguro de que se convertiría en un emblema de la ciudad con el tiempo.

Nada más llegar, pidió que le pusiesen al corriente de todo lo acontecido los días anteriores. Después entró en la habitación principal con una sonrisa, se sentó en una butaca y mostró todo lo que había comprado. El gesto de felicidad en el rostro de la receptora de aquellos regalos le reconfortó, ya que había estado preocupado por su salud desde hacía días. Las informó de que pasaría el día junto con ellas, algo que provocó una inmensa alegría en las dos, en especial en su amada Elise, que no se separó de él durante todo el tiempo.

Después de la cena, y cuando se aseguró de que Elise dormía tranquila, se levantó despacio de la cama y se marchó, no sin antes dar nuevas indicaciones a Ilsa, la mujer que cuidaba de ella.



Sofía comenzó a desesperarse. Julien no había aparecido por el colegio en todo el día y se preguntaba cuál podría ser el motivo, ya que no era una persona que soliese evadir los problemas. Pensó que quizás estuviese ocupado en la universidad, aunque algo en su interior le decía que ella podría ser la causa de su ausencia y eso le molestaba. Había decidido hablar con él y lo haría ese mismo día, fuese a la hora que fuese.

Regresó a casa a media tarde con la esperanza de encontrarle allí, pero no había nadie. Adrien y Annette habían salido a dar un paseo con el pequeño Jean Michel, por lo que decidió pasar el tiempo junto con Nichole e intentarlo más tarde.

Cuando acostó a su pequeña y Adrien y Annette se retiraron a su habitación, se asomó a la ventana para comprobar si había luz en casa de los Dufour y salió por el jardín. Caminó despacio durante unos minutos mientras intentaba serenarse. No le apetecía volver a discutir con él. Giró hacia la entraba principal y llamó a la puerta. El ama de llaves abrió y la miró, sorprendida.

—Buenas noches, señora, ¿en qué puedo ayudarle?

—Vengo a ver al señor Dufour, ¿puede anunciarle mi visita? Sé que es un poco tarde. No obstante…

—No está en casa —la interrumpió.

Sofía se extrañó ante aquella afirmación. ¿Dónde estaba Julien a esas horas?

—¿Sabe dónde ha ido? —preguntó con curiosidad.

—No, lo siento. Tan solo nos dijo que pasaría todo el día fuera y que

regresaría tarde.

—Le esperaré un poco, si no le importa. Hay algo importante que debo hablar con él.

—Como desee, señora —le respondió con extrañeza—. Puede hacerlo en la biblioteca, es la única sala que mantiene aún la chimenea encendida. Al señor le gusta leer allí antes de acostarse.

—Lo sé, gracias. No hace falta que me acompañe, sé dónde está.

Sofía entró en la gran biblioteca de los Dufour sin entender nada. No había pensado en la posibilidad de que Julien pudiese tener otras cosas de las que ocuparse más allá de la escuela y sus clases en la universidad. Por otro lado, comprendía que era un hombre joven y soltero… Descartó aquella idea y deambuló por la sala observando todo con detenimiento. Después, cogió un libro que había en una mesa junto al fuego e, intrigada por si era el último libro que Julien estaba leyendo, se sentó a ojearlo. Sonrió al comprobar que se trataba de una recopilación de los relatos y leyendas más importantes de la mitología griega. Estaba segura de que aquel libro era un preciado recuerdo de su padre. Se acomodó en el sofá, comenzó a leerlo con interés y, al cabo de un rato, tuvo una idea para otra clase divulgativa, aunque esta vez estaba dispuesta a compartir su concepto con él.

Julien regresó a casa cerca de la media noche. Estaba cansado y tenía un ligero dolor de cabeza. Al ver que aún había luz en la biblioteca, fue hacia allí para dejar los libros que portaba. Al entrar se sorprendió al encontrar a Sofía durmiendo plácidamente en el sofá. Dejó lo que llevaba encima del escritorio sin hacer ruido y se acercó a ella. Sonrió al ver que tenía entre las manos el libro que había empezado a leer la noche anterior. Lo cogió con sumo cuidado, lo dejó en la mesa y se sentó a su lado. Ella seguía durmiendo sin percatarse de su presencia. Se acomodó en su asiento y la observó con detalle. Recorrió su figura de arriba abajo, centró la mirada en sus labios, ligeramente entreabiertos, y sintió cómo el corazón comenzaba a latirle atropelladamente. Después recorrió su cuello, las clavículas y llegó al escote. Ahí se detuvo a estudiar el ligero movimiento que provocaba la respiración en esa parte de su cuerpo. Notó que el vello de los brazos se le erizaba. Sacudió la cabeza para serenarse, respiró hondo y, atraído por el maravilloso olor que desprendía, se acercó a ella. Hacía días que había notado que Sofía olía a algo diferente, una mezcla de flores y cítricos que no supo identificar. Cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos. Después, los abrió y se humedeció los labios mientras sentía que un escalofrío le recorría el cuerpo. De forma instintiva, se acercó un poco más. En ese momento, ella se despertó y asustada dio un grito. Julien se apartó de golpe.

—¿Qué haces? —le preguntó ella aún con el corazón latiendo a gran velocidad—. Me has asustado.

—Lo siento —dijo tras carraspear. Se colocó las solapas de la chaqueta y se levantó nervioso.

—¿Qué hora es?

—Tarde…

—Perdona por haberme quedado dormida. Decidí esperarte aquí y no he podido evitarlo.

—No pasa nada —afirmó mientras regresaba a la mesa donde había dejado los libros, para escapar de la mirada suspicaz de Sofía—. ¿Qué haces aquí?

—He estado esperándote todo el día en la escuela, aunque ya veo que no tenías intención de aparecer por allí.

—Tengo más cosas de las que ocuparme.

—Ya veo… y por la hora a la que regresas… deben de ser muy importantes —comentó un poco molesta.

—Mucho. ¿En qué puedo ayudarte?

Ella estudió sus movimientos y sospechó que le ocultaba algo.

—¿De dónde vienes? Perdona por la pregunta… es solo curiosidad.

—Sofía, estoy un poco cansado… ¿qué deseas? ¿No podemos esperar a mañana?

Ella se levantó del sofá incómoda por sus evasivas.

—He venido para disculparme.

—Vaya, has entrado en razón, menos mal…

—He comprendido que quizás me arriesgué demasiado y quería pedirte perdón. No obstante, creo que tú también me debes una disculpa.

—Yo actué como debía.

Cuando Sofía se puso frente a él, Julien evitó mantener contacto visual con ella y se giró con disimulo para colocar unos papeles.

—Julien, te he dicho que lo siento. —Intentó aproximarse, pero él se movió inquieto hacia un lado para introducir un libro en uno de los cajones del escritorio—. Ya veo que mi perdón no te importa. Me marcho. No debí venir. Buenas noches.

Él se mantuvo en silencio mientras la observaba caminar hacia la salida. Sin embargo, antes de que cerrase la puerta le dijo un apenas perceptible «lo siento». Ella detuvo sus pasos unos segundos y, a continuación, desapareció de su vista. Julien suspiró.

Sofía regresó a su habitación de muy mal humor. Se quitó el chal que había usado para cubrirse los hombros y lo arrojó a una butaca de malos modos. Su orgullo y altanería la exasperaban. Aunque había escuchado su perdón, le parecía insuficiente. Se sentó junto a la ventana mientras se descalzaba y en ese momento le pareció escuchar el sonido de un piano. La abrió para comprobar si estaba en lo cierto y notó que un escalofrío recorría su cuerpo al reconocer aquella maravillosa pieza musical tan arraigada en ella, *Für Elise,* de Beethoven. Recordó las ocasiones en las que Julien siempre la interpretaba al piano para ella cuando quería pedirle perdón sin palabras. Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar momentos tristes de su juventud y como la vida llevaba muchos años arrebatándole el derecho a ser feliz.

9

El inmenso jardín que unía las casas de los Mathieu y los Dufour era un lugar mágico en primavera. A los árboles frutales que estaban repartidos por toda la extensión se les unía una perfecta combinación de plantas y diversos arbustos que llenaban el aire de un intenso y embriagador aroma. Sofía amaba pasar tiempo libre allí desde muy pequeña y aquella tarde, aprovechando que Nichole y Jean Michel jugaban al aire libre junto con dos cuidadoras, decidió dar un paseo guiada por lo que le pareció el canto de un ruiseñor. Aquel pequeño pájaro era su debilidad. Siempre que podía los dibujaba y se los enseñaba orgullosa a su padre, quien se afanaba en alabar su talento para el arte. Aún conservaba muchos de esos coloridos dibujos. Más tarde los recopilaría y se los enseñaría a su hija.

Aquel alegre canto la llevó hacia un lateral de la casa de los Dufour y fue allí donde, para su sorpresa, se encontró con Julien. Las altas temperaturas de principios del mes de mayo contribuían a que todos quisiesen pasar tiempo en el exterior; sin embargo, nunca pensó que le vería entretenido en una tarea manual. En todos los recuerdos que Sofía tenía, Julien siempre estaba rodeado de libros. Aquella imagen de él agachado en el suelo, lijando un banco de madera, vestido de manera informal con una simple camisa blanca con las mangas subidas hasta más allá de los codos y pantalones color caqui, sin sus característicos tirantes, la hizo sonreír, no sin antes haberse deleitado en ella. Debía reconocer que le favorecía más de lo que él podría llegar a imaginar. Se acercó despacio y se aclaró la garganta para hacerle saber que estaba allí.

—Sofía, no te había visto, disculpa. —Levantó la vista para mirarla y, a continuación, siguió lijando.

—Buenas tardes. Hace una tarde espléndida, ¿no te parece?

—Cierto. Me apetecía dejarme bañar por el sol hoy, y ya veo que tú has pensado lo mismo —le contestó con una sonrisa.

—Debo decir que estoy bastante sorprendida con lo que ven mis ojos…

—¿Y qué es lo que ven?

—Al señor Julien Henri Dufour trabajando en algo que no sea abrir y cerrar libros.

Él cogió un paño con el que se limpió las manos y se levantó para saludarla.

—No te preocupes, no quiero molestarte —dijo ella cuando le vio detener su tarea.

—No es molestia. ¿Dónde están los demás? —preguntó mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Adrien y Annette han salido a hacer unas compras y, como los niños están jugando allí en el otro lado del jardín, he decidido aprovechar que están ocupados para pasear un poco.

—Me alegro, ¿quieres tomar algo? Hay limonada fresca en la mesa del fondo.

—No, no, tranquilo. Me apetece más saber qué estás haciendo. —Los ojos le brillaban llenos de curiosidad.

—Es bastante obvio. Esto es un banco de madera que estaba en mal estado y me ha apetecido restaurarlo. Es muy especial para mí… bueno, en realidad lo es para los dos, o para todos… quiero decir.

—¿Especial? ¿Por qué? —quiso saber Sofía riendo.

—¿No lo has reconocido?

Sofía lo observó unos segundos y justo después se llevó las manos a la boca y abrió los ojos de par en par.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es el mismo banco que había en el invernadero cuando vivíamos todos aquí?

—El mismo, aunque con un peor aspecto… Sin embargo, ese estado tiene las horas contadas. Me he propuesto restaurarlo para devolverle su antigua gloria.

Sofía sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Ese banco ha sido testigo de muchas cosas… —dijo al fin tras dar un largo suspiro.

—Lo sé y por eso lo hago. He estado muy ocupado desde que llegué a París y no he tenido apenas tiempo para dedicárselo a la casa. Ahora es más importante que nunca devolver a este lugar el encanto que tenía antes, sobre todo para que Nichole y Jean Michel puedan disfrutarlo como lo hicimos nosotros.

Sofía notó que un leve escalofrío de nostalgia recorría sus brazos, por lo que se abrazó a sí misma para aliviarlo.

—¿Tienes frío? —le preguntó Julien extrañado al verla acariciarse los brazos.

—No, estoy bien. Es solo que me ha venido a la mente un recuerdo que me ha conmovido. ¿Sabes si hay ruiseñores por los alrededores? Me ha parecido escuchar uno. He venido hasta aquí siguiendo su canto.

—Pensé que habías venido para saludarme —dijo con cierta jocosidad mientras se agachaba de nuevo y emprendía el lijado de la madera.

—No esperaba encontrarte aquí. Mi principal motivo fue intentar encontrar al pájaro. Ya sabes que me encantan.

—Lo sé —afirmó sonriendo—. Por eso he puesto casetas, para que puedan entrar y salir cuando quieran y tú puedas deleitarte mientras los oyes cantar.

Sofía se quedó sin palabras ante aquella confesión de Julien.

—¿Has llenado el invernadero de pájaros como cuando éramos pequeños? —preguntó entusiasmada.

—No, ya sabes que mi amor por los animales me impide atraparlos en

jaulas, por muy grandes que estas sean. La belleza de las aves hay que disfrutarla en libertad. Son solo casetas donde pueden resguardarse de la lluvia o el viento. Pueden salir y entrar cuando lo deseen.

—Te lo agradezco mucho, de verdad.

—De nada. —Julien prosiguió con su tarea.

Ella observó absorta el movimiento lento de sus brazos mientras lijaba la madera, cómo los músculos se le tensaban y relajaban a un ritmo cadente que le pareció de lo más cautivador. A continuación, dijo:

—Julien, ¿puedo ayudarte?

—No creo que vayas vestida para la ocasión. Voy a empezar a pintarlo y te mancharás la ropa.

—Por favor, dame unos minutos. Enseguida regreso. —Se apresuró hacia el interior de su casa. Él inclinó ligeramente la cabeza hacia la izquierda y la observó correr de forma divertida. Meneó la cabeza de un lado a otro con una graciosa mueca en los labios y siguió con su tarea.

Sofía regresó vestida con unos pantalones de montar negros y una camisa del mismo color sujeta por un chaleco de color verde oscuro. Se puso frente a él y mientras se doblaba las mangas de la camisa le preguntó si su atuendo era el adecuado al no haberse quitado aún el luto.

—Tú siempre estás preciosa —susurró Julien.

—¿Cómo dices?

—Decía que sí, estamos en familia, no te apures… —rectificó para disimular el escalofrío que había sentido al verla.

—¿Puedo ayudarte o no? —Él enarcó una ceja y le sonrió de medio lado.

Sin pensarlo dos veces, se arrodilló junto a él dispuesta a pasarlo bien.

—No sabía que a ti también te gustase hacer este tipo de cosas.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —le respondió Sofía inclinando la cabeza para mirarlo.

—Ya veo… Espera un momento, iré a por la pintura.

Julien se levantó y caminó hacía un pequeño cobertizo que había al fondo del jardín. Mientras Sofía le esperaba, comenzó a deslizar los dedos por la suave madera dejando que su mente se llenase de bonitos recuerdos.

—Ya estoy aquí —dijo Julien mientras ponía un bote de pintura blanca en el suelo—. He traído dos pinceles.

—Gracias —le respondió y cogió uno de ellos.

En silencio comenzaron a pintar con sumo cuidado cada centímetro, de forma casi simétrica.

—¿Recuerdas cuando nuestros padres sacaban los caballetes al jardín y nos pedían que pintásemos cualquier cosa que nos apeteciese? —preguntó Sofía.

—¡Cómo no hacerlo! Recuerdo la frustración que sentía cuando Thierry o Adrien terminaban los primeros, seguidos por vosotras, mientras yo me quedaba el último.

—Te empeñabas en dibujar cosas muy difíciles. Nosotros éramos más

prácticos y nos inspirábamos en lo que teníamos delante: unos árboles, nuestros perros, los pájaros…

—No creo que el barco que pintó Adrien en una ocasión cupiese en este jardín, a pesar de su gran tamaño.

—Cierto —le respondió riendo a carcajadas—. Mi hermano siempre te sorprende, haga lo que haga…

—Tú también dibujabas muy bien.

—No tanto como él —apuntó con un ligero rubor en las mejillas.

—Eres demasiado modesta.

—Puede, más bien diría que soy realista. Por eso supe que te iría muy bien cuando te marchaste a Alemania —dijo guardando silencio a continuación, consciente de que había dicho algo que podría sonar a reproche.

Julien la miró fijamente a los ojos y luego bajó la mirada.

—¿Por qué vuelves a dar una pincelada de pintura por encima de la mía? —le preguntó Sofía frunciendo el ceño.

—Para que quede perfecto.

—No hace falta, mis pinceladas tienen un aspecto inmejorable.

Él empapó su pincel y volvió a pasarlo por encima del de ella.

—¿Te han dicho alguna vez que eres irritantemente terco y perfeccionista?

—Alguna vez…

—Ah, ¿sí? ¿Y quién se ha atrevido a tal osadía?

—Tú —respondió ahogando una sonrisita pícara.

—No lo recordaba, pero me alegro de haberlo hecho —protestó a la vez que observaba sus manos moverse con delicadeza. En ese momento, Julien levantó el pincel y le pintó uno de sus dedos.

—¿Qué haces? —dijo fingiendo sentirse molesta por su atrevimiento.

—Sé que lo que voy a decir va a volverse en mi contra y, aunque pueda resultar poco original, es cierto: estás muy guapa cuando te enfadas.

—¿De verdad lo piensas? —le respondió levantando una ceja y haciendo un mohín.

—Sí, mucho, de hecho. —Julien clavó la mirada en su boca. Sus labios, sonrosados como las fresas silvestres, eran una auténtica tentación en la que no podía evitar perderse; siempre que los recordaba, no era capaz de dejar de pensar en ellos: carnosos como la pulpa dulce de los melocotones y suaves como el terciopelo.

—Vaya, ¡qué interesante saber esto!

—Acabo de cavar mi propia tumba, ¿no?

—¿Qué te hace pensar que disfruto enfadándote? En realidad, creo que es al contrario: parece que es a ti al que le gusta llevarme al límite…

Julien le dirigió una larga y profunda mirada, pero antes de que pudiese replicar, Sofía levantó su pincel y se lo pasó con cuidado por todo el contorno de la mandíbula mientras él cerraba los ojos y levantaba la ceja izquierda.

—No creo que tengamos suficiente pintura para cubrir todas las partes de nuestros cuerpos —afirmó él y abrió los ojos. Cuando lo hizo, se encontró con

los de ella y los dos se mantuvieron la mirada durante un largo instante. A continuación, ella cogió el paño y comenzó a limpiarle la cara deleitándose en cada centímetro de su piel hasta que llegó a la boca. Allí se detuvo mientras él separaba ligeramente los labios. Sofía sintió que el corazón se le salía del pecho cuando le vio acercarse a ella despacio. De inmediato fue consciente de lo que iba a pasar. Mientras oía la respiración de Julien sintió cómo sus labios rozaban los suyos y, en ese instante, ella bajó la cabeza con delicadeza y carraspeó.

—Lo siento —dijo Sofía con apuro.

—No, discúlpame a mí, por favor —dijo y se puso de pie nervioso a la vez que le ofrecía una mano para que ella se levantase.

—Julien… Creo que será mejor que regrese con los niños —masculló Sofía sin atreverse a mirarle. En ese momento, escuchó la voz de su hija.

—*Mommy*, mira lo que ha traído el tío Adrien —gritó la niña entusiasmada.

Sofía miró hacia el otro lado del jardín y vio a Annette y su hermano riendo mientras veían correr a dos preciosos cachorros de perro que habían traído a la casa. Nichole y Jean Michel correteaban tras ellos felices. Oír de nuevo la risa de su hija la emocionó.

Fue hasta allí para agradecerle el gesto a su hermano.

—¿Te gustan? —le preguntó él sonriendo.

—Muchísimo, gracias, hermano. Ya sabes lo que me gustan los perros y estoy segura de que a Nichole le hará mucho bien su compañía.

—Hemos estado buscándolos por media ciudad —comentó Annette mientras se sentaba a descansar—. Adrien no ha parado hasta encontrar dos cachorros de la misma raza que los que nosotros teníamos de pequeños. Son preciosos, la verdad.

Sofía cogió uno de ellos y lo besó con ternura recordando el día en el que el tío Didier llegó a casa con dos magníficos ejemplares de spaniel bretón, uno para cada familia, haciendo que los niños se volviesen locos de alegría.

—He pensado en llamarlos igual que los que tuvimos, ¿te parece bien, Sofía? —quiso saber Adrien.

—Sí, por favor. Necesito volver a tener de nuevo a Roi y a Duc corriendo a mi alrededor —le respondió.

—*Bienvenus* —respondió Adrien mientras acariciaba las orejas de uno de ellos.

Los perrillos siguieron corriendo por todo el jardín con los dos niños detrás hasta que los cuatro se cansaron y se tumbaron en el suelo a la vez, lo que provocó las risas de todos.

Julien se acercó a ellos mientras se limpiaba las manos y no pudo evitar escuchar un comentario irónico de su hermana.

—¡Mis ojos me engañan! Julien Dufour en mangas de camisa y despeinado en el exterior de la casa.

—¿Y cómo quieres que vista si estoy pintando? —le respondió con una

mueca burlona.

—¿Pintando? ¿El qué? —preguntó curiosa.

—Un banco que he querido restaurar…

Annette le miró con el ceño fruncido.

—¿Tú haciendo algo que no implique tener un lápiz y un libro en las manos?

—Qué pesadas sois… ¡me interesan más cosas de las que pensáis!

—¿Pesadas? ¿A ti también te ha sorprendido, Sofía?

—Sí, un poco, la verdad —murmuró sin querer alargar más la conversación.

—Normal… por cierto —comentó Annette para cambiar de tema—. Os informo de que en unos días mi querido esposo y yo celebraremos nuestro segundo aniversario de boda, y vamos a hacerlo por todo lo alto. Nos hace especial ilusión hacer una gran fiesta ahora que estamos todos juntos, ¿a que es una idea maravillosa? Estoy muy emocionada —dijo mientras daba una pequeñas palmaditas.

—Me hace inmensamente feliz saber que deseas celebrar que sea tu esposo un año más —comentó Adrien riendo.

—Por supuesto, *mon coeur*, lo celebraré siempre, año tras año mientras viva —dijo y se acercó a besarlo.

Julien y Sofía se miraron incómodos mientras los otros dos se besaban con pasión.

—Si me disculpáis, voy a terminar lo que estaba haciendo antes de que anochezca. Hasta mañana.

—¿No vas a cenar con nosotros? —protestó Annette con un mohín de disgusto en el rostro.

—Prefiero cenar en casa tranquilo hoy, si no os importa. Tengo unas cosas que hacer cuando acabe con esto —dijo y tras mirar a Sofía se dio media vuelta y regresó a casa.

Annette y Sofía se sentaron juntas a disfrutar de la tierna escena de Adrien corriendo y tirándose al suelo como un niño más jugando con los pequeños y los perros, hasta que llegó el momento de ir a cambiarse para la cena.



Como cada día y tras acostar a Nichole, Sofía se sentó a leer junto a la ventana y, aquella noche, escuchó el piano de Julien interpretando su nocturno favorito de Chopin. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por una imagen que no se había podido quitar de la cabeza desde la tarde: el primer beso entre Julien y ella sentados en aquel banco. Advirtió que una lágrima le recorría el rostro al recordar lo que sintió cuando notó por primera vez la suavidad de sus labios acariciando los suyos con una mezcla de timidez y deseo que aún le erizaba el

vello de los brazos, y cómo tuvo que ahogar lo que sentía por él para dejarlo marchar. ¡Si tan solo hubiese podido compartirlo con su querida Annette! Por desgracia, su amor era algo que tuvieron que mantener en secreto para no defraudar a sus padres.

A continuación, se levantó y fue hacia la cómoda que había junto a la cama. Abrió el tercer cajón y sacó una caja. Regresó a su asiento, la abrió y cogió una carta que tan solo había leído dos veces en su vida: cuando la escribió y cuando la guardó al no poder entregársela a su destinatario. Desdobló el papel y sintió que el estómago se le encogía al ver algunas palabras desdibujadas debido a las lágrimas que no pudo controlar aquel día y lloró con amargura, con rabia, con resignación. Lloró por su querido James, por el poco tiempo que tuvieron para ser felices, por su pequeña hija, por la juventud perdida junto a su primer marido, por sus pérdidas y sacrificios constantes, por no haber podido amar libremente desde joven, por aquel primer beso en el invernadero, por el roce de sus labios esa misma tarde, por haberle dejado marchar… ¿Por qué la vida se empeñaba en hacerla infeliz?

Cuando sintió que no le quedaban más lágrimas aquella noche, oyó que Julien dejaba de tocar y, como siempre, tras contar hasta tres, comprobó que la luz en la habitación de él se apagaba. Se levantó, se limpió la cara y se acostó pensando de nuevo en lo distinta que habría sido su vida si el destino hubiese jugado a su favor.

10

Annette despertó a Sofía a primera hora de la mañana para que bajase a desayunar temprano, ya que era el día de su aniversario de bodas y la fiesta que habían organizado para esa noche requería de muchos preparativos y precisaba de su ayuda. Se levantó de la cama a duras penas. Como de costumbre, le había costado dormir la noche anterior y fue a darse un baño mientras Annette no paraba de hablarle de mil cosas que apenas era capaz de asimilar.

—Tengo la ligera impresión de que el día va a ser intenso —le comentó Sofía mientras entraba en el salón poco después y se sentaba al lado de su hermano. Este le sirvió un café.

—Mucho, Annette está feliz y muy ilusionada con la fiesta de esta noche. Ya sabes lo que le gustan este tipo de celebraciones. Se lo ha tomado tan en serio que le he tenido que preguntar si iba a incluir una exhibición de arte después de la cena —dijo Adrien mientras reía por lo bajo.

Sofía le miró y sacudió la cabeza. Más le valía que la cafeína le hiciese efecto o acabaría exhausta con la energía de su querida amiga.

Unos minutos más tarde Annette se unió a ellos cargada de varios papeles que contenían el menú de la cena. Una vez que los tres estuvieron de acuerdo en que todo estaba correcto, le pidió a Sofía que la acompañase a su habitación. Ella obedeció y la siguió en silencio.

—Tengo un regalo para ti —dijo Annette con una amplia sonrisa.

—¿Para mí? Se supone que soy yo quien debe regalaros cosas hoy. Os daré lo que os he comprado después del almuerzo.

—No hace falta que me regales nada; soy feliz de que estés aquí con nosotros. Toma, ábrelo —le dijo al mismo tiempo que ponía una enorme caja encima de la cama.

—¿Qué es? —preguntó con los ojos brillantes por la emoción.

—¡Ábrelo!

Sofía deshizo con cuidado el gran lazo color turquesa que adornaba la caja, quitó la tapa y se quedó sin palabras. Después la miró sin entender.

—Creo que ha llegado el día de que te quites el luto y vuelvas a ser la Sofía de siempre. Espero que te guste.

Sofía sacó un precioso vestido color azul adornado con un ribete de chifón negro que mostraba un diseño floral que se ajustaba al pecho y que descendía a lo largo de la falda. No supo qué decir.

—¿No te gusta? —le preguntó Annette con el ceño fruncido.

—Por supuesto que sí. Es precioso… Es solo que no sé si será demasiado

para esta noche.

—Sofía, la pena que sientes no se reduce por la ropa que lleves. Eres una mujer joven y no puedes vestir de negro toda tu vida. Hace más de un año desde la muerte de James. Ya le has rendido suficiente respeto. Ahora debes pensar en ti.

—Lo sé, pero cambiar del negro a esto… —comentó señalando el escote — me parece excesivo.

—No es tan escotado como parece, créeme. Además, solo están invitados amigos de la familia. Nadie te va a juzgar esta noche, cariño.

Sofía se acercó a un espejo, se miró en él con el vestido sobrepuesto y se le humedecieron los ojos.

—Cielo, sé que es duro. Sin embargo, la vida sigue. Estarás preciosa con él, estoy segura.

—Ya no recordaba lo que era vestirme así —murmuró con cierta amargura —. Ya sabes que tuve que adaptar mi vestuario cuando llegué a Inglaterra.

—Por eso te lo he comprado. Eres joven y muy bonita, no dejes que nadie vuelva a apagar tu luz.

Sofía llenó de aire los pulmones y a continuación suspiró con fuerza.

—Está bien. Te haré caso. Me lo pondré para la fiesta.

—Perfecto —le contestó Annette mientras le daba un cálido abrazo—. Ah, hay otro regalo.

—¿Otro más? —preguntó elevando las cejas.

—Sí, uno más sencillo. Para que te vayas acostumbrando, te he comprado varias camisas blancas y unas faldas para que te vistas de día. Echa un vistazo y ponte lo que más te guste, pero, por favor, quítate ese traje tan oscuro.

—Gracias.

—Te dejo. Estoy muy atareada con todos los preparativos. Nos vemos en el almuerzo.

Sofía se limpió la lágrima que le recorría la mejilla y se puso a revisar lo que iba a ponerse. Tras valorar varias prendas, escogió una favorecedora blusa blanca con encaje en el cuello y en los puños, una falda verde que adornaría con un colorido cinturón de raso, y regresó a su habitación para vestirse. Una vez lista, se perfumó, se puso un elegante broche de oro en el cuello de la camisa, se miró al espejo y satisfecha bajó al jardín para encontrarse con su hija. En el fondo era la opinión que más le importaba. Nunca la había visto vestida de esa forma.

Deambuló por los alrededores de la casa y no la encontró. Alargó la vista y vio a los dos cachorros correteando cerca de la casa de los Dufour. Imaginó que la niña andaría cerca. Caminó hasta allí despacio, dejando que el aire fresco le refrescase las mejillas. Llegó al magnífico invernadero que dividía las dos casas y, tras escuchar unas voces, decidió acercarse. Cuando estuvo cerca de la puerta, le pareció oír la voz de Julien. Se asomó para comprobar si estaba en lo cierto y lo que vio hizo que el corazón le diese un vuelco. Nichole estaba sentada en sus rodillas con un libro entre las manos mientras él le

mostraba una flor. Quiso entrar de forma instintiva, pero se detuvo a observar aquella tierna escena desde la entrada.

—Entonces, ¿sabrás dibujar esta flor? —le preguntó Julien con voz tierna.

—*Yes… Oui* —le contestó la niña corrigiendo el idioma de forma inmediata, haciéndole sonreír.

—Tu padre te enseñó, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza a la vez que cogía la flor.

—Me sé todas las partes, ¿te las puedo decir? Aunque solo me las sé en inglés… —le dijo con timidez y agachó la cabeza.

—Por supuesto, *I'm all ears*, te escucho —le respondió en inglés al mismo tiempo que se tocaba las orejas de forma divertida. Ella se rio y comenzó a recitar, parte por parte, todos los componentes de la flor ante la atenta mirada de Julien, quien ponía extraños gestos que la hacían reír.

Sofía los observaba con lágrimas en los ojos.

—Vaya, me has dejado impresionado. Veo que has heredado de tu padre los conocimientos y amor por las plantas.

—Voy a ser boticaria de mayor —afirmó con seguridad.

—No lo dudo. Estoy seguro de que serás la mejor boticaria de todo París. ¿Te gusta vivir aquí?

—*Oui*, todo es muy bonito, pero es diferente a mi casa de antes.

Él la miró y apretó los labios con pena.

—Inglaterra y Francia son dos países muy distintos. Aquí nos gusta que todo sea bonito y grande… —comentó en un intento de cambiar aquel triste pensamiento en ella.

—…y muy brillante —susurró mientras acariciaba una fina pulsera de oro que le había regalado Annette tras su llegada.

—Me temo que sí —afirmó Julien con un suspiro.

—Si quieres puedo dibujar todas las plantas del jardín en este cuaderno.

—¿Harías eso por mí? Es un trabajo muy duro, hay muchas flores y el jardín es muy grande.

—La mayoría son iguales. Solo tengo que dibujar una de cada —le respondió riendo dejándole sin palabras. Él sonrió ante la inteligencia que mostraba a tan tierna edad y la abrazó con cariño.

—Eres una niña muy lista… y muy bonita —dijo y le apartó un mechón de pelo suelto.

—Como mi madre…

Julien la miró con atención y, a pesar de su precioso pelo rubio y del parecido con su padre, reconocía en ella los ojos y labios de Sofía.

—Sí, es verdad. Tu madre es una mujer muy bella…

—Y la tía Annette… me encantan todas sus cosas —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja.

—La tía Annette tiene muchas cosas, es cierto. ¿Quieres que vayamos a buscar a Roi y a Duc? Creo que si los dejamos mucho tiempo solos se van a comer tus flores —comentó mientras la bajaba al suelo con delicadeza.

—Gracias por el cuaderno, tío Julien. Es muy bonito. Voy a buscarlos; si se las comen se pondrán malos —dijo y echó a correr hasta que se encontró con Sofía, quien solo tuvo tiempo de besarla en la mejilla; la niña corría llena de energía hacia los perros.

Julien se puso de pie y la observaba correr a través de las ventanas sin percatarse de que Sofía caminaba despacio hacia él.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —le preguntó mientras observaba a su alrededor.

Julien se dio media vuelta asustado al escuchar su voz.

—Sofía, ¡qué susto me has dado! —dijo y se llevó las manos al pecho. A continuación, la miró de arriba abajo sorprendido por su nuevo vestuario.

—Perdona, no pretendía asustarte.

—Sí, lo he ido haciendo poco a poco. Me apetecía recuperar este lugar tan agradable.

—Está igual que antes, ¿cómo lo has logrado?

—Tengo buena memoria fotográfica. He intentado recrear su antiguo aspecto.

—Lo has conseguido —dijo y se acercó al banco que unos días antes habían restaurado juntos—. Ha quedado precioso.

—¿Tenías alguna duda? —le preguntó levantando la cabeza con orgullo.

—Ninguna.

Julien la miraba mientras ella no paraba de estudiar cada detalle.

—Este sitio era mágico —dijo Sofía y se sentó en el banco.

—Sí —Julien suspiró, se sentó a su lado y apoyó los codos en las rodillas fijando la mirada en el suelo. Luego se masajeó el cuello y a continuación se apoyó en el respaldo ante la mirada fija de ella.

—Gracias por lo que has hecho con Nichole.

—No hay nada que agradecer. Es una niña encantadora. Estás haciendo un gran trabajo. Es una delicia conversar con ella.

Sofía esbozó una ligera sonrisa y notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas de nuevo.

—Veo que has decidido quitarte el luto… me alegro.

—¿No crees que sea demasiado precipitado? —le preguntó con angustia.

—En absoluto. Solo tú puedes decidir algo así y si crees que ha llegado el momento, me parece perfecto. Lo importante es que te sientas bien con ello. —La miró fijamente.

—Sí, la verdad es que la imagen que me reflejaba el espejo cada día era demasiado deprimente. Al menos así empezaré el día con otro ánimo.

—Estás preciosa. —Julien se acercó para cogerle la mano.

—Gracias —musitó y se levantó del banco nerviosa.

—Te noto inquieta, ¿te ocurre algo?

—No, es solo que tengo miedo de causar una mala impresión en los invitados esta noche. Annette me ha regalado un vestido espectacular, pero no estoy segura de si será adecuado.

—Sofía, ¿desde cuándo te ha importado lo que los demás piensen? Siempre has sido libre para tomar tus decisiones. Ya no estás entre las personas con las que has vivido los últimos años ni eres la mujer de un cura… —Tras decir aquello se disculpó.

—No te preocupes, tienes razón. Creo que mis años en Inglaterra han mermado un poco mi seguridad a la hora de actuar.

—Ahora estás en París, y aquí cuanta más belleza y opulencia muestres, mejor.

Ella sonrió ante aquel comentario.

—Tienes razón…

—Vamos a hacer una cosa… No acepto un no por respuesta. Ve a casa, coge tu sombrero, tus guantes y tu sombrilla. Vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¿A dónde? —quiso saber alarmada.

—A los Jardines de Luxemburgo, están preciosos en esta época.

—¿Qué? No puedo exponerme tanto.

—¿Por qué no? No seas boba, iremos juntos y disfrutaremos de un agradable paseo.

—¿Y si me encuentro con alguien conocido? —dijo mientras se llevaba las manos al cuello nerviosa.

—Le saludamos y ya está. Venga, voy a por mi chaqueta. Te recojo en la entrada.

Sofía regresó a la casa con el corazón acelerado. Julien tenía razón, nunca le habían importado las opiniones ajenas, ni siquiera cuando estaba casada con Alexander y decidía no acudir con él a algún evento de sociedad, por lo que no entendía a qué se debía aquel extraño recelo a ser vista por la ciudad. Cogió aire y, decidida a poner fin a ese temor, se arregló y salió a esperarlo. Nada más verle aparecer, respiró hondo y se subió al carruaje que los llevaría a las inmediaciones de los jardines.

Cuando llegaron Sofía se bajó del carro y se agarró a su brazo decidida a pasar una agradable tarde en compañía de Julien. Sospechó que debían hacer muy buena pareja. Algunas personas que no conocían los miraban con una sonrisa en el rostro cuando pasaban por su lado. Aquello los hizo reír.

—Me estás haciendo un gran favor con este paseo. Creo que más de un caballero envidia mi suerte —le susurró Julien y ella rio por lo bajo.

—No sé quién sale ganando, la verdad. Es usted un caballero muy apuesto, señor Dufour.

Continuaron caminando mientras conversaban sobre diversos temas hasta que Sofía se tensó. Él notó su inquietud e intentó detener el paso. Sin embargo, ella le pidió que siguiesen andando para evitar que las personas que venían en sentido contrario notasen su incomodidad.

—Los Fournier vienen de frente, sonríe y no dejes que te afecte nada de lo que te diga esa vieja bruja —le comentó Julien mientras le cubría la mano con la suya.

Sofía cogió todo el aire que pudo almacenar en los pulmones y siguió

caminando hasta que el encuentro fue inevitable.

—Sofía, ¡cuánto tiempo sin verte, querida! —exclamó la señora Fournier.

—Adelaide, ha pasado mucho tiempo. Me alegro de verte. Señor Fournier, *enchanté* —dijo Sofía fingiendo una sonrisa amable.

—Señora Marchand, un placer —comentó el hombre. Sofía tosió ligeramente.

—La señora ya no ostenta ese apellido —los informó Julien en tono educado—. Como ya saben, el señor Marchand falleció hace ya unos años y Sofía volvió a contraer matrimonio un tiempo después.

Sofía le agarró fuerte del brazo al oírle decir aquello.

—Sí, algo oímos al respecto… —comentó la mujer con malicia al tiempo que miraba a Julien con mala cara.

—¿Y dónde está su nuevo marido? —quiso saber el señor Fournier.

Sofía notó que el calor asfixiante se le agolpaba en las mejillas y para disimularlo se llevó una mano a la nuca y fingió atusarse el cabello.

—El señor James Wilcox falleció hace un tiempo debido a una larga enfermedad —apuntó Julien, que volvió a notar el apretón de Sofía en su brazo.

—Lo sentimos mucho —comentó la mujer. La mirada de arriba abajo que le dedicó a Sofía la indignó—. Aunque quién lo diría…

Sofía sintió una punzaba de rabia en el estómago ante el grosero comentario de la mujer. Iba a responderle como se merecía cuando Julien se apresuró a decir:

—Si nos disculpan, vamos a proseguir con nuestro paseo. Que tengan un feliz día. —Tiró de ella para que comenzase a caminar. Con la impotencia agarrada a los músculos, Sofía se volvió para dirigirse de nuevo a ellos y dijo:

—Ah, disculpen mi mala cabeza. —Los Fournier detuvieron el paso—. Den la enhorabuena a su sobrino Bernard de mi parte. Hace unas semanas me informaron de que ha tenido un hijo precioso con una de sus criadas. Que tengan un buen día. —Se dio media vuelta con una sonrisita malvada en la cara mientras reemprendía el paseo junto a Julien. Él le acarició la mano, orgulloso de su valentía.

—Has estado magnífica, querida.

—Se lo han merecido —le susurró ella al oído.

—*Absolument* —señaló con una sonrisa de satisfacción que le iluminó el rostro y continuaron con su paseo.



Regresaron casi dos horas después y, de camino al salón, Adrien retuvo a Julien unos segundos con unas cuestiones acerca de la llegada de su hermano Thierry y su familia. Sofía fue a sentarse. El paseo la había agotado y

necesitaba recuperar las fuerzas. Antes de que pudiese llegar al sofá, un hombre que no conocía se aproximó a ella con una amplia sonrisa y se presentó.

—*Bon après-midi, madame* —dijo al mismo tiempo que se acercaba a ella más de lo considerado educado y le besaba las dos manos.

Julien le observaba con el ceño fruncido desde la puerta sin comprender quién era aquel hombre ni por qué se tomaba semejantes confianzas con ella.

—Buenas tardes, ¿nos conocemos?

—No, si fuese así la recordaría…

Ella levantó las cejas con asombro ante aquel inapropiado comentario.

—Soy Henry Miller, amigo personal del señor Mathieu. Y usted es… —quiso saber volviendo a acercarse a ella.

Sofía dio un paso atrás con disimulo y le respondió que era la hermana de Adrien.

—Ah, ¡no sabía que Adrien tuviese una hermana tan bella!

Mientras Adrien hablaba con Julien, él se dedicaba a asentir con la cabeza sin prestar atención a lo que le contaba y sin quitar ojo a lo que ocurría en el interior del salón.

—Julien, ¿me estás escuchando? —le preguntó Adrien molesto.

—Perdona, estaba distraído… ¿Quién es ese hombre?

Adrien miró en la dirección que le indicó Julien con la cabeza y sonrió.

—Es mi amigo Henry; ven, os presentaré.

—Adrien, no me habías dicho que tenías una hermana tan…

—Amigo, no empieces… —comentó Adrien con una divertida mueca en la cara—. Sofía, Henry es un amigo personal de la adolescencia. Estuvimos juntos en Nueva York.

Ella volvió a saludarlo con una ligera inclinación de cabeza.

—Y este caballero es mi cuñado, el señor Julien Dufour.

Henry lo observó con detenimiento unos segundos y, a continuación, se acercó y le estrechó la mano.

—*Enchanté*, señor Dufour. Me alegro de conocerle —indicó apretándole la mano con fuerza mientras Julien estudiaba sus gestos y comportamiento.

—*Enchanté* —dijo al fin sin demasiado entusiasmo.

—Ven, te enseñaré la casa —dijo Adrien y salieron del salón ante las miradas de extrañeza de los otros dos.

—Tu hermano tiene unas amistades un poco peculiares, ¿no crees?

—Eso parece. Nos vemos luego. Voy a ver si Annette necesita algo. Gracias por el paseo —dijo y le dio un beso en la mejilla que él le devolvió con un educado «de rien».

A la hora del almuerzo volvieron a coincidir con Henry. Annette se mostraba feliz a la par que sorprendida por la presencia de su amigo. Adrien había preferido guardar la sorpresa y no avisarla de su llegada.

—Annette, querida, tienes una casa maravillosa —comentó Henry con

demasiada familiaridad provocando una tosecilla en Julien.

—Lo sé, las dos casas lo son. Mañana te enseñaré mi casa familiar. Estoy segura de que a mi hermano no le importará, ¿verdad, Julien?

Él tardó unos segundos en responder. Finalmente, lo hizo con un escueto «en absoluto».

—Sofía, cuando estuve en Nueva York, salíamos con Henry muchas noches —comentó Annette—. Fue un gran anfitrión de su ciudad. Por cierto, ¿cómo están sus amigas? Suzanne y… no recuerdo ahora mismo el nombre…

Adrien miró a Annette para recriminarle su maldad por fingir no recordar el nombre de Marion.

—Ah, la señorita Marion Davis…

—Sí, ¿cómo está? ¿Sigue con su carrera artística?

—Hace tiempo que no da recitales. Se casó con un rico empresario teatral y se marchó a vivir con él a su Filadelfia natal. El marido murió hace un año y, al parecer, los hijos mayores de él le reclaman parte de la herencia, aunque ella afirma no saber de qué hablan.

—Vaya. —Annette se giró para mirar a Adrien y él clavó la vista en su plato ahogando una sonrisa.

—Todo apunta a que desplumó al viejo tras volverle loco con sus grandes encantos —comentó Henry mientras reía a carcajadas y comía. Julien y Sofía le miraban sin entender por qué Annette parecía guardar un cariño especial a ese hombre.

Adrien no podía evitar reír al escuchar los comentarios de su amigo.

—Sofía, ¿usted ha estado en Nueva York? —preguntó Henry con curiosidad.

—No, nunca he estado en América.

—No dude en visitarla, no le defraudará, ¿verdad, amigos?

—No, es una ciudad llena de oportunidades y encanto —confesó Annette con un poco de nostalgia de los bonitos momentos vividos allí con Adrien.

—Si desea ir, avíseme. Yo le haré de guía. De mi mano conocerá los mejores locales de moda. Le gustará —afirmó y le guiñó un ojo.

Julien tosió de nuevo.

—Gracias, se lo agradezco, aunque no creo que esté en mis planes hacer un viaje tan largo —contestó en un intento de ser amable.

—¿Está usted casada?

—Disculpe… —protestó Julien.

—Henry, mi hermana es viuda —replicó Adrien interrumpiendo a su cuñado para evitar que él dijese lo que estaba a punto de decir.

—Vaya, ¡cuánto lo siento! ¡Es muy joven para ser viuda! Una lástima…

—Sí —respondió Sofía de forma escueta.

—Entonces quizás un viaje le vendría muy bien para olvidarse de las penas.

—Lo dudo mucho —protestó Julien en tono cortante haciendo un especial énfasis en cada una de las palabras.

—Tengo otra sorpresa para vosotros —los informó Adrien para rebajar la tensión—. Tenemos un invitado más para la fiesta…

—¿De quién se trata? Adrien, deberías haberme informado. —Annette se mostró molesta.

—No te preocupes, hay confianza. Jérôme llegará en unas horas con su prometida. Está deseando que la conozcamos.

—¡¿Jérôme prometido?! ¡Qué alegría! No sabéis lo feliz que estoy de tener a nuestras familias y mejores amigos con nosotros. Nuestra boda fue un poco triste en Italia —exclamó Annette entusiasmada por la noticia.

—Gracias por incluirme entre vuestros amigos más cercanos —dijo Henry sonriendo.

—Vivimos momentos bonitos en Nueva York y nos ayudaste mucho. Adrien me comentó todo lo que hiciste por ayudarle cuando me marché. Muchas gracias.

—No hay nada que agradecer. Tan solo intenté ayudar a un amigo en graves apuros. No imaginas lo que sufrió aquel día cuando supo de tu marcha.

—Lo sé, hemos hablado mucho de ello —murmuró Annette mientras acariciaba la mano de Adrien.

—¿Cuánto tiempo esperas quedarte? —preguntó Adrien.

—No lo he decidido aún. No esperaba encontrarme con tanta belleza, la verdad —afirmó a la vez que miraba a Sofía con descaro. Ella se movió incómoda en la silla.

Julien estaba a punto de levantarse de la mesa harto de aguantar la mala educación de aquel hombre cuando el mayordomo les anunció la llegada de su hermano Thierry, junto con su mujer Marie Cécile y sus dos hijos: André de casi cinco años y la pequeña Adele de tan solo dos. Annette corrió a recibirlos e invitó a todos a salir al jardín para tomar el té. Después, se retiraron a descansar antes de prepararse para la gran fiesta.



Cuando Sofía se miró en el espejo no podía creer lo que veían sus ojos: el vestido que le había regalado Annette le quedaba como un guante y hubiese mentido si negase que la favorecía mucho. Se sentó en el tocador dispuesta a dar un poco de color a su rostro. Unos minutos después, llegaron dos doncellas que la peinaron y le ayudaron a terminar de arreglarse. Para evitar dejar todo el escote al aire, Sofía decidió recogerse el pelo hacia un lado, dejando que su larga y ondulada melena ocultase al menos una parte.

Esperó a que varios invitados hubiesen llegado antes de bajar; se sentía un poco nerviosa y prefería relajarse en su habitación. Cuando por fin se decidió a hacerlo, el salón ya estaba lleno de gente charlando y riendo. Descendió por las escaleras a paso lento para no llamar la atención, pero en cuanto Annette la

vio aparecer, fue hacia ella.

—Sofía, ¡estás preciosa! Mejor incluso de lo que imaginaba.

—Gracias. Estoy un poco nerviosa…

—No tengas ningún miedo. Ven, Jérôme acaba de preguntar por ti.

Las dos llegaron a uno de los círculos de personas que se habían formado. Nada más verlo, Sofía saludó de forma afectuosa a Jérôme, quien le dio el pésame por la muerte de James con un cálido abrazo.

—Gracias, no pudimos hacer nada.

—Lo siento de verdad, Sofía. James era un buen hombre y después de todo lo que tuvisteis que pasar para estar juntos…

Ella asintió con pena.

—Bueno, ya estás aquí con tu familia. Poco a poco lo superarás. Estás muy hermosa esta noche. Permíteme que te presente a mi prometida, la señorita Ágnes Baudin.

—Encantada de conocerla, Sofía.

—Igualmente —le respondió Sofía contenta de ver a su amigo tan feliz con su compromiso.

Marie Cécile llegó con su marido Thierry y se acercó a Sofia, con quien se fundió en un bonito abrazo. No era el primero del día: a su llegada ella ya le mostró todo su apoyo, pero con aquel segundo abrazo quiso ayudarla a sentirse bien. Sofía le agradeció el cariñoso gesto y, satisfecha por haberse atrevido a tomar la difícil decisión de cambiar su vestuario, cogió una copa de *champagne* y dio un sorbo. Mientras lo hacía, notó la mirada de Henry clavada en ella, algo que la hizo sospechar que aquel hombre iba a incomodarla un poco a lo largo de la noche. Desvió la mirada intentando encontrar a Julien; no le vio. Aquel retraso la extrañó, ya que solía ser muy puntual.

Comenzaba a inquietarse por su ausencia cuando le vio aparecer en el salón y sintió que el corsé le apretaba hasta dificultarle la respiración. Sin poder evitarlo, los dos se miraron de arriba abajo antes de saludarse. Julien sintió que le subía un fuerte y molesto calor por el cuello mientras que Sofía notaba el sofoco recorriéndole el pecho y las mejillas. Había algo en él distinto aquella noche que no supo descifrar. Pensó que sería el peinado; era obvio que había ido a la barbería. Cuando pudo pensar con mayor claridad llegó a la conclusión de que se trataba de su particular atuendo: un pañuelo anudado de forma distinta a la habitual y un chaqué de un estilo que no parecía francés y que le favorecía enormemente.

Cuando se acercó a ella, Sofía sentía que las mejillas le ardían.

—Buenas noches a todos —dijo mientras besaba la mano de todas las mujeres presentes.

—Hermano, ¡qué elegante! —comentó Annette con una sonrisa.

—Tienes unos hermanos muy apuestos, la verdad —afirmó Sofía mirando a Julien y después a Thierry, quien le sonrió con timidez.

—Son los genes, querida —añadió Annette guiñándole un ojo.

Sofía rio al recordar aquella misma frase que le dijo su hermano en una ocasión.

Julien y Sofía se sentaron juntos en la mesa para cenar, algo que le ayudó a sentirse más segura y relajada. Henry, sentado justo enfrente, no apartaba la mirada de ella. Todos los invitados felicitaron a los anfitriones por su aniversario y les entregaron diversos regalos que ellos agradecían con la mejor de sus sonrisas.

Después de la cena, celebraron un baile en otro de los salones. En ese momento, Henry aprovechó la oportunidad para acercarse de nuevo a Sofía e invitarla a bailar. Ella declinó su invitación de forma educada. Él, en vez de molestarse, se quedó junto a ella. No podía negar que era un hombre muy apuesto, simpático y alegre, aunque estaba empezando a sentirse abrumada por su constante atención y excesivos halagos. En cuanto pudo, se acercó a Adrien y, tras comentarle que necesitaba respirar un poco de aire, salió al jardín. Tenía miedo de que Henry la encontrase también allí, por lo que caminó hacia el invernadero, donde estaba segura encontraría algo de paz.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo ante la belleza del lugar. No estaba segura de si había sido Julien o Annette, pero lo que veían sus ojos la transportó a su juventud. El interior estaba decorado con decenas de gardenias y rosas blancas cuya belleza se veía magnificada por la luz titilante de las velas. A través de los enormes cristales, observó en la distancia la casa de los Dufour, cuyo jardín también había sido iluminado con velas. Cerró los ojos para llenarse del maravilloso olor de las flores hasta que sintió la presencia de alguien detrás de ella. El corazón le dio un vuelco al reconocer el perfume. Sonrió.

—¿Te sientes abrumada rodeada de tanta gente?

Ella asintió con la cabeza y se rodeó con los brazos.

—Yo también —le susurró al oído haciendo que Sofía se estremeciese ante el suave roce de su respiración en el cuello.

—Supongo que he perdido la costumbre —confesó con cierta nostalgia.

—No soy capaz de encontrar las palabras para describir tu belleza esta noche, aunque imagino que ese Henry te lo ha dicho más veces de las que soy capaz de enumerar…

—Sí, es un poco intenso. Pierde su tiempo. Sus palabras están vacías para mí. Conozco a los hombres como él y no me atraen en absoluto.

Julien se acercó un poco más a ella. Sofía volvió a cerrar los ojos dejándose llevar por un recuerdo que le aceleró el corazón con más fuerza. En ese mismo momento sintió los labios de Julien recorriéndole el cuello con delicadeza y notó que le temblaban las piernas. Aunque deseó pedirle que se detuviese, no pudo. Sus besos y aquel lugar la trasportaron varios años atrás en el tiempo. A su primer beso con él, a sus primeras caricias y al día en el que olvidándose de todo se entregó a él llena de amor y deseo.

Cuando él se detuvo, ella abrió los ojos y se giró para mirarlo. Unos instantes después desvió la mirada. El intenso azul de sus ojos era como un

mar embravecido: capaz de arrastrarla hasta el abismo de las profundidades o de embestirla hasta la más cálida de las orillas. Perderse en ellos era quedar a su merced y tenía plena seguridad de que, si lo hacía, naufragaría una y otra vez en aquellas preciosas aguas.

—Julien… No podemos… Yo…

Eso es todo lo que pudo decir. Enseguida percibió la calidez de sus labios. Incapaz de controlar el deseo que sintió le devolvió el beso con pasión mientras se aferraba a sus brazos con fuerza. Julien le posó las manos en la cintura y la atrajo hacia él para sentir su cuerpo al mismo tiempo que descendía con los labios por su mandíbula hacia la piel del escote. Ella hizo lo mismo y comenzó a besarle el cuello. Julien, acalorado y con la respiración acelerada, se desanudó el pañuelo del cuello, lo tiró al suelo y la empujó con delicadeza hacia una columna. Sofía sentía que la cabeza le daba vueltas con cada uno de sus besos y, cuando estaba a punto de revivir lo que había recordado tantas veces, el ruido de los fuegos artificiales los asustó y los hizo ser conscientes de lo que estaban haciendo.

Sofía se apartó con brusquedad y se excusó para regresar a la casa a fin de no levantar sospechas, no sin antes rogarle que aguardase un tiempo allí. Él accedió, pero antes de llegar a la puerta, la agarró del brazo y volvió a besarla hasta que ella le imploró que se detuviese y se marchó.

Incapaz de dar un paso y aturdido por el sonido amplificado del fuerte latido de su corazón, Julien se dejó caer en el suelo y se llevó las manos a la cabeza. Sabía que lo que acababa de hacer no era correcto, e ignoraba las consecuencias que podría ocasionarle, pero no podía soportar más tenerla tan cerca sin poder besarla. Sofocado y nervioso se quitó la chaqueta y permaneció allí durante varias horas sin saber cómo afrontar lo que había estado a punto de pasar entre ellos.

11

Después de lo ocurrido en el invernadero, Sofía evitó encontrarse con Julien durante varios días poniendo como excusa a Nichole, a la que le estaba costando un poco adaptarse a la nueva escuela y su metodología.

A pesar de los intentos por parte de Annette para convencerla de que al menos esa noche cenase con ellos, ella fingió estar cansada, algo que inquietaba en especial a Julien, quien sospechaba que, detrás de todos aquellos pretextos, había algo más relacionado con él. Sin embargo, sabía que debía darle un poco de espacio para no agobiarla, por lo que optó por dejar pasar un poco de tiempo antes de intentar hablar con ella.

No tuvo que esperar demasiado: una semana más tarde, Annette convenció a Sofía para organizar una actividad juntas con varios grupos de niñas de la escuela. Para no volver a disgustar a Julien, decidieron informarle por adelantado de la visita que habían programado para esa misma tarde al Museo del Louvre.

Cuando llegaron a la escuela él estaba revisando una documentación que parecía un poco compleja, a juzgar por su gesto de preocupación. Al ver entrar a su hermana con una amplia sonrisa en la cara seguida de una menos efusiva Sofía no puso buena cara. Sabía que cuando Annette sonreía de aquella forma iba a pedirle algo que estaba seguro no iba a gustarle.

—Buenos días, querido hermano. No te hemos visto hoy en el desayuno.

—Buenos días. Sí, estoy un poco ocupado hoy. ¿Qué os trae por aquí? —preguntó mientras apuntaba algo en uno de los documentos.

—Sofía y yo hemos pensado que hoy es el día perfecto para hacer una pequeña excursión.

Él la miró frunciendo el ceño.

—¿Una excursión?

—Sí, vamos a llevar justo después del almuerzo a varios grupos al Louvre, para mostrarles en persona muchos de los cuadros que estudian en su clase de Arte.

—Esos grupos tienen clases a esa hora. No pueden saltárselas sin avisar a sus profesores con antelación. No me parece profesional actuar de este modo. Si queréis llevar a las niñas a algún sitio, debéis solicitar permiso al menos una semana antes —dijo y siguió escribiendo.

Annette y Sofía se miraron sin saber qué hacer.

—¿Una semana antes? Por favor, hermano. Danos el permiso para hacerlo. Será muy divertido y aprenderán mucho —le pidió al mismo tiempo que juntaba las manos en forma de súplica.

—Julien, por favor, yo misma hablaré con los profesores de la tarde y les pediré disculpas por no haberlos avisado con más tiempo. Hace una tarde espléndida, será muy agradable, de verdad —comentó Sofía, que se había sentado en un sofá al fondo de la sala.

Él levantó la mirada hacia ella y tras dar un suspiro les dio su aprobación, lo que hizo que Annette se abalanzase hacia él y comenzase a besarle las mejillas.

—Gracias, gracias, gracias, hermano.

—Annette, por favor… suéltame. Esto no es apropiado —dijo intentando zafarse de ella.

Ella se apartó y se rio a carcajadas ante la mirada atenta de Sofía, que no se atrevía a acercarse.

—Bueno, iremos a hablar con los profesores. ¿Me acompañas, Sofía? —preguntó Annette.

—Es mejor que lo haga yo —replicó Julien mientras se levantaba—. Yo me encargaré de hacerlo dentro de un rato.

—Está bien, como quieras —mascculló Annette—. Sofía, si no tienes nada más que añadir, deberíamos ir a prepararlo todo. ¿Te parece bien?

—Sí, será lo mejor —afirmó y se levantó para acercarse a ella.

Annette se entretuvo buscando un libro en la estantería, momento que Julien aprovechó para dejar los papeles que tenía en la mano encima de la mesa y aproximarse a Sofía.

—¿Qué tal estás? —le preguntó en voz baja mientras le acariciaba el brazo con delicadeza—. No te he visto en toda la semana. Estaba un poco preocupado.

—Estoy bien, gracias, solo un poco atareada con la niña —respondió separándose de él.

—Me gustaría poder hablar contigo esta noche.

—No creo que pueda —afirmó ella en voz muy baja.

—Por favor —le suplicó.

Annette se dio media vuelta con un libro en la mano y dijo:

—Creo que esto nos puede servir para hacer una pequeña introducción. Sofía, ven, vamos a prepararla a la sala de profesores.

—Podéis hacerlo aquí si queréis. Tengo un asunto del que ocuparme fuera —dijo Julien a la vez que recogía sus cosas para marcharse—. Me reuniré con vosotras allí.

—¿No te interesa lo que hemos preparado? —preguntó Sofía molesta.

—¿Qué se puede hacer en un museo más allá de admirar cuadros? —le replicó sin demasiado interés.

Ella le observó atenta y antes de que saliese del despacho le dijo:

—Luego no digas que no te hemos avisado…

Sin entender a lo que se refería, se despidió de ellas y se marchó mientras Sofía ponía un mohín de disgusto. ¿Qué otras cosas requerían de su atención tan a menudo?, se preguntó. Prefirió dejarlo estar y se sentó junto a Annette

para preparar todo lo necesario para la visita al museo.



A las cuatro de la tarde, Annette, Sofía y cuatro grupos de alumnas se encontraron en la puerta principal del museo para esperar la llegada de Julien y otras dos profesoras. Cuando estuvieron todos, entraron al salón principal, donde dejaron que las niñas deambulasen un tiempo para familiarizarse con el entorno. Mientras tanto, Julien saludaba personalmente al director, el señor Henry Barbet de Jouy, amigo personal de su padre. A continuación, lo hicieron Annette y Sofía, a las que saludó con cariño.

Sofía reunió a todas las niñas de nuevo en el vestíbulo a la vez que les pedía que no se distrajesen y que tuviesen sus libretas a mano para tomar nota de todo lo que iban a aprender allí. Todos la siguieron hacia otro salón. Una vez que estuvieron delante de uno de los cuadros, se giró hacia ellas y dijo:

—Queridas niñas, hoy estamos aquí no solo para que podáis ver con vuestros propios ojos muchas de las obras que habéis estudiado en clase, sino para que aprendáis a tener voz crítica con el arte, en especial con la pintura; en ella podemos encontrar muchos ejemplos de sumisión, agresión y trato vejatorio hacia la mujer.

Julien carraspeó nervioso ante aquella breve introducción y miró a Annette, quien se limitó a sonreír, algo que le inquietó aún más.

—Como podéis ver, en este cuadro de Tiziano llamado *Concierto Campestre*, que data del año 1510 y que pertenece al Renacimiento italiano, se muestra a una mujer desnuda sin ninguna justificación y de forma totalmente obscena en mi opinión en medio de dos hombres que están perfectamente vestidos.

Julien abrió los ojos como platos y decidió interrumpirla.

—Discúlpame, Sofía. Eso no es cierto. Este cuadro representa de forma clara un mito clásico, por lo que el uso del desnudo está justificado.

—No es verdad, señor Dufour. Esta pintura de tan mal gusto no representa ninguna alegoría y es tan solo el reflejo de la necesidad constante de este pintor misógino de mostrar a la mujer de forma vejatoria con respecto a los hombres.

Un par de hombres que observaban el cuadro desde un lateral se giraron para mirarla con cara de espanto.

—Que reflejen un mito clásico no los hace menos ofensivos, ¿no le parece, señor Dufour? —le preguntó Sofía mirándole fijamente.

—En absoluto —replicó él de mal humor.

Annette observaba a su amiga sin saber si era conveniente participar o no. De momento, prefirió mantenerse callada para no empeorar las cosas.

—Tiziano es un artista excepcional, gran maestro del retrato y que…

—…que usó el cuerpo de la mujer como mero instrumento para alegrar la vida de los hombres que colgaban esos cuadros en sus colecciones privadas —señaló Sofía interrumpiendo a Julien—. Señor Dufour, le aconsejo que se relaje. Esto acaba de empezar. Veamos más ejemplos. Por aquí, niñas —les indicó que la siguiesen.

Julien se puso al lado de Annette y le preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—Una clase de arte, ¿no te parece?

Él la fulminó con la mirada mientras caminaba despacio siguiendo a las niñas.

Sofía se detuvo frente a otro cuadro y de nuevo se volvió para mirarlos a todos.

—Esta es otra muestra de mal gusto. Se trata de una obra de François Boucher, pintada en el año 1745 y que tiene por nombre *La odalisca*.

Las niñas se llevaron las manos a la boca con asombro al ver la pose de la mujer del cuadro.

—Como podéis ver —dijo mirando a Julien con descaro—, la reacción de cualquier persona que lo observe no puede ser otra que la de estupefacción. ¿Cuál cree usted, señor Dufour, que es la excusa de este pintor para retratar a esta pobre mujer, una esclava sexual y concubina de un sultán otomano, en esta postura tan indigna?

Él la miró con furia por ponerle en tal situación.

—Esto es arte, nos guste o no. No estamos aquí para poner en tela de juicio a ningún artista, solo para contemplar su maestría con los pinceles —la contradijo mientras la censuraba con la mirada.

—Yo diría que más que maestría, al ponerse delante de este cuadro, lo que uno busca es contemplar el trasero de esa mujer sin ningún tipo de pudor ni excusa narrativa, ¿no le parece? —le corrigió alzando un poco la voz.

En ese momento se oyeron los cuchicheos de varias personas que estaban en la sala.

—Además —prosiguió Sofía—, nadie imaginaría al sultán en una pose semejante, ¿verdad? Ni mientras se asea, o se viste o…

—Sofía, por favor… —le susurró Annette—. Relájate.

—El arte siempre ha protegido y respetado a los hombres. Mientras a nosotras se nos usa como un mero instrumento sexual, a ellos se los ensalza, a pesar de que la mayoría tenían poco que ver con sus retratos.

—El desnudo artístico existe desde siempre, Sofía, y el de las mujeres no es una excepción. Ha sido objeto de estudio desde hace siglos y tiene diversos significados e interpretaciones. Se ha usado con diferentes matices y… —afirmó Julien en tono amable para intentar rebajar la tensión alrededor de ellos.

—…y, curiosamente, siempre han sido mujeres las elegidas para mostrarlo —protestó Sofía.

—No siempre. Te recuerdo que en la cultura clásica era habitual ver

cuerpos desnudos de hombres y mujeres por igual y que las calles, jardines y patios de Roma y Grecia estaban llenos de estatuas de cuerpos desnudos.

—Sí, esculturas de hombres a las que se les aplicaba un canon distinto a la hora de recrear el miembro masculino para no ofender a los hombres —dijo y levantó la voz.

Julien se aclaró la garganta, agobiado por la situación.

—Sofía, no podemos cambiar la historia del arte universal… Dejemos el tema —protestó.

—¿Podemos seguir con nuestra visita? Seguidme al salón de al lado —señaló sin darle opción a réplica.

Mientras caminaba, fue consciente de las miradas de asombro de otros visitantes en el museo. Sin embargo, ella se limitó a caminar con firmeza.

—Ahora vamos a ver con detalle un retrato del señor Jules Joseph Lefebvre, que como sabéis no solo es académico en la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, sino también experto en retratar a mujeres desnudas, muchas de ellas apenas unas niñas, sin necesidad de añadir ninguna justificación y, peor aún, sabiendo que nadie será capaz de criticarlo.

Aquello levantó un gran revuelo en la sala, por lo que Julien se acercó a ella para exigirle una rectificación.

—Sofía, basta. ¡No puedes hacer esto aquí! —le susurró al oído furioso—. El señor Lefebvre puede causarnos muchos problemas si llegase a sus oídos lo que dices de él.

—¡No pienso ocultar mi opinión sobre su bochornosa pintura! Mira este cuadro, esa niña no tiene ni quince años, ¡por Dios! Es una barbaridad permitir este tipo de pinturas que solo contribuyen a denigrar más a la mujer y la posicionan en la sociedad como un mero objeto sexual a disposición del hombre.

Julien se pasó una mano por el pelo dejándolo un poco despeinado, algo bastante inusual en él y signo de que estaba empezando a ponerse nervioso de verdad. Miró angustiado a Annette, quien se acercó a Sofía para intentar que rebajase el tono.

—Sofía, por favor, déjalo ya. Cíñete a los desnudos, si quieres, pero no nos crees más problemas.

Ella la ignoró y caminó hacia un lateral de la sala donde le pareció ver otra obra que deseaba destacar.

Annette resopló y la siguió mientras sonreía de forma tímida a las personas que los miraban escandalizadas.

—Ah, no sabía que este cuadro estuviese expuesto aquí. Creía que estaba en el museo de Orsay, aunque nos viene de maravilla que sea así, ya que su artista, Édouard Manet, se inspiró en el cuadro de Tiziano para pintarlo. Se llama *Almuerzo sobre la hierba* y es aún más indecente que el otro: nos muestra a dos hombres vestidos, hombres que podrían ser cualquiera de los que están aquí hoy, conversando con una mujer que está totalmente desnuda mientras desayunan en el campo.

Julien y Annette resoplaron casi a la vez y se miraron preocupados.

—Esta obra fue rechazada cuando se presentó a la exposición de arte de El Salón de París en 1863 y recluida en el Salón de los Rechazados, con muy buen criterio en mi opinión —continuó—. ¿Qué os parece esta escena? —preguntó a las niñas, quienes se miraron entre ellas sin saber si contestar a la pregunta o no. Una de ellas levantó la mano con timidez y dijo:

—Creo que es una escena muy desagradable. Parece que los hombres la miren con… —Se detuvo al no encontrar la palabra adecuada para lo que quería decir.

—Con lujuria y lascivia —comentó Sofía en alto.

—Sofía, ¡ya está bien! Nos vamos de aquí de inmediato —le ordenó Julien asiéndola del brazo.

—De eso nada. —Se zafó de su agarre—. Aún nos quedan un par de cuadros que ver y no voy a moverme de aquí hasta que lo hagamos. Seguidme, por favor.

Las niñas miraron a Annette y ella les indicó que siguiesen a Sofía con un gesto de cabeza.

Llegaron a otra sala y allí de detuvo delante de dos cuadros que estaban uno al lado del otro.

—Hemos llegado a los dos últimos ejemplos de cómo acosar a una mujer de forma absolutamente injustificada. Este cuadro, *Diana después del baño*, muestra sin pudor a la diosa Diana violentada mientras se baña convirtiendo al espectador en un mero *voyeur*, que parece estar espiando la desnudez de la diosa tras unos arbustos. ¿Tiene algo que comentar, señor Dufour, respecto a este nuevo desnudo absurdo y obsceno?

Julien apretó la mandíbula con fuerza y harto de aquel espectáculo dijo:

—Sofía, damos por finalizada la visita. Niñas, id en orden hacia la salida.

—No. —Las niñas detuvieron el paso sin saber a quién obedecer.

—Esto no ha sido una buena idea —afirmó Julien entre dientes—. Nos vamos ¡ya!

—¡No pienso moverme de aquí! —protestó en voz alta haciendo que todos los presentes se girasen para mirarla—. ¿Es que no lo veis? El arte es una forma de expresión que debe respetar a la mujer de una vez por todas. No podemos seguir tolerando este uso indiscriminado de nuestros cuerpos y de nuestra sexualidad tan solo para contentar los deseos de los hombres que los contemplan.

Annette agarró del codo a Sofía para tranquilizarla mientras le susurraba que acabase con aquello.

—Y este que tenemos a nuestra derecha, el famoso *Susana y los viejos* —continuó mientras Julien indicaba el camino de vuelta a las niñas—, es el más bochornoso de todos, no solo por la desnudez injustificada de la mujer, sino por la violencia y el acoso al que es sometida ante los ojos de dos viejos asquerosos que la toquetean y la observan sin ningún pudor. ¡Mirad su cara de incomodidad! Esto no es arte, esto es un ataque contra las mujeres —bramó—

y se expone en un museo como este, haciendo que todo el mundo normalice dicho comportamiento y no consigamos acabar con la violencia a la que estamos sometidas desde hace siglos y siglos.

—Vámonos de aquí de inmediato—ordenó Julien a Annette.

Pero antes de que pudieran hacerlo, el director del museo apareció sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Señor Dufour, me acaban de informar del escándalo que están causando y de los comentarios inadecuados que están haciendo sobre las obras expuestas. ¿Puede alguien explicarme el motivo?

Julien se frotó la nuca, nervioso, sin saber qué decir.

—Lo que ocurre, señor Barbet de Jouy —comentó Sofía nada más verle —, es que es intolerable que sigamos exponiendo a ciertos artistas en los salones principales de este gran museo y que continuemos alabando su arte a pesar del daño que hacen a la imagen de la mujer.

El hombre entrecerró los ojos y tras fruncir los labios le respondió:

—Señora Marchand —Sofía carraspeó al oír su antiguo apellido—, ya veo que es simpatizante de los movimientos radicales. No tengo nada en contra, pero esto es arte, no política. Si me acompaña, le pido que termine su discurso *liberal* —dijo en tono peyorativo— en otro lugar.

—No seguirán callando la voz de las mujeres por mucho más tiempo, se lo aseguro —protestó Sofía con rabia. Él la miró y dio órdenes a un guardia de vigilancia para que la acompañase a la salida. Julien seguía sin dar crédito a lo que veían sus ojos; sin embargo, antes de que tanto Sofía como todos ellos se viesen metidos en un escándalo de proporciones épicas, se disculpó ante él y le aseguró que abandonarían el museo de inmediato.

—No me esperaba algo así de ustedes, señor Dufour. No sé lo que pensaría su padre de todo esto —declaró y se dio media vuelta.

Julien cogió con fuerza del brazo a Sofía y la forzó a seguir su paso hacia la salida ante la mirada de estupefacción de las niñas y del resto de profesoras, mientras Annette se acercaba al director para pedirle disculpas de nuevo en nombre de su familia.

—¿Has perdido la cabeza? —le gritó Julien mientras se subían al carruaje de vuelta a casa.

—La actitud del señor Barbet me ha parecido…

—¡Sofía, basta! Esto no es lo que habíamos planificado —le reprochó Annette—. Si llego a saber que ibas a montar semejante escándalo, no te habría apoyado.

—Ah, ¡qué bien! Me parece vergonzoso lo que acabo de escuchar. ¿Ya no te interesa luchar por los derechos de esas niñas?

—¡No de esta forma! No era necesario armar tanto jaleo ni este es lugar para criticar a los artistas. Habíamos quedado en que les enseñaríamos a tener criterio a la hora de admirar un cuadro con alguna escena comprometida relacionada con mujeres, nada más.

Julien las escuchaba mientras movía la pierna. Sentía el corazón latiendo

desbocado y le faltaba el aire, por lo que se aflojó el pañuelo que llevaba al cuello y bufó.

Durante el resto del trayecto los tres permanecieron en silencio sumergidos en una tensión creciente que presagiaba el estallido de una monumental bronca una vez llegaran a casa. Y así fue. En cuanto pusieron el pie en la entrada principal comenzaron a gritarse los unos a los otros ante la mirada atónita de Adrien, que no entendía lo que ocurría y que estaba en el salón dibujando con Jean Michel y Nichole. Al ver la gravedad de la discusión, mandó llamar al ama de llaves para que se llevase a los niños de allí y se giró hacia ellos.

—¿Qué está pasando? ¿Alguien puede explicarme a qué viene este escándalo?

Annette se acercó a él con gesto compungido y le pidió que se sentase. Él se negó.

—¡Lo que has hecho hoy va más allá de toda cordura! ¡No pienso permitirte ni una sola escena más! —sentenció Julien desesperado.

—¡No puedes prohibirme nada! —le gritó Sofía.

—¡Por supuesto que puedo y pienso hacerlo! —Los dos se fulminaron con la mirada.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Adrien arrugando el ceño.

—Hemos estado en el Louvre con algunos grupos y Sofía… —Annette no pudo continuar presa de los nervios.

—Sofía ha creído conveniente ponerse a criticar e insultar a los artistas en medio del museo, porque sus cuadros le parecen obscenos. ¡En medio del museo y con muchos visitantes a nuestro alrededor! —Julien se llevó las manos a la cabeza, angustiado.

—Sofía, ¿eso es cierto? —preguntó Adrien en tono serio.

—Sí, lo es. Annette y yo pensamos que sería una buena idea mostrar qué pintores y obras exhiben un trato hacia la mujer un tanto despectivo y cómo la desnudez femenina…

—¡Eso era lo que pretendíamos! Lo has desvirtuado todo, Sofía —protestó Annette apoyando las manos en su cintura.

—¿Cómo pretendías explicar a las niñas lo que esconden esas obras si no se lo describes con detalle? —Sofía no daba crédito a la actitud de su amiga.

—Una cosa es comentar que el uso del desnudo femenino ha sido exagerado y un poco injustificado en algunas épocas y otra muy distinta es insultar a los artistas —gruñó Julien en respuesta.

—¡Yo no he insultado a nadie!

—¿Cómo que no? ¡Te ha faltado muy poco para llamarlos desviados!

Sofía frunció los labios con rabia y taladró con los ojos a Julien.

—No me mires así, sabes que lo que digo es verdad. Y, para colmo, ha puesto en duda los retratos de mujeres del señor Lefebvre en pleno Louvre.

—Sofía, dime que lo que cuenta Julien no es cierto.

Ella levantó la barbilla con orgullo para no dejarse amedrentar.

—Sí, lo he hecho y lo volvería a hacer. Ese señor es…

—Cállate —le ordenó Adrien alzando la voz, algo que estremeció a Sofía, poco acostumbrada a que su hermano la hablase en ese tono—. ¡Lo que has hecho es intolerable! ¿En qué estabas pensando? Lo de la clase anterior en la escuela me pareció mal, pero al menos se mantuvo en privado. Sin embargo, este escándalo en el Louvre es demasiado.

—No pretendía crear ningún jaleo. Ha sido por culpa de Julien, que ha empezado a oponerse a todo lo que decía y…

—Sofía, lo que cuenta Julien es extremadamente grave. ¿No te has parado a pensar en las consecuencias que puede tener para nuestras familias?

—Solo quería hacer entender a las niñas que la violencia contra las mujeres se puede expresar de diversas formas y cómo de enraizada está en nuestra cultura, sin que apenas nos demos cuenta.

—Lo sé —afirmó Annette—, pero la forma en la que lo has hecho es absolutamente errónea. El señor Barbet de Jouy estaba muy molesto con nosotros.

—¿Has dicho todas esas barbaridades delante del director? —preguntó Adrien mientras la miraba pasmado.

—¡No le ha importado reproducir su discurso una y otra vez delante de quien fuese necesario! —afirmó Julien—. Prepárate para recibir en unos días una carta de los abogados de Lefebvre.

—Debemos hablar con el señor Barbet de Jouy mañana mismo para intentar solucionar este malentendido —ordenó Adrien, quien se rascaba la barba, inquieto.

—Yo iré a hablar con él si creéis que es necesario —declaró Sofía.

—No, gracias. ¡Ya has hecho bastante! A partir de este momento estás fuera de la escuela.

Sofía no podía creer lo que Julien acababa de decir.

—¡No puedes expulsarme de algo que me pertenece tanto como a vosotros!

—Con tus acciones estás demostrando que no te importa nada.

—¡Mentira! Todo lo que hago es para el mayor bien de esas niñas. Llevo luchando por ellas muchos años, arriesgando mucho para ayudarlas, y ni tú ni nadie me va a impedir seguir haciéndolo.

—Lo harás fuera de la escuela.

Sofía entrecerró los ojos y los fijó en él.

—A lo mejor el que debe volver a su universidad eres tú. Creo que te queda muy grande tu labor como director. No parece que entiendas el verdadero espíritu de nuestras escuelas y por el que luchamos.

—Quizás eres tú la que confías demasiado en tus propias capacidades y no puedes ver que no tenías la formación necesaria para aventurarte a hacer lo que has hecho hoy en el Louvre. Eres demasiado osada —le espetó Julien furioso. Sofía abrió la boca sin poder creer el reproche que acababa de oír.

Adrien resopló harto de los gritos.

—¡Basta ya! Dejad de gritaros. Debemos pensar en cómo solucionar este problema.

—¿No te parece curioso que un hombre como tú, que supuestamente lucha por alcanzar la igualdad de hombres y mujeres, se valga de su formación para recriminarle a una mujer por no tener los mismos estudios? ¡Eres un hipócrita! ¡Si Annette y yo no hemos podido ir a la universidad es por culpa de hombres como tú!

—¿Te parece que insultar a un artista en público es digno de la hija de Jean Paul Mathieu? —le espetó Julien mientras apretaba los puños.

—Jean Paul Mathieu crio y educó a una hija luchadora, fuerte, firme en sus convicciones y capaz de enfrentarse a cualquier hombre petulante como tú.

—¡Has insultado a Lefebvre, un académico, en el Louvre! —bramó Julien.

—¡Mentira! Yo no he insultado a nadie. No me atrevería a llegar tan lejos. Tan solo le he recriminado que retrate a mujeres tan jóvenes sin ninguna justificación. No pienso permitir que me acuses de una calumnia semejante.

—Sofía, espero que no se te haya ocurrido ofenderlo o vas a tener que afrontar tú misma el peso de tus palabras —la amenazó Adrien.

—Le pediré disculpas personalmente si es necesario, pero no pienso retirar lo que he comentado de otros artistas clásicos.

—Claro, a una mujer como tú le indigna y le ofende que en un cuadro de Tiziano unos viejos miren a una muchacha desnuda. ¡Lo dice ella que se casó con apenas veinte años con un señor de sesenta! —gritó Julien fuera de sí.

Sofía le fulminó con la mirada y se fue hacia él encolerizada. Adrien se interpuso entre ellos, pues intuyó lo que Sofía estaba a punto de hacer.

—Por favor, entremos en razón de una vez —les ordenó.

Sofía miró a Julien con lágrimas en los ojos y con la voz atorada en la garganta solo pudo decir:

—Eres un cretino —exclamó y se dio media vuelta para ir a su habitación dejando a todos boquiabiertos.

Julien se llevó las manos al cuello arrepentido de haber pronunciado aquellas palabras y, tras maldecir por lo bajo, salió del salón a toda prisa.

Adrien y Annette se miraron sin saber qué decir. Ella intentó justificar su participación en el escándalo, pero no fue capaz de dar una explicación convincente, por lo que se limitó a pedirle disculpas.

—Lo siento, *mon coeur*, de verdad. No sabía que iba a salirse de lo que habíamos planificado hacer en el museo o no habría participado en algo así. Sabes que estoy igual de comprometida con esas niñas, aunque considero que esta vez ha sobrepasado todos los límites.

Él la miró con gesto serio y fue hacia el sofá para sentarse. A continuación, resopló con fuerza.

—Estoy muy preocupado por Sofía. Esto no es normal en ella. Siempre ha sido una mujer muy sensata y prudente. ¿A qué se deben estos comportamientos más propios de una adolescente rebelde que de una mujer

adulta?

—No lo sé, aunque sospecho que la pérdida de James la esté afectando más de lo que ella misma imagina.

—Mañana hablaré con ella. Ahora debemos pensar en cómo arreglar este despropósito. Mañana me acompañarás a hablar con el señor Barbet de Jouy para disculparnos en persona. Reza para que se digne a recibirnos y para que no haya contado lo ocurrido a todo su entorno o tendremos problemas serios.



Sofía dio un portazo y se encerró en su habitación. Sin poder detener las lágrimas que se le derramaban sin freno por las mejillas se tumbó en la cama y sintió una presión que apenas le dejaba respirar. Cuanto más hacía por serenarse, más se le aceleraba la respiración y estuvo a punto de perder el conocimiento por la falta de aire. Cogió un vaso de agua e intentó beber a pequeños sorbos, algo que le ayudó mínimamente a calmar los nervios. Las palabras de Julien le quemaban en el pecho y le taladraron el corazón con la fuerza de un arpón. ¿Cómo había sido capaz de decirle algo tan ofensivo y doloroso para ella? Jamás pensó que él se atrevería a algo así… él no. Sin embargo, y para su sorpresa, lo había hecho y la había herido en lo más profundo de su alma. En ese momento se acordó de la carta que guardaba en su mesilla. Volvió a releerla y rompió a llorar de nuevo. Se la llevó al pecho y se tumbó de lado, con las rodillas encogidas, hasta que se quedó adormilada con ella en las manos.

Un fuerte trueno retumbó por toda la estancia y la despertó de golpe. Miró el reloj y vio que eran casi las once. Pensó en Nichole y en que se le había pasado la hora de la cena. Se angustió. Quería ir a verla, pero estaba segura de que si la viese en ese estado se asustaría. Confió en que Annette se habría ocupado de ella.

Se levantó de la cama, fue hacia la ventana y, a pesar de la lluvia intensa, la abrió para respirar un poco de aire fresco. Notaba el ambiente de la habitación muy cargado. Se asomó y cerró los ojos dejando que la lluvia le erizase el vello de los brazos mientras el aire le refrescaba el rostro. Respiró despacio para ralentizar los latidos de su corazón, que aún notaba acelerado. Cuando los abrió no pudo evitar mirar hacia la casa de los Dufour y sintió que la rabia regresaba a su cuerpo. Apretó los dientes con fuerza mientras sentía la respiración agitada de nuevo. Al cerrar la ventana de mal humor, le pareció ver a Julien caminando bajo la lluvia. ¿Por qué repetía aquel extraño comportamiento de nuevo?, se preguntó. Sus duras palabras la golpearon de nuevo, por lo que, llena de rabia, buscó un chal y, tras echárselo por los hombros, salió de la habitación con sigilo en dirección al jardín. Una vez allí, agudizó la vista y le vio caminando de un lado a otro. Sin pensarlo dos veces,

se ajustó el chal y caminó hacia allí dispuesta a pedirle explicaciones.

—¿Cómo te has atrevido a ofenderme de esa manera tan injusta? —le gritó cuando estuvo cerca de él.

Julien se giró nada más oír su voz y se quedó paralizado. Estaba totalmente empapado y el agua le resbalaba por el rostro sin que hiciese nada por evitarlo. Ella le observó desafiante durante unos instantes.

—¿No tienes nada que decir? ¿Ahora no encuentras las palabras?

—Siento haber dicho…

—¿El qué sientes? —le interrumpió Sofía fuera de sí—. Estoy harta de ti y de tu hipocresía, de tu corrección y tu obsesión con el qué dirán.

—Reconozco que no debí decirlo; perdí los nervios… —confesó mientras se retiraba el agua de la boca.

—¡Eres un indecente! —le gritó—. Juegas a ser mejor que los demás, un hombre moderno, preparado, tolerante… Sin embargo, todo es falso. Eres igual que todos los demás.

—Ser prudente y sensato no me convierte en un mal hombre.

—¿Un mal hombre para quién? No solo me has dañado con tus palabras; me has ofendido como mujer.

—No actuaste bien —le reprochó—. Crees que así se consigue avanzar más rápido. Déjame decirte que estás equivocada. De esa forma solo logras desprestigiarte a ti misma y a tu familia.

—El prestigio… ¡eso es todo lo que te importa en la vida!

—Es importante. Nuestros padres lucharon muy duro para que nosotros podamos tener la vida que tenemos. ¿Acaso crees que todo esto se mantiene solo? —dijo mirando a su alrededor.

—Estoy cansada de tu obsesión por quedar bien. A veces hay que ser más osado. La rectitud como forma de vida es difícil de mantener, a no ser que no te importe nada más. Salirse del camino marcado para coger una ruta alternativa nos ofrece más oportunidades para ser feliz.

—Mi vida está muy completa tal y como es… —puntualizó.

—Ya lo veo. Solo hace falta pasar un rato contigo para comprobarlo —le respondió con sarcasmo.

—¿Tu vida es mejor que la mía?

Sofía se acercó a él sintiendo que le faltaba el aire de nuevo e intentando controlar las lágrimas con todas sus fuerzas.

—¡Mi vida es la que es por tu culpa! —sentenció con un nudo en la garganta.

Él la miró sin comprender.

Sofía levantó la mirada hacia el cielo y sin poder controlar el llanto dijo:

—¿Alguna vez te has preguntado por qué me casé con Alexander? Sí, ¡me casé con un hombre cuarenta años mayor que yo! —bramó con desesperación —. Tú me obligaste a ello.

—¡Yo no te obligué a nada!

—Ah, ¿no? ¿Acaso crees que me quedó más opción después de lo que

pasó? —Se llevó las manos al pecho sintiéndose perdida.

—No entiendo.

—Por supuesto que no entiendes nada. Tú solo te preocupas por ti. No hay nada más allá de tu carrera y tu honor.

—No es verdad.

—¡Sí lo es! Jamás pensaste en mí cuando te marchaste sin despedirte. Me dejaste aquí, abatida y sin poder desahogarme con nadie mientras tú comenzabas una nueva vida en Hamburgo. ¿Qué podía hacer si quería que mis padres no se enterasen? ¿Acaso pensaste en algún momento que dejabas atrás a una pobre muchacha deshonrada? ¿Qué otra opción tenía de poder casarme si no era con Alexander? A él no le importó… —Sofía se derrumbó en el suelo, agotada y aterida por el frío.

Julien la observaba con angustia sin terminar de entender lo que ella acababa de insinuar. Agobiado se agachó junto a ella e intentó tocarle el brazo; ella se alejó con brusquedad.

—¡Suéltame!

—Enfermarás ahí sentada —dijo nervioso.

—¡Me da igual! —protestó levantándose—. No te atrevas a tocarme. No necesito tu ayuda. Fui capaz de recomponer mi vida sin ti. —Se puso frente a él con altanería mientras le miraba fijamente a los ojos—. Debí darme cuenta antes de cómo eras, pero me dejé engañar por aquel joven que compartía sueños e inquietudes conmigo. Todo era falso, ¡todo tú es falso!

—¡No lo soy! —Julien agitó la cabeza con fuerza para sacudirse el agua.

—Yo ya no sé nada. No reconozco en ti al Julien de antes. Eres un pedante y un necio si crees que soy la misma Sofía de antaño. No se te ocurra pensar que puedes volver a seducirme con tus mentiras.

Él la miró intensamente y se acercó unos centímetros, haciendo que ella retrocediese unos pasos.

—Te marchaste y me dejaste atrás habiéndome entregado a ti la noche anterior… —musitó entre lágrimas.

—No pretendía hacerte daño. Tuve que marcharme. No podía decepcionar a mi abuelo…

—Pero a mí sí… ¡qué ingenua fui al creer que me amabas de verdad!

Julien bajó la mirada sintiendo que la lluvia le calaba aún más.

—Aún lo hago…

—Eres un… —dijo mientras levantaba la mano para darle una bofetada. Él la detuvo antes de que pudiese hacerlo y la agarró del brazo con firmeza.

—Nunca pretendí dañarte, Sofía. Debes creerme. Ojalá pudiera cambiar lo que hice, pero no puedo. He aprendido la lección… Quise hablar contigo antes de irme, de veras que deseaba despedirme… pero sabía que si lo hacía no podría marcharme.

Ella se soltó con fuerza y le miró llena de rabia.

—Pudiste pedirme que me fuese contigo. ¡Lo habría hecho, Julien! —gritó —. Habría rogado a mi padre que me enviase a estudiar a Alemania para

poder estar juntos, habría hecho lo que fuese por ti, pero tú…

—¡Baja la voz! —le ordenó Julien.

—No quiero. Quiero gritarte todo lo que no me dejaste decirte en su momento. Me da igual quién lo oiga.

—A mí no… —Julien se pasó la mano por la cara, superado por la situación—. Éramos demasiado jóvenes, Sofía.

—No es verdad. Pensaste que como nuestros padres eran comprensivos iban a tolerar lo que hicimos. Pero te equivocaste. No pude ser honesta, ellos se habrían sentido terriblemente defraudados… sobre todo mi madre. —Sofía sentía que le costaba respirar con normalidad—. Te marchaste cuando conseguiste lo que deseabas. Después yo ya no te importaba.

—¡Mentira! —bramó Julien.

—¡Verdad! —le chilló—. ¡Eres un hipócrita!

—Deja de gritar. ¡Vas a despertar a todos los habitantes de París!

—Me da igual. Así se enterarán de quién es el verdadero Julien Henri Dufour: frío, falso, insensible…

No pudo terminar su interminable lista de insultos. Julien la sujetó del brazo y la empujó hacia el interior de la casa.

—¡Déjame! —Sofía intentaba zafarse de él mientras caminaba—. Eres un bruto. Me estás haciendo daño.

Una vez dentro Julien se aproximó a ella, la cogió por la cintura y la besó. Ella se apartó de golpe y le abofeteó la cara; sin embargo, él le sujetó el rostro con las dos manos y volvió a besarla consumido por el insoportable deseo que sentía hacia ella. Ella volvió a separarse de él, le miró profundamente a los ojos, pero tras un breve instante su mirada se centró en sus labios y sintió que se ahogaba. Sin poder controlar su reacción, hundió los dedos en su pelo ondulado, le atrajo hacia ella y le devolvió el beso con pasión. En ese momento sintieron que sus cuerpos se reconocían y cómo se activaban todas sus terminaciones nerviosas. Julien la cogió con fuerza por la cintura y la alzó del suelo mientras la llevaba hacia el interior de su despacho. Ella se aferró a él cuando se apoyaron en la pared correspondiendo a cada beso, a cada caricia. Sentir sus labios en la piel le nublaba la mente e invadía sus sentidos, hasta tal punto que no le permitía pensar en nada más allá de su olor y del calor de su cuerpo.

Julien se estremeció al sentir de nuevo el tacto de su piel mientras Sofia se dejaba llevar por el recuerdo de sus labios grabado en todas las células de su cuerpo.

A pesar de tener el pelo y la ropa húmedos por la lluvia, Sofía sentía que la piel la abrasaba por dentro y hacía que creciese en ella un deseo que desconocía poseer. Sintiendo aquel poder que emanaba desde su interior, le desabrochó la camisa y comenzó a recorrer sus brazos y su espalda con ansia. Él hizo lo mismo y le soltó parte del vestido al tiempo que besaba cada centímetro de la piel de su cuello, haciéndola estremecerse de pies a cabeza. Sofía apretó los labios contra su hombro y le dio un pequeño mordisco. Julien

emitió un sonoro siseo al notar los dientes en su piel.

Guiado por el intenso deseo que sentía hacia ella, la cogió de la cintura de nuevo e intentó apoyarla en el escritorio. Ella le rogó que fuesen a la habitación. Subieron las escaleras con torpeza sin poder dejar de besarse y, en cuanto llegaron, Julien cerró la puerta de golpe, se quitó las botas y los pantalones y los arrojó al suelo ante la atenta mirada de Sofía, que le observaba sintiendo que el fuego la devoraba.

Ambos lucharon durante unos minutos que les parecieron una auténtica eternidad para terminar de deshacerse del vestido que Sofía sentía adherido a su cuerpo como una segunda piel. Cuando por fin se liberó de la presión que sentía, se soltó el pelo. Julien suspiró ante la sensación de notar cómo el cabello de ella caía en sus manos. Le acarició el rostro con ternura, la alzó del suelo, la llevó hacia la cama y cubrió su cuerpo con el suyo mientras besaba la piel encendida de Sofía. Ella se estremecía ante cada caricia invitándole a seguir. Cuando no pudieron alargar más su deseo se entregaron sin miedo a ser descubiertos, dejándose guiar por sus cuerpos, por el ritmo de su respiración, permitiendo que toda la rabia acumulada escapase por cada poro de su piel, liberándolos y sumergiéndolos en un dulce y frenético baile de placer incontrolable.

Sofía se despertó con la fuerza de la lluvia, aturdida y sin saber dónde estaba. Sintió el peso del cuerpo de Julien a su lado y, abrumada por la intensidad de lo que había sentido, se giró hacia el otro lado de la cama y cubrió su cuerpo con la sábana, avergonzada. Hizo ademán de levantarse, pero, justo en ese momento, él se acercó a ella y la abrazó para impedir que se marchase mientras comenzaba a besarle el cuello, esta vez con dulzura. Ella escondió la cabeza en la almohada para reprimir el llanto al mismo tiempo que él le susurraba que no le dejase solo.

—Por favor, no te vayas ahora —le rogó al oído.

Ella notó que una lágrima le recorría la mejilla.

—Tengo que hacerlo, Julien. Debo irme antes de que alguien se dé cuenta de que no estoy en casa.

—Aguarda un poco, por favor. Espera a que deje de llover…

—No puedo.

—Deja caer el muro que levantaste entre los dos.

Ella se volvió hacia él para mirarle. A pesar de la oscuridad, los relámpagos iluminaban la habitación lo suficiente como para poder mirarle a los ojos y comprobar que tenía la mirada vidriosa.

—Es mejor que me marche ahora. Necesito pensar con claridad… —dijo y se levantó de la cama para vestirse.

—Lo siento. Yo tampoco pude olvidar aquella noche, a pesar de lo que puedas pensar de mí. Me arrepentí nada más subirme a ese tren. Sin embargo, creí que cuando volviese…

—Julien, ahora no. Debo irme. —Salió de la habitación con sigilo ante la

mirada ansiosa de él, quien nada más verla desaparecer se dejó caer en la cama con desesperación. Por primera vez fue consciente del enorme daño que le había hecho y de cómo su decisión había alterado su vida de forma negativa. Aquello le atormentó.

12

—Le prometo que no volverá a pasar. Gracias por habernos atendido y por su discreción. Espero que nuestras familias sigan manteniendo la bonita amistad que las ha unido desde hace tantos años —afirmó Adrien con cierto apuro.

—Yo también lo deseo.

Adrien y Annette salieron del despacho del director del Louvre visiblemente incómodos tras su conversación. Confiaban en que la amistad que había mantenido antaño con sus padres los protegiese de alguna manera. Se subieron al carruaje y fueron directos a casa de Julien para ponerle al corriente del acuerdo al que habían llegado, tras decidir que Sofía sería la última en ser informada.

—Hemos tenido suerte de que sea amigo de la familia. De lo contrario, estoy seguro de que no se habría molestado en atendernos —comentó Adrien a su cuñado mientras se dejaba caer en un sillón del salón.

—Sospecho que no va a ser tan fácil arreglar este altercado —dijo Julien ofreciéndole una copa.

—No, tendremos que poner de nuestra parte para mantenerlo en privado —indicó Annette—. Para empezar, tenemos por delante la cesión de varias pinturas que pertenecen a nuestra galería en Nantes y que vamos a tener que prestar de forma gratuita al Louvre durante un tiempo indefinido.

—¿Qué colección os ha pedido? —preguntó Julien frunciendo el entrecejo.

—Varios retratos y pinturas mitológicas de Rubens que teníamos en exclusividad —respondió Annette con un mohín de disgusto—. Me preocupa la reacción de Thierry cuando le informemos.

Julien suspiró sabiendo que su hermano mayor les exigiría explicaciones y consciente de que aquello podría suponer un nuevo enfrentamiento entre ellos.

—Yo hablaré con él —los informó Adrien—. Vosotros perdéis enseguida los nervios. Iré a Nantes en los próximos días y le contaré lo ocurrido. Debemos aceptarlo: no hay forma de poder evitarlo si queremos mantener nuestros apellidos lejos del escándalo.

Julien se acarició la mandíbula, inquieto, al mismo tiempo que se sentaba en una butaca.

—¿Sabéis algo de Sofía? —preguntó.

—Esta mañana estaba en casa. Ha decidido no ir a la escuela, al parecer no se encontraba bien —los informó Annette e hizo que Julien se moviese incómodo en su asiento.

—Estoy muy preocupado por mi hermana —confesó Adrien apretando los

labios—. Es obvio que no está bien. No entiendo por qué se comporta de esta forma. Siempre ha sido una mujer muy discreta y prudente.

—Creo que la muerte de James le ha afectado más de lo que quiere reconocer —señaló Annette con pena.

—No actúa normal. Creo que debería visitarla un médico. Quizás le vendría bien tomar algún tipo de medicamento para los nervios. No nos ha quedado más remedio que recurrir a su evidente estado para disculparnos con el señor Barbet de Jouy. Solo cuando le confesamos su reciente viudedad, él rebajó su tono hostil.

—Entiendo —dijo Julien.

—Hoy está especialmente rara. No ha querido desayunar con nosotros. Imagino que en el fondo está muy disgustada con todo esto.

Julien se llevó las manos a la nuca y luego las bajó hacia el cuello, masajeando los músculos con fuerza para aliviar la tensión que sentía.

—Debemos dejarla tranquila unos días, será lo mejor —les ordenó Annette.

—Sí, estoy de acuerdo. No la agobiemos más. Seguro que…

En ese mismo momento el ama de llaves entró en el salón con una carta en las manos, lo que hizo que Adrien dejase la frase a medias.

—Señor, acaba de llegar. Parece importante —dijo y se la entregó a Julien. La cogió, abrió el sobre y sonrió cuando vio de quién se trataba.

—¿Se ha marchado ya la persona que lo ha traído? —preguntó con cierta prisa.

—No, señor. Está esperando su respuesta.

—De acuerdo, dígale que sí —comentó mientras dejaba el papel en el escritorio con una amplia sonrisa en los labios—. No, espere, iré yo mismo a informarla. Enseguida regreso.

Annette, intrigada por la sonrisa que había visto en el rostro de su hermano, se acercó con disimulo hacia aquella mesa, dio media vuelta al sobre y se sorprendió al ver el remitente. Miró hacia Adrien y, al verle concentrado en sus pensamientos, echó una ojeada rápida al contenido de la carta y, a continuación, dejó escapar un ruidito de sorpresa al inhalar, lo que hizo que Adrien levantase la vista en su dirección.

—¿Pasa algo, querida?

Ella dudó unos instantes sobre si debía compartir con él la información que acababa de descubrir. No quería ocultarle nada, por lo que se apartó del escritorio y corrió hacia Adrien con la mano en la boca.

—No vas a creer lo que acabo de descubrir…

Él la miró sin entender.

—Creo que mi hermano tiene una amante secreta.

Adrien puso los ojos en blanco ante la ocurrencia de su esposa.

—No digas bobadas, Annette. ¿De qué estás hablando? ¿Por qué motivo iba a ocultar que está enamorado?

—Shh, calla. Te lo digo en serio. Le conozco, es muy reservado para sus

cosas. Estoy segura de que esa carta que ha recibido era de ella. ¿No has visto la sonrisita en su rostro?

—No empieces con tus locuras ni tus desvaríos románticos, por favor.

—Lo dice el que se recorrió media Europa para encontrarme. ¿Eso no te parece romántico?

—No lo hice por romanticismo, sino por desesperación.

—Ya, ya… Estabas loco por mí. —Se acercó a él y le besó con picardía.

—Eres imposible…

—Te lo digo en serio, Adrien. No es que me extrañe; quiero decir… mi hermano es un hombre muy apuesto, joven…

—¡Y soltero! —repuso Adrien intentando acabar con aquella absurda conversación.

—¡Exacto! No es que tenga una amante lo que me sorprende, sino que lo mantenga en secreto. ¿Por qué haría algo así? Estoy segura de que debe tratarse de alguna mujer que no considera digna para presentarla a su familia.

—¿Por qué va a mantener una relación con una mujer así? Annette, por favor. Dejemos el tema. Puede oírnos.

—Me ha parecido leer en la nota que esta noche se van a encontrar en un lugar…

—¿Has leído la nota? —preguntó escandalizado—. ¡No deberías haberlo hecho, Annette! Es algo privado —la amonestó.

—No he podido evitarlo. Además… no la he leído entera. Solo la he ojeado por encima. Ni siquiera la he tocado. Su sonrisa me ha extrañado mucho.

—Aunque es un hombre serio, también se ríe de vez en cuando…

—No seas bobo… Debo confesar que me duele haber descubierto algo así. Julien Dufour, el perfecto caballero, paradigma de la corrección y guardián de la moral familiar… resulta que tiene una amante y que se ven en secreto.

—Pero ¿quién te ha dicho que se ven en secreto? Que yo sepa recibir una carta no es indicador de ninguna de las absurdas teorías que han llenado tu mente. Será cualquier persona con la que deba verse. Dejemos el tema de una vez.

Annette desvió la mirada hacia la mesa y entrecerró los ojos mientras pensaba. Debía contarle lo sucedido a Sofía para ver si ella sospechaba lo mismo.

Justo en ese instante Julien regresó al salón.

—Perdonad, era importante.

—No te preocupes. Nosotros nos vamos ya —dijo Adrien levantándose.

—Hermano, ¿te esperamos para cenar esta noche?

Julien balbuceó unos instantes sin saber qué excusa dar. Finalmente, optó por decir que tenía una cena importante con un colega de la universidad. Annette observó sus movimientos y llegó a la conclusión de que estaba en lo cierto: su hermano les ocultaba algo.

Ya en la casa, Annette corrió a visitar a Sofía, que estaba en la habitación

de juegos junto con Nichole y Jean Michel.

—Sofía, querida, ¿qué tal estás? ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—Me alegro… Hace un día magnífico. Creo que a los niños les vendría muy bien salir a jugar al jardín un rato, ¿no te parece?

—Claro.

Las dos se sentaron juntas a tomar un té mientras los niños correteaban jugando con los perros. Annette no pudo esperar más para confesarle a su amiga lo que acababa de descubrir.

—¿Has visto a Julien hoy? —Sofía se giró para mirarla con inquietud.

—No, ¿por qué?

—No, por nada. Hemos estado con él hace un momento y… estaba extraño…

Sofía fingió no prestar demasiada atención a la conversación.

—Hoy le he notado especialmente contento… No sé…

—Annette, ¿qué pasa? Te conozco perfectamente y sospecho que te mueres por contarme algo. ¿Se encuentra bien?

—Está muy bien, mejor de lo que imaginamos…

—Uf, Annette, habla de una vez —le espetó cansada de tanta intriga. Saber que se trataba de algo relacionado con Julien le hacía tener malestar en el estómago.

—Julien tiene una amante —afirmó.

Sofía soltó de golpe la taza que acababa de coger, lo que provocó un sonoro golpe contra el plato e hizo que se derramase parte del té en el mantel.

—¿Qué tontería es esa? Por Dios, Annette, me habías asustado. Pensé que se trataba de algo grave —comentó tratando de serenarse; notaba que el corazón se le salía del pecho.

—No es ninguna tontería. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Qué? ¿Estaba en casa? —Sofía echó un vistazo por la mesa buscando algo con lo que abanicarse.

—No, no… lo he averiguado por una carta que recibió mientras estábamos allí. Leí algo de una tal Elise y que le citaba para reunirse con él esta misma noche. ¿Te lo puedes creer? Mi hermano el recto, el perfecto… teniendo una aventura secreta.

Sofía sintió un zumbido en los oídos que le impedía entender nada de lo que Annette comentaba. Su voz se había convertido en una nube espesa llena de palabras que no era capaz de distinguir.

—Sofía, ¿me estás escuchando?

—Sí, sí, te escucho —dijo tras sacudir la cabeza.

—Te estoy diciendo que mi hermano tiene una aventura, ¡una aventura! Y lo que es peor, que lo mantiene oculto, ¿por qué? Sospecho que pueda tratarse de alguna amante a la que no desea…

—Annette, para, por favor. —Cogió aire y lo soltó muy despacio. Notaba que estaba empezando a marearse. Annette la observaba pasmada sin entender

su reacción. Cuando logró serenarse dijo:

—Quizás hayas malinterpretado todo. Ya sabes que tiene muchas amistades y que es muy corriente que coma o cene fuera de casa. No veo el motivo por el que debería ocultar algo así.

—¡Por supuesto que sí! ¡Sabe que todos le recriminaríamos su actitud hacia los demás si supiésemos de su *affair secreté*! Sobre todo, yo, después de todo lo que me dijo cuando regresé de Londres con Adrien.

—Dejemos el tema. Quizás no es lo que parece…

—Es muy obvio, Sofía. Cuando recibió la carta, dibujó una sonrisa bastante extraña en el rostro, como si recibirla fuese un motivo de alegría para él… No sé si me entiendes…

—No mucho, la verdad.

—Quiero decir que… ya sabes, las mujeres notamos estas cosas. Además, al terminar de leerla, nos miró de reojo y salió de la sala con prisa.

—¿Has leído una nota privada?

—Salió un momento del salón y aproveché para echarle un breve vistazo. Me ha bastado un segundo para saber que va a quedar con esa tal Elise esta noche.

—¡Annette! ¡Eso no está bien!

—Lo siento. Me pudo la curiosidad. Fue culpa suya por dejarla encima de una mesa… Si no quería que nadie la viese, que la hubiese guardado en otro sitio —afirmó meneando la cabeza con altanería.

—La dejó ahí porque estaba en su casa y no pensó que su propia hermana fisgonearía entre sus cosas…

—Bueno, como sea… la cuestión es que debemos averiguar de quién se trata. Como sea alguna mujerzuela de esas que rondan los clubs de caballeros, va a tener que escucharme.

—¿Has dicho que ponía Elise?

—Sí. «La señorita Elise desea que se encuentre con ella esta noche para la cena». Eso es todo lo que me dio tiempo a leer.

Sofía suspiró con fuerza y se levantó para ir hacia donde estaban los niños mientras Annette se comía un hojaldre salado. Caminó despacio notando que la faltaba el aire; el nombre de Elise le taladraba el cerebro. ¡No podía ser! ¿Cómo iba a tener una amante después de lo que había pasado entre ellos la noche anterior? Le zumbaban los oídos y el chaleco que llevaba de repente le apretaba demasiado. Cuando comprobó que los niños jugaban tranquilos, se dirigió al invernadero para sentarse.

No pudo reprimir las lágrimas nada más entrar. Se sentó en el banco y apoyó una mano en la frente mientras negaba con la cabeza. Aquello no podría estar pasándole a ella. Se sintió absurda por pensar que él aún seguía sintiendo algo por ella y al creer que cada noche, cuando interpretaba *Für Elise* al piano, lo hacía pensando en ella. Nunca pudo sospechar que habría otra Elise a quien le dedicaba aquella bella melodía que tanto la emocionaba desde pequeña. Intentaba controlar las lágrimas que le brotaban sin control,

pero no podía, por lo que se agobió. No quería regresar junto a Annette en aquel estado. Si ella la veía así se preocuparía y podría sospechar. Se levantó y comenzó a caminar despacio de un lado a otro mientras controlaba la respiración, inhalando y exhalando muy despacio hasta que por fin notó que las lágrimas desaparecían. Cogió su pañuelo, se secó la cara y salió de allí en dirección a un pequeño lago que había al final del jardín para poder tener un poco más de tiempo para tranquilizarse. Un poco más tarde, oyó la voz de Annette llamándola. Decidió volver a la casa.

Adrien la observaba caminar en dirección a ellos con la vista fija en ella.

—Sofía, ven, siéntate aquí. Hace muy buena temperatura… —le pidió con una sonrisa tierna.

Ella le obedeció y se sentó a su lado. Nada más notar el brazo de su hermano en la espalda rompió a llorar de nuevo.

—Sofía, ¿qué ocurre?

Viendo que no era capaz de controlar su llanto, decidió atribuirlo a su sentimiento de culpa por lo ocurrido en el museo.

—Bueno, no te angusties más, por favor. Ya lo hemos solucionado. Ya está —dijo Adrien mientras la abrazaba con fuerza y miraba a Annette con preocupación.

—Lo siento de verdad… Nunca pensé que perdería tanto el control de la situación… Julien me puso nerviosa con su actitud y…

—Tranquila. —Le acariciaba la espalda con ternura.

Sofía se separó de su hermano y tras excusarse se marchó a su habitación. Necesitaba escapar de allí y desahogarse. La presión que sentía en el pecho era tan grande que, si no la soltaba, sentía que iba a explotar.

Adrien intentó seguirla, pero Annette le aconsejó que la dejase sola un rato. Más tarde podría hablar con ella.

A pesar de haberla esperado para comer, ella prefirió permanecer en su habitación el resto del día y no fue hasta después de la cena cuando Adrien la visitó para comprobar cómo se encontraba.

—Sofía, cielo. Me tienes muy preocupado. Desde que llegamos a casa estás muy nerviosa e irascible. Creo que debería verte un médico.

—Estoy bien, no te angusties.

—No lo estás. Mírate. ¿Cuánto tiempo has estado llorando? —Ella le miró con un puchero—. No puedes seguir así. No llores más. No sirve de nada angustiarse ya. Annette y yo lo hemos solucionado esta mañana. El señor Barbet de Jouy mantendrá su discreción habitual y ya está… Debes prometerme que no habrá más disgustos de este tipo. Lo siento, me opongo a que vuelvas a dar clases… al menos hasta que estés más tranquila.

Ella le miró con desesperación.

—No es justo… yo solo pretendo dar un empuje a nuestra lucha. Los avances son muy lentos y así no conseguiremos nada…

—Sofía, basta. Podrás trabajar en la escuela, pero como lo has hecho hasta ahora. Las clases las impartirán los profesores titulares y la dirección estará en

manos de Julien.

—Entonces… ¿qué puedo yo aportar?

—¿No has pensado que Julien necesita ayuda en la dirección? Es un hombre muy ocupado que está haciendo un gran esfuerzo para dedicarle varias horas al día a nuestro proyecto. Sin embargo, desde tu llegada, en vez de ayudarle, le estás dando más trabajo y dolores de cabeza.

Ella torció los labios al pensar en Julien y le espetó:

—Julien prefiere hacer las cosas a su manera… No me dejará tomar ninguna decisión.

—No es cierto. Los dos podríais lograr muchas cosas, aunque no de la forma en la que lo estás haciendo. Tu escándalo anterior se quedó entre las paredes de la escuela. Este las ha traspasado y con consecuencias…

—¿Qué consecuencias? —preguntó inquieta.

—Hemos tenido que llegar a un acuerdo, algo que me molesta especialmente. Al final los perjudicados son los Dufour, Sofía.

Ella le miraba sin entender.

—El señor Barbet de Jouy nos ha instado a que los Dufour cedan al Louvre varios cuadros de Rubens y eso supone unas grandes pérdidas para ellos. Pertenecen a una colección privada y ya sabes lo que eso significa. No solo deberán cederlos de forma altruista, sino que también deberán compensar a su dueño con una importante cantidad de dinero ofrecida a modo de donación.

Sofía se llevó la mano al cuello con agobio. La responsabilidad por sus actos era un peso enorme que no sabía si podría soportar.

—Lo siento mucho.

—¿Lo entiendes ahora? No puedes seguir haciendo estas cosas. Debemos ser muy cuidadosos con lo que hacemos para no perjudicar al buen nombre de nuestras familias. Esto podría haber tenido peores consecuencias. Espero que el señor Barbet de Jouy haya sido sincero y mantenga su palabra de no hacerlo público.

Sofía se recostó en la cama, abatida, sin saber qué decir mientras se secaba las lágrimas.

—Cielo, mañana haré llamar al médico. Por favor, deja que te vea. Quizás pueda recetarte algo para que al menos duermas bien y estés más relajada.

Ella asintió con la cabeza. En el fondo era consciente de que se sentía un poco superada por todos los acontecimientos que había vivido desde que James enfermó de gravedad. Se abrazó a su hermano con fuerza y, tras pedirle perdón varias veces, él se marchó para dejarla dormir.

Antes de salir, Adrien la observó acostada en la cama y se le rompió el alma. Suspiró y cerró la puerta con cuidado confiando en que el médico lograse devolverle a su querida hermana.

Mientras Sofía descansaba oyó el piano de Julien y sintió una punzada de dolor en el estómago. Miró el reloj: eran las diez. De nuevo interpretaba *Für Elise* desde el piano de su habitación. Se levantó de la cama y fue hasta la

ventana que estaba abierta. Se asomó y apretó los puños con rabia. ¿Cómo se atrevía a ofenderla de aquella forma? Resopló y cerró la ventana con fuerza. Después apagó la luz y se acostó sintiendo que un fuego, muy distinto al que había sentido la noche anterior en sus brazos, la consumía por dentro.

Julien miró a través de la ventana en dirección a la de Sofía mientras tocaba el piano. Nada más verla asomada sonrió y aceleró la velocidad a la que golpeaba las teclas. Sin embargo, esa sonrisa se le borró del rostro cuando vio cómo ella cerraba la ventana y apagaba la luz antes de que llegase al final. Se detuvo extrañado. Bajó la tapa del piano y mientras se mordía el labio nervioso comenzó a golpearla con un dedo. ¿Estaba enfadada? Siempre esperaba a oírle terminar para acostarse… Se levantó inquieto y se sirvió una copa. Debía hablar con ella al día siguiente para dejarle claro que lo que había pasado entre ellos nada tenía que ver con lo que sucedió en el pasado. Por primera vez estaba dispuesto a ser valiente y a luchar por su amor, aunque con aquel gesto sospechó que quizás ella no compartía su entusiasmo.

13

Por recomendación del médico, Sofía se tomó unos días de descanso y accedió a la petición de su hermano de permanecer en casa con su hija. No pudo negarse. Entendió que realmente necesitaba desconectar de los problemas que ella misma había creado. Aunque le agobiaba no salir, aprovechó el tiempo para poner en orden su mente y coger fuerzas para enfrentar a los fantasmas que se habían despertado a raíz de su noche con Julien, a quien, por cierto, no quería ni ver. Por mucho que lo intentaba, la información que le había contado Annette le retumbaba en la cabeza a todas horas haciendo que desease ir a su encuentro para pedirle explicaciones. Sin embargo, decidió obedecer a Adrien y trató de distraerse todo lo que pudo, a pesar de los intentos de Julien por verla. Intentos de los que siempre se escapaba con alguna excusa no demasiado elaborada.

Para su desgracia, Julien no se dio por vencido y esa misma mañana, mientras desayunaba en el jardín con Annette y los niños, recibió un precioso ramo de flores. Sin saber qué decir, y ante las preguntas de su amiga por saber quién era el remitente, admitió que venían de su parte, algo que no levantó ninguna sospecha en Annette, quien siguió comiendo como si nada. Al parecer, aquel bonito gesto de su hermano era habitual… y quizás lo hiciese con todas las mujeres con las que… Uf, Sofía, para, se dijo a sí misma.

—¿Decías algo, querida? —le preguntó Annette.

Ella negó con la cabeza y dio otro bocado a la tostada mientras sentía que el corazón le bombeaba a un ritmo frenético. Para calmarse, decidió ayudar a Nichole con sus tareas escolares. Se levantó para indicarle a la niña que dejase de acariciar al perro y se acercase a ella.

—Sofía, ¿no te llevas las flores? Son para ti.

Cogió aire y tras suspirar con disimulo le dijo que prefería dejarlas en el jardín para que todos pudiesen disfrutar de ellas. Aquello extrañó a Annette, aunque decidió dejarlo pasar, ya que el comportamiento de su querida amiga no era el habitual desde hacía muchas semanas.

Annette salió de compras tras el almuerzo. En aquella ocasión Sofía prefirió no acompañarla. Cogió un libro y salió al jardín para relajarse leyendo bajo el sol mientras tomaba una limonada bien fría. Abrió el libro por su capítulo favorito y se dejó llevar por la desgarradora historia de Heathcliff y Cathy. La primera frase que leyó le hizo cerrarlo de golpe: «Ahora me demuestras lo cruel y falsa que has sido conmigo». Quizás no había sido una buena idea releer *Cumbres Borrascosas.* Pensó en darle otra oportunidad y volvió a

abrirlo. Unos minutos después, desistió. El tormentoso amor de aquellos dos era demasiado para ella y una fuente inagotable de resentimiento que no deseaba despertar.

Cerró los ojos y se abandonó al maravilloso aroma de las rosas del jardín mientras llenaba su mente con el cantar de los pájaros. Estaba empezando a sentir la relajación previa a quedarse dormida cuando el ama de llaves llegó para entregarle un paquete que acababan de recibir a su nombre. Ella abrió uno de los ojos e intrigada lo cogió. Se trataba de una preciosa caja decorada con pequeños ruiseñores y, nada más percatarse de ello, la dejó con desgana en la mesa sospechando quién lo enviaba. Volvió a cerrar los ojos, pero, incapaz de soportar la incertidumbre de qué había en su interior, miró a su alrededor y, al no ver a nadie, la abrió y vio que se trataba de sus chocolates favoritos. Torció los labios con disgusto y empujó la caja mientras dirigía la mirada hacia la casa de los Dufour. ¿Qué es lo que pretendía? Demostraba tener muy poca vergüenza al intentar lisonjearla con todos aquellos detalles al mismo tiempo que se veía con su amante secreta. Se levantó de mal humor y entró en la casa para centrar su mente en algo más productivo que en aquellos amargos pensamientos que la alteraban más de lo recomendable.

Por mucho que lo intentó, aquel día no parecía darle tregua. Annette la informó de que Julien se uniría a ellos para la cena. Sofía intentó poner una excusa para comer en su habitación. Sin embargo, sus pretextos no lograron convencer a su amiga, que insistió en la importancia de que estuviesen todos juntos aquella noche. Resopló y fue a arreglarse mientras pensaba en qué decirle, o mejor, cómo decirle todo lo que bullía en su interior sin desatar de nuevo a las tres furias.

Julien, puntual como siempre, llegó a su cita con una sonrisa en el rostro que enfureció a Sofía. Nada más entrar en el salón la miró esperando una respuesta por su parte tras haber recibido sus regalos. Ella se limitó a apartar la mirada, haciendo que él levantase las cejas extrañado. Estaba del todo convencido de haber acertado con la elección de las flores y los dulces.

Acababan de sentarse a la mesa cuando Annette, nerviosa, miró a Adrien y, al ver la sonrisa en su rostro, cogió una copa y a modo teatral, la golpeó con una cucharita para hacerles saber que iba a comunicarles algo. Julien y Sofía la miraron expectantes.

—Me hace mucha ilusión que estemos hoy todos juntos. Me hubiese gustado que estuviese también nuestro hermano Thierry, pero es imposible. Adrien y yo queremos compartir la preciosa noticia de que… ¡estamos esperando otro hijo! —exclamó sonriendo de oreja a oreja.

Sofía abrió la boca sorprendida y, a continuación, se levantó para felicitarla. Julien hizo lo mismo con Adrien, a quien le dio la enhorabuena con un fuerte abrazo.

—Cariño, ¡me alegro mucho! —dijo Sofía entre lágrimas—. No sabes lo feliz que me hace poder vivir este embarazo contigo.

—A mí también. Es en estos momentos cuando más nos necesitamos y,

por desgracia, en nuestros dos embarazos anteriores tuvimos que estar separadas.

Sofía apretó los labios con un gesto de pena y se dirigió a su hermano para abrazarlo.

—Al menos tenemos una buena noticia —comentó Sofía regresando a su asiento.

Todos la miraron esbozando una sonrisa al mismo tiempo que Adrien se levantaba para brindar.

—¡Por el nuevo miembro de nuestro clan! —masculló riendo.

—Que esperemos se parezca más a su padre y sea más tranquilo —afirmó Julien mirando a su hermana.

—Yo era más calmado, aunque tendía a esconderme por ahí sin avisar, para desgracia de mi madre que terminaba de los nervios cada vez que me perdía de vista —confesó Adrien riendo con ganas.

—¡Y tanto! Menos mal que yo siempre sabía dónde encontrarte…

Annette y Adrien se fundieron en un cálido beso mientras Julien y Sofía se movían incómodos en la silla.

Cenaron tranquilos mientras escuchaban los planes que Annette tenía en mente para la habitación de su nuevo retoño hasta que Sofía se excusó para retirarse a su habitación. Las intensas miradas de Julien estaban comenzando a cansarla, por lo que optó por alejarse antes de que estallase en una discusión. No obstante, se dirigió primero a la biblioteca para elegir otra lectura y, sin haber aún dado con un libro más adecuado para su estado de ánimo, sintió que alguien cerraba la puerta con cuidado. Se giró pensando que sería su amiga, pero fue a Julien a quien vio caminar hacia ella. Con un gesto de la mano le pidió que se detuviese.

—¿Qué quieres? —le espetó en tono cortante.

—Hablar contigo.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Ah, ¿no? —le preguntó abriendo los ojos como platos—. Yo creía que lo que pasó el otro día…

—Julien, no tengo ganas de hablar de ello ahora mismo. —Se giró de nuevo hacia la estantería y fingió seguir buscando un libro.

—¿Se puede saber qué te pasa? Llevo días intentando hablar contigo y no respondes a mis intentos de acercamiento. ¿He hecho algo que te haya molestado? —quiso saber mientras se pasaba la mano por el pelo.

—No —mintió—. Es que estoy cansada y el médico me ha pedido evitar situaciones estresantes —declaró sin mirarle.

Él se mantuvo callado durante unos instantes y luego avanzó hacia ella.

—Creo que es necesario que hablemos de lo que pasó. No quisiera volver a cometer los errores del pasado. Hay muchas cosas que me gustaría aclarar…

—Julien, no. —Cogió aire y lo soltó de forma sonora.

—Pero ¿qué he hecho? —Abrió los brazos intentando comprender el motivo de su actitud hostil—. ¿Te traté mal? Perdona si fui brusco. La

situación fue un poco…

—Déjalo, por favor. No deseo hablar de ello ahora mismo. Vete.

—¿Es por vergüenza? ¿Te da pudor que tu hermano se entere? Si es así podemos hablar con él y hacerle entender que…

—No es eso.

—Entonces, ¿qué? No entiendo nada, Sofía. Lo que pasó fue maravilloso —murmuró intentando tocarle el brazo—. Estoy dispuesto a hablar con tu hermano y confesarle todo.

—¡No te atrevas! —Se giró de golpe para mirarle.

—¿Por qué no? Ya no somos unos niños, no tenemos por qué ocultarnos. No quiero volver a cometer el mismo error del que tanto me arrepentí después.

Sofía sentía que el corazón se le iba a salir por la boca y notó un irrefrenable deseo de darle una bofetada; sin embargo, apretó los puños y se controló.

—No vamos a contar nada a nadie. Lo que pasó ya pasó… No va a volver a ocurrir.

Él la observó pasmado incapaz de creer lo que escuchaba.

—¿Tan poco ha significado para ti? —Dejó caer los hombros y resopló.

—No he dicho eso. Me refiero a que no debemos compartirlo con nadie, puesto que no va a volver a pasar.

—¿Y eso cómo puedes saberlo? —Enarcó una ceja, molesto.

—Somos adultos y podemos controlarnos. Además, no quiero complicar más mi vida. Tú tienes la tuya y yo la mía y…

—¿Me echas en cara que no te hiciese partícipe de mi vida cuando apenas tenía dieciocho años y ahora que deseo hacer las cosas bien vuelves a recriminarme mi decisión? No te entiendo, la verdad —dijo y comenzó a moverse por la sala, inquieto.

—Julien, en aquel momento pusiste tu carrera universitaria por encima de todo, incluso de mí y del amor que sentíamos… ¿qué te impediría hacerlo de nuevo ahora que eres un reputado profesor universitario?

—He madurado y ahora tengo claro lo que deseo en mi vida… antes solo anhelaba lograr mi sueño y, sobre todo, no defraudar a mi abuelo, que tenía todas sus ilusiones puestas en mí. ¿Tan difícil es entenderlo?

—No, te comprendo, pero la que se quedó aquí fui yo. Estoy segura de que volverías a hacerlo si mañana te ofreciesen una plaza en cualquier universidad del mundo.

—Ahora he encontrado una razón para quedarme.

—No te creo.

—¡He cambiado! Ya no vivo pensando en lo que los demás esperan de mí. —Sofía soltó un bufido burlón ante aquella confesión—. No de la manera que lo hacía antes. ¿Por qué no me crees? La otra noche te demostré que aún…

—Julien, ya es suficiente. No quiero seguir con esta conversación. Buenas noches. —Salió con paso decidido mientras él la miraba estupefacto.

Sospechaba que estaría un poco confusa por lo que había ocurrido entre ellos, pero jamás que se mostraría tan fría y distante. Estaba claro que convencerla de lo contrario iba a costarle mucho esfuerzo y tiempo.

Sofía entró en su habitación con los ojos húmedos. Le había costado ser tan dura. No obstante, ¿qué otra cosa podía hacer? La rabia que sentía le quemaba el pecho. ¿Cómo se atrevía a decirle esas cosas si era cierto que mantenía una relación con otra mujer? Se sentó en la cama frustrada por no haberle podido decir todo lo que le rondó por la cabeza. No quería volver a discutir, por lo que decidió que unos días después, cuando ya hubiese descansado y satisfecho las órdenes de su hermano de permanecer tranquila, intentaría averiguar quién era aquella mujer y entonces, solo entonces, le recriminaría todas sus mentiras.

14

Sofía no podía creer lo que veían sus ojos aquella mañana: su querido Belmont estaba de pie en el salón esperando para saludarla. Aquel hombre, que había sido su confidente durante tantos años y testigo de sus escapadas nocturnas, regresaba a su vida de nuevo.

Fue corriendo en dirección a él y sin darle tiempo a reaccionar le abrazó mientras le agradecía su presencia en la casa. Él, un poco cohibido por la efusividad de ella, se limitó a sonreírle con ternura a la vez que le aseguraba que para él era todo un honor volver a estar a su servicio.

—¿Cómo has sabido que regresé a París? —le preguntó Sofía mientras le invitaba a tomar asiento.

—El señor Mathieu contactó conmigo hace unos días y me informó de que había vuelto. Pensó que quizás le sería útil de alguna forma.

—Oh, Belmont, claro que sí. Tú siempre me has ayudado. Durante mucho tiempo fuiste mi gran confidente y sin tu ayuda no podría haberme marchado a Inglaterra. Sin embargo —guardó silencio unos instantes y suspiró—, las cosas no salieron bien y, por desgracia, mi marido falleció y tuve que regresar con mi familia.

—Lo siento mucho, señora. El padre Wilcox… quiero decir, su esposo, era un buen hombre.

—Lo era, lo era —comentó con pena—. Dime, ¿qué has hecho estos años? ¿Te han tratado bien?

—Sí, señora. No tan bien como usted, aunque no me puedo quejar. De cualquier modo, le confieso que en cuanto recibí la nota del señor Mathieu le confirmé que deseaba volver a trabajar a su lado de inmediato. —Esbozó una sonrisa tierna y de eterno agradecimiento hacia Sofía y a su familia por todo el cariño y respeto con el que siempre le habían tratado.

—¡Cuánto me alegro de que estés aquí! —afirmó cogiendo sus manos con fuerza—. A partir de ahora me sentiré con más libertad para poder moverme sin tener que depender del chófer de mi hermano.

—La llevaré donde usted quiera, señora.

—Lo sé, Belmont. Dentro de muy pocos días te necesitaré. —Le guiñó un ojo, lo que hizo que el hombre se sonrojase y contuviese una carcajada sospechando que su querida señora volvía a la carga y estaba dispuesta a rescatar a la intrépida lady Morel.

El regreso de su querido amigo animó a Sofía y la incitó a planear una escapada junto con él para averiguar qué escondía Julien. Esta vez no sería a altas horas de la noche, como antaño, aunque debía estar listo para poder

partir en el momento en el que Sofía le hiciese llamar, algo que Belmont disfrutaba, ya que le hacía vivir con emoción cada día sin saber qué sorpresa tendría su señora preparada.

Sin retrasarlo demasiado, apenas una semana después, Belmont llevó a Sofía a la escuela. Antes de partir, Adrien le hizo prometer que no volvería a meterse en líos. Ella accedió y le aseguró que tan solo pensaba ocuparse de ordenar la biblioteca y hacer un inventario para saber qué nuevas adquisiciones debían hacer para cada asignatura.

—Ni se te ocurra pensar en cualquiera de tus libros *didácticos* —le advirtió Adrien alzando la mano y el dedo índice de forma teatral.

—Que no, te lo prometo. Me ceñiré a lo de siempre… aunque debes reconocer que hay libros que pueden resultar un tanto tediosos —afirmó en tono burlón.

—Da igual, estudiar siempre ha sido aburrido.

—Ese pensamiento es muy antiguo y no se ajusta a la educación que recibiste.

—No me hagas recordar las soporíferas clases de Latín y Griego, por favor.

—Es verdad. —Se acercó y tras darle un sonoro beso en la mejilla salió para encontrarse con Belmont.

Nada más subirse al carruaje sintió que el corazón empezaba a latirle con fuerza. A fin y al cabo, aquel servicial hombre la acompañó a todas partes durante muchos años y verle de nuevo al mando de los caballos la emocionaba especialmente. Su imagen la unía a James y a su recuerdo.

Cuando llegó a la escuela se encontró con que Julien había reunido a todos los profesores para darles unas nuevas indicaciones acerca de un certamen literario que tendría lugar en unas semanas y en el que pretendía inscribir a las alumnas que lo deseasen. Aquello la sorprendió gratamente: no pensó que un hombre tan ocupado como él prestase especial atención a dichas actividades. Las participantes debían elegir una época de la historia, escoger un autor y, tras hacer un estudio sobre el contexto histórico y sociocultural en el que vivió, escribir un relato en el que se reflejase todo lo que experimentó durante su vida.

Para total sorpresa de Sofía, Julien se ofreció a ayudar en el proceso de investigación a todas aquellas niñas que deseasen participar. Ella no pudo evitar observarlo con admiración mientras hablaba: su tono de voz firme pero cálido, lleno de sabiduría y experiencia, rebosante de seguridad en sí mismo y con un ligero toque de orgullo por saberse experto en el tema que trataban le erizó la piel. Sin ser consciente de ello se mordió el labio y se perdió en la maravillosa vista que le devolvían sus ojos, recorriéndole de arriba abajo hasta que se encontró con los ojos de él mirándola fijamente. Dibujó una leve sonrisa y sintió que las mejillas se le encendían de golpe.

—Buenos días, Sofía. No me habías dicho que ibas a venir hoy —le dijo levantando una ceja.

—Me gusta sorprenderte…

Julien carraspeó ante el comentario y el tono de voz coqueto que usó. Cogió aire y desvió la mirada hacia los profesores. Ella se arrepintió al instante de haber utilizado ese tonito juguetón, se rascó el cuello, nerviosa, mientras esbozaba una ligera sonrisita para saludar al resto de profesores, quienes salieron del despacho del director concentrados en la tarea que tenían por delante y sin prestarle demasiada atención. Respiró aliviada.

Julien fue hacia la puerta y la cerró. Luego se giró hacia ella y con una tierna sonrisa se acercó para saludarla.

—Me alegro de que hayas venido.

—Sí, bueno —dijo soltando la mano que le había cogido—. Había pensado que vendría bien hacer un inventario de los libros que se necesitan para el curso que viene. ¿Te parece bien? —Él torció los labios—. Tranquilo, prometo no salirme de la norma.

—Está bien, si es lo que deseas… —La miró con intensidad.

—Sí, es lo que deseo ahora mismo… —Carraspeó con una ligera tosecilla —. Te veo a la hora del almuerzo.

Él asintió con la cabeza mientras la veía salir del despacho con algo de torpeza y sonrió.

Tras varias horas en la biblioteca revisando decenas de libros, sintió que necesitaba hacer un descanso. Volvió al despacho y se sintió decepcionada al ver que Julien no estaba allí. Le buscó por las instalaciones, pero no estaba en ningún sitio. De regreso a la biblioteca se encontró con la secretaria, quien le confirmó que el señor había salido a almorzar. Aquello le molestó sobremanera. Había pensado que comerían juntos. Una vez más, Julien salía de la escuela con un destino desconocido, y con casi toda probabilidad para encontrarse con alguien. ¿Sería con esa tal Elise? Se le aceleró el pulso tan solo de pensarlo. Intentó averiguar algo más, aunque la joven solo supo precisarle el nombre del lugar donde él solía comer al mediodía. Para su desgracia, estaba un poco alejado de allí, por lo que, sin pensarlo dos veces, bajó al primer piso, donde Belmont la esperaba leyendo un periódico y le indicó que deseaba ir a almorzar a un lugar un poco retirado. Él obedeció sus órdenes sin rechistar y la condujo hacia allí.

Al llegar vio que se trataba de un pequeño restaurante alemán del que no había oído hablar con anterioridad. Entró y tras ser ubicada en una mesa al fondo, comenzó a echar un vistazo por todo el local. No había rastro de él. Qué extraño, pensó. Quizás se habían equivocado de lugar o puede que él hubiese decidido comer en otro sitio aquel día. Un poco disgustada, pidió algo ligero para comer y pudo comprobar que se trababa de auténtica comida alemana. Disfrutó del plato y sonrió al pensar en que Julien no podía dejar atrás sus años en Hamburgo.

Después de pedir la cuenta, preguntó a uno de los camareros si el señor Dufour era un cliente habitual, pero el muchacho negó conocer esa

información. Sofía abandonó el lugar con un ligero mohín de decepción. Se había propuesto averiguar lo que Julien le ocultaba y no iba a parar hasta lograrlo.

Varios días después, Sofía fue a la escuela, esta vez con otro motivo: coordinar con otras profesoras el viaje que siempre costeaban a las niñas al final del curso. Esta vez habían decidido llevarlas a una mansión en la Provenza, propiedad de uno de los benefactores que colaboraban con ellos desde hacía muchos años y que tan amablemente les prestaba para que las niñas pudiesen disfrutar de unos días de relax y diversión junto con varias monitoras.

Una vez que organizaron todo lo necesario fue a comunicárselo a Julien, quien acababa de llegar de sus clases en la universidad.

—¿Te parece bien lo que hemos organizado?

—Sí, es un sitio precioso que hará las delicias de todas ellas. Los Moreau son muy amables cediéndonos su propiedad durante varias semanas.

—Son muy generosos y su ayuda muy valiosa para nosotros aquí en París. Por cierto, ¿quieres que comamos juntos hoy? —le preguntó Sofía mientras se colocaba una horquilla en el pelo.

Él la miró y sonrió de oreja a oreja.

—Me parece perfecto, pero no puedo demorarme demasiado. Tengo unas cosas que hacer antes de regresar a casa. —Sofía ladeó la cabeza y le miró como esperando obtener un poco más de información. Lo único que recibió fue una invitación para irse en ese mismo momento.

—¿Vienes? —Le tendió una mano que ella aceptó tras unos segundos distraída.

Julien la llevó a comer a un restaurante inaugurado hacía pocos años, el Drouant Restaurant, en el barrio de la Ópera y donde no necesitaba tener reserva. Era un cliente habitual desde que se instaló en la ciudad.

—¿Vienes aquí a menudo? —le preguntó Sofía sorprendida por el trato de confianza con el que era atendido.

—Sí, la verdad. Si no vengo a comer, lo hago para la cena. Es un sitio estupendo y el chef es extraordinario. Además, es un lugar de encuentro de artistas, pintores, escultores… Es muy agradable comer aquí. La semana pasada pude saludar al señor Pierre-Auguste Renoir, muy habitual aquí y pude felicitarle por su obra *Baile en el Moulin de la Galette* que disfruté hace algunos años en una exhibición privada.

—No había oído hablar de este lugar, pero me parece muy acogedor para almorzar en buena compañía…

—Te aseguro que a partir de ahora querrás volver —dijo mientras estudiaba la carta con atención.

—¿No te gusta comer en otros sitios menos ostentosos? —preguntó Sofía sin levantar la vista de la carta.

—Depende del día…

—O de la compañía… —espetó ella haciendo que él levantase la mirada hacia ella—. ¿Por qué me miras así? La compañía es esencial a la hora de seleccionar un lugar u otro, no lo niegues.

Julien bajó la vista de nuevo a la carta haciendo que Sofía suspirase de forma casi imperceptible. El hermetismo de él la desquiciaba. Mientras esperaban los platos, él intentó acariciarle la mano que tenía apoyada en la mesa, pero ella la retiró de golpe.

—¿Cuándo vamos a poder hablar de lo que pasó? —le inquirió él molesto.

—Este no es el lugar adecuado, Julien.

—El otro día no te apetecía, hoy no es el lugar correcto… ¿por qué no quieres hablar de ello?

—No quiero darle más vueltas —murmuró ella intentando zanjar el tema.

—Siento que ocurriese de forma tan…

—Shhh, por Dios, no podemos hablar de esto aquí. Deja el tema.

—No hay nadie al lado, Sofía. A veces pienso que eres aún más remilgada que yo —rio por lo bajo.

Ella le miró fijamente y luego dijo:

—No me apetece hablar de ello. No sirve de nada hacerlo. Como ya te dije, tú tienes tu vida y estoy segura de que es bastante más ajetreada de lo que parece. —Desvió la vista con disimulo hacia una ventana en el lateral.

—¿Eso qué tiene que ver? Lo que yo haga no está relacionado contigo. —Frunció el entrecejo sin comprender.

—Sí, pero vas, vienes, viajas. Habrás conocido a muchas personas y mujeres… No tienes ataduras y, dado el caso, no dudarías en marcharte de París.

—Otra vez con eso. ¿Por qué se te ha metido en la cabeza que quiero marcharme de París? —preguntó abriendo los brazos en un gesto de confusión.

—Te conozco bien…

—No tanto como crees. Al menos no al Julien de ahora. —Ella clavó la mirada en sus ojos y frunció los labios.

—Puede que tengas razón. Quizás no te conozca tanto como creo. Podrías tener incluso una doble vida y no saberlo. Eres tan hermético… —comentó con cierto aire de indiferencia para no despertar sospechas en él.

Él no contestó a aquella afirmación, lo que hizo que Sofía tragase saliva nerviosa.

—No tengo ninguna intención de irme de París. He redescubierto mi ciudad y estoy feliz aquí.

Con tu amante…, pensó al tiempo que sentía que el calor se le agolpaba en la cara.

—Veremos si piensas lo mismo dentro de un tiempo…

Julien resopló ante su testarudez y prefirió dejar el tema.

Disfrutaron de una comida agradable mientras charlaban de temas relacionados con la escuela. Sin embargo, Julien la informó de que no podía

demorarse tomando un café tras la comida. Debía marcharse para atender unos asuntos personales. Sofía torció el gesto por las prisas y se despidieron en la puerta con un escueto abrazo.

Una vez en el carruaje, Sofía lo observó caminar durante unos metros hasta que se subió a un carro. Pidió a Belmont que le siguiese con discreción.

Julien se bajó tras unos veinte minutos de trayecto y se dirigió caminando hacia un edificio. Cuando Belmont se aproximó Sofía pudo comprobar que se trataba de un club de caballeros famoso por sus tertulias sobre política e historia. Resopló en su asiento y, decepcionada, ordenó a Belmont regresar a casa. Quizás se equivocaba al pensar que Julien ocultaba algo. En ese momento recordó el nombre de Elise y se tensó. Algo en su interior le decía que escondía algo y su reticencia a dar explicaciones la convenció de ello. Debía averiguarlo o no sería capaz de perdonarse a sí misma por haber sido tan tonta de haberse dejado seducir de aquella forma.

Lo descubrió una semana más tarde. Aquel día era sábado y tanto ella como Annette y los niños disfrutaban de una agradable mañana en el jardín cuando vieron llegar a Julien con una amplia sonrisa instalada en el rostro. Saludó a su hermana y a los pequeños y después se giró hacia Sofía y le dio los buenos días. Se tomó un té con ellas y, a continuación, las informó de que pasaría el día fuera de casa.

—¿Dónde vas a pasar el día, hermano? Últimamente sales mucho…

—Lo normal —murmuró mientras le daba un pequeño bocado a un pastelito salado.

—¿Vendrás para la cena?

—No lo sé, quizás… —dijo y se levantó. Se despidió de ellas con una ligera inclinación de cabeza y se marchó.

—¿Dónde crees que irá? —preguntó Sofía mientras jugueteaba con uno de sus anillos.

—No lo sé, pero me parece a mí que su plan para hoy incluye a la tal Elise.

—¿Tú crees? —preguntó Sofía sintiendo que se le revolvía el estómago.

—No lo sé… Su actitud es un poco sospechosa, ¿no te parece?

Sofía ignoró su pregunta.

—Debería ir a recoger unos libros que encargué hace un par de días… —comentó Sofía mientras se levantaba de la mesa con prisa.

—No tienes por qué hacerlo tú, manda a alguien. Hace una mañana preciosa —señaló Annette al tiempo que se acomodaba en la butaca y cerraba los ojos disfrutando del sol.

—Prefiero hacerlo yo. Así me distraigo un poco. Regresaré enseguida. —Se apresuró a coger su sombrero y corrió hacia las cocheras para avisar a Belmont, quien estaba entretenido limpiando el carruaje.

Tras indicarle que tenía prisa, este recogió todo con rapidez y salieron sin rumbo fijo. No sabía a dónde habría podido ir; sin embargo, aquel día parecía haber bastante movimiento de carruajes, por lo que quizás Julien se hallaba

atascado en alguna calle adyacente. Avanzaron entre el bullicio de personas que iban de un lugar a otro cargando bolsas y paquetes hasta que se acercaron al distrito número siete, en el que tuvieron que detenerse debido al intenso tráfico.

Cansada de esperar y nerviosa por no poder encontrarle, Sofía se bajó y decidió continuar a pie. No sabía qué hacer ni hacia dónde mirar. Se detuvo frente a un escaparate y mientras miraba unos sombreros vio a Julien cruzar la calle a través del cristal. Caminaba a toda prisa en dirección a un edificio en la otra acera. Sin pensárselo, le siguió con cierta distancia y esperó hasta que Belmont apareció. El cochero le indicó que tomarían una ruta alternativa para regresar a casa evitando el intenso tránsito de carros, pero ella le ordenó que la esperase mientras se ocupaba de un asunto.

Antes de entrar en el edificio echó una ojeada a la fachada y comprobó que era un lugar distinguido. Llena de curiosidad, dirigió sus pasos hacia el interior. Se acercó a un hombre que se ocupaba de la limpieza del suelo para preguntarle.

—Disculpe, ¿sabe a qué piso ha subido el caballero que acaba de entrar? —Él la miró de arriba abajo y fingió no entenderla.

—Disculpe, ¿puede oírme? —Asintió con la cabeza—. ¿Sabe dónde ha ido?

—¿Pregunta por el señor Wagner? —dijo al fin el hombre con un poco de recelo.

Wagner… el apellido de su madre, se dijo a sí misma.

—Exacto, el señor Wagner, ¿sabe dónde ha ido?

—Al 3B. ¿Quiere que le diga algo?

—No, muchas gracias. Iré yo misma. —Subió las escaleras sin hacer ruido; ya bastante escándalo había decidido hacer su corazón, que latía desbocado y al que podía escuchar en un constante e intenso zumbido en los oídos.

Cuando se detuvo frente a la puerta sintió que le temblaban las piernas. Quizás aquello no había sido buena idea. Solo de pensar en encontrarse con aquella mujer en brazos de Julien le provocaba unas intensas náuseas. Deshizo sus pasos un par de metros hacia la salida, pero se detuvo. ¿Y si lo que estaba haciendo allí no era nada relacionado con aquella mujer? ¿Cómo iba a explicar que le había seguido? ¿Desde cuándo se había convertido en una fisgona? Se arrepintió de haber ido. No obstante, tras meditarlo de nuevo, dio un profundo suspiro y se acercó a la puerta. Si su intuición no le fallaba, aquel lugar le daría la información que tanto anhelaba. Se armó de valor y sintiendo el brazo rígido llamó despacio rezando para que nadie abriese. Estuvo a punto de marcharse. Nadie abrió, a pesar de haber insistido una segunda vez, pero cuando se alejaba de la puerta una mujer alta, delgada y vestida con un sobrio aunque elegante traje gris abrió y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué desea? —dijo con un fuerte acento alemán mientras juntaba la puerta a su espalda.

—Eh… vengo a ver al señor Wagner —respondió Sofía con la voz atorada en la garganta.

—Ha debido equivocarse, aquí solo vivo yo.

Sofía no supo qué decir y se mantuvo en silencio unos instantes buscando una excusa más convincente. En ese momento se oyó la risa de una niña, quien, a continuación, dijo algo en alemán que no pudo entender.

—Mi hija y yo, quiero decir —se apresuró la mujer a decir al escuchar la voz en el interior.

Sentía las palabras atascadas en la garganta, por lo que decidió ser directa.

—Acabo de ver al señor entrar…

—Imposible. No sé de quién me habla. Se habrá confundido de piso. Pregunte abajo —declaró e intentó cerrar la puerta.

Sofía suspiró con agobio y sintió que se estaba entrometiendo en algo que no era de su incumbencia.

—No lo creo. Por favor, ¿puede decirme si vive aquí? —Sofía no entendía quién era aquella mujer ni por qué intentaba con tanto celo impedir que ella entrase. No era normal dejar a una señora en la puerta sin invitarla a entrar.

—Le digo que no sé a quién se refiere. Por favor, estoy ocupada.

De nuevo se oyó la voz de la niña, aunque esta vez, lo que Sofía escuchó hizo que un calor sofocante le subiese por el cuerpo haciendo que le costase respirar.

—Por favor, le ruego que me deje entrar. Necesito hablar con el señor Dufour, quiero decir Wagner… es urgente. —La mujer la miró con extrañeza al comprobar que conocía la verdadera identidad de Julien.

—No puedo hacer eso. Por favor, márchese.

—Se lo ruego, sé que está dentro. Dígale que la señora Mathieu ha venido a verlo.

La mujer guardó silencio unos segundos mientras la estudiaba con detenimiento. Era obvio que estaba apurada y sin saber qué hacer. Sofía volvió a pedirle que anunciase su visita. Si él no deseaba verla, se marcharía. Fue ante aquella promesa cuando la mujer accedió, mientras Sofía, de nuevo, esperaba en el pasillo con lágrimas en los ojos. Sentía una enorme rabia hacia ella misma por haberse atrevido a hacer tal cosa, pero por otro lado estaba segura de que allí pasaba algo extraño. Lo que había oído le había helado la sangre. Ya no podía dar marcha atrás. No le quedó más remedio que intentar serenarse y encontrar las palabras adecuadas para poder justificar ante Julien lo que acababa de hacer.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando la mujer regresó y la dejó pasar. Le indicó que esperase en un pequeño salón. Sofía entró sin poder dejar de mirarlo todo a su alrededor en busca de alguna pista que pudiese aclarar lo que Julien estaba haciendo allí. Mientras miraba unos libros que había en una estrecha librería sintió unos pasos detrás de ella. Cogió aire y lo soltó muy despacio notando como, mientras lo hacía, su estómago se retorcía. Se dio media vuelta y lo vio de frente con un gesto que le congeló la ligera sonrisa

que había empezado a dibujar en los labios.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Julien con un tono tan cortante que Sofía sintió ganas de salir corriendo escaleras abajo.

—Yo… perdona… estaba por la zona cuando te he visto entrar y…

—¿Estabas por la zona? ¿Y qué hacías por aquí? —preguntó con una mueca de disgusto. Sofía pudo comprobar que, mientras la taladraba con la mirada, mantenía los puños apretados a los lados del cuerpo.

—Como te decía… estaba por la zona con Belmont. He venido a hacer unas compras y mientras esperaba al carruaje de vuelta a casa yo… te he visto entrar aquí y me ha extrañado, por lo que…

—Vete —le exigió de forma tajante.

—¿Cómo dices? —preguntó ella pasmada ante la dureza de su voz.

—He dicho que te vayas. No deberías estar aquí. No me creo tus mentiras. Me has seguido. ¿Qué pretendes averiguar?

Sofía resopló desesperada por verse en aquella situación y, tras tomar una bocanada de aire, decidió que sería sincera. Si había ido hasta allí era para averiguarlo todo, no para amilanarse ante él, por muy incorrecto que fuese lo que acababa de hacer. Sin embargo, una voz procedente de una habitación al fondo hizo que tuviese que apoyarse en una mesa para no caerse redonda.

—*Papa, wo bist du?* —Aquella dulce voz en alemán resonó por la casa. Quienquiera que fuese parecía estar buscándolo.

Sofía sintió que la sangre abandonaba su cuerpo y necesitó sentarse. «Papa, ¿dónde estás?», repitió en su mente.

Julien la observó y sin moverse de donde estaba volvió a pedirle que se marchase de allí.

—*Papa* —repitió Sofía en alemán—. ¿Tienes una hija? —preguntó incrédula.

—No puedes estar aquí. Ya hablaremos más tarde. Márchate.

—¿Quién es la madre?

—Sofía, aquí no. Vete. —Salió de la habitación y le oyó dar indicaciones en alemán a la señora que le había abierto la puerta para que la obligase a marcharse.

Sofía intentó ir detrás de él, pero la mujer se lo impidió y le ordenó que la siguiese hacia la salida. Sin poder articular palabra, caminó notando que los pies se le clavaban en el suelo y una enorme presión en el pecho le impedía respirar con normalidad. Antes de que la mujer pudiese cerrar la puerta, Sofía se dio media vuelta y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Dígame solo una cosa… ¿vive aquí con la madre de la niña?

La mujer la miró con los labios apretados y por primera vez pudo ver en ella un ligero gesto de pena.

—No puedo decirle nada, lo siento. Márchese, señora. Él le explicará todo.

Sofía echó una última mirada hacia el interior de la casa y en ese momento vio la carita de una niña, no mayor de cinco años, asomarse por el marco de una puerta. La miró con atención y antes de que la puerta se cerrase, la

pequeña le sonrió y la saludó con la mano.

Bajó las escaleras como pudo, sintiendo que el mundo se le venía encima. Llegó al carruaje casi sin aire. Belmont, asustado, la ayudó a subir y le preguntó si se encontraba bien. Ella asintió y le ordenó que la llevase a casa lo más rápido posible. Lo que acababa de descubrir era peor aún de lo que había imaginado. Nunca pensó que Julien pudiese haberles ocultado algo así. En ese momento la idea de tener una amante furtiva le pareció insignificante ante la realidad que habían visto sus ojos: mantenía una relación con una mujer y tenía una hija secreta con ella. Abatida y sin poder parar de llorar se apresuró sin mediar palabra hacia su habitación ante la extraña mirada del ama de llaves.

15

Cerró con un sonoro portazo y corrió hacia la cama, donde se dejó caer sin poder detener las lágrimas que le corrían por las mejillas. Unos minutos más tarde oyó que alguien llamaba a la puerta. Se levantó de golpe y sacó un pañuelo para secarse la cara, pero no tuvo tiempo. Annette, seguida de Adrien, entró alarmada por su llegada.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó Annette mientras se acercaba a ella.

Sofía vio a su hermano y, angustiada por lo que podría pensar, buscó una excusa para intentar que las dejase solas. Él no se movió. Era obvio que ni ella misma pudo creerse la absurda mentira que había inventado. Trató de serenarse mientras respiraba hondo.

—¿Estás bien, Sofía? —Adrien miraba a su esposa en busca de una posible explicación, pero ni tan siquiera ella podía saber qué le pasaba.

—Necesito hablar con Annette, por favor, a solas —le pidió a su hermano —. No es nada grave, es un tema de mujeres. —Él frunció el ceño sin entender.

—No voy a marcharme de aquí sin saber qué te ocurre. Me prometiste que estarías tranquila y según la señora Dupont has llegado acelerada, llorando y has subido las escaleras de tres en tres. ¿Qué ha pasado? No te atrevas a negar que has estado llorando. ¿Has ido a la escuela?

Sofía se sentó en una butaca, abatida y sin saber si debía sincerarse con los dos o si era mejor guardar el secreto hasta un momento más oportuno. Sin embargo, la presión que notaba en el pecho iba en aumento y necesitaba liberarse de ella cuanto antes. Volvió a ponerse de pie y con la mayor templanza que pudo dijo:

—Julien tiene una hija.

Annette y Adrien abrieron los ojos como platos y se miraron boquiabiertos.

—¿Qué has dicho? —Annette se llevó las manos a la boca escandalizada.

—¿Qué bobadas son esas? ¿Ya le has ido con el cuento de la amante secreta? —Adrien miró a su esposa con gesto de desaprobación.

—No es ninguna bobada, es verdad. La he visto con mis propios ojos. Vive en un piso en el distrito siete junto con una mujer mayor, una niña y… —Se llevó las manos a la boca para intentar reprimir el llanto.

—¿Eso es cierto? ¿Le has visto? —Annette no daba crédito a lo que Sofía les había contado.

—Sofía, es intolerable. ¡No puedes seguir así! —le reprochó Adrien.

—¡No estoy mintiendo! Tiene una hija secreta con esa tal Elise… —Se

sentó y, tras llevarse las manos a la cara, rompió a llorar.

—En caso de que así sea… ¿por qué lloras? ¿A ti qué más te da? Eso es una cuestión personal suya. —Adrien apoyó las manos en la cintura y luego se pasó una de ellas por el pelo, nervioso.

—¡Tú no entiendes nada! —dijo Sofía elevando la voz.

—¡Por supuesto que no! Explícamelo tú —bufó—. ¿Cómo quieres que entienda que estés en este estado por el simple hecho de que Julien tenga una hija, una amante o diez? ¡A vosotras qué más os da! —les gritó—. Annette, te dije que no le contases a mi hermana lo de la nota. No está bien y hacerlo conllevaría… ¡Esto!

—No me trates como si fuese una desquiciada. Déjame. —Se giró hacia Annette suplicándole con la mirada que sacase a su hermano de allí. Ella captó el mensaje y, como pudo, le convenció para que las dejase solas un rato. Le prometió que averiguaría qué le ocurría y que intentaría tranquilizarla. Él accedió a regañadientes, pero, al salir, dejó la puerta ligeramente entreabierta.

Annette se acercó a ella y se arrodilló a su lado.

—¿Cómo has averiguado algo así? —Cogió las manos de Sofía para serenarla.

—Le seguí… —Annette la miró pasmada—. Sí, le seguí. ¿Puedes creerlo? No sé cómo me atreví a hacer algo semejante. No pude evitarlo.

—¿No ibas a recoger unos libros?

—Te mentí. Pensé que era el momento adecuado para averiguar dónde iba. Como bien sospechabas, era muy probable que el motivo por el que iba a pasar el día fuera de casa sería esa mujer. Lo que no imaginé encontrar era… —No pudo seguir.

—Por favor, Sofía, cuéntame más.

—Belmont condujo durante un largo rato por varias calles hasta que me harté del tráfico y le pedí que diese la vuelta para regresar. Fue ahí cuando le vi entrar en un edificio. Me acerqué y, tras preguntar dónde había ido, subí al tercer piso y llamé a la puerta. Quise morirme en ese mismo instante. ¿En qué me estoy convirtiendo, Annette? —Ella la miraba sin entender—. Entonces, una mujer mayor, con un fuerte acento alemán me abrió e intentó hacerme creer que allí no vivía el señor Wagner…

—¿El señor Wagner?

—Sí, al parecer usa vuestro apellido materno para *su otra vida*… —Las lágrimas volvieron a brotar solas sin que pudiese contenerlas—. Al final conseguí que me dejase entrar y allí la vi…

—¿A la mujer? —Annette se levantó y se llevó la mano al pecho.

—No, a la niña. Le llamó *papa*… mientras la oía reír y corretear por la casa quise que la tierra se abriese y me tragase allí mismo.

—¿Y pudiste ver a la tal Elise?

—No, aunque algo me dice que debía estar en el interior de la casa. Nada más aparecer, él me echó de allí sin dejarme apenas hablar. No puedo reprochárselo, yo habría hecho lo mismo.

—¿Por qué oculta algo así? ¿Qué edad tiene la niña?

—Unos cuatro o cinco años.

Annette comenzó a pasear nerviosa por la habitación intentando ordenar los acontecimientos en su mente.

—Si esto es cierto, cuando yo tuve aquella discusión tan desagradable con él a mi regreso de Londres, ¿él ya tenía una relación con esa mujer?

—Debe ser… pero eso no es lo importante… —Sofía sintió que le costaba respirar.

—Entiendo… La cuestión es por qué lo oculta… ¿Cuál fue su reacción al verte allí?

—Se puso furioso… nunca había visto una mirada tan oscura en sus ojos.

—¿Pudiste ver bien a la niña? ¿Se parecía a él?

Sofía resopló y rompió a llorar otra vez al recordar a la pequeña asomada en la puerta mientras la saludaba.

—No lo sé, Annette… No lo sé… ¡Yo solo sé que soy una estúpida! —se lamentó—. No aprendo… me he vuelto a dejar engañar por sus palabras…

Annette arrugó la frente, sorprendida por su comentario y su desconsuelo.

—Sofía, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras? Ha sido una conmoción averiguar algo así, pero no entiendo el motivo de tus lágrimas. ¿Te ha dicho algo que te haya ofendido?

No pudo responder. En ese momento se oyeron las voces de Julien en el pasillo intentando encontrarla. Abrió la puerta de par en par y las miró echando fuego por los ojos.

—¡No tenías ningún derecho a seguirme como a un burdo delincuente! —le gritó mientras se acercaba a ella dando grandes zancadas.

Sofía se levantó para encararlo.

—¡Tienes razón! No debí seguirte y eso será lo único por lo que te pediré perdón, pero no te atrevas a reprocharme nada más. —Le taladró con la mirada.

—¿Por qué motivo lo hiciste? ¿Qué pretendías? —Le devolvió la mirada.

—Julien, ¿por qué nos has ocultado esto? ¿Quién es esa niña? —preguntó Annette con voz templada en un intento de rebajar la tensión.

Él resopló y apretó los puños, incapaz de contener la ira que sentía en su interior.

—No tengo por qué daros explicaciones de nada. Es mi vida personal —gruñó.

—Somos familia… si tienes una hija, lo normal habría sido que nos lo contases. ¿Por qué lo escondes? ¿Quién es la madre? Si lo que te angustia es que hayas tenido una hija fuera del matrimonio, creo que…

—¡No hay madre! —bufó y fue hacia la ventana para coger aire.

—¿Cómo? —Las dos se miraron confundidas.

—Me parece increíble que me obliguéis a hacer esto…

—¡Nadie te está obligando a nada! —le gritó Sofía.

—Ah, ¿no? ¿Piensas seguir espiándome? ¿Me vas a seguir a todas partes a

partir de ahora? ¿Vas a poder vivir sin averiguar mis *secretos*? —dijo fingiendo un tono burlón.

Ella le miró y apretó los labios con todas sus fuerzas para impedir que el dolor y la rabia que sentía aflorasen de nuevo en ella.

—¡Tengo derecho a saber quién es esa niña! ¿No te parece? —Le recriminó con la mirada llena de furia.

Julien apretó los dientes ante la atenta mirada de su hermana, quien a cada minuto que pasaba entendía aún menos.

—No. No tienes ningún derecho a exigirme nada.

Sofía sintió cómo los labios empezaban a temblarle y, tras asentir varias veces con la cabeza, los apretó y con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—Entiendo. Ahora me queda todo mucho más claro. Tienes una relación con otra mujer, una hija, otra vida… lo demás es secundario y una mera diversión para ti.

Él clavó la mirada en ella comprendiendo el motivo de su reproche. Cerró los ojos y suspiró profundamente.

—No tengo ninguna relación con nadie —afirmó tajante—. ¿Queréis saberlo todo? Está bien… no me dejáis más opción que…

En ese mismo instante Adrien entró en la habitación y les pidió bajar al salón para poder hablar de forma educada. Todos accedieron y bajaron en silencio. Annette quiso coger la mano de su hermano, pero él se apartó de golpe. Una vez allí, se sentaron todos, a excepción de Adrien, que permanecía de pie acariciándose la barbilla visiblemente inquieto, y de Julien, que no paraba de caminar de un lado a otro mientras se revolvía el pelo.

—¿Qué ha pasado?

Los otros tres permanecieron en silencio con la mirada fija en el suelo hasta que Julien se sirvió un vaso de agua y, tras aclararse la voz, se giró hacia ellos.

—Tu hermana ha descubierto algo que yo mismo decidí mantener en secreto hace unos años.

—¿Y qué es lo que ocultas? Tampoco creo que sea tan grave como para armar este escándalo. —Miró a su cuñado deseando estar en lo cierto.

—No es grave, pero es personal. Nadie tiene ningún derecho a obligarme a revelarlo.

—Por supuesto que no. Tan solo intento comprender lo que ocurre. Si no deseas hacerlo, respetamos tu opinión.

—Hermano, tú me exigiste corrección y pensar en nuestra familia para no ensuciar nuestro apellido —terció Annette—. Creo que ahora debes ser tú quien nos dé explicaciones. Si mantienes en secreto algo así, será por algo… —Annette intentó no sonar demasiado dura. Sin embargo, tenía la firme convicción de que estaba en su derecho de recriminarle su comportamiento como él había hecho con ella años atrás.

Mientras esperaban a que Julien se pronunciase, Adrien no dejaba de observar a su hermana, quien de forma discreta se secaba las lágrimas.

—Sofía, ¿por qué lloras? No entiendo nada, me vais a volver loco, de verdad. Julien, si no quieres, no entres en detalles, pero, por favor, explícame qué demonios ocurre —le exigió a su cuñado.

—Está bien. Sí, tengo una hija. Se llama Elise.

Sofía tosió con fuerza y él la miró.

—Pero no es mi hija biológica —prosiguió. Los otros tres se miraron estupefactos.

—No nos cuentes más si no lo deseas —le pidió Adrien con apuro.

—Debo hacerlo. Gracias a Sofía ya no me queda otro remedio. Sobre todo, si no quiero verme perseguido como un vulgar ratero cada vez que salga de casa. —Miró a Sofía y ella le fulminó con los ojos llenos de rabia.

—¿Quieres que explique yo también los motivos por los que te he seguido? —le inquirió desafiante.

—¿Le has seguido? ¿Por qué? —Adrien bufó harto de aquella situación.

—Tiene cuatro años y nació en Hamburgo —continuó Julien—. La acogí nada más nacer y me la traje conmigo cuando me mudé aquí. Su madre murió un par de días después del parto. Lo supe cuando regresé a casa después de ir a Nantes para nuestra reunión familiar tras vuestra llegada de Londres. —Se llevó la mano a la nuca y comenzó a masajearse el cuello. Luego resopló y continuó hablando con los ojos húmedos mientras hacía un verdadero intento por no emocionarse.

Adrien y Annette se miraron.

—Su madre se llamaba Bertha y era una de las pocas estudiantes que podían participar en mis clases como alumnas. Tenía veintidós años cuando la conocí. Era una muchacha muy alegre y decidida que huyó de Austria escapando de un marido violento casi veinte años mayor que ella, con quien la obligaron a casarse y que la molía a palos. —Hizo una breve pausa para coger aire—. Llegó a Hamburgo para vivir con una prima lejana suya y se inscribió en la universidad como oyente, al principio. Luego conoció a un par de chicas más que participaban en diferentes actividades académicas de la universidad y se introdujo en un círculo de mujeres que luchaban por la igualdad y junto a ellas conoció a otras personas que la llevaron por un camino peligroso.

Los demás le escuchaban con atención sin dar crédito a lo que oían.

—Era una chica muy inteligente a la que le encantaba asistir a mis clases… —Se apretó el puente de la nariz y suspiró con pena—. Poco a poco entablamos una amistad. Ella supo enseguida que yo compartía con ella ciertos pensamientos referentes a los derechos de las mujeres y me convenció para acompañarla a alguna de las reuniones semanales que organizaba un periódico local y donde se trataban esos temas… incluso logró que escribiese algún artículo, pero me desligué al poco tiempo; su perfil era algo violento. Para su desgracia, ella prefirió mantenerse activa y conoció a un tipo que le llenó la cabeza de pájaros y que al final era igual de violento que su marido. Cuando supo que estaba embarazada escapó de él y me pidió ayuda. No pude negársela y, tras unos días conviviendo con ella, le busqué un pequeño piso

donde se pudo esconder. Tristemente, unos meses después enfermó. Tuvo un embarazo muy duro.

Annette se acercó a él e intentó abrazarle. Él se zafó con delicadeza.

—Hice todo lo que pude por ayudarla; le costeé los cuidados médicos y le pagaba todos sus gastos… Sin embargo, su corazón se apagaba día tras día. Unas semanas antes de mi viaje a Nantes, cuando aún le quedaban tres meses para dar a luz, me rogó que si le pasaba algo malo ayudase a su hijo o hija a tener una vida decente y digna. Me pidió que buscase una buena familia, pero no pude… —Guardó silencio y volvió a llenar otro vaso de agua. Bebió y después siguió con su relato—. Cuando regresé de Nantes me encontré con la bonita noticia de que ya había dado a luz. Sin embargo, por desgracia, Bertha había fallecido dos días después del parto.

»Una mujer se presentó en mi casa con la niña recién nacida y una carta de Bertha en la que dejaba a la niña bajo mi protección. Nunca supe quién era el padre. Tampoco pude localizar a su prima, quien al parecer se había marchado de Hamburgo unas semanas antes dejándola sola. Ilsa me mostró a la niña y me aseguró que me ayudaría hasta que le encontrásemos una familia. De repente me vi con una niña de apenas unos días, sin saber qué hacer y teniendo por delante una mudanza a París.

—Jamás habría imaginado algo así —comentó Adrien emocionado.

—¿Por qué no le buscaste una familia? —quiso saber Annette con la emoción enganchada al pecho.

—No pude… No pude —murmuró—. La pobre no tenía ni un nombre ni un apellido… no tenía nada. No fui capaz de abandonarla a su suerte. Me hice cargo de ella, contraté a Ilsa, una mujer maravillosa que la cuida con todo su amor, y me las traje.

—¿La has adoptado? —preguntó Adrien.

—No, tan solo soy su tutor legal. No quiero obligarla a tener un apellido que no es el suyo. Aunque está inscrita como Elise Dufour —miró a Sofía—, esperaré a que tenga la edad suficiente para decidir por sí misma. Si desea buscar a su verdadero padre, no puedo impedírselo.

—¿Si te lo pide lo harás? —Annette sentía unas ganas de llorar tremendas y hubiese dado todo por tener a la niña allí mismo para poder conocerla. Fuese hija o no de su hermano, tenía una sobrina y deseaba con todo su corazón poder abrazarla.

—Por supuesto. Es una niña maravillosa…

—¿Elegiste tú ese nombre? —Annette desvió la mirada hacia Sofía, que mantenía la vista clavada en el suelo mientras apretaba su pañuelo entre las manos.

—Sí. Ese nombre *era* especial para mí… —dijo haciendo hincapié en el verbo. Sofía se levantó del sofá e intentó marcharse, pero Adrien la detuvo.

—¿A dónde vas? Creo que tú también me debes una explicación.

—Ahora no. —Salió corriendo del salón en dirección a su habitación notando la mirada de los demás clavada en su espalda.

—¿Qué le pasa?

Annette le acarició el brazo a su esposo e intentó serenarlo.

—Adrien, querido, déjala. Creo que hay algo que se nos escapa, aunque no es el momento de averiguarlo. Hablaré más tarde con ella.

Julien suspiró y se excusó para marcharse.

—Hermano —le dijo antes de dejarle ir—, pensaba recriminarte tu actitud, pero después de oír tu relato no puedo hacerlo. No puedo juzgar tu decisión. Tan solo te pido que no lo sigas ocultando. Esa niña necesita criarse feliz dentro de una familia y junto con otros niños. Tráela a casa. Te ayudaremos a criarla y educarla.

—No lo sé… tendré que pensarlo bien. Está enferma y necesita mucho reposo.

—¿Enferma? ¿Qué le ocurre? —preguntó Adrien con cara de preocupación.

—Nació con una afección en uno de los pulmones debido a su bajo peso y los problemas de salud de su madre. Ha recibido el mejor tratamiento desde que lo descubrimos cuando tenía seis meses y ya está mucho mejor, casi del todo recuperada. El médico me informó la semana pasada que sus pulmones ya funcionan casi al cien por cien. No obstante, necesita estar tranquila.

—Aquí podemos proporcionarle esa vida y hacer que siga su tratamiento. No lleves esa carga tú solo —comentó Adrien mientras le daba una palmada en el hombro para mostrarle su apoyo.

—Ya veremos —dijo y, sin añadir nada más, se dio media vuelta y se marchó de allí disgustado por haberse visto arrastrado de aquella forma a confesarlo todo.

—Averigua qué le pasa a Sofía —ordenó Adrien a Annette—. Me temo que está pasando algo entre ellos que tú y yo desconocemos y es lo que está haciendo que mi hermana lleve semanas tan extraña.

16

Sofía no pudo precisar cuánto tiempo permaneció de pie junto a la ventana con la mirada fija en la habitación de Julien. Por más que trataba de borrar de su cabeza todos los recuerdos que se le agolpaban en la mente, no era capaz de olvidarse de lo que había sentido junto a él, de cómo le despertó todas las sensaciones que creía olvidadas y desatado los fantasmas del miedo y la duda. Hizo mal siguiéndole. De nuevo se había equivocado con él, le había juzgado sin motivo, desconociendo la realidad y, lo que era aún más reprochable, le había obligado a revelar una faceta de su vida sin darle opción a decidir cómo hacerlo, cuándo o ni tan siquiera con quién deseaba compartirlo.

¿Por qué se comportaba de aquella forma tan pueril? ¿Qué la empujaba a desconfiar de él? Por primera vez supo la respuesta: los celos. Un sentimiento que le era desconocido, pero que se había instalado en su corazón desde el momento en el que se sintió de nuevo atraída hacía él. Podría decirse que era como una de esas mariposas nocturnas, quienes aun sabiendo que acercarse a la luz de una simple vela puede significar su muerte, vuelan sin remedio hacia la peligrosa trampa que esta les ofrece. Dejó escapar una risita irónica. ¿Y si tan solo se estaban dejando arrastrar hacia la llama que emanaba de sus cuerpos y una vez consumida aquella atrayente luz él descubría que no quedaba nada más? ¿Y si volvía a posicionarla en un segundo plano respecto a su carrera? Se abrazó a sí misma en un intento de hallar consuelo. No sintió nada, tan solo un pinchazo de dolor en el pecho y la enorme carga del arrepentimiento por lo que había hecho.

Pensó en la pobre niña, en su triste realidad, en cómo la vida le había arrebatado el regalo de crecer con el amor de una madre, en la dura mirada de Julien hacia ella y en cómo su gesto de enfado se transformó en una pena infinita mientras hablaba de Elise. Sintió ganas de llorar. Debía disculparse, aunque estaba segura de que no iba a ser fácil lograrlo debido al orgullo del que Julien siempre hacía ostentación cuando se enfadaba. La diferencia respecto a otras ocasiones era que, esta vez, él tenía razón.

Con la piel escalofriada y el corazón en un puño se metió en la cama confiando en encontrar la forma de reparar el daño antes de que fuese demasiado tarde.



Julien entró en su casa con una mezcla de sensaciones. Por una parte, sentía un ligero alivio por no tener que esconderse más, por poder compartir el peso que llevaba cargando desde hacía varios años en soledad. Sin embargo, le enfurecía no haber podido hacerlo a su manera. Llevaba meses pensando en la posibilidad de presentar a Elise a su familia cuando la niña estuviese del todo recuperada, pero la llegada de Sofía a su vida había supuesto un revulsivo para él y por primera vez había empezado a soñar con formar una familia, quizás junto a ella. Sin embargo, ahora se veía obligado a apresurarlo, ya que era consciente de que ya no podría mantenerla alejada de Annette y Adrien, quienes estaba seguro deseaban ofrecer a la pequeña todo su cariño. Pensar en Sofía le encogió el estómago. ¿Cómo se había atrevido a seguirle y a exponerle de aquella forma? Nunca pensó que ella podría decepcionarle tanto.

Subió a su habitación de mal humor y se sentó delante del piano, como siempre hacía cuando estaba inquieto. Solo él era capaz de calmar sus nervios. Sentía que con cada nota dejaba marchar el miedo, el resentimiento, la pena o el enfado. Presionó una tecla, dos, tres… y se detuvo. ¿Cómo era posible que Sofía no se hubiese dado cuenta de que cada vez que interpretaba *Für Elise* lo hacía para ella? Le había puesto su nombre a la pequeña Elise en un intento de mantenerla viva en su vida. Sin embargo, ella era incapaz de entender lo que aún despertaba en él ni le creyó cuando intentó decirle que no había podido olvidarla a pesar del giro que dieron sus vidas. Se levantó de golpe y, tras servirse una copa de la que solo pudo beber un trago, se tumbó en la cama hasta que se quedó dormido.

Se despertó con la luz de la mañana golpeando sus ojos y sintió un fuerte dolor de cuello nada más moverse. Había pasado la noche dormido sobre la cama en una extraña postura y su cuerpo parecía dispuesto a protestar por su descuido. Se levantó despacio quejándose por el dolor y fue a darse un baño rezando para que el agua caliente relajase sus músculos tensos. Una hora después ya estaba listo para bajar a desayunar y decidido a dar el paso más importante desde que había acogido a Elise en su vida: ese mismo día la traería a casa para instalarse definitivamente con él.

Dio órdenes al ama de llaves para que preparasen dos habitaciones y se marchó a hacer unas compras. Varias horas más tarde, regresó a casa junto con varios mozos cargados de paquetes llenos de todo lo necesario para decorar una habitación infantil. Una vez finalizado el acondicionamiento de las alcobas, sonrió satisfecho y decidió que había llegado el momento de comenzar su nueva vida. Se subió al carruaje y partió hacia el distrito siete con la esperanza de que aquel importante cambio en la vida de Elise no

supusiese un retroceso en su tratamiento.

Llegaron después del almuerzo. El servicio los recibió entusiasmados por tener a una niña en la casa. La pequeña Elise miraba todo a su alrededor sin entender qué ocurría o por qué aquella gente se esforzaba por complacerla. Julien sonreía al ver su cara de asombro y cómo su rostro cambió cuando salió al jardín cogida de su mano. La niña abrió los ojos como platos y corrió hacia el invernadero. Julien se apresuró a alcanzarla para evitar que sus pulmones colapsasen con la intensa carrera que había emprendido.

—Tranquila, *schatz.* No puedes correr así. Ya tendrás tiempo de hacerlo. Ven, vamos a conocer a unas personas que serán muy importantes para ti —dijo ofreciéndole la mano, mientras caminaban despacio por el jardín de camino a casa de los Mathieu.

Nada más llegar vieron a Nichole jugando con los perros y se acercaron. Ella los miró con curiosidad mientras acariciaba a Duc. Elise se agachó de forma instintiva a su lado y alargó la mano para acariciar a uno de ellos. El perro se tumbó sobre la espalda dejándose deleitar por las caricias que las manos de las dos niñas le ofrecían. Elise rio feliz y volvió la mirada hacia su padre, que la observaba con ternura.

—Me llamo Nichole, ¿tú cómo te llamas? —Elise miró con timidez a la niña que tenía delante y, a continuación, se giró hacia su padre. Él la animó a responder con un gesto de la mano.

—*Ich heiße Elise.* —Al escucharla, Nichole se llevó una mano a la boca y tras morderse un dedo se presentó en un tímido alemán.

—*Ich heiße Nichole.*

—Elise es un poco pequeña aún y no habla muy bien francés —repuso Julien—, aunque lo entiende. Es muy lista y aprende muy rápido. —Se agachó junto a ellas.

—Yo tampoco hablo muy bien alemán… es un poco difícil, pero mi madre me pide que me esfuerce más —afirmó Nichole con una mueca de disgusto.

—A partir de ahora podréis ayudaros mutuamente.

En ese momento Annette salió al jardín y nada más verlos se apresuró hacia ellos feliz de poder por fin conocer a la pequeña Elise. Se acercó a su hermano y, a pesar de la ligera reticencia que este mostró, le dio un tierno beso en la mejilla y se sentó en el suelo al lado de las dos niñas.

—Ella es la tía Annette —la informó Nichole.

—Hola, cielo. Pero ¡qué guapa eres! —dijo mientras le acariciaba la cara —. ¿Cómo te llamas?

La niña la miró un poco cohibida, sin saber muy bien qué decir, a pesar de haber entendido la pregunta.

—Se dice *Je m'appelle* Elise —le indicó Nichole para ayudarla. La otra sonrió y repitió las palabras de su nueva amiga—. Tranquila, yo también tengo un poco de lío a veces con tantos idiomas.

Aquel comentario junto con la cara de agobio de Nichole hizo reír a Annette y Julien a carcajadas, lo que provocó que Sofía saliese al jardín. Al

verlos se quedó petrificada. Detuvo sus pasos en la puerta y, tras dudar unos segundos, caminó hacia ellos con apuro. Era la primera vez que se ponía frente a él después de la desagradable bronca del día anterior.

—*Mommy*, ven, mira. Tengo una amiga nueva. Se llama Elise y no habla mucho francés, pero yo le estoy ayudando —dijo mientras se iba hacia ella para cogerla de la mano y hacer que se acercase.

Sofía bajó la mirada y sintió que se le erizaba el vello de los brazos.

—Oh, Sofía, ¡mira qué bonita es! —exclamó Annette a la vez que se levantaba del suelo con la ayuda de su hermano—. Julien, por favor, no vuelvas a separarla de nosotros. Tráela a casa y deja que se críe junto a los nuestros. —Él suspiró.

—Hermana, entiendo tu entusiasmo, pero, por favor, deja que lo haga a mi manera. Se acaba de mudar conmigo. —Ella le miró con gesto de preocupación—. Tranquila, no estaré solo. Ilsa está a mi lado desde el principio y vivirá con nosotros. Ha sido de gran ayuda para mí y una auténtica madre para ella. No podría haber escogido a una mujer mejor para su cuidado.

Elise se puso de pie y, tras coger la mano de su padre, señaló con el dedo a Sofía y le dijo en alemán que la conocía. Julien frunció el ceño contrariado al mismo tiempo que Sofía esbozó una pequeña sonrisa al recordar el breve encuentro con ella cuando se marchaba del piso en el que los había descubierto.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? Me llamo Sofía —le dijo en alemán y alargó la mano para saludarla. Ella la agarró y sonrió.

—Ven, vayamos a sentarnos —les indicó Annette, quien llevaba varios días un poco cansada debido al embarazo—. Sofía, llama a Adrien, por favor. Está en su despacho.

Julien ayudó a Elise a sentarse y la acercó a la mesa mientras Annette les servía un vaso de zumo.

—Toma, cielo. Bébetelo todo, está muy rico —le indicó Annette también en alemán a la vez que observaba con detenimiento sus facciones dulces y su pelo rubio rizado. Se sorprendió al comprobar el vínculo tan estrecho que Julien y ella tenían.

Elise le miraba todo el tiempo buscando su aprobación mientras él le devolvía la mirada con los ojos llenos de amor. Annette no podía creer la dedicación y la ternura que veía en su hermano.

Sofía y Adrien, con el pequeño Jean Michel en brazos, se unieron a la improvisada reunión familiar.

—¿Y esta niña tan guapa quién es? —preguntó Adrien con gesto sonriente. La niña levantó la cabeza y le devolvió la sonrisa mientras seguía disfrutando de la bebida.

—De momento habla mejor alemán —le informó Julien.

—Hallo, schatz, wie geht es dir?

La pequeña le respondió que estaba muy bien y le dijo su nombre al mismo tiempo que él se acercaba a darle un delicado beso en la cara.

—Por favor, desempolvemos nuestro alemán y hagamos las presentaciones oficiales —les indicó Adrien y se sentó al lado de Annette—. Yo soy tu tío Adrien, esta bella mujer a mi izquierda es la tía Annette —le dio un beso—, ella es la tía Sofía y ellos son tus primos Jean Michel y Nichole. Ah, y se me olvidaba, estos dos demonios con pelo son Duc y Roi. No te fíes mucho de ellos. No son tan adorables como parecen, a veces muerden un poquito. —La niña rio ante el comentario y siguió bebiendo.

Sofía, por el contrario, notó que el corazón le daba un vuelco al oír la ligera tosecilla de Julien cuando Adrien la presentó. Estaba enfadado, mucho, y ella no sabía aún cómo acercarse a él para disculparse. Le miró con discreción. Él, a pesar de ser consciente de ello, prefirió ignorarla y enarcó una ceja provocando en ella un intenso suspiro lleno de angustia.

—Todos habláis muy bien alemán —comentó la pequeña Nichole—, pero yo no me he enterado de nada. —Los demás rieron ante su cara de agobio.

—¿Te ha enseñado ya papá la casa tan bonita en la que vas a vivir? —preguntó Annette sintiendo que le costaba pronunciar esa palabra referida a su hermano. La niña asintió con la cabeza—. ¿Te gusta?

—*Ja.*

—Aquí puedes venir siempre que quieras, a jugar con los perritos, a visitar a tus primos, a dormir, a comer, a ver a tus tías… a lo que quieras, ¿de acuerdo? —Annette se sentía emocionada de tener allí a la niña y no podía evitar ejercer con ella un rol maternal.

—*Danke* —le respondió con una sonrisa.

—¿Y a ver a su tío no? —protestó Adrien ya en francés fingiendo un puchero infantil.

—Al tío Adrien sobre todo. —Nichole fue hacia él para darle un abrazo. La presencia de Adrien en su vida había supuesto un ligero alivio en su pena. Su tío había adoptado un rol paternal que ella agradecía y disfrutaba a partes iguales. Él le correspondió con un abrazo más fuerte, se levantó e, igual que hizo con ella cuando llegó junto con su madre, cogió a cada una de las dos niñas de la mano y se las llevó para enseñar la casa a Elise y de paso coger algún rico dulce de la cocina.

Annette se excusó unos segundos para ir a cambiar a Jean Michel, que se había manchado los pantalones intentando beber un poco de zumo de un vaso que había en la mesa, y los dejó solos en el jardín. Sofía tragó saliva, cogió aire e intentó entablar una conversación mientras los demás regresaban.

—Es preciosa, Julien. Felicidades, se nota que la has cuidado con mucho cuidado y cariño.

Él apretó la mandíbula y desvió la mirada hacia el fondo del jardín sin decir ni una sola palabra mientras ella se llevaba las manos al cuello, presa del desasosiego.

—Julien, lo siento.

Él se mantuvo en silencio con la vista clavada en el frente y el ceño fruncido. Sofía estaba empezando a sentir una fuerte ansiedad. Estaba a punto

de levantarse cuando él dijo:

—Las palabras pierden su significado e intención cuando las repetimos demasiadas veces.

La emoción bloqueó en la garganta las palabras que Sofía iba a decir, por lo que se limitó a observarlo.

—Espero que estés satisfecha, si esto es lo que pretendías… —le espetó con voz fría. No tuvo tiempo de responder. Annette regresó con una amplia sonrisa.

—Hermano, por favor, quedaos a cenar. Elise parece estar disfrutando mucho de la compañía de Nichole.

—No quiero abrumarla demasiado. Quizás mañana. De hecho, creo que deberíamos regresar ya. Ilsa nos estará esperando. Iré a por ella.

Ellas le observaron caminar hacia el interior de la casa y, a continuación, Annette se giró hacia Sofía, quien permanecía demasiado silenciosa y seria.

—Cariño, ¿estás bien? Espero no haberte importunado mucho dejándote a solas con él. No podía dejar a Jean Michel con el pantalón tan manchado.

—No te preocupes… Da igual que estemos solos o acompañados. Creo que ha decidido no volver a hablarme más en su vida. Y si lo hace, será solo para lanzar indirectas y reproches.

—Dale tiempo. Ya encontraremos el momento adecuado para pedirle perdón. Es muy testarudo, aunque no es rencoroso. Terminará aceptando nuestras disculpas.

Sofía suspiró menos optimista que su querida amiga.

Un poco después, Julien y Elise se despidieron de ellas y regresaron a casa a paso lento, caminando cogidos de la mano mientras a Sofía se le llenaban los ojos de lágrimas ante aquella bonita imagen.

—Me parece increíble que ese hombre sea mi hermano Julien —comentó Annette sorprendida. Sofía no le respondió y se disculpó para entrar en la casa mientras era observada por su amiga con gesto de preocupación.

Aquella noche, tras acostar a Nichole, Sofía se encerró en su cuarto sintiéndose agotada y triste. Se fue a la cama enseguida rezando para que, al día siguiente, en la escuela, pudiesen suavizar sus posturas.

17

Para total desesperación de Sofía, Julien se mantenía en su decisión de no dirigirle la palabra y la ignoraba en la escuela cada día, a pesar de todos los intentos que ella hacía para poder quedarse a solas con él. Harta de aquel comportamiento, y tras varios intentos fallidos más, se presentó en su casa justo después de la cena. Tras ser anunciada por el ama de llaves, esta le comunicó que el señor no deseaba recibir a nadie aquella noche. Sofía cogió aire, la apartó con un ligero empujón en el brazo y entró en el despacho enfurecida ante la mirada atónita de la mujer.

—¿Cómo te atreves a tratarme como a una desconocida? —dijo mientras se acercaba a él. Dio una fuerte palmada en el escritorio en el que estaba sentado y le exigió que la mirase.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él separando cada palabra con énfasis.

—Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra —le espetó con rabia.

—Citar las Sagradas Escrituras no te va a servir de nada conmigo —le respondió al mismo tiempo que apartaba con cuidado la mano de ella de encima de unos papeles y siguió escribiendo.

—No permitir que alguien se disculpe es algo muy ruin, sobre todo en una persona tan obsesionada con hacer siempre lo correcto como tú, ¿no te parece?

—Estoy en mi derecho de decidir si quiero acepar tus disculpas o no —protestó levantando la mirada por primera vez hacia ella.

—Por supuesto, pero no es justo que me trates de esta forma.

—¿De qué forma? —dijo en tono cortante.

—De esta exactamente, ofendiéndome a cada instante cada vez que te niegas a atenderme, cuando no te dignas ni a mirarme a la cara. Sé que cometí un error, pero no fue tan grave como para recibir este trato tan humillante.

—¿Humillante? ¿Eso crees?

—¿Vas a repetir todo el tiempo lo que yo diga?

Julien apretó los dientes y Sofía notó como se le hacía más visible una vena del cuello.

—¿Qué pretendes conseguir con tus disculpas? Lo siento, no puedo perdonar lo que has hecho. Has traspasado todos los límites —comentó mientras colocaba un libro en la estantería y cogía otro—. Esta vez hay otras personas involucradas. Te has entrometido en la vida de una niña sin importarte las consecuencias.

—¡Yo no sabía que esa niña existía!

—Me da igual, me has obligado a hacer algo que no quería y eso no lo voy a perdonar.

—Yo te perdoné por lo que me hiciste…

—¿Sí? Yo creo que más bien me castigaste casándote con Alexander sin tan siquiera haberte tomado la molestia de informarme de la noticia. —Sintió que aquellas palabras le quemaron al pronunciarlas y bufó por dejarse arrastrar de nuevo por la ira ante sus reproches.

—Yo no te castigué. Fuisteis tú y tu egoísmo los que condicionasteis mi vida. —Julien resopló con fuerza—. Siento haberme inmiscuido. Jamás pensé que lo que ocultabas era una hija.

—¿Qué pensabas descubrir? ¿Una amante? —Dejó escapar una risita burlona y después enarcó una ceja y clavó la mirada en ella.

—Eres un cínico. Sí, eso era justo lo que pretendía averiguar, si tenías una relación… ¡con otra mujer! —le gritó.

—Baja la voz —le ordenó con voz grave.

—Es que no entiendo por qué te cuesta tanto entender que pudiese haber sospechado algo así… Te marchas de la escuela a horas extrañas sin dar explicaciones, vas y vienes sin que sepamos a dónde…

—No tengo que daros explicaciones de lo que hago —la interrumpió.

—Por supuesto que no, pero tu actitud ha sido muy extraña y me hizo sospechar que quizás…

—…que quizás te estuviese engañando, ¿no es eso? Una vez más, dudas de mí y de mi palabra.

—De la misma forma que has ocultado a Elise, podrías haber escondido una relación con cualquier otra mujer. Eres demasiado reservado para tus cosas… ¡tampoco sería tan extraño!

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. A Elise no la he ocultado, ha tenido una vida normal al cuidado de Ilsa y del mío propio. Tan solo decidí no hacer partícipe a mi familia de ello hasta que no lo considerase necesario. Si mantuviese una relación sentimental con otra persona, no tendría ningún motivo para ocultarla, y menos a ti.

—¿Eso sería antes o después de llevarme a tu cama? —le recriminó y se mordió un labio con rabia.

Julien empezó a ordenar los papeles en el escritorio de forma compulsiva.

—Intenté preguntarte por esos momentos en los que desapareces, pero te niegas a hablar de nada. ¿Qué habrías pensado tú en mi situación?

—Absolutamente nada. Confío en ti. —Se apoyó en la mesa con las dos manos y se inclinó ligeramente hacia delante para acercarse a ella.

—¡Y un cuerno!

—Sofía… —dijo recriminándole su vulgar vocabulario.

—¡Qué fácil es decirlo cuando sabes que no es real! ¿Qué motivos tendrías tú para sospechar que yo, una pobre viuda, me estuviese viendo con otros hombres? Sin embargo, ese no es tu caso y lo más normal sería que lo hicieses, eres un hombre soltero sin compromisos.

—Lo más normal es que tuviese diferentes amantes, porque soy un hombre, ¿verdad, Sofía? Por encima de mí, de mis palabras, de mis gestos hacia ti está mi género. Prefieres quedarte en lo superficial para no darme la oportunidad de resarcir mi error. Dices que me has perdonado, pero no es verdad.

—Yo no he dicho eso.

—Sí, claro que sí… Si mis palabras no tienen ningún valor para ti, ¿por qué deberían tenerlo las tuyas?

—Yo jamás te he mentido.

—¿Y yo sí? Dime solo un ejemplo, por favor, no escatimes en detalles… —dijo con cierto cinismo en su voz y se dirigió a un sofá para sentarse.

—¿Te parece que no es mentira decirme que me querías y largarte al día siguiente a otro país sin tan siquiera despedirte? —afirmó mientras notaba las lágrimas a punto de desbordarse.

—No te mentí; era lo que sentía en ese momento.

—Ah, claro, por supuesto. Pero después se te pasó…

Él se cruzó de brazos mientras la miraba con intensidad.

—No te empeñes en tergiversar mis palabras y en ensuciar mis acciones. Lo dije porque lo sentía, de la misma forma que… —Se detuvo y se apretó con fuerza el puente de la nariz.

—Justificas todas tus acciones anclándolas a lo que sentiste en el pasado, pero no me permites que yo haga lo mismo —le recriminó Sofía—. Tú puedes excusarte detrás de tus propios motivos; sin embargo, me juzgas y me acusas de actuar de forma egoísta y poco ética. No sabes cómo me siento. —Sofía caminó hacia una ventana que estaba ligeramente abierta y tomó aire.

—No me permites hacerlo. No confías en mí…

—Por supuesto que no. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que corriese a tus brazos después de lo que me hiciste? ¿Que te esperase eternamente hasta que decidieses regresar como si mi vida no tuviese importancia? ¿Como si fuese un florero que transportar de un sitio a otro? Tenía unos sueños que tú decidiste, de forma unilateral, destruir.

—Desde que me marché levantaste un enorme muro que nunca me has dejado traspasar.

—El muro que te merecías por tu comportamiento egoísta. Yo no soy un simple divertimento que puedes usar a tu antojo y abandonar en un rincón como si fuese un juguete del que te has cansado.

—Nunca hice nada para que te sintieses así. Te he explicado mil veces que tenía razones muy importantes para marcharme. No podía hacer otra cosa.

—Quizás eso es lo que has querido creer para no sentirte mal, que todo lo que hiciste tuvo una justificación. Sin embargo, no quisiste pararte a pensar en el daño que provocabas en mí. Era más fácil creer que hiciste lo correcto, ¿verdad?

Julien se quitó las gafas que usaba para leer y las dejó en una mesa junto al sofá para después resoplar.

—Sofía, esto es lo mismo de siempre. No vamos a llegar a ningún sitio. No tengo ganas de seguir con esta conversación.

Ella se acercó de dos zancadas al sofá y se sentó a su lado furiosa.

—¿Siempre tienes que ser tú quien ponga fin a todo? Estoy harta de tu obsesión por el control. —Él se levantó y le dio la espalda. Ella le imitó y se colocó detrás de él—. Dices que yo levanté un muro… Creo que tú también lo hiciste, incluso más grueso que el mío. Yo te perdoné hace ya mucho tiempo; sin embargo, tú siempre te has mantenido detrás de ese escudo de frialdad y distancia donde no dejas pasar a nadie.

—A ti siempre te he permitido traspasarlo —dijo y se volvió para mirarla.

—No es verdad…

—Sí lo es, y estoy harto de que me juzgues sin conocerme. Ya no soy el mismo Julien de entonces, aunque te empeñas en tratarme como si lo fuese.

Ella fijó la mirada en sus ojos, aquellos ojos que la hipnotizaban, que la arrastraban a lo más profundo del abismo y sin pensarlo se acercó a él, apoyó la mano en su nuca y le atrajo hacia ella para besarlo. Él le devolvió el beso con intensidad durante unos segundos. A continuación, se separó de golpe. Sofía, aturdida, se inclinó hacia delante, pero enseguida recuperó el equilibrio y se apartó.

—No, no podemos hacer esto —le espetó y se alejó de ella mientras se llevaba las manos al cuello.

Sofía se arrepintió de haberle besado en ese mismo instante y maldijo en su interior por haberse expuesto de aquella forma.

—Estoy harto de este juego, de tener que justificarme por todo lo que hago o digo, de intentar acercarme a ti y de que no te des ni cuenta. Esto no nos hace bien y no soy capaz de sacarme de la cabeza la enorme decepción que siento hacia ti. Jamás imaginé que serías tú quien me forzase a desvelar mi vida junto a Elise. Ahora tengo que centrarme en ella y en hacer que se recupere del todo. No puedo seguir con esto… Está claro que no confías en mí y yo no tengo tiempo para intentar convencerte de lo contrario.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Sofía como puñales.

—Está bien… tienes razón. Es mejor que sea así… tú tienes tu vida y yo debo centrarme en la mía. Fui una estúpida por haberme dejado cegar por los celos. Puedes hacer lo que te plazca con tu vida. Yo haré lo mismo a partir de este mismo momento. —Se dio media vuelta y salió de la casa sin mirar atrás mientras Julien daba una patada en el suelo.

18

Tras varios días en los que Adrien y Annette organizaron diversas actividades en familia junto con Elise, Julien les comunicó que debía ausentarse de París durante una semana, debido a su participación en unas jornadas culturales sobre Historia a las que había sido invitado en la ciudad de Chartres.

Nervioso por tener que dejar sola a Elise, dio instrucciones precisas a Ilsa para su cuidado y la instó a que, solo en caso de necesidad, acudiese a los Mathieu. No quería que, en su ausencia, la niña pasase demasiado tiempo fuera de casa jugando con los otros niños y agotando sus aún delicados pulmones. Ella le tranquilizó y le aseguró que todo estaría bien. Sin embargo, en cuanto Adrien supo de su marcha, pidió a Ilsa que acudiesen a casa al menos para comer, de forma que pudiesen seguir pasando un poco de tiempo con la pequeña, a la que habían cogido un cariño especial debido a su dulce carácter.

Aquellos encuentros hacían las delicias de Annette, que estaba encantada de tener una nueva sobrina, y permitió a Sofía relajarse. Para su sorpresa, la niña parecía sentir un vínculo especial hacia ella: intentaba llamar su atención y se le acercaba siempre que podía. Nichole, por su parte, se lo puso muy fácil para sentirse integrada, ya que, desde su primer encuentro, esta ya la había adoptado como su nueva prima y estaba feliz de tener una compañera de juegos.

A pesar de que Ilsa era muy estricta en los horarios y en los momentos de descanso de la pequeña, no pudo evitar que, entusiasmada con su nueva vida rodeada de gente que la colmaba de atenciones, se agotase más de lo recomendable. El tercer día, al comprobar que la niña volvía a presentar signos de fatiga pulmonar, los informó de que permanecerían tranquilas en casa sin recibir visitas. Aquella información preocupó sobremanera a Annette, quien quiso hacerse cargo del cuidado de la pequeña. Sofía le comunicó que esa tarde ella misma iría a la casa a visitarla para saber cómo se encontraba. Sentía la necesidad de pasar un poco de tiempo con ella sin la presencia de Julien.

Nada más llegar, Ilsa le dijo que cuando la niña empeoraba en su estado, su padre se volvía muy estricto con su descanso. «Su padre». A Sofía le costaba asimilar aquellas palabras y cada vez que las oía sentía un escalofrío recorriendo su cuerpo. Ante la insistencia de Ilsa, comprendió que lo mejor era dejarla tranquila y marcharse. No obstante, en vez de regresar a casa, le expresó su deseo de tomar un té juntas en el jardín. Ilsa accedió después de unos segundos en los que dudó si era lo correcto, pero la sonrisa cálida de

Sofía la hizo confiar en ella.

Sofía evitó hacer cualquier tipo de pregunta incómoda y se limitó a charlar sobre las diferentes temperaturas entre Hamburgo y París en esa época del año o sobre su propia hija, su proceso de adaptación a su nuevo entorno y sobre la muerte de su querido James. Ilsa, que rondaba los cincuenta años y que tenía un aspecto serio e inmaculado, siempre vestida en colores apagados, resultó ser una mujer muy agradable, a pesar de su fría apariencia. Respiró tranquila al saber que Elise estaba en buenas manos. El amor con el que hablaba de la niña era tan obvio que hizo que se emocionase en algún momento, sobre todo al escucharla hablar de cómo Julien se esforzaba por hacerla feliz y por darle la mejor vida posible desde su nacimiento. «Elise rozó el infierno con los dedos cuando nació y se quedó huérfana. Por suerte, un ángel la agarró fuerte de la manita y la llevó al cielo». Aquellas palabras de Ilsa en referencia a Julien la hicieron llorar y arrepentirse con toda su alma por lo que había hecho.

Visiblemente emocionada, le pidió poder ver a la niña tan solo unos minutos antes de marcharse. Como madre no se quedaría tranquila hasta ver con sus propios ojos que se encontraba bien. La mujer accedió con una sonrisa tierna en el rostro y la acompañó a la habitación. Una vez dentro, comprobó que dormía plácidamente. Sofía no pudo evitar acercarse a ella para arroparla con la sábana y besarla en la frente con ternura. Elise abrió los ojos y se sentó de golpe en la cama al sentir el contacto con Sofía y sonrió. Miró a Ilsa, quien con un gesto le indicó que volviese a acostarse, pero ella le dijo que quería ver a Nichole. Sofía se rio y le prometió que, en cuanto descansase, podrían verse y jugar un rato juntas.

La niña, satisfecha con la respuesta, volvió a recostarse. Sin embargo, antes de que Sofía pudiese alejarse de la cama, le cogió la mano y le pidió que se quedase junto a ella hasta que volviese a quedarse dormida. Ella se giró hacia Ilsa y, al ver que le daba su beneplácito, se sentó a su lado y la atrajo para acariciarla como hacía con su propia hija cuando no podía dormir y comenzó a tatarear una bonita canción que su madre solía cantarles cada noche. Apenas unos minutos después, Elise se quedó dormida y Sofía se levantó con cuidado de no despertarla. Antes de salir del cuarto, la observó desde la puerta y no pudo evitar pensar en Julien y en como su corazón se encogía cada vez que los veía juntos. Suspiró y cerró con cuidado.

Al día siguiente regresó a la casa después del almuerzo. Ilsa pareció agradecer su ayuda aquel día. Elise había empezado a tener fiebre alta, algo que inquietaba mucho a la pobre mujer, que se sentía responsable por haber permitido que la niña pasase más tiempo del que Julien le había indicado fuera de la casa. Sofía la tranquilizó y le dijo que tenía el remedio perfecto para bajar la temperatura.

Bajaron juntas a la cocina para tratar de buscarlo. Después de unos minutos intentando en vano encontrar lo que precisaban, Sofía le indicó que volvería en breve con todo lo necesario.

Cuando Ilsa la vio llegar cargada de pequeños tarros llenos de hierbas levantó las cejas con cierta duda sobre qué pretendía. Sofía lo dispuso todo en la mesa y fue abriendo cada tarro con sumo cuidado mientras cerraba los ojos para inspirar el olor que emanaba de ellos sin evitar emocionarse al recordar a James. Sacudió la cabeza para despejar los amargos recuerdos y le pidió que le acercase un cuenco. Poco a poco fue añadiendo diferentes hierbas en la cantidad exacta mientras recitaba una a una:

—Veamos. Un gramo de camomila, medio de sauce, apenas un cuarto de gramo de sauco, y la misma medida de tomillo y una pizca de jengibre. —Ilsa la observaba maravillada ante la pericia y conocimiento que mostraba con todas aquellas hierbas—. Con esto valdrá.

—¿Dónde aprendió todo eso? —quiso saber la mujer intrigada.

—Mi marido era experto en plantas medicinales. Con él aprendí todo lo que sé —comentó con pena—. Mi hija Nichole le sigue los pasos y, a pesar de su edad, sabe mucho más que yo. Creo que va a ser una magnífica boticaria, lo lleva en la sangre.

—¿Está segura de que eso no perjudicará a Elise? No quisiera enfadar al señor atreviéndome a saltarme su tratamiento habitual —dijo con un evidente gesto de preocupación.

—No se preocupe, no tendrá que hacerlo. Esto es un cuidado alternativo que la ayudará mucho a bajar la temperatura y a desinflamar los pulmones para que expectore. Le aseguro que mañana no habrá resto de fiebre y respirará mejor.

Sofía cogió un cazo y puso a calentar el agua prestando especial atención a apartarlo del fuego justo en el mismo instante en el que rompiese a hervir. Aquella era la indicación más importante que James siempre le hacía si no quería arruinar las propiedades medicinales de todas aquellas plantas.

Una vez que lo tuvo todo listo, le añadió un poco de miel y subió a la habitación para hacer que la niña lo bebiese estando aún templado.

—Esta es la parte más delicada; lograr que lo beban antes de que se enfríe es una auténtica gesta —dijo sonriendo.

La niña se mostró un poco reacia a tomarse aquel brebaje extraño, pero el cariño y la paciencia de Sofía lograron que se lo bebiese entero y que incluso aceptase beber un poco más si la dejaban salir de la cama.

—Creo que no le haría mal bajar un poco a tomar aire fresco al jardín —comentó Sofía—. Si lo que le preocupa es que se encuentre con los otros niños, no se apure, a esta hora están durmiendo su siesta.

—¿Quieres salir al jardín un poco? —le preguntó Sofía.

—*Ja* —respondió la pequeña con una amplia sonrisa.

—Tienes que obedecer a Ilsa y sentarte a jugar tranquila. No puedes correr, ¿de acuerdo?

Elise asintió con la cabeza y se apoyó en ella para bajar de la cama. Sofía la cogió en brazos y la bajó hacia el jardín mientras la niña se aferraba con fuerza a su cuerpo y parloteaba cosas que ella no entendía. Se sentaron en una

manta que pusieron en el suelo con varios de sus juguetes favoritos mientras jugaban juntas y se dejaban bañar por los agradables rayos de sol.

—¿Cuándo viene papá? —Sofía se sorprendió ante aquella inesperada pregunta.

—En unos días. Ha tenido que ir a hacer unas cosas importantes. ¿Le echas de menos? —La niña asintió con la cabeza—. Bueno, dentro de nada estará de vuelta. ¿Te gusta pasar tiempo con él?

La niña cogió una muñequita que había a su izquierda y comenzó a peinarla con los dedos.

—Sí, es muy bueno y siempre me trae regalos. —Sofía esbozó una cariñosa sonrisa y se asombró por lo bien que hablaba la pequeña, a pesar de su corta edad. Era obvio que Julien e Ilsa estaban haciendo un gran esfuerzo por proporcionarle la mejor educación.

—¿Y cuál es tu muñeca favorita?

—Esta. Es igual que tú —dijo señalando el pelo castaño de la muñeca que tenía entre las manos. Sofía le acarició el pelo con ternura.

—¿Juegas mucho con papá?

—Sí.

—¿Te gusta vivir en esta casa con él y con Ilsa?

—Sí, mucho, porque papá no se va. —Sofía se estremeció al oírle decir aquello y se imaginó lo difícil que tuvo que ser tanto para él como para la pobre niña tener que vivir separados y verse obligados a despedirse tras sus visitas.

Elise empezó a toser con intensidad e hizo que Ilsa se acercase corriendo hacia ella. Sofía intentó calmar la ansiedad de la mujer, la informó de que aquella tos se debía a los efectos de las plantas expectorantes y le aseguró que era beneficioso para sus pulmones. Ilsa la miró no del todo convencida y le pidió poder llevar a la niña de nuevo a la habitación. Sofía no quiso entrometerse y, respetando su opinión, cogió a la niña y la llevaron de regreso a su cuarto.

Elise no parecía querer quedarse sola y le pidió a Sofía que permaneciese un poco más junto a ella. Para intentar entretenerla y que estuviese tranquila, cogió un libro y decidió leerle unos cuantos capítulos. Sin embargo, acunada por la cálida voz de Sofía y con signos de cansancio, la pequeña se quedó dormida enseguida. Dejó el libro en la mesilla, la besó en la frente y se marchó, no sin antes indicar a Ilsa que le diese una taza más de la infusión justo antes de retirarse a dormir. La fiebre parecía haberle subido de nuevo.

Regresó a su casa feliz de haber podido compartir esos bonitos momentos al lado de Elise y sintiendo que aquella dulce niña estaba abriendo un hueco especial en su corazón. Informó a Adrien y Annette sobre su estado y les rogó que la dejasen cuidarla. Ellos accedieron. Con aquello parecía volver a ser la misma Sofía tranquila y responsable de siempre.

19

A la mañana siguiente, Sofía se levantó mucho más animada. Cuando dejó a Nichole en la compañía de la institutriz que habían contratado para ayudarla con sus estudios, fue a visitar a Elise con la esperanza de que se encontrase más recuperada. Encontró a Ilsa subiendo las escaleras en dirección al cuarto de la pequeña.

—Buenos días —la saludó Sofía con una amplia sonrisa en la cara.

La mujer se giró al oír su voz.

—Buenos días, señora. —Se detuvo para mirarla.

—¿Qué tal está Elise? ¿Ha pasado buena noche?

Ilsa la miró con cara de disgusto.

—No sabría decirle…

—¿Ha empeorado? —preguntó Sofía con extrañeza.

—La fiebre ha desaparecido por completo. Sin embargo, no para de toser. Acompáñeme —comentó mientras emprendía de nuevo el camino hacia la habitación. Sofía la siguió preocupada. Estaba segura de que la tisana que preparó era de las más beneficiosas para cualquier afección pulmonar.

Entró detrás de Ilsa y comprobó que la niña estaba tumbada bocarriba, algo que era contraproducente cuando se ingería ese tipo de plantas. Se acercó a ella y, tras saludarla, la colocó de lado para facilitar la expectoración.

—¿Qué tal estás, cielo?

La niña la miró mientras bostezaba y luego se sentó.

—¿Te duele algo?

—Sí —dijo con un puchero.

—¿Dónde te duele, cariño? —Ella se llevó la mano al pecho, algo que hizo que Ilsa emitiese un sonoro suspiro lleno de preocupación. Al oírlo, Sofía se volvió hacia ella.

—No se preocupe, es perfectamente normal. Sospecho que tiene mucha mucosidad agarrada al pecho y le aseguro que la tisana que le proporcioné es mucho más efectiva que cualquier otro medicamento y menos fuerte.

—Estoy preocupada, señora. No se lo voy a negar. No quiero disgustar al señor Dufour. Cuando se marchó, Elise estaba perfectamente y ahora…

—No se angustie. ¿Cuándo regresa el señor?

—Creo que dentro de un par días. Si ve así a la niña, se va a enfadar.

—Le prometo que no quedarán restos de esa tos en unas horas. Confíe en mí.

Tomó la temperatura a la niña para comprobar que la fiebre había desaparecido y respiró satisfecha. No tenía ninguna duda de que la mejoría se

produciría en tan solo unas horas.

Bajó a la cocina para preparar otra tisana distinta, esta vez solo para la inflamación y para calmar la irritación que la tos le producía en la garganta. Cuando regresó, se sentó a su lado y le prometió que, si se tomaba aquella rica bebida, por la tarde podría jugar con Nichole, algo que la animó mucho e hizo que no pusiese demasiada resistencia. Después, cogió el libro que había comenzado a leerle el día anterior y continuó con el relato, esta vez con la niña mucho más atenta a las aventuras que le contaba con gran teatralidad. Durante la lectura, Elise se recostó en el pecho de Sofía provocando en ella una maravillosa sensación, muy similar a la que sentía cuando compartía esos momentos tiernos con su propia hija. La miró con los ojos llenos de cariño y le dejó un beso en el pelo. En ese momento la niña empezó a deslizar uno de sus dedos por la palma de la mano de Sofía haciendo pequeños dibujos que no era capaz de reconocer.

—¿Estás dibujando cosas en mi mano?

—Sí, así, mira. —Le indicó mientras volvía a deslizar la yema de su dedo.

—¿Y qué es lo que dibujas?

—Es un elefante… mira… tiene las orejas muy grandes. —Sofía esbozó una sonrisa cálida.

—Oh, sí… es verdad. ¡Es precioso! ¿Quién te ha enseñado a hacer esos dibujos tan bonitos?

—*Papa.* Dibuja cosas, aunque es un poco complicado saber lo que es. —Sofía sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al imaginarse la escena.

—¿Por qué?

—Dice que mi mano es muy pequeña… —Clavó la mirada en su pequeña manita con el ceño fruncido—. Yo creo que no sabe dibujar bien. El dedo no es igual que un lápiz…

—Con un lápiz lo hace mejor, ¿verdad? —suspiró.

—Sí.

—¿Quieres que hagamos un dibujo muy bonito y que después lo coloreemos? —Elise se puso de pie en la cama de golpe y empezó a saltar entusiasmada.

—Vale, vale, pero deja de saltar —dijo mientras la cogía al vuelo—. Ven, vamos a vestirte y nos sentaremos en el jardín.

Entre risas colorearon un bonito paisaje en el que no podían faltar Duc y Roi, mientras comían unas ricas pastas que les había preparado la cocinera. A la hora del almuerzo, Sofía se despidió de ella con la firme promesa de que regresaría por la tarde con Nichole. La niña comenzó a llorar desconsolada al no querer separarse de ella. Aquel tierno gesto la conmovió más de lo que hubiese imaginado y le hizo sentir una punzada de dolor en el estómago de ver el triste rostro de la pequeña. Sin pensarlo, la cogió en brazos y se ofreció a darle ella misma la comida, haciendo que la propia Ilsa se sorprendiese. No era muy común que una mujer de su clase se ocupase de aquella tarea destinada a las niñeras.

Sofía demostró tener mucha pericia y consiguió que la niña devorase todo lo que había en el plato, mientras le contaba a Ilsa que, durante los años que vivió en Inglaterra, no contó con la ayuda de una niñera para cuidar a su hija, algo que le producía una tremenda satisfacción e hizo que el vínculo entre las dos se hiciese más profundo. A continuación, Elise se quedó dormida en su regazo y no tuvo más remedio que retrasar su propio almuerzo hasta casi dos horas más tarde, cuando Ilsa la despertó para su clase diaria de francés. Elise protestó, aunque finalmente consiguieron convencerla para que dedicase un poco de tiempo a sus tareas escolares.

Antes de marcharse, Ilsa le dio las gracias por haber dedicado parte de su tiempo a cuidar de la pequeña. Sofía deseó que Julien compartiese su misma opinión.

Como había prometido, Nichole y ella se presentaron en la casa listas para pasar una tarde divertida juntas. Elise gritó de emoción y enseguida corrió hacia su querida amiga y se abrazaron. Luego se agarraron de la mano y fueron a sentarse en el suelo para jugar. Sofía pretendía poder conversar con Ilsa, pero la pequeña de nuevo reclamó su atención y le pidió que se uniese a ellas en el juego. Levantó los hombros a modo de rendición y se sentó a su lado dispuesta a completar un bonito puzle de madera.

Regresaron a casa a la hora de la cena, después de haberlo intentado en dos ocasiones. La pequeña Elise se negaba a separarse de ellas. El fuerte abrazo en el que se fundieron llenó de amor el corazón de las tres, quienes, sonrientes, se despidieron hasta el día siguiente.



Sofía no pudo precisar si el regreso anticipado de Julien fue una sorpresa positiva o negativa. Hacía apenas media hora que había llegado para ver el estado de la pequeña y, mientras comprobaba que tanto la fiebre como la tos habían desaparecido del todo, oyó su voz en el pasillo. No tuvo tiempo de salir de la habitación de Elise. Él entró cargando una bonita caja y con una amplia sonrisa en el rostro que se le congeló cuando la vio allí. Se dirigió hacia una mesa y, tras dejar la caja, se giró hacia ella.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—He venido a ver qué tal estaba Elise. —Se arrepintió de no haber pensado antes de abrir la boca.

—¿Por qué? —Frunció el ceño y fue hacia la puerta. La abrió y llamó a Ilsa, que se presentó de forma inmediata—. ¿Ha ocurrido algo en mi ausencia? —preguntó con la mirada fija en Ilsa.

—No, señor… bueno… la niña tuvo algo de fiebre. Intenté… —balbuceó sin encontrar las palabras adecuadas que pudiesen justificar su descuido.

—Lo que ha pasado es que Elise tuvo un poco de fiebre, casi con total

seguridad debido a la fuerte humedad de estos días. —Él levantó una ceja sin entender—. Juegan, corren, sudan y luego…

—¿Ha estado jugando con Jean Michel y Nichole? —Miró a Ilsa, visiblemente molesto.

—Sí, señor. Solo el primer día. El resto del tiempo ha estado descansando en casa.

—Te dije que evitaras que se fatigase en exceso. Ya sabes que se altera mucho cuando está con ellos. —Su voz sonaba seria, aunque Sofía pudo comprobar que mantenía un tono muy respetuoso hacia la mujer. Se molestó. Con ella no mostraba tal consideración cuando se enfadaba.

—No te alteres, tan solo jugaron un poco en el jardín. Esa tarde se levantó un poco de fresco, eso es todo. Ha estado atendida las veinticuatro horas. Además, ya está perfectamente. Las tisanas han sido mano de santo —comentó orgullosa de su pericia con las plantas.

—Ilsa, ¿le has suministrado algo nuevo sin mi permiso? —Esta vez su voz sonó un poco más desagradable.

—Por favor, no hagas un drama de esto. Sé lo que hago. Aprendí mucho. Han sido un par de infusiones muy beneficiosas para los pulmones…

—Ella ya tiene un tratamiento médico para eso —la interrumpió—. Creo que deberías haber esperado a que regresase para hacer algo así. —Miró a Ilsa y ella bajó la cabeza, disgustada.

—Julien, te lo ruego. Ilsa ha sido muy cautelosa en todo momento. De hecho, me pidió que esperásemos a tu regreso. Fui yo quien insistió en preparar la tisana. —Él apretó los labios—. Mi marido sufrió durante años problemas en uno de sus pulmones y te puedo asegurar que esas hierbas le hicieron la vida mucho más agradable. Además, mira, está totalmente recuperada, ¿a que sí, preciosa?

La niña le sonrió y fue hacia ella para abrazarla haciendo que Julien se sorprendiese del vínculo tan estrecho entre ellas. Sofía la cogió en brazos y le dio un intenso beso en la mejilla seguido de unas cosquillas que la hicieron reír a carcajadas. Mientras las observaba, Julien apretó la mandíbula intentando controlar la emoción que sintió ante tal muestra de amor entre ellas.

Sin querer ser una molestia, Sofía se despidió y salió de la habitación seguida de Ilsa, quien le agradeció su ayuda.

—Siento si le he provocado algún problema con el señor. Por favor, si le dice algo, dígamelo y hablaré con él. Usted no es culpable de nada y ha actuado de forma correcta y responsable en todo momento. Gracias por permitirme pasar estos días junto a Elise. Es una niña maravillosa; me ha hecho revivir muchos momentos felices con mi propia hija cuando tenía su edad… —No pudo seguir. La emoción bloqueó lo que quería decir.

Ilsa regresó a la habitación de Elise nerviosa. Esperaba una fuerte recriminación por parte de Julien. Sin embargo, cuando entró los vio sentados en la cama disfrutando del regalo que le había traído, una preciosa casa de

muñecas que llenó de alegría a la niña, que no paraba de tocar todos los detalles que incluía. Él se levantó y fue hacia ella para pedirle que le explicase qué había pasado y el porqué de la presencia de Sofía en la casa. Ella le contó todo de forma detallada, haciendo hincapié en el cariño y ternura que había mostrado hacia ella. Julien bajó la mirada al suelo y se mantuvo en silencio mientras la escuchaba.

—Señor, de verdad, créame. La señora Sofía me ha ayudado mucho. Ha pasado horas junto a ella, cuidándola, jugando con ella, dándole incluso la comida, durmiéndola… Es una mujer muy tierna y cariñosa y Elise parece tenerle un gran afecto. Disculpe si me permití la licencia de desobedecer sus órdenes, pero la veo tan feliz cuando está junto con su familia que me resultaba muy triste no permitírselo, aunque fuese durante un rato.

Julien suspiró con fuerza.

—No se preocupe, la entiendo. Solo que me he preocupado al saber que había empeorado. Es cierto que tiene mucho mejor aspecto que incluso antes de marcharme. Yo mismo le agradeceré a la señora sus cuidados —dijo y regresó junto a Elise con una extraña sensación en su interior que hizo que el corazón se le encogiese. Sintió en lo más profundo de su ser que no habría mejor madre para sus hijos que ella y aquel pensamiento le abrazó por dentro.

20

Preocupado por lo que le había contado Ilsa, Julien se encargó de que el médico examinase a Elise a la mañana siguiente. Por fortuna, la niña se encontraba bien y el diagnóstico fue muy favorable y pudo respirar tranquilo. A pesar de las reticencias que tuvo al principio para informarle sobre las tisanas que Sofía le proporcionó, finalmente lo hizo y, para su sorpresa, el doctor reconoció que el efecto de las mismas había sido muy positivo y alabó su buena labor. Julien no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa mientras bajaba la mirada al suelo con timidez. Antes de marcharse les recomendó viajar unos días a la costa; el sol, la humedad y la brisa podrían terminar de completar el tratamiento de la niña.

Una vez se despidió del médico, decidió pasear hasta casa de los Mathieu para agradecer a Sofía su preocupación. La vio sentada rodeada de varios libros mientras tomaba notas en un cuaderno. Sin decir nada, se sentó enfrente de ella y se sirvió un poco de agua.

—Hace demasiado calor aun para estar a finales de junio, ¿no te parece? —Se recostó en la butaca con los ojos cerrados mientras se dejaba broncear por los rayos de sol. Ella levantó la vista hacia él, extrañada por aquel amable acercamiento.

—Sí —dijo y siguió escribiendo.

—¿Qué estás haciendo? —Abrió los ojos y clavó la mirada en ella intrigado por su escueta respuesta.

—Refrescando mis conocimientos sobre las propiedades de las plantas. Tuve que dejar de estudiar cuando James empeoró y las tisanas que preparé para Elise han despertado mis ganas de seguir aprendiendo. —Julien cogió uno de los libros y comenzó a hojearlo.

—Respecto a eso… quería decirte algo. —Sofía arrugó los labios esperando un nuevo reproche—. He hecho llamar al médico para que examinase a Elise y me ha confirmado que está bien.

—Te dije que no había nada de lo que preocuparse. —Chasqueó la lengua.

—Lo sé, y por eso estoy aquí. Quería darte las gracias.

Sofía le miró a los ojos y después volvió a lo que estaba haciendo.

—De nada.

—Él médico me ha pedido que te felicite en su nombre. Me ha dicho que las plantas que elegiste eran muy beneficiosas. De hecho, me ha pedido que se las suministre de vez en cuando, sobre todo cuando observe que sus pulmones comienzan a cargarse de mucosidad.

—Las propiedades medicinales que ofrecen las plantas son enormes y su

efecto es mucho menos dañino para el organismo que los tratamientos convencionales. Hay remedio para casi todo…

—¿Qué es esa pequeña parte que no remedia? —Sofía percibió un dejo seductor en su voz y frunció ligeramente el ceño.

—Las afecciones del alma… —Ladeó la cabeza para mirarlo—. Para eso me temo que es más eficaz una cura espiritual.

—El alma suele estar aprisionada en un cuerpo que muchas veces la aleja de su propia esencia y que la empuja a desoír lo que su otro compañero, el corazón, le indica.

Sofía se estremeció ante aquella reflexión.

—Eso es, el alma es la primera víctima de nuestra ignorancia como seres humanos y, a veces, confundida, nos engaña haciéndonos creer algo que no existe. —Apretó los labios.

—La verdad solo la encontrarás en ella, pero aprender a escucharla e interpretar sus mensajes es parte de nuestro crecimiento espiritual. —La miró con tanta intensidad que ella comenzó a dar pequeños golpecitos con el lápiz en el cuaderno visiblemente nerviosa.

—Es más complejo de lo que parece…

—No te molesto más —comentó al ver que no conseguía entablar una conversación fluida con ella—. Tan solo quería agradecerte lo que hiciste con Elise. —Se levantó para marcharse, pero antes, volvió a mirarla una vez más —. Ah, por cierto, esta noche vendremos los dos a cenar. Tengo una proposición que haceros. Que tengas un feliz día.

Sofía le observó mientras caminaba de regreso a su casa. Debía reconocer que, a pesar de los años y de los momentos que habían compartido juntos, su presencia y en especial su cálida y varonil voz seguían acelerándole el corazón.

Annette se levantó del sofá en el que estaba sentada junto a Jean Michel en cuanto vio llegar a la pequeña Elise. Había estado preocupada los días anteriores y se alegraba de verla tan recuperada y sonriente. La cogió en brazos y comenzó a besarla sin parar, lo que hacía que la niña riese a carcajadas. Luego se acercó a su hermano y le dio un dulce beso en la mejilla mientras él miraba furtivamente a Sofía, sentada al fondo del salón con su hija. Nada más ver a Elise, Nichole salió corriendo hacia ella y, desde ese mismo instante, se cogieron de la mano y permanecieron juntas todo el tiempo.

Julien se sentó frente a Sofía mientras Annette les ofrecía una refrescante copa de *Citron Presse* antes de la cena. Justo entonces llegó Adrien y se dejó literalmente caer en el sofá, agotado después de haber pasado varias horas revisando un montón de papeleo relacionado con la fundación y estampando su firma en diversos documentos.

—Necesito unas vacaciones —afirmó al mismo tiempo que aceptaba la copa que su esposa le ofrecía—. Hace un calor de mil demonios para estar a

principios del verano y…

—…y eso te pone de mal humor, lo sé, querido, lo sé —comentó Annette y se acercó a él con una sonrisa burlona—. No sabéis lo mal que lo pasó en Delhi con el calor y la humedad.

—Fue un martirio. Si no hubiese sido por… —La miró mientras se mordía el labio de forma juguetona. Ella abrió los ojos como platos nerviosa por lo que iba a decir a continuación.

—Por… —quiso saber Sofía intrigada.

—Eres demasiado inocente —replicó Julien dirigiéndose a ella—. Creo que es más que evidente a lo que se refiere.

—No me miréis así… —protestó Adrien sonriendo—. El calor es una pesadilla, pero ya sabéis, anima a despojarse de ropa y… —Se detuvo y rompió a reír.

—Vale, me queda más claro ahora —repuso Sofía.

—Fueron unos meses maravillosos —comentó Annette mientras cerraba los ojos recordando—. Querida, tienes que ir. La India es un país fascinante, lleno de matices, con una cultura milenaria que te enamora desde el primer momento. Fuimos muy felices allí, ¿verdad, *mon coeur*?

—Mucho. —La besó con pasión ante las miradas de los otros dos. Julien carraspeó, lo que hizo que Adrien se girase hacia él—. Cuñado, debes relajarte un poco en este tipo de situaciones. Estamos en familia. Besar a la persona a la que amas es muy placentero y electrizante. Deberías… —Guardó silencio ante la mirada seria de Julien y después volvió a reír—. ¡Qué poco te pareces a tu hermana!

Ella le dio un suave codazo y a continuación volvió a besarlo.

—Mi hermano se parece más al abuelo Gustav, siempre serio y comedido —dijo Annette imitando la voz grave de su abuelo. Julien hizo una mueca de burla ante aquel comentario—. La vida no tiene gracia sin añadirle pasión, ímpetu, frenesí, calor, llama, fuego… Eres muy poco pasional.

Sofía se movió incómoda en el sofá sin poder evitar el ligero rubor que recorrió sus mejillas y se llevó la mano al cuello tras emitir una ligera tosecilla. Julien se echó hacia delante con lentitud para coger su copa y dar un trago sin añadir ningún comentario.

—¿Estás de acuerdo, querida? —le preguntó Annette, lo que hizo que Sofía cogiese aire.

—¿Sobre qué? —respondió fingiendo desinterés.

—¿Dónde tienes la cabeza?

Sofía prefirió no responder, a pesar de que su mente se llenó de recuerdos de los besos y caricias de Julien. Él pareció haberle leído la mente y enseguida desvió la conversación hacia lo que había ido a comunicarles.

—El motivo por el que he venido esta noche es para compartir con vosotros la recomendación que el médico me ha hecho esta mañana tras examinar a Elise.

Todos le miraron con preocupación.

—¿No estarás pensando en marcharte? —quiso saber su hermana con angustia.

—No. Estamos bien aquí. No obstante, me ha informado acerca del enorme beneficio que supondría para ella pasar unos días cerca del mar. Al parecer, la mezcla del sol y la humedad es de gran ayuda para su recuperación, por lo que he pensado que quizás podríamos viajar todos juntos a la casa en Niza.

Annette se levantó de golpe entusiasmada por la noticia.

—¡Eso es maravilloso! Será fantástico poder pasar varios días juntos en la playa. Amo esa casa y todos los preciosos recuerdos de nuestra infancia y adolescencia. Por favor, Adrien, vayamos.

—Por mí perfecto. Estoy deseando escapar de la ciudad y de este sofocante calor de una vez. ¿A ti te apetece, Sofía?

—Sí, será una experiencia muy bonita para los niños —respondió escueta.

—De acuerdo. ¿Os parece bien que salgamos de viaje la semana que viene? —preguntó Julien.

—Perfecto. Así tendré un poco de tiempo para planificarlo todo —respondió Annette con una amplia sonrisa.

—¿Planificar? ¿Qué pretendes hacer? Vamos de vacaciones, *ma chérie* —dijo Adrien con un mohín de disgusto.

—Tranquilo, me refiero a preparar cosas divertidas que podamos hacer allí. Tengo que pensar en lo que vamos a necesitar. Se me ha ocurrido una idea que puede ser extraordinaria.

Tras la cena se despidieron de Julien y de la niña mientras Annette los informaba de su intención de invitar también a su querido hermano mayor, Thierry, su esposa y sus dos hijos. Nada ni nadie la detenían cuando tenía algo en mente. Los otros dos la miraron con desconfianza y decidieron no preguntar y dejarse sorprender. Estaba decidida a hacerlos revivir un verano mágico como los que solían tener en su infancia y haría todo lo necesario para lograrlo.

20

Sofía suspiró con una sonrisa en el rostro nada más poner el pie en la maravillosa villa de los Dufour en Niza. Les Muguets conservaba el encanto y la imponente belleza de antaño, de aquellos divertidos veranos refugiados en aquel paradisíaco lugar en el que vivieron innumerables aventuras y donde se les permitía hacer todo tipo de actividades al aire libre. Abrazó a su amiga con nostalgia con los ojos llenos de lágrimas. Cada rincón de aquella casa le despertaba un bonito recuerdo.

—Parece increíble que, a pesar de los años, todo siga exactamente igual —comentó Sofía mirando a los demás.

—Hemos intentado conservarla lo mejor posible. Es un lugar muy especial para todos —la informó su amiga—. De hecho, antes de viajar a Italia, Adrien y yo pasamos aquí un par de semanas muy agradables.

Sofía caminaba observando todo a su alrededor, acariciando objetos y sin poder dejar de sonreír. Mientras tanto, Nichole, Elise y Jean Michel salieron al enorme jardín seguidos por los dos perros entusiasmados por querer descubrirlo todo. Por mucho que Adrien insistió, Duc y Roi fueron una condición inquebrantable de los niños para viajar, ya que se habían convertido en dos miembros más de la familia y los mejores compañeros de juegos. Julien salió al jardín preocupado por Elise, quien no paraba de seguir a los otros dos niños, y se sentó a vigilarla en un gran banco de piedra tallado con las iniciales de las dos familias. Sofía le siguió y, nada más sentarse a su lado, se miraron y se sonrieron con nostalgia recordando la cantidad de momentos que compartieron sentados en ese mismo lugar cuando eran niños.

—Parece que fue ayer cuando éramos nosotros los que correteábamos por este jardín, ¿verdad? —Sofía dirigió la mirada al frente para disfrutar de las bonitas vistas hacia el mar.

—Cierto —respondió Julien—. Han pasado muchos años desde la última vez que estuve aquí. Fue tras la muerte de mi padre. No volví después… alberga demasiados recuerdos. —Ella se volvió para mirarlo.

—Este lugar es mágico. Tiene algo especial que lo convierte en un paraíso auténtico. —Sofía inhaló con fuerza llenando los pulmones del maravilloso olor del mar—. En ningún otro sitio me he sentido más libre, más relajada, más yo…

Julien asintió con la cabeza mientras se reclinaba hacia atrás y apoyaba los codos en el respaldo.

—Contiene la combinación perfecta de ingredientes para que así sea…

—¿Y cuáles son? —quiso saber con curiosidad a la vez que ella también

se recostaba en el respaldo ligeramente inclinada hacia él.

—El mar, la suave brisa que trae consigo el característico olor de las flores de lis. —Se detuvo a pensar—. Siempre me ha parecido muy agradable esa mezcla cítrica y marina que hay en la casa. Si no recuerdo mal, Annette y tú solíais hacer unos collares con esas flores que previamente habíais bañado en el mar para intentar conseguir fusionar los dos aromas… ¿Cómo los llamabais…?

—*¡Merlys!* —dijeron los dos a la vez riendo a carcajadas al recordar aquel extraño nombre que se inventaron.

—La verdad es que lo intentamos, aunque nuestra incursión en el mundo de la perfumería no tuvo demasiado éxito. Aquel aroma era muy breve.

—El mismo éxito que tuvo la barca que construimos Adrien, mi hermano y yo con aquellas maderas que encontramos abandonadas en la playa. Casi tienen que ir a rescatarnos cuando se nos inundó de agua. —Su rostro se iluminó rememorando aquel divertido día de su infancia.

—Me quedaría a vivir aquí para siempre —confesó Sofía tras dar un largo suspiro. Cerró los ojos y se dejó llevar por el hipnótico sonido de las olas rompiendo en la orilla mientras él la miraba perdido en sus labios.

Elise le sacó del trance cuando se acercó corriendo hacia él con varias flores en la mano.

—*Pour vous* —dijo y le tendió las flores a su padre para que las cogiese.

—¿Para mí? *Merci beaucoup.* —Las cogió y le dio un tierno beso.

—Ahora vengo. —Elise se apartó corriendo de nuevo ante la mirada desesperada de Julien.

—No te angusties. Si corre de esa forma es porque sus pulmones se lo permiten. Es una buena señal que se sienta tan enérgica.

—Lo sé. Aun así no debería fatigarse demasiado. Tengo miedo de que empeore.

—No lo hará… y en caso de que así fuese, no te preocupes. He venido cargada con decenas de pequeños sobres con mis hierbas favoritas. —La sonrisa que esbozó hizo que Sofía contuviese el aliento. No importaba cuánto tiempo pasase, su forma de sonreír seguía enamorándola con la misma intensidad que lo hacía al principio.

Elise regresó con otro pequeño ramo de flores, que esta vez entregó a Sofía.

—Oh, ¿estas son para mí? —La niña asintió—. Muchas gracias, son preciosas y huelen muy bien. ¿Sabes cómo se llaman? —Elise negó con la cabeza—. Se llaman mimosas y me sorprende que aún queden por el jardín… si no recuerdo mal suelen florecer a finales de febrero.

—Mimosas —repitió la pequeña con gesto serio—. Ya sé muchas palabras en francés —le dijo a su padre en alemán—. Las nuevas que he aprendido hoy son: *le jardin, l’arbre, la fleur, la mer, la plage…*

—*Très bien* —contestó Julien con orgullo mientras la cogía de la cintura para hacerle cosquillas. Sofía los observaba reír embelesada mientras

imaginaba cómo sería una vida en familia junto con ellos.

Elise se soltó por fin de los brazos de su padre y le cogió las dos manos. A continuación, hizo lo mismo con las de Sofía y les instó a que las juntasen para formar un solo ramo. Aquel simple e inocente gesto hizo que se les erizase el vello a los dos. Después, volvió a alejarse para regresar junto a Nichole y Jean Michel.

Permanecieron con las manos unidas unos segundos sin saber qué decir, hasta que Julien colocó todas las flores y se las regaló a Sofía, que las aceptó con una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias. Voy dentro para ayudar a Annette a organizarlo todo. Nos vemos luego. —Sofía intentó levantarse del banco. Él la sujetó con suavidad por el brazo antes de que pudiese hacerlo. Se acercó para darle un beso en la mejilla y ella se ruborizó. Acalorada se apartó de él y volvió a la casa sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

Nada más entrar en el salón Annette se acercó a ella.

—Querida, ¿estás bien? —Sofía notaba que las mejillas le ardían, por lo que se llevó las manos a la cara para intentar ocultarlo.

—Sí, estoy bien. Solo con un poco de calor.

—Normal, estas ropas no son adecuadas para este clima. Ven, vayamos a cambiarnos. —La cogió de la mano y las dos subieron a sus respectivas habitaciones.

Mas tarde, ya perfectamente ataviadas para pasar una agradable tarde junto al mar, bajaron para reunirse con los demás mientras esperaban con entusiasmo la llegada de Thierry, su mujer Marie Cécile y sus dos hijos.

No tuvieron que esperar demasiado. Un par de horas más tarde, Marie Cécile corrió emocionada hacia la playa. Las tres se saludaron con entusiasmo felices de poder pasar un tiempo juntas de nuevo en aquel idílico lugar.

—¡Estoy tan feliz de que hayamos decidido pasar nuestras vacaciones todos juntos! —afirmaba Marie Cécile mientras se quitaba el sombrero para dejar que los rayos de sol bañasen su rostro.

—Yo también. Hace mucho tiempo que no pasamos las vacaciones estivales todos juntos. Prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que volvamos a vivir un verano mágico —afirmó Annette.

Sofía no podía apartar la vista de Julien. Él también se había cambiado de ropa. La fina camisa blanca que llevaba remangada y unos pantalones color crema le favorecían más de lo que Sofía deseaba reconocer. Mientras le observaba sentado en la orilla del mar, con el pelo despeinado y más rizado debido a la humedad del ambiente, sintió un deseo casi irrefrenable de unirse a él, pero se contuvo, ya que Marie Cécile no paraba de observarla.

—Sofía, querida, debo decirte que tienes mucho mejor aspecto que la última vez que nos vimos en París. Tienes muy buen color de cara y un brillo especial en la mirada. Me alegro mucho de que vayas recuperando tu alegría habitual. —Le acarició el brazo con suavidad.

—Gracias, poco a poco la vida sigue…

—Además, el blanco te favorece tanto… Siempre has lucido espléndida en ese color, ¿verdad, Annette?

—Sí. Estos días vamos a destacar las tres por nuestra belleza —dijo guiñándoles un ojo con una mueca divertida—. No imagináis lo que he traído… —Se acercó a ellas y les habló bajito al oído. Adrien las observaba desde el otro lado de la pérgola que había instalada en la arena mientras leía el periódico protegido del sol.

—¿Por qué algo me dice que mi querida esposa trama algo? ¿Debo preocuparme? —preguntó frunciendo el ceño.

—Me conoces bien, querido esposo. —Se acercó para besarle con coquetería—. Pero no, no hay de qué preocuparse. Será una noche muy divertida, llena de color, sabor, olores deliciosos…

—No me cuentes más… Prefiero dejarme sorprender —comentó él al mismo tiempo que miraba a su cuñado Thierry con una sonrisa pícara en los labios.

—Hermana, siempre has sido una mala influencia. Ten cuidado con no corromper demasiado a mi dulce Marie Cécile.

—Cuando acaben nuestras vacaciones, todos, absolutamente todos, me vais a agradecer por toda la eternidad lo que vais a vivir y experimentar —afirmó convencida. Los demás rieron al oír la voz teatral que usó.

Después del almuerzo Julien salió a pasear por la orilla del mar. Allí se encontró con Sofía, que había salido a caminar con los perros en cuanto Nichole y Elise se quedaron dormidas durante la siesta.

—Monsieur Dufour, veo que también usted ha decidido huir del ajetreo de la casa.

—Sí, necesitaba respirar un poco de aire fresco a solas. No parece buena hora para caminar por aquí, pero no me importa dejarme tostar un poco por el sol. ¿Me acompañas? —Ella asintió con la cabeza y ambos comenzaron a andar uno junto al otro por la orilla.

—Estás muy guapa con ese vestido —afirmó.

—Gracias, adoro llevar vestidos más sueltos. No sabes la tortura que es estar todo el día apretada por culpa de un corsé. Me gustaría poder viajar en el tiempo para decirle a su creadora, Catalina de Médici, unas cuantas cosas —rio.

—Imagino que debe ser una pesadilla. —Se acercó a ella y le ofreció su brazo.

—Quizás debería hacer caso a tu hermana y marcharme a la India. Allí, según cuenta, las mujeres llevan unos vestidos preciosos, con unos colores muy vivos y alegres, sin necesidad de llevar ese dichoso invento del demonio.

—Eso no es del todo cierto —la corrigió con una sonrisa burlona en el gesto—. Las mujeres que llevan esos vestidos no son mujeres de clase alta extranjeras. Por desgracia, a ellas se les exigen las mismas estrictas reglas que a vosotras para moverse por la ciudad.

—Si es verdad que la reencarnación existe, en mi próxima vida quiero ser un hombre. —Él soltó una carcajada ante aquella afirmación categórica.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Son todo ventajas. No tenéis que sufrir a la hora de vestir, tenéis más libertad a la hora de poder elegir qué prendas usar en cada momento, no tenéis que dar a luz, no estáis obligados a llevar el pelo recogido siempre y aguantar el dolor de cabeza insoportable que provocan a veces las horquillas… en general, disfrutáis de una vida más relajada, libre, más placentera y menos dolorosa.

—¡Suéltate el pelo! —exclamó girándose hacia ella.

—No, con este aire me costaría mucho volver a recogerlo.

—No tienes por qué hacerlo… Venga, déjalo suelto y disfruta de la brisa del mar. —Ella le miró no muy convencida y justo en ese momento sintió sus dedos en el pelo. Con delicadeza, Julien le quitó la peineta con la que lo sujetaba y después se la guardó en el bolsillo del pantalón.—. *Voilá*, perfecta.

Sofía sacudió la cabeza intentando deshacer los bucles que aún quedaban unidos y después se pasó las manos por el pelo mientras disfrutaba de aquella maravillosa sensación de libertad. Él la miró con intensidad y sonrió.

—Sigamos caminando —dijo y Sofía volvió a agarrarse a su brazo.

Mientras lo hacían, el largo cabello de Sofía se movía con el viento provocando que algunos mechones rozasen el cuello de Julien, quien sintió un profundo escalofrío al notarlo en su piel.

—Debo confesarte que me encanta verte junto a Elise. Es una niña muy dulce, lista y que te quiere como a un verdadero padre.

—No ha conocido otra cosa —afirmó con modestia.

—No, no es por ese motivo por el que te adora. Es por el amor infinito que le das, por tu dulzura, tu dedicación y entrega hacia ella… El verdadero amor no siempre está relacionado con la consanguinidad. Para esa niña eres su padre y lo serás toda la vida, pase lo que pase. —Él agarró su mano con fuerza para agradecerle aquellas bonitas palabras.

—Cuando tenga unos cuantos años más le contaré todo y le daré la opción de buscar a su familia si así lo desea.

—¿Qué familia? Dijiste que su madre huyó y que su padre es desconocido.

—Lo es, pero existe, a no ser que haya fallecido, y tiene derecho a saber quién es, y cuál es su verdadero apellido.

—Elise es una Dufour. A veces la observo y me quedo maravillada. Veo en ella cosas que también encuentro en mi propia hija o en Jean Michel. Su destino era encontrarnos… encontrarte. —Se corrigió.

Julien suspiró mientras mantenía la mirada fija en el horizonte.

—Yo la siento como mi hija desde el primer minuto en el que aquella mujer me la puso en las manos sin saber muy bien qué hacer o cómo cogerla. Solo espero que sea feliz, que se sienta orgullosa de mí… poder darle la mejor vida posible. Se lo merece. Llegar a este mundo como lo hizo ella es muy cruel e injusto.

Sofía sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al recordar las palabras que le dijo Ilsa sobre él y la suerte que había corrido la pequeña al encontrarle.

—Lo que más pena me da es que se esté criando sin su madre. Imagino que Ilsa hará todo lo posible por rellenar ese vacío tan enorme, es una mujer muy cariñosa y amable, pero me temo que no sea suficiente. Has tomado la decisión correcta al llevarla a vivir contigo… —Guardó silencio al recordar el motivo por el que él se vio forzado a hacerlo. Avergonzada, bajó la mirada al suelo.

Él cogió aire y luego suspiró con fuerza.

—Julien, no sabes cómo me arrepiento de lo que hice. Debes creerme cuando te digo que no sé qué me hizo cometer semejante… —Notó que le temblaba la voz.

—No pasa nada —suspiró—. En el fondo creo que fue lo mejor. Llevaba un tiempo planteándome dar ese paso, pero no terminaba de decidirme por miedo a perjudicar su salud o a vuestra opinión.

—¿A nuestra opinión? Jamás habríamos podido criticar tu decisión. Es algo ejemplar lo que hiciste; al contrario, solo podríamos ofrecerte nuestra ayuda.

—Mi hermana está molesta conmigo. Sé que actué mal con ella en su momento, pero me pareció un tema tan escandaloso que temí por nuestro buen nombre. Luego comprendí que a veces ocurren cosas que no están bajo nuestro control y que debemos aceptar.

—Entre todos te ayudaremos a criarla, siempre respetando tu criterio y tus decisiones, y a hacer de ella una mujer espléndida. Va a ser muy feliz.

—Ya lo es. Cada vez que la veo reír, correr y jugar con los demás niños me siento muy feliz y satisfecho.

—Nunca imaginé que te convertirías en un padre tan cercano y cariñoso.

—Oh, el frío y distante Julien Dufour, que tiene la sensibilidad de un jarrón de latón, era incapaz de dar y recibir amor, ¿no? —Fingió sentirse ofendido.

—Yo jamás he pensado eso de ti.

—Lo sé. De hecho, creo que eres la persona que más me conoce… incluso más que yo mismo.

—Pocos conocen tu verdadera personalidad, aunque tú mismo te encargas de esconderla. Creo que apenas unas cuantas personas saben lo apasionado que eres con todo aquello que amas.

—Con todo aquello o con *quien* amo… —hizo hincapié en esa palabra.

Ella se humedeció los labios, nerviosa.

—Mi abuelo tampoco era un hombre tan estricto y frío. Fue un segundo padre para mí y siempre me trató con mucho cariño y consideración. Su única obsesión era dejar en buen lugar su apellido y perpetuarlo en el tiempo con descendientes que añadiesen honor y distinción a su linaje. El pobre hombre puso todas sus expectativas en mí y en mi primo Markus. Ya sabes que solo tuvo hijas y tan solo unos pocos varones podíamos cumplir ese sueño antes de

que muriese.

—¿Por qué nunca le exigió lo mismo a tu hermano Thierry? Él es el mayor.

—Thierry es una copia exacta de mi padre… y ya sabes que él y el abuelo no eran demasiado amigos. Supo desde el principio que mi hermano era un auténtico Dufour, de modo que solo quedaba yo.

—Tu padre era un hombre extraordinario, un verdadero ángel en la tierra.

—Sí, pero demasiado bohemio para mi abuelo, un hombre de ciencia, cien por cien empírico y pragmático. Para su desgracia, mi madre se enamoró perdidamente de mi padre siendo muy jovencita, se marchó a París con él y dejó a mi abuelo muy disgustado.

—Nuestros padres fueron muy afortunados. Tuvieron matrimonios muy felices —confesó Sofía con cierta pena—. Mi madre era muy tímida y no gustaba de mostrar sus sentimientos en público, aunque si la observabas bien, podías ver en sus ojos el amor infinito que sentía hacia mi padre y su admiración por la labor que llevaba a cabo. Aunque prefirió mantenerse apartada de la fundación para centrarse en otras labores humanitarias, siempre se sintió orgullosa de su gran corazón y empatía hacia esos niños a los que ayudaba a convertirse en hombres libres y con una vida digna.

—Tú te pareces mucho a tu madre. Amélie era una mujer muy hermosa y tú has heredado sus ojos, su cabello castaño, sus labios…

Sofía carraspeó y le sugirió que se diesen media vuelta para regresar a la casa. Llevaban demasiado tiempo bajo el sol y estaba empezando a notar que las mejillas le escocían. Prefirió pensar que aquel cosquilleo se debía a la luz solar y no al intenso calor que la recorría por todo el cuerpo.

Nada más llegar al jardín, Elise se acercó a él y le cogió de la mano para que la acompañase a jugar un rato con ella. Sofía se sentó en una butaca, se sirvió un poco de limonada, cerró los ojos en un intento de reducir el calor que se había instalado en su cara y, sin darse apenas cuenta, se quedó dormida mientras soñaba con la vida que siempre había deseado.

21

A pesar del cansancio a causa del viaje desde París, todos pasaron un día divertido y ameno con diversas actividades al aire libre hasta la hora de la cena, momento en el que disfrutaron de una tranquila velada en el jardín. Todos, a excepción de Sofía, se mostraban relajados, charlaban de forma animada y reían mientras escuchaban las aventuras de Adrien y Annette en Nueva York; en especial, los días que pasaron juntos en las playas de Manhattan y el bonito festival en el que participaron.

—Encender aquellas velas y lanzarlas al aire con nuestros deseos fue una de las experiencias más bonitas que he vivido —comentaba Annette con los ojos llenos de brillo—. Fue un momento mágico de verdad. A ambos se nos cumplió el deseo que pedimos. —Se acercó a Adrien para besarlo.

—Fue muy emotivo… y casualidad o no, es cierto, se cumplieron.

Sofía bajó la mirada al sentir que la emoción la embargaba. Si lo que contaban era cierto, deseó haberlo sabido hacía tiempo. Su deseo hubiese sido que James se recuperase de su enfermedad. Sin embargo, la vida no le había dado más opción que la de despedirse de él sin poder hacer nada por evitarlo. Inhaló con fuerza y dijo:

—Me gustaría poder hacer algo así, pero no pediría un deseo. —Todos clavaron la mirada en ella al oír su tono triste.

—¿Y qué harías, cariño? —preguntó Annette conmovida por el gesto de pena que vio en su querida amiga.

—Quiero escribirle una carta a James para decirle adiós…

Todos guardaron silencio mientras contenían las lágrimas.

—Me parece una idea preciosa, cielo. —Adrien, que estaba sentado a su lado, alargó la mano para acariciar la de su hermana.

Julien, con un nudo en la garganta, se levantó y fue a por papel.

—Ten —dijo al regresar mientras le entregaba uno de sus cuadernos y su propia pluma estilográfica. Ella levantó la vista hacia él y, conteniendo el llanto, aceptó lo que le ofrecía.

—Desearía poder hacer un farolillo para…

—Claro, cielo. No te preocupes. Yo te haré uno, tú solo céntrate en escribir. —Annette sentía una enorme tristeza por ella y notó que la voz se le atoraba en la garganta.

—Si me disculpáis, voy a bajar a la playa para escribirla. Necesito estar sola. Después vendré a por Nichole para que me acompañe en el momento de lanzarla al aire. —Se levantó y se dirigió con lentitud hacia el camino que bajaba a la playa ante la mirada atenta de todos, en especial de Julien, que no

pudo evitar dar un gran suspiro cargado de sentimiento.

Sofía se sentó en la arena, abrió el cuaderno y comenzó a escribir la carta más desgarradora que jamás había escrito. Tenía tanto que decirle que no sabía por dónde empezar. Habían ocurrido muchas cosas desde su despedida. Su vida había cambiado por completo poco después de comenzar su historia de amor y debía reconocer que, desde su fallecimiento, se había sentido perdida e incapaz de pensar en un futuro feliz sin él. Cogió la pluma y comenzó a escribir.

Amor mío,

¿Cómo puedo empezar a darle un final a algo que aún no consigo aceptar que ha terminado?

El tiempo pasa, los días y las horas pesan sobre mi espalda como tu propia lápida y me siento perdida en un bucle del que no sé escapar. Durante todo este tiempo he experimentado tantos estados de ánimo que no soy capaz de entender mis propias reacciones. He estado tan furiosa que siento que camino cada día al filo de un precipicio. Sin tener un ápice de control de mi propio mundo he estado enojada con todos, por todo, contigo y conmigo.

Fue tanta la lucha, fueron tantos los sacrificios que hice por nosotros que perderte me ha dejado los brazos vacíos y me ha hecho perderme a mí misma en el camino. ¿Por qué el amor no fue suficiente? ¿Por qué haga lo que haga siento que siempre pierdo? Ver a Nichole rodeada de nuestra familia me llena el corazón, pero me desgarra el alma ver cómo te busca desesperadamente en mi hermano. Cada día la veo más feliz y serena. Por desgracia, yo no encuentro la forma de serlo sin sentirme condenada por intentarlo. ¿Merezco ser feliz, James? ¿Merezco volver a sentirme viva? A veces tengo miedo. Parece que todo cuanto toco termina volviéndose cenizas. Y cada paso que doy pensando en mí me hace sentir despreciable. Como si estuviese interpretando un papel en lugar de escribir las líneas de mi propio destino.

Han pasado muchos meses y necesito poder vivir un solo día de mi vida sin sentirme enterrada en la misma tierra en la que descansas. Nada pudo evitarlo. Yo no pude evitarlo.

Me pediste que viviese, que siguiese sin ti, que le diese una familia a nuestra hija… Entonces, ¿por qué me siento

tan mal al intentarlo? ¿Por qué me aterra volver a sentir? Sé que nunca me condenarías por hacerlo, pero necesito tu bendición para poder intentarlo. Mándame una señal desde tu cielo para poder encontrar esa paz que tanto necesito.

Tu corazón, tu memoria, tu recuerdo y todo cuanto siempre has sido estarán conmigo donde residan nuestras almas.

Ayúdame a seguir adelante.

Te querré siempre,

Sofía.

Sintió que las lágrimas la ahogaban e incapaz de controlarlas se vio presa de la ansiedad y de la angustia más profundas. En ese momento no pudo evitar pensar en Julien y aquella imagen de él la arrastró, la sacudió con tanta intensidad que la hizo temblar de forma descontrolada. Se abrazó a sí misma para intentar calmarse, pero notaba como el corazón le latía desbocado provocando una angustiosa sensación de ahogo en el pecho.

Adrien la observaba desde el mirador de la casa y, sin poder reprimirse más, bajó para sentarse junto a ella. Nada más notar su presencia, Sofía se abrazó a él y lloró desconsolada dejando que las lágrimas se llevasen toda su angustia, su dolor y deseando que aquella despedida la ayudase a recomponer su vida y a recuperar la fuerza y el coraje para seguir adelante. Necesitaba sentirse como las olas del mar que bañaban sus pies, que aun rompiendo a cada instante en la orilla, encontraban la fuerza para regresar de nuevo al interior en un infinito y hermoso baile.

—Cariño, todo irá bien. Debes decirle adiós para poder seguir con tu vida. Eres una mujer muy joven y tienes una preciosa hija pequeña. Las dos os merecéis ser felices de nuevo. No hay nada por lo que sentirse mal. La vida continúa. —Adrien acariciaba la espalda de su hermana mientras ella se aferraba a él con fuerza.

—Lo sé, pero me siento tan miserable por permitirme volver a sentir… No puedo evitar la sensación de estar faltando a su memoria, de estar traicionándole. —Adrien frunció el ceño extrañado ante aquellas palabras.

—No estás haciendo nada de eso. Él mismo te hizo prometer que solo pensarías en ti y en Nichole y te pidió que la felicidad fuese lo que os guiase. ¿No fue eso lo que te dijo? —Ella asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas—. Entonces, deja marchar este dolor y serena tu alma. Allí donde esté se sentirá inmensamente dichoso de ver como rehaces tu vida y vuelves a sonreír. —Permanecieron abrazados un rato hasta que Adrien notó que dejaba de temblar. A continuación, le dijo que iría a por Nichole para que juntas lanzasen el farolillo al cielo.

Sofía se abrazó a su hija nada más verla y, tras explicarle lo que había decidido hacer, Adrien intentó apartarse unos metros para darles la intimidad que el momento requería. Sin embargo, y para su sorpresa, la niña le agarró fuerte de la mano y le pidió que se quedase junto a ellas, algo que emocionó tanto a Adrien que no pudo evitar llorar. Los tres lanzaron un enorme beso al cielo, lo dejaron ir y volvieron a abrazarse.

Sofía les pidió un último momento a solas, por lo que Adrien regresó a la casa con su sobrina. Todos, menos Annette y Julien, se habían marchado a descansar. Nichole corrió hacia su tía y se abrazó a ella con los ojos llenos de lágrimas. Adrien sugirió que fuesen a su habitación hasta que regresase Sofía y entraron en la casa terriblemente apenados mientras Julien decidió esperarla allí, sentado en las escaleras que daban acceso al jardín, para asegurarse de que Sofía se encontraba bien y regresaba a casa sin peligro.

Permaneció sentada en la orilla un largo rato y, cuando por fin sintió que la angustia había desaparecido, volvió a la casa caminando muy despacio. Al llegar, le sorprendió ver a Julien solo en el jardín. Se acercó a él y se sentó a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en voz baja.

—Esperarte.

—¿A mí?

—Sí, quería asegurarme de que estabas bien y regresabas a casa sin problemas. Esta playa es privada, pero nunca se sabe… —Ella se apoyó en su brazo cansada de tanto llorar.

—Gracias. Imagino que he estropeado la noche.

—No, todos estaban cansados por el viaje. ¿Te sientes mejor ahora?

—Sí, necesitaba hacerlo. Ha sido muy liberador. Gracias por haber respetado mi espacio.

Julien le pasó el brazo por detrás y la atrajo hacia él por la cintura.

—No hay nada que agradecer. Era tu momento, algo muy íntimo. Espero que te haya ayudado a soltar el intenso dolor que aún sientes.

—Sí.

Aquel abrazo fue igual de liberador para ella. Sentir el cálido refugio que sus brazos le proporcionaban le ayudó a soltar la tensión y a relajarse.

—No sé el porqué, pero tu abrazo siempre me hace encontrar la paz… —Él la estrechó un poco más.

—Imagino que será porque es honesto… —Decidió no añadir nada más, a pesar de que conocía el verdadero motivo por el que ella se sentía así—. No tuve la suerte de conocer a James, pero estoy seguro de que era un hombre maravilloso y extraordinario si logró que dejases todo tu mundo por él.

Sofía sintió un fuerte nudo anclado en su garganta.

—James me enseñó muchas cosas de mí misma que desconocía y me hizo volver a creer en el amor. Estaba lleno de bondad, de empatía hacia los más necesitados. Era la calma en medio de una tormenta, la paz, la serenidad más absoluta y a la vez muy entregado a su amor por la botánica y muy tierno con

las dos.

Julien la escuchaba con la mirada fija en el suelo.

—Siempre tenía las palabras correctas para cada situación. Incluso cuando yo perdía la calma, él me ayudaba a recuperarla en apenas unos minutos con su sosegada voz y su paciencia infinita. —Sonrió.

—Nichole se parece mucho a él, ¿verdad?

—Muchísimo. Es su viva imagen, tanto en el físico como en la personalidad. Fue el mejor regalo que pudo hacerme.

—Ella tiene tus ojos… —Sofía suspiró.

—Gracias, Julien, por tu paciencia conmigo… —Él intentó interrumpirla, pero ella le pidió que la dejase continuar—. Sé que me he comportado de forma irracional, que te he causado problemas y quebraderos de cabeza. No he sido yo misma, y me avergüenzo por ello. Sobre todo, gracias por tu cariño. —No pudo seguir. Las lágrimas volvieron a llenar su rostro.

Él le dio un beso en la sien y ella se ocultó en su hombro, incapaz de mirarle.

—Me siento muy mal pensando en mí, dejándome arrastrar por lo que siento… No debería hacerlo.

Él le levantó la barbilla con sumo cuidado y, tras mirarla profundamente a los ojos, le acarició la mejilla y volvió a abrazarla, esta vez haciendo que se apoyase en su pecho.

—Deja que el dolor se vaya. Debes dar un respiro a tu mente y descansar. No hay que apresurar nada, tan solo dejarlo fluir. —Ella levantó la vista y le miró, adentrándose en esos ojos que la transportaban.

—Gracias.

Permanecieron abrazados en silencio durante un largo tiempo en el que él intentó infundirle la paz que ella tanto añoraba, mientras Sofía se guarecía en la calidez de su abrazo, soltando todo el peso y el dolor que había albergado en su corazón durante los dos últimos años. Después, Julien la ayudó a levantarse, la acompañó a su habitación y se despidió de ella con un tierno beso en la cara.

22

Transcurrió una semana en la que todos decidieron dar a Sofía el espacio y tiempo que necesitaba para recuperarse de la tristeza que le supuso volver a despedirse de James. Desde aquel día sentía que por fin podía descansar y, aunque para los demás fueron días de diversión, ella pasó gran parte del tiempo descansando y recuperando las horas de sueño que le habían sido arrebatadas desde el empeoramiento de su esposo. Sin embargo, todos estaban pendientes de ella con pequeños detalles de cariño, en especial Nichole y Elise, quienes cada mañana la despertaban con un pequeño ramo de flores que formaban con los lirios y rosas que cogían del jardín con la ayuda de Julien, que era quien realmente las cortaba para que pudiesen unirlas con un lazo.

Aquel día, nada más despertar, Sofía se unió a los demás en el jardín para desayunar.

—Nadie ha trepado por ese árbol más rápido que yo —alardeaba Thierry.

—Eso se debe a que eres el que más veces lo ha intentado —se rio Adrien—. ¿Te recuerdo cuántas veces te has caído?

—Debes reconocer que siempre he tenido mejor pericia que tú —le respondió Thierry mientras lanzaba una uva al aire para cogerla al vuelo con la boca.

—No estoy de acuerdo. Julien, ¿quién crees tú que era más veloz? —quiso saber Adrien.

—Prefiero no meterme en ese fango… Desde luego, yo no —contestó riendo.

—Es cierto, siempre te han dado miedo las alturas. —Adrien le miró con un gesto de burla.

—No me importa reconocerlo. Si hubiese querido subir alto y volar, habría nacido con alas… ¿no os parece? —Todos soltaron una carcajada.

—A él lo que le gusta es navegar, ¿verdad, querido? —Annette se acercó a su hermano y le acarició el brazo.

—Sí, mucho. En unos días cogeré el barco de padre.

—Sofía podría acompañarte. De todos nosotros, ella es a la que más le gusta. Yo tiendo a marearme.

—Yo también —afirmó Marie Cécile—. Adrien y mi amado esposo nunca han tenido habilidad para manejar un barco en alta mar.

—Nadie es perfecto, querida. —Thierry guiñó un ojo a su esposa.

—¿No te apetece hacer algo distinto, Sofía? —quiso saber Adrien.

—Salir a navegar es algo que siempre me resulta muy apetecible, pero hoy pensaba tumbarme al sol y leer algo. Quizás otro día.

—Me parece una idea estupenda. Yo me uno a ti. Estoy deseando broncearme un poco. Venid conmigo. He traído unas prendas nuevas que compré antes de venir que os van a encantar. —Marie Cécile se levantó y las animó a seguirla a su habitación para cambiar su atuendo por uno más adecuado para tomar el sol.

Cuando los hombres las vieron aparecer no pudieron evitar mirarlas de arriba abajo. Como el acceso a la playa desde la casa era privado, optaron por ponerse unos finos vestidos sueltos de algodón blanco que dejaban al aire los hombros y lo complementaron con unos bonitos sombreros de paja. Asimismo, liberaron los pies del calor que les provocaban los zapatos y caminaron descalzas hacia la arena.

—Deberíais hacer lo mismo y quitaros las prendas que estorban con este calor. —Annette se acercó a Adrien y le besó con cierto descaro.

—Hagamos caso a las mujeres, entonces —dijo Thierry en dirección a su habitación.

Unos minutos más tarde, los tres llegaron a la playa vistiendo de forma mucho más informal. Habían optado por ponerse una camisa blanca que llevaban suelta por encima de los pantalones, los de Adrien y Thierry en color crema y el de Julien en color gris claro, y también caminaban descalzos por la arena. Se sentaron junto a ellas.

—¿Cuándo has comprado esos vestidos? —Thierry se mostró sorprendido.

—Querido, la moda no es cosa de hombres… Cuando me dijiste que pasaríamos el verano en la playa, fui a hacer unas compras. No hay nada más aburrido y sofocante que llevar en este entorno la ropa que habitualmente usamos. Esto nos favorece mucho más, ¿no crees? —Le guiñó un ojo.

—Sin lugar a duda. —Le sonrió de forma pícara.

Los niños jugaban haciendo castillos de arena cuando Nichole se acercó a Adrien y le propuso el reto de construir el castillo más grande y alto de toda la playa. Él invitó a los otros dos a unirse; en apenas un segundo aceptaron el desafío y corrieron hacia la orilla deseosos de revivir la diversión que sentían en su infancia cuando competían los unos con los otros.

Mientras tanto, Annette se giró hacia Sofía y, tras acariciarle el brazo, se interesó por cómo se encontraba.

—Estoy bien. Ya me siento mucho más animada y con mejor predisposición para hacer cosas.

—Deberías ir a navegar con mi hermano. Lo pasarías muy bien —dijo mientras abría un bonito tarro decorado con pequeñas perlitas de colores.

—¿Qué es eso? —preguntó Marie Cécile con intriga.

—Es una mezcla de arroz, jazmín y altramuz. Lo traje de la India. Allí lo usan para protegerse del sol. No puedes permanecer muchas horas bajo los rayos, pero te protege lo suficiente para evitar que la piel se enrojezca. Además, tiene un olor… —Se lo acercó para que pudieran olerlo.

—¡Qué delicia! Creo que voy a tener que convencer a Thierry para que me lleve allí. Debió ser un viaje fascinante.

—Mucho, aunque, por desgracia, dudo que mi hermano quiera viajar tan lejos.

Marie Cécile puso un gesto de disgusto.

—Tomad un poquito. Veréis lo suave que deja la piel.

Mientras tanto, Adrien, Julien y Thierry se afanaban en construir el mejor castillo al mismo tiempo que se boicoteaban los unos a los otros tirándose arena, lo que provocaba sonoras carcajadas en los niños. Cuando terminaron, Adrien se quitó la camisa y corrió hacia el agua. Acto seguido, los otros dos le imitaron y fueron detrás de él mientras reían y gritaban cosas que ellas no eran capaces de entender.

—Por favor, no os perdáis esto… —dijo Annette señalando con un dedo la escena que veían sus ojos.

Marie Cécile rompió a reír a carcajadas al verlos juguetear en el agua como si fueran unos adolescentes y Sofía no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¡No sabéis lo que los envidio ahora mismo! —comentó Annette.

Las otras dos se giraron para mirarla sin entender.

—¿Por qué?

—Por poder tener la libertad de bañarse con tan poca ropa. Hace un calor asfixiante, pero a nosotras se nos prohíbe despojarnos de todo. No podéis imaginar el inmenso placer que proporciona meterse en el mar totalmente desnuda, sentir el roce de las olas en la piel, sin nada que te moleste…

—¿Y cómo sabes lo que se siente? —preguntó Marie Cécile con los ojos abiertos como platos.

—Lo he experimentado por mí misma. Desearía poder hacerlo de nuevo ahora mismo.

—¿En serio? —Sofía levantó las cejas, sorprendida.

—Sí, antes de viajar a la India pasamos aquí un par de semanas que digamos fueron… la antesala a nuestra luna de miel.

—¿Te bañaste sola? —Marie Cécile sentía tal intriga que no podía parar de preguntar.

—Una vez sola y otra con Adrien. Y debo confesar que las dos fueron maravillosas. La segunda, sobre todo —rio con picardía.

—¡Yo quiero probarlo!

Sofía soltó una carcajada ante la intensidad con la que su amiga dijo aquellas palabras.

—Estaré encantada de acompañaros. Si queréis, esta misma noche podemos hacerlo. Todo indica que hará bastante calor, por lo que después de cenar, y cuando los niños ya estén acostados, nos reuniremos aquí e iremos un poco más hacia allá —dijo indicándoles a la derecha—. Allí hay menos luz.

Marie Cécile comenzó a dar palmas, entusiasmada por el plan nocturno, provocando las risas de Annette y Sofía. Los hombres salieron del agua y caminaban despacio hacia ellas mientras se sacudían el exceso de agua. Sin poder evitarlo, ellas clavaron la mirada en sus torsos desnudos y en cómo el agua les resbalaba por la piel.

—¿Quién ha sido el vencedor? —preguntó Annette mientras Adrien se sentaba a su lado.

—Todo indica que he sido…

—Guarda tu bravuconería para otro momento —le interrumpió Thierry—. Por mucho que nos fastidie, el castillo más alto ha sido el de Julien. —Le dio una palmada cariñosa a su hermano en la espalda.

—Consistía en construir el más grande, no el más alto y, por desgracia, amigo, el tuyo no ha sido ninguna de las dos cosas —protestó Adrien mirando a Thierry.

—No pienso discutir contigo. La superficie se puede medir de muchas formas y todo suma, querido amigo.

—¡Qué más da quién haya ganado! Lo importante es que lo hayáis pasado bien. —Los tres miraron a Marie Cécile por aquellas tiernas palabras, aunque en su interior cada uno de ellos estaba convencido de que había sido el vencedor.

—Vuestra mejor recompensa ha sido el refrescante baño que os habéis dado —comentó Annette con un mohín.

—Báñate. ¿Quién te lo impide? —le dijo Adrien.

—Nadie… pero hace calor… y me gustaría poder hacerlo sin *esto* —dijo señalando el vestido que llevaba.

—Entiendo. —La miró con un gesto travieso en la cara—. ¿Por qué no usáis un traje de baño? Creo que trajiste varios de Italia.

—Son espantosos. Prefiero bañarme sin nada…

—Esta noche vamos a bañarnos desnudas —los informó Marie Cécile mientras sonreía—. No me miréis así. Nosotras también tenemos derecho. Al menos tendremos la precaución de hacerlo de noche.

—Nosotros no nos hemos bañado sin ropa —protestó Thierry fingiendo que se oponía a lo que su esposa acababa de decir.

—Poco os ha faltado. ¿Queréis que os preste un vestido de estos para la próxima vez? —les espetó.

—No te enfades, solo estaba bromeando. Haced lo que queráis. Yo por el momento voy a cambiarme y a por una limonada fresca.

—Voy contigo —Adrien se levantó y le siguió hacia el jardín.

—Creo que yo también debería ir a vestirme —comentó Julien con cierta timidez.

—Hermano, no seas tan remilgado, que estamos en familia. Además, déjame decirte que tienes un cuerpo muy atlético, mucho más de lo que recordaba. ¿Haces algún tipo de deporte? —Le miró de arriba abajo varias veces mientras esperaba su respuesta al mismo tiempo que Sofía se removía inquieta en su asiento haciendo un esfuerzo enorme para no mirar más de la cuenta.

—Llevo muchos años jugando al tenis, quizás se deba a eso —confesó con modestia.

—Sigue haciéndolo, querido. —Le guiñó un ojo.

—Luego os veo —se despidió.

—Me parece increíble que Julien siga aún soltero —comentó Marie Cécile—. Es tan alto, tan apuesto y con una educación exquisita.

—A mí también me sorprende, la verdad. Es cierto que mi hermano se ha centrado demasiado en sus estudios y carrera, pero debe haber alguien que le haya robado el corazón… estoy segura de que nos lo oculta.

Sofía comenzó a rascarse el cuello, incómoda.

—¿Tú qué crees, Sofía? —Annette la miraba extrañada por su silencio.

—Es obvio lo que comentas… aunque desconozco los motivos por los que no ha encontrado aún a su mujer ideal. —Intentó sonar natural, a pesar del calor que comenzó a sentir en las mejillas.

—¿A ti tampoco te ha confesado si alguna vez se ha enamorado?

—¿Por qué iba a confesarme a mí tal cosa? —La pregunta de Annette la descolocó.

—Vosotros siempre habéis tenido buena relación… Me refiero a cuando erais más jóvenes.

—Eso fue hace mucho tiempo. Luego se marchó a Hamburgo y nos hemos visto muy poco. Además, desde mi regreso no hemos hecho más que discutir… —dijo a pesar de sentir deseos de poder confesarlo todo y liberar la carga que sentía en su interior.

—Es una pena. Me sorprendió mucho cuando supimos de la existencia de Elise. No podía creerlo cuando leí vuestra carta —comentó Marie Cécile.

—Me siento mal por haberle obligado a confesarnos la existencia de la niña. Sin embargo, ¡estoy tan feliz de haber conocido a la pequeña! Es tan bonita y dulce… y hay que reconocer que es un padre maravilloso. Nunca imaginé que podría ser tan tierno y protector. Si se comporta así con esa niña, lo será más aún cuando tenga un hijo propio —añadió Sofía.

—Algo me dice que debe haber alguien especial en su vida. Me equivoqué al pensar que Elise podría ser una amante secreta. Estoy segura de que debe verse con alguna mujer.

—¿Por qué debe tener una amante? ¿Por el único hecho de ser hombre ya debe sentir un deseo irracional de tener relaciones con una mujer? —protestó Sofía. Ambas la miraron afirmando con la cabeza—. No comparto vuestra opinión. Quizás esté esperando a que llegue la persona correcta y sabe llenar su vida con otras cosas menos mundanas.

—Desde luego que mi hermano es un hombre muy especial al que, por supuesto, le llenan muchas cosas en la vida, pero no me niegues que es raro. No sé, algo me dice que esconde…

—Debemos darle tiempo. Quizás, cuando se sienta preparado nos lo cuente, como hizo con la pequeña Elise —dijo Marie Cécile.

—Sí, será lo mejor —contestó Sofía en un intento de acabar con aquella conversación—. Vayamos al menos a mojarnos las piernas, no aguanto este calor. —Las otras dos mujeres la siguieron felices de poder refrescarse un poco antes del almuerzo.

Tras la cena se encontraron en el camino que bajaba a la playa entusiasmadas por lo que iban a experimentar. Nada más poner el pie en la arena, corrieron como chiquillas hacia la orilla mientras reían y bailaban. Unos metros después, extendieron las toallas y con cuidado se despojaron de los vestidos, se soltaron el pelo y se metieron en el agua. El mar estaba en calma y la temperatura del agua era cálida y agradable, por lo que se adentraron un poco más de lo que hacían de forma habitual.

Annette se zambulló en el agua por completo y salió unos segundos después sonriendo.

—¿Es una maravilla o no? —les preguntó.

—¡Es mucho mejor de lo que pensaba! —exclamó Marie Cécile y se hundió en el agua ante la mirada divertida de Sofía.

—¡Venga, mójate la cabeza! —le pidió Annette—. No se puede disfrutar de un buen baño si no te sumerges por completo en el agua. —Ella le obedeció y desapareció para emerger unos metros más allá.

—¡Me encanta! —gritó Sofía mientras se dejaba llevar por las pequeñas olas que se levantaban.

—¡Nunca más volverás a querer bañarte con ropa! —declaró Annette en voz alta.

—Es la mejor sensación del mundo —confesó Marie Cécile, quien nadaba de un lado para otro.

—Imagina ahora que tu querido esposo está a tu lado —dijo Annette y se tiró de espaldas al agua con una amplia sonrisa en el rostro.

Sofía se acercó de nuevo a ellas y sonrió al ver la cara de inmensa felicidad de Marie Cécile.

—Esto tenemos que repetirlo con nuestros esposos —dijo mirándola.

—Creo que eso va a ser más complicado… Para empezar porque yo no tengo. —Sofía sonrió con una mezcla de pena y nostalgia—. Tampoco creo que ellos accediesen a esto, no en compañía.

—Juro por este momento que no me marcho de aquí sin bañarme desnuda con Thierry —dijo mordiéndose los labios. El gesto travieso que puso las hizo reír a carcajadas.

—Os dije que sería una experiencia maravillosa —afirmó Annette.

—Gracias por este momento. Hay veces que me siento muy sola. ¡Desearía tanto poder vivir cerca de vosotras y hacer este tipo de locuras juntas!

—En París no se nos permite hacer cosas tan divertidas, ¿verdad, Sofía?

—En absoluto.

—A partir de ahora queda establecido que las vacaciones estivales las pasaremos siempre juntas. —Las tres se abrazaron con cariño.

Salieron del agua felices y fueron a cubrirse con las toallas. Una vez secas, se las enrollaron en el cuerpo y se sentaron a charlar en la arena.

—Os echo mucho de menos —confesó Marie Cécile emocionada—. Soy feliz en Aubigny, pero a veces me siento un poco sola. Antes te tenía más

cerca —miró a Annette— y nos veíamos más a menudo. Desde que os mudasteis a París, las semanas pasan, una tras otra, casi sin darme cuenta y sin tener apenas tiempo para mí.

—Lo sé, cielo. Cuando me marché para ir a Nueva York dejé la dirección de la escuela en tus manos y las llené de responsabilidades, pero nadie mejor que tú se encargaría de esa labor. Tu trabajo es espléndido. Thierry me comentó que las niñas están encantadas de tenerte como directora y que, de hecho, ha habido nuevas incorporaciones importantes entre las profesoras.

—Sí, es cierto. No me malinterpretéis, estoy feliz de poder ayudar y contribuir con mi trabajo. Sin embargo, entre eso y los niños, apenas me queda tiempo para estos momentos. Estoy segura de que, si viviésemos más cerca, encontraríamos muchas formas distintas de divertirnos.

Sofía las observaba en silencio con un nudo en la garganta. Quería a aquellas dos maravillosas mujeres como a hermanas y sentía un enorme peso en su interior por no poder confesarles todo lo que estaba viviendo en los últimos meses.

—Querida, estás muy callada. ¿Te encuentras bien? —Annette la miró preocupada.

—Sí, estoy feliz de teneros cerca. Sois un apoyo enorme para mí y sin vosotras habría sido mucho más difícil superar la muerte de James.

Las dos le acariciaron el brazo con ternura.

—No obstante… —Guardó silencio y respiró hondo haciendo que las dos la mirasen con un gesto de extrañeza.

—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó Marie Cécile.

Sofía se armó de valor y tras dar un largo suspiro las miró directamente a los ojos.

—Tengo que confesaros algo. Llevo un tiempo necesitando hacerlo. No me he atrevido hasta ahora. Siento que ha llegado el momento, aunque me angustia mucho y no puedo seguir manteniéndolo en secreto. ¡Necesito tanto vuestro consejo!

—Si es algo que deseas que mantengamos en privado, no dudes que así será —comentó Annette.

—Sí, por el momento deseo que así sea. No me siento cómoda ni segura para confesárselo a los demás…

Las dos la miraron animándola a hablar.

—Entre Julien y yo ha pasado algo… —Se detuvo. No encontraba la forma de confesar lo que había ocurrido entre los dos.

—¿Habéis vuelto a discutir? —quiso saber Annette con preocupación.

—No, no… no es nada malo. Quiero decir que entre él y yo ha habido…

Marie Cécile la miró boquiabierta.

—Ay, Sofía, no te entiendo. Me estás poniendo nerviosa —dijo Annette.

—¿Habéis intimado? —preguntó Marie Cécile llevándose las manos a la boca.

Sofía sintió cómo se le subía un ardiente rubor por la cara.

—Sí.

Las dos la miraron de hito en hito, pasmadas ante la confesión.

—¿Cuándo? —Annette no daba crédito a lo que había oído.

—Podría decirse que entre discusión y discusión —confesó avergonzada —. Fue después de lo que pasó en el museo…

—¿Cómo? Creía que mi hermano estaba furioso por todo lo ocurrido y las posibles consecuencias.

—Y lo estaba, yo también. Fui a verle antes de acostarme y tras una fuerte discusión…

—¡Lo sabía! Mis sospechas eran ciertas —afirmó Annette.

—¿Qué sospechas? —Sofía frunció el ceño.

—Llevo un tiempo intuyendo que vuestras discusiones y tus reacciones de después escondían algo más.

—¿Habéis seguido intimando después? —Marie Cécile seguía con la boca abierta.

—No. Solo en aquella ocasión. Me da mucha vergüenza haberos confesado esto, pero es que cada día que paso a vuestro lado me cuesta más seguir ocultándolo.

—¿Desde cuándo te has sentido atraída por mi hermano? —Sofía resopló.

—Me temo que ahora viene el segundo secreto… Julien y yo nos enamoramos de jóvenes. Sin embargo, decidimos mantener nuestra relación en secreto para no disgustar a nuestras familias. —Guardó silencio un breve instante—. Hubo otros motivos también.

—¡¿Quéééé?! —exclamaron las dos a la vez conteniendo la respiración. Sofía no pudo evitar reírse ante su reacción.

—Él fue mi primer amor y le quise tanto… más de lo que llegué a reconocer después, pero se marchó y no pude hacer nada por impedirlo. Ni tan siquiera me dejó despedirme de él. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo es posible que no me hayas dicho nada hasta ahora? Y lo que es peor aún, ¿cómo no he podido percatarme de algo así? —Annette seguía sin poder creerse lo que Sofía les contaba.

—Fue muy difícil, créeme. Lloré mucho a solas intentando hallar un consuelo que no encontraba.

—¿Él te correspondía? —quiso saber Marie Cécile.

—Sí, ahora sé que sí lo hacía, aunque lo dudé durante años. Cuando se marchó me sentí abandonada, despreciada y… usada.

—¿Por qué? Ya sabes que el abuelo Gustav supervisaba su educación y le obligó a marcharse con él para completar sus estudios universitarios. ¿No te pidió que le esperases un tiempo, al menos hasta que estuviese plenamente instalado en Alemania?

—Se marchó sin avisarme, justo a la mañana siguiente después de haberme entregado a él.

Annette y Marie Cécile se llevaron las manos al pecho con estupefacción.

—Es una historia muy larga que ya os terminaré de detallar en otra

ocasión. Lo importante ahora es que desde que me mudé a París, su presencia despertó en mí sentimientos que creía muertos y que me llevan hacia él una y otra vez haciendo que me sienta mal. Creí que mi amor por él había acabado aquel día, pero no es así… está más vivo que nunca. Yo ahora he perdido a James, tengo una hija, no puedo…

—Cariño, tranquila. —Annette se acercó a ella para abrazarla y notó que Sofía comenzaba a llorar—. No debes sentirte mal por nada.

—Cuando estoy cerca de él —confesó con apuro— siento cómo se me eriza la piel, cómo el corazón se me acelera…

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Marie Cécile que se unió a ellas en el abrazo—. No debes sentirte mal por amar. Da igual a quien sea, el amor te mantiene viva y te hace levantarte de la cama con ganas de vivir la vida.

—Pero James…

—James ya no está, cielo. Él será feliz viendo que vuelves a sonreír y que le das un padre a tu hija. Thierry me hizo prometerle que, si algún día le pasa algo, buscaré un buen hombre con el que volver a ser una familia.

—¿Adrien lo sabe? —preguntó Annette.

—No. Nadie lo sabe.

—¿Julien quiere que lo mantengáis de nuevo en secreto? —Annette frunció el ceño.

—No, me ha hecho saber en alguna ocasión que está dispuesto a hablar con mi hermano. No quiero que lo haga. Es demasiado pronto. Necesito más tiempo para asimilar todo lo que estoy viviendo. —Annette respiró aliviada; en caso contrario, se habría sentido molesta con su hermano.

—¿Tú quieres estar con él? ¿Le amas?

Sofía miró a Marie Cécile antes de contestar.

—Sí, pero ahora no estoy sola. Tengo que pensar en el bienestar de Nichole más que en el mío propio. No puedo permitir que Julien adopte un rol paternal con ella y que luego se marche.

—¿Por qué motivo se marcharía? Está feliz con su nueva vida en París. Además, él también tiene una responsabilidad adquirida con Elise.

—Su carrera siempre ha sido su prioridad y no antepone nada a ella. Si le llaman de alguna otra universidad, no dudará en marcharse y en dejarlo todo atrás —dijo con la voz ahogada haciendo que Annette comprendiese por primera vez el dolor que veía en los ojos de su amiga.

—Cielo, Julien es un hombre ahora. Ya no es el niño del que te enamoraste. Se marchó, es cierto, lo hizo, pero era lo que se esperaba de él. Te puedo asegurar que mi abuelo no habría aceptado ninguna excusa para no hacerlo y menos aún una que tuviese que ver con el amor. No tuvo más remedio que irse.

—Lo sé, ahora lo entiendo; aun así, podría haberme dicho que me amaba… No me dejó decirle adiós y no volví a verle en los tres años posteriores. Le odié por ello. No me dejó más opción que casarme con Alexander.

—¿Por qué? No entiendo. —Annette apretó los dientes angustiada por lo que acababa de confesarle su amiga.

—No quería amar a nadie más, no quería volver a sufrir, a sentir el inmenso dolor que presionaba mi corazón. No podía pensar en volver a entregarme y en no recibir nada a cambio.

—Podrías haber esperado más tiempo. Quizás tu corazón habría sanado y…

—¿Acaso crees que cualquier otro hombre aceptaría desposarse con una joven que había perdido la virtud? —interrumpió a Annette con rabia—. Llegué a pensar en que podía estar embarazada durante semanas. Por fortuna, todo el malestar que sentía se debía a los nervios y la angustia. Si mi padre se hubiese enterado de aquello, habría supuesto una enorme decepción para él y eso hubiese sido más de lo que podría soportar.

Marie Cécile y Annette no sabían qué decir.

—Un día, por fortuna —continuó—, al menos eso es lo que pensé en aquel momento, un conocido me presentó a Alexander en una exposición. Me pareció un hombre muy agradable, culto y refinado y, para mi sorpresa, dos semanas después se presentó en mi casa para pedir mi mano.

—Tu padre se opuso a ello, lo recuerdo perfectamente.

—Cierto. Nada más conocerlo mi padre se negó a permitir ese enlace. Sin embargo, aquel día, en un paseo posterior por los alrededores de la casa, Alexander me confesó los verdaderos motivos por los que deseaba casarse conmigo. Me parecieron correctos y acepté. Me costó convencer a mis padres, pero al final conseguí que accediesen al compromiso.

—¿Y qué motivos eran esos para desear casarte con un hombre tan mayor? Lo siento, sabes que nunca me ha gustado para ti.

—Lo sé, Annette, lo sé. Su edad fue determinante. Me dijo que tan solo deseaba una esposa de cara a la sociedad. Había enviudado hacía unos años y estaba recién llegado a la ciudad y necesitaba hacer nuevos contactos. Nuestra familia era el vínculo perfecto para ello. Me aseguró que jamás tendría problemas con él, que me permitiría seguir con mi vida, pero siempre de forma discreta. Llegó incluso a prometerme que no buscaba una esposa como tal, tan solo una compañera con la que asistir a eventos y con la que dejarse ver. Me prometió que no me obligaría a mantener relaciones íntimas con él…

—¿Y tú aceptaste eso? —Annette arqueó las cejas.

—Sí, lo hice; no quería volver a sentirme usada. Fue la condición que le exigí para casarme con él. Necesitaba dejar atrás lo ocurrido con Julien.

—Él también te usó, a su manera…

—No de la misma forma. Pude centrarme en mi labor con las niñas y en ayudar como lady Morel. Nunca supo de esa actividad, me permitía moverme sin problemas… hasta que descubrió mi infidelidad con James. Ese día cambió todo. —Notó que la voz se le atascaba en la garganta.

—¿Cómo convenciste a tus padres? —preguntó Marie Cécile.

—Hablé con ellos y les expresé mi deseo de poder contar con la

experiencia de un hombre más maduro a mi lado para de esa forma hacerme cargo de la fundación. Una mujer soltera apenas tiene voz ni voto en la sociedad.

—Tampoco es que tenga demasiados una vez casada… —comentó Annette.

—Estoy de acuerdo. Aunque parezca una locura, convertirme en lady Marchand me ayudó a tener mayor libertad. Los jóvenes que había conocido en la adolescencia eran unos petulantes y bravucones que no me interesaban nada. Mi madre accedió antes que mi padre. A él le costó más. A pesar de no ser una niña, yo seguía siendo su pequeña Sofía. Le rogué que me ayudase tras confesarle que lo único que me interesaba en la vida era continuar con su labor. Le admiraba profundamente y deseaba con todas mis fuerzas convertirme en una versión suya.

—Vaya. Nunca pensé que tu matrimonio con Alexander fuese tan desdichado —murmuró Marie Cécile.

—¿Renunciaste al amor por Julien?

Sofía miró a Annette con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, quizás me equivoqué… no supe hacerlo mejor. Era una niña.

—Y, ahora, ¿qué desea tu corazón? —le preguntó Marie Cécile acariciándole el brazo.

—No lo sé…

—¿Qué te dice tu alma?

—Me dice que, si los dos hubiésemos sido más valientes y menos impulsivos, quizás habríamos sido muy felices.

—Todavía estáis a tiempo, Sofía. Julien es un hombre libre. No dejes que el miedo o las dudas vuelvan a separaros. Hablad de vuestros sentimientos y de lo que deseáis vivir. Ahora no hay distancia entre vosotros, no levantéis un muro invisible que solo os va a hacer más daño. Creo que hablo en nombre de todos cuando te digo que no debes sentir angustia por nosotros, estoy segura de que todos te darán su bendición. Julien es un hombre maravilloso que puede hacerte muy feliz, tanto a ti como a Nichole. Ella le adora.

Sofía bajó la mirada al suelo y se secó las lágrimas.

—Deja por una vez que el amor guíe tu vida —dijo Annette.

—Ya lo hice cuando conocí a James.

—No del todo… —protestó Annette—. No dudo de tu amor hacia él. Fue un hombre bueno que te amó de verdad. Sin embargo, no pensaste en ningún momento en ti. Luchaste por vuestro amor pensando siempre en lo que era mejor para los dos, nunca en lo que realmente deseabas.

—He sacrificado tanto en la vida que a veces pienso que el universo se ha olvidado de mí y que nadie escucha mis plegarias. De una forma u otra, siempre me castiga por mis acciones.

—Eso no es cierto. Has sido muy valiente desde siempre, y ahora que sabemos todo lo que nos has confesado, creo que lo eres mucho más de lo que jamás pensé. Eres una de las personas más generosas que conozco y creo que

ha llegado el momento de pensar en ti, en tu propia felicidad, en nada más. No hay otra manera de ser feliz que escuchando la voz de tu alma, cielo —añadió Annette.

—Estamos aquí para ayudarte. No vuelvas a sentirte sola. —Marie Cécile se acercó a ella y le dio un tierno beso en la mejilla.

Las tres volvieron a fundirse en un largo abrazo que reconfortó tanto a Sofía que deseó haberlo confesado todo antes. Después se levantaron y regresaron a la casa, tan solo envueltas en las toallas, complacidas de haber compartido ese bonito y divertido tiempo juntas.

Nada más llegar, los tres hombres, que las esperaban para irse a dormir, las miraron sorprendidos por su atuendo y sonrieron. Cada pareja se marchó a descansar y, cuando Sofía estaba a punto de entrar en la casa, notó que Julien la agarraba del brazo.

—Debo entrar a cambiarme —murmuró ella mientras se sujetaba la toalla, incómoda.

—Lo sé, es solo un segundo. Te espero mañana, una hora antes de amanecer, allí en la puerta lateral. Te he preparado una sorpresa. —Ella sonrió sorprendida.

—¿Qué sorpresa?

—Tendrás que esperar para averiguarlo. Ve a dormir y no te retrases mañana. Que descanses. —Se acercó a ella, cogió su mano y le besó la muñeca.

23

Julien esbozó una cálida sonrisa cuando la vio aparecer vestida con un bonito traje color marfil y el pelo sujeto en una trenza. Por su atuendo supo que ella había intuido lo que le había preparado y se alegró de que así fuera. Deseaba que el día que tenían por delante en alta mar fuese lo más agradable y cómodo posible.

—Buenos días. —Alargó la mano para ayudarla a bajar los escalones que daban al embarcadero.

—Buenos días. —Sonrió—. Espero haber escogido bien mi ropa, ya sabes que el tiempo es un poco cambiante.

—Va a hacer un día espléndido. Estás preciosa. Ese peinado te sienta muy bien. —Ella se pasó la mano por la trenza con coquetería y le dio las gracias.

—¿Has revisado que todo esté bien? Hace bastante tiempo que no sacáis el barco a navegar.

—Todo está perfecto, no te preocupes. Hace un par de días mandé llamar a Bernard, un viejo amigo de mi padre y quien lo construyó. Él mismo me ayudó a revisarlo, es un velero excelente. Ven, subamos.

Los dos caminaron de la mano por la plataforma de madera que llevaba directamente al barco y, tras ayudarle, Julien subió y desamarró la embarcación. Sofía dejó un pequeño bolso que portaba en un lateral y se sentó para observar cómo lo ponía en marcha. La pericia con la que manejaba las velas la cautivó e hizo que siguiese con atención todos sus movimientos. Una vez que logró izar la vela mayor, el barco comenzó a alejarse a mayor velocidad del embarcadero y se incrementó la sensación de libertad que solía proporcionarle navegar en alta mar. Apoyó los brazos a ambos lados, cerró los ojos y respiró hondo, llenando los pulmones de la maravillosa brisa marina para vaciarlos después con lentitud. Cuando abrió de nuevo los ojos le vio amarrando las velas con fuerza y no pudo evitar deleitarse en aquella visión. Julien había escogido un pantalón y una camisa blancos que resaltaban el bronceado de su piel. Llevaba las mangas subidas a la altura de los codos, por lo que Sofía pudo ver cómo sus músculos se tensaban con cada apretón de las cuerdas y en ese momento recordó lo que sintió entre aquellos brazos el día que se entregó a él por segunda vez. Volvió a coger aire.

—En vez de mirarme podías venir a ayudar —dijo sacándola de aquella idílica ensoñación. Ella sacudió la cabeza y se levantó de golpe.

—Perdona. ¿Qué puedo hacer? Yo no tengo tanta fuerza como tú para sujetarlas.

—Toma, sujeta un momento este cabo. Solo tienes que mantenerlo ahí.

Enseguida vuelvo.

Ella le miró un poco asustada por si no conseguía mantener el agarre. Apenas unos segundos después regresó y volvió a cogerlo.

—Gracias. Me había olvidado de soltar una cosa en la proa.

Sofía se puso de pie y notó que el equilibrio le fallaba. Julien se levantó y la agarró con fuerza del brazo.

—Gracias. He estado a punto de terminar en el suelo —dijo con un poco de apuro.

—Es normal, hasta que no estemos en alta mar no dejaremos de movernos así.

Ella retrocedió unos pasos y volvió a sentarse un poco mareada.

—¿Estás bien? —Julien la miró con preocupación.

—Sí, no te preocupes. Ha sido solo al levantarme. Sigue con lo que estabas haciendo. Yo me quedo aquí —rio. Él la sonrió de vuelta y se concentró de nuevo en el amarre de los cabos.

—¿Seguiste navegando en Alemania? —le preguntó Sofía elevando la voz.

—Cuando estudiaba en la universidad participé en unas regatas en las que navegamos por el mar Báltico y de vez en cuando salía a navegar con mi abuelo por las riberas del lago Alster, no en alta mar. Eso solo lo hago cuando vengo aquí.

—No has perdido la habilidad para hacerlo.

—Me gusta y aquello que nos apasiona siempre queda grabado en nuestra mente.

—¿Echas de menos Hamburgo?

—No especialmente. Añoro a mis amigos y a varios de mis primos, con los que conviví al principio, pero me siento a gusto en París. La ciudad ha crecido mucho estos últimos años y se está convirtiendo en un lugar con mucho encanto. —Sonrió—. Y tú, ¿echas de menos Inglaterra?

Ella negó con la cabeza.

—Como tú, añoro a las personas. Me da pena admitirlo, pero Warwick no era para mí.

Julien se acercó y se apoyó en el lateral del barco junto a ella. Se cruzó de brazos y la miró con intensidad.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —Ella levantó los hombros y tragó saliva ante aquella mirada tan profunda—. Me encantaría navegar durante días por toda la Provenza. La belleza de esta costa es difícil de superar. Hay tantos pueblos bonitos que me gustaría visitar, poder fondear en calas recónditas y perderme allí. Mira el agua. —Echó el cuerpo hacia delante para introducir la mano en el mar—. Este penetrante color azul, las casas blancas, las flores, el sol… convierten este lugar en una paleta de colores increíble que inspira a retratarlo. ¿No te parece increíblemente bello?

—Mucho —respondió y bajó la mirada con timidez, consciente de que aquella palabra daba respuesta a la belleza del mar, pero también a la que

tenía frente a ella. A continuación, volvió a mirarle y no pudo evitar acariciarle el pelo, aún más claro y rizado debido al sol y a la humedad.

Julien cogió aire y clavó los ojos en su boca. Ella, abrumada, se giró hacia el mar y apoyó las manos en los laterales.

—Una vez, cuando salí a navegar con mi padre siendo una niña, vimos unos delfines nadando y saltando al fondo. Fue una de las experiencias más bonitas que he vivido.

—A veces se ven. Por desgracia, cada vez menos.

Sofía mantenía la vista fija en el horizonte cuando algo llamó su atención. Desvió la mirada, se asomó por la borda y lo que vio le congeló la sangre. Estiró el cuerpo, pero su estatura le impedía poder llegar a tocar el agua con las manos.

—Julien, mira. —Le indicó con el dedo. Él se asomó y se giró para mirarla.

—Es una flor —dijo sin entender el porqué de su asombro.

Sofía sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Cógela, por favor —le imploró.

Él alargó los brazos y con un poco de esfuerzo logró atraparla y se la entregó. Ella la cogió y se la llevó al pecho mientras sollozaba.

—Cuando me despedí de James le pedí que me mandase una señal para que pudiese saber que está bien y que me da su beneplácito para… —Se detuvo—. Esta rosa es esa señal, lo sé —dijo con emoción.

Él le sonrió con ternura.

—¿Qué posibilidades hay de encontrar una rosa en medio del mar? Es el mismo tipo que él usaba para sus infusiones y ungüentos por sus innumerables propiedades para la salud. Es una rosa mosqueta… —Volvió a llevársela al pecho y cerró los ojos, inmersa en los recuerdos.

—Estoy seguro de que es la señal que esperabas. —Le acarició el brazo con delicadeza.

—La dejaré dentro para que no se vuele y se la enseñaré a Nichole a la vuelta.

Antes de regresar al exterior, rebuscó entre los papeles que había en la mesa del capitán y cogió un cuaderno y unos lápices.

—Ven, siéntate allí, cerca de las velas. Voy a retratarte —dijo sonriendo. Él levantó las cejas con sorpresa.

—¿A mí?

—Sí. Voy a inmortalizarte en este paisaje. Mientras dibujo haz algo, entretente, puede que tarde un rato.

Él asintió levantando los hombros y fue a por un libro de navegación. Después regresó y le pidió ir a la proa, donde el viento soplaba con un poco menos de fuerza en ese momento. Se sentó, estiró las piernas y acomodó la espalda en el costado de proa con la intención de comenzar la lectura del libro.

—¿Así estoy bien? —preguntó con cierta timidez.

—Perfecto —fue todo lo que pudo decir. No había mayor belleza que la que contemplaban sus ojos en ese mismo instante.

Con gran maestría, Sofía esbozó el paisaje de fondo y a continuación se enfocó en su silueta, en el contorno de sus brazos musculados, en su perfil, en su mandíbula cuadrada, en sus rizos y suspiró hondo. Debía reconocer que su atractivo era inmensamente proporcional al deseo que despertaba en ella. Notó que se le encendían las mejillas y, para rebajar el sofoco que sentía, intentó centrarse en otras partes de su cuerpo, algo que no le ayudó demasiado. Era su pose, tan masculina, lo que le hacía sentir aquel casi irrefrenable deseo de acercarse para besarle.

—¿Ya has terminado? —preguntó Julien tras casi una hora de posado.

—No, aguanta un poquito, por favor. Ya queda poco —le respondió mientras terminaba de perfilar y rellenar los contornos.

—A este paso me va a dar tiempo a terminarme este tostón de libro —comentó con tono bromista.

—Espera, no seas tan impaciente.

—Lo bueno siempre se hace esperar, ¿no? —dijo con voz seductora. Sofía levantó la mirada del dibujo, entrecerró los ojos y rio.

—Siempre.

—No te demores demasiado, por favor. Tenemos que virar esas velas o acabaremos en Cerdeña.

Sofía resopló ante su insistencia y finalmente decidió dejarlo como estaba.

—Está bien, tú lo has querido. No lo perfecciono más. Así se queda —dijo con un mohín de enfado.

Julien se levantó y fue hacia ella.

—A ver, déjame verlo. —Ella se apartó unos centímetros y agarró el cuaderno con fuerza.

—Primero tienes que prometerme una cosa…

Él levantó una ceja con extrañeza.

—¿Qué cosa?

—Prométemelo.

—No puedo prometer algo que no sé lo que es…

—Eso es justo lo que hacemos cuando le prometemos amor eterno a alguien. No podemos saber si durará toda la vida, ni tampoco si la otra persona nos corresponderá durante tanto tiempo, pero es el mayor acto de fe que existe y no dudamos en hacerlo. En ese momento confiamos en la otra persona y en lo que sentimos.

Julien se humedeció los labios y se echó a reír.

—¿Qué más puedo añadir yo ahora? No me dejas más opción, entonces. Está bien, te prometo lo que sea que quieras.

Ella le dio la vuelta al cuaderno y le dejó sin palabras. El realismo del retrato era tal que se podían ver todos los detalles con suma precisión. Lo cogió y volvió a mirarlo con más detenimiento.

—¡No sabía que dibujabas tan bien! —exclamó sin poder dejar de mirarlo.

—Perfeccioné la técnica con un profesor particular durante algunos años. Me ayudaba a relajarme y a olvidar. —Guardó silencio tras decir aquello.

—Siento muchísimo el daño que te causé, Sofía. Era un niño y no pude imaginar que te haría sufrir de esa forma. Fui un egoísta. —Se acercó para abrazarla.

—Todo eso ya pasó. No deseo que estés disculpándote a todas horas. Ya lo has hecho en varias ocasiones y ahora entiendo mejor lo que pasó. Yo también fui muy inmadura y me negué a escucharte.

—Te prometo que intenté hablar contigo en las escasas ocasiones en las que nos vimos después, pero tu frialdad hacia mí me lo impidió. No te juzgo, la merecía.

—No hablemos más de eso. ¿Te gusta?

—Es maravilloso. —La miró y sonrió.

—No ha sido difícil, la escena era muy inspiradora —rio por lo bajo.

—¿Vas a decirme lo que quieres que haga? Me gustaría saber lo que he prometido…

—No es nada complicado, solo deseo que me dejes terminarlo. Quiero añadirle color. Este paisaje no puede quedar retratado en blanco y negro. Cuando lo acabe, me gustaría que lo colgases en tu casa. No sé si podré volver a tener una casa propia y no quiero llenar mi casa familiar con más cosas de las que ya hay. Aunque no miento si confieso que me encantaría poder verlo de vez en cuando y recordar este bonito día juntos.

—Por supuesto, deseo concedido. —Se acercó de nuevo a ella y la cogió con suavidad por la cintura—. De hecho, lo voy a colgar en mi habitación, para que tan solo tú y yo podamos verlo. —La voz ronca con la que habló hizo que a Sofía se le erizase el vello de todo el cuerpo—. ¿Te parece bien?

Ella asintió con la cabeza y levantó la vista para mirarle fijamente a los ojos. En ese momento, él le acarició la mejilla, le alzó la barbilla con un dedo y le dio el beso más lento y tierno que le había dado nunca. A continuación, la cogió de las muñecas y se las besó. Aquel gesto tan suyo siempre conseguía acelerar el corazón de Sofía.

—Este es mi regalo por tu paciencia conmigo y tu cariño hacia Nichole. Me alegro de que te guste —dijo para intentar rebajar el calor que estaba empezando a sentir.

Él no contestó y volvió a abrazarla tras un largo suspiro.

—Tú eres el regalo de mi vida. —Le susurró al oído e hizo que ella se agarrase fuerte a sus brazos.

Permanecieron abrazados durante unos minutos hasta que un golpe de mar les hizo tambalearse.

—Será mejor que icemos aquella vela si no queremos tener un almuerzo movido. —Le dio un beso en la mejilla y se separó de ella.

Tras reajustar la dirección del velero, se sentaron para comer. Disfrutar de la comida al aire libre, de la buena temperatura y de la brisa del mar aumentó su buen humor y les hizo recordar muchos momentos divertidos de su infancia

en aquel lugar.

—¿Te acuerdas de cuando nuestros padres invitaron a la casa a esos pintores jóvenes a los que querían promocionar y cómo después nuestras madres descubrieron que lo que hacían era retratarse entre ellos desnudos, en posturas indecorosas, en el jardín cuando los demás dormíamos? Aún puedo recordar los gritos de mi madre, totalmente enfurecida con mi padre, por haber llevado a casa a aquellos pervertidos.

—Lo recuerdo muy bien. Mi madre también se enfadó mucho con mi padre por ese motivo, aunque el pobre no paró de pedirle perdón durante todo el verano, asegurando que no era conocedor de aquella actividad entre ellos —rio.

—Mi pobre padre durmió en otra habitación lo que quedó del verano —comentó Julien riendo—. Aún me parece oír a mi madre gritarle: «Si mi padre se entera de que has traído a la casa donde viven sus nietos a esos depravados, te mata» —dijo imitando el acento alemán de su madre—. Creo que no les quedaron ganas de repetir tal hazaña.

—No. Yo los recuerdo y me parecieron unos muchachos muy agradables y divertidos. Aunque la verdad, ahora que soy madre entiendo la reacción de las nuestras.

—Cierto.

—¿Y qué me dices cuando mi padre llegó con dos bicicletas? Ninguno sabíamos qué era aquel extraño objeto. Nos volvimos locos en cuanto lo descubrimos. A mi madre tampoco le gustó demasiado que vosotras dos montaseis como lo hacíamos nosotros. Ya sabes que mi querida madre siempre estuvo muy influenciada por el abuelo Gustav y su moral luterana.

—Aquel verano fue uno de los más divertidos de mi vida. Y en el que más heridas me hice —rio al recordarlo—. Me caí cientos de veces de aquella incómoda bici, pero lo pasamos muy bien. Tu padre era tan bueno, divertido y generoso… ¡le echo tanto de menos! Hacía nuestras vidas más dichosas y alegres.

—Sí, es cierto. Yo choqué alguna vez con él por culpa del férreo control que ejercía mi abuelo sobre mí y mi educación. Sin embargo, he de reconocer que yo también le extraño. Me hubiera gustado que me conociese ahora, a veces creo que se llevó una impresión equivocada de mí.

—¿En qué sentido?

—Siempre tuvo mejor relación con mi hermano Thierry. A mí siempre me reprendía por mi forma de ser más seria y formal. Él disfrutaba de la vida a cada segundo y quiso que nosotros también lo hiciésemos, pero mi carácter le entristecía, le hacía sentir que de algún modo había fracasado conmigo en su intento de hacerme feliz. Ya sabes que era muy generoso y no escatimaba en atenciones con todo el mundo. Ver la sonrisa en sus rostros era lo que más feliz le hacía. —Bajó la mirada al suelo ligeramente emocionado.

—Pocas personas te conocen bien, Julien. Eres muy reservado y eso no ayuda. —Le acarició la mano.

—Lo sé, me cuesta abrirme a los demás… ¿qué puedo hacer?

—Necesitas sentirte valorado y sobre todo no juzgado para hacerlo. Yo lo supe enseguida.

—Nadie en el mundo me conoce como tú… Tan solo mi madre era capaz de ver mi verdadera personalidad. Por desgracia, la vida me la arrebató demasiado pronto.

—Nadie te juzga ya. Todos te quieren y te respetan. Mira lo bien que han aceptado a Elise en sus vidas. Te admiran por lo que estás haciendo por ella y por lo buen padre que eres.

Él levantó las cejas sorprendido.

—Te lo digo en serio. Lo he hablado con ellos y todos coinciden en que Elise no podría tener mejor padre que tú.

—Ella ha conseguido sacar lo mejor de mí.

—Y tú lo mejor de ella… —Le miró con los ojos llenos de amor.

—Nadie me mira como lo haces tú y me siento bendecido por ello.

Esta vez fue ella la que se acercó a él y le besó. A pesar de haberse dejado crecer una ligera barba de un par de días, la suavidad y carnosidad de sus labios la enloquecían.

—Me gustaría que ahora fueses tú la que me prometiese algo —dijo al apartarse de ella.

—Dime…

—Prométeme que te vas a olvidar del Julien del pasado y que me vas a conceder el inmenso placer de volver a enamorarte. Necesito borrar todo lo que hice y empezar de nuevo.

—Deseo concedido —dijo repitiendo sus palabras con voz seductora.

Él se levantó animándola a hacer lo mismo, la agarró del cuello, la atrajo hacia él con delicadeza y le dio un beso largo, intenso, cargado de sensualidad que hizo que a los dos se les acelerase la respiración. Ella jadeó ante la magnitud de aquel beso y se dejó llevar sintiendo que un enorme cosquilleo recorría todo su cuerpo. Él intensificó tanto su beso que, cuando se separó de ella, Sofía sentía que las piernas le temblaban de tal forma que necesitó apoyarse en la mesa.

—Si me besas así te prometo que no tardaré en olvidarme de todo —dijo y se apoyó en su hombro.

Él se apartó unos centímetros, y con una sonrisa divertida dijo:

—Señorita Mathieu, me llamo Julien Dufour y me haría inmensamente feliz si me dejase cortejarla.

—Diría, señor Dufour, que ya ha hecho algo más que cortejarme, ¿no cree?

—No pienso dejar de hacerlo durante toda mi vida.

Con pericia le dio media vuelta para que pudiera apoyar la espalda contra su pecho y juntos observar el paisaje que los rodeaba.

El resto del tiempo lo pasaron conversando y riendo hasta que llegó la hora de

regresar. Con pena pusieron rumbo a la casa, donde los esperaban los demás, deseosos por saber cómo les había ido el día.

Sin embargo, nada más llegar, se sorprendieron al ver la divertida imagen de Jean Michel, Elise y la hija pequeña de Thierry correteando desnudos por el jardín.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Julien arrugando el ceño.

—Hermano, relájate. Hace mucho calor y los niños acaban de venir de bañarse en el mar. Deja que jueguen frescos —respondió Annette conteniendo la risa al ver el gesto de su hermano.

—Tu cara me recuerda a la que puso el abuelo Gustav cuando se le ocurrió venir a visitarnos un verano y nos vio a todos de la misma guisa —dijo Thierry soltando una sonora carcajada.

Julien miró a Sofía y a continuación relajó el gesto.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —quiso saber Marie Cécile.

—Muy bien. El viento no arreciaba demasiado. Ha sido una travesía muy agradable. —Como aún estaban de pie frente al resto, Sofía no pudo evitar acercarse a Julien de forma instintiva y acariciarle el brazo, algo que no pasó desapercibido para Annette y Marie Cécile, quienes a continuación se miraron con complicidad y esbozaron una sonrisita.

—Sentaos un rato, debéis estar cansados. Manejar semejante velero no es tarea fácil —comentó Adrien.

La pequeña Elise corrió hacia Julien nada más percatarse de su presencia y se encaramó a él.

—Mi hermano tiene buenos brazos. Estoy segura de que ha sido capaz de mover las velas sin problemas, ¿verdad, querida? —dijo Annette mirando a Sofía. Ella le devolvió la mirada y le hizo un gesto con los ojos para pedirle que parase. Conocía la forma en la que su amiga lanzaba las indirectas y las consecuencias que ello conllevaba.

—Ha navegado muy bien… —comentó Sofía con una sonrisita.

—La verdad es que no valoro lo suficiente a los dos hermanos que tengo —dijo Annette mientras se acercaba a Thierry para besarle en la mejilla.

—Valoras a uno más que al otro… —comentó Julien fingiendo sentirse ofendido.

Aprovechando que Elise se bajó del regazo de su padre y se unió a los otros niños para continuar con su juego, Annette se puso de pie, fue hacia él, se sentó en sus piernas y comenzó a besarlo por toda la cara.

—¿Qué haces, Anny? —se quejó Julien. Ella sonrió al oír el nombre con el que solía llamarla de niño.

—Es obvio: comerte a besos para que no te pongas celoso. —Siguió con los besos.

—Para, por favor. Lo he dicho de broma. —Intentaba zafarse de ella con suavidad, pero no lo lograba.

—No, sé que en el fondo siempre has sentido que no tenía la misma relación contigo que con Thierry. Es cierto, solo se debe a que nos parecemos

mucho más en el carácter, no a que no te quiera de la misma forma.

Julien sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Quiero aprovechar esta oportunidad para decirte que estamos muy orgullosos de ti y del hombre en el que te has convertido. —Volvió a besarle, esta vez de forma más sentida, y se levantó.

—Gracias —respondió emocionado.

—Hermano, la distancia nos separó irremediablemente y, aunque hemos tenido nuestras diferencias, yo también quiero pedirte disculpas por algunas cosas que he podido decirte. Quiero expresarte mi admiración por lo que estás haciendo con Elise.

Thierry fue hacia él obligándole a levantarse y se fundieron en un bonito y cálido abrazo. Annette, sin poder resistirse, corrió hacia ellos y abrió los brazos todo lo que pudo para abarcarlos mientras Marie Cécile aplaudía, eufórica por aquel bello gesto de amor entre los hermanos.

—¡Que viva el amor! —exclamó e hizo reír a todos.

Los pequeños se acercaron ante tal algarabía e, imitando a los mayores, se abrazaron y comenzaron a besarse los unos a los otros. Adrien y Sofía rompieron a reír de forma sonora al verlos.

—Querido hermano, solo quedamos nosotros. —Sofía caminó hacia él con una sonrisa tierna.

—Cariño, ven a mis brazos —le pidió Adrien abriendo los brazos de forma teatral.

Aquel bello y divertido momento se rompió cuando Jean Michel se acercó a su madre y, tras tirarle del vestido con efusividad, le gritó que tenía mucha hambre. Todos volvieron a reír y entraron en la casa para disfrutar de la cena.

Cuando Sofía creía que ese maravilloso día llegaba a su fin, Julien la sorprendió una vez más y les anunció que se sentía de tan buen humor que le apetecía regalarles un miniconcierto al piano. Todos aplaudieron encantados y fueron al gran salón para escucharlo.

Los niños se sentaron en el suelo, en primera fila, entusiasmados por poder vivir aquella emocionante experiencia, mientras que los demás se acomodaban en diferentes sofás, a excepción de Sofía, que, a petición de Julien, se sentó frente a él en una butaca.

Annette y Marie Cécile se miraron y se movieron nerviosas en el asiento, felices de ver a Julien y Sofía tan cercanos.

Los primeros acordes de Chopin la hicieron suspirar y decidió cerrar los ojos para poder disfrutar de aquel bello nocturno sin distracciones. Los demás le observaban maravillados por la maestría y el sentimiento con los que interpretaba la pieza musical, en especial Annette; se emocionó al comprobar que lo hacía con los ojos cerrados. A continuación, giró la mirada hacia Sofía y, al ver que ella también los había cerrado, sonrió ante aquella conexión entre ellos.

Julien interpretó varios nocturnos más, un triste adagio y *Sueño de amor*

de Franz Liszt, dejando a todos boquiabiertos, ya que, a pesar de tocar el piano desde pequeño, su manera de interpretar esas piezas tan complicadas había mejorado de forma muy notable tras su mudanza a Alemania. Annette sonrió al pensar en que estaba segura de que su abuelo, gran amante de la música, era el responsable de aquella mejoría tan sorprendente.

Para finalizar el improvisado concierto, Julien escogió la que sabía lograría emocionar a Sofía de verdad. Antes de comenzar, se detuvo, la miró y dijo:

—Esta canción siempre la toco para ti y hoy quiero regalártela de nuevo.

Al escuchar *Für Elise*, ella no pudo evitar que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas e intentó secarlas con discreción. Sin embargo, no logró ocultárselo a Marie Cécile, quien la miró con ternura y sonrió.

Al acabar, todos se levantaron, incluidos los niños, y le aplaudieron con energía. Él sonrió un poco avergonzado por aquella ovación y se puso en pie para agradecerles el gesto de cariño.

—Hermano, me has dejado impresionado. Enhorabuena por tu talento. —Thierry le abrazó.

—Gracias a todos, de verdad.

Los niños seguían aplaudiendo con el mismo entusiasmo y Nichole le pidió permiso para poder tocar alguna pieza que había aprendido junto con Marie Anne, la encantadora esposa del señor O’Brienn, con quienes trataban a diario cuando vivían en Inglaterra.

Disfrutaron durante un rato de los intentos de la pequeña por imitar a Julien y después decidieron que ya era hora de acostarse. Todos subieron a sus habitaciones, menos Sofía y Julien, que salieron un segundo al jardín para poder despedirse con un poco más de intimidad.

—Muchas gracias por este día tan maravilloso. Nunca lo olvidaré —dijo Sofía.

—Si me lo permites, así serán todos los días de tu vida. —Se acercó a ella e intentó besarla. Ella le apartó la cara con delicadeza.

—Dame un poco de tiempo, solo te pido eso.

—Te daré todo el que necesites. No tengo ninguna prisa. Solo necesito saber que me has perdonado y que me vas a dar una nueva oportunidad. Nada más.

—Ahora confío en ti y en tu palabra. He aprendido que el amor no tiene por qué ser una excepción. Creo que nos debemos un nuevo comienzo para intentar arreglar los errores que cometimos y que tanto daño nos hicieron. Por favor, solo te pido un poco de paciencia. —Le sonrió con ternura.

—*Ich liebe dein Lächeln* —le susurró en alemán.

—Yo también adoro tu sonrisa y a partir de ahora espero verla más a menudo.

—Que descanses. —Le besó en la mejilla y entró en la casa.

Sofía cogió aire y lo soltó de golpe conmovida por todo lo que había vivido y sintió que aquel día marcaría un antes y un después en su relación con Julien.

24

Una intensa ola de calor hizo que pasasen los siguientes días bañándose en el mar y refugiados a la sombra de las grandes palmeras que enmarcaban el amplio jardín y al frescor que emanaba de la hermosa fuente que presidía el lugar. Como no podía ser de otra forma, dado el amor de Didier Dufour por la mitología clásica, la fuente era una representación del baño de la diosa Diana y, a pesar de que no era demasiado grande, proporcionaba junto con los árboles, los arbustos y la gran variedad de flores un toque muy elegante y distinguido al jardín.

Las vacaciones estivales estaban llegando a su fin, por lo que Annette decidió que unos días antes de regresar a París celebraría una gran fiesta para despedir aquel bonito verano con su familia y ese día se levantó entusiasmada con la idea. Fue durante el desayuno cuando se lo comunicó a los demás.

—Queridos, os quiero informar de que esta noche habrá una fiesta de despedida que deseo llamar *La noche de los sentidos.* ¿Por qué ese nombre?, os preguntaréis. Debido al intenso calor que estamos soportando estos días, creo que es el momento ideal para transportaros a la India. También os quiero advertir de que es obligatorio vestir de una forma determinada para poder asistir.

Todos la miraron sin entender bien a lo que se refería.

—No tenemos ropa especial —comentó Marie Cécile mientras miraba a Sofía para ver si ella sabía de qué hablaba Annette.

—Tranquila, esta fiesta ya la tuve en mente antes de venir, por lo que traje varios saris conmigo para prestároslos. —Sofía y Marie Cécile se miraron con una sonrisa.

—¿De verdad? ¿Saris auténticos de la India? —Marie Cécile se llevó las manos al pecho con entusiasmo.

—Exacto. Comprados en las mejores *boutiques* de Bombay. Os van a encantar —respondió Annette con mirada pícara.

—¿Y a nosotros qué nos vas a poner? ¿Una túnica? —protestó Julien no muy convencido de aquello.

—Aunque no te lo creas, son muy cómodas y frescas —rio Adrien. Julien clavó la mirada en él con un gesto de negación.

—Calma. Por desgracia, no tengo túnicas para todos; sí unas camisas muy bonitas que compré para Adrien y que no ha estrenado *aún* —dijo con voz seductora, lo que hizo que él sonriese de forma abierta—. Tan solo necesitáis buscar un pantalón fino en un color claro, eso es todo.

—A mí me parece una gran idea. Este calor me está matando —afirmó

Thierry.

—Por mí perfecto. Todo indica que será memorable —comentó Adrien con la vista fija en su esposa.

—No creo que tengamos la misma talla —protestó Julien para escapar de aquella encerrona.

—Son de talla única, querido, muy amplias y cómodas. No hay forma de librarse si quieres participar y te anticipo que te va a encantar. —Sonrió con descaro.

—¡Qué bien! ¿Podemos ayudarte a prepararla? —preguntó Marie Cécile mientras se levantaba de la mesa dispuesta a comenzar con los preparativos en aquel mismo instante.

—Espera, terminemos de desayunar y después perfilaremos todos los detalles.

Por petición propia, las tres mujeres dedicaron el día a la organización de la fiesta. Entretanto, los demás disfrutaron de baños y juegos en la playa ajenos a sus planes. Una vez que Annette les explicó en qué consistiría la celebración, las tres aplaudieron encantadas por lo que iban a vivir. Sofía fue la única que mostró cierta reticencia al principio; no le parecía del todo adecuada la idea que su alocada amiga tenía en mente. No obstante, pronto sucumbió a los ruegos de sus amigas para que se dejase llevar y no pensase en nada más que en pasarlo bien.

El plan era claro: una vez que los niños se hubiesen acostado, *La noche de los sentidos* daría comienzo y con ella divertidos juegos y experiencias inolvidables.

A la hora convenida, todos se presentaron en el jardín vestidos para la ocasión. Annette les había explicado con anterioridad que el color de cada prenda tenía una simbología. Cada una de ellas escogió el que más la representaba. Ella se vistió con un magnífico sari de color rojo que reflejaba a la perfección su personalidad alegre, apasionada, valiente y vital. Las otras dos optaron por colores menos vivos: Sofía se decidió por un precioso sari de color verde esmeralda con un elegante ribete de color dorado que destacaba toda su belleza. Annette le explicó que dicho color se asociaba a la paz, la armonía, la sanación, la tranquilidad y la renovación espiritual. Sofía esbozó una sonrisa por lo adecuado de su atuendo. Por último, Marie Cécile escogió uno naranja, simbolizando su pureza de corazón, su bondad, su entusiasmo y alegría por la vida.

Adrien y Thierry aparecieron en el jardín con una sonrisa divertida. A pesar de no estar acostumbrados a vestir ese tipo de prendas, debían reconocer que los favorecía, por lo que agradecieron la suavidad que les proporcionaba el tejido de las camisas y rompieron a reír cuando vieron la cara de Julien.

—Venga, hermano. No seas quisquilloso, ¡te sienta fenomenal! —comentó Thierry. Julien puso un gesto de desaprobación.

—Cuñado, cambia el gesto. De verdad que te favorece y no puedes negar

que es mucho más cómoda que cualquier otra camisa que hayas llevado. Mi única pega es que nadie nos va a poder retratar de esta guisa —comentó Adrien y se echó a reír.

Julien dio un largo suspiro, se acercó a ellos y, tras estudiar con detenimiento sus vestimentas, no pudo contener la risa.

—Yo, si soy honesto, me alegro de que este momento no quede inmortalizado para la posteridad…

Los demás rieron y a continuación se giraron para ver llegar a las mujeres. En ese momento, la risa dio paso a la sorpresa. Ninguno de los tres pudo evitar mirarlas de arriba abajo. Con los ojos abiertos como platos, Adrien y Thierry se acercaron a sus respectivas esposas para alabar su belleza. Sofía, que en un principio permaneció apartada en un lateral mientras los otros se hacían arrumacos y confesiones pícaras al oído, se acercó a Julien para felicitarle por su atuendo.

—He de decir que me extraña verte vestido así, pero quizás deberías usarlo más a menudo. Te favorece mucho —dijo y sonrió.

Él dirigió su mirada hacia la camisa y con un gesto de manos dio a entender que no pudo hacer más que rendirse.

—Yo no estoy tan seguro… —Ella guardó silencio y a continuación apartó la mirada de él. Era obvio que Julien no era consciente de lo atractivo que estaba con aquel atuendo que marcaba sus hombros y que le otorgaba un aire informal muy favorecedor.

Annette invitó a todos los demás a ir hacia la playa, en concreto, al cenador que había preparado con todo lujo de detalles y que transportaban al encanto y magia de las grandes ciudades de la India. El lugar había sido enmarcado por unas finas cortinas de lino blancas que se movían con la brisa del mar y el interior decorado con telas de diferentes colores. Una plataforma de madera que servía de mesa había sido ubicada en el centro y cubierta por un tapiz de color verde y dorado. Sobre ella había varias cajas con bonitos dibujos de flores y animales tallados a mano y alrededor podían encontrar grandes cojines en los que debían sentarse. La única iluminación era la que aportaban las velas aromáticas, cuyo exquisito olor dominó los sentidos de todos nada más llegar convirtiéndolo en un lugar de ensueño.

Siguiendo las indicaciones de Annette, se sentaron por parejas y cogieron unas pequeñas copas que contenían un licor color ambarino.

—¡Bienvenidos a la gran noche de los sentidos! —dijo Annette levantando su copa—. Espero que el encanto y las maravillas de esta cultura ancestral os hagan vivir una noche inolvidable. Brindemos con este delicioso licor de naranja y cúrcuma y dejemos que, a partir de ahora, sean nuestros sentidos los que nos guíen.

Todos levantaron sus copas y brindaron por la que parecía iba a ser una noche memorable.

—En primer lugar, voy a explicaros en qué va a consistir mi sorpresa. Cuando uno llega a la India, todos los sentidos se disparan y parece que no

fuese suficiente tener cinco. Es tanta la variedad de olores, sabores, texturas que nunca habíamos acariciado y tanta la belleza de su paisaje, que necesitaríamos tener más para poder apreciarlo todo. Sin embargo, como la vista y el oído son los más utilizados, esta noche vamos a ir más allá y vamos a viajar a esa tierra lejana a través del resto de los sentidos.

—¡Qué divertido! —exclamó Marie Cécile.

Annette cogió varios pañuelos de seda y los repartió entre todos.

—Para realizar los distintos juegos sensitivos, tendremos que cubrirnos los ojos con las telas; el sentido de la vista nos priva de desarrollar los otros sentidos, igual o más importantes. El primer juego consistirá en averiguar a qué huelen nuestras parejas. —Julien y Sofía se miraron con discreción un tanto preocupados por lo que acababan de escuchar. Los demás esbozaron una sonrisa pícara.

—¿Puedo empezar yo? —preguntó Thierry con voz seductora, lo que hizo que su esposa, totalmente entusiasmada, comenzase a dar palmadas.

—Por supuesto. Marie Cécile, querida. Tápale los ojos.

Mientras ella ayudaba a su esposo a cubrir parte de su rostro con el pañuelo, Annette sacó varios frascos de una de las cajas y los colocó frente a ellos. A continuación, le entregó uno a su cuñada y le pidió que pusiese unas gotas de aquella esencia en la parte del cuerpo que eligiese. Ella sonrió de oreja a oreja, se aplicó un poco en el hombro y le indicó a su esposo que buscase el olor. Cuando identificó de dónde provenía aquel delicioso aroma, se detuvo para intentar olerlo, pero unos minutos más tarde, y sin saber con exactitud qué era, se rindió.

—¿No tienes ni la más remota idea de a qué huele? —preguntó Annette, divertida.

—No, pero me encanta… —respondió mientras besaba el hombro de su mujer.

—Esto, querido hermano, es esencia de jazmín y flor de loto. Ten, te lo regalo.

Marie Cécile le quitó el pañuelo y pidió ser la siguiente. Para su disgusto, Annette le indicó que prefería continuar con otra pareja.

—Ahora me toca el turno a mí —comentó con voz pícara—. Adrien, prepárate para lo que vas a oler.

Ella le cubrió los ojos y se puso unas gotas en la clavícula. Nada más sentirle cerca, estiró la espalda y sonrió.

—Creo que… puede ser una mezcla de almizcle con algo más que no soy capaz de reconocer. Me recuerda al olor de las uvas dulces… —Ella rio por lo bajo y se acarició la piel invitándole a seguir oliendo—. No lo sé, querida —concluyó—, pero prométeme que a partir de ahora siempre vas a oler así.

Annette le descubrió los ojos y se acercó a él para besarlo.

—Has dado en el clavo, *mon coeur*. Por supuesto, he estado esperando el momento adecuado para hacerlo. Esta esencia de almizcle con semillas de uva es muy poderosa, empleada como estimulante y que solo debe usarse para

ocasiones especiales.

—Me parece que esta es una de ellas —afirmó Adrien con voz ronca y la besó.

—Absolutamente. Y, ahora, le toca el turno a Julien. Hermano, afina bien tus sentidos.

Sofía carraspeó y nerviosa, cogió el pañuelo para taparle los ojos. Estar tan cerca de él hizo que sus mejillas ardiesen.

Annette le entregó el último frasco. Lo sostuvo entre las manos durante unos segundos mientras meditaba dónde usarlo. Un poco apurada por la situación, decidió poner unas gotas en su muñeca. Estaba tan nerviosa que la mano le tembló un poco y terminó derramando unas cuantas gotas de más sobre la piel que quedaba al aire en su escote.

Annette y Marie Cécile ahogaron una risita y la animaron a continuar.

Sofía le hizo saber que ya había acabado y se mantuvo quieta. Mientras Julien se acercaba a ella con la respiración ligeramente acelerada, ella apoyó las manos en el regazo y bajó la vista hacia la mesa para evitar encontrarse con la mirada de su hermano, sentado justo enfrente. Julien, aturdido por el intenso olor que emanaba de distintas partes de su cuerpo, agachó la cabeza y se detuvo a la altura de su pecho. Unos segundos después descendió un poco más haciendo que ella carraspease de nuevo. Eso provocó que él se desviase hacia las manos. Con delicadeza, deslizó los dedos por el antebrazo y cuando alcanzó la mano, la cogió y se la acercó para poder olerla más de cerca mientras descendía con lentitud hacia la muñeca. Acercó tanto la nariz que Sofía podía notar el roce de sus labios en la piel. A pesar de estar acostumbrada a que él la besase en aquella parte de su cuerpo al despedirse, sentir el aliento pegado a su piel le desbocó el corazón de tal forma que agradeció estar sentada, pues de no estarlo, habría sentido que sus piernas se convertían en gelatina.

—¿Y bien? —quiso saber Annette tras haber disfrutado aquel sensual momento entre ellos.

—Jamás he olido nada igual —afirmó al mismo tiempo que él mismo se desanudaba el pañuelo. En cuanto se lo quitó, Sofía pudo comprobar que él también tenía las mejillas ligeramente sonrojadas.

—¿Tú tampoco adivinas lo que es, querida? —Sofía negó con la cabeza incapaz de pronunciar una palabra—. Este maravilloso aceite contiene esencia de *nag champa*, una flor que nace en un árbol sagrado familia de las magnolias y que es originario de los templos hindúes y budistas de India y Nepal. Su intenso aroma propicia la meditación, y aporta paz, calma y relax sensual.

—¿Por qué todo tu cuerpo olía a ello? —Julien levantó una ceja y miró a Sofía con intriga.

Sofía se dispuso a responder con honestidad, pero Julien no le dio opción al preguntarte de inmediato si podía quedarse con el frasco.

—Por supuesto, querido, es todo tuyo. —Él lo cogió y miró a Sofía con

cierto descaro.

—Ahora os toca a vosotras —comentó Thierry deseando dejarse olisquear.

—Exacto. Marie Cécile, tú eres la primera. Cubre tus ojos y dinos a qué huele tu amado esposo.

Después de varios minutos en los que se deleitó con aquel olor, Marie Cécile arrugó la nariz con disgusto por no ser capaz de averiguarlo.

—No lo sé… es algo muy refrescante, con una mezcla de hierbas y picante. ¡Dime qué es! —Thierry le destapó los ojos y sonrió ante su mohín.

—Esto, querida amiga, es un aceite muy valorado por sus propiedades balsámicas y relajantes. Está compuesto por *tulsi*, una variedad de albahaca que estoy segura de que a partir de hoy se va a convertir en tu perfume favorito.

Marie Cécile le arrebató el frasco con una sonrisa malévola en el rostro y lo colocó a su lado en la mesa.

—Mi turno —afirmó Adrien cogiendo el pañuelo. Después se puso varias gotas en la nuca y le indicó que ya estaba listo para dejarse olfatear. Ella identificó con rapidez de dónde provenía el olor y se deleitó en su cuello fingiendo desconocer el olor. Adrien se mordió el labio de forma instintiva y se apartó un poco de ella para evitar que la situación fuese a más.

—¡Dinos a qué huele! —preguntó Sofía intrigada.

Annette rio entre dientes y, tras dar un apasionado beso a su marido, le informó de que se trataba de un aceite esencial de *patchuli*, un aroma asociado a la fuerza y la potencia de la naturaleza.

—Desde este mismo momento es mío —comentó Adrien riendo.

—Una vez más, nos quedas tú, Julien. Ayuda a Sofía a cubrirse los ojos y elige dónde quieres aplicarlo.

Él lo cogió y se echó varias gotas en el cuello. A continuación, Sofía se aproximó a él y fue capaz de localizar enseguida de dónde provenía aquel intrigante olor. Sin embargo, por más que lo olía, no podía identificarlo. Intensificó las inhalaciones mientras se acercaba al lóbulo de la oreja. Julien notó que la piel de los brazos se le erizaba al sentir la respiración de ella tan cerca. Tragó saliva y cerró los ojos, algo que no pasó desapercibido para los demás, en especial para Adrien, que miró a Annette con un gesto de extrañeza. Absorta en aquel aroma continuó oliendo su cuello hasta que él emitió una ligera tosecilla. Sofía se apartó de golpe consciente de que se había dejado llevar demasiado tiempo y afirmó que desconocía lo que era. Se quitó el pañuelo, dirigió la mirada hacia él y le vio dar un trago al licor de naranja.

—Lo que acabas de oler es uno de los aromas más característicos de la India. Es un aceite de vetiver, una planta que condensa un alto poder relajante y a la vez estimulante. De hecho, se usa en muchas ocasiones como afrodisíaco, aunque creo que a ninguno de nosotros nos hace falta ese tipo de ayuda —comentó con una sonrisa de descaro.

Todos menos ellos dos rieron a carcajadas al oír el comentario y se limitaron a mirarse un tanto incómodos por lo que habían sentido durante la

experiencia olfativa.

—¿Queréis que continuemos con el juego? —preguntó Annette encantada de ver las caras divertidas de los demás.

—Por supuesto, querida. Hoy nos dejamos llevar por ti —comentó Adrien con voz seductora.

—¿Qué más nos tienes preparado? —preguntó Thierry.

—Ahora vamos a viajar a través del gusto y, para ello, una vez más debemos taparnos los ojos.

Todos volvieron a coger los pañuelos.

—Sin embargo, este juego lo van a realizar solo los hombres.

Marie Cécile protestó.

—Julien, esta vez empiezas tú. —Él la miró y suspiró. Sentía que aún no se había recuperado de la escena anterior—. Debes adivinar qué es lo que Sofía te va a dar para comer. No puedes quitarte el pañuelo ni sacar de la boca lo que pruebes. No temas —añadió al ver a su hermano enarcando una ceja—, todo lo que he traído es comestible.

Abrió otra de las cajas y sacó varios tarros que colocó con cuidado en la improvisada mesa. Después, le pidió a Sofía que escogiese uno. Una vez lo tuvo claro, lo abrió y se pringó el índice. Con cuidado se aproximó a él y se lo acercó a la boca. En un primer momento, él retrocedió unos centímetros al notar el tacto de su dedo. Antes de que pudiese reaccionar, sacó la lengua y lo lamió. Sofía dio un ligero respingo en su asiento al notar su lengua y comenzó a respirar de forma acelerada en cuanto notó que él abría la boca para chupar la punta de su dedo. A continuación, paladeó varias veces y se lamió los labios con lentitud. Aquello le pareció a Sofía una tortura. Sentía un calor sofocante que le recorría por todo el cuerpo. Sin poder apartar la mirada de sus labios, ella humedeció los suyos sin ser consciente de ello a la vez que rezaba para que aquella erótica visión de él acabase.

—Creo que se trata de nuez moscada —dijo al fin mientras se quitaba el pañuelo.

—¡Bien hecho, hermano! Has acertado.

Julien se llevó un dedo a la boca y lo pasó por la comisura de su labio inferior para quitarse un poco de la especia que había quedado allí tras el roce del dedo de Sofía. Ella le miró y justo después desvió la mirada hacia la mesa, lo que hizo que él esbozase una sonrisilla y volviese a lamerse los labios.

El siguiente en adivinar otro exótico sabor fue Adrien, quien no tardó más de un minuto en acertar que se trataba de jengibre.

—¿Cómo lo has sabido tan pronto? —preguntó Thierry estupefacto.

—Durante el tiempo que vivimos allí lo comía muy a menudo, aunque he de reconocer que esta nueva forma de saborearlo me gusta más —comentó al mismo tiempo que se acercaba a Annette para besarla. Ella le correspondió con un beso ardiente y le dio un pequeño mordisco en el labio inferior. Él la devoró con la mirada y sonrió.

Para finalizar el juego, llegó el turno de Thierry, quien, a pesar de los

intentos, no pudo adivinar que se trataba de cardamomo.

—Por fin ha llegado el juego final —les anunció Annette. En esta ocasión, tendremos que descifrar la palabra que nuestras parejas de juego van a escribir con un dedo en nuestra espalda.

Marie Cécile y Thierry dieron comienzo al juego eligiendo dos tiernas palabras de amor: *jolie* para ella y *mon amour* para él. Ambos las adivinaron enseguida, lo que hizo que ella saltase de alegría. Los siguientes fueron Annette y Adrien, quienes escogieron dos palabras que para ellos tenían un sentido muy especial, ya que solían usarlas en la intimidad para referirse mutuamente con cariño.

—¡No me puedo creer que hayas escogido esa palabra! —exclamó Adrien —. ¿De verdad que no has encontrado otra? —rio.

—¿Qué problema tienes con que te llame *maüsebar,* querido? Ya sabes que es un término muy cariñoso con el que me refería a ti en nuestra juventud.

—¿Qué significa? —preguntó Marie Cécile al ver las caras divertidas de los demás—. ¡No es justo! Yo no sé alemán y no me entero de cuál es la gracia.

Annette soltó una carcajada al escuchar la queja de su amiga y procedió a explicárselo.

—*Maüsebar* es un término que no tiene una traducción exacta en otros idiomas. Es simplemente una palabra cariñosa que se usa para referirnos a los hombres, aunque podría traducirse como ratón-oso, es una mezcla de esos dos animales.

Marie Cécile abrió la boca para decir algo. A continuación, la cerró de golpe y se echó a reír.

—¡Vaya forma de mostrar cariño es esa! —Todos rieron al oír su comentario.

—Como la venganza se sirve fría, llega mi turno —alegó Adrien—. Por favor, date la vuelta.

Annette se giró para que pudiese escribir en su espalda y arrugó los labios con un gesto de enfado fingido.

—¿Quieres compartir con los demás lo que he escrito? —le preguntó Adrien con malicia. Ella le sonrió con un gesto de burla y le sacó la lengua.

—Mi querido esposo, como represalia, ha decidido llamarme *süsse* que significa algo así como *cuchi-cuchi.*

—Yo no tengo la culpa de que te ganases semejante apodo durante tu adolescencia. Debes admitir que a veces eras un poco cursi con tus vestidos, peinados… —Ella levantó la ceja, chasqueó la lengua y dijo:

—Siempre fui muy coqueta y presumida, no lo voy a negar, pero si hoy puedes disfrutar de la impresionante mujer que tienes delante es gracias a ello. ¿Algo más que añadir, señor Mathieu?

Él soltó una sonora carcajada y se acercó para besarla, a pesar de que ella se mostró esquiva. Luego se fundieron en un tierno abrazo y vieron divertidos como Annette levantaba las cejas, escandalizada por algo que su esposo le

había susurrado al oído.

Para finalizar, llegó el turno de Sofía y Julien. Él se recolocó en el asiento, cerró los ojos y le ofreció su espalda. Ella pensó en la palabra que quería escribir y, tras coger aire, deslizó los dedos con delicadeza por toda la superficie. Aunque la tela de la camisa era fina, deseó no tener nada que le impidiese acariciar su piel. Poco a poco fue escribiendo la palabra *ruiseñor.* Aunque él la reconoció al instante, fingió necesitar más tiempo para disfrutar de la suave caricia en su cuerpo. Después del segundo intento por parte de Sofía para que lo adivinase, Julien pronunció la palabra y ella sonrió satisfecha.

Sin darle tiempo casi a reaccionar, Julien pidió poder cambiar de zona e instó a Sofía a que desviase la mirada. A continuación, le cogió el brazo y comenzó a deslizar la yema del dedo índice por su antebrazo desnudo con una cadencia que a ella le pareció demasiado sensual. Sofía abrió los ojos como platos cuando identificó lo que le había escrito y tuvo que pensar en otra palabra. Sabía que él había escogido aquellas palabras como regalo para ella, no para ser compartidas.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que Julien te ha escrito en el brazo? —preguntó Marie Cécile deseando que lo compartiese con todos.

Sofía le miró a los ojos y, al ver una ligera sonrisa en su rostro, le taladró con la mirada. Ante la insistencia de Marie Cécile, se giró hacia los demás sin saber qué decir.

—Julien ha escrito una palabra en alemán que… —dijo en un intento de ganar tiempo— que normalmente usa cuando…

—He escrito *mutig* —intercedió Julien inventándose la palabra—, que significa «mujer valiente» y la define a la perfección.

Todos alabaron su elección y felicitaron a Sofía por lo bien que estaba rehaciendo su vida tras el giro drástico que había sufrido. Ella les dio las gracias y le apretó la mano como agradecimiento por haberla ayudado a salir del aprieto.

—Con esto, queridos míos, da por concluida *La noche de los sentidos*. Espero que lo hayáis disfrutado mucho y que os hayáis enamorado de tan magnífica cultura como lo hicimos nosotros durante nuestra estancia allí.

Los demás la aplaudieron y le agradecieron la divertida noche y se despidieron para irse a dormir. Curiosamente, los dos matrimonios tenían especial prisa por regresar a sus habitaciones, algo que hizo sonreír a Sofía, quien entendía que aquellas experiencias habrían despertado el deseo entre ellos.

Tras apagar todas las velas regresó al jardín en compañía de Julien. Ninguno de los dos hablaba; era obvio que a ellos también les había afectado lo que habían experimentado. Antes de entrar en la casa, él la sujetó del brazo y se acercó a ella para besarla. Ella le devolvió el beso con ganas y notó que el calor regresaba a su cuerpo. Cuando sintió que los besos aumentaban en intensidad, intentó apartarse de él. Sin embargo, Julien la sujetó por la cintura

y volvió a besarla. De repente, él se detuvo y la cogió de la mano para llevarla a su habitación; ella se negó.

—No, por favor, aquí no —le rogó—. No me siento cómoda con todos los demás en la casa.

—Nadie se va a dar cuenta —le respondió pegado a su oído—. ¿Crees acaso que los demás no van a hacer lo mismo esta noche? Annette sabía muy bien lo que hacía cuando preparó esos juegos. No van a sospechar que tú y yo…

—No estoy muy segura de eso —contestó con el poco aire que le quedaba. Sentir sus ardientes besos en el cuello la dejaba sin aliento.

—Vamos —insistió volviendo a cogerla de la mano.

—No, prefiero dejarlo así… Perdóname. Que descanses. —Se apartó de él y subió a su habitación lo más deprisa que pudo. Nada más entrar, cerró la puerta y se apoyó en ella sintiendo que el corazón se le salía del pecho. Le deseaba más que nunca, pero sabía que, si se entregaba a él esa noche, todo cambiaría.

A pesar de sus intentos por serenarse, el intenso calor que hacía esa noche y los recuerdos de lo vivido horas antes le impedían quedarse dormida. Sentía tanto sofoco que estar encerrada en aquella habitación estaba empezando a agobiarla. Se levantó de la cama y se asomó a la ventana para refrescarse. Por desgracia, no había ni rastro de la brisa marina que se levantaba cada noche. Sin pensarlo dos veces, salió de la habitación y bajó hacia la playa. Caminó durante unos metros y se sentó en la arena. Sin embargo, seguía notando el mismo calor que al principio, por lo que, tras comprobar que no había nadie en los alrededores, se armó de valor, se desnudó y se metió en el mar. Sentir de nuevo el agua rozando su cuerpo la maravilló y se sumergió para mojarse la cabeza. Después nadó disfrutando de cada brazada, de la inmensa sensación de libertad que le proporcionaba poder hacerlo sin sentir la ropa pegada al cuerpo y se puso bocarriba para disfrutar de la preciosa luna y del efecto que su luz proyectaba sobre el agua. Estaba absorta en aquella bella imagen cuando le pareció escuchar un ruido cercano. Angustiada, se giró hacia la orilla y abrió los ojos de par en par cuando vio a Julien desnudándose y adentrándose en el mar. ¿Cómo sabía que estaba allí? Habían pasado al menos tres horas desde que se habían despedido y había dado por hecho que todos estarían durmiendo. Con cada paso que él daba hacia ella más y más se le aceleraba el corazón.

Cuando estuvo a apenas un metro de distancia, él desapareció en el agua. Sofía se volvió hacia varios lados intentando saber dónde estaba. Antes de que pudiese hacerlo, le oyó a su espalda. Él se acercó a ella y tras apartarle varios mechones de pelo del lado izquierdo comenzó a besarle el cuello. Ella ancló los pies en el fondo con fuerza y apoyó una de sus manos en su cara invitándole a que siguiese haciéndolo. Él aumentó la intensidad y deslizó los labios por su clavícula, por su hombro mientras le acariciaba el rostro y el

pelo con la otra mano. Cuando notó las yemas de sus dedos acariciando uno de sus pechos, ya no pudo más y se dio media vuelta. Los dos se miraron con intensidad perdidos en la fuerte respiración de ambos. Él le pasó el dedo por los labios apartando los restos de agua y sin poder reprimirlo más capturó sus labios con los suyos y la besó con toda la pasión que sentía en su interior. Sofía comenzó a besar su cuello con ímpetu, le rodeó la cintura con las piernas y sintió que él la sujetaba con fuerza. Los dos sabían que el lugar no era el más apropiado, aunque, incapaces de parar y arrastrados por el deseo, hicieron el amor en el agua como nunca lo habían hecho, sin censura, sin temor a ser descubiertos.

Acabaron exhaustos, ya que no les resultó fácil mantener el equilibrio, aunque totalmente satisfechos y llenos de la pasión que los había desbordado. Sin poder dejar de besarse llegaron a la orilla, se pusieron la ropa y regresaron a la casa a paso lento. Sin embargo, esa vez Julien sí logró convencerla para que le acompañase a la habitación y allí, dejándose llevar de nuevo por la pasión, volvieron a entregarse el uno al otro. Pero esa vez los dos sintieron que era distinta, ya no había prisa ni espacio para las dudas. Ya solo quedaban sus sentimientos, más a flor de piel que nunca y la maravillosa sensación de haber podido amarse de verdad.

Julien la abrazó por la espalda y mientras ella le acariciaba el brazo le preguntó:

—¿Cómo has sabido que estaba en la playa?

—No me acosté. Decidí quedarme en el jardín. No podía dormir. Estaba sentado junto al mirador cuando te vi bajar por las escaleras y te seguí.

—Yo tampoco era capaz de quedarme dormida… Esta noche hace un calor inaguantable, ¿no te parece?

—Mucho —respondió él con voz ronca y la besó en el cuello.

—¿Por qué elegiste esa frase en el juego del tacto? Sabías que no podría decirla en alto delante de los demás.

—Es lo que deseaba decirte y que nunca he sido capaz de verbalizar. *Je t'aime* —le repitió al oído.

Ella sonrió y se giró para mirarlo. Cogió aire y suspiró con fuerza.

—Yo también te quiero —susurró contra su boca.

Sus labios se encontraron de nuevo y ambos sintieron que un escalofrío recorría su piel cuando se separaron.

—Creo que deberíamos intentar dormir un poco —afirmó Sofía consciente de que, si volvían a dejarse arrastrar por sus besos y caricias, iba a resultarle imposible resistirse.

Julien gruñó en su cuello y accedió. La abrazó por la espalda y comenzó a acariciarle con la yema de los dedos la palma de la mano que ella tenía apoyada en la almohada. Luego entrelazó sus dedos con los de ella con fuerza.

—Gracias por regalarme este momento. No sabes cuánto he deseado poder tenerte así, junto a mí, acariciándote y sin que ninguno de los dos tengamos que despedirnos.

Ella suspiró y le dio un beso en la mano sintiendo un nudo en la garganta.

—Todo habría sido tan distinto si… —logró decir.

—No hablemos de eso ahora. Cierra los ojos y disfruta de esta maravillosa sensación. Ahora mismo no hay nada entre nosotros. Yo soy tú y tú eres yo, y este momento es la casualidad que hallábamos buscando desde hacía mucho tiempo. Agradezcámosle a la vida este precioso instante y dejemos que ella nos guíe por el camino correcto.

—¡Qué poético te pones cuando quieres! —comentó ella en un intento de romper la seriedad que había surgido.

—Soy muchas más cosas de las que crees.

—Quizás debería marcharme ya. No quiero que los demás se enteren de esto. No pasarán más de dos horas hasta que amanezca.

Él le puso una de sus piernas encima y la atrapó mientras apretaba su mano contra la de ella.

—¿Vas a retenerme aquí con alguna parte más de tu cuerpo? —comentó con una sonrisa divertida en el rostro.

—No me des ideas… —respondió y comenzó a besarla en el cuello de nuevo.

—Mejor intentemos dormir un poco o va a ser demasiado evidente que hemos pasado la noche en vela. —Se recolocó en la cama obligándole a separarse de ella.

—Está bien, pero no se te ocurra marcharte sin despertarme —le rogó. Ella esbozó una enorme sonrisa—. Lo digo en serio, por favor, antes de irte despiértame. Odio que me dejes así.

—Está bien. Ahora descansa.

—Igualmente. —Volvió a acercarse a ella; en esa ocasión tan solo la abrazó por la cintura y tras dar un largo suspiro sonrió feliz y agradecido por aquella maravillosa noche.

25

—Mami, ¿dónde has dormido esta noche? —preguntó Nichole durante el desayuno en el jardín.

Sofía estuvo a punto de atragantarse con un trozo de pan y tosió con fuerza sintiendo cómo sus mejillas empezaban a encenderse al mismo tiempo que sentía la mirada de los demás clavada en ella.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Cruzó una mirada fugaz con Julien—. Dormí en mi habitación, como siempre. Es solo que me acosté un poquito tarde.

Todos seguían comiendo sin hacer comentarios en medio de un silencio tenso.

—No, mami, ahí he dormido yo y tú no estabas. Fui a verte, pero como no te vi me tumbé en tu cama y me dormí. —Adrien giró la cabeza hacia su hermana y frunció un poco el ceño.

Sofía bajó los ojos al plato sin saber dónde meterse y dio un sorbo al zumo que se había servido. Después, cogió aire e intentó sonar convincente.

—Bueno, en realidad… he dormido aquí en el jardín. Hacía un calor insoportable en la habitación y bajé a tomar un poco el aire. Me quedé dormida en una de aquellas —dijo señalando unas hamacas que había al fondo.

Julien carraspeó ante aquella respuesta y torció los labios.

—Querida, tendrás un dolor de cuerpo horroroso. No debe ser nada cómodo quedarse dormido ahí tantas horas —comentó Marie Cécile con ingenuidad.

—Sí, un poco, la verdad…

—Cuando yo me he despertado he salido a jugar y no te he visto… —concluyó Nichole masticando un trozo de fruta.

—Fui a dar un paseo por la playa nada más amanecer… —Sofía se acercó hacia ella y le ordenó que dejase de hablar mientras comía.

La niña siguió comiendo como si nada satisfecha por la respuesta que le había dado su madre, a diferencia de Annette y Adrien, que habían dejado de comer y se miraban entre ellos con disimulo.

—Si me disculpáis, tengo unas cosas que hacer —comentó Julien y se levantó de la mesa. Sofía no se atrevió a mirarlo e intentó disimular su nerviosismo partiendo unos trozos de manzana para su hija.

—Yo también —afirmó Thierry—. Tengo que ocuparme de unos asuntos antes de que regresemos a casa mañana. Hasta luego. —Le dio un beso a su mujer y se marchó.

Marie Cécile, consciente por primera vez de lo que pasaba, le pidió a Nichole que la acompañase a la cocina y los dejó a solas.

Sofía comenzó a ordenar la mesa con nerviosismo y derramó un vaso que contenía un poco de zumo en el mantel.

—Sofía, ¿estás bien? —preguntó Adrien extrañado por el comportamiento de su hermana.

—Sí, sí, disculpa —murmuró mientras intentaba secar el líquido derramado con una servilleta.

—Deja eso. —Le quitó la servilleta de las manos—. Estás muy rara hoy y lo que ha comentado Nichole sobre anoche me ha preocupado… ¿Dónde has dormido?

—Querido, deja de atosigarla —le increpó Annette para ayudarla—. Ya nos lo ha dicho, no podía dormir y salió al jardín. El calor de anoche fue asfixiante, yo misma me levanté en una ocasión a abrir las ventanas de par en par.

Él seguía con la mirada clavada en su hermana y añadió:

—¿Julien estuvo contigo? —Sofía dio un respingo al oír la pregunta que acababa de hacerle.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—No sé… me pareció que os quedasteis hablando cuando los demás nos íbamos a dormir…

—Y así fue, pero solo durante un rato. Luego nos despedimos. ¿Pasa algo por haber dormido en el jardín? —preguntó en un intento de naturalizar su mentira.

—No.

—Entonces… ¿Por qué insistes tanto en ello?

Adrien entrecerró los ojos y la estudió unos instantes. A continuación, se levantó de la silla.

—Vale, vale, es que al principio tu respuesta me pareció rara. Os dejo, voy a ayudar a Thierry. Os veo luego.

En cuanto le perdieron de vista Annette se giró hacia Sofía.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —le susurró.

—¿Entre quién?

—Sofía, no te hagas la tonta… ¿Qué pasó entre Julien y tú anoche? Me ha parecido que el motivo que ha dado para levantarse de la mesa ha sido una excusa. Parecía molesto contigo.

Sofía resopló tan fuerte que hizo volar una pequeña servilleta.

—Yo también creo que se ha enfadado. No ha sido mi intención, aunque… ¿qué otra cosa podía decir? Nichole ha sido de lo más indiscreta —comentó molesta.

—No se lo tengas en cuenta, es solo una niña… Aún no me has contestado a la pregunta.

—Sí, anoche pasó algo entre nosotros. —Annette se llevó la mano a la boca.

—¿Algo bonito?

—Sí, muy bonito…

—¿Y por qué está enfadado entonces?

—Creo que se ha molestado por la excusa que he dado. Es obvio que hemos dormido juntos.

—¿Él quería que dijeses la verdad? —Abrió los ojos como platos.

—Al parecer sí. Está decidido a que empecemos una relación en serio. No quiere ocultarlo más, pero yo no puedo… Necesito un poco más de tiempo. Casi me muero cuando todos me habéis mirado. No estoy preparada aún para compartirlo con los demás.

—No tienes por qué hacerlo. Es algo muy íntimo.

—¿Tú crees que después del comentario de Nichole y de mi torpe respuesta a alguien le ha quedado alguna duda de que no he dormido aquí? Ni siquiera Thierry se lo ha creído y estoy segura de que Adrien también lo sospecha. ¡Me ha preguntado directamente por él! ¡Qué vergüenza!

—No seas boba. Eres una mujer adulta y libre. ¿Por qué alguien debería juzgarte?

—No lo sé. Ahora Julien se ha enfadado y… otra vez a empezar.

—Estoy segura de que no está tan enfadado como crees. Quizás ha sentido el deseo de que por fin lo admitieses delante de todos. Enseguida se le pasará. Ve a hablar con él. Mi hermano puede llegar a ser muy cabezota y cuanto más tiempo le des para pensar peor.

—No sé dónde ha ido…

—Debe estar en el barco —dijo y le acarició la mano con ternura.

Sofía le encontró charlando con varios hombres en el embarcadero. Se acercó y vio como él giraba ligeramente la cabeza al percatarse de su presencia y después seguía hablando. Ella se mantuvo a un par de metros de ellos para no interrumpir la conversación hasta que uno de los hombres se volvió hacia ella y la saludó.

—Bonjour, madame.

—Bonjour, disculpen, no quiero molestarles —les respondió y deshizo sus pasos para alejarse de allí.

—No se preocupe, nosotros ya nos vamos —comentó el mayor de ellos.

—Gracias por todo. —Julien se adentró en el barco sin ninguna intención de hablar con ella.

Sofía le siguió hacia el interior y comenzó a hablar. Él guardaba silencio.

—Siento que te hayas molestado, no podía decir la verdad delante de todos. Nichole no ha sido consciente de su indiscreción. Te pido que la perdones.

—No estoy molesto con la niña —dijo al fin y se giró hacia ella—. Nichole ha actuado con normalidad… eres tú la que insiste en seguir disimulando como si fuésemos dos chiquillos.

—Lo siento si no te ha gustado mi respuesta. Quiero ser yo la que decida

el momento adecuado para compartirlo con los demás.

—Y mientras tanto… ¿qué deseas que haga yo? —La miró fijamente.

—No deseo que hagas nada, solo que me des un poco de tiempo, Julien. Ya hemos hablado de esto.

Él cerró los ojos y empezó a masajearse la frente con los dedos.

—No malinterpretes mis gestos… es solo que no deseo que mi hija se entere de esa forma. Quiero prepararla, poder sentarme con ella y explicárselo. Ella todavía añora mucho a su padre y no estoy del todo segura de que aceptase un nuevo rol paternal en su vida. Aún no está preparada.

—Si lo que realmente te preocupa es tu hija, déjame hablar con ella. Yo le explicaré que mi intención no es suplantar a su padre y que tan solo deseo hacerla feliz y acompañarla en su vida en el rol que ella misma decida.

—No. No quiero que lo hagas. Aún no.

Julien se sentó y comenzó a mover la pierna con nerviosismo. Ella se aproximó a él para intentar rebajar su tensión y le puso la mano en el hombro con ternura.

—Está bien. No voy a seguir insistiendo en algo que no quieres hacer. Hagamos como si nada hubiese ocurrido y volvamos a nuestra vida —dijo Julien y se levantó de forma brusca. Ella resopló con furia.

—¡A terco no te gana nadie! —exclamó y se bajó del barco en dirección a la casa al mismo tiempo que él apartaba de una patada un cubo de agua que encontró en su camino hacia la proa.



Las vacaciones llegaron a su fin y con ellas los ecos de un verano maravilloso en el que todos habían descubierto partes de ellos que desconocían. Aquel tiempo entre paréntesis lleno de confesiones, risas y felicidad supuso un descanso en sus vidas que les ayudó a reconectar consigo mismos y les llenó el alma con muchos propósitos para la nueva estación a la que se encaminaban.

¿Sería el otoño la estación que le traería a Sofía el impulso que necesitaba para confesar su amor por él? Con aquella inquietante duda en su mente, Julien regresó a su casa en París en la que, por sorpresa, le esperaba una carta recibida desde Alemania firmada por el rector de la Universidad Friedrich-Wilhelm de Berlín. Tras leerla, cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz consciente de que el mensaje que contenía iba a suponer un nuevo desvelo en su vida.

26

—¡Estás sacando conclusiones sin saber! —le reprochó Julien lanzando la carta al escritorio.

—Te lo estás planteando, eso es lo que me inquieta —protestó Sofía.

—No es cierto. Tan solo te he dicho que voy a viajar a Berlín para hablar en persona con el rector, nada más.

—Hoy es Berlín y mañana será cualquier otro lugar. Tu carrera es demasiado importante para ti como para anclarte en una única ciudad y rechazar las ofertas que te ofrecen desde diferentes universidades. Siempre será igual… —murmuró y se llevó la mano a la cabeza con agobio.

Él estudiaba sus movimientos en silencio y la oía mascullar cosas en voz baja.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó alzando un poco la voz.

—Sí… que una importante universidad te reclama como profesor de Historia y que…

—No me refiero a eso —la interrumpió—. He dicho que solo quiero hablar en persona con el rector, no que vaya a aceptar el puesto. Estas cosas hay que hablarlas en privado, cara a cara. Al menos, esa es mi forma de actuar. Me han invitado a unas semanas culturales en las que quería participar, nada más.

—No te creo. Sé que al final lo aceptarás y regresarás a Alemania con Elise. ¿Entiendes ahora por qué quiero proteger a mi hija? ¿Qué pasaría si te hubiese aceptado como padre y ahora te marchas llevándote contigo a la niña que se ha convertido en casi una hermana para ella? ¿Crees que Nichole podría soportar la pérdida de otro rol paterno en tan poco tiempo?

Julien resopló con fuerza.

—Sofía, puedo vivir luchando contra el fantasma de James. Eso lo comprendo y lo acepto, pero no en contra de tu desconfianza hacia mí.

—No es desconfianza, tú mismo me lo estás contando.

—Da igual lo que haga o diga… no eres capaz de superar tus dudas hacia mí. Sé que soy el culpable de ello. No obstante, creo que te he demostrado suficientes veces que he cambiado como para seguir soportando tanta desconfianza y rencor. Me marcho en un par de días. No te preocupes por Elise, se queda en buenas manos con Ilsa y mi hermana.

Aquellas palabras la hirieron en lo más profundo de su corazón.

—Que te vaya muy bien en tu nueva etapa en Berlín —dijo y se encaminó hacia la salida con los ojos llenos de lágrimas, el alma de nuevo encogida y sumergida en un bucle infinito que volvía a repetirse dieciséis años después.

Antes de entrar en su casa, Sofía cogió aire, se secó las lágrimas y se prometió no volver a llorar más. Volvería a centrarse en su vida y en su hija y apartaría todo aquello que las hiciese sufrir, aunque en su interior rezó para que el amor entre ella y Julien no volviese a derrumbarse asfixiado y atrapado entre las fauces del egoísmo y la cobardía.



El embarazo de Annette estaba empezando a provocarle ciertas molestias en la espalda y en las piernas. Sofía la acompañaba a pasear cada tarde para ayudarle a relajar la tensión muscular que sentía cuando permanecía demasiado tiempo sentada. Solían caminar por un parque cercano a la casa. Sin embargo, aquella tarde Annette se sentía más enérgica, así que decidieron ir al Bosque de Boulogne, un gran parque en el oeste de la ciudad por el que era una auténtica delicia pasear al principio del otoño. Belmont las dejó a la entrada y prometió regresar a recogerlas un par de horas después. Cogidas del brazo, emprendieron su paseo mientras disfrutaban de la extensa vegetación y de los majestuosos cedros que cubrían más de la mitad del parque.

Cuando llegaron a uno de los lagos interiores, vieron a un grupo de personas arremolinadas en torno a alguien que parecía estar recitando un poema. Se acercaron intrigadas, convencidas de que sería un artista callejero de los muchos que poblaban las calles de la ciudad en busca de un poco de reconocimiento. El gran número de personas congregadas hacía imposible saber si se trataba de un hombre o una mujer. Decidieron aproximarse un poco más para al menos poder oír lo que decía.

—¡Es justicia, no caridad lo que el mundo necesita! —gritó—. Estas palabras, queridos amigos, salen de una mente lúcida, harta de las injusticias a las que las mujeres seguimos siendo sometidas. No solo reclamaba justicia, Mary Wollstonecraft también exigía igualdad. Con sus palabras «Yo no deseo que las mujeres tengan poder por encima de los hombres, sino poder sobre ellas mismas» nos dio una lección magistral sobre la importancia de que hombres y mujeres luchemos por el bien común.

Sofía y Annette se miraron con los ojos abiertos como platos, sorprendidas por escuchar frases célebres de una de las precursoras de la lucha por los derechos de la mujer, que usó su pluma para reivindicar la igualdad un siglo antes. Era una voz de mujer. ¿Quién podría ser la persona que las recitaba?

La mujer continuó con su recital de frases célebres de la escritora inglesa.

—«Confinadas en jaulas como la raza emplumada, no tienen nada más que hacer que sacudirse las plumas y pasearse con majestuosidad de percha en percha. Es verdad que se les proporciona alimento y ropa sin que tengan que esforzarse, pero a cambio entregan su salud, libertad y su virtud».

Sofía y Annette alzaban la cabeza para conseguir ver a la persona que

hablaba con tanta convicción y vehemencia, pero el gran número de personas a su alrededor se lo impedían.

La mujer se detuvo tras leer esas frases para mirar a todos y cada uno de los asistentes a aquella improvisada reunión y a continuación añadió:

—¿De verdad que es ese tipo de mujer el que queremos para nuestras hijas? ¿Queremos seguir dejándolas en manos de maridos crueles que solo las usan para satisfacer sus deseos y proporcionarse una prole que usarán de la misma forma para asegurarse un futuro?

Annette frunció el ceño extrañada ante aquel tono de voz que le resultaba familiar.

—Sofía, ven, vayamos a un lateral. Necesito descubrir quién habla. Su voz me recuerda a alguien, pero no creo que sea posible.

—Esto y mucho más —continuó la mujer— es lo que nuestra querida hermana Mary escribió en su obra *Vindicación para los derechos de la mujer* y lo hizo con gran valentía. Si ahora se nos prohíbe levantar nuestra voz para reclamar lo que nos corresponde, imaginad lo que tuvo que vivir ella cuando lo escribió en el siglo pasado. ¡Un siglo, amigos, y nada ha cambiado! —subrayó en voz alta.

Cuando por fin lograron acercarse Annette no podía creer lo que veían sus ojos.

—Terminaré con una frase que a vosotras, mujeres aquí reunidas, debe haceros pensar: «No solo las mujeres sino toda la humanidad quiere ser amada y respetada por alguien. Debemos decidir si tomar el camino más próximo para satisfacer estos deseos o ganarnos el respeto con nuestro esfuerzo»[1]. Ahora regresad a vuestras casas y reflexionad si os merece la pena la vida que lleváis por no haber tenido el derecho a decidir por vosotras mismas.

Todos los asistentes, en su inmensa mayoría mujeres, a excepción de algunos muchachos jóvenes que se acercaron movidos por la intriga, la aplaudieron y vitorearon con pasión y entusiasmo. Después, poco a poco fueron alejándose del lugar mientras comentaban todo lo que habían oído.

Annette cogió a Sofía del brazo y se acercó a la mujer, que recogía sus pertenencias del suelo.

—¿Sarah? —preguntó Annette confundida. La mujer se giró para mirarla y abrió la boca con sorpresa para después sonreír de oreja a oreja.

—¡Marie! —exclamó y se lanzó hacia ella para abrazarla—. ¡Qué alegría volver a verte! No sabía que vivías en París.

—¿Qué haces aquí? —Annette la miraba sin poder creer que aquella mujer con la que compartió tantos momentos durante su estancia en Londres estuviese delante de ella.

—Ya lo ves… Llevando por el mundo la palabra de nuestra hermana Mary para intentar abrir la mente de las mujeres de esta ciudad.

—¿Desde cuándo estás en París?

—Llegué hace un mes, más o menos. He estado moviéndome por la ciudad, conociendo a otras personas, ya sabes… —dijo guiñándole un ojo—.

Si hubiese sabido que vivías aquí, habría intentado contactar contigo. —Miró a Sofía.

—Oh, disculpa… esta es mi amiga… bueno, cuñada, en realidad. Es Sofía Mathieu, hermana de mi esposo —comentó Annette al percatarse de que no las había presentado.

—Encantada de conocerte, Sofía —comentó Sarah con una sonrisa y volvió a mirar a Annette—. ¿Estás casada? ¿No me digas que te casaste con ese hombre que fue a buscarte? No recuerdo su nombre…

—Adrien —respondió con voz tierna y una sonrisa.

—Eso, sí, Adrien. ¡Me alegro mucho! ¡Felicidades! ¿Eres feliz?

Sofía miró a Annette ante aquella pregunta.

—Mucho. Es un hombre maravilloso.

—No lo dudo. No obstante, me dio la sensación de que quería controlarte cuando se presentó en Londres.

—No, es una larga historia que ya te contaré. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—No tengo fecha de regreso a Inglaterra… De hecho, será mejor que no lo haga en una larga temporada.

—¿Te has metido en algún lío? ¿Sigues con ese político irlandés?

—No, no… aquello duró muy poco. Ya sabes, lo justo para recabar información valiosa —rio—. Y tú, Sofía… ¿estás casada? —La miró con descaro.

—No, soy viuda.

—Vaya, lo siento.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —quiso saber Annette.

—No. Ando de acá para allá, sin rumbo fijo.

—Ven a comer a casa, así podremos hablar con más calma y ponernos al día de nuestras vidas. Me alegro mucho de volver a verte. Todo acabó de forma muy brusca y no pude despedirme de ti y agradecerte tu amistad.

—No hay que agradecer nada. Entre nosotras tenemos que ayudarnos. Yo también estoy feliz de haberte encontrado. Esto es algo que no esperaba y que va a hacer que mi estancia en esta ciudad sea mucho más entretenida —señaló.

—¿Tienes un papel para que te apunte la dirección? —Sarah sacó una pequeña libreta y se la entregó a Annette.

—Toma, te esperamos mañana en esta dirección para almorzar —dijo Annette y le dio un abrazo para despedirse. Ella le correspondió con la misma alegría. Se alegraba de volver a ver a su amiga y comprobar que estaba bien.

—¿Tú también estarás, Sofía?

—Sí, vivo en la misma casa.

—Oh, perfecto, entonces. Allí nos veremos. Que tengáis un feliz día, hermanas, y recordad: es justicia y no caridad lo que necesitamos. —Sonrió y se alejó caminando con prisa mientras las otras dos la observaban en silencio.

—¿De qué conoces a esa mujer? —preguntó Sofía con extrañeza.

—Sarah fue una de las mujeres con las que me relacioné en Londres. Es una chica estupenda, llena de entusiasmo por la vida y muy luchadora. No ha tenido una vida fácil, pero se ha abierto camino desde muy pequeña con su inteligencia y astucia. Lo pasé muy bien con ella y aprendí mucho. Tiene un gran corazón. Aunque he de reconocer que es un poco alocada.

—¿Todo el mundo en Londres te conocía como Marie?

—Sí, preferí usar mi segundo nombre.

—Por lo que veo, Sarah está muy involucrada en la lucha.

—En el poco tiempo que pasé allí pude comprobar que las mujeres inglesas son más radicales y Sarah es una de ellas. Se ha metido en más de un problema por ello, pero siempre logra salir de cualquier situación. Es admirable.

—Sí, eso es algo que me desesperaba cuando vivía en Warwick. Allí apenas había movimiento, a excepción de unas cuantas mujeres con las que contacté y con las que me reunía de vez en cuando sin que lo supiese James. Ya sabes que la mujer de un sacerdote no solo debe ser un ejemplo de moralidad, sino también aparentarlo… Me daba mucha pena estar tan cerca de Londres y no poder viajar hasta allí para participar en diversos congresos que hubo sobre los derechos de las mujeres… —comentó con pena.

—Bueno, ahora estamos en París y podemos continuar con nuestra labor. La escuela funciona cada vez mejor. Además, creo que con la presencia de Sarah en la ciudad vamos a tener oportunidad de organizar cosas interesantes. Es una mujer muy activa que no se detiene ante nada.

—Aquí había más gente reunida de la permitida y eso le puede traer problemas.

—Sin duda, Sarah ha llegado para revolucionar París —comentó Annette riendo.

—Sí, me ha parecido una mujer muy peculiar.

—¡No sabes cuánto! —Las dos rompieron a reír de camino a la salida del parque, donde las esperaba el cochero.

27

—Bienvenida a casa. —Annette dio un cálido abrazo a Sarah y sonrió ante la cara de estupefacción que mostraba.

—Vaya, ¡esto más que una casa es un palacio! —dijo girando sobre sí misma para admirar todo a su alrededor.

—No es para tanto.

—¿Qué? Jamás pensé que vivirías en un sitio semejante. El lugar donde vivías con Samuel…

—Querida, ven, vayamos al jardín —la interrumpió Annette nada más ver a Adrien llegar a casa. Él las miró en su camino hacia el despacho.

—¡El jardín! —exclamó con los ojos abiertos como platos—. Querida, esto es lo más parecido que he visto a Hyde Park. —Annette soltó una carcajada ante tal exageración.

—Sentémonos a disfrutar de un té hasta que llegue el resto.

Sofía apareció apenas unos minutos más tarde y se sentó al lado de Sarah.

—Hola de nuevo. —Sarah esbozó una gran sonrisa.

—Encantada de volver a verte, Sarah.

—El placer es mío. —La miró directamente a los ojos.

—Esta es la casa de mis padres —la informó Sofía— y aquella que ves al fondo es la casa familiar de Annette.

—¿Allí no vive nadie? En ese caso… yo estaría dispuesta a instalarme —comentó riendo.

—Vive mi hermano Julien con su hija Elise.

Sarah asintió con la cabeza sin terminar de creerse el entorno en el que estaba.

—Todo esto es increíble. Tenéis unas casas muy bonitas… bueno, creo que majestuosas las define mejor.

—Gracias —respondieron las otras dos al unísono.

—No sé cómo pudiste vivir en ese piso tan modesto con Samuel si estás acostumbrada a estos lujos.

Annette se movió inquieta en la silla.

—Bueno, digamos que, a pesar de que pueda resultar abrumador, para nosotros no es lo más importante. El dinero no es lo que más valoramos en la vida.

—Eso me parece maravilloso, pero… la diferencia es enorme. Imagino que el amor rellenó todas las carencias.

Annette miró de reojo a Sofía y se alivió cuando vio que parecía absorta mientras miraba en dirección a la casa de los Dufour. Imaginó que estaría

pensando en Julien y sintió un poco de lástima por ella.

—¿Hace mucho que eres viuda, Sofía? —le preguntó Sarah y la sacó de aquel trance.

—No. Un año y medio más o menos.

—Lo siento mucho. —Ella le agradeció las palabras de cariño con una inclinación de cabeza—. Debe ser muy difícil quedarse viuda tan joven. ¿Tienes hijos?

—Sí, una niña de siete años.

—¿Y tú, Annette?

—Yo también. Tengo un pequeñajo de casi tres y otro más que viene en camino. —Se acarició el vientre que ya empezaba a mostrar su embarazo.

—Oh, ¡enhorabuena! Ya veo que no has perdido el tiempo… —Annette se extrañó ante aquel comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que en unos pocos años has cambiado de vida de forma radical.

—Mi vida en Londres fue un paréntesis. Estos son mi vida y mi entorno.

—Entiendo. La verdad es que esto es mucho mejor que el frío y húmedo Londres. Creo que me quedaré una temporadita por aquí. Estoy empezando a descubrir cosas muy interesantes…

—Yo también viví en Inglaterra varios años. De hecho, regresé a París hace tan solo unos meses.

—¿Sí? —preguntó Sarah y se giró para mirarla.

—Sí, mi marido era inglés. Nació en Bedford, aunque nos conocimos aquí en París. Un tiempo después decidimos mudarnos a Warwick y allí vivimos hasta que falleció. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Siento tu dolor. —Sarah le cubrió la mano con la suya—. No obstante, eres una mujer joven y muy atractiva como para vivir el resto de tu vida sola. Debes rehacer tu vida.

—Lo intento…

—Quizás el destino te traiga amores nuevos igual o incluso más intensos. A lo largo de nuestra vida conocemos a tanta gente que me resulta chocante que la mayoría decida limitar las posibilidades de disfrutar de la pasión con una única persona.

—Se llama amor, querida —repuso Annette con una sonrisa.

—Yo más bien diría que se llama convencionalismo… si no lo pruebas, ¿cómo vas a saber si te gusta? Hay que estar abierto a ello para poder disfrutarlo. No dudo de tu amor por tu esposo, pero… ¿acaso no amaste a Samuel y disfrutaste de lo que él te ofreció aquellos meses?

Sofía giró la mirada hacia Annette por primera vez.

—Aquello fue distinto… yo estaba en un momento muy complicado y…

—Complicado o no, Samuel es un hombre maravilloso y muy apuesto… seguro que…

—Adrien, querido, estamos aquí —dijo Annette levantando la mano para

acabar con aquella incómoda conversación.

Adrien caminaba hacia ellas con lentitud intentando calmar la tensión que le provocaba la presencia de aquella mujer en su casa.

—*Bonjour, mesdames.* —Se acercó a Annette y le dio un beso tierno en los labios. Después, fue hacia su hermana, la besó en la mejilla y finalmente se giró hacia Sarah para saludarla.

—Bienvenida a París. —Besó su mano.

—Muchas gracias. No pensé que nos volveríamos a ver, pero, *voilà,* aquí estamos. —Él sonrió sin demasiadas ganas.

—¿Qué le ha traído a esta ciudad? —quiso saber Adrien mientras se sentaba.

—Lo mismo que a tantas otras… apoyar la lucha de las mujeres. Es necesario conocer las necesidades y exigencias de nuestras hermanas en todo el mundo para saber cómo podemos ayudarles a liberarse del yugo de la sociedad en la que viven.

—¿Y cómo costea su vida aquí? —Annette le fulminó con la mirada por aquella pregunta que le pareció del todo inapropiada—. Quiero decir que… —corrigió— imagino que pertenecerá a alguna asociación de mujeres que se haga cargo de los gastos de viajar por varios países para llevar a cabo esa labor de investigación. —Miró a su esposa para comprobar si aquella corrección le parecía más adecuada.

—Sí, imagina bien, señor…

—Mathieu, pero puede llamarme Adrien.

—Gracias. Sí, pertenezco a una asociación ubicada en Londres que es la encargada de pagar nuestros viajes. No obstante, realizamos trabajos de vez en cuando para poder costearnos nuestros gastos personales. El dinero de la asociación solo debe dedicarse a la causa.

—Entiendo. ¿Y quién financia dicha asociación? —Annette volvió a mirar a su marido con disgusto—. No me mires así. Tengo interés por cómo funciona todo esto en Inglaterra. Sofía intentó buscar benefactores en Warwick, pero no lo logró. Londres es distinto. Me habría gustado poder dedicar un poco de tiempo a hacer dicha investigación durante mi estancia allí. Por desgracia, estuve demasiado ocupado.

—Sí, recuerdo el día en el que nos conocimos. Siento que fuese en una situación tan dramática.

Annette carraspeó.

—Marie no me comentó que buscase benefactores. Podría haber sido de ayuda, ya que conozco a muchas personas influyentes en la ciudad.

Adrien cogió aire cuando oyó a Sarah dirigirse a Annette como Marie. Aquel nombre le evocaba demasiados recuerdos dolorosos.

—Nuestras familias tienen una fundación de ayuda a las mujeres y niñas desde hace muchos años. Tenemos varias escuelas repartidas por varias ciudades del país y hemos abierto una recientemente aquí en París —comentó Sofía.

—Algo de eso sí me comentó Marie… de hecho, creo que a Samuel le fascinó lo que le contaste acerca de esas escuelas. —Adrien se removió en el asiento al oír aquel nombre.

—¿Sabe algo de él? —preguntó Adrien sabiendo que Annette no se atrevería a preguntar por él en su presencia.

—¿De Samuel?

—Sí. —Tosió.

—Mi querido Samuel… —Sarah suspiró al recordar a su amigo.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Annette alarmada por el gesto melancólico de su amiga.

—No, no… está bien. Regresó a Irlanda unos meses después y allí conoció a una mujer. Fue padre de una niña hace un año. —Annette suspiró aliviada.

—Me alegro —afirmó Adrien y miró a su esposa.

—Yo también. Es muy buen hombre y se merece ser feliz —comentó Annette con un nudo en la garganta.

—Sí. Ha sufrido mucho. Afortunadamente, la vida termina recompensando a las buenas personas tarde o temprano —comentó Sarah.

Todos asintieron en silencio.

—¿Podemos ir ya a comer? —preguntó Adrien para cambiar de tema—. Me muero de hambre.

Todos se levantaron y se dirigieron al salón.

—Me encantaría conocer vuestra escuela —comentó Sarah mientras disfrutaba de un rico bocado de venado.

—Cuando quieras. Sofía es la directora ahora que mi hermano Julien está de viaje en Berlín.

—Ah, ¿sí? Mejor motivo para ir… —Adrien miró a Sarah ante aquel extraño comentario—. ¿Me enseñarías la escuela un día de esta semana? —La miró fijamente—. Estoy muy interesada en la educación de las niñas. Ya sabemos que es esencial en la lucha.

—Por supuesto —respondió Sofía con una sonrisa—. Ya vi que conoces muy bien la obra de Mary Wollstonecraft —comentó con interés—. Ella también exigía mejor formación para las niñas.

—Mucho, ella es una de las precursoras. Podría recitar sus citas más célebres de memoria. Fue una mujer admirable con una mente privilegiada que no solo luchó por ella, sino por su hija. Gracias a la educación que recibió podemos disfrutar de las obras de la gran Mary Shelley.

—¡Exacto! —comentó Sofía entusiasmada—. Es por eso por lo que nosotros hacemos un gran hincapié en la educación de las niñas sin recursos. Sin ella no pueden conocer sus derechos y quedan en manos de sus familias y más tarde de las de sus maridos.

—No hay libertad sin formación —añadió. Sofía le sonrió de oreja a oreja.

—Eso fue algo que me provocó ciertas desavenencias con mi marido. Él no estaba de acuerdo en que formase a nuestra hija en diferentes dogmas religiosos para que ella misma eligiese si quería vivir bajo los preceptos de

una religión o los del ateísmo.

—Los hombres siempre intentan que mantengamos la fe religiosa. Así nos controlan y manipulan desde el miedo.

—Todos los hombres no. Si queremos lograr la igualdad debemos dejar atrás los prejuicios —comentó Adrien un poco molesto con aquella recriminación generalista.

—Es cierto, no todos… digamos que la gran mayoría. ¡Eso no lo puede negar! —exclamó Sarah.

—No, no puedo. Sin embargo, cada vez somos más los que apoyamos en la lucha.

—Es lo que deben hacer si realmente aman a sus mujeres e hijas… no hay ningún mérito en ello —afirmó Sarah con tono serio. Adrien la miró y esbozó una pequeña sonrisa sarcástica.

—¿Es usted de las radicales?

—Defina *radical* —dijo Sarah molesta.

—Me refiero a que parece de esas mujeres que creen que la lucha no tiene sentido si no es a través del radicalismo ideológico y la acción en las calles.

—O empiezan a hacernos justicia o tendremos que reclamarla por la fuerza, ¿no cree?

—Creo que ya es hora de que os respeten y de que os den los mismos derechos. No obstante, no estoy del todo convencido de si la fuerza es el camino para lograrlo. Las mujeres contáis con otras herramientas para conseguirlo sin tener que recurrir a las que usamos los hombres de forma habitual. Para luchar por las mujeres no hay que convertirse en un hombre.

—Eso es muy fácil decirlo. Aunque cuando no te permiten ni tan siquiera levantar la voz, créame que no queda más remedio que hacerte oír de la forma que sea necesaria. Y si eso pasa por tomar las calles, lo hacemos.

—La violencia solo genera más violencia. Ningún conflicto en el mundo y la historia de la humanidad se ha resuelto por esa vía —repuso Adrien.

—Quizás por eso estamos terminando nuestro siglo sin apenas avances. Hay que obligar a los hombres a que nos escuchen de una vez por todas. Las palabras no cuentan, solo los hechos.

—¡Eso es! —exclamó Sofía dando un pequeño golpe en la mesa que hizo que Adrien y Annette la mirasen sobresaltados—. Eso mismo es lo que yo intenté explicarle a Julien aquel día en la escuela después de la clase sobre los métodos anticonceptivos. ¿De qué sirve hablarles a las niñas sobre su libertad y el respeto si no se les muestra lo que pueden hacer para lograrlo?

—¿Les explicáis a las niñas cómo usar métodos anticonceptivos? Creo que vuestra fundación va a convertirse en una de mis favoritas —comentó Sarah con una sonrisa.

—Sí, Sofía es un poco radical para esas cosas y ha intentado que se impartan clases más arriesgadas… —afirmó Annette.

—Sofía, creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. —Le guiñó un ojo y la hizo sonreír—. Estoy contigo en eso. Si no haces ruido y consigues que la

gente se detenga, nadie repara en ti.

—Tenemos formas distintas de ver la misma situación —comentó Adrien—. Creo que en este caso es mejor actuar sin levantar revuelo. Así te evitas tener que lidiar con las presiones que llegan tarde o temprano.

—Entiendo su postura, pero me parece una forma un poco hipócrita de actuar.

—No estoy de acuerdo —protestó Annette—. Nosotros llevamos muchos años luchando por todas esas niñas y ayudando a sus familias y a mujeres en peligro de forma discreta y jamás hemos tenido ningún problema.

—Me alegro de que así sea. No obstante, creo que ha llegado la hora de dar un paso hacia delante y de dejar atrás los buenos modales. Tendrán que respetarnos y darnos nuestro lugar en la sociedad, quieran o no.

—Si me permite el consejo, los modales no hay que perderlos nunca, Sarah —afirmó Adrien mirándola fijamente.

—Bueno… hay gente que no entiende otro lenguaje que el de las malas formas… —Adrien suspiró y dejó el tema, ya que era obvio que no iba a convencerla de lo contrario.

—¿Organizaste tú la reunión de ayer en el parque? —preguntó Sofía.

—No, fue totalmente improvisada. Vi a un pequeño grupo de mujeres sentadas en la hierba y me acerqué a ellas para charlar un rato. Empecé a hablarles de Wollstonecraft y me quedé sorprendida de ver que no tenían ni idea de quién era, por lo que saqué su libro, que siempre llevo conmigo, y comencé a leer algunos pasajes. Les gustó tanto que me pidieron que siguiese. Luego fue llegando más gente y… lo demás ya lo visteis vosotras.

—Tenga cuidado con esas cosas… las autoridades vigilan con mucha atención que no se lleven a cabo reuniones no permitidas con demasiadas personas —la informó Adrien.

—No debería ser un problema; nuestras armas son las palabras.

—A veces… —enfatizó Adrien haciendo que Sarah pusiese una mueca de desaprobación ante su comentario.

—Sofía, si has vivido en Inglaterra habrás oído hablar de Jane Arthur. Ella lleva muchos años luchando por tener voz en los consejos escolares para poder ejercer un mayor control en la educación de las niñas. Gracias a su entrega y pasión lo logró hace unos años.

—Sí, conozco su pensamiento y estoy al tanto de sus logros, aunque no la he conocido en persona.

—Yo tuve el inmenso honor de conocerla en un viaje a Escocia, donde ella reside, y tengo que admitir que fue un encuentro fascinante. Si quieres un día podemos quedar y te lo cuento todo. —Sonrió.

—¡Me encantaría!

—Por cierto —añadió Sarah—, ¿habéis leído los artículos de Delacroix? Amo a esa mujer. Sus colaboraciones con distintas publicaciones son cada vez mejores.

—Sí, hemos leído alguno —afirmó Annette.

—¿Y no os parecen fascinantes? —Los miró esperando una respuesta afirmativa.

—Lo son —respondió Adrien.

—Esta mañana he releído el que publicó hace un par de semanas en *Les droit des femmes.* ¿Lo habéis leído?

Los tres negaron con la cabeza.

—Esperad, lo llevo conmigo. Os lo enseñaré. —Se levantó y fue a por su bolso. Lo sacó con cuidado y tras desdoblar el periódico se lo mostró—. Mirad, este artículo es de los mejores y definitivamente da un paso más allá. Exige de forma tajante a las autoridades que de una vez por todas se reconozca a las mujeres como profesionales y se nos acepte en diversas profesiones con las mismas condiciones que los hombres. Además, pide el aumento de sueldo inmediato y el derecho a tener poder absoluto sobre ese dinero que nos ganamos con el sudor de nuestra frente y que nuestros maridos no puedan exigírnoslo. Es admirable que mujeres como vosotras levanten su voz y escriban estas cosas.

—¿Por qué sabes que es una mujer y de clase alta? —preguntó Annette intrigada.

—No puede ser de otra forma. Por su gran cultura y conocimientos tiene que ser una mujer con una amplia formación y a eso, por desgracia, solo podéis acceder vosotras. Al menos de momento. Su forma de escribir y su sensibilidad hacia nuestra causa muestran de forma clara que es una mujer.

—Yo también lo creo —confesó Sofía—. Solo nosotras tenemos un conocimiento tan extenso de nuestras necesidades.

—Si me disculpáis, tengo unos asuntos que atender —dijo Adrien y se levantó—. Encantado de haberla visto, Sarah. Espero que su estancia en nuestro país sea agradable y fructífera. Queridas —miró a Annette y a su hermana—, nos vemos en la cena.

—Tu esposo es un poco cerrado de mente, ¿no? —preguntó Sarah una vez que él había salido de la sala.

—¡Ni mucho menos! Es mucho más abierto que yo. Es solo que en estos temas le gusta ser muy prudente. Nuestras familias llevan manteniendo la fundación muchos años y no quiere hacer nada que pueda manchar la gran labor que llevaron a cabo nuestros padres.

—Eso espero. No me conviene hablar de estas cosas con personas que sean hostiles a la causa…

—No tengas problema con eso. Estamos contigo —comentó Sofía con una amplia sonrisa a la que Sarah correspondió con otra aún más amplia.

—¿Os apetecería colaborar conmigo en alguna publicación? Necesitamos mujeres con vuestra educación para escribir artículos sobre diferentes temas.

Annette la miró con un poco de suspicacia.

—No temas, Marie —rio—. Los temas que tratamos son seguros como, por ejemplo, consejos de salud para ellas y sus hijos, recomendaciones literarias para las afortunadas que saben leer, artículos sobre momentos de la

historia, cultura… cosas así.

Annette y Sofía se miraron entusiasmadas.

—¡Cuenta conmigo! —declaró Sofía.

—¡Y conmigo! —exclamó al fin Annette, a pesar de haber dudado durante unos segundos.

—Perfecto. Os iré informando de todo. Ahora debo irme, me esperan en una reunión. Si os apetece, un día os puedo llevar a una para que conozcáis a las mujeres tan maravillosas con las que colaboro.

Las tres se despidieron con el compromiso de verse en unos días, ya que la idea de acudir a una de esas reuniones las fascinó.

Antes de acostarse, Adrien quiso hablar con Annette sobre la visita de Sarah. A pesar de que lo que vivieron en Londres quedaba muy lejano en el tiempo, no pudo evitar sentirse inquieto al recordarlo.

—¿Qué tal te sientes con la presencia de Sarah de nuevo en tu vida?

—No creo que se quede más de unos meses. Sarah es un alma libre y en cuanto siente que ha cumplido su misión en un lugar, sale a buscar un nuevo destino.

—Aun así, imagino que te habrá removido muchos recuerdos…

—Sí, lo ha hecho y es algo que debo superar y dejar atrás.

Él asintió con la cabeza y apretó los labios.

—*Mon coeur*, no temas por su presencia en la ciudad. Si tienes miedo de que vuelva a ser una influencia negativa en mi vida o de que yo vuelva a cometer algún error como los del pasado, no te angusties. Aquello quedó atrás y ahora tengo la vida que siempre he soñado. —Se acercó para besarlo.

—No temo, solo quiero que estés bien y que no te altere su presencia. Sé que esa mujer puede llegar a ser un poco intensa y tú ahora en tu estado…

—No te preocupes por nada. Mis prioridades ahora sois tú, Jean Michel y el pequeño o la pequeña que venga en unos meses. No me interesa meterme en líos. Colaboraré en algunas cosas con ella, aunque no pienso seguirle el ritmo… ¡no tengo energía suficiente! —dijo mientras se tumbaba a su lado agotada del intenso día—. Ah, y, por cierto, gracias por haber preguntado por Samuel.

—Imaginé que no te atreverías a hacerlo en mi presencia y sé que para ti es muy importante saber qué tal está y si pudo rehacer su vida después de todo lo ocurrido.

—Gracias. —Le besó—. Saber que es feliz y que ha sido padre me reconforta mucho.

—Lo sé. Yo también me alegro por él. Es un buen hombre.

—Y tú el mejor de todos.

Se besaron y abrazaron satisfechos de poder enterrar aquel doloroso recuerdo y poner fin a la incertidumbre que de vez en cuando los atormentaba.

Por su parte, Sofia se acostó feliz de haber conocido a Sarah. Sabía que había encontrado en ella una compañera de lucha infatigable y llena de entusiasmo.

Saber que aquella mujer compartía su forma de pensar la reafirmó en su idea de que había llegado el momento de aumentar la lucha y de pasar a la acción. Era la hora de traer de vuelta a lady Morel después de demasiados años de retiro forzoso.

28

—¿Estás segura de que este es el lugar que te indicó Sarah? —preguntó Annette mientras se acercaban a la entrada de un pequeño jardín.

—Sí, ella misma me apuntó la dirección tras visitar la escuela hace unos días.

—¡Pero si aquí no hay nada!

—¿Cómo que no hay nada? Hay edificios, ¿qué pensabas encontrar en una calle?

—Ya lo sé, no estoy ciega… Me refiero a que no hay locales.

—¿De verdad creías que una reunión semejante iba a llevarse a cabo en un local cualquiera? No seas ingenua, Annette. —Ella frunció el ceño.

—Claro que no, ¿cómo vamos a saber dónde es si no hay ningún distintivo? Deberías haberle pedido que nos esperase por los alrededores…

—…o también le podría haber pedido que colgase una bandera para avisarnos de su ubicación.

—Ay, Sofía… cuando te pones irónica no hay quien te aguante. Llevamos caminando casi media hora… ¿Tan difícil es entender que esté cansada?

—No, no lo es, pero es que no es verdad que hayamos caminado tanto, como mucho unos minutos. —Annette resopló como protesta—. Mira, ahí parece haber luz. Ven, sígueme.

Abrieron una reja que daba al jardín y cruzaron un camino de piedra que las llevó a la entrada de lo que parecía la casa de unos guardeses. Se miraron extrañadas. Sofía decidió acercarse un poco más para ver si había alguien en su interior mientras Annette, que no paraba de mirar todo a su alrededor con cierta desazón, la seguía con sigilo. La puerta estaba entornada, por lo que Sofía tan solo tuvo que empujar un poco para que se abriese. El interior estaba muy oscuro y, aunque apenas podían distinguir lo que había, todo indicaba que se trataba de una especie de antesala a la casa que había detrás.

—Aquí no hay rastro de ninguna reunión… Ni tan siquiera de que haya habido gente con anterioridad.

Sofía dio unos pasos hacia delante. Annette la detuvo de inmediato sujetándola del brazo.

—¿Dónde vas?

—¿A dónde voy a ir? Pues al interior. Allí al fondo hay una puerta. Este lugar no es más que un patio cubierto para los criados o quizás se trate del lugar donde el jardinero que cuida de este jardín deje sus herramientas.

—Yo ahí no entro.

—¿Por qué? ¿Te has vuelto miedosa de repente?

—No es eso… Es que… sí, lo reconozco. Desde que soy madre me he vuelto un poco más precavida. Y ahora más en mi estado. No sabemos lo que hay ahí… ¿Y si nos metemos en un lío? No quiero disgustar a Adrien ni tener un percance.

Sofía la miró y suspiró.

—¿Quieres que pase yo?

—No, tampoco quiero que tú corras ningún riesgo. No me gusta este lugar… es muy… lúgubre.

—Es un lugar para una reunión ilegal, Annette. No van a hacerlo en medio de la calle.

—Claro que no. Aun así, creo que quizás no deberíamos haber venido. Estas cosas son peligrosas.

—Esta mañana estabas entusiasmada con la idea…

—Bueno, pues ya no… Es por este sitio, me da escalofríos. Está muy oscuro y…

—…y lleno de fantasmas —exclamó Sarah detrás de ellas con voz tenebrosa haciendo que las dos pegaran un grito.

—Por dios, Sarah… casi me matas del susto —comentó Annette con un mohín de enfado.

—Perdón, es que no lo he podido evitar. ¿A qué esperáis para entrar?

—No estábamos seguras de si este era el sitio correcto.

—No os dejéis engañar por el aspecto exterior. Al fondo hay una sala bastante grande donde nos esperan. Venga, no las hagamos esperar más.

Annette agarró de la mano a Sofía y caminaron detrás de Sarah con cierto recelo. Enseguida llegaron a otra puerta y, tras llamar y dar una contraseña que no alcanzaron a oír, alguien abrió y las dejó pasar. El interior era muy distinto a lo que habían visto hasta ese momento. Aquella puerta daba acceso al interior de otra casa mucho más amplia. Entraron a un gran salón donde había varios sofás viejos de terciopelo y distintas mesas y sillas repartidas por la estancia.

Caminaron hasta una de las mesas y Sarah se detuvo a saludar una a una a las mujeres que allí había congregadas. Después de hacer las presentaciones oportunas les pidió que se sentasen donde quisieran. El ambiente era muy relajado y distendido. Las mujeres reían, conversaban y se intercambiaban lo que parecían revistas, folletos y otras publicaciones.

Mientras observaban todo sin saber muy bien qué hacer, Sarah se acercó a ellas y se sentó al lado de Sofía.

—Acaba de llegar. Empezaremos en un minuto.

—¿Quién acaba de llegar? —preguntó Sofía intrigada.

—Charlotte. —Ellas se miraron sin entender.

Cuando aquella mujer apareció, todas se levantaron a abrazarla y después la aplaudieron. Annette y Sofía las imitaron, a pesar de no tener ni idea del motivo por el que era vitoreada de esa forma.

—Charlotte acaba de regresar a París. Ha estado un mes encarcelada en

Lyon por repartir folletos en la calle —las informó Sarah en voz baja.

—¿Un mes encarcelada por algo así? —preguntó Annette con suspicacia.

—Bueno… digamos que, antes de marcharse, se coló en la residencia de un ministro y les dejó una buena colección de dichos folletos repartidos por todo el salón.

—¿Cómo pudo hacer tal cosa? —Annette no daba crédito.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno, querida —dijo Sarah con una sonrisa malévola en el rostro. Sofía reprimió una carcajada—. Escuchemos lo que tiene que contarnos. Prestad atención. Todo lo que oigáis hoy aquí será la base para la lucha de las mujeres en muy poco tiempo.

—Queridas hermanas —comenzó Charlotte—, estoy feliz de poder estar de nuevo con vosotras. Ha sido un mes duro, pero ha merecido la pena. Hemos conseguido salir en la prensa local y he podido contactar con varias personas que nos van a ser muy útiles.

Todas volvieron a aplaudirle.

—Hoy veo aquí caras nuevas —dijo mirando a Sofía y Annette. Sarah se levantó y dijo:

—Ellas son mis amigas Sofía y Marie. Estoy segura de que su apoyo va a sernos de gran ayuda.

—Encantada de conoceros —dijo Charlotte y se acercó a ellas.

—Igualmente —respondieron las dos a la vez.

—¿Dónde os habéis conocido? —Charlotte las observó con detenimiento y cierto recelo, a pesar de que mantenía una amplia sonrisa en el rostro.

—A Marie la conocí en Londres. Fue pareja de Samuel. —Annette sintió que le daba un vuelco el estómago.

—Ah, Samuel, ¡qué hombre más maravilloso! Iré a verle cuando visite Irlanda dentro de unos meses. —Annette se rascó la barbilla nerviosa. Hablar de él en presencia de Sofía la incomodaba.

—Sofía es su cuñada y, por lo que he conocido en los últimos días, una mujer muy interesante. —Charlotte levantó una ceja—. Sus familias tienen una fundación desde hace muchos años en la que promueven la educación de las niñas de clase baja y tienen varias escuelas en el país.

—Estoy segura de que esas niñas os estarán muy agradecidas. Vuestra labor es de las más importantes. Sin formación no existe la libertad —exclamó Charlotte repitiendo las mismas palabras que Sarah había usado con anterioridad—. Sed bienvenidas a nuestro cuartel general. Por seguridad, no siempre nos reunimos aquí. Por fortuna, logramos encontrar sitios nuevos para poder vernos y ponernos al día de todo lo que va aconteciendo en nuestras vidas.

—Gracias. —Annette y Sofía se miraron y sonrieron.

—Como veis, hermanas, cada día somos más mujeres las que abrimos los ojos y nos unimos a la causa. Ellas dos son el claro ejemplo de que nuestra lucha no es de clases, sino por la dignidad. Da igual dónde hayas nacido y cómo de grande o bonita sea la jaula en la que vivimos atrapadas. Por mucho

que sus barrotes sean de oro, nos impiden volar —afirmó Charlotte con entusiasmo.

—Debemos aprender de una vez por todas que estamos unidas en esto, seas quien seas, hayas nacido aquí o allá, todas sufrimos la misma represión y sujeción por parte de nuestras familias o esposos —comentó una de las mujeres.

—Exacto, querida Colette, todas somos una y si no unimos nuestras fuerzas no podremos vencer. Por suerte, cada día sumamos más hombres en nuestras filas —dijo Charlotte mirando a Sofía y a Annette.

—Ella son unas afortunadas. Los hombres de su familia las apoyan y tratan como a iguales —comentó Sarah.

—Me alegro, así debe ser. Durante el mes en la cárcel tuve tiempo de releer uno de los libros de Léon Richer, que, como sabéis, es un fiel defensor de nuestra causa y nos apoya con la publicación de sus artículos y libros en los que exige la revisión del Código Civil. No comulgo con todas sus ideas, pero con su obra *El código de las mujeres* he de reconocer que me ha emocionado. Si me lo permitís, quiero leeros el comienzo para que agradezcamos la inestimable ayuda que hombres como él nos ofrecen con su posición privilegiada en la sociedad y a través de su pluma.

—Si no estoy equivocada Léon Richer no apoya el sufragio femenino —comentó una de las mujeres con cierta hostilidad.

—Así es. Sin embargo, a pesar de que su decisión de no apoyarlo levanta muchas críticas, es cierto que no le falta parte de razón. Mantiene que mientras las niñas no reciban una educación laica, republicana y de calidad no podrán tener la suficiente formación para saber qué votar. Es ahí donde personas como vosotras y vuestras escuelas —dijo volviendo a mirar a Sofía y Annette— podéis ayudarnos a acabar con la ignorancia de las mujeres y, sobre todo, con su unión con la iglesia, que es quien les lava el cerebro.

—Estoy de acuerdo —afirmó Annette con convencimiento. Aquellas palabras le resonaban a la opinión que su padre también tenía al respecto.

Charlotte sacó el libro de su bolso y comenzó a leer.

—«El Código Civil es parcial. El Código Civil es injusto. Lo que es un derecho para el hombre no lo es para la mujer. Hay dos leyes dentro de la misma ley… Para el hombre todo son privilegios, para la mujer solo hay sujeción. En tal estado de las cosas, son necesarios cambios rápidos. El Derecho es inviolable. Necesitamos igualdad ante la ley»[2].

Todas aplaudieron emocionadas tras escuchar aquellas palabras de León Richer.

—Esto es solo el comienzo, hermanas, pero ya ha llegado el momento de precipitar los cambios. El mismo Richer lo dice. Deben ser rápidos. No podemos demorarlos más ni entrar en el nuevo siglo con las mismas condiciones. No podemos dejar a nuestras hijas, hermanas o amigas en manos de los hombres. Se acabó la sumisión. Somos seres libres, inteligentes y maduros para poder tener el control de nuestra vida. Queremos poder

participar en la sociedad como lo hacen ellos, tomar decisiones, legislar, estudiar, trabajar con dignidad… ser parte del gobierno, escribir, investigar, ir a la universidad…

—Hagámoslo por las mujeres en las que se convertirán nuestras hijas en pocos años —comentó otra mujer.

—Y si tenéis hijos, haced de ellos hombres sensatos y respetuosos con las mujeres. Aunque nos dé rabia reconocerlo, los necesitamos para lograr nuestra libertad. Ahora, brindemos por estar de

nuevo unidas y más tarde planificaremos nuestras nuevas acciones. —Charlotte se acercó a una mesa y, tras repartir varias copas, brindaron juntas. Después se sentó a conversar con varias de aquellas mujeres.

—¿Qué os ha parecido? —les preguntó Sarah—. Es una mujer increíble, con una fuerza y capacidad de lucha envidiables.

—¿Es inglesa? —quiso saber Annette.

—Nació en Irlanda. Yo conocí a Samuel a través de ella. Su tía abuela fue María Edgeworth, una escritora irlandesa que escribió varios libros reivindicando los derechos de las clases bajas y, sobre todo, de las mujeres que trabajaban como criadas en las grandes casas. Fue una pionera en su país y ella creció fascinada por ella y por su vida.

—¡Ha habido tantas y tantas mujeres fuertes y luchadoras en la historia! —exclamó Sofía emocionada.

—Y nosotras podemos lograr el cambio. Tan solo necesitamos estar bien organizadas para no demorarlo más —las informó Sarah.

Las dos asintieron y se miraron.

—Gracias por haber acudido hoy. Vuestro apoyo es muy importante. Solo vosotras podéis acceder a ciertos círculos que a nosotras nos son vetados. La semana que viene os haré una visita y juntas escribiremos varios artículos para distintas publicaciones. Ahora debéis marcharos. Siento ser tan brusca, pero las acciones solo se planifican con personas que han demostrado su confianza total, discreción e implicación. Comprended que lo que aquí se habla es de suma importancia y no podemos poner esa información en las manos de cualquiera si no queremos que todo se vaya al traste.

—Lo entendemos perfectamente. No te preocupes —comentó Sofía.

—Gracias por invitarnos —dijo Annette.

—A vosotras, por venir y por confiar en mí. Estoy segura de que en muy poco tiempo formaréis parte de nuestro *batallón.* —Las tres sonrieron.

Se marcharon una vez se despidieron de todas y caminaron despacio en silencio hacia el lugar donde las esperaba Belmont.

—Estás muy callada, ¿te ocurre algo? —preguntó Sofía con extrañeza.

—No, estaba recordando las palabras de esas mujeres y su valentía.

—Debemos dar un paso más, Annette.

—¿A qué te refieres?

—A que no podemos limitarnos a nuestra labor en la escuela. Creo que lady Morel debe aparecer de nuevo.

—¿De verdad?

—Sí, creo que ha estado dormida demasiado tiempo. Ya me encuentro con más energía. Puedo ayudar a muchas personas y eso es algo que me hace muy feliz.

—Ahora debes tener más cuidado, Sofía. Eres madre de una niña pequeña que ha perdido a su padre…

—Lo sé, lo sé. No me refiero a hacer locuras. Solo a dar cobertura a alguna mujer que necesite escapar. Además, debemos apoyar otras iniciativas.

—¿Como cuáles? Es cierto que me ha gustado lo que Charlotte ha dicho, aunque he atisbado un ligero matiz radical en sus palabras. ¡Ha estado encarcelada!

—Lo sé.

—Entrar en una propiedad privada es un delito… No podemos justificar esas acciones. A nadie le gusta que le violenten en su casa o violen su privacidad.

—Estoy de acuerdo. No obstante, llevamos demasiados siglos luchando y no hay avances significativos. Hay que hacer más ruido. Debemos escribir buenos artículos que ayuden a las mujeres a abrir los ojos. Yo quiero libertad real para mi hija. Hasta nosotras hemos sufrido las consecuencias del machismo. Yo tuve que huir a Inglaterra y tú tuviste que enfrentarte a tus hermanos por lo que Pierre te hizo. Fuiste muy afortunada, si nuestras familias no fuesen tan tolerantes, seguirías casada con él y Dios sabe qué vida llevarías… Y qué decir de mí. No quiero ni pensar en las consecuencias que habría tenido si hubiese regresado con Alexander.

—Tienes razón. Bueno, intentaremos aportar nuestro grano de arena de la mejor forma posible. Por ahora solo puedo pensar en llegar a casa y en quitarme estas malditas botas. A estas horas noto los pies muy hinchados y me están matando. No puedo caminar más. —Arrugó los labios.

—Mira, ahí está Belmont. Dos metros más y lo habrás conseguido.

—¡Qué graciosa eres! Ni que tú no hubieses pasado por lo mismo…

—¡Que sí! Venga, solo intentaba hacerte reír. Vamos, te ayudaré a subir.

Ambas regresaron a casa entre risas y esperanzadas con la nueva ola de mujeres valientes que estaban dispuestas a luchar con uñas y dientes por lograr la igualdad de una vez por todas.

29

Sofía apenas tardó dos días en comunicar a su fiel Belmont su decisión de volver a actuar como lady Morel. Él esbozó una sonrisa cómplice y la informó de que estaba a su entera disposición. Tras pedirle que se mantuviese atento por si alguna mujer de su entorno estaba en peligro, decidió acudir a una organización caritativa que solía visitar en el pasado y donde conoció a muchas de las mujeres a las que ayudó durante tantos años.

Para su desgracia, aquel día supo que no había solo una mujer en riesgo, sino varias, por lo que tuvo que agudizar sus interrogatorios para priorizar los casos más urgentes. Siempre se hacía pasar por una simple mujer adinerada interesada en ayudar de forma económica a quien lo necesitase; nadie podía relacionarla con su alter ego, lady Morel. Se le rompía el alma cada vez que veía los rostros de esas pobres mujeres, algunas apenas unas niñas, que se veían obligadas a acudir a ese tipo de organizaciones en busca de un poco de ayuda y, no menos importante, un poco de consuelo. Regresó a casa angustiada y con una libreta llena de anotaciones sobre varias muchachas. Finalmente, se decantó por investigar un poco más sobre el entorno de la joven Amelie y de sus dos hijas pequeñas.

Sin demorarlo más, unos días después la esperó a la salida de su trabajo en una fábrica de velas que había en el centro de la ciudad y se acercó a ella con una amplia sonrisa en el rostro.

—Buenas noches, Amelie. ¿Te acuerdas de mí?

La joven asintió con la cabeza, un poco confundida por verla allí.

—Nos conocimos hace varios días en Las hijas de la Caridad. No te asustes —le indicó al ver que ella no hacía más que mirar de un lado a otro nerviosa—. Solo estoy aquí para poder hablar un poco más contigo. Me pareciste una mujer maravillosa y me gustaría poder ayudarte.

—No puedo hablar ahora. Es muy tarde. Me esperan en casa —dijo y dio unos pasos para alejarse. Sofía la agarró del brazo antes de que pudiese hacerlo.

—No te llevará más de diez minutos, te lo prometo. Solo necesito que estemos a solas.

Amelie la miró con suspicacia. Aquella no era la primera vez que alguien se ofrecía a ayudarla y al final solo había conseguido complicar las cosas.

—No necesito ayuda.

—Bueno, en ese caso caminemos un poco. Podemos sentarnos a la entrada de un parque que hay a unos metros, donde nadie nos vea.

—Es peligroso. Ya casi ha anochecido.

—No te angusties. Hay una persona encargada de vigilar que todo esté bien. Ven, no lo demoremos más. —Le ofreció la mano y la mejor de sus sonrisas y esperó pacientemente hasta que, unos segundos más tarde, la muchacha accedió.

Después de conversar durante unos minutos, y ante la evidente preocupación que la mujer mostraba, quedaron en verse a la mañana siguiente en la escuela. Allí, en territorio seguro, Sofía esperaba poder hacerse con la información que necesitaba para estudiar la mejor forma de poder ayudarla.

Y así fue, Amelie llegó puntual a su cita y fue recibida por Sofía en el despacho principal. Se quitó el abrigo y se sentó en uno de los sofás con timidez.

—¿Has desayunado? —El bajo peso que mostraba la preocupó.

—Un poco… —murmuró. Sofía entendió lo que aquellas palabras indicaban e hizo traer té, fruta y varios dulces.

—No se preocupe, no tiene que hacerlo. De verdad, estoy bien —afirmó con apuro.

—Lo hago porque quiero, no te angusties. Además, me apetece comer algo a mí también. No puedes tener un peso tan bajo, eso te hace estar débil y enfermiza.

Amelie agachó la cabeza.

Desayunaron mientras Sofía le hablaba de la escuela en un intento de rebajar la tensión que percibía en ella. A pesar de no tener apetito, Sofía hizo el esfuerzo de comer para evitar que se sintiese mal.

—Bueno, y ahora que ya tenemos energía suficiente, necesito que me hables de tus hijas.

—Son muy bonitas y obedientes, pero la pequeña, Rosie, está un poco delicada de salud desde que nació.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé… el doctor que la examinó hace meses dijo que debía tratarse de una enfermedad del estómago. Es como si no tolerase nada de lo que come —comentó con pena.

—De acuerdo, esta tarde irás al médico que te voy a indicar en una nota. Lleva a las dos niñas contigo y pídele que te haga un chequeo a ti también.

—No puedo hacer eso. ¡Costará una fortuna! —exclamó y se levantó del sofá.

—No te preocupes por eso. Le dirás que vas de mi parte y él se hará cargo de todo. Es de mi total confianza, no te apures.

—Señora, ¿por qué quiere ayudarme? No soy más que una pobre mujer a la que la vida le pone las cosas difíciles. Como yo hay miles de personas…

—Lo sé y por eso lo hago. Ni tus hijas ni tú os merecéis esta vida. ¿Tu marido os trata bien?

Volvió a sentarse y guardó silencio.

—Es un buen hombre. Trabaja mucho y cuando llega a casa está cansado…

—Eso no tiene que ver con el hecho de que os trate bien o no. ¿Se preocupa de tus hijas?

—Él sale a trabajar muy temprano y regresa al anochecer… no puede hacer más.

—¿Y tú sí? ¿Cuántas horas trabajas?

—Doce.

—¿Y cuánto tiempo tienes para descansar?

—Media hora para comer. —Sofía abrió los ojos como platos y resopló.

—¿Dónde dejas a tus hijas cuando estás trabajando? ¿Van a la escuela?

—A veces van…

—¿A veces?

—Sí, las dos se quedan en casa solas cuando mi marido y yo nos marchamos a trabajar. Después van juntas a la escuela, pero cuando hace mucho frío, yo misma les pido que permanezcan en casa. Prefiero que no salgan. No tienen ropa que las abrigue lo suficiente y pueden enfermar.

Sofía suspiró de forma sonora y bebió un pequeño sorbo de agua para intentar diluir el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—¿Qué edad tienen?

—Ruth, la mayor, tiene diez años y Anne, cinco.

—¿Y tú?

—Veinticinco. —Sofía notó cómo los músculos del cuello se le tensaban y comenzó a masajearlos.

—¿Tienes familia aquí en París?

—No. Nací en Montpellier y al casarme nos mudamos a esta ciudad.

—Buscando una nueva y mejor vida que no encontraste, ¿verdad? —Asintió con la cabeza.

—Perdona que sea tan insistente… ¿la relación con tu esposo es buena? No tengas miedo, aquí nadie te va a oír y lo que digas no saldrá de esta sala. Puedes confiar en mí. He ayudado a muchas mujeres como tú.

—Trae un sueldo a casa… pero… bebe demasiado. Él dice que acaba tan cansado y con tanto dolor de huesos que ninguna otra cosa más que la bebida le alivia.

—Y cuando bebe se sobrepasa contigo… —Amelie rompió a llorar. Sofía se acercó a ella y la abrazó.

—Tranquila, todo irá bien. De ahora en adelante, todo será distinto —le susurró al oído mientras le acariciaba la espalda intentando calmarla. Sofía temblaba como una hoja.

—No puedo hacer nada… Esta es mi vida y la de mis hijas. No puedo escapar de él.

—Sí que puedes y yo te voy a ayudar a conseguirlo.

—No hay forma, mi marido siempre está pendiente de dónde voy y de qué hago. No me dejará en paz. No se preocupa de sus hijas, pero si me las llevo me matará.

Sofía intensificó el abrazo y, cuando logró calmarla, le pidió que la

acompañase a visitar la escuela. Amelie no daba crédito a lo que Sofía le contaba y sonreía con los ojos aún llenos de lágrimas escuchando las historias detrás de cada una de aquellas niñas que en ese momento estaban inmersas en las clases de la mañana.

—Tus hijas van a estudiar en una escuela como esta. Se formarán como cualquier otra niña, sin importar su clase social, conocerán sus derechos y se labrarán un futuro muy distinto al tuyo.

La joven la escuchaba y la miraba con la devoción con la que uno observa a la divinidad.

—Es usted un ángel, señora. Por desgracia, no creo que sea tan sencillo.

—Nadie ha dicho que lo sea. Sin embargo, te aseguro que, si me das tu palabra y te comprometes a seguir mis indicaciones, en unos días estarás muy lejos de aquí y comenzando una nueva vida con tus hijas. No miento cuando te aseguro algo semejante. Lo he hecho muchas veces antes.

—¿Cómo?

Sofía se acercó a ella y le dijo que la siguiese de nuevo al despacho. Cerró la puerta detrás de ella y le contó su plan. Un rato después, Amelie salió de la escuela con la esperanza de poder empezar de nuevo y el miedo metido en los huesos, aunque, no sabía por qué, pero Sofía, con su trato amable y respetuoso le había infundido el valor del que había carecido hasta ese momento. Nunca había sentido que alguien de una clase distinta a la suya la trataba como a una igual y aquello la convenció de que aquel ángel que había aparecido en su vida era de fiar.



Con la ayuda de Belmont tuvo todo listo apenas una semana más tarde. La noche anterior le pidió que informase a Amelie de todos los detalles de la huida. Mientras tanto, ella les confesó sus planes a Annette y Adrien tras la cena.

—Sofía, ten mucho cuidado, por favor. No me convence que vuelvas a encargarte de esas mujeres como lady Morel. Si quieres ayudar a esa muchacha, podemos hacer que sea otra persona la que vaya a buscarla y la saque de la ciudad.

—No, tengo que ser yo. Esa pobre mujer está muy asustada y no lo hará si no es conmigo.

Adrien suspiró.

—Pienso lo mismo que Adrien, extrema las precauciones. Nunca se sabe cómo puede acabar… —comentó Annette.

—Lo haré. Esta vez no parece que vaya a ser demasiado complicado. Su marido pasa un par de horas cada día en una taberna cerca del trabajo antes de regresar a casa y, cuando llega, cae rendido en la cama de tanto alcohol. Será

entonces cuando ella y las niñas saldrán con sigilo.

—Nunca hay que subestimar los peligros… pueden surgir imprevistos —afirmó Adrien—. Además, ¿sabes quién es el nuevo comisario de policía?

Sofía negó con la cabeza.

—Phillipe Bâton. Fue elegido hace unos meses y está dispuesto a pasar a los anales de la historia como el mejor comisario de París. Está muy pendiente de todo lo que ocurre, sobre todo de las desapariciones.

—¿Bâton? ¿El amigo de Alexander?

—El mismo y quien le ayudó a dar contigo cuando desapareciste con James. Fue gracias a él que te encontró.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sofía con un nudo en el estómago.

—Tenemos un amigo en común que me informó cuando regresé a París. Ten mucho cuidado. Para Bâton la muerte de Alexander no fue accidental. Está convencido de que fue un plan urdido por ti para deshacerte de él, aunque no puede probarlo. Si se entera de que estás detrás de algunas de las desapariciones de mujeres, irá a por ti sin piedad.

—Vaya, no contaba con esto… Aun así, tranquilo. Ya sabes que todo se planifica con detalle y sumo cuidado.



A las dos de la mañana en punto, Sofía se subió al carruaje con la ayuda de Belmont y se dirigieron a toda velocidad a la dirección donde debían encontrarse con Amelie y las niñas. Sabían que un pequeño retraso sería suficiente para hacerla dudar y regresar a su casa.

Nada más llegar las vieron parcialmente escondidas en un callejón. Sofía y Belmont fueron hacia ellas y las ayudaron a subir al carro con rapidez. Mientras Belmont acomodaba el poco equipaje que llevaban en la parte trasera, Sofía intentó tranquilizar a Amelie, quien no paraba de llorar muerta de miedo por si aparecía su marido, y agarró las manitas de las niñas y les prometió una sorpresa en cuanto el carruaje se pusiese en marcha.

Apenas cinco minutos después, Belmont puso rumbo a las afueras de la ciudad a buen ritmo.

—¿Y si nos encuentra? —preguntó Amelie con angustia.

—No lo hará. En unas horas estaremos muy lejos de aquí.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ruth, la niña más mayor.

—A un sitio precioso que os va a encantar. No os preocupéis por nada. Mirad, os he traído una cosa. —Sacó unas chocolatinas y varias rebanadas de pan y se las entregó. Las niñas comenzaron a comérselas con avidez mientras Sofía las miraba con ternura y el corazón encogido. Si había algo que la entristecía era ver a niños hambrientos y desnutridos. Los rostros de las niñas reflejaban el hambre y la penuria de muchos años. Tenían los ojos hundidos y

pudo comprobar que la pequeña mostraba unas extrañas laceraciones en la comisura de los labios.

—¿Os gustan? —les preguntó con una tierna sonrisa. Las dos asintieron con la cabeza y siguieron comiendo—. Si tenéis más hambre, tengo fruta muy rica. —Abrieron los ojos como platos—. Tomad. —Les dio unos tarros que contenían diferentes frutas que habían sido cortadas a trocitos para facilitar su masticación. Sofía sospechaba que las pequeñas tendrían algún problema en las piezas dentales.

—Gracias por todo lo que está haciendo, señora —comentó Amelie. Sofía le cubrió las manos con las suyas y le pidió que no la llamase así.

—Por favor, llámame hermana. —Aquel término que había oído usar a Sarah y Charlotte le pareció el más adecuado—. Ten, para ti también he traído comida.

Amelie abrió una bolsa que contenía sándwiches, fruta y leche. Después la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca más volveréis a pasar hambre. Te lo prometo. Ahora debes escucharme bien. A partir de este momento vuestra identidad cambiará. Deberás hacer entender a las niñas que no podréis volver a usar vuestros antiguos nombres. Mira, he traído la documentación que llevarás contigo desde este momento.

La joven cogió los papeles y los miró avergonzada.

—No sabes leer, ¿verdad? No debes avergonzarte por ello. Nadie te ha dado la oportunidad. Eso será algo que también cambiará en tu vida. Aprenderás a leer y escribir en cuanto estéis asentadas en vuestro nuevo hogar. Recuerda, nunca uséis vuestros verdaderos nombres. Ahora eres Eloise Simon, nacida en Burdeos y viuda desde hace varios años. Tus hijas pasarán a llamarse Violette y Zoé.

Amelie escuchaba con atención todo lo que Sofía le explicaba mientras comía.

Tras varias horas de viaje llegaron a Reims, donde los esperaba otro carruaje con el que Sofía regresaría a París. Belmont se encargaría de llevarlas a su destino final, Bouillon, un municipio de la región de Valonia, en la provincia de Luxemburgo. Allí serían recibidas por una familia que colaboraba desde hacía años con ellos acogiendo durante un par de meses a mujeres que huían de sus maridos. Luego, ellos mismos se encargarían de llevarlas a Gantes para vivir con una nueva familia y comenzar a trabajar como parte del servicio mientras Amelie aprendiese a leer y escribir. Las niñas tendrían una tutora particular durante los primeros meses y luego serían acogidas en una escuela que también colaboraba con su fundación.

Se bajaron del carruaje agotadas por el largo viaje, felices de haber conseguido escapar. Sofía se fundió en un cariñoso abrazo con Amelie y luego hizo lo mismo con las niñas.

—Jamás podremos agradecerle su ayuda.

—No tenéis que agradecerme nada. Solo espero que vuestra nueva vida os

traiga toda la felicidad que os merecéis. No pienses en nada más que en ti y en tus hijas. Y, si alguna vez tienes problemas, solo tienes que hablar con la señora Lemaire; ella misma se encargará de ayudaros. Cuidaos mucho.

Sofía se despidió de ellas y de Belmont con un nudo en el pecho que la comprimía tanto que apenas le permitía respirar. Después se subió al carruaje y regresó a París con la inmensa satisfacción de haber liberado a una mujer y a sus hijas de las fauces del machismo y de la miserable vida a la que habían sido condenadas por el simple hecho de haber nacido mujer.

30

Una de las profesoras de la escuela informó a Sofía de que tenía visita. Antes de que pudiera acabar de hablar, Sarah abrió la puerta del despacho y entró.

—No creo que haga falta tanto protocolo. No soy más que una amiga suya —dijo mirando a la mujer con una sonrisa irónica.

—Sarah, no te esperaba. —Se levantó para ir a saludarla.

—Siento haberme presentado sin avisar. Estaba por aquí cerca y he querido pasar a saludarte. Espero que no estés muy ocupada.

—No, pasa. Solo estaba revisando los informes de las alumnas para comprobar su evolución.

—¿Hasta tal punto llega vuestra implicación con esas niñas? —Sarah levantó las cejas con asombro.

—Por supuesto. Algunas necesitan un poco de ayuda con ciertas materias y eso también se lo proporcionamos. Nuestro compromiso con su educación es total. —Sarah se mordió el labio y esbozó una sonrisa.

—No puedo creer que este tipo de escuela no exista en otros países. Lo que se hace aquí es la base de la lucha.

—Sí existen, por desgracia en pocos países… aún. Estamos intentando conseguir nuevos benefactores que nos ayuden con esa labor.

—¿Dónde?

—En Suiza y Bélgica hay dos.

—Y aquí… ¿solo existe esta de París?

—No, hay otra en Nantes.

—Ojalá yo hubiese conocido a personas como vosotras cuando era pequeña…

—¿Tuviste una infancia dura? —Sofía la miró con ternura.

—Sí. Todo lo dura que puede ser cuando creces en una familia pobre desestructurada. Mi padre nos abandonó cuando nació mi hermano pequeño y tuve que ayudar a mi madre desde que tenía nueve años a criar a mis hermanos.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Cinco. Yo soy la segunda… y la única mujer. Creo que puedes imaginar la de trabajo que tenía… —Sofía asintió con la cabeza.

—¿Cómo has llegado a ser la mujer que eres hoy en día? Quiero decir… eres una mujer culta y muy involucrada en la lucha.

—En cuanto tuve la oportunidad me fui de casa. No soportaba pensar en que ese sería mi destino y cuando cumplí los catorce me largué a Londres con una chica que había conocido unos meses antes y que tenía una prima

viviendo en la ciudad. Un tiempo después viajé a Irlanda para trabajar en una fábrica y allí conocí a Charlotte y a partir de ahí mi vida ha discurrido en paralelo a la suya.

—Charlotte me pareció una mujer muy interesante.

—No imaginas todo lo que ha conseguido… a pesar de las consecuencias.

—Su estancia en la cárcel ha debido ser muy dura.

—No es la primera vez… aunque le da igual. Su compromiso es real.

Sofía suspiró y movió la cabeza de un lado a otro a modo de desaprobación.

—Sé que suena muy fuerte, pero las palabras no sirven de nada —afirmó Sarah—. Llevamos siglos intentando que se nos escuche y ¿qué hemos conseguido? Migajas. Seguimos explotadas por nuestros patrones, sometidas por nuestros maridos, tratadas como una clase inferior sin derecho a nada más que a obedecer y a bajar la cabeza sin rechistar. ¿Cuántos años tiene tu hija?

—Siete.

—¿De verdad crees que si no luchamos con uñas y dientes para acelerar el cambio tu hija va a tener una vida más digna y justa en pocos años? —Sofía negó con la cabeza—. Ayúdame. Tú tienes los medios para abrirnos el camino. Hay otras dos mujeres de tu clase que colaboran con nosotras, pero no tienen… esto —dijo señalando todo a su alrededor.

—Lo sé. Hacemos todo lo que podemos desde esta escuela. No solo les proporcionamos educación, también nos ocupamos de sus familias, les buscamos un empleo, les ayudamos con los gastos médicos y a algunas mujeres les ayudamos a… —Guardó silencio, no muy segura de si debía compartir aquella información con Sarah.

—Puedes confiar en mí, Sofía. De verdad. Mi compromiso con la causa no es otro que conseguir que las mujeres tengamos la vida que merecemos… al menos la que nosotras elijamos. El cambio vendrá de nuestra mano o no se producirá. Hay hombres que nos apoyan y ayudan, pero aún son una minoría. Debemos ser nosotras las que luchemos. ¿Recuerdas lo que consiguieron todas esas mujeres valientes que se alzaron durante la gran revolución? Ellas nos marcaron el camino. Por desgracia, un tiempo después nos debilitamos de nuevo. Es hora de que resurjamos.

—Lo sé, aunque no estoy segura de cuál es la mejor forma de hacerlo. Cuando llegué a París después de la muerte de mi esposo quise forzar las cosas aquí en la escuela y solo me trajo problemas. Aquellos días me enfadé mucho con todos por no recibir su apoyo, más tarde entendí que esa no era la forma de hacerlo.

—¿Hacer qué?

Sofía bajó la cabeza y sonrió.

—Venga, ¡cuéntamelo! Algo me dice que nos parecemos más de lo que la gente podría imaginar.

—Organicé un gran revuelo con dos clases especiales que impartí con las niñas de los últimos cursos.

Sarah abrió la boca con asombro mientras escuchaba el relato de Sofía sin poder parar de reír.

—¡Eres fantástica! ¡Yo te habría apoyado en algo así! Me parece maravilloso y de vital importancia. Imagino la cara de escándalo de los demás.

—No sé qué los escandalizó más, si el ver cómo las niñas miraban asombradas aquel extraño objeto que les enseñé y que debían usar para evitar un embarazo o sus caras delante de aquellos cuadros en el Louvre. —Las dos prorrumpieron en una sonora carcajada.

—Esto debes contárselo a Charlotte. Estoy segura de que después te subirá al altar de las más atrevidas.

—No es para tanto. Lo que quise fue hacer entender a las niñas la importancia de que el respeto a las mujeres debe darse en todos los ámbitos, no solo en el privado, aunque no debí hacerlo; tuvo consecuencias para nuestras familias.

—Espero que no fuesen demasiado graves.

Sofía suspiró y prefirió no contestar.

—Creo que deberías plasmar ese tema en un artículo.

—¿Cuál?

—El de los métodos anticonceptivos. Me parece vital. Yo vengo de Londres y es cierto que allí se puede comprar de forma sencilla, aunque es demasiado caro para que las mujeres de clase baja puedan acceder a ello. Se me está ocurriendo que podríamos hacer una campaña y distribuir unos cuantos de forma gratuita. ¿Crees que alguna botica de la ciudad colaboraría con nosotras para traerlos desde Inglaterra?

—Puede ser. Conozco una que siempre nos presta su ayuda cuando lo necesitamos.

—¡Eso es perfecto! Ahora la cuestión es saber quién podría hacerse cargo de dicho gasto.

—Yo. Hay ciertos gastos que los cubro con el dinero de la fundación, otros los sufrago yo misma.

Sarah se levantó de golpe y fue a abrazarla con entusiasmo.

—¡Sabía que eras de las nuestras! Lo noté en cuanto te conocí…

—Gracias —respondió riendo.

—Cuando te vi por primera vez en el parque me di cuenta de dos cosas…

Sofía frunció el ceño y la miró con intriga.

—Que te fascinó lo que viste y escuchaste… y que eras muy guapa. ¡No me mires así! —comentó ante la cara de estupefacción de Sofía—. Las mujeres también podemos piropearnos las unas a las otras, ¿por qué no? ¿Nunca te has sentido atraída por otra mujer?

—No.

—No sabes lo que te pierdes… —Le guiñó un ojo—. Los hombres me parecen cada vez más aburridos y simples. En cambio, nosotras tenemos mucho más encanto.

—Créeme, no todos son tan simples… Hay algunos bastante más complejos…

—¿Hay alguno que te interese? Espero que sea adecuado y digno de ti… Una mujer como tú no puede estar al lado de cualquiera.

—Lo es, lo es. Lo que no estoy del todo segura es de si yo soy adecuada para él —comentó riendo—. A veces tengo la sensación de que le revoluciono demasiado.

Las dos continuaron con aquella divertida conversación durante un rato, hasta que Sarah la invitó a almorzar con ella y con Charlotte en un pequeño restaurante en uno de los barrios obreros de la ciudad. Sarah la observaba fascinada al ver que no tenía ningún problema en dejarse ver con ella por la ciudad ni en comer en un sitio tan modesto.

Charlotte se unió a ellas un poco más tarde y se sorprendió al ver a Sofía allí.

—Buenas tardes, señora Mathieu. —Se sentó al lado de ella con una sonrisa—. Qué gran sorpresa verla aquí.

—Buenas tardes. Por favor, llámame Sofía. Ha sido Sarah la que me ha invitado a unirme a vosotras. Espero no importunar.

—Por supuesto que no.

—Le he pedido que venga porque tienes que conocer lo que tanto ella como su familia hacen a través de su fundación. No vas a creer lo que vas a oír —dijo mirando a Sofía con una sonrisa cómplice.

—Soy todo oídos —dijo y pidió una botella de vino.

Después de comer fueron a una cafetería cercana y allí, mientras tomaban un café, Charlotte les habló de su experiencia en la cárcel y de su fiel compromiso con la petición del sufragio femenino.

—En Inglaterra las mujeres están mucho mejor organizadas y os llevan una gran ventaja. Es por eso que nuestra organización ha decidido ayudaros a trabajar de forma más coordinada.

—Sí, lo pude comprobar por mí misma durante mi estancia en Warwick. Por desgracia, el entorno rural en el que vivía y la oposición de mi esposo me impidieron poder implicarme más. Todo lo relevante tiene lugar en Londres.

Charlotte frunció el ceño al oír aquellas palabras.

—Me cuesta creer que una mujer como tú se deje dominar por un marido —comentó con cierta suspicacia.

—No era dominio lo que ejercía… James entendía mi implicación y a su manera me apoyaba, pero… era sacerdote, por lo que no podía ir más allá de prestarme su ayuda en cosas sencillas como asistir a mujeres en peligro, con serios problemas económicos o con sus hijos e hijas. Cuando me casé con él acepté que debía comportarme como se esperaba de la esposa de un sacerdote, aunque intenté extender mi labor más allá de todo eso… no fue sencillo.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Imaginé que estarías casada con algún hombre importante en la sociedad.

—Lo estaba, pero me enamoré de James y le abandoné. Por eso tuve que

huir a Inglaterra… No importa en qué familia nazcamos, al final todas nos vemos sometidas a nuestros esposos y obligadas a llevar la vida que se espera de nosotras.

Las dos asintieron con la cabeza.

—Vuestra labor en la escuela es vital. ¿Tenéis el reconocimiento de algunas personas influyentes en la ciudad? —Charlotte se mostraba muy interesada en aquella faceta de Sofía; sospechaba que le sería de gran importancia para sus planes en París.

—Sí. Hay algunos senadores amigos de nuestras familias que alaban nuestra labor, aunque la oposición es férrea y nos tiene vigilados.

—Entiendo… Aun así, los Mathieu y los Dufour tenéis una muy buena reputación en el país gracias, sobre todo, a la labor filantrópica de vuestros padres. —Sofía abrió los ojos como platos al oír aquel comentario.

—No te preocupes —comentó Sarah—. Es normal que necesitemos hacer una pequeña averiguación sobre vuestra vida.

—Nuestra lucha es algo muy serio y debemos ser muy cautelosas con la información que compartimos. Espero que no te hayas ofendido.

—No, no… lo entiendo. Conozco cómo se las gastan las autoridades… Nosotros también estamos bajo su escrutinio, no creáis que es fácil hacer lo que hacemos sin tener problemas. En muchas ocasiones rozamos la ilegalidad, pero por fortuna siempre conseguimos ayudar a esas mujeres y niñas de forma segura. No temáis por mí ni por nuestras familias.

Charlotte y Sarah se miraron.

—Confiamos en ti, Sofía. Y para demostrártelo, te vamos a invitar a una conferencia que va a dar Hubertine Auclert mañana y a la que estamos seguras de que acudirán Léon Richer y Maria Deraismes. No se puede acceder si no estás invitado. Si te interesa irás con nosotras.

Sofía abrió la boca con asombro y cogió las manos de Charlotte.

—¡Para mí sería un honor poder asistir! Soy una fiel admiradora de las ideas del señor Richer.

—De acuerdo. Sarah te indicará el lugar en el que te recogeremos, pero, por favor, mantén esta información en privado. Se lleva organizando varios meses y no podemos hacer nada que la ponga en peligro. Es una conferencia muy importante en la que se nos va a informar de las últimas novedades que han tenido lugar en el congreso y de los pasos a seguir.

Sofía asintió con la cabeza y a continuación se despidieron hasta el día siguiente.



Sofía dudó en si debería compartir aquella información con Annette y su hermano. Asistir a un evento de ese tipo no tendría por qué ser peligroso, ya

que, según le habían comentado, mujeres y hombres de distintos ámbitos de la sociedad acudirían esa tarde. No obstante, no quería volver a tener problemas, por lo que al final optó por informarlos de su asistencia. Para su tranquilidad Adrien le pidió que Belmont la acompañase y ella accedió aun sabiendo que, una vez se encontrase con Sarah y Charlotte, Belmont debería regresar a casa con discreción.

Mientras esperaba la llegada de Sarah a los pies de las escalinatas laterales de Saint-Étienne-du-Mont no pudo evitar que la memoria de James le provocase un nudo en la garganta. Estar delante de aquella majestuosa iglesia avivó el recuerdo de todo lo que vivieron durante los primeros meses tras su encuentro y como en alguna ocasión, aun sin ser demasiado religiosa, se había encomendado en busca de ayuda a la imagen de Santa Genoveva, patrona de la ciudad y cuyos restos descansaban en aquel templo.

El sonido de las campanas la sacó de aquellos agridulces recuerdos y, nada más fijar la vista en la calle principal, vio llegar a Sarah en dirección hacia ella.

—Buenas tardes. Espero que no lleves mucho tiempo esperando. Me ha costado un poco encontrar un carruaje libre a estas horas. Esta ciudad tiene un ritmo frenético a veces.

—Lo sé. ¿Qué hacemos ahora? Mi cochero se ha marchado…

—Debemos esperar a Charlotte, ella nos recogerá e iremos juntas.

—¿A dónde vamos exactamente?

—No puedo decírtelo. Enseguida lo comprobarás.

Unos minutos más tarde un carro se detuvo delante de ellas y Charlotte se asomó para invitarlas a subir. Recorrieron varias calles mientras conversaban de forma animada. Sin embargo, cuando el cochero se desvió hacia un camino de arena Sofía se inquietó.

—¿Dónde vamos?

—Tranquila. La conferencia se celebra en una villa privada. Llegaremos en unos instantes.

Apenas diez minutos después llegaron y Sofía se sorprendió de ver la cantidad de carruajes que ya había en el lugar y el gran número de personas que entraban en lo que parecía una mansión familiar.

—Ya estamos aquí. Esta casa pertenece a la familia del marqués de Condorcet, que, como sabrás, ya defendió la igualdad entre hombres y mujeres y el derecho al voto hace un siglo. Su familia sigue apoyando la causa y nos presta algunas de sus propiedades de forma totalmente desinteresada para hacer este tipo de eventos.

—A pesar de conocer al marqués, no sabía que su familia seguía involucrada de esta forma tan directa después de tantos años —comentó Sofía —. De hecho, pensé en llamar a nuestra escuela con su nombre. Tras meditarlo un tiempo, me pareció más adecuado llamarla Olympe de Gouges por ser una mujer.

—Bien hecho —afirmó Charlotte con una sonrisa de satisfacción—.

Entremos. La conferencia debe estar a punto de comenzar.

El enorme salón principal de la casa había sido transformado para la ocasión con distintas mesas redondas distribuidas por toda la sala y con un pequeño atril al fondo.

Se sentaron en una de las mesas centrales junto a otras dos mujeres que provenían de Inglaterra y en ese momento Sofía se percató de que todas las mesas tenían una pequeña escultura en el centro con el símbolo de la diosa Venus. Sonrió. Una vez que todos los asistentes ocuparon sus asientos, la figura de una mujer vestida de negro y ataviada con un gran sombrero del mismo color subió al pequeño escenario con una pancarta en las manos donde se leía «Sufragio femenino». Todo el mundo comenzó a aplaudir con entusiasmo hasta que aquella mujer les pidió silencio. Sofía no pudo controlar la emoción que le provocó estar junto a mujeres tan importantes como ella. Tener delante de sus ojos a Hubertine Auclert, a la que admiraba por sus valientes artículos en diversos periódicos, le pareció asombroso.

Durante el tiempo que duró el discurso Sofía pensó que por fin se sentía plenamente identificada en su lucha. La pasión, entrega, determinación y valentía que emanaban de aquella mujer le hicieron darse cuenta de que debía convencer a su familia para involucrarse de forma mucho más activa de una vez por todas. No podía dejar de aplaudir con cada una de sus frases mientras las repetía mentalmente haciéndolas suyas.

Cuando le tocó el turno a Maria Deraismes sintió que de nuevo la emoción la embargaba; en especial, cuando se dedicó un minuto de silencio a la memoria de Víctor Hugo, presidente honorífico de la *Liga Francesa por el Derecho de las Mujeres* y que había fallecido hacía apenas dos años.

Finalmente, fue el turno de Léon Richer, quien subió al atril para ponerlos al corriente de los nuevos logros en el ámbito político y de su compromiso de apoyar el sufragio femenino en cuanto se aprobase la ley de educación que llevaba años intentando impulsar. Fue en ese momento, y sin que Sofía se lo esperase, cuando Charlotte se puso de pie y pidió que escuchasen lo que Sofía tenía que aportar con sus escuelas. Sin saber qué hacer o decir y sintiéndose abrumada por aquel inesperado foco de atención, se acercó al escenario con timidez. El hombre se apartó intrigado para escuchar lo que tenía que decir.

Haciendo acopio de todo el valor y del saber estar que su familia le había enseñado, respiró hondo y explicó a todos los allí presentes la labor educativa que tanto su familia como los Dufour llevaban a cabo desde hacía tantos años. Todos la escucharon con atención y la aclamaron con una gran ovación en cuanto terminó su pequeño discurso. A continuación, Léon Richer se acercó a ella asombrado por lo que había escuchado, le agradeció su entrega con las niñas y le pidió poder visitar su escuela en unos días, algo a lo que ella accedió, feliz de contar con tal honor.

Tras los discursos, disfrutaron de un cóctel mientras Charlotte y Sarah le presentaban a infinidad de mujeres y hombres que Sofía no conocía.

—¿Entiendes ahora por qué te necesitamos? —preguntó Sarah—. Mira a

tu alrededor. Por desgracia, la mayor parte de las personas que están aquí hoy son miembros importantes de la política, de la cultura, del periodismo… todos republicanos y librepensadores que usan su influencia para ayudar al cambio. Las mujeres como Charlotte y yo somos las menos importantes.

—Eso no es cierto. Lo que vosotras hacéis es aún más relevante. Vuestro discurso es el que realmente llega a las mujeres. Ellas os ven como a iguales. Normalmente no se suelen fiar de nosotras cuando nos acercamos para interesarnos por sus problemas.

—Es verdad, pero los grandes cambios se logran desde arriba…

—Impulsados por los de abajo —repuso Charlotte, que regresaba a su lado tras conversar con varias invitadas—. A todo el mundo le ha sorprendido lo que has contado. Varias mujeres conocían la existencia de la escuela, aunque no sospechaban que vuestra implicación y labor con esas niñas fuesen tan serias. La propia señora Auclert se ha mostrado interesada en visitar la escuela. Prepárate para recibir una larga lista de tan reputadas visitas.

—Para nosotros será un honor mostrar las instalaciones a todos los que quieran visitarlas.

—Solo te pido que, por favor, seas discreta con lo que aquí has oído. En unos días volveremos a reunirnos, esta vez a menor escala, para organizar las nuevas actividades. Si quieres, podrás asistir —dijo con una amplia sonrisa.

Cuando el evento llegó a su fin, Sarah la informó de que regresarían ellas dos solas debido a que Charlotte debía permanecer allí para tratar ciertos temas a los que solo ella tenía acceso. De regreso a casa, Sofía no paraba de repetir todo lo que había escuchado y se mostraba totalmente entusiasmada con lo que acababa de vivir. Estaba deseando llegar para poder compartirlo con su familia.

—Mañana mismo iré a visitaros y escribiremos varios artículos —la informó Sarah—. Estoy segura de que el mismísimo Léon Richer estará encantado de publicar el que tú escribas en su periódico. Le has dejado impresionado con tu discurso.

Sofía sonrió de oreja a oreja encantada de haber causado tan buena impresión en aquel hombre al que tanto admiraba y respetaba.

—Tienes que lograr que apoye el sufragio femenino como sea. Está en tus manos y en las de tu familia. La pobre educación que las niñas reciben en este país es el principal escollo por el que no lo apoya. Si tú le convences de que eso está a punto de acabar, no me cabe duda de que lo hará. El día que vaya a la escuela debes explicarle con todo lujo de detalles el tipo de formación que les dais y, por favor, cuéntale lo que hiciste en esas dos clases temáticas. Lo agradecerá. Es lo que él defiende.

—Lo haré.

—Sé que lo vas a lograr —comentó entusiasmada mientras le daba un abrazo—. Con tu entrega y tu encanto personal, le vas a convencer. No creas que no me he dado cuenta de que te ha echado una miradita de arriba abajo —dijo riendo.

—No digas bobadas, por favor.

—Es el gran Léon Richer, aunque no deja de ser un hombre, Sofía. Usa tu encanto.

—Me niego a hacer tal cosa —protestó con el ceño fruncido—. Si desea apoyar nuestra labor será por lo que hagamos, jamás por un interés personal. Eso es algo que muchas mujeres debéis aprender, Sarah. Tenemos que dejar de usar esa arma de doble filo si queremos que nos traten como a iguales. Solo cuando dejemos de ser un simple objeto de deseo para ellos, nos ganaremos su respeto.

—Está bien, no te enfades conmigo. Es solo que a veces… un poco de encanto extra ablanda las opiniones más férreas y tú lo tienes en grandes cantidades… —Sofía se sonrojó.

—Serán esas niñas las que lograrán que se convenza, ya lo verás.

El carruaje se detuvo delante de la casa de los Mathieu y, antes de que Sofía se bajase, Sarah volvió a abrazarla.

—Gracias por tu apoyo. Y recuerda… Por nuestra dignidad, por nuestra libertad —dijo levantando el puño con firmeza.

Sofía repitió aquellas palabras y entró en la casa dibujando una gran sonrisa en el rostro.

31

A la mañana siguiente, Sofía se levantó llena de energía y bajó al salón para desayunar con su hermano y Annette. No podía esperar más para contarles todo lo que había vivido el día anterior. Cuando regresó ellos habían salido a cenar.

—¡Qué buena cara tienes hoy! —comentó Adrien acercándose a darle un beso de buenos días.

—Sí, he descansado y me siento fenomenal. Ayer lo pasé muy bien y siento que he renovado mi energía.

—¿Qué tal fue la conferencia? Me hubiera gustado asistir, aunque yo no estaba invitada… —dijo Annette fingiendo un puchero.

—Si me lo hubieses dicho, estoy segura de que no les habría importado que te unieses a nosotras.

—Es broma. Últimamente no me encuentro del todo bien y solo tengo ganas de dormir —rio—. Imagino que cada embarazo es un mundo y este no tiene que ver nada con el anterior.

—¿Dónde se celebró? —quiso saber Adrien.

Sofía dio un sorbo al té y cambió de tema.

—¿Sabéis a quién pude conocer? ¡Al mismísimo Léon Richer! Me dijo que conocía nuestra labor en las escuelas, aunque estaba convencido de que nuestro compromiso no iba más allá de proporcionar una educación un poco más digna a esas niñas. Se quedó literalmente sin palabras cuando le conté todo lo que hacemos. Me ha dicho que en unos días irá a visitarnos.

—¡Qué buena noticia! Su apoyo nos vendrá muy bien para seguir creciendo. Ojalá podamos abrir pronto otra escuela en Lyon —comentó Annette.

—También pude conversar con Hubertine Auclert y Maria Deraismes… ¡qué dos mujeres más fascinantes!

—¿Y de qué se habló en esa conferencia? —Adrien se acomodó en la butaca dispuesto a escuchar con atención.

—En general, de todo lo que llevamos exigiendo desde hace años, aunque percibí ciertas discrepancias entre la visión de Richer y la de las otras dos mujeres. La lucha de Richer se centra en los cambios legales. Es ahí donde, según él, reside el cambio, a diferencia de la posición de Auclert o Deraismes que piden más acción y presión social.

—Estoy de acuerdo con él. Es ahí donde hay que centrar los esfuerzos —afirmó Adrien—. Por mucho que nos empeñemos en cambiar las cosas de otro modo, si los legisladores no se abren a las necesidades y exigencias del

pueblo, nada se puede hacer.

—Para abrir los ojos a todos esos hombres conservadores y misóginos tenemos que movilizarnos, Adrien. Si no protestamos, si no alzamos la voz, les damos la excusa para no actuar.

—Lo sé… Por favor, me gustaría que me avisases cuando el señor Richer vaya a visitar la escuela. Quiero conocerlo en persona y hablar con él. Hace poco coincidí con él en un restaurante, pero se marchó antes de que pudiese acercarme.

—Todos deberíamos estar en la escuela ese día —añadió Annette—. Espero que Julien regrese pronto. Estoy segura de que a él también le gustará poder reunirse con él como director.

Sofía suspiró al recordar el tenso momento que vivió con Julien a causa de su partida hacia Berlín.

Antes de que terminasen el desayuno el ama de llaves los avisó de que tenían una visita.

—Feliz sábado a todos. —Sarah entró en el salón sonriente—. Siento presentarme aquí tan temprano, pero tenemos muchas cosas que hacer… Espero que no hayáis olvidado vuestro compromiso de redactar varios artículos.

—No, no, pasa. Tómate un té. Enseguida nos ponemos con ello —comentó Annette y la invitó a sentarse.

Adrien se despidió de ellas y se marchó para encontrarse con un amigo que había llegado a la ciudad.

—¿Estáis listas para revolucionar con vuestras plumas? No os pido que escribáis para escandalizar, solo que intentéis conseguir un artículo jugoso.

Annette y Sofía se miraron y comenzaron a darles vueltas a varias ideas. Tras un rato cavilando, Annette afirmó haber encontrado un tema interesante.

—Voy a escribir sobre el derecho de las mujeres a exigir a sus maridos el cuidado de los hijos de forma igualitaria. No es justo que sean las mujeres las únicas que deban dedicar su vida a la crianza y educación de sus hijos y además ocuparse de las tareas del hogar, del cuidado de toda la familia y en muchos casos de ganar un poco de dinero con algún trabajo mal remunerado fuera de casa. Nuestros padres se involucraron de forma directa en nuestra educación y nosotros lo agradecimos mucho. Pudimos crear un vínculo más fuerte y cercano con ellos.

—Estupendo. Y tú, Sofía, ¿has pensado ya sobre qué vas a escribir? —La miró con una sonrisa maliciosa.

—Sí, creo que lo tengo claro. Escribiré sobre la importancia del control de la natalidad en mujeres sin recursos.

—Manos a la obra. Yo terminaré uno que comencé a escribir hace unas semanas sobre los movimientos sindicalistas femeninos que están apareciendo en otros países.

Las tres se pusieron a escribir con la esperanza de conseguir un artículo digno de ser publicado.

Nada más terminar los leyeron en voz alta y aplaudieron satisfechas, seguras de que serían muy bien recibidos.

Annette se retiró a descansar antes del almuerzo, mientras que Sofía y Sarah fueron a tomar un té a otro de los salones de la casa, más pequeño y acogedor, donde el calor de la chimenea hacía muy agradable la estancia. El otoño había llegado con fuerza y las temperaturas habían comenzado a caer en picado desde primera hora de la mañana.

—No sabes cuánto te agradezco la confianza que has depositado en nosotras, Sarah.

—El placer es mío. Todos los apoyos que vayamos encontrando en el camino son bienvenidos. A pesar de que es un camino largo y arduo, no tengo dudas de que juntas lo lograremos.

—Sin duda. Debemos paliar el sufrimiento de tantas mujeres y niños lo antes posible.

—Sí, sobre todo debemos darles la oportunidad de tener una nueva vida lejos de la tiranía de los hombres con los que conviven —comentó Sarah. Después, guardó silencio un largo instante, pensativa.

—¿Te ocurre algo? He notado un gesto de preocupación en ti.

—Si te soy sincera, lo estoy. Hay una chica que se unió a nosotras hace unos meses. Se llama Lucy. Creo que la conociste el día que os presenté a Charlotte. Es una muchacha muy joven, apenas tiene veintiún años, aunque ya tiene dos niños pequeños y un marido que la trata como a un mero instrumento para obtener desahogo físico. Hemos querido convencerla para que le abandone. Por desgracia, se niega por miedo a las represalias. Hace tres semanas que no sé nada de ella y estoy empezando a preocuparme.

—¿Sabes dónde vive?

—No, nunca quiso darnos ese dato. Trabaja en una fábrica en el centro. Sin embargo, no ha ido desde hace una semana.

—Quizás esté enferma.

—¡O molida a palos! —Sofía se llevó las manos al corazón al oír esas duras palabras.

—Debemos averiguar qué le ocurre sin más tardanza.

—He hecho todo lo que he podido… No sé qué más hacer. Charlotte habló con el patrón de la fábrica. Como era de esperar, el tipo no quiso darle ninguna información, ya que el marido también trabajó allí y era compañero de borracheras con él.

Sofía cerró los ojos y meditó la posibilidad de confesarle a Sarah su otra faceta como lady Morel. Nerviosa, comenzó a mover la pierna mientras mantenía la vista clavada en el suelo y se acariciaba la barbilla, vacilante.

—Sarah, ¿si te cuento algo me prometes que no se lo dirás a nadie?

—Por supuesto, puedes confiar en mí.

—Lo digo en serio. Nadie puede saber lo que voy a confesarte. Nadie. Ni tan siquiera Charlotte. No puedo arriesgarme.

Sarah abrió los ojos como platos y arrugó el entrecejo sin entender qué

podía ser tan serio para tal requerimiento.

—Te lo prometo. Sea lo que sea puedes contar con mi discreción.

Sofía se mantuvo callada unos minutos que a Sarah le parecieron eternos. Tras dar un largo suspiro dijo:

—Desde hace años ayudo a mujeres a huir de sus casas junto con sus hijos…

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Cuento con la inestimable ayuda de mi cochero. Cuando nos llega información de que alguna mujer o sus hijos están en peligro, organizamos una huida durante la noche.

—¿Y dónde las lleváis?

—Eso no puedo decírtelo. Somos una compleja red de personas que nos ayudamos para lograrlo. Normalmente las sacamos del país y les facilitamos una identidad nueva.

Sarah la observó sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Nunca imaginé algo así de ti… ¿Marie también hace esto?

—No, solo yo. Ella me ayuda en todo lo que puede con los trámites previos, pero soy yo, bajo el nombre de lady Morel, la que se encarga de rescatarlas y alejarlas lo más posible de sus maridos. Si quieres, puedo intentar averiguar lo que está pasando con esa muchacha.

—¡Eso sería fantástico! Estoy preocupada de verdad.

—Dame unos días y, en cuanto sepa algo, te lo haré saber. Por favor, es de suma importancia que nadie sepa nada de esto o no podré seguir ayudando a ninguna mujer más. Mi familia conoce esta faceta de mi vida. Sin embargo, fuera de mi círculo más cercano, yo no soy más que Sofía, la hija de los Mathieu, anteriormente lady Marchand.

—¡Eres maravillosa! —Se abalanzó sobre ella y la besó con efusividad en la mejilla.

Una semana más tarde, y cuando Sofía ya tenía toda la información necesaria para ayudar a la joven Lucy, Sarah y ella lograron localizarla de camino a la fábrica. Lamentablemente, nada más verla comprobaron que el motivo de su ausencia había sido una paliza por parte de su marido. Tras un arduo esfuerzo por convencerla, lograron llevarla a un parque cercano para hablar con ella y hacerle entender la necesidad de huir con sus hijos antes de que fuese demasiado tarde. Un tanto asustada, Lucy accedió a los ruegos de Sarah y dejó que Sofía le explicase lo que podían hacer por ella y por sus hijos. Después, le pidieron que actuase con normalidad hasta el día del rescate y que estuviese lista a la hora convenida. Aunque normalmente Sofía planificaba las huidas con un poco más de tiempo, era obvio que aquel caso requería de una urgencia extrema, por lo que lo llevarían a cabo al día siguiente.

—¿A dónde irá si no tenemos tiempo de darle la documentación con su nueva identidad? —preguntó Sarah con angustia.

—No te preocupes por eso. Yo misma escribiré una carta a las personas

que van a recibirlos y ellos se encargarán de todo desde allí. En estos casos, lo importante es actuar con rapidez.

Annette se emocionó cuando Sofía le contó el caso de Lucy. Sin dudarlo se ofreció a ayudar. La premura de los acontecimientos no les daba demasiado margen de acción, por lo que Sofía le pidió que preparase un bolso con ropa de niño. Se le rompió el corazón cuando supo que sus hijos no tenían más que dos años, el mayor, y cinco meses, el pequeño. Ella misma escogió varias prendas suyas y las guardó junto a varios productos de higiene personal en otro bolso.

Por su parte, Adrien torció el gesto cuando se enteró de que su hermana volvía a salir como lady Morel. Siempre se sentía inquieto ante el miedo de que algo pudiese salir mal. Sin embargo, las dos fueron capaces de hacerle entender la necesidad de ayudar a esa pobre muchacha, y al final accedió incluyendo un sobre con dinero y una nota con la dirección de una persona importante a la que podría acudir en caso de que su esposo la encontrase, algo que era muy improbable pero no del todo imposible. Era de vital importancia asegurarles la protección necesaria en situaciones de riesgo.

Con todo preparado, Sofía se dirigió hacia las cocheras para encontrarse con Belmont. Antes de marcharse, Adrien tuvo una nueva petición para su hermana.

—Por favor, este caso es de extrema gravedad, por lo que he pedido a una persona que os acompañe para que se encargue de vuestra seguridad. Esos tipos son muy traicioneros y no nos podemos fiar.

Sofía accedió a regañadientes. No deseaba preocupar a su hermano en exceso y salió a su encuentro con Sarah.

La noche era especialmente oscura y una fina capa de lluvia y niebla lo cubría todo a su alrededor. Tuvo que reconocer que las condiciones meteorológicas no contribuían a tener un buen viaje, pero no quedaba más remedio que aceptarlo y seguir adelante con el plan. Belmont detuvo el carruaje en una callejuela que daba a la iglesia de Saint-Germain, donde había quedado con Sarah a las doce en punto. Sofía miró el reloj de su padre que siempre llevaba con ella en esas ocasiones y comprobó que aún faltaban unos minutos. Respiró hondo e intentó relajarse. Esa noche se sentía especialmente inquieta. Había mucho en juego y hacer un trayecto tan largo con niños tan pequeños nunca era fácil. Esta vez debían viajar hasta Lyon, donde los recogerían otras personas para llevarlos hasta Ginebra y de allí partirían de nuevo hacia su destino final, Lausana, una ciudad en Suiza de habla francesa donde serían acogidos por una familia.

Los minutos pasaban rápido sin noticias de Sarah, por lo que comenzó a sentir que el corazón se le aceleraba. Averiguaron que el marido de Lucy siempre regresaba a casa bien entrada la madrugada, aunque no podían estar del todo seguras de que aquel día cambiase de rutina. Sin poder evitarlo, las alarmas de peligro se despertaron en ella. ¿Y si habían sido sorprendidas en la huida? Debía haber acompañado a Sarah, pero se dejó convencer por ella para

no intervenir y ahora se arrepentía. Esperó otros veinte minutos y, sin poder aguantar más la incertidumbre, pidió a Belmont que se acercase un poco más a la calle donde residía la joven. El hombre que los acompañaba se negó. Ignorando sus órdenes para regresar a casa, Sofía pidió a Belmont que avanzase, convencida de que algo pasaba.

Belmont condujo los caballos con lentitud para evitar que los cascos hiciesen demasiado ruido y se detuvo a una calle. Allí, de nuevo, no había nadie. Presa de la angustia se bajó del carro y corrió hacia la parte trasera de la casa seguida por el otro hombre, que mascculló algo que no llegó a entender.

Se acercó un poco más y de repente las vio en la cocina junto al marido de Lucy, quien parecía estar borracho como una cuba mientras se movía de un lado a otro de la cocina tambaleándose. ¿Las había descubierto? Sofía sintió que un calor sofocante le recorría todo el cuerpo. ¿Qué debía hacer? Se giró para mirar al hombre que los acompañaba y este se apostó detrás de ella. Sofía le hizo un gesto para que le sugiriese cómo proceder. Para su desesperación, aquel hombre se limitó a negar con la cabeza. Volvió a acercarse a la ventana para asomarse y en ese momento vio a Sarah, con una sonrisa fingida, coger del brazo al hombre, que caminaba en dirección al salón con pasos torpes. Imaginó que quizás intentaba sacarlo de allí con algún pretexto para facilitar que Lucy pudiese salir de la casa. De pronto oyó al hombre gritar que le dejase en paz al mismo tiempo que intentaba zafarse de Sarah. Ella le agarró de nuevo y consiguió sacarle de allí a pesar de los bandazos que daba a modo de protesta.

Sin pensarlo dos veces, Sofía dio un pequeño toque en el cristal de la ventana. Lucy, que llevaba en brazos al pequeño, se giró y se acercó corriendo hacia allí. Sofía le indicó con un gesto rápido que abriese la puerta y saliese de allí con el pequeño de inmediato. Aunque Lucy obedeció y salió, le explicó con sigilo que su otro hijo dormía en el sofá y que no podía marcharse sin él. Sofía resopló con fuerza e intentó convencerla para que acompañase a Belmont hacia el carruaje con la promesa de que tanto ella como Sarah llevarían al otro niño en unos minutos. Sin embargo, la mujer se negó a moverse de allí, e incluso intentó entrar de nuevo. En ese momento el pequeño se despertó y comenzó a llorar, por lo que Sofía le imploró que se marchase de allí si no quería dar al traste con el plan de fuga. Belmont consiguió calmarla y la acompañó hasta el carruaje.

Hecha un mar de dudas, Sofía meditó la posibilidad de entrar en la casa y averiguar qué ocurría. No tuvo tiempo de decidir cuál sería su siguiente paso. En ese instante se oyó un fuerte ruido de cristales por el suelo y unos segundos después vio a Sarah salir corriendo con el otro niño en brazos.

—Corre —le rogó.

Sofía y el otro hombre la siguieron sin rumbo fijo hasta que se detuvieron dos calles más abajo.

—Aquí —les indicó Sarah mientras se refugiaban en un callejón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sofía intentando recuperar el aliento.

—El muy desgraciado se ha presentado en casa antes de tiempo, borracho como una cuba. Se puso como una fiera al verme en su casa. Conseguí convencerle de que era una amiga a la que Lucy había avisado porque el pequeño se encontraba mal. Por desgracia, el malnacido se ha intentado propasar con ella e incluso conmigo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. A pesar de no poder mantenerse ni en pie no dejaba de protestar y se acostó al lado del niño, por lo que no me ha quedado más remedio que pegarle un botellazo. No estoy del todo convencida de que vuelva a levantarse y arme jaleo. Démonos prisa. Estos indeseables son impredecibles.

—Ahí está Belmont, corramos —los avisó Sofía. Se apresuraron hacia el carruaje con tanto ímpetu que apenas dieron tiempo al cochero para que detuviese los caballos y se subieron casi en marcha.

Una vez dentro respiraron tranquilas, aunque sabían que no estarían a salvo hasta haber abandonado la ciudad. Lucy lloraba desconsolada mientras Sarah intentaba consolarla.

—No tengas miedo, todo irá bien —le repetía.

—Nos encontrará. Tiene amigos en la Gendarmería —dijo con voz trémula.

—Esos canallas tienen amigos en todas partes, pero tranquila, ya estás protegida. No estás sola —afirmó Sofía acariciándole las manos.

—Cuando se despierte tendrá tal dolor de cabeza que pasarán varias horas hasta que se dé cuenta de que no estáis. No te angusties, tenemos tiempo para escapar. Espero que el efecto del botellazo le dure toda la noche —comentó Sarah con rabia—. Si no llego a tener prisa le habría…

—Sarah, no —le indicó Sofía para intentar calmar los nervios.

—Ese despreciable no merece más que…

—¡Basta! Ya lo hemos entendido —le repitió Sofía con severidad y le hizo un gesto para que fuese consciente de que había un niño pequeño que las miraba con los ojos llenos de miedo y que no necesitaba escuchar más palabras de odio.

Sarah frunció los labios con rabia y cogió en brazos al más pequeño para que la madre pudiese recostarse un poco y descansar.

Una hora y media más tarde y tras comprobar que nadie los seguía consiguieron relajarse. Si todo iba bien, confiaban en detenerse en alguna posada para poder descansar un poco. Belmont les indicó que no deberían hacerlo hasta hallarse a una buena distancia de París. No era la primera vez que alguien aparecía de repente para intentar detenerlos. Convencidas de que aquello era lo mejor, trataron de relajarse un poco hasta la siguiente parada en Auxerre.

Cuando llegaron, exhaustos por el viaje y a causa de la tensión del rescate, decidieron descansar en una pequeña posada que encontraron, a la espera del carruaje que llevaría a Sofía y Sarah de vuelta a París. Después, Belmont continuaría con su viaje hasta Lyon, donde los recogerían otras personas para

llevarlos a Ginebra. Allí se despidieron de Lucy y de los niños entre lágrimas y les prometieron que todo iría bien.

En el trayecto de regreso, Sarah estaba eufórica. A pesar del susto inicial, haber podido vivir aquella emocionante experiencia junto con Sofía la emocionaba y entusiasmaba al mismo tiempo.

—Nunca olvidaré esto —comentó limpiándose las lágrimas de la cara.

—Es muy emocionante. Al final no puedes evitar sentir una mezcla de sensaciones. Por un lado, la pena de abandonar a esas mujeres y sus hijos te invade, pero al mismo tiempo estás feliz de haber podido ayudarles y devolverles la dignidad.

—Por favor, quiero poder ayudarte. Cuenta conmigo en cada rescate.

—Es complicado, Sarah. No siempre sale bien. Hoy hemos estado cerca de fracasar. Además, es arriesgado.

—No me importa. Si estamos juntas superaremos cualquier contratiempo. Nos convertiremos en las justicieras de París… Podríamos ayudar a muchas más mujeres si nos coordinamos…

—Sarah, cálmate —la interrumpió—. Esto no es un juego ni una aventura. Es algo muy serio que requiere de mucha organización y discreción. Si nos pillan tendremos un problema grave con las autoridades. Por desgracia, hay que escoger muy bien los casos y valorar muchos factores.

Sarah le sostuvo la mirada y a continuación dijo con voz seductora:

—No sé si me gusta más Sofía o lady Morel… Creo que voy a tener que conocer un poco más a fondo a las dos para poder elegir.

Sofía rio a carcajadas y tras dar un largo suspiro de satisfacción se recostó en el asiento.

Cuando llegaron a París estaba casi amaneciendo. Accedieron a la casa por el jardín para mayor discreción. Sofía la invitó a entrar para tomar un té. Sarah se excusó. En apenas dos horas tenía una reunión importante en la otra punta de la ciudad. Antes de despedirse se miraron y sonrieron.

—Gracias por todo, Sofía.

—Gracias a ti por tu valentía.

En ese momento y justo cuando Sofía se acercó a ella para darle un abrazo, Sarah la besó en los labios y la dejó sin palabras.

—Lo siento, no me he podido resistir. —Le guiñó un ojo.

—Sarah… yo no… —Sofía notó las mejillas encendidas y no encontraba las palabras para hablar.

—No te preocupes, lo sé. He querido hacerlo. *Bye, bye, sweetheart.* —Esbozó una sonrisa pícara y se giró en dirección a la salida dejando a Sofía estupefacta. Unos segundos más tarde, no pudo evitar reír por lo bajo. Debía reconocer que aquella mujer era todo un descubrimiento y esa noche pudo comprobar que, además de estar llena de coraje y fuerza, tenía un corazón enorme que la empujaba a dejar a un lado su propia vida para dedicársela a los demás. Entró en la casa caminando despacio ajena a la mirada de desconcierto de Julien, que la observaba pasmado desde la ventana de su habitación.

32

Julien acababa de regresar de Berlín hacía apenas una hora. Cansado por el largo viaje y a la vez inquieto, se sirvió una copa y decidió no acostarse. Estaba a punto de amanecer y deseaba poder desayunar junto con Elise, a quien había echado mucho de menos durante su estancia en Alemania. Se asomó a la ventana y lo que vio le dejó sin palabras. Aún estaba oscuro, aunque pudo reconocer a Sofía y a otra mujer llegando a casa. ¿De dónde venía a esas horas y quién era su acompañante? Torció el gesto sin entender. Antes de que pudiese dar con una explicación lógica las vio besarse. Se aferró fuerte a la copa que tenía en la mano y abrió los ojos como platos. ¿Qué había pasado en su ausencia? ¿Habría sido fruto de su imaginación? No, se dijo. Lo había visto con claridad. ¡Sofía había besado a esa mujer! Se sentó en una butaca con la vista perdida en el suelo y la respiración agitada. En cuanto desayunase iría a hablar con ella. Debía aclarar aquel inusual comportamiento.

—Buenos días.

Sofía, que tomaba un té mientras desayunaba con su hija, se giró de golpe al oír su voz.

—Buenos días —respondió mirándole fijamente—. ¿Cuándo has regresado?

—Hace unas horas.

Nichole se levantó y corrió hacia él para abrazarle, algo que cogió a Julien por sorpresa.

—Qué bien que hayas vuelto, tío Julien. Elise estaba muy triste. —Él le dio un beso en la frente.

—Es muy temprano. Debes estar cansado del viaje.

—No me importa. Quería desayunar con Elise. ¿De dónde venías hace un rato?

Sofía carraspeó. No se esperaba aquella pregunta.

—Estaba con una amiga… —Julien levantó la ceja.

—¿A esas horas?

—Sí.

—¿Dónde están Adrien y mi hermana?

—Annette se ha despertado un poco revuelta y para animarla Adrien y Jean Michel están desayunando con ella en la habitación.

—¿Quién era la mujer con la que estabas?

Sofía notó que se le formaba un nudo en el estómago. Si las había visto en el jardín… entonces habría visto…

—Nichole, cariño, ve a tu habitación a terminar de prepararte. En nada

llegará la señora Zimmermann para tus clases de alemán. —La niña obedeció y se despidió dándoles un beso a cada uno.

—¿Quieres un té? —le dijo.

Julien accedió y se sentó a su lado.

—¿No vas a contestarme? —insistió.

—¿Qué me habías preguntado? —Sofía no podía creer su mala suerte.

—Sofía, ¿qué está pasando? ¿Quién era esa mujer y por qué os habéis besado? —dijo y apretó la mandíbula. Su gesto dejaba claro que estaba molesto.

—No es lo que parece… Aun así, no creo que tenga que darte explicaciones.

—¿Perdón? —Se cruzó de brazos y se recostó en el respaldo de la silla con la mirada clavada en ella.

—No es lo que piensas… Sarah es una amiga y…

—Y… ¿os besáis para celebrarlo?

Sofía le fulminó con la mirada. A continuación, se recolocó en su asiento y dijo:

—¿Qué problema hay en que nos hayamos besado? Es un beso, nada más…

—¿Estás segura de que no es nada más?

—¿Qué es lo que quieres saber? —le espetó con indiferencia.

—Quiero que me cuentes por qué cuando me marché de viaje pensaba que teníamos una relación y cuando regreso te veo besando a una mujer.

Sofía puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo de que teníamos una relación es un poco impreciso. Te recuerdo que te marchaste a Berlín de malos modos…

—Tuve que hacerlo por motivos profesionales, pero ya estoy de vuelta —respondió sin querer entrar de nuevo en la absurda discusión sobre los motivos para su viaje.

—Sarah es una amiga de Annette que conoció en Londres. Ahora vive aquí y hemos congeniado muy bien. Es una chica estupenda.

—Sigues sin contestar a mi pregunta…

—Sí, me besó, lo hizo… ¿Y qué? Es una mujer libre, sin prejuicios, que vive la vida como quiere.

—¿Eres consciente del escándalo que supondría si algo así se supiese? —Sofía puso los ojos en blanco presintiendo que se avecinaba un nuevo discurso sobre el honor familiar.

—Bueno… No ha sido algo premeditado, ella lo sintió así y lo hizo. Ya está. No hay nada más que hablar.

—¿A ti te gustaría verme besándome con otra persona? —le preguntó levantando las cejas con asombro.

—Esto es distinto.

—¿Por qué? Un beso siempre es un beso.

—El nuestro ha sido fraternal.

—¿Fraternal? —resopló—. Sofía, no insultes mi inteligencia…

—¿Quieres un *croissant*? —le preguntó para intentar desviar la conversación.

Julien cerró los ojos y cogió aire. Después los abrió y dio un lento sorbo al té.

—¿Esta va a ser tu actitud a partir de ahora? ¿Ya se te ha olvidado todo lo que vivimos en Niza? ¿No hay nada más entre nosotros? ¿Ya me has borrado de tu piel? —Sofía apartó la mirada—. No estaría mal que me preguntases por cómo me ha ido…

—¿Has podido ver a tu familia? —Se resistía a preguntarle si había decidido aceptar el puesto de profesor en Berlín, ya que el miedo a saber que se marcharía la angustiaba.

—Sí. Y como veo que no te interesa saber qué he hecho por allí… me marcho.

—Espera… —Se levantó y fue hacia él.

Julien se detuvo y permaneció de espaldas a ella.

—Lo siento… es que este tema me pone nerviosa. Claro que quiero saber cómo te ha ido, aunque te confieso que me angustia mucho conocer tu decisión.

Él suspiró y se giró para mirarla.

—No hay ninguna decisión a ese respecto, Sofía. Nunca la ha habido. El único pensamiento que ha cruzado mi mente nada más llegar ha sido pedirte matrimonio, pero es obvio que no es buena idea. No estamos en ese momento. Es mejor que lo dejemos estar… Que tengas un buen día.

Sofía notó cómo el corazón le daba un brinco. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta y no fue capaz de responder. Julien se marchó dejándola con la incómoda sensación de que en aquella ocasión ella era la única responsable del distanciamiento entre los dos.

Ese mismo día, tras el almuerzo, Julien se encontró con Adrien. Una vez que hablaron sobre su estancia en Berlín y de las últimas noticias que habían acontecido en el país, Julien se interesó por saber más datos sobre la nueva amiga de Sofía.

—Adrien, ¿conoces a una tal Sarah?

—Sí, ¿tú también? —preguntó sorprendido.

—Digamos que solo de oídas… Esta mañana Sofía me ha hablado de ella. Sin embargo, no sé por qué, no me ha causado buena impresión lo que me ha contado —comentó sin querer entrar en detalles—. ¿De dónde ha salido?

—Es una larga historia… Annette la conoció en Londres. Era amiga de Samuel, el hombre con el que ella convivió allí. —Adrien sentía que cada vez que recordaba aquellos duros momentos algo en su interior se revolvía.

—¿A qué se dedica? ¿Está casada?

—No, está soltera y pertenece a una organización feminista.

—¿Qué tipo de organización?

—Todavía no he podido averiguarlo, pero al parecer tiene su base en

Londres. Ella y otras mujeres viajan por otros países para organizar el movimiento y lograr que funcione de forma más coordinada en toda Europa.

Los dos se miraron en silencio.

—¿Y quién hay detrás? ¿Quién las financia?

—No lo sé aún. Ellas dicen que reciben donaciones de personas involucradas en la lucha.

—Por tu tono de voz deduzco que tú tampoco te fías mucho de ella…

—No del todo. No es mala persona, aunque no me gusta su vida. Ella fue la que introdujo a Annette en el opio y suele frecuentar entornos un poco sórdidos… al menos, en Londres lo hacía. Ahora no lo sé. Lo único de lo que estoy seguro es de que ha irrumpido en las vidas de Annette y Sofía con fuerza y las ha involucrado en el tema de forma mucho más activa. Sobre todo a Sofía, quien parece haber congeniado con ella y con quien se siente muy identificada.

—Esta mañana las he visto besarse.

Adrien le miró de hito en hito mientras notaba que el pulso se le aceleraba de golpe.

—Sí, así me quedé yo. Acababa de llegar y al asomarme a la ventana las vi. No fue por el beso, sino por… —Se detuvo al darse cuenta de que aún no había hablado con ningún miembro de la familia sobre su relación con Sofía —. ¿Tú sabes de dónde regresaban a esas horas? Eso también me inquietó bastante.

—Ya sabes que Sofía ayuda a mujeres a huir de sus casas de vez en cuando. Al parecer, una amiga de Sarah estaba siendo agredida por su esposo y le ayudaron a escapar. Imagino que acabarían de llegar después de dejarla a salvo en algún lugar.

—¿Tú ves con buenos ojos que Sofía se arriesgue de esa forma? Pensé que eso era algo del pasado… No imaginé que seguiría haciéndolo y menos ahora que es madre.

—Aunque me inquieta mucho, no puedo prohibírselo. Mi padre lo hizo durante toda su vida y ella cogió el testigo cuando él murió.

—Es peligroso…

—Intento que esté segura. Belmont siempre la acompaña y esta vez me aseguré de que lo hiciese también un hombre de mi confianza.

Julien suspiró no del todo convencido.

—Sofía no entiende que hay otras formas de luchar —comentó.

—No, y menos ahora. Esa mujer la ha convencido de que la única forma de lograr cambios es por la fuerza. Me preocupa el efecto que tenga en ella. Intento tenerla controlada, pero con Sarah eso es casi imposible. Me alegro de que hayas vuelto. Yo solo soy incapaz de controlar todo lo que pasa a mi alrededor.

—Conozco a las mujeres como ella… terminan siendo un lastre para la causa feminista. Se arriesgan demasiado y al final solo consiguen empeorar las cosas y ponerse en peligro —afirmó Julien con cierta angustia al recordar

el caso de Bertha, la madre de Elise.

—De momento han conseguido que Léon Richer venga a la escuela en unos días para entrevistarse con nosotros y a conocer las instalaciones. Sofía está entusiasmada con la idea.

Julien se acariciaba la barbilla mientras le daba vueltas a un asunto.

—Quiero conocerla y que me cuente qué quiere lograr y cómo.

—No creo que lo consigas. Es muy lista y está muy bien entrenada para no revelar ningún tipo de información relevante.

—Ya lo veremos.

33

La visita de Léon Richer levantó un gran revuelo entre las alumnas. Sus artículos eran lecturas obligadas y de referencia en varias de las clases, por lo que todas se sentían emocionadas por poder poner rostro a la persona que estaba detrás de aquellas palabras llenas de esperanza.

Nada más llegar fue recibido por Julien, con quien se fundió en un abrazo.

—Es un honor para nosotros recibirle en nuestra humilde escuela —comentó Julien con una sonrisa.

—Encantado de volver a verle, señor Dufour. Por lo que veo, de humilde no tiene nada. —Sonrió.

Sofía frunció el ceño al comprobar que ambos se conocían.

—Lo mismo digo, señor Richer. Le agradecemos su presencia hoy aquí y su interés —dijo Adrien y se acercó a estrechar su mano.

—Es un honor para mí poder visitar esta escuela. La señora Mathieu ya nos contó el trabajo que hacen. Hoy me encantaría poder verlo con mis propios ojos —comentó dirigiéndose hacia ella para besarle la mano. A continuación, hizo lo mismo con Annette.

—Si lo desea, podemos empezar ya con la visita. Las niñas están deseando conocerle —afirmó Julien indicando que le acompañase.

Sofía, entusiasmada, se colocó al lado de Julien y juntos fueron explicando el tipo de clases que ofrecían y las actividades que solían realizar, ante la mirada de asombro de Richer. Aquella escuela le pareció mucho más grande de lo que había imaginado y mejor organizada.

—Estoy impresionado con el gran número de alumnas que tienen —comentó.

—Intentamos alcanzar al mayor número que podemos, aunque, por desgracia, no es suficiente —le explicó Sofía—. Todavía queda mucho por hacer. Tenemos otra escuela en Nantes y cuatro más en Bélgica y Suiza. Nuestra intención es inaugurar una nueva en Lyon.

—La educación pública que se les proporciona no es suficiente. Es muy pobre en contenidos y no logra el objetivo de convertir a estas niñas en mujeres cultas para enfrentarse al mundo con madurez y responsabilidad —dijo Julien—. Es por eso por lo que tratamos de ofrecer una enseñanza de la mejor calidad, con excelentes profesores, desde los cuatro años hasta los dieciséis.

—¿Y qué ocurre cuando alcanzan esa edad?

—Si desean seguir estudiando, les financiamos los estudios en otras instituciones aquí en Francia o en cualquier otro país —le informó Julien.

Léon Richer abrió los ojos y alzó las cejas con asombro.

—¿A todas?

—Sí. A todas las que lo deseen —respondió Annette con orgullo.

—Uno de nuestros objetivos es conseguir que se acepte a las mujeres en las universidades de todo el país. Por lo general, son mejores estudiantes que los niños, mucho más responsables y con mayor capacidad de trabajo. Necesitamos que la sociedad esté repleta de mujeres profesionales en todos los ámbitos—dijo Sofía y suspiró ante aquel deseo aún tan utópico.

—Creo que conocerán la vigorosa campaña que llevé a cabo hace años a favor de la joven Julie Daubié para que le fuese concedido su diploma de bachillerato una vez completó sus estudios. Lo conseguimos a base de mucho esfuerzo y trabajo, justo lo que veo en esta escuela. Les felicito de todo corazón. Son una escuela de referencia. Yo mismo me encargaré de darles el prestigio que se merecen.

—No buscamos reconocimiento, señor Richer —comentó Adrien—, sino contribuir de forma práctica a la sociedad y ayudar a que avance.

—Exacto, pero como llevo diciendo años, ese avance no tendrá lugar hasta que se ofrezca este tipo de educación a todas las niñas del país. Entiendo que la docencia que ustedes proporcionan es laica…

—Absolutamente —le confirmó Julien.

—¡Y republicana! —exclamó Sofía haciendo reír a todos.

—Me alegra saberlo. Estoy seguro de que con personas como ustedes lograremos el cambio. No podemos seguir como hasta ahora. Estas niñas son las mujeres del futuro y deben conocer sus derechos. Serán ciudadanas contribuyentes y, como nosotros los hombres, serán parte de la sociedad, pagarán sus impuestos, serán juzgadas en los mismos tribunales y serán parte activa para el mantenimiento del Estado. Excluirlas de los derechos comunes no solo es negarles justicia, sino un crimen social.

Sofía y Annette suspiraron emocionadas al oír aquellas palabras.

—Sus palabras son un bálsamo para la esperanza, señor Richer —dijo Annette.

—Y lo que ustedes hacen en esta escuela es la base de la misma. Les felicito de nuevo por su gran labor. Sus padres se sentirían muy orgullosos de comprobar que no solo continúan con su fundación, sino que, a mi modo de ver, han ampliado su radio de acción y están contribuyendo al cambio de la mejor forma posible, desde la raíz.

Todos esbozaron una sonrisa de satisfacción.

Tras la visita disfrutaron de una agradable comida en un conocido restaurante y allí prometieron trabajar de forma conjunta para abrir nuevas escuelas en otras partes del país. Antes de despedirse, Richer los invitó a una de las cenas mensuales que organizaba en la ciudad para que estuviesen al tanto de los logros y avances que iban teniendo lugar en el ámbito político.



Sofía regresó a casa en una nube. Por todos era conocida su admiración por el señor Richer. Haber podido hablar con él y compartir impresiones acerca del movimiento feminista la llenó de ilusión. Antes de irse a dormir, decidió visitar a Julien para felicitarle por la excelente organización de la visita. En ocasiones como aquella se daba cuenta del gran profesional que era y de sus esfuerzos por compaginar su carrera con su labor en la escuela.

—¿Conocías al señor Richer? —quiso saber Sofía nada más entrar en el despacho donde Julien se relajaba leyendo un libro.

—Tan solo nos hemos visto en alguna ocasión en unas conferencias sobre historia. Hace mucho que no le veía.

—Es un hombre fascinante, ¿verdad?

—Es un luchador incansable, y eso es digno de admiración.

—A pesar de ser un hombre tranquilo y serio, sorprende por su capacidad de trabajo. Es un hombre mayor, pero está lleno de energía.

Julien sonrió al escucharla. Sus palabras estaban llenas de admiración.

—Tiene una mente privilegiada… eso es lo que le mantiene activo.

—Pareces cansado —comentó Sofía acercándose a él. Desde su desencuentro le notaba distante y frío.

—Lo estoy. Si no deseas nada más, quisiera retirarme a mi habitación.

—Está bien, no te molesto más. Tan solo quería decirte que, si el trabajo en la escuela y tus clases en la universidad te agotan, yo puedo hacerme cargo de la dirección cuando lo necesites. Te prometo que no haré nada sin contar contigo.

—Cuando no pueda acudir te lo diré. De momento, puedo hacerme cargo de ambas cosas. Gracias por tu ofrecimiento. Buenas noches.

—Buenas noches…

Como si de una antigua maldición se tratase, Sofía sentía que no era capaz de dejar de estropear las cosas entre los dos. El miedo, las dudas y el resentimiento controlaban su mente de vez en cuando y la hacían actuar de forma inmadura y egoísta. No debía permitir que el lastre del pasado siguiese apoderándose de ella, pero no encontraba la forma de dejarlo atrás definitivamente. Suspiró y se marchó a su habitación con el nudo de la culpa agarrado con fuerza al pecho.

34

Unos días más tarde, y a petición de Julien, Adrien envió una invitación a Sarah para cenar con ellos en su casa esa misma noche. Aquella nota dejó a Sarah sin palabras. No lograba imaginar qué habría motivado aquel gesto de acercamiento por su parte. Era consciente de que la relación con él era un poco tensa debido a los acontecimientos ocurridos en Londres hacía varios años e intuía que no le gustaba demasiado su amistad con su mujer y su hermana. Aun así, decidió aceptar el ofrecimiento y acudió a la hora convenida a la imponente mansión de los Mathieu.

—Buenas noches —dijo Sarah mientras se adentraba en el salón para saludar, en primer lugar, a Sofía y Annette.

—Buenas noches, gracias por venir —comentó Adrien.

—No hay de qué… aunque no voy a negar que me ha sorprendido.

—Mi esposa deseaba volver a verla, pero como ya sabe, lleva varios días indispuesta, por lo que pensé que sería una buena idea que lo hiciese aquí, en casa, de forma relajada.

—Sí, querida, te lo agradezco de corazón. Este dolor de espalda que tengo hace días me tiene agotada. —Annette la cogió del brazo para que se sentase a su lado—. Hace varias semanas que no nos vemos y me apetece que me pongas al día de todas las novedades de tu vida.

Sarah miró a Sofía de forma cómplice y sonrió.

—He estado un poco liada con los temas de la organización, ya sabes. —Se sentó junto a Annette y clavó su mirada en Julien.

—Otros de los motivos por los que hemos querido invitarte a cenar es para que conozcas a mi hermano. Es el director de la escuela, junto con Sofía.

Los dos cruzaron una mirada desconfiada hasta que Julien dijo:

—Encantado de conocerla, señorita…

—Puede llamarme simplemente Sarah.

—¿No tiene un apellido con el que referirnos a usted? —preguntó Julien con cierta extrañeza.

—Por supuesto, todos tenemos uno, pero el mío no es importante. Prefiero que la gente se dirija a mí por mi nombre de pila.

—Entiendo… Adrien me comentó que es usted inglesa.

—Sí.

Julien se sentó al lado de Sofía mientras esperaba una respuesta menos escueta por su parte. Sin embargo, al ver que Sarah no añadía más detalles, volvió a preguntar.

—¿Es usted de Londres?

—Por favor, si no le molesta, prefiero que me tutee.

—Me cuesta dirigirme así a una persona que no conozco apenas, pero si es lo que desea… ¿Eres de Londres, Sarah?

Ella le miró directamente a los ojos. Luego los entrecerró y forzó una sonrisa.

—¿A qué viene tanto interés sobre mí? No soy más que una amiga de Marie y de Sofía. —La miró y sonrió de oreja a oreja, lo que hizo que Sofía bajase la mirada al suelo ahogando una risilla.

—Disculpa si te he incomodado… No veía inapropiado preguntar por tu procedencia, pero si no deseas compartir ese dato con nosotros, lo respeto —declaró Julien levantando la ceja.

—Eso, nunca me has dicho dónde naciste —comentó Annette.

—Nací en Bath y allí viví hasta que me largué de mi casa.

—¿Abandonaste a tu familia? —preguntó Annette sorprendida.

—Ellos me habían abandonado a mí mucho antes…

—¿A qué te refieres? —quiso saber Adrien.

—Mi padre nos abandonó el día después de nacer mi hermano pequeño. Mi madre no podía con todo y me dejaba al cargo de la casa y de mis hermanos la mayor parte del día mientras ella se deslomaba a trabajar en el campo. Yo tuve que pasar casi todo el tiempo sola en casa con mis hermanos pequeños ejerciendo un rol que no me correspondía por edad.

—Eres una mujer muy fuerte y valiente. Tuvo que ser una decisión muy difícil de tomar —comentó Sofía con voz tierna.

—No creas… estaba muy cansada de todo. Sentí pena por mis hermanos y durante un tiempo les envié dinero para ayudar en su crianza, pero son hombres, a ellos la sociedad les da más oportunidades y han sabido ganarse la vida dignamente.

—La pobreza azota de igual forma a hombres y mujeres —puntualizó Julien.

—En absoluto, ¡nada más lejos de la realidad! —exclamó Sarah alzando un poco la voz.

—¿Tus hermanos vivieron en las mismas condiciones de pobreza que tú? —preguntó Julien.

—Sí, pero ellos no tenían que comenzar su jornada a las cinco de la mañana, ni preocuparse por cocinar con lo poco que había, ni hacerse cargo de la limpieza de la casa, de ir a por agua, de cuidar a los más pequeños… Si lo deseas, puedo detallar más en profundidad todo lo que me vi obligada a hacer sin haber cumplido aún los diez años.

—No —afirmó Julien con intención de aclarar el malentendido—. No me refería a eso. Quiero decir que la pobreza no entiende de sexos.

—La vida tiene otros planes para ti cuando naces mujer… Quizás un hombre como tú —dijo mirándole de arriba abajo y prestando especial atención a su impecable traje— desconozca la verdadera situación de las mujeres con escasos recursos económicos. Esa es la realidad en cada hogar,

por desgracia.

—Conozco perfectamente la realidad de esas familias y me levanto cada día con la intención de mejorar, en la medida de lo posible, la situación de muchas de esas niñas.

—¿Y cuál es esa medida? ¿Dónde está el límite? —replicó Sarah con una mirada desafiante.

—¿Dónde está el tuyo, Sarah?

—No tengo ninguno —le espetó—. No puedo tenerlo cuando veo el sufrimiento de tantas mujeres cada día. Nada es suficiente. Siempre nos topamos con hombres como…

—¿Como yo? No te equivoques, no me conoces. Tan solo estoy intentando conversar contigo.

—Por favor, vayamos a cenar y relajémonos un poco —les pidió Sofía—. Ven, sentémonos juntas. —La cogió del brazo y se encaminaron a otro salón, donde los esperaba el servicio para servir la cena.

—Julien, no seas tan directo con Sarah, la estás enfadando —dijo Annette mientras se levantaba del sofá con la ayuda de Adrien.

—Tan solo quería conocerla un poco. Es ella la que se ha puesto a la defensiva… algo esconde —murmuró sin que su hermana llegase a oírlo.

Tras sentarse en la mesa y comenzar a degustar la cena, fue Sarah la que decidió indagar un poco sobre la visita de Léon Richer a la escuela.

—¿Qué tal fue la visita del señor Richer? Sofía, imagino que estaría encantado de que le mostrases las instalaciones…

—Salió muy satisfecho con lo que vio. Es un hombre encantador. Se ha ofrecido a colaborar con nosotros.

—Normal… Sigo sin entender cómo puede ser que no tengas a un montón de admiradores detrás de ti.

Sofía reprimió una risilla.

—Lo digo en serio. —La miró con tal descaro que la hizo sonrojarse.

—No seas boba.

—No lo soy. Si tú quisieras yo no te dejaría escapar… Lamentablemente, eres inmune a mis propios encantos —rio a carcajadas—. Una pena…

—¿Te gustan las mujeres? —preguntó Annette dibujando una sonrisa divertida en el rostro—. Creí que te interesaban los hombres importantes.

—Lo de ese político irlandés no fue más que puro interés. Era un simple pero divertido. No rechazo a los hombres, aunque encuentro más interesantes a las mujeres… sobre todo a algunas…

—Sarah, para —le pidió Sofía avergonzada. Julien clavó la mirada en ella y, a continuación, se revolvió incómodo en su asiento. Era obvio que Sarah estaba interesada en Sofía y no se reprimía en demostrarlo.

—Espero que no seáis personas intolerantes con la libertad sexual de cada individuo.

—En absoluto. No solemos juzgar a las personas por sus decisiones o preferencias amorosas. La única sexualidad que nos interesa es la nuestra

propia —le indicó Julien, un tanto incómodo por la actitud tan descarada de Sarah.

—Estupendo. Sofía, tengo una sorpresa para ti —dijo Sarah impaciente por mostrarle lo que había traído. Cogió su bolso, sacó un periódico doblado en varias partes y se lo entregó.

—¿Qué es? —preguntó Sofía, nerviosa.

—El ejemplar de *Les droits de femmes* de hoy mismo. Como te dije, estaba segura de que ese hombre publicaría tu artículo en su periódico.

—¿En serio? —Sofía comenzó a desdoblar el diario intentando encontrar la página en la que aparecía su artículo. Cuando lo logró, dio un pequeño gritito de felicidad—. ¡No me lo puedo creer! Qué alegría saber que un profesional como él lo haya considerado digno de ser publicado en su periódico.

—Eres irresistible —afirmó Sarah sonriendo—. No me extrañaría que a partir de ahora te pidiese que colaborases con él.

—¿Lo has firmado con tu nombre? —preguntó Julien frunciendo el ceño.

—No. Ha respetado su decisión de usar un seudónimo… él mismo usa uno para sus publicaciones en otros periódicos, aunque nadie sabe cuál es.

—Yo firmé como lady Morel y Annette como…

—Madame Lenoir —dijo. Adrien la miró y se rio burlón.

—No podía ser de otra forma. ¡Qué buenos momentos pasamos con ese personaje! —comentó Sarah con nostalgia—. Madame Lenoir dio más de un repaso a ciertos caballeros que querían saber cosas sobre sus amantes. Usó toda su ironía para recriminarles sus infidelidades.

—Fueron unas semanas divertidas —dijo Annette sin querer entrar demasiado en ese recuerdo.

—El tuyo también lo ha publicado. ¡Mira! —indicó Sofía al tiempo que se acercaba a Annette para enseñárselo.

—Sois muy buenas escribiendo. Por favor, prometedme que vais a seguir colaborando. Es muy necesario que seamos las mujeres las que denunciemos lo que vivimos. Solo nosotras somos capaces de contarlo con veracidad. —Miró a Julien con suspicacia.

—Hay hombres que también escriben sobre la lucha feminista y lo hacen muy bien. —Julien le devolvió la mirada.

—Por supuesto, pero ellos se limitan a escribir sobre leyes; nosotras sobre lo que realmente importa. Por cierto, dejadme que os enseñe el último artículo de Delacroix publicado ayer en *Le Petit Parisien*. No daba crédito esta mañana cuando lo he leído. ¡Mirad esta portada! —dijo con entusiasmo mostrándosela a todos.

En ella aparecía una mujer embarazada enseñando su vientre abultado desnudo en el que se mostraba el dibujo de un feto totalmente formado mientras ella sostenía un cartel en el que preguntaba «¿Y si no quiero tener este hijo?».

—*Le Petit Parisien* ha marcado un hito con este número. Sus portadas

siempre son arriesgadas. No obstante, esta ha superado todas mis expectativas. Y qué decir de Delacroix. ¡Esa mujer es fascinante! Me ha dejado literalmente sin palabras. ¡Qué valiente y osada es! Daría cualquier cosa por averiguar quién es y poder invitarla a una de nuestras reuniones. Por favor, Sofía, ¿puedes leer el último párrafo en alto para que todos lo oigamos? —Sarah le entregó el diario.

—Por supuesto.

Se puso de pie y comenzó a leerlo con la solemnidad que requería:

—«El Estado debe abordar el tema del control de la natalidad por parte de la mujer sin más demora. Debe proporcionarle los medios necesarios para que pueda decidir si desea ser madre o no. Las mujeres no pueden seguir siendo un instrumento para la sociedad ni continuar pariendo los hijos de sus maridos, unos hijos que no desean y a los que se ven obligadas a traer al mundo porque el Estado lo permite».

Sofía se detuvo a coger aire.

—«Deben tener el pleno control de su fecundidad para así poder dedicarse a su formación y a trabajar fuera de casa. Exijo al Estado métodos de control de la natalidad gratuitos para ellas y educación sexual desde la infancia. La mujer no es propiedad del marido, ni de su padre ni tutor. No es una simple cuidadora de la prole y tiene el derecho a decidir cuántos hijos desea tener. Debe tener un rol activo en la sociedad, no solo el de madre y esposa. Su aportación para el Estado tiene el mismo peso que el del hombre. El Código Civil es injusto y debe ser modificado cuanto antes. Los derechos de las mujeres son inviolables y deben ser restituidos de inmediato».

Todos enmudecieron ante el contundente mensaje.

—Este diario ha dado un paso al frente aun sabiendo las consecuencias que tanto esta portada como el artículo van a tener —afirmó Adrien rompiendo el silencio—. Estoy seguro de que mañana mismo recibirán una fuerte amonestación y una amenaza de cierre por su osadía.

—Es un ejemplo claro de cómo debe ser la lucha. Hay que generar revuelo, desafiar a las autoridades, soliviantar a la población a la rebelión para que tome las calles y decir las cosas claras de una vez por todas —declaró Sarah eufórica.

—Con eso solo se consigue empeorar las cosas —espetó Julien.

—No hay batalla fácil. Si para conseguir la libertad tenemos que dejarnos la piel, lo haremos.

Julien cogió aire y después de soltarlo lentamente dijo:

—Esa estrategia conflictiva de ataque no llevará a nada… ¿De verdad crees que los políticos, que son los únicos que pueden cambiar las leyes, van a mover un solo dedo porque arméis jaleo en las calles?

—Estrategia conflictiva de ataque… —repitió Sarah—. Ya veo que eres un fiel seguidor de las ideas de Richer. ¿Y de verdad creéis vosotros que con vuestra estrategia pragmática de *la brecha* vais a lograrlo?

—¿A qué te refieres con *la brecha*? —quiso saber Annette.

—Es un término que usa Richer y los que defendemos sus ideas —aclaró Julien—. Se refiere a que la única forma de cambiar la situación de las mujeres es abriendo brecha, poco a poco, en la Cámara de Diputados. Es ahí donde hay que batallar, no en las calles, pues con esas acciones violentas y radicales solo se consigue socavar la causa que dicen defender. —Julien miró fijamente a Sarah cuando acabó de hablar.

—Y mientras tanto, las mujeres seguimos siendo golpeadas, humilladas, vejadas y explotadas por esos hombres que con paciencia intentan cambiar las leyes, ¿verdad? ¡Qué importa que sea dentro de un año o veinte! Vuestra condición de ciudadanos de primera no cambia —bramó Sarah con rabia.

—Hay muchos hombres luchando día a día para lograr que el cambio se produzca rápido. No sabes lo que se habla en el Parlamento ni el gran esfuerzo que están haciendo muchos políticos para hacerse oír. La oposición de los monárquicos conservadores es muy dura, pero aun así los republicanos han conseguido en pocos años una nueva ley del divorcio, que se revise el Código Civil, una mejor educación para las niñas…

—Me gustaría saber cuántos de esos hombres que se denominan *feministas* mantienen su postura cuando se ven comprometidos —subrayó Sarah interrumpiendo a Julien—. En la mayoría de los casos no es más que un feminismo de postín.

—Eso no es verdad. Somos muchos los que amamos a nuestras mujeres y defendemos sus derechos con uñas y dientes —objetó Adrien.

—Sois muy pocos los que apoyáis la causa de verdad…

—Sarah tiene razón —dijo Sofía—. Muchos hombres se olvidan de las ideas que defienden de palabra cuando les afecta personalmente. Sin ir más lejos, mi primer marido. Fue un fiel republicano y liberal, pero, al final, cuando le exigí mi independencia y libertad, recuperó su auténtica naturaleza patriarcal y me obligó a huir de él.

—El hombre que ama realmente a las mujeres de su vida es sensible a sus necesidades y no puede darles la espalda e ignorar sus derechos. Es nuestra obligación luchar junto a vosotras, pero no de la forma en la que tú lo haces, Sarah. La historia ha confirmado que con violencia solo provocamos más conflicto —replicó Julien.

—¿Tú estás casado? ¿Tienes hijos?

—No, no estoy casado. —Miró a Sofía y luego cerró los ojos y suspiró con discreción—. Pero sí, tengo una hija y quiero lo mejor para ella y eso empieza logrando para ella una sociedad más justa e igualitaria.

—¿Ves? Eres el claro ejemplo de la libertad de la que disfrutáis los hombres… Estás soltero, pero tienes una hija y nadie te señala con el dedo. De hecho, estoy segura de que estarás intentando buscar una nueva madre para ella.

Sofía la miró y se llevó discretamente un dedo a la boca para indicarle que guardase silencio y dejase el tema.

—Y tú eres el vivo retrato de la feminista radical alienada que no ve más

allá de lo que le dicen las que están por encima de ella. Eres un mero instrumento de la lucha, Sarah, y terminarás pagando muy caro las consecuencias de tus actos.

—Las palabras no son suficientes…

—Haz lo que quieras. —Julien se levantó y, tras excusarse, salió al jardín a coger aire. Aquella mujer con su actitud le estaba empezando a cansar.

Pasaron varios minutos y Julien no regresaba, por lo que Sofía, fingiendo ir al cuarto de baño, salió al jardín por una puerta lateral. Miró con atención en todas las direcciones para comprobar si estaba en el exterior. No había rastro de él. Caminó despacio en dirección a la casa de los Dufour. Se sentía mal. Sabía que la actitud de Sarah hacia ella le había incomodado y deseaba hablar con él. Antes de llegar a la puerta que comunicaba el jardín con el interior de la casa, clavó la mirada en el invernadero y caminó hacia allí arrastrada por los recuerdos.

Nada más entrar se sorprendió de verle sentado en el banco con los codos apoyados en las rodillas y la vista fija en el suelo. Sin saber si sería bien recibida, permaneció en la puerta observándolo hasta que él se percató de su presencia y levantó la cabeza para mirarla. Después, resopló.

—Sofía, no tengo ganas de discutir…

—No he venido para eso. Tan solo quería cerciorarme de que estás bien.

—Lo estoy. Ya puedes regresar con tu amiga y seguir con vuestras historias…

Ella entró y se sentó a su lado.

—Siento si la actitud de Sarah te ha molestado. Ella es así, le encanta provocar; no lo hace con maldad.

—No me molesta, solo me ha agotado con su beligerancia.

—He notado que te incomoda cuando me mira con descaro. No te preocupes, esto no es más que un juego para ella. Sabe perfectamente que mi cariño hacia ella es fraternal, nada más.

—Lo que me incomoda es que sigas ocultando a todo el mundo lo que hay entre nosotros.

Sofía abrió los ojos de golpe y apretó los labios, nerviosa.

—Ya hemos hablado de esto, Julien…

—Sí, lo hemos hecho y estoy harto de tener que fingir. Estoy cansado de tener que tratarte como a una simple conocida, cuando lo que deseo es poder besarte y abrazarte siempre que estoy a tu lado. Siento que mi amor por ti no basta, que nada de lo que hago llega a tu corazón. No me amas lo suficiente para darme un lugar en tu vida. —Se levantó y le dio la espalda.

—No digas eso… —Se acercó un poco a él y le posó una mano en el hombro—. ¿Por qué todo tiene que ser cuando tú quieres? Te he pedido un poco de tiempo, nada más. Tú decidiste por los dos hace años en base a tus necesidades y sueños. ¿Por qué no puedo ser yo ahora la que exija un poco de paciencia?

—Porque a mí me arde la piel cuando te tengo cerca, se me despiertan

todos los recuerdos a tu lado, no puedo controlar lo que siento por ti a pesar de que lo intente… Simplemente porque si hubiese vivido junto a ti todo lo que ha pasado entre nosotros desde que nos reencontramos, jamás me habría marchado.

—Julien…

—Querías tiempo y te lo he dado —la interrumpió y se giró para mirarla de frente—. ¿Quieres más? Está bien, pero no me pidas entonces que esté cercano contigo. Si lo que deseas es la distancia, es lo que tendrás.

—No quiero que haya distancia entre nosotros. Tan solo quiero poder decidir el momento de confesárselo a los demás.

—Quieres todo, pero a la vez nada. ¿De verdad crees que los demás no sospechan que hay algo entre nosotros? Te estás engañando a ti misma para seguir alargando el momento. Quizás creas que no soy apropiado para ti y temas la reacción de tu hermano… no lo sé. Estoy cansado de intentar encontrar una explicación para tu actitud.

—No saques conclusiones erróneas, por favor. Sí, es cierto, tengo miedo de volver a defraudar a mi hermano. Soy consciente de todo lo que ha hecho por mí en estos últimos años, de los problemas en los que se ha visto inmerso por mi culpa, de sus preocupaciones y desvelos por mí y por mi hija. Solo quiero hacer las cosas bien. No puedo seguir complicando su vida con mis problemas.

—¿Y yo soy un problema? —preguntó con una sonrisa irónica.

—No, por supuesto que no. Sin embargo, sé que, si te dejo entrar en mi vida y en la de mi hija, ella te querrá como a un padre y no podría soportar que volviese a sufrir si…

—…si me marcho… Me niego a seguir hablando de lo mismo una y otra vez —comentó y se dirigió hacia la salida. Antes de que llegase a la puerta ella le agarró de la mano y le detuvo.

—Dime que no te marcharás, júramelo. Prométeme que no volverás a irte y a dejarlo todo por tu trabajo y mañana mismo hablaré con Adrien.

Él se giró, la observó en silencio y dijo:

—Si mi amor por ti no ha conseguido convencerte, no lo harán mis palabras. Buenas noches.

Salió del invernadero con lentitud en dirección a su casa mientras Sofía sentía que el mundo se abría a sus pies. Se apoyó en la pared y se dejó caer hasta sentarse en el suelo. Se abrazó las rodillas y rompió a llorar con rabia sin entender por qué era incapaz de superar aquel miedo irracional que la distanciaba de él día tras día.

Permaneció allí un largo rato hasta que logró calmarse y regresó a la casa para despedirse de Sarah, quien pareció notar que algo había ocurrido. Sin embargo, y a pesar de sus intentos por averiguarlo, Sofía se limitó a despedirse de ella para poder retirarse a su habitación a descansar. Lo que menos necesitaba en ese momento era el discurso feminista de Sarah sobre el tipo de hombre que le convenía. Se acostó, se quedó dormida agotada de tanto

llorar y soñó con otra vida, una en la que dejaba atrás sus miedos y en la que su amor era el motor para vivir la vida con la pasión, la valentía y la libertad que ansiaba su corazón.

35

Durante los días posteriores a su nuevo desencuentro con Julien, Sofía decidió centrarse en su hija y en ayudar a Annette en el cuidado del pequeño Jean Michel, quien, a pesar de los ruegos de su madre para que se calmase, no paraba de ir de acá para allá todo el día. Aquel ir y venir de emociones cada vez que se encontraba con él estaba empezando a agotarla. Agradeció la calma que le proporcionaron esos días de relax al lado de su pequeña y en los que no había más preocupación que ayudarle con las tareas escolares. Por las tardes hacía llamar a Elise y, con infinita paciencia, lograba sentar a los tres niños durante al menos un rato mientras les leía un cuento.

Fue al finalizar una de aquellas lecturas cuando Annette le comentó una idea que la fascinó.

—He estado pensando en organizar una exhibición en nuestra galería de arte aquí en París.

—¡Si no puedes estar de pie más de diez minutos seguidos sin quejarte del dolor en la espalda! —Sofía levantó las cejas con asombro ante la osadía de su amiga.

—No soporto estar sin hacer nada todo el día —se quejó Annette con un mohín de disgusto.

—Lo sé, cielo, pero es normal en tu estado. Ya te quedan pocas semanas para que nazca el bebé. Estás demasiado cansada para meterte en tal jaleo. Organizar una exposición, del tipo que sea, requiere de mucho trabajo.

—No si me ayudáis.

—Por supuesto que te ayudaríamos, aunque no creo que sea conveniente. Ya habrá tiempo después del nacimiento para que retomes tu actividad en la galería.

—¿Y si te digo que la exhibición mostrará pinturas y esculturas solo de mujeres a lo largo de la historia? —Annette la miró confiada en que aquella información activase las ganas de su amiga por apoyarla.

Dio en el clavo: Sofía la miró con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

—Sí, me interesa mucho mostrar el arte y la creatividad en la mujer. Ya sabes que ha habido infinidad de casos en los que su destreza y talento eran equiparables o incluso superiores a los de muchos hombres artistas, pero, como siempre, nadie habla de ellas.

—¡Es una idea fascinante! —Se levantó del sofá en el que estaba sentada y comenzó a dar vueltas por el saloncito de estudio de los niños—. Hay muchas mujeres y catalogar las obras nos va a llevar mucho tiempo.

—No si buscamos ayuda —comentó Annette con una sonrisa pícara en los labios.

—Ayuda… ¿de quién? —preguntó, aunque sospechaba la respuesta.

—De mi hermano. Ya sabes que tiene una mente privilegiada para esas cosas. Siempre ha sido muy rápido buscando información. Podríais encargaros de esa tarea mientras Adrien y yo vamos preparando la galería y contactando con coleccionistas o marchantes que quieran colaborar con nosotros.

—¿No puedo hacerlo sola? Yo también soy buena seleccionando obras.

—Juntos lo haréis mejor y con mayor rapidez.

Sofía arrugó los labios y bajó la mirada al suelo.

—Venga, no intentes engañarme. Sé que deseas pasar tiempo con él. Esta hostilidad entre vosotros no me gusta.

—Ni a mí.

—Ya está decidido. Intenta mostrarte cercana y cariñosa. Ya verás como enseguida baja la guardia. Ya sabes que es un poco cascarrabias, pero en el fondo es un sentimental —rio.

Sofía dibujó una sonrisa tierna en los labios y sintió que se le erizaba el vello de los brazos al recordar momentos junto a él.

—Podríamos hacer que el evento fuese caritativo… es decir, que todo lo recaudado vaya a alguna asociación para ayudar a mujeres y niños, ¿qué te parece?

—Me parece una idea maravillosa. Hablaremos con él durante la cena y ahora mismo escribiré a mi hermano Thierry para informarle también. —Se levantó entusiasmada en busca de papel para comenzar a redactar la carta.

Esa noche y sin poder esperar a compartir su idea, Annette se acercó a Julien nada más verle llegar.

—Hermano, ven. Deseo hablar contigo de algo antes de que nos sentemos a cenar. —Le cogió del brazo y le guio hasta el salón contiguo al comedor en el que le habían estado esperando.

Sofía le miró ansiosa nada más verlo y dibujó una pequeña sonrisa en los labios. Él se limitó a saludarla con un gesto de cabeza.

—Buenas noches. —Él le devolvió el saludo a su hermana y se sentó frente a ella.

—Hermano, necesitamos tu ayuda.

Julien enarcó la ceja con intriga.

—Sofía y yo hemos decidido organizar una exhibición en nuestra galería sobre mujeres artistas a lo largo de la historia. Además, todo lo recaudado será donado a instituciones que ayuden a las mujeres y sus hijos. ¿No te parece una idea fantástica? Estoy segura de que atraerá a mucha gente.

Julien la observó en silencio intentando averiguar si había algo oculto que no le estaban contado.

—¿No te parece buena idea? —le inquirió Annette ante su silencio.

—¿No pensaréis involucrar a Sarah y a las mujeres con las que se relaciona en el evento? —Clavó su mirada en Sofía.

—No, no vamos a involucrar a nadie… aunque tampoco veo el problema si así fuese —afirmó Sofía molesta.

—No me malinterpretes. No es un rechazo por lo que hacen… estaba pensando en Thierry y en su reacción. Ya sabéis que está un poco susceptible con el tema de la galería desde…

—Lo sé, desde mi incidente en el Louvre —admitió Sofía—. Esto será distinto. Pondremos por fin rostro a todas esas mujeres artistas que jamás han sido reconocidas en el mundo del arte. Podemos hacer un recorrido por la historia hasta nuestros días incluyendo a pintoras y escultoras de nuestra época que deseen colaborar con nosotros.

Julien se acarició la barbilla mientras meditaba sobre ello.

—Venga, no te hagas de rogar —le reprochó su hermana.

—Sí, sabemos que te gusta la idea, no intentes disimular —dijo Sofía imprimiendo a su voz un matiz seductor.

Él esbozó una sonrisilla pícara y dijo:

—Está bien. ¿Qué es lo que queréis que haga exactamente?

—Quiero que ayudes a Sofía a buscar artistas destacadas de cada movimiento y siglo y que después catalogueis las obras para que nosotros podamos buscarlas e intentar conseguirlas. Ah, y no escatiméis en datos —les ordenó mientras caminaba de un lado a otro del salón—. No será fácil encontrar todas las que nos interesen. Necesitaremos muchas alternativas.

Sofía y él se miraron reprimiendo una carcajada ante el entusiasmo de Annette.

—A sus órdenes. —Julien hizo un gesto militar y rio burlón.

—Por favor, prometedme que vais a ser capaces de trabajar juntos sin discutir —les abroncó.

—Te lo prometemos —dijeron los dos casi al mismo tiempo y se echaron a reír conscientes de que tenía toda la razón con su demanda.

—Perfecto. En cuanto podáis, poneos a ello. Yo hablaré esta noche con Adrien y organizaremos el resto.

36

—¿Puede el señor director de esta escuela dejar ya lo que sea que esté haciendo y ayudarme con esto? —comentó Sofía mientras intentaba entrar en el despacho cargada de libros. Julien se levantó de inmediato para ayudarle.

—¿Qué es todo eso?

Ella le miró con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas que tenemos un trabajo pendiente?

—No sabía que venías hoy.

—No podía esperar más. He pasado una semana seleccionando libros de la biblioteca de mi padre. —Julien echó un vistazo a la pila de libros que habían dejado encima del escritorio—. Ah, y también fui esta mañana a tu casa para coger varios volúmenes que tu padre tenía sobre artistas clásicas. Enseguida los subirá un mozo.

—¿Aún hay más? —Abrió los ojos, sorprendido.

—Sí, algunos más. Venga, recoge todo eso —le dijo señalando los papeles que tenía esparcidos por el escritorio—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Una vez que tuvieron todo lo necesario, Sofía colocó los libros por épocas, cogió varias hojas de papel y las distribuyó cuidadosamente delante de cada volumen ante la mirada atenta de Julien, quien estudiaba fascinado su organización.

—¿Por cuál empezamos? —preguntó Sofía sin ser consciente de lo atractiva que resultaba ante los ojos de él con aquella actitud de mujer profesional y emprendedora.

—Tú mandas… —Julien esbozó una sonrisa juguetona.

—¿De qué te ríes? —quiso saber sin entender el motivo por el cual estaba tan callado y tan poco colaborador—. ¿No quieres ayudarme? —Frunció el ceño.

—Por supuesto que sí. Estaba simplemente observando tu trabajo… Me encanta cuando sacas a esta Sofía seria y profesional. Te da un toque muy…

—…muy…

—Digamos que muy atractivo. —Ella le miró de arriba abajo y torció los labios de forma burlona.

—Señor Dufour, tenemos un arduo trabajo por delante. ¿Podemos empezar de una vez? A este paso nos va a dar la hora de la cena…

Él asintió con la cabeza y de inmediato se sentaron y comenzaron a revisar libro por libro en busca de artistas interesantes para incluir en la exhibición.

Trabajaron entusiasmados con la tarea durante horas. Julien recababa la información en los libros y ella iba tomando notas y haciendo esquemas. Las

clases de la tarde llegaron a su fin, pero ellos seguían inmersos en su investigación y, antes de marcharse, una de las profesoras les llevó una jarra llena de té caliente. En aquel día de diciembre, las temperaturas eran especialmente frías.

Cuando por fin lograron catalogar todas las obras seleccionadas, ambos se apoyaron en el respaldo de la butaca, agotados. Aquel trabajo fue más difícil de lo que imaginaron en su momento. Habían encontrado demasiados ejemplos de mujeres pintoras cuyas obras habían desaparecido o se desconocía su paradero, por lo que fue necesario indagar aún más.

—Trabajo concluido —sentenció Julien. Se levantó de la silla y estirando la espalda dolorida por haber estado tantas horas sentado se acercó a la ventana. Nada más asomarse abrió los ojos como platos y exclamó:

—Sofía, ven. Mira.

Ella se acercó y reaccionó con la misma sorpresa. La ciudad estaba completamente cubierta de nieve y una fuerte ventisca apenas dejaba ver más allá de un par de metros.

—¿Cómo puede ser que no nos hayamos dado cuenta de que nieva de esta forma? —dijo Julien sin dar crédito.

—Estábamos tan inmersos en esos libros que no hemos sido conscientes de nada. ¿Qué hora es?

Julien sacó su reloj y levantó las cejas con asombro.

—¡Las diez y media!

—¡No puede ser! ¿Hemos pasado casi siete horas trabajando? Ya se habrá marchado todo el mundo.

—Eso parece…

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó preocupada. La nieve acumulada y la fuerte ventisca hacían complicado poder encontrar un carruaje que los llevase a casa.

—Me temo que vamos a tener que pasar la noche aquí… —afirmó Julien.

—Adrien y Annette estarán preocupados.

—¿Sabían que venías aquí?

—Sí, de hecho, le dije a tu hermana que no nos esperasen para la cena. Quizás regresásemos un poco tarde, pero… ¡no tanto!

—Entonces dará por sentado que estamos juntos o que incluso hemos salido a cenar.

—Eso espero. No tenemos forma de poder avisarlos. —El tono de angustia de Sofía hizo que Julien se acercase a ella y le cogiese la mano.

—Tranquila. Saben que estamos juntos. No se preocuparán.

Nerviosa, Sofía se puso a recogerlo todo, por lo que Julien, para intentar serenarla, le pidió que le ayudase a mover algunos muebles del despacho.

—Si vamos a pasar la noche aquí, tendremos que hacerlo de la forma más cómoda posible. Ayúdame a mover este sofá.

El frío estaba empezando a aumentar, por lo que recolocaron el sofá que había en uno de los laterales del despacho frente a la chimenea y pusieron una

pequeña mesa delante, donde colocaron la jarra de té y las dos tazas.

—¿Crees que encontraremos algo para comer?

—Eso espero —afirmó Julien—. Estoy hambriento y ya sabes que cuando tengo hambre me pongo de mal humor. —Sonrió.

—¡Que Dios me asista! —exclamó Sofía elevando las manos hacia el cielo a modo de súplica.

—No te burles de mí… Tú también odias tener hambre.

—Sí, pero mi humor no cambia…

Él emitió un ruidito de protesta.

—Ven —dijo él—, bajemos a la cocina. Allí debe haber algo.

Nada más salir del despacho fueron conscientes del frío que hacía. El moderno sistema de calefacción que caldeaba la escuela estaba apagado.

—Menudo frío hace. Más vale que no se nos apague el fuego… —Sofía se frotó los brazos para intentar calentarlos.

—Creo que hay varios troncos al lado de la chimenea. Ahora cuando subamos lo comprobaré.

Entraron en la cocina y encendieron varias de las lámparas de parafina. Todo el edificio estaba muy oscuro. Sofía, que se mantenía bastante cerca de él, le seguía de un lado a otro un tanto agobiada por la oscuridad a su alrededor.

—Mejor tú busca por aquellos armarios y yo lo haré por aquí —le indicó. Ella obedeció a regañadientes.

Sofía encontró una lata llena de lo que parecían galletas de mantequilla y se acercó a él sonriente.

—Algo es algo —dijo mostrándole la lata.

Él arrugó los labios y siguió abriendo y cerrando armarios. Unos minutos después, puso sobre la mesa lo que había encontrado.

—Esto es lo que tenemos: queso, pan, manzanas y uvas.

—Y galletitas de mantequilla —afirmó Sofía. Julien se acercó para olisquearlas.

—Esas te las dejo para ti. Las odio desde pequeño. ¿Por qué hay tan pocas cosas?

—La compra se suele hacer al día para asegurar que todo lo que se ofrece está fresco. La jefa de cocina es una mujer muy profesional que cuida mucho la higiene de los alimentos. Además, en unas semanas comienzan las vacaciones de Navidad, por lo que habrá ido reduciendo la compra de productos.

—Tengo tanta hambre que me comería cualquier cosa… —Sofía cogió una galleta e hizo amago de dársela—. Menos una de esas galletitas empalagosas —le advirtió.

Ella le miró con un matiz de picardía en los ojos y le acercó uno de sus dedos. Él, sin mediar palabra, le dio un mordisco.

—¡Ay! ¡Qué bruto eres! —se quejó con un mohín infantil.

—Te he dicho que tengo mucha hambre… —Clavó en ella sus penetrantes

ojos azules y sonrió.

—Tendremos que apañarnos con lo que hemos encontrado. Pondré a hervir té mientras tú cortas todo esto para que podamos comerlo con más comodidad.

Sofía puso agua al fuego y se alegró al comprobar que la lata con el té estaba a mano. Nada más abrirla, no pudo evitar cerrar los ojos y olerlo, como había aprendido a hacer para comprobar si estaba en buen estado. Dadas las circunstancias no tuvo más remedio que modificar la forma en la que siempre preparaba el té y echó varias cucharaditas en la tetera. Mientras se calentaba el agua, se apoyó en la encimera para observar lo que Julien hacía. La forma pausada y minuciosa en la que cortaba todo, trozo a trozo, la hizo sonreír. Ella cogió una bandeja que había cerca del fuego y la puso encima de la mesa. Él fue colocando los trozos de fruta y queso y a continuación partió varias rebanadas de pan.

La tetera los avisó de que el agua estaba lista y Sofía se acercó a apagar el fuego. Cuando regresó a su lado, le vio llevarse a la boca un trozo de queso y, de forma automática, le dio un suave codazo en el costado.

—Eh, no te comas todo antes de tiempo, comilón.

—Estoy a un paso de que mi estómago ruja como un león. —La miró con los ojos llenos de súplica y, a continuación, cogió otro trozo de queso y se lo acercó a la boca de ella. Sofía clavó los ojos en él, abrió la boca de forma sugerente y comenzó a masticarlo sin apartar la vista de él mientras él hacía lo mismo con otro trocito. El tiempo se detuvo en ese instante hasta que ella carraspeó.

—Creo que deberíamos subir antes de que se enfríe el té. Aquí hace un frío de mil demonios.

—Señorita Mathieu, le recuerdo que está usted en una institución académica. Cuide su lenguaje. —La intensidad con la que la miró y el tono de voz seductor que usó hicieron que a Sofía se le encendiesen las mejillas.

Sin decir nada, Sofía quiso coger la tetera; él se lo impidió.

—Deja que suba yo todo.

—No, quiero ayudarte.

—Mejor no. No quiero que te quemes o que tires lo poco que tenemos para comer por un tropiezo con tu vestido. Venga, sube, yo te sigo. —Julien cogió la tetera con una mano y la bandeja con la otra y la siguió a paso lento por las escaleras hasta el piso de arriba.

Dejaron todo en la mesa frente a la chimenea y, mientras Sofía se sentaba en el sofá, Julien echó los tres troncos que encontró al fuego.

—Esperemos que aguante toda la noche —comentó Sofía frotándose los brazos.

Julien se sentó a su lado, cogió la bandeja y la puso en medio de los dos en el sofá.

—Toma, bebe un poco de té caliente. Te ayudará a entrar en calor.

Comenzaron a comer despacio con la vista fija en el crepitar del fuego.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Julien rompiendo el silencio.

—Claro.

—¿No te da miedo actuar sola, de noche, como lady Morel? No te gusta demasiado la oscuridad.

—No estoy sola. Belmont siempre está a mi lado.

—Aun así, me parece muy arriesgado para una mujer… incluso para un hombre. Debes tener cuidado, Sofía. Tienes una hija.

—Soy consciente de ello, pero hacerlo me reconforta mucho. Es mi forma de ayudar a todas esas pobres mujeres. Además, me une a mi padre.

—Lo entiendo. No obstante, las calles están llenas de peligros, sobre todo de noche. Y, para colmo, el nuevo comisario es un tipo rudo e implacable. Si alguna vez saliese mal puede que te vieses en serios apuros con él.

—No me importa correr el riesgo. Esas mujeres y niños lo merecen.

—¿Y no crees que otra persona podría hacerlo por ti? Los ayudarías de la misma forma sin exponerte a ese riesgo.

—No, lo haré mientras pueda. Esas mujeres necesitan a otra mujer en la que confiar. No es fácil convencerlas de que pueden tener una vida mejor.

Él guardó silencio mostrando cierta preocupación y siguió comiendo.

—¿Sabes? —comentó Sofía para desviar el tema—. Esta situación me parece agradable.

—Ah, ¿sí? ¿A pesar de este maravilloso festín, este incomodísimo sofá y del frío que tienes?

—Sí, a pesar de todo. —Él la miró divertido.

—¿Por qué?

—Estamos aquí, los dos, solos, sin interrupciones, sin discutir… —Su voz ronca y la mirada fija en sus labios le provocó un ligero sonrojo en las mejillas.

Él bajó la mirada a la bandeja de comida y esbozó una pequeña sonrisa.

—Nuestras discusiones no son nada nuevo… Sabes que en el pasado también lo hacíamos. Somos los dos demasiado testarudos.

—Lo sé. Discutíamos por cosas absurdas, sin querer hacernos daño…

—Yo nunca he querido dañarte. Siento si alguna vez… —Ella le hizo un gesto para que no removiese el pasado.

—Somos muy iguales, por eso siempre terminamos enfadados. Aunque he de reconocer que a veces te llevo la contraria a propósito.

Él alzó una ceja de forma cómica.

—Sí, a veces resultas divertido cuando te enfadas.

—Vaya, qué información más útil. —Sonrió de forma maliciosa.

—Solo a veces… —puntualizó —. Muy pocas, de hecho…

Él la miró con un gesto pícaro y se mordió el labio. Luego cogió una uva y se la acercó. Ella, como la vez anterior, abrió la boca y la masticó muy despacio. Cuando tragó, Sofía cogió otra e hizo lo mismo. Él la miró con un brillo de deseo en los ojos y se comió la uva de dos bocados. A continuación, él cogió otra, la mordió por la mitad y frotó con suavidad el otro pedazo en los

labios de ella. Sofía cerró los ojos y sintió el néctar de la fruta recorriendo la fina piel de sus labios. En ese instante notó que él le acariciaba el pómulo con el pulgar. Cuando abrió los ojos, él se acercó y la besó. Repitieron el mismo juego seductor varias veces más en las que ambos se deleitaban en el sabor dulce que la fruta dejaba en sus labios hasta que Sofía comentó:

—Esto me recuerda a aquella noche de verano en Niza en la que, a solas en la playa, jugamos a aquel juego en el que comíamos una uva por cada confesión.

—Exacto —respondió él con voz ronca. Se miraron.

—Al día siguiente ya no me pareció tan divertido —afirmó Sofía sonriendo con nostalgia.

—Ni a mí. No me recuerdes el dolor de estómago que tuve durante dos días.

—Que tuvimos, querrás decir. Menuda indigestión.

—Y menudo enfado el de nuestros padres al no creerse que habían sido las uvas las que nos hicieron enfermar.

Ambos rieron a carcajadas al recordar aquel divertido momento de su juventud. Continuaron comiendo mientras recorrían aquellos veranos de su infancia y, una vez vacía la bandeja, la pusieron sobre la mesa y se sirvieron un poco más de té. Julien se acomodó en el sofá y le preguntó:

—¿Cómo crees que sería nuestra vida si aquel día no me hubiese marchado?

Sofía suspiró.

—Muy distinta.

—¿Crees que tendríamos una vida juntos?

—Sí.

—¿No tienes dudas?

—No.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella le miró directamente a los ojos.

—Tú eras todo lo que necesitaba para ser feliz. Cuando pensaba en mi futuro, solo te veía a ti. Tu sonrisa daba luz a mis días difíciles. Me sentía refugiada en ti hasta que decidiste llevarte todo eso contigo.

—Siento todo el dolor que te causé. Ahora sé que no estaba preparado para tu amor. Tenía demasiada presión puesta encima de mis hombros y no podía ver más allá. Tu amor era demasiado grande para mi inmadurez y mi temor al fracaso una losa demasiado pesada para dejar atrás.

—¿Y ahora sí estás preparado? —Sofía notó que se le formaba un nudo en la garganta.

—Ahora sé que no podré sentirme completo sin ti.

Ella bajó la cabeza al sentir que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y en ese instante él le levantó la barbilla y la besó. Después juntaron sus frentes y se quedaron así, en silencio, durante unos segundos. Cuando se apartaron, Sofía comprobó que él tenía los ojos vidriosos y sonrió con cariño. Él clavó la

mirada en sus labios, posó un dedo sobre ellos y comenzó a dibujar el contorno mientras los dos cerraban los ojos dejándose llevar. Ella, perdida en aquella suave caricia, abrió la boca invitándole a besarla. Él hundió las manos en su pelo y comenzó a acariciar su nuca. Sofía dejó caer la cabeza ligeramente hacia atrás dejando expuesta la curva de su garganta y él, sin poder resistir la tentación, se acercó y comenzó a besar cada centímetro de su cuello. Aquel suave contacto de sus labios se convirtió enseguida en un recorrido ansioso por su piel, provocándole un agradable cosquilleo allí donde sus labios se posaban. Julien ascendió con sus besos hacia la mandíbula y al llegar a la altura de su boca, se detuvo y volvió a mirarla profundamente a los ojos. La respiración de ambos estaba tan acelerada que los dos podían oír el latido de sus corazones a mil revoluciones. A continuación, volvieron a fundirse en un beso tan profundo que casi los dejó sin respiración e hizo que necesitasen parar unos segundos para coger aire. Él buscó sus manos para entrelazar los dedos y volvió a apoyarse en su frente. Los dos suspiraron con fuerza.

—Dormir abrazado a ti cada noche es algo que me obsesiona. Soy incapaz de quedarme dormido sin recrear esa escena en mi mente.

Sofía se refugió en su pecho y le abrazó con fuerza mientras él apoyaba la cabeza en la de ella y le acariciaba el brazo con delicadeza.

—*Je t'aime, ma belle.*

—Yo también —respondió ella emocionada.

—Dímelo —le rogó.

—Te lo acabo de decir.

—No, mírame y dímelo.

Ella se apartó ligeramente para mirarle a los ojos y dijo:

—*Je t'aime, mon préféré.*

Julien sonrió al oír el apelativo cariñoso que ella solía usar para referirse a él.

—Siempre fuiste mi favorito —repitió.

—A veces me hiciste dudar. El encanto de mi primo Francis era insuperable.

—Ese es tu problema, que nunca creíste que te amaba de verdad.

—No soy bueno con esto de los sentimientos… Me sentí desbordado y hui.

—Huiste y…

—No pienso volver a alejarme de ti —la interrumpió tajante para no volver al mismo reproche de siempre—. Si me dejas, intentaré compensar tanto dolor y te amaré como no supe hacerlo antes.

Ella volvió a apoyarse en su pecho e intensificó su abrazo. Permanecieron abrazados durante un rato hasta que ella comenzó a bostezar.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—En este sofá no podrás dormir. —Julien miró a su alrededor intentando

buscar una alternativa para ofrecerle. Se levantó y, tras mover la mesita delante de ellos, tomó los cojines del sofá y los colocó en la alfombra junto a la chimenea. Después, fue a por los abrigos y los estiró en el suelo.

—Ven, si nos dormimos ahí mañana no podremos ni movernos. Además, hace cada vez más frío. Estaremos mejor aquí más cerca del fuego.

—Si vamos a dormir en el suelo necesito aflojarme el corsé o no podré respirar.

Sin mediar palabra, él se acercó a ella y la ayudó a aflojar los cordones.

—Quítatelo. —Ella le miró con un poco de apuro.

—No creo que este sea el sitio adecuado para…

—Sofía, estamos solos.

Ella le obedeció y, tras dejar que él terminase de desanudarlo, se lo quitó y se quedó con la suave camisa de batista que llevaba debajo. Él le dio un beso en el hombro y se sentó en el suelo a esperarla. Sofía volvió a ponerse la chaqueta de terciopelo verde que llevaba y, tras abotonarla, se tumbó en la alfombra. Él la cubrió con su abrigo, se tumbó a su lado y la abrazó. Y así, con la única compañía del crepitar del fuego, se quedaron profundamente dormidos.

Un ruido en el exterior del despachó despertó a Julien cuando ya había amanecido. Movió las piernas con lentitud aún adormilado. Al abrir los ojos tuvo la visión que llevaba deseando desde hacía años. Sofía, apoyada sobre su brazo, dormía plácidamente. Sonrió con el corazón henchido de amor, inhaló con fuerza para llenarse de aquel precioso instante y la despertó con un tierno beso en la mejilla.

—Bonjour, ma belle.

—Buenos días —dijo desperezándose mientras se llevaba las manos al cuello, dolorida.

—¿Qué hora es?

—No lo sé —dijo al mismo tiempo que buscaba su reloj en uno de los bolsillos de su chaleco—. Ya ha amanecido.

—¿Habrá dejado de nevar?

—Eso espero.

—Iré a comprobarlo.

Sofía se levantó del suelo, se recolocó la ropa y se acercó a la ventana. La nieve seguía cubriéndolo todo, pero, al menos, la ventisca había desaparecido y ya había cierto movimiento de personas por la calle. Antes de apartarse, notó como los brazos de Julien la abrazaban por la espalda.

—Gracias por esta noche —le susurró al oído.

Ella se aferró a los fuertes brazos que la rodeaban y, tras dibujar una sonrisa de felicidad en los labios, suspiró.

Tras terminar de devolver el despacho a su estado habitual, bajaron en busca de un carruaje que los llevase de regreso a casa. Debían llegar cuanto antes si no querían alarmar a Annette y Adrien, ya que, con seguridad, los

esperaban para el desayuno.

Aquel día volvió a nevar con fuerza, por lo que tanto Sofía como Julien optaron por quedarse en casa y no regresar a la escuela. Se reencontraron de nuevo para la cena y, a pesar de los intentos por mantener las apariencias, no podían evitar las miradas furtivas y las sonrisas cómplices. Aquella cercanía entre ellos no pasó inadvertida para Adrien.

—Veo que la proximidad de las fiestas navideñas está ablandando vuestras hostilidades. —Ellos se miraron y fingieron no entender.

—¿A qué te refieres? —dijo Julien en tono cordial.

—A que no habéis discutido por nada desde que nos hemos sentado a cenar.

—Estáis más sonrientes de lo que es habitual entre vosotros —añadió Annette, que también se había dado cuenta del cambio.

—¡Qué exagerados! —protestó Sofía.

—Ayer pasamos una tarde muy agradable… —dijo Julien y giró la cabeza para clavar la vista en Sofía. Ella se movió inquieta en su asiento mientras los demás la miraban. Las comisuras de los labios de Julien se elevaron de forma pícara haciendo que Sofía sintiese que todo el calor de su cuerpo se le agolpaba en las mejillas.

—Creo que deberíamos ir pensando en los preparativos para la fiesta de Navidad en la escuela. —Sofía rezó para que ese cambio de tema desviase la atención de todos.

—Es verdad —comentó Annette—. He pensado en varias cosas.

—Yo también tengo varias ideas. Mañana por la tarde, si el tiempo mejora un poco, iré a hacer unas compras. Este año quiero comprar regalos originales para las niñas.

—Me encantaría poder acompañarte, pero esta enorme barriga me limita cada paso que doy.

—No te preocupes. Puedo hacerlo sola.

—¡Ni hablar! —protestó Annette—. Julien, ¿te importaría acompañarla? —Él alzó las cejas con horror.

—Yo no entiendo de esas cosas. Además, tengo mucho trabajo estas últimas semanas en la universidad. De hecho, iba a pedirte ayuda, Sofía. Necesito que te hagas cargo de la dirección durante unos días.

—De acuerdo. Sin problema.

Julien sonrió y se acercó a ella para cogerle la mano y besársela. Adrien pensó que aquel beso duraba demasiado, al igual que la intensidad de la mirada entre ambos, por lo que comentó:

—Vosotros dos estáis muy extraños hoy, pero tenéis suerte. Estoy demasiado cansado para averiguarlo. Si no os importa me retiraré a dormir. —Annette y él se marcharon a su habitación dejándolos solos.

—¿Te apetece un té caliente? —Sofía le miró y aceptó la invitación con una sonrisa.

Fueron a otro salón más pequeño y se sentaron frente a la chimenea.

Durante varios minutos permanecieron en silencio. Ambos tenían la vista fija en el fuego y la mente llena de los recuerdos de la noche anterior. Él se acercó a ella, le pasó un brazo por la espalda y la atrajo hacia él para abrazarla.

—Si pudieras describir la felicidad en tan solo tres palabras, ¿cuáles serían? —preguntó Sofía mientras se acoplaba en su pecho.

—Este preciso instante; tú y yo.

Ella levantó la mirada, le acarició la mejilla y le besó sintiendo que todo el amor que emanaba de su corazón se expandía por su cuerpo activando todas las células receptoras de su piel, que se erizó ante el suave contacto de sus labios.

—Mañana temprano iré a la escuela a llevar unos documentos. ¿Quieres acompañarme? Podemos desayunar juntos —comentó Julien y la besó de nuevo, esta vez con un poco más de intensidad e intención.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí. Alguien puede vernos.

—Si continúas usando ese nuevo perfume afrutado, me va a costar mucho poder separarme de ti —susurró con voz ronca pegado a su oído. Sofía se llevó la mano al cuello y cogió aire. De repente, el fuego proveniente de la chimenea se le antojó demasiado sofocante.

—Por favor. Aquí no.

—Vente a dormir conmigo. Nadie se enterará.

—No puedo.

—¿Quién te lo impide? —Notar la caricia de su voz pegada a sus labios y el recorrido de sus besos por el cuello hizo que se le erizase la piel.

—Por favor —le rogó con la poca voz que salió de su garganta.

Julien resopló y se apartó despacio de ella.

—Necesito que esto acabe, Sofía. No podemos seguir comportándonos como dos adolescentes. Deberíamos… —Ella le interrumpió posando un dedo en sus labios.

—Shhh, no hablemos de eso ahora. Quiero dormirme esta noche de nuevo con el sabor de tus labios en los míos. No quiero discutir.

Él suspiró, apretó los dientes con disgusto y se recostó de golpe en el respaldo del sofá.

—Te prometo que muy pronto hablaremos con nuestras familias y podremos estar juntos.

—¿A qué estás esperando? No lo entiendo…

—Necesito que pase la Navidad. Nichole amaba esta época del año, pero desde que James falleció no quiere celebrarla. El recuerdo de su padre es demasiado doloroso aún para ella. No puedo disgustarla más. Te prometo que después hablaré con ella. Solo te pido unas semanas más. —Le acarició la mandíbula con ternura.

Conmovido por Nichole y tras volver a besarla, se levantó para despedirse con el consuelo de que al día siguiente volverían a verse para desayunar juntos en la escuela.

36

Apenas habían comenzado a desayunar cuando una de las profesoras entró en el despacho con gesto de preocupación.

—Perdonen la interrupción, debo informarles de algo. —Ambos se miraron alarmados y la invitaron a sentarse.

—Una de las niñas, la pequeña Amy Thomas, lleva varios días sin acudir a sus clases.

—¿Y por qué le preocupa? ¿Ha pasado más veces? —preguntó Sofía temiendo la respuesta.

—Por desgracia, sí. Lleva un tiempo faltando en días alternos. Al parecer su padre ha regresado de Bélgica, donde estaba trabajando. Lo que me inquieta es que lleva más de una semana sin venir.

—¿Una semana? —Sofía se levantó de golpe—. ¿Cómo no nos ha informado antes? —la increpó.

—Lo siento. Pensé que se trataría de la gripe. Como sabe, ha habido un pequeño brote entre algunas niñas del centro debido al intenso frío y la humedad en el ambiente. Varias estuvieron enfermas la semana pasada, por lo que…

—Entonces… ¿qué le hace sospechar que no es la gripe la causa de su ausencia? —Julien no terminaba de entender lo que la profesora quería decir exactamente.

—Eso pensé hasta ayer. Su mejor amiga me comentó que la había visto en un mercado con su padre cargando una gran caja. Me informó de que su madre ha enfermado y es ella quien se hace cargo de la casa y hermanos por orden de su padre.

—Eso no es del todo anormal en tales circunstancias —comentó Julien.

—Esa misma niña confesó que vio en ella signos de haber sido golpeada en el rostro.

Sofía se recolocó el vestido y fue directa a coger su abrigo.

—Debo ir a su casa ahora mismo. No podemos dejarla a merced de su padre.

—Sofía, tranquila. Mandaremos a alguien para que investigue qué ocurre.

—No —protestó—. Debo ir yo. No quiero involucrar a nadie más. Déjame. Pida al conserje que me consiga un carruaje de inmediato —conminó a la mujer.

—Sofía, cálmate.

—No puedo. Esa niña está en peligro. ¿No lo ves?

—Iré contigo. —Ella le miró con recelo.

—¿De verdad? No sé si será adecuado que tú…

—Sí, venga. Vayamos a ver qué ocurre e intentemos traer de vuelta a la pequeña.

Sofía le observó durante unos instantes, no muy segura de aquello. Finalmente, decidió que no podían perder más tiempo y le siguió hacia la salida.

Partieron hacia Montmartre, uno de los barrios más pobres de París, con el corazón encogido. Sofía, más acostumbrada a aquellas situaciones, guardaba silencio mientras repasaba mentalmente el protocolo a seguir que le había enseñado su padre. Debían aproximarse al padre con cautela y amabilidad para así recabar la información necesaria sobre la situación de la menor. Julien, por el contrario, se frotaba las manos, nervioso, y la observaba.

—¿En qué piensas? —La pregunta de él la distrajo.

—¿Qué?

—¿Que por qué estás tan callada? Esto no me gusta, Sofía. Puede ser peligroso. No sabemos con qué tipo de persona nos vamos a encontrar.

—Tranquilo. Déjame hablar a mí. Tú solo muestra interés por el bienestar de la niña y el de toda la familia. No dejes que sienta hostilidad en ningún momento. No te enfrentes a él oigas lo que oigas. Es importante que no se sienta amenazado.

—De acuerdo.

—Ah, y mientras hablo con él observa todo a tu alrededor. Sé rápido. Cualquier detalle nos será de ayuda. Siempre mienten. —Julien asintió con la cabeza con mayor seguridad de la que realmente sentía.

Como era de esperar, el padre de Amy mostraba signos de embriaguez desde primera hora de la mañana. Lo único que pudieron averiguar fue que la madre estaba enferma y que había sacado a la niña de la escuela de forma definitiva para ponerla a trabajar. Para su preocupación, no había rastro de la pequeña Amy; sí de otros tres menores, todos niños, más pequeños que ella y que tenían señales claras de desnutrición y unas marcas un tanto sospechosas en la cara.

Sofía le ofreció dinero para aliviar la precaria situación de la familia a cambio de que permitiese a la niña regresar a sus clases, pero el hombre se negó en rotundo. Por más que lo intentó, no consiguió convencerle. Tampoco que le diese el nombre de la fábrica en la que estaba trabajando y donde era obvio que explotaban a más niños como Amy. Sofía resopló y estuvo a punto de perder los nervios cuando le vio zarandear a uno de los hermanos con violencia para obligarle a que removiese la comida que había en el fuego. Julien le cogió la mano para tranquilizarla y dijo:

—Señor Thomas, entendemos su situación desesperada. Sin embargo, debe comprender que sus hijos son aún muy pequeños para obligarlos a hacer algunas tareas. Si lo necesita podemos enviarle a alguien para que les ayude hasta que su mujer se recupere. Por favor, permita que Amy vuelva a la escuela. Es una alumna brillante que en unos años puede ayudar con la

economía familiar con un buen empleo.

—No —respondió tajante—. ¡Y fuera de mi casa! Mis hijos son míos y solo yo decido sobre su vida. Ustedes no entienden nada. Váyanse con sus aires de grandeza y esa fachada de progresistas liberales y dejen en paz a la gente trabajadora. No permitiré que sigan lavando el cerebro a mi hija. Los libros solo sirven para hacer fuego.

—Señor Thomas, por favor, sea razonable. —Sofía hizo acopio de todo el autocontrol del que fue capaz y se acercó a él—. Tenga, aquí tiene más dinero.

—Les he dicho que no. ¡Fuera!

Aquel hombre cerró la puerta de un portazo y los obligó a retroceder unos pasos hacia atrás para no ser golpeados. Regresaron al lugar donde los esperaba el cochero. Antes de subirse, Sofía necesitó unos minutos para serenarse y se apoyó en un lateral del carruaje para respirar y soltar la tensión que se había adueñado de su cuerpo. Julien la observaba con preocupación. Estaba a punto de acercarse a ella cuando vio pasar a un niño junto a él. Sin pensarlo, le chistó para que se acercase un poco más.

—Oye, pequeño, ven un momento. —El niño le miró con desconfianza—. No tengas miedo, solo quiero hacerte una pregunta.

El crío se acercó a él con cuidado.

—¿Conoces a la niña que vive en aquella casa junto al puente?

—Sí.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó para comprobar que se trataba de la misma niña.

—Se llama Amy Thomas. ¿Le ha pasado algo? —quiso saber con preocupación.

—No, tranquilo. Soy el director de la escuela en la que estudia. Lleva varios días sin venir y estaba preocupado. ¿Sabes si está enferma?

—Creo que no. Ha empezado a trabajar en una fábrica de ropa al otro lado de la ciudad. —Julien alzó las cejas con horror.

—¿Y cómo va hasta allí?

—La recogen en un carro cuando aún no ha amanecido a ella y a varios niños más y los llevan allí.

—¿Sabes a qué hora regresa?

—Creo que hacia las cinco.

—De acuerdo, gracias, muchacho. Toma, ve a comprarte algo de comida. —El niño abrió los ojos como platos al ver el montón de monedas que Julien le ofreció. Las cogió, sonrió y prosiguió su camino.

Subieron al carruaje y mientras Julien le relataba lo que había averiguado, Sofía se frotaba las manos, angustiada.

—Tranquila. Mañana intentaremos averiguar más. —Aunque le miraba con atención, Sofía no le escuchaba. Lo único en lo que podía pensar era en cómo rescatar a esa pobre niña lo antes posible.

Sofía era incapaz de dejar de pensar en aquellos niños indefensos y en cómo ayudarlos. Aunque sopesó la idea de denunciar los evidentes malos tratos a los que aquel hombre sometía a sus hijos, la experiencia le había demostrado que era una medida ineficaz. Solo lograba apartarlos del maltratador unos días para después regresar a su casa y a un padre aún más violento. Decidió que lo mejor sería llevarlos a una casa de acogida no muy lejos de París durante unas semanas, mientras intentaban contactar con la madre para conocer de cerca la verdadera situación de esos niños. Sofía sintió rabia de no poder contar con la ayuda de las autoridades; por desgracia, los problemas de los más pobres no solían ser de su interés.

Sabía que era una locura intentar ayudarlos a todos sin la ayuda de la madre. Aun así, decidió arriesgarse. Con la ayuda de Belmont consiguió ver a la niña a su regreso a casa. Amy, a pesar de alegrarse al verla, mostró ansiedad y nerviosismo. Sofía pudo ver el miedo anclado en sus bonitos ojos color avellana y, a pesar de los intentos para explicarle paso a paso lo que debía hacer, no logró convencerla de la necesidad de que tanto ella como sus hermanos se apartasen de su padre. Consciente de las consecuencias que aquello podría ocasionarle, Amy echó a correr en dirección a su casa.

Sofía se subió al carruaje hecha un manojo de nervios. No podía estar segura de si Amy se dejaría ayudar. ¿Debía insistir y volver a hablar con ella? ¿Meditaría Amy lo que le había explicado y accedería a colaborar? Las dudas casi la consumieron el resto del día, tanto que tuvo que acostarse temprano debido a la intensa jaqueca que aquel frustrante encuentro le provocó.

A la mañana siguiente, Julien la informó de que había averiguado la ubicación de la fábrica y de su intención de ir hasta allí en un par de días, una vez hubiese recabado toda la información que necesitaba para, en caso necesario, denunciar al propietario del negocio por llevar a cabo una actividad ilegal. Sin embargo, Sofía no podía esperar tanto y decidió que esa misma noche llevaría a cabo el rescate. No tenía nada que perder en caso de que la niña no hiciese lo que le pidió y sí mucho que ganar en caso contrario. Esta vez pensó que sería mejor no informar a nadie de su salida.

Como de costumbre, Belmont detuvo el carro a un par de calles y acompañó a su señora hasta una posición cercana desde la cual podía vigilar que todo salía bien. Cuando llegaron a la casa, observaron que estaba en silencio. ¡Maldita sea!, bramó Sofía al comprobar que todos, al parecer, estaban acostados. Era obvio que Amy no estaba dispuesta a arriesgarse. Desoyendo los consejos de su cochero, Sofía decidió inspeccionar un poco más el lugar. En la parte de atrás había un pequeño patio. Si conseguía acceder a él, quizás tuviese acceso a la casa. Mientras caminaba sentía que el corazón se le salía del pecho. Era consciente de que se estaba arriesgando demasiado, pero el terror que vio en los ojos de la pequeña la empujaba a intentarlo una vez más.

Cuando llegó a la puerta de entrada al patio la empujó y por fortuna se abrió sin problemas. Dio un par de pasos hacia el interior y echó un vistazo,

pero no veía con claridad. Todo estaba muy oscuro. Cuando estaba a punto de marcharse de allí sin resultado, vio que en una de las ventanas aparecía una luz tenue. Se detuvo y unos segundos después pudo distinguir a Amy. La niña se acercó a la ventana y comenzó a hacerle gestos para que se marchase de allí. Sofía le indicó que saliese de casa; ella negó con la cabeza. Frustrada por la situación, Sofía dio una patada en el suelo e intentó adentrarse más. En ese instante vio al padre acercarse a ella y como la agarraba con fuerza del brazo para que se apartase de la ventana. La luz se apagó de repente y se oyó un golpe seco de algo contra el suelo.

Asustada retrocedió unos pasos hacia la salida. Se apoyó en la pared para coger aire e intentó contener las lágrimas que se le agolparon en los ojos. ¿Qué puedo hacer?, se preguntó con el pulso tan acelerado que era capaz de escuchar el latido de su corazón. En ese momento, oyó unas voces. Corriendo deshizo sus pasos y se refugió en la oscuridad que le proporcionaba el otro lateral de la casa. Contuvo el aliento cuando vio pasar por delante de ella a dos gendarmes en busca de algo o de alguien. Los hombres se detuvieron a escasos dos metros de ella mirando en todas las direcciones. Era tal la tensión que sentía que notó un fuerte pinchazo en el pecho que la obligó a abrir la boca para coger aire. Lo hizo con el mayor sigilo que pudo y, a continuación, se tapó la boca con la mano y contuvo la respiración.

Por suerte no vieron nada y continuaron con su inspección. Sofía aguardó unos segundos antes de avanzar hacia delante. De repente, notó que alguien la agarraba por la cintura y le tapaba la boca con fuerza.

—Shhh, Sofía, soy yo, Julien. No grites.

Ella se zafó de él, se giró para mirarlo y le dio un golpe en el pecho.

—Casi me matas del susto. ¿Qué haces aquí?

—Esa no es la pregunta. ¿Qué haces *tú* aquí?

—Necesitaba comprobar si Amy… —No pudo terminar; aquellos hombres se acercaron de nuevo.

—Calla. —Julien la empujó hacia atrás para ocultarse en la oscuridad.

Los dos gendarmes pasaron de largo, aunque por desgracia hicieron una señal a otros dos compañeros que paseaban por la acera de enfrente.

—*Merde!* —bufó Julien—. Tenemos un problema. Ha debido pasar algo. Hay policías por todas partes.

—¿Se habrán enterado del rescate? —Sofía se llevó la mano al pecho con angustia.

—No lo sé. Puede ser. Quizás ese malnacido puso sobre aviso a las autoridades tras nuestro encuentro.

—Debemos salir de aquí.

—¿Cómo?

—Esperemos un poco. Quizás se marchen pronto.

—Eso espero.

Permanecieron allí escondidos durante unos minutos que les parecieron eternos. Cuando no parecía haber rastro de los agentes decidieron salir. Julien

sugirió hacerlo por la parte de atrás, en dirección a una callejuela probablemente más segura. Agarró la mano de Sofía con fuerza y comenzaron a caminar despacio. Nada más girar una esquina se dieron de bruces contra alguien.

—Perdón —se disculpó Julien. Cuando levantó la vista se le congeló la sangre.

—Señor Dufour, ¿qué hace a estas horas en esta parte de la ciudad? —Julien apretó la mano de Sofía y ella bajó la mirada al suelo.

—Buenas noches, señor comisario. Disculpe el encontronazo. Caminábamos despistados. Que tenga buena noche —dijo Julien intentando avanzar de nuevo. Phillipe Bâton se lo impidió alzando el bastón que llevaba.

—Vaya, señora Marchand. Esto sí que es una sorpresa. ¿Está de nuevo en París?

Sofía apretó los dientes al escuchar que se refería a ella con el apellido de su primer marido y tras coger aire levantó la mirada y la clavó en el hombre con osadía.

—Buenas noches, señor Bâton. Sí, he regresado a mi ciudad.

—Ha llegado a mis oídos que ha vuelto a enviudar… lo siento. —El tono impertinente que usó le provocó un nudo en el estómago.

—Si nos disculpa, la señora Mathieu y yo ya nos íbamos.

—¿Qué hacen en este barrio a estas horas? —insistió—. ¿No saben que ha habido asaltos, desapariciones de mujeres y reuniones clandestinas en las últimas semanas? Es muy peligroso, ¿no creen? —El comisario los miraba de arriba abajo con un gesto de claro desprecio.

—Por supuesto que estamos al tanto. Es por eso por lo que estamos aquí. Hemos venido a visitar a una conocida a la que no habíamos visto en días. Estábamos preocupados por ella —afirmó Julien.

—Una conocida —repitió Bâton con tono burlón—. Me sorprende, la verdad. Si no fuese porque son ustedes personas respetables, pensaría que han venido a disfrutar de las actividades que se llevan a cabo en esta parte de la ciudad y que tanto gustan a los artistas con los que ustedes se relacionan…

Julien le taladró con la mirada ante el grosero comentario.

El barrio de Montmartre era conocido por sus barriadas, pobreza, burdeles y cabarés donde acudían muchos artistas atraídos por aquel microcosmos dentro de la ciudad. Sin embargo, lo que aquel hombre había sugerido era del todo inaceptable, sobre todo con respecto a Sofía, a quien no dejaba de mirar con recelo.

—Señor Bâton, espero que no esté insinuando nada inapropiado. Le recuerdo que está usted delante de una señora respetable y…

—Sí, sí, muy respetable… —afirmó con ironía—. ¿Tiene pensado quedarse en la ciudad? —le preguntó a Sofía con sequedad.

—Por supuesto. —Ella le desafió con la mirada.

—Me alegro. Espero verla algún día visitando la tumba de su querido esposo, el señor Marchand.

Sofía palideció al oír aquello. Si no estaba equivocada, los restos mortales de Alexander descansaban en Burdeos, su ciudad natal.

—¿Le sorprende saber que Alexander está enterrado aquí? —La miró con suspicacia.

—Por supuesto que no.

—Fue una decisión de última hora, aunque imagino que usted estaba muy ocupada con su nueva vida en Inglaterra y con su nuevo esposo… Fue muy extraño no verla en el funeral, ¿no le parece?

—Por supuesto que lo sabía —mintió—. No obstante, el único esposo al que lloro y al que presento mis respetos es a mi difunto marido, el señor James Wilcox.

Julien carraspeó para advertirla de que dejase el tema.

—Ah, entiendo. Es usted una mujer muy moderna y por lo que veo ha decidido no guardar luto a su segundo marido tampoco. El negro no le debe parecer un color favorecedor…

—Debemos irnos. Si nos disculpa… —Julien cogió a Sofía por la cintura y la empujó con suavidad para que comenzase a caminar.

—Tenga cuidado, Sofía. —Ella levantó una ceja al oír que la llamaba por su nombre—. Las amistades que suele frecuentar son peligrosas y últimamente han desaparecido varias mujeres en la ciudad…

—Lo tendré, no se preocupe. Siempre he sabido cuidar muy bien de mí misma —le respondió en tono cortante.

—No lo dudo. Es usted una mujer muy inteligente y una experta en rodearse de hombres que la…

—Buenas noches —le interrumpió Julien de malas formas. Aquel hombre y su impertinencia estaban agotando su paciencia.

—Buenas noches a usted también, señor Dufour. Le recomiendo que no regrese por aquí. No es seguro ni respetable para un hombre de su estatus. No se deje arrastrar por las pasiones y haga uso de la discreción de la que siempre ha hecho alarde.

Julien apretó los puños e hizo amago de girarse e ir hacia él. Sofía le sujetó del brazo y le pidió que siguieran caminando.

Una vez en el carruaje, Julien dio un sonoro puñetazo en el asiento.

—¿En qué estabas pensando, Sofía? Te lo advertí. Un día de estos te vas a meter en un grave problema. Ese tipo es muy peligroso. Es un cretino y no se fía de ti. No nos soporta desde la muerte de su amigo Alexander.

Sofía suspiró con preocupación.

—Esto no me lo esperaba.

—Debes tener mucho cuidado. Bâton está al tanto de la desaparición de algunas mujeres y sé que baraja la posibilidad de que sean fingidas para poder huir sin dejar rastro.

—Lo sé. Pero… ¿qué va a pasar con esos niños? ¿Por qué has venido si no pretendes ayudarme? ¿Cómo te has enterado de que lo haría hoy?

—Te conozco demasiado bien y tus silencios proporcionan mucha

información.

—¡No podemos dejarlos allí!

—Debemos respetar su decisión. Amy no ha querido huir.

—Es el miedo el que la ha forzado a tomar esa decisión —bramó.

—Por desgracia, no podemos obligarla. Estaremos pendientes de ella. No podemos forzar a esos niños a abandonar a su familia. Quizás en unos días regrese a la escuela.

—¿Y si no lo hace? Mañana volveré a su casa.

—¡Ni hablar! Es muy arriesgado. ¿Crees que Bâton se ha creído nuestra absurda excusa? Va a seguir investigando el verdadero motivo de nuestra presencia allí. No puedes exponernos.

Sofía rompió a llorar con rabia. Pocas veces los rescates resultaban fallidos y en ese caso siempre volvían a intentarlo unas semanas más tarde. Sin embargo, el miedo que vio reflejado en el rostro de Amy le indicaba que iba a ser muy difícil convencerla sin la ayuda de su madre. Quizás deberían esperar a que la mujer se recuperase e intentar acercarse a ella. Eso siempre y cuando lograse vencer a la muerte. La gripe solía llevarse la vida de las personas más vulnerables cuya precaria salud se veía seriamente comprometida por la virulencia de la enfermedad.

Regresaron a casa y Julien le prometió que al día siguiente pensarían en otra forma de ayudar a aquellos pobres niños. Profundamente apenada, recordó un salmo que su querido James le enseñó y al que recurrió para aliviar su dolor durante los duros meses de la enfermedad que acabó con su vida. No podía hacer más que confiar en que la situación se tornase favorable para ellos y conseguir salvarlos de las fauces de la violencia y del peligro que se cernían sobre ellos.

37

Sofía no podía creer lo que Julien le estaba contando. Habían pasado tres días desde el intento de rescate de Amy y sus hermanos y durante todo ese tiempo no pudo pensar en otra cosa. Sin embargo, aquella mañana, cuando creía que Julien iba a darle buenas noticias, él la informó de que la familia de Amy había desaparecido de la ciudad.

—¡No puede ser! La madre estaba enferma, ¿dónde han podido ir? —repetía Sofía caminando de un lado a otro en el despacho de Julien.

—Lo intentaré averiguar…

—¡Tus averiguaciones no han podido evitar que desaparezcan! —bramó desesperada.

—Yo no soy responsable de esto, Sofía. He hecho todo lo que estaba en mi mano por ayudar, no podemos…

—¡Ese es tu problema! —le interrumpió—. No podemos… no podemos… Por supuesto que sí que podemos. Lo habríamos logrado si me hubieses dejado regresar al día siguiente.

—Eso no puedes saberlo. Era muy peligroso. Te recuerdo que no estás sola en esto. De una manera u otra nuestras familias están implicadas y, si se descubriese que somos los responsables de muchas de esas desapariciones, sería un escándalo de enormes proporciones y consecuencias.

—Ya estamos de nuevo con el honor y la reputación. —Le taladró con la mirada—. Hay un mundo más allá de un apellido, Julien.

—Lo sé. No intentes tergiversar mis palabras. Me refiero a que ahora mismo, con Bâton pisándonos los talones, no podemos arriesgarnos.

—¡Me importa un bledo ese hombre!

—No debería. Es muy capaz de meterte en la cárcel —dijo dando una fuerte palmada en el escritorio—. No sabemos dónde están. Quizás el padre haya preferido regresar a Bélgica si allí tiene un empleo. Desconocemos los motivos por los que regresó a París.

—Se ha llevado a su familia a cualquier otro sitio lejos de nosotros para que no podamos apartarle de sus hijos.

—Sofía, son sus hijos. No tenemos ninguna potestad sobre ellos para separarlos de él.

—¿No te parece suficiente que los maltrate y los obligue a trabajar siendo tan pequeños?

—Todo eso no son más que suposiciones. No podemos probarlo. Aún. Eso es lo que pretendía hacer —le recriminó con cierta suficiencia—. He estado investigando la fábrica textil en la que trabajaba la niña y he descubierto que

es ilegal. Usan tintes que han sido prohibidos por su toxicidad y hay más niños de la misma edad de Amy trabajando en condiciones muy precarias. Siento no haber tenido tiempo suficiente. —Se pasó la mano por el pelo y mostró un gesto de disgusto.

—Te he dicho mil veces que las palabras no sirven, Julien, que hay que actuar, rápido y sin levantar sospechas. Estoy harta de ver como niños y mujeres indefensos mueren o desaparecen sin que nadie haga nada por evitarlo. Sus vidas no le importan a nadie.

—Eso no es cierto. Quizás deberíamos haber recurrido a las autoridades en esta ocasión.

—¡No digas bobadas! ¿Crees que el comisario habría movido un dedo por esa niña?

—La otra noche desplegó a varios de sus hombres por las calles.

—Estoy segura de que tendría otra razón de más peso para hacerlo. Mencionó que había habido varias reuniones clandestinas…

Julien resopló con agobio.

—¿Qué pretendes hacer ahora? —Ella le miró sopesando si contestar o no.

—No pienso quedarme de brazos cruzados. Intentaré contactar con unos conocidos en Bélgica para ver si pueden averiguar algo sobre ellos.

—Sofía, Bélgica es un país muy grande y ellos una simple familia sin recursos —comentó con pena. Entendía su preocupación. No obstante, su sentido común le decía que debían dar por concluida la ayuda. Jamás los encontrarían.

—Me da igual… tenemos que encontrarlos. —Notó como se le quebraba la voz—. Amy era una niña preciosa, llena de vida, brillante y con un buen futuro por delante si hubiese… —No pudo seguir y se echó a llorar desconsolada. Julien se acercó a ella, la invitó a sentarse y la abrazó con fuerza.

—Yo también estoy muy apenado por ella, pero no podemos hacer más. Intentemos centrar nuestros esfuerzos en el resto de las niñas e incrementemos el sistema de vigilancia para que no nos vuelva a pasar.

Ella le escuchaba, aunque en su interior sabía que aquello no era suficiente. Nada lo sería si no conseguían cambiar las leyes de una vez por todas.

Cuando se recompuso se marchó. Tenía muchas cosas que hacer. La exhibición de arte que llevaban varios días preparando requería de diversas gestiones y debía ayudar a Annette.

38

Adrien y Julien se afanaron para que las Navidades fueran divertidas y entrañables para todos, sobre todo para los niños y Sofía que, como Nichole, se sentía especialmente melancólica durante aquellos días. Julien sospechaba que detrás de la tristeza y apatía de Sofía había algo más; desde lo ocurrido con Amy se había vuelto más silenciosa y esquiva a verle a solas. Además, todo indicaba que había vuelto a reunirse con Sarah algunas tardes y aquello era algo que no le gustaba demasiado, ya que en más de una ocasión regresaba a casa más tarde de lo habitual y no solía contar lo que había estado haciendo o dónde había ido.

A pesar de todo, logró emocionarla cuando le entregó su regalo el día de Navidad. Sofía frunció el ceño, extrañada nada más abrir la caja que lo contenía. Cogió el camafeo con cuidado, acarició la silueta del ruiseñor que lo adornaba y le miró.

—Ábrelo —le indicó con ternura y cierta timidez.

Sofía accionó una pequeña pestaña y se abrió. Con cuidado separó las dos mitades y lo que vio dentro le provocó un nudo en la garganta e hizo que se le saltasen las lágrimas. En el compartimento de la izquierda había un mensaje escrito: «Je suis désolé, ma belle». Sofía volvió a mirarlo sin entender.

—Lleva guardado muchos años. No pensé que llegaría el día de poder dártelo.

—No entiendo…

—Lo diseñé para ti en Hamburgo unos meses antes de regresar a casa por primera vez desde mi partida. Sabía que te había hecho daño y quería decirte que lo sentía y pedirte perdón. Aunque no lo creas, me arrepentí día tras día de haberme marchado de aquella forma tan fría.

—¿Y este retrato? —A la derecha se veía el rostro de Sofía dibujado a carboncillo.

—Lo dibujé pensando en ti. Aunque no tengo vuestra habilidad con los pinceles, podría dibujarte en cualquier sitio.

—Es perfecto. Muchas gracias, de verdad. —Le dio un cálido abrazo—. Me asombra lo bien que has captado mi…

—¿Tu mirada? —Sonrió.

—Sí.

—Te conozco mejor de lo que piensas. Mi mayor pena fue que no pude dártelo.

—¿Por qué?

—Nada más llegar supe que te habías comprometido con Alexander. Ya

no servía de nada remover el pasado.

Sofía le miró de hito en hito y se apartó de él de golpe.

—¡Debiste dármelo! —Se llevó las manos a la cabeza—. Si lo hubieses hecho quizás yo… —La voz se le quebró y tuvo que dejar la frase a medias.

—Sofía, ya es inútil pensar en lo que pudo pasar. Ahora estamos aquí y…

—No, no lo entiendes —afirmó con desgarro—. Mi vida podría haber sido tan distinta…

—Sofía… —Julien se acercó a abrazarla.

—No, déjame. Estoy harta de que ignoréis nuestros sentimientos en pro de vuestra libertad.

—Pensé que ya no querrías recibir nada mío. Tu mirada era tan fría… —Julien apartó la vista de ella y la dirigió unos instantes hacia un lado tratando de contener la emoción.

—No tuviste en cuenta mi amor y ahora me dices que hiciste esto para mí… —Le costaba hablar—. Pensaste que yo te esperaría, que dejaría mi vida en cualquier momento por ti.

—No. Sabía que estarías enfadada y ofendida. Solo quería disculparme y hacerte saber que me equivoqué. No pretendía volver a poner tu vida patas arriba.

—Solo pensáis en vosotros. Las mujeres somos un simple instrumento en vuestras manos que acogéis cuando os viene bien…

Julien resopló desesperado al oír de nuevo aquel discurso feminista. Lo sabía, estaba seguro de que la influencia de Sarah iba a desestabilizarla tras lo ocurrido con Amy.

—Sofía, no empieces con eso. Ya te has dejado de nuevo influenciar por las ideas de Sarah y su círculo.

Sofía apretó los labios y le fulminó con la mirada.

—Esas mujeres serán las que consigan el cambio y las verdaderas heroínas en la lucha. Son las únicas que entienden lo que ocurre y cómo atajarlo. Hay que llamar a la sublevación de las mujeres o esto no acabará nunca.

—Ten cuidado con esas ideas y con quién o dónde las defiendes —la advirtió.

—No entiendes nada… —dijo y se alejó de él de mal humor.

Julien regresó al salón donde los demás reían y jugaban con los niños y se sentó malhumorado en el sofá. Cerró los ojos, se frotó el puente de la nariz y suspiró. Debía pensar en la forma de hacerle entender que aquel pensamiento radical solo le traería problemas, pero era consciente de que con Sarah a su lado la tarea iba a ser compleja y, con toda probabilidad, fallida.

39

—Annette, por favor, no se te ocurra subirte a esa silla o mi hermano me matará —le ordenó Sofía al ver su intención de recolocar uno de los cuadros, que estaba ligeramente inclinado hacia la derecha.

—Está bien —protestó a regañadientes—. ¿Cómo puede ser que falten menos de dos horas para la apertura de la exhibición y aún haya tantas cosas por hacer?

Sofía la miró con ternura. Habían trabajado duro para tenerlo listo lo antes posible y poder así adelantar unos días la inauguración de la exposición. El avanzado estado de gestación de Annette hacía que todos contuviesen el aliento cada vez que se quejaba de alguna pequeña molestia. Sin embargo, los esfuerzos para evitar que se agotase eran inútiles, ya que no paraba de moverse en todo el día de un lado a otro visiblemente nerviosa.

—Annette, tranquila. Todo está bien. El cuadro no está inclinado, es tu ansiedad la que te hace ver fallos donde no los hay. Ayer lo revisamos todo, en especial Thierry, que no dejó de inspeccionar la sala centímetro a centímetro y al finalizar dio su beneplácito y te felicitó por tu buen hacer.

—Lo sé, lo sé, pero esta es la primera vez que organizo una exposición yo sola. Normalmente ayudo a mis hermanos y me encargo de las invitaciones. Hoy es distinto. Todos habéis colaborado, en especial Marie Cécile y tú. Sin vuestra ayuda no habría conseguido tenerlo listo en tan poco tiempo y no habría sido capaz de darle esta impronta cien por cien femenina, como requiere esta muestra de arte por y para las mujeres. Sin embargo, el concepto, la organización y el contacto con las artistas han sido obra mía y estoy nerviosa.

Sofía se acercó a su amiga y la abrazó.

—Eres una mujer increíble. Has conseguido algo extraordinario aun en tu estado. Te admiro. No tengas miedo, todo va a salir a la perfección. Tu padre estaría muy orgulloso de ti. —Annette se emocionó—. Venga, siéntate un poco y deja que yo me encargue de hacer la última inspección. Te mandaré traer un té caliente. —Annette obedeció consciente de que si no descansaba durante un rato su espalda no le iba a permitir estar presente durante toda la tarde.

Sofía también necesitó sentarse a descansar unos minutos. Llevaba varios días durmiendo apenas tres o cuatro horas. A los nervios por la inauguración se les unía la intensa actividad que mantenía durante el día y que le generaba tanta tensión que le impedía dormir. Las clases en la escuela se habían retomado y a petición de Julien ahora era ella la que se hacía cargo de la

dirección. Y, por si todo aquello no fuese suficiente para agotarla, casi cada tarde quedaba con Sarah y se reunía con ella y otras mujeres en distintas partes de la ciudad con el objetivo de organizar charlas divulgativas para aumentar el número de mujeres que apoyasen la causa. Marie Cécile se unió a ellas y juntas disfrutaron de un té mientras se relajaban.

Una hora después llegaron Adrien, Julien y Thierry portando diversos ramos de flores para ellas. Aquel bonito detalle por su parte las emocionó.

—Estáis a punto de hacer historia con esta exposición. No os imagináis la repercusión que va a tener. La entrada está llena de reporteros deseosos de cubrir la noticia —anunció Julien.

—Estamos muy orgullosos de vosotras y de lo que habéis conseguido en tan poco tiempo, en especial tú, *ma chérie*, que estás agotada y has estado al pie del cañón día tras día dando lo mejor de ti —dijo Adrien mientras se acercaba a besar a su esposa. Ella le agradeció aquellas palabras con un beso tierno.

—Felicidades a las tres. Hermana —Thierry se agachó frente a ella y le cogió las manos—, ya eras el orgullo de nuestro padre cuando vivía y con esto has conseguido ser también el mío. —Annette se echó a llorar sin poder evitarlo y todos rompieron a reír.

Julien se acercó a ella y la dio un abrazo cálido.

—Cierto. Ninguno de nosotros lo habríamos hecho mejor. Te felicito, hermana. Y a vosotras también. Sois unas mujeres extraordinarias y damos gracias por teneros en nuestras vidas. Vuestra presencia nos hace ser mejores hombres. —Julien, conmovido por el gran trabajo que habían realizado, se acercó a Sofía y sin mediar palabra le puso una mano en la mejilla y la besó en los labios.

Todos abrieron los ojos como platos y se miraron entre ellos. No se atrevieron a decir nada, a excepción de Thierry, que comentó:

—Creo que me he perdido algo importante…

Sofía quiso explicar lo que había ocurrido; no pudo. Enseguida empezaron a oír las voces de los primeros invitados.

—Ya hablaremos —afirmó Julien con firmeza tras ver las caras de estupefacción de Adrien y de su hermano.

Se posicionaron en la entrada para dar la bienvenida a los asistentes y, como habían sido instruidos desde su infancia, lograron conquistar a todos con su exquisita educación, encanto y saber estar. Tras ellos, varios reporteros de diversos medios les hacían preguntas mientras otros retrataban lo que ocurría en el interior. Todos los invitados quedaron maravillados al ver la elegante decoración de la galería y asombrados por la calidad de las obras expuestas, la amplia mayoría totalmente desconocida para ellos por tratarse de mujeres artistas que hasta ese momento no habían recibido el reconocimiento que se merecían. Las que acudieron al evento recibían emocionadas los halagos de los asistentes a la vez que agradecían a las dos familias la ayuda y difusión que les habían proporcionado.

Todo iba a la perfección hasta que unas voces discordantes en el exterior pusieron en alerta a Julien y Adrien. Se miraron alarmados. Ambos se excusaron y se acercaron con disimulo a la entrada. Una vez allí, lo que vieron hizo que les saltasen todas las alarmas. Un amplio grupo de mujeres protestaban en el exterior de la galería portando pancartas reivindicativas. Las personas allí reunidas repetían una y otra vez a voz en grito eslóganes de protesta. Thierry se unió a ellos con gesto de preocupación.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—No lo sé —respondió Adrien mesándose la barba con nerviosismo.

—¿Quiénes son esas mujeres? —Thierry los miraba sin entender.

—Me temo que las amigas de Sarah… —afirmó Julien con rabia—. Sofía debe haberla invitado personalmente, a pesar de que la advertí para que no lo hiciese.

—¡Maldita sea! —bramó Adrien y echó la vista atrás para ver si alguno de los invitados o, lo que era peor, su esposa, se habían percatado del escándalo.

—¿Quién es Sarah? Hay que pedirles que se marchen de aquí de inmediato. —Thierry abrió la puerta y salió seguido por los otros dos, que se apostaron a su lado, inquietos.

Charlotte dio un paso al frente y se puso delante de ellos con determinación. Los tres la miraron confundidos.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen? No pueden manifestarse aquí. Hay una exhibición de arte. Por favor, márchense a otro lado. —Thierry, que desconocía quiénes eran aquellas mujeres y el motivo por el que pudiesen estar allí, intentó sonar conciliador. Sin darle tiempo a más ella levantó la pancarta que los acusaba de hipócritas y se la puso delante con rabia. Las otras mujeres seguían reclamando derechos y libertades con más intensidad.

—No pueden estar aquí —les repitió Adrien apretando los puños.

—¡Cómo que no! Estamos en la vía pública. Hemos venido a denunciar esta hipócrita exposición que muestra una visión sesgada de la mujer por parte de…

—¡Charlotte! —exclamó Sarah estupefacta nada más salir junto a las demás.

—Sarah, ven, únete a nosotras. —No pudo responder. Annette, Marie Cécile y Sofía aparecieron con gesto confuso.

—He aquí las organizadoras de este engaño —comentó Charlotte nada más verlas. Las demás fruncieron el ceño, extrañadas por su comentario.

—Buenas tardes, Charlotte. ¿Qué está pasando? —preguntó Annette sin comprender bien lo que ocurría.

—Buenas tardes, señora Mathieu —dijo haciendo hincapié en su apellido de casada—. Estamos aquí para protestar por esta falsa muestra de solidaridad hacia las mujeres.

—¿Cómo dice? —Annette frunció el ceño.

—Esta no es una exposición a favor de la mujer —gritó Charlotte para atraer la atención de todos los transeúntes que pasaban por los alrededores—.

Esto no es más que una muestra de hipocresía por parte de dos familias adineradas que quieren hacernos creer que apoyan la causa, pero que en el fondo se lucran de eventos como estos para después financiar la labor filantrópica de la que presumen.

Annette apretó los dientes con rabia. Sofía se llevó la mano a la boca con angustia.

—¿Disculpe? Creo que no he entendido bien lo que acaba de decir. ¿Nos está acusando de lucrarnos con nuestra fundación?

—¿Acaso no es cierto? Sus familias se vanaglorian de organizar una exhibición a favor de la mujer, aunque lo único que hacen es mostrar una visión sesgada del arte que defiende las ideas conservadoras y represoras del Estado.

—¿Qué está diciendo? —la increpó Adrien.

—Nuestra fundación se financia con fondos privados provenientes de nuestro propio patrimonio —le aclaró Thierry, ofendido.

—Un patrimonio que se engrosa con actos como estos —le espetó Charlotte con rabia.

—Al contrario. Todo lo que se recaude hoy aquí será donado en su totalidad a una organización benéfica para mujeres —protestó Annette.

Charlotte apretó los labios y continuó con sus reproches:

—Eso habría que verlo…

—No le vamos a consentir que nos acuse de tal falsedad. —Julien la fulminó con la mirada.

Charlotte le ignoró.

—Lo importante aquí es denunciar este acto hipócrita. ¿Cuántas obras pertenecen a mujeres anónimas? Estoy segura de que todas pertenecen a mujeres de clase alta.

—¡Eso no es cierto! Aquí están representadas una amplia variedad de mujeres artistas a las que se les reconoce su talento por primera vez. —Annette no daba crédito a lo que escuchaba de boca de esa mujer.

—Sí, pero lo hacen según su propia clase social.

—¡Ni siquiera ha entrado a ver lo que se expone! —exclamó Annette sintiendo que se le aceleraba la respiración—. ¿Cómo se atreve a criticar nuestra labor sin verla? Pasen, están todas invitadas.

—Gracias, señora Mathieu. No necesitamos verlo. Es obvio lo que se muestra ahí dentro. Ustedes solo están exponiendo las obras de mujeres que fueron hijas, hermanas o esposas de académicos. Mujeres que pintaban bajo los cánones establecidos y que mostraban a mujeres sumisas, solo interesadas en lucir bonitas para sus hombres, en paisajes bucólicos, no a pintoras totalmente anónimas que lucharon por su reconocimiento durante toda su vida sin lograrlo.

Annette alzó las cejas, indignada.

Charlotte se giró hacia las mujeres que la acompañaban y las conminó a que volviesen a gritar las consignas de sus pancartas mientras la calle se

llenaba de personas atraídas por el escándalo y numerosos reporteros cubrían la noticia. A continuación, se posicionó delante de los hombres y comenzó a repetir sus eslóganes con rabia:

—¿Arte o hipocresía? Trato igualitario para la mujer. Acabemos con el Estado paternalista.

—¡Charlotte, para! —le gritó Sarah. Su gesto de angustia hizo que Charlotte se acercase a ella para ordenarle que se uniese a la protesta.

—Señoras, déjenme que les aclare que hemos llevado a cabo una ardua labor para lograr un gran número de obras y dar de ese modo cabida a una amplia variedad de pintoras y estilos —les informó Adrien.

—Solo las que a ustedes les interesaba mostrar —indicó Charlotte con rabia.

—¡Obras de muchas mujeres de todas las épocas y países! —protestó Thierry, cansado de aquella mujer.

—¡La gran mayoría son obras academicistas pintadas bajo el mecenazgo de los hombres para perpetuar sus valores…! —les gritó Charlotte cada vez más enfurecida.

—¡Esto es una muestra de arte, no de feminismo! —bufó Adrien hastiado de aquella absurda situación—. No pueden venir aquí a tirar por tierra el duro trabajo que estas mujeres han realizado con el único objetivo de llamar la atención. Ahí dentro hay obras de Artemisia Gentileschi, Sofonisba Anguissola, Judith Leyster, Lavinia Fontana, Hildegard de Bingen, Constance Mayer, Angelika Kauffmann… No sabe lo que ha costado conseguir que estén expuestas hoy aquí. Si no entienden de arte, ¡márchense!

Annette se acercó a Adrien para calmarle y le pidió que las dejasen solas.

—No —protestó él—. No pienso dejarte sola. Annette, por favor, entra. Nosotros lo solucionaremos. No puedes disgustarte de esta manera en tu estado…

—Adrien, no. Esto es un tema de mujeres y seremos nosotras las que lo enfrentaremos. Por favor, dejadnos —les indicó también a sus hermanos.

Los tres se miraron sin saber qué hacer. Fue Julien el que cogió del brazo a Adrien e hizo que se apartasen un poco del bullicio.

—Debemos dejarlas a ellas —afirmó—. Nosotros solo lograremos empeorar las cosas. Esas mujeres buscan provocar escándalo y nosotros somos el objetivo.

—¿Alguien puede explicarme por qué está ocurriendo esto? —Thierry no daba crédito y estaba comenzando a sentir que su furia crecía por momentos.

—Pertenecen a una asociación feminista que lleva varios meses moviéndose por la ciudad. Aprovechan cualquier evento para hacerse oír. Sarah pertenece a ese grupo e imagino que ella o Sofía… —Julien guardó silencio. La rabia que sentía al pensar que Sofía podía haberlos traicionado le consumía.

Entraron a la galería con la vista puesta en el exterior.

—¡No pueden enfrentarse a una mujer en este estado! —protestó Marie

Cécile acercándose a Annette—. La señora Mathieu se ha dejado la piel para organizar esta excelente exhibición. Si lo desean, pueden pasar a ver las obras expuestas, pero, por favor, detengan este escándalo. —Las invitó a entrar.

—No necesitamos ver nada.

—Charlotte, ¿qué es lo que quieres? —Sofía se acercó a ella con determinación mostrando un tono más cercano.

—Quiero que todas abramos los ojos de una vez, que dejemos el miedo a un lado y que nos unamos para lograr el bien común.

—Eso no se conseguirá si nos enfrentamos entre nosotras —le recriminó Sofía—. El trabajo no ha sido fácil. Nos ha costado mucho encontrar estas obras, ya que, por desgracia, pertenecen a colecciones privadas. Hemos hecho lo que hemos podido para darles visibilidad y reconocimiento.

—No es suficiente —respondió tajante otra mujer que se acercó a Charlotte.

—La lucha no es entre nosotras. Cada pequeño paso suma —le respondió Annette.

—¡Qué sabrán ustedes de lo que es bueno o no para nosotras! —le espetó otra a voces.

—Ustedes viven una vida de hombres sin haber sentido jamás el verdadero peso de la tiranía —bramó otra más.

—Nuestras familias llevan varias décadas luchando por los derechos no solo de las mujeres, sino de los más desfavorecidos. Estoy segura de que las hijas de varias de las mujeres que están aquí ahora mismo estudian en nuestra escuela. El cambio solo se producirá si se educa a la población. —Sofía intentó sonar más conciliadora. Era obvio que aquellas mujeres no estaban dispuestas a marcharse fácilmente.

—¡No hay tiempo para eso! —bufó Charlotte harta de aquel discurso—. Cada día, cientos de mujeres en todo el mundo mueren en manos de sus esposos, son abusadas o explotadas por hombres… ¿de verdad pensáis que vuestras escuelas van a lograr cambiar esto en poco tiempo? Hay que actuar con más determinación.

—¿Y de verdad cree usted que lo que están haciendo hoy va a hacer que las leyes cambien mañana? —preguntó Marie Cécile tratando de mantener la calma.

—Valoro su labor educativa; sin embargo, es una lucha muy tibia. Debemos involucrarnos de forma más activa si queremos que esas niñas que educan tengan de verdad una vida digna en unos pocos años.

—¡Hacemos todo lo que está en nuestra mano! No somos legisladores —le reprochó Annette exhausta de aquella discusión. La cantidad de personas que ya había rodeándolas comenzó a agobiarla y sintió que iba a perder las fuerzas de un momento a otro. Un calambre en la parte baja del vientre la dejó paralizada unos segundos. A continuación, respiró hondo, apretó los dientes y volvió a hablar.

—Charlotte, esto es cultura —enfatizó mientras se llevaba la mano a la

parte baja del vientre—. La base de una sociedad igualitaria debe anclarse en ella para prosperar. Por desgracia, no hay demasiadas personas que como nosotros luchen para proporcionarla de forma totalmente desinteresada.

—Entiendo su postura, señora Mathieu. Sin embargo —Charlotte observó a todas las mujeres de clase alta que habían acudido al evento y que se arremolinaban en la puerta estupefactas por lo que estaban viendo—, ¿cuántas de estas mujeres invitadas a su evento acudirían a alguno de los encuentros o charlas que se organizan por toda la ciudad? Vienen aquí a supuestamente apoyar a la mujer, pero luego no hacen nada, no mueven un dedo. Todo es hipocresía y fachada.

—Nuestras escuelas son un referente de igualdad —protestó Marie Cécile.

—No lo dudo, aunque siempre se puede hacer más. Menos palabras y más hechos. Al menos eso es lo que piensa algún miembro de su familia, ¿verdad, Sofía?

Sofía, incapaz de articular palabra presa de la angustia, sintió las miradas acusadoras de todos clavadas en ella. Por más que lo intentaba, no lograba defender a su familia como era de esperar. Un nudo en la garganta le impedía respirar con normalidad y le provocaba una fuerte náusea.

—¿Qué ha querido decir, Sofía? —Annette frunció el ceño, alarmada por lo que acababa de escuchar.

—Yo no… —Sentía las palabras atascadas en la garganta.

—Su cuñada opina que su familia debe posicionarse de un modo más claro y activo en la lucha —la informó Charlotte—. Es, desde luego, la más realista de todos ustedes y su apoyo nos está resultando de lo más beneficioso.

Sofía alzó las cejas con pánico al sospechar lo que aquellas palabras implicaban.

—¿Has sido capaz de hacerme esto? —Annette se giró hacia ella con el rostro pálido.

—No, yo no he hecho nada. Yo no sabía…

Las mujeres comenzaron de nuevo a moverse y a gritar los emblemas de las pancartas mientras el silencio se hizo alrededor de Annette y de Sofía, quienes se miraban impávidas incapaces de hablar.

—¡No puedo creer lo que has hecho, Sofía! —la acusó Marie Cécile con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Acaso no respetas a tu familia?

Sarah se acercó a Sofía, la cogió de la mano y afirmó:

—Ella no ha hecho nada…

Nadie la creyó. No había otra explicación posible para que todas aquellas mujeres estuviesen allí.

—Si es eso lo que piensas, si estos son tus ideales, ¡márchate, vete con ellas! Lucha a tu manera, pero alejada de nosotros. —Aquellas palabras de Annette llenas de dolor y decepción desgarraron a Sofía.

—Annette, te lo prometo, yo no sabía…

Fue demasiado tarde. Los silbatos de la policía comenzaron a escucharse a su alrededor y las mujeres comenzaron a disiparse ante su presencia. Unos

segundos más tarde, el comisario Philippe Bâton estaba frente a ellas con gesto furioso.

Julien, Adrien y Thierry fueron hacia ellas de inmediato en cuanto advirtieron la presencia policial.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Estas mujeres han venido a protestar a la puerta de nuestra galería, señor comisario. No sabemos por qué —les explicó Thierry.

El comisario los miró uno a uno con mala cara.

—Buenas tardes, señor Dufour. —A continuación, se giró hacia Charlotte —. ¿Quién es usted? Muéstreme su documentación.

—Por supuesto, cálmese, señor comisario. No estamos haciendo nada malo. Solo ejerciendo nuestro derecho a protestar. Queremos mostrar nuestra disconformidad con lo que aquí se exhibe. No estamos actuando de forma violenta.

Bâton la miró con recelo y comenzó a revisar los papeles que le había mostrado.

—¡No pueden estar aquí! Fuera. Esto es una exhibición privada y nadie les ha concedido el derecho a apostarse aquí a formar este jaleo. Márchense si no quieren que las arrestemos a todas por escándalo público.

Charlotte le desafió con la mirada y después esbozó una sonrisa burlona. El comisario alzó la ceja e irguió su postura.

—Está bien, está bien. Nos marchamos, pero volverá a saber de nosotras —le dijo con voz amenazante. Se dio media vuelta y se alejó de allí seguida por todas las demás.

Sarah observó a Sofía con los ojos llenos de lágrimas y, tras hacerle un mohín de disgusto, se marchó con Charlotte. Annette volvió a echarse la mano al vientre y Adrien corrió hacia ella.

—*Ma chérie*, por favor, vayamos dentro. Estás muy pálida. —Ella le obedeció y entraron en la galería seguidos por Thierry y Marie Cécile, visiblemente disgustada.

Sofía, con la mirada perdida, fue incapaz de moverse de allí mientras notaba los ojos de Julien clavados en su rostro como dos puñales.

—Nunca pensé que serías capaz de llegar tan lejos. No te reconozco —dijo y se adentró en el local dejándola allí sola, hundida, desolada.

Paralizada y sin saber qué hacer sintió que unos brazos la sujetaban por la espalda. Al girarse vio a Sarah, que presa de la angustia había vuelto para hablar con ella.

—Sofía, ven, vayamos a otro sitio a hablar.

—¡No quiero hablar con nadie y menos contigo! —le gritó—. ¡Me has traicionado!

—¡No! Te lo prometo. Yo no he sido la causante de esto.

—¡Tú les pediste que viniesen!

—Te juro que no fue así. Yo estoy igual de sorprendida que tú. Yo tan solo le comenté a Charlotte lo que estabais haciendo. Lo hice para alabar

vuestro esfuerzo por colaborar con la lucha… nada más. No pensé que…

—No te creo.

—Créeme, por favor. Estoy segura de que Charlotte siente mucho el escándalo. Sin embargo, necesitamos hacernos oír para generar expectación de cara a la manifestación de mañana. Todos somos instrumentos de la lucha, Sofía…

—¡Somos personas!

—Lo sé, lo sé, Charlotte es así. No le teme a nada. Ha sufrido las consecuencias de la represión muchas veces y ya no puede más. Necesitamos dar un paso hacia delante de forma definitiva. Me ha prometido que mañana, durante la manifestación, hablará con la prensa, agradecerá lo que hicisteis y os pedirá disculpas públicamente.

—¡El daño ya está hecho! ¿Qué le voy a decir a mi familia? ¡Creen que he sido yo la que ha organizado este escándalo!

—Deben creerte. Si es necesario yo misma iré a hablar con ellos…

—No servirá de nada. No ven con buenos ojos nuestra amistad… no me creerán. —Se apoyó en la pared que había detrás de ella y se llevó las manos al pecho. Sentía que no podía respirar.

—Ven, iré a hablar con ellos ahora mismo.

—No —murmuró Sofía—. Esto es una locura. No va a salir bien. Por favor, apártate de Charlotte o acabarás mal. Ella no es como tú, es mucho más fuerte y osada. Podemos luchar de otra forma…

Sarah negó con la cabeza y cogió las manos de Sofía.

—No podemos abandonarla ahora. Hemos avanzado mucho y sabes que mañana será un gran día. Se hablará de nosotras durante semanas. Ahora debo irme. Lo siento, de verdad. Gracias por todo. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Sofía permaneció en el exterior unos instantes tratando de serenarse. Por desgracia, el gesto de dolor que vio reflejado en el rostro de las personas a las que más quería se lo impedía. Haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba, entró en la galería y se acercó a su hermano con la esperanza de que al menos él estuviese dispuesto a escucharla. Su reacción le heló la sangre.

—Tú y yo vamos a tener una larga conversación en cuanto esto acabe —le susurró Adrien al oído—. Vete de aquí. Márchate a casa y déjanos arreglar este escándalo a nosotros.

—Adrien, te juro que yo no…

No la dejó terminar de hablar y se alejó de ella para seguir disculpándose con los invitados que ya comenzaban a abandonar la galería. Ella lo observó en silencio con el corazón encogido. La forma en la que sonreía a los asistentes a pesar del bochorno por lo ocurrido, su saber estar, su implicación con lo que habían organizado… Aquella imagen de su hermano, tan parecido a su padre, conversando con varias mujeres, aparentando serenidad, amable y encantador, le trajo el recuerdo de él y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo iba a lograr convencerle de que ella no había tenido nada que ver? Sin

despedirse de nadie, buscó a Belmont y le pidió que la llevase a casa.

Fue junto a su fiel cochero, antes de subirse al carruaje, cuando se rompió abrazada a él.

—Yo no he hecho nada, Belmont, nada…

—Lo sé, señora. Lo sé. Yo mismo hablaré con su hermano si lo desea.

Ella se aferró con fuerza al hombre y lloró hasta quedarse casi sin lágrimas.

40

—Por favor, Julien, llama al médico. Marie Cécile, llévate a los niños a vuestra casa. Thierry, ayúdame a subirla a la habitación.

Adrien intentaba mantener el control a pesar de los nervios y los demás le obedecían sin rechistar. Annette había comenzado a sentirse mal y todo indicaba que el inmenso disgusto que se había llevado iba a adelantar el parto. Sofía los observaba sin saber qué hacer sintiéndose ignorada. Nadie se molestaba en mirarla o en contarle qué ocurría.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó con timidez.

Julien la miró con frialdad y le pidió que se limitase a ayudar a Marie Cécile con los niños. Ella apretó los dientes y bajó la vista al suelo para que no viese las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos.

Las dos mujeres llevaron a los pequeños a la casa de los Dufour y, una vez los acostaron y los dejaron al cargo y cuidado de Ilsa, regresaron junto a los demás.

Adrien apareció en el salón con gesto de preocupación.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó Thierry.

—El médico está con ella. Cree que se ha iniciado el parto, aunque va a ir muy despacio.

—Iré a acompañarla —dijo Sofía y se levantó del sofá camino de la habitación.

—¡No! —le prohibió su hermano—. Marie Cécile lo hará. No quiere verte. —Sofía se quedó petrificada de espaldas a él—. Tú y yo tenemos que hablar. Ve al despacho de padre, iré en un minuto.

—Adrien, yo también deseo tener unas palabras con ella. Si no te importa iré con vosotros.

—Más tarde, Thierry. Necesito tener una conversación con mi hermana a solas.

Sofía caminó despacio hacia el despacho sintiendo el peso de la culpa aplastándola. Cuando entró no pudo evitar que un escalofrío recorriese su cuerpo de arriba abajo como si hubiese podido sentir la presencia de su padre observándola de pie junto a la ventana, como siempre hacía cuando ella le echaba de menos durante el día e iba a visitarlo. Aunque esta vez era diferente y no había rastro de la sonrisa tierna que él siempre dibujaba en su rostro cuando la veía aparecer. «¿Qué has hecho, *ma petite fleur*?», le pareció oír su voz flotando alrededor de ella. «¿Qué has hecho?».

El golpe que dio Adrien al cerrar la puerta la sobresaltó y la hizo girarse en dirección a la entrada. Él encaminó sus pasos hacia la ventana y allí, como si

su padre hubiese tomado posesión del cuerpo de su hijo, adoptó la misma postura y se apostó con los brazos cruzados y una mirada que jamás había visto en él: fría, distante, amenazante. Se miraron durante varios segundos sin decirse nada. Después fue ella la que intentó romper aquel silencio atronador; él no se lo permitió.

—Cállate. No se te ocurra abrir la boca para mentirme.

—¡Yo no te he mentido nunca! No he tenido nada que ver con lo que ha ocurrido.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Quieres destruir la vida de todos? ¿Quieres acabar con el legado de nuestra familia? ¿Quieres arruinarme la vida? —Se llevó las manos a la cabeza.

—Yo no pretendo nada de eso. Te juro que no tenía ni idea de que esas mujeres…

—¡Estoy harto de tantas excusas! Sabes perfectamente que esas mujeres fueron allí por ti. Tú las informaste del evento y permitiste que Sarah manejase toda la información.

—Sarah tampoco sabía nada. Ella…

—¡No digas bobadas! Ella y esa otra mujer lo planificaron todo con tu ayuda.

—¡No es cierto! —gritó desesperada.

—Te he apoyado en todas tus decisiones, he dejado a un lado todo por ayudarte, te he defendido y he peleado por ti siempre, incluso estuve a punto de ma… —dejó la frase a medias, incapaz de pronunciar el resto de las palabras. Resopló con fuerza—. Pero tú te empeñas en complicarme la vida una y otra vez.

—No, sé que he errado en ocasiones anteriores. Sin embargo, esta vez no tengo nada que ver…

—¿Te atreves a decirme que esas mujeres no tienen relación contigo? ¿Con quién has estado viéndote estas últimas semanas? ¿Te crees que estoy ciego y no sospechaba que te reunías con ellas cada tarde?

—Sí, es cierto. Me reunía con ellas, pero solo para organizar charlas divulgativas… nada más.

—¿Charlas divulgativas? ¿Así llamáis a lo que habéis hecho?

—¡Que yo no he hecho nada! No me acuses de algo que no es cierto.

—Estoy empezando a pensar que no estás bien. Creí que habías aprendido la lección tras lo ocurrido en el Louvre, aunque es obvio que no. Una vez más las consecuencias son para los demás. De nuevo me pones a mí en la tesitura de tener que dar la cara por nuestra familia. ¿Qué quieres que le diga a Thierry? ¿Quieres que le diga que mi hermana se aburre y no encuentra mejor diversión que dedicar su vida a idioteces más propias de una niña estúpida que de una mujer de su edad y educación?

Ella abrió los ojos como platos al escuchar el tono de voz ofensivo que había usado.

—Adrien, me estás ofendiendo.

—Oh, ahora te ofendes… ¿Lo que tú llevas haciendo desde que regresaste no es ofensivo? Estás obsesionada con la lucha feminista, como si no fuese algo anclado ya en tu vida desde que naciste. Todos contribuimos de la mejor manera posible, pero ¡sin sacrificar a nuestras familias!

—Nunca he pretendido dañar a nadie…

—¡Has fracasado porque todos nos hemos visto perjudicados de una forma u otra! —Ambos se miraron con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Ya te has olvidado de la gran suma de dinero que tuvieron que pagar los Dufour para mantener callado al director del Louvre? Piensa bien lo que vas a decir. A Thierry no le va a valer cualquier excusa.

—Hablaré con él y le explicaré la verdad.

—Te empeñas en seguir con la mentira. Tu verdad, querrás decir.

—¿Por qué no me crees? ¡Te estoy jurando que no he tenido nada que ver!

—Ya no puedo creer en tu palabra —dijo con voz desgarrada—. No reconozco a la mujer que tengo delante.

—¡Eres injusto! Me estáis juzgando por mi amistad con Sarah y esas mujeres. Reunirme con ellas de vez en cuando no me convierte en culpable de nada.

—¿Vas a negar que esa tal Charlotte reprodujo palabra por palabra tu mismo discurso? Sofía, mi paciencia se ha acabado. O dejas de verte con ellas y te comportas como lo que eres, una mujer viuda y madre, digna hija de Jean Paul Mathieu, o me veré obligado a buscarte otro lugar para vivir. No voy a permitir que tus desvaríos pongan en peligro mi matrimonio.

Sofía sintió que las lágrimas le quemaban los ojos al intentar frenarlas con fuerza. Se llevó la mano a la garganta incapaz de responder a aquel brutal reproche y se apoyó en el respaldo de una silla. En ese momento Thierry entró en el despacho:

—Adrien, el médico requiere tu presencia. Parece que el estado de Annette ha empeorado.

Adrien alzó las cejas alarmado y caminó hacia la salida. Antes de abandonar el lugar, se detuvo junto a su hermana y enfurecido dijo:

—No te quiero aquí esta noche. ¡Como llegue a pasarle algo a mi esposa no te lo perdonaré jamás!

Salió del despacho a toda prisa y Sofía le vio subir las escaleras de dos en dos hacia el primer piso mientras era observaba por Thierry, que esperaba su turno para desahogar su ira. Por fortuna, él fue más breve y se limitó a hacerle saber que no volverían a organizar ningún evento con los Mathieu, al mismo tiempo que le pedía a ella que no se involucrase en ningún asunto de su galería. No estaba dispuesto a permitir que su apellido volviese a verse comprometido por su imprudencia. Sofía apretó los dientes y con la poca dignidad que le quedaba aceptó los reproches en silencio.

Regresó al salón donde vio a Julien caminar nervioso de un lado para otro. Se miraron, pero no se dijeron nada. Marie Cécile apareció para pedirles que se marchasen a casa de los Dufour. La noche iba a ser muy larga y Adrien

había dado órdenes para que tan solo el médico, ella y él permaneciesen en la habitación.

—Quiero quedarme. Estoy preocupada por ella —rogó Sofía.

—No, será mejor que te vayas a casa con Julien. Nosotros nos quedaremos junto a ella. —La frialdad de Marie Cécile, siempre tan cariñosa y dulce, le heló la sangre.

Rendida ante los acontecimientos, cogió su abrigo para marcharse con el único consuelo de acostarse junto a su hija. Sin embargo, antes de que pudiese hacerlo, el ama de llaves anunció la visita del comisario Phillipe Bâton.

—¡Lo que nos faltaba! —murmuró Julien echándose las manos a la cabeza. Miró a Thierry de reojo.

—Buenas noches a todos. Les pido disculpas por las horas. Hay un asunto del que debo hablar con ustedes, en especial, con la señora Marchand. —La miró de arriba abajo. Julien, de forma instintiva, se adelantó unos pasos y se puso delante de ella.

—Siéntese, por favor. ¿De qué desea hablarnos? —dijo Thierry en tono cordial.

—Como he dicho, necesito preguntarle a la señora Marchand por una información que me ha llegado. —Todos la miraron.

—Dígame. Estaré encantada de poder ayudarle, pero si no le importa desearía que se refiriese a mí como la señora Mathieu.

El comisario alzó una ceja y la miró con suficiencia. Tras un breve carraspeo continuó hablando.

—¿Es cierto que usted conocía a las mujeres que se han manifestado esta tarde frente a su galería de arte?

—Sí.

—¿Cuál es su relación con ellas?

—Soy amiga de una de ellas, nada más.

—¿De la señorita Charlotte Callaghan?

—No… bueno, a ella también la conozco, me refería a Sarah.

—Ah, Sarah Connelly, su fiel defensora…

Sofía puso un gesto de extrañeza ante el comentario. ¿Acaso había dado con ellas para interrogarlas?

—¿Dónde se conocieron?

—Aquí en París. Coincidimos en un parque y entablamos amistad. ¿Hay algo malo en ello? —Intentó sonar serena.

—En principio no… siempre y cuando no haya decidido unirse a ellas.

—¿Unirme a qué? —le espetó de forma un poco brusca. Julien carraspeó a modo de protesta—. Quiero decir, nos vemos de vez en cuando, como dos amigas normales, paseamos, vamos de compras… ¿Es eso acaso un delito?

—Le repito que no. Sin embargo, ha llegado a mis oídos que ha acudido con ellas a varias reuniones secretas en la ciudad.

—No han sido reuniones secretas, sino de índole privado. ¿Desde cuándo es necesario informar a las autoridades de las personas con las que nos

vemos? —Bâton entrecerró los ojos y la miró fijamente como si estuviese preguntándose algo sobre ella.

—Eso depende de lo que se haga junto a esas personas…

—Si se refiere a si he participado en reuniones ilegales, no, no lo he hecho. Siempre han sido encuentros informales entre amigas donde no le voy a negar que se han tratado temas de interés para las mujeres, nada más.

—Entiendo. Aunque no me negará que es un poco sospechoso que algunas de esas mujeres hablen de usted como una mujer verdaderamente comprometida con la lucha feminista si solo se dedican a tomar el té.

Julien cerró los ojos y se lamió los labios, nervioso.

—Señor Bâton, no tengo ninguna intención de desvelar los temas privados que trato con mis amistades… Si tiene algo más que decir, por favor, sea breve. Mi cuñada está de parto y necesitamos tranquilidad.

—Vaya… espero que todo vaya bien. Quizás debería haber sido más precavida con la esposa de su hermano en tal estado…

—¿Me está acusando de algo? —Sofía se levantó harta de su impertinencia.

—Sofía, siéntate —le ordenó Thierry con firmeza.

—Tranquila, señora *Mathieu* —dijo con sorna—. Tan solo quería contrastar algunos datos. Me marcho ya. No deseo importunarlos. Solo quiero advertirla de que esas mujeres están bajo sospecha de pertenecer a una asociación ilegal y violenta. Son peligrosas y, si no quiere verse comprometida, no se relacione con ellas. Sabemos que tienen pensado armar un buen jaleo en la ciudad uno de estos días y no pienso consentirlo. Mis mejores hombres las tienen vigiladas y no dudarán en emplear toda su fuerza para detenerlas. Buenas noches. —Se dio media vuelta y se dirigió a la salida acompañado por Thierry.

Sofía sintió que el pulso se le aceleraba por momentos. Bâton y sus hombres parecían estar al tanto de la manifestación que tenían intención de convocar al día siguiente. Aunque se sentía obligada a advertir a Sarah antes de que fuese tarde, debía esperar hasta el día siguiente. Con suerte, Annette ya habría dado a luz por la mañana y, más tranquila, iría a su casa para avisarla de que no acudiese.

—Vámonos —le ordenó Julien. Ella bajó la mirada y le siguió.

Nada más entrar en la casa Sofía encaminó sus pasos hacia la habitación donde dormía Nichole. Sin embargo, a medio camino él le pidió que le acompañase a la biblioteca. Cansada de aquella situación y segura de que iba a vivir otro momento de reproches y acusaciones intentó negarse, pero la voz firme de él la hizo resoplar y caminar hasta allí con desgana.

Julien se sentó en uno de los sofás y la invitó a hacer lo mismo.

—¿Qué quieres? Estoy muy cansada. Quiero acostarme y ver cómo está Nichole.

—Tu hija está perfectamente. No obstante, me temo que puede dejar de estarlo si su madre se empeña en arriesgar su libertad día tras día.

—No tengo ganas de discutir…

—¿Te ha quedado clara la actitud de Bâton?

—No tiene ningún motivo para acusarme de nada.

—¿Crees que ha venido a hacerte una visita de cortesía? ¿Piensas que si no tuviese alguna evidencia de tu implicación con esas mujeres se habría tomado la molestia de venir hasta aquí a estas horas? —Apretó los dientes.

—No lo sé…

—¡Sofía! —bufó—. Estoy cansado de esta actitud. ¿No eres capaz de ver que te estás metiendo en la boca del lobo y que nos estás arrastrando a todos?

—¡No he hecho nada! —le gritó.

—No grites, vas a despertar a los niños.

—Me da igual. Estoy cansada de que no me creáis, de vuestros reproches, de vuestras miradas inquisitorias…

—Es lo que te has ganado con tu actitud.

—Ah, ¿sí? Nadie ha decidido darme el beneficio de la duda, todos me acusáis de algo de lo que no soy responsable. Quizás eso mismo debí hacer yo contigo… no haberte dado la opción de explicarte.

—No vuelvas al mismo tema de siempre. Esto no tiene nada que ver. No puedes seguir manteniendo esta actitud irresponsable y temeraria. ¡Tienes una familia a la que le debes respeto!

Sofía bufó y se levantó furiosa del sofá.

—¡Me estáis juzgando sin motivo! Ni siquiera estáis dejando que me explique.

—¿Para qué? ¿Para que nos vuelvas a mentir?

—Se supone que mi hermano y tú me conocéis lo suficiente para saber que os estoy diciendo la verdad…

—Yo ya no te reconozco, Sofía.

—Déjame decirte que esta Sofía combativa a la que no conoces siempre ha estado aquí. Mi padre se encargó de hacer de mí una mujer fuerte y valiente. No pienso vivir acobardada por la presencia de Phillipe Bâton. Esta es mi vida ahora.

—¿Y los demás dónde encajamos en esta nueva vida? ¿Piensas unirte a esas mujeres y viajar por todo el mundo para expandir vuestras ideas? —La pregunta la enfureció.

—¿Nuestras ideas? —repitió con ironía—. Pensé que los derechos y libertades de las mujeres eran lo que une a nuestras familias.

Julien se humedeció los labios y la miró fijamente, paseando la vista con lentitud por su rostro.

—Ahora, cuando subas a ver a tu hija, piensa bien en la vida que quieres para ella. Y no, no hace falta que me repitas de nuevo el mismo discurso… ya me lo conozco. Tan solo plantéate si tener a su madre en la cárcel y vivir alejada de ella la hará feliz… Es ahí donde vas a acabar como no detengas esta locura a tiempo. Buenas noches. —Sin añadir nada más, se levantó y salió de la sala.

Sofía se dejó caer en el sofá, rompió a llorar y por primera vez se dio cuenta de que había cometido el error más grave de su vida confiando en aquellas mujeres que la habían traicionado. Lloró y lloró durante un buen rato hasta que, agotada y sin más lágrimas, se sentó frente al fuego y allí permaneció varias horas sumida en sus pensamientos intentando asimilar lo ocurrido, aceptando el descrédito que ella misma se había ganado a pulso, la desconfianza de los suyos, la decepción en sus ojos… y tomó una decisión. A primera hora iría a hablar con Sarah para advertirla de la amenaza de Bâton y la informaría de su intención de apartarse de ellas. Al menos, a no ser que abandonasen la violencia y se perfilasen como activistas más pacíficas. Se despediría de Sarah y se enfocaría en su vida y en su labor educativa en la escuela… siempre y cuando su familia se lo permitiese, pensó con verdadera angustia. Debía poner fin a aquella locura o lo perdería todo para siempre.

41

Las noticias que Sofía escuchó por la mañana no fueron las que esperaba. Annette seguía de parto y el bebé parecía no estar del todo colocado para nacer. Marie Cécile la informó de lo acontecido durante la noche con gesto de agotamiento. Pensó en ofrecerse para relevarla, pero estaba segura de que su presencia en la habitación solo empeoraría el estado de su amiga. Apenada, decidió ir a buscar a Sarah. Debía advertirla lo antes posible y regresar de inmediato para no provocar más problemas.

Por desgracia, Sarah no se encontraba en casa. Pensó en dónde podría haber ido. Quizás estaría con Charlotte. En ese instante se dio cuenta de que desconocía la residencia de esta. Resopló agobiada y pidió a Belmont que la acercase al centro de la ciudad. Era muy probable que estuviese ayudando en la organización de la manifestación en alguno de los locales donde solían reunirse.

Cuando llegó al que frecuentaban con más regularidad, una muchacha que limpiaba la acera le comentó que Charlotte y Sarah hacía rato que habían partido hacia el edificio de la Asamblea Nacional junto con una veintena de mujeres más. Resopló angustiada.

Volvió al carruaje y nada más llegar advirtió que había más policía en las calles de lo ordinario, a pesar de que no parecía haber señal de ninguna manifestación. Aún.

Descendió a toda prisa y le pidió a Belmont que la esperase mientras intentaba localizar a Sarah. Tras caminar unos minutos vio a un grupo de mujeres en uno de los laterales de la Asamblea. Se acercó a ellas. Reconoció a varias. Ninguna supo decirle el paradero de Sarah. Siguió rodeando el edificio. Todo parecía muy tranquilo. Confundida y sin saber qué hacer o dónde ir, deshizo sus pasos y se encaminó hacia la entrada de un parque cercano donde a veces había quedado con ella. Nada. Regresó junto a Belmont con un mohín de disgusto.

—No hay rastro de ella. ¿Dónde se habrá metido? —Belmont la miró con inquietud. Tantos agentes patrullando por las calles no era buena señal.

—Señora, quizás deberíamos regresar. Si quiere puede escribirle una nota. Yo mismo me encargaré de llevarla hasta su casa. Presiento que algo raro está pasando.

—No, necesito encontrarla. No puede tardar mucho en aparecer. Si no ha habido cambios de última hora, me confesó que la manifestación sería por la mañana.

—No sabe el lugar exacto.

—No, eso no me lo dijo. Mucho me temo que no muy lejos de aquí.

—Por favor, no se aleje demasiado.

—Tranquilo, Belmont. —Dibujó una sonrisa tierna al ver la evidente preocupación de su fiel amigo y compañero—. Solo quiero inspeccionar un poco más las calles aledañas. Debe estar por algún lado cerca de aquí.

Cambió de dirección y probó a acceder a los alrededores del edificio por calles más pequeñas y menos concurridas. De nuevo la frustración la hizo desesperarse. Cuando regresaba al carruaje vio a un grupo de personas caminando a varios metros frente a ella. No podía distinguir si caminaban juntas o era un mero efecto óptico debido a la distancia que los separaba. El susurro de unas voces que parecían entonar algo al unísono le hizo girarse para mirar a Belmont. Corrió hacia él.

—¿Lo oyes? —Él asintió con la cabeza—. Voy a acercarme.

—Señora, tenga cuidado. No vaya. Espere a ver quiénes son.

Por desgracia, Sofía ya estaba de camino sin haber escuchado la advertencia de su cochero. Cuando estuvo lo suficientemente cerca supo que había dado en el clavo. Un grupo de mujeres, más amplio de lo que le había parecido al principio, caminaba portando carteles y entonando gritos exigiendo la igualdad. Sofía se acercó aún más y aceleró el paso mientras se afanaba en intentar encontrar a Sarah entre todas ellas. Muchas más mujeres que accedían desde calles aledañas comenzaron a unirse y en unos pocos minutos Sofía se vio en medio de una gran masa de personas que caminaban en dirección a la Asamblea Nacional. Intentó echar la vista atrás para avisar a Belmont; no pudo. Las decenas de pancartas que agitaban entorpecían la visión más allá de ellas. Por fin logró distinguir a Sarah y Charlotte en la cabecera de la marcha. Con mucho esfuerzo caminó entre la gente intentando acercarse. No era tarea fácil y por un momento se sintió aturdida por la cantidad de personas que la rodeaban gritando. Fue Sarah la que la distinguió entre la multitud, la cogió de la mano y la arrastró hacia ella.

—¡Qué bien que hayas venido! No pensé que te atreverías. Gracias —le dijo alzando la voz para que pudiese oírla entre el barullo.

—No, yo… Sarah, escucha. Debéis parar esto. Es peligroso.

Elevó la voz un poco más, pero no era capaz de oír nada más allá de los cánticos: «El Código Civil es injusto», «Por nuestra dignidad, por nuestra libertad», «Acabemos con el Estado represor».

—Sarah, debes escucharme. Debes irte —le gritó lo más cerca de ella que pudo. Sarah la miró con una sonrisa que Sofía no pudo interpretar. ¿La había oído y le daba igual? ¿No había conseguido oír su advertencia?

Siguieron caminando a la vez que más y más mujeres se las unían a cada paso. Sofía las seguía sin saber qué hacer. Debía salir de allí. Sin embargo, no podría detenerse o aquella masa de gente le pasaría por encima. Varios minutos más tarde se empezaron a oír silbatos policiales y pudo ver a varios agentes montados a caballo acercándose a ellas. Nada detenía a aquellas mujeres que continuaban caminando con determinación y sin dejar de repetir

sus eslóganes. Volvió a intentar acercarse a Sarah y logró por fin agarrarla del brazo.

—Sarah, por favor. Esto es una encerrona. Debemos irnos. La policía lo sabe, lo sabía antes…

—No te preocupes. Lo sabemos. No podrán detenernos. Levanta la cabeza y grita con orgullo.

—No lo entiendes… Bâton…

En ese momento llegaron frente al edificio de la Asamblea y se detuvieron. Aquel era el momento para convencerla y salir de allí. Miró a Charlotte y se le heló la sangre. No pudo evitar que un escalofrío le recorriese la piel de todo el cuerpo. Una profunda sensación de admiración la envolvió. Tan fuerte, tan altiva, tan decidida a todo… Se erguía como la cabecilla de aquella concentración, sonriente, valiente y provocativa.

No tuvo tiempo de pensar más. En ese instante vio como una decena de gendarmes se apostaban delante de ellas con porras en las manos dispuestos a detenerlas e impedir su acceso al edificio. Comenzaron a empujar a las mujeres de la primera fila con brusquedad mientras ellas mantenían la presión con todas sus fuerzas sin dejar de gritar sus consignas. Por fortuna, Sarah y ella se encontraban en segunda línea. Enseguida vieron como más agentes se apostaban a los lados, acordonando a todos los manifestantes sin escapatoria. Sofía sintió que el corazón se le salía por la boca.

—Sarah, vámonos, vámonos ya —le ordenó. Ella se limitó a coger su brazo y a elevarlo junto al suyo mientras repetía «fuera el Estado represor».

Por más que intentó buscar una salida, no pudo encontrar la forma de escabullirse de allí. La presión policial era cada vez más grande y empujaba a las mujeres en las esquinas a moverse hacia el centro. El aire era cada vez más sofocante.

—No deberías haber venido, Sarah —dijo con apenas un hilo de voz al tiempo que sentía que las fuerzas le flaqueaban. Aquello iba a acabar mal, no había escapatoria.

De repente se oyó el grito de varias mujeres y el sonido de un arma de fuego. Debido a la intensa presión policial, varias mujeres que llevaban piedras guardadas en los bolsillos comenzaron a lanzárselas a los agentes para que aflojaran el empuje e hirieron a varios de ellos. Aquello provocó una más fuerte reacción por parte de la policía y que varios de los agentes a caballo corriesen hacia allí.

La policía comenzó a disparar al aire y muchas mujeres más empezaron a arrojar todo tipo de objetos y el caos se desató. Había gente corriendo en todas las direcciones mientras la masa central de personas era dispersada por la presencia de los caballos, que se agitaban nerviosos haciendo que más de una mujer cayese al suelo con la fuerza del embiste del animal.

Sofía miró a su alrededor y no vio a Sarah. Intentó abrirse paso entre las personas que corrían de un lado para otro y en ese momento sintió que una piedra le golpeaba el hombro. El dolor que le provocó hizo que se agachase.

La embestida del lomo de uno de los caballos la tiró al suelo. Intentó ponerse de pie lo más rápido que pudo y en ese instante vio como un agente cogía a Sarah por los brazos.

—¡No…! —gritó—. ¡Sarah! —No tuvo tiempo de más. Justo entonces se oyó una fuerte explosión a un par de metros. El olor de la pólvora llegó hasta ella en apenas unos segundos. Aturdida por todas las personas que pasaban corriendo a su lado y el sonido estridente de los silbatos policiales, se apoyó en el suelo para intentar ponerse de pie. Nada más hacerlo sintió que unos fuertes brazos la alzaban. Sin poder zafarse notó que la arrastraban hasta que otra persona la agarró de las piernas y la sacó de allí. Sin embargo, el brevísimo alivio que sintió al ver que se alejaba de aquel caos se difuminó nada más percatarse de que eran dos agentes los que la sostenían y la dirigían a un carruaje.

—No, ¡suéltenme! No he hecho nada.

—¡Calle! —le ordenó uno de los agentes con muy malos modales.

—No, tengo que encontrar a mi amiga —dijo y en ese momento vio la figura de Belmont a varios metros intentando acercarse, pero varios agentes se lo impedían.

—¡Belmont! ¡Ayúdame! —le gritó desesperada.

—¡Señora! —El pobre hombre se sentía morir al ver que no iba a poder impedir lo que estaba a punto de ocurrir.

Aquellos policías apretaron su agarre y la empujaron hacia un carro mientras uno de ellos le ponía unas esposas para sujetarle los brazos a la espalda.

—No, por favor, yo no he hecho nada. Solo necesitaba hablar con una amiga…

Nadie la escuchaba. Con brusquedad la metieron en el carruaje y cayó de bruces contra uno de los laterales. A continuación, varias mujeres más subieron y le ayudaron a sentarse. Desesperada gritó para que las soltasen, pero el carro comenzó a moverse con rapidez. Sofía miró los rostros del resto de mujeres, la mayoría de ellas de su edad. Unas mostraban un gesto altivo, a pesar de tener algún golpe en el rostro, mientras que otras lloraban desconsoladas. Observó que había algo que las unía a todas menos a ella: eran mujeres de clase trabajadora que se acababan de jugar la vida por su libertad. Aquel pensamiento la hizo llorar. Se observó a sí misma, su ropa, ahora sucia y arrugada y aun así elegante y cara, la pulsera que llevaba… y sintió que no era más que una impostora en medio de todas aquellas mujeres. Algunas la miraban de soslayo sin entender qué hacía allí y solo una que parecía más joven que el resto le sonrió con compasión y complicidad. Sofía intentó recomponer la compostura y contuvo el llanto en un intento de demostrar dignidad. Al instante se sintió ridícula: ¿qué dignidad podría haber en aquella situación? Pensó en su familia y notó una fuerte arcada y cómo el estómago se le retorcía. El dolor que le provocó le hizo inclinarse hacia delante. ¿Qué les diría esta vez? ¿A dónde las llevaban?

Antes de que pudiese hallar la respuesta el carruaje se detuvo y varios policías las bajaron con bastante violencia. Cuando levantó la vista supo enseguida dónde estaba y quiso morirse.

Las obligaron a entrar a empujones y después a bajar por unas estrechas escaleras hasta lo que parecían los calabozos.

—No, no, no… —repitió Sofía muerta de la angustia—. Esto es una equivocación. No estábamos haciendo nada. No pueden encerrarnos por estar en la calle.

—Cállese —le ordenó un agente al tiempo que le daba un fuerte golpe en la cadera con la porra que llevaba en la mano. Sofía dio un grito de dolor y apretó los dientes furiosa.

—¡No puede tratarnos así! ¡Somos personas! —bramó.

Nadie respondió. Los agentes se limitaron a empujarlas dentro de una celda y a dejarlas allí encerradas mientras subían a toda prisa al primer piso.

Sofía pudo comprobar que había tres celdas. En la que las habían metido, dos mujeres sentadas en la única cama que había las observaban con atención. ¿Dónde estaría Sarah?, se preguntó. ¿La habrían llevado allí también? Desesperada se apoyó en la pared y se lamentó por haber cometido el error de ir en su busca. Una vez más estaba en problemas. En esa ocasión se trataba de uno muy grave del que no sabía cómo iba a escapar. ¿En quién se estaba convirtiendo? ¿Qué es lo que la arrastraba a cometer un error detrás de otro? Recordó las palabras de su hermano y de Julien y les dio la razón. Ni ella misma reconocía la mujer en la que se había convertido. Cada vez que salía como lady Morel era consciente de que corría ciertos riesgos y que caminaba por una delgada línea que la separaba de la ilegalidad, pero aquello era demasiado. Pudo imaginar la cara de su hermano cuando se enterase y la tensión que sintió le provocó una punzada de dolor enorme en el pecho.

Una vez les quitaron las esposas, las demás mujeres se sentaron en el suelo mientras ella las miraba con pena. Por desgracia, muchas de ellas parecían acostumbradas a aquel lugar mugriento, oscuro y frío. Las imitó y se dejó caer apoyando la espalda en una de las paredes del lateral. Se abrazó las piernas y hundió la cabeza entre las rodillas avergonzada. La joven que le había sonreído en el carruaje se acurrucó a su lado y le puso la mano en el brazo.

—Tranquila, normalmente no son más de veinticuatro horas. Luego, si no has cometido ningún delito grave, te dejan salir. Además, me apuesto que a ti, bueno, a usted —se corrigió— la soltarán antes, en cuanto su familia pague la fianza. —Sofía la miró con ternura y le agradeció el intento por consolarla. Le cubrió la mano con la suya y le sonrió.

—Eso no me preocupa ahora mismo. Solo quiero saber qué ha pasado con mi amiga Sarah. Estaba junto a mí, pero la perdí de vista unos minutos y vi cómo se la llevaban…

—Seguro que la traen. A todas nos encierran aquí. —Sofía cerró los ojos angustiada y no pudo evitar que se le humedeciesen.

Casi una hora más tarde otra batería de mujeres fueron conducidas a las

otras celdas. Sofía se puso de pie para ver si entre ellas se hallaba Sarah y cuando estaba a punto de sentarse de nuevo en aquel hueco en el suelo la vio aparecer custodiada por dos agentes. Antes de que tuviese tiempo de gritar su nombre vio que ella le hacía un gesto de advertencia con la cabeza. Sofía guardó silencio confundida al tiempo que veía como un policía abría la puerta de su celda y la empujaba dentro.

—¡Salvajes! ¡Somos mujeres, no animales! —le gritó enfurecida. El hombre la fulminó con la mirada y propinó un fuerte golpe con la porra en uno de los barrotes, haciendo que Sarah retrocediese. Después, salió de aquel lugar.

Cuando Sarah estaba segura de que aquel tipo se había marchado corrió hacia Sofía y la abrazó.

—Oh, Sofía, lo siento, lo siento de verdad. Yo no pensé que la carga policial sería tan fuerte. ¿Te han hecho daño? —Le miró el rostro en busca de alguna herida y se percató de que tenía un rasguño en la frente.

—No, estoy bien, tranquila. Y tú ¿cómo estás?

—Bien. ¿Has visto a Charlotte? Espero que no la hayan detenido o esta vez le va a costar más tiempo salir. —Sofía la observó en silencio pasmada por la aparente serenidad que mostraba.

—No debí venir —murmuró con voz amarga—, pero necesitaba advertirte. Ha debido haber un chivatazo. No estabas en tu casa y ahora estamos aquí… —Su angustia iba en aumento según pasaban los minutos.

—Calma, estoy segura de que tu familia vendrá a sacarte en cuanto los informen. Tan solo serán unas horas.

—¡No se trata de eso! Esto no es ningún juego. No sabemos las consecuencias que va a tener.

—Más allá del escándalo público, para ti no va a suponer un gran problema. Tu hermano pagará la fianza y te irás a casa. Puede que ni siquiera pases la noche aquí.

—Tú no conoces al nuevo comisario. No pienses que nos lo va a poner fácil… —Aquella afirmación preocupó un poco a Sarah, quien de inmediato se giró hacia varias de las mujeres para hablar con ellas mientras Sofía volvía a sentarse, presa de los nervios y de la ansiedad.

Como sospechaba, el comisario Phillipe Bâton hizo su aparición en los calabozos con un aire de superioridad e impertinencia que Sofía conocía muy bien, sin sospechar que ella era una de las detenidas. Se giró hacia el interior de la celda para que no la reconociese.

—¿Están cómodas, señoritas? —El tono de burla que usó hizo que se le revolviesen las tripas. Permaneció inmóvil en su sitio para evitar exponerse.

—Podríamos estar mejor. Es obvio que no tienes nada más que ofrecerle a una mujer —se mofó Sarah.

—Vaya, aquí está la cabecilla de este grupito tan pintoresco. — Bâton entrecerró los ojos y dirigió la mirada hacia Sofía—. Espero que lleven su documentación o esto se alargará mucho más de lo habitual.

Algunas de las mujeres se quejaron de que la brusquedad de los agentes les hizo perder los bolsos donde portaban los documentos que las identificaban. Él las observó a todas, una por una y, cuando llegó a Sofía, se acercó hacia ella y dio un golpe en los barrotes que la asustó.

—Usted —dijo percatándose de que se trataba de una mujer de clase alta —, gírese para que pueda verla. —Sofía se llevó la mano a la boca y dudó unos instantes en si obedecer. Sin embargo, otro golpe la hizo girarse de inmediato. Phillipe Bâton abrió los ojos como platos al verla.

—Vaya, vaya, vaya… Sofía Marchand —dijo con retintín—. No puedo decir que me sorprenda… —Ella se puso de pie rabiosa al oírle dirigirse a ella con el apellido de su primer marido y elevó la cabeza con dignidad.

—Esto es una injusticia. No hemos hecho nada. No pueden retenernos.

—Usted estaba en medio de todo el caos…

—Exacto, pero no estaba haciendo nada ilegal. Tan solo caminando cuando dos de sus agentes me agarraron y me trajeron aquí.

Bâton sonrió con jactancia.

—¿Su cuñada ya ha dado a luz? —preguntó burlándose de ella.

—La señora Mathieu dice la verdad. No estaba haciendo nada. Solo vino a saludarme —señaló Sarah acercándose a ella.

—Tú cállate y dame tu documentación si no quieres que te encierre sola en otro lugar mucho menos agradable —le espetó tajante.

—Puedes ejercer la fuerza, pero no nos vas a callar —añadió con gesto de repulsa y le entregó los papeles.

Mientras los revisaba, Sofía le pidió que guardase silencio y que tuviese cuidado con él. Sarah le miraba con los ojos inyectados en sangre y no le hizo caso. Antes de que pudiese terminar de inspeccionarlos, se acercó a los barrotes y le gritó:

—¿Piensas detenernos a todas? Este lugar se te va a quedar pequeño muy pronto…

—¡Sarah! —Sofía la agarró del brazo y la llevó hacia atrás.

—No eres más que un esbirro de este Estado represor. No lograréis detenernos —volvió a gritarle.

La fría sonrisa que Sofía vio en el rostro de aquel hombre la alertó. Si había algo de lo que podía estar segura era de que no iba a ser fácil salir de allí.

42

Belmont entró en la casa a toda prisa dejando a Julien, Adrien y Thierry atónitos.

—Disculpen mi interrupción. Ha pasado algo grave.

—¿Qué ocurre, Belmont? —Adrien presintió que lo que iba a escuchar estaba relacionado con su hermana y apretó los puños con fuerza. Los tres se levantaron de golpe y se acercaron a él con preocupación.

—La señora… lo siento, no he podido ayudarla, no he podido… —Se le quebró la voz.

El estado de nervios de aquel hombre y la herida que mostraba en la frente los alarmaron.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han tenido un accidente? —quiso saber Julien, nervioso.

—No, no… peor… se la han llevado.

—¿Cómo que se la han llevado? ¿Quiénes? —Adrien arrugó la frente y sintió una punzada en el estómago.

—La policía. Se la han llevado. Lamentablemente, no sé dónde.

—¿Por qué? ¿Dónde estaban? —Adrien sintió que se le aceleraba la respiración.

—¡En la manifestación! —maldijo Julien y se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, ella había ido allí para avisar a…

—¿Qué manifestación? —Adrien entendía menos a cada minuto que pasaba. Julien y Thierry se miraron. Ambos habían decidido no informarle de la visita del comisario la noche anterior. No querían añadir más preocupación a la que ya sentía por su esposa.

—Deben ir a averiguar dónde está. Lo siento, no pude… Lo intenté… No me dejaron acercarme a ella. —Belmont se llevó la mano al corazón y los tres vieron que se le humedecían los ojos.

—Anoche Bâton estuvo aquí, pero no quisimos preocuparte, Adrien —dijo Thierry.

—¿Por qué?

—Quería hablar con Sofía. Le hizo varias preguntas sobre esas mujeres y luego se marchó. Sin embargo, antes de salir le advirtió de que no se mezclase con ellas. Estaba seguro de que estaban preparando algo gordo en la ciudad.

Adrien se frotó la barbilla, angustiado.

—Belmont, la manifestación ha sido hoy, ¿verdad? —le preguntó Julien.

—Sí, sí, pero la señora no sabía dónde. No iba a acudir. Ella solo iba a…

—Debemos ir de inmediato a la comisaría —les ordenó Adrien—. Hay

que sacarla de allí antes de que sea tarde.

—Iré contigo —le informó Julien—. Hermano, quédate con Annette y con tu esposa.

Thierry asintió con la cabeza.

—Belmont, ¿está bien? —Julien le miró la herida en la frente.

—Sí, no se preocupen por mí. Debemos ayudar a la señora.

—¿Puede llevarnos a la comisaría central?

—Por supuesto.

43

Nada más entrar en el edificio de la Prefectura de Policía de París, uno de los oficiales les indicó el despacho del comisario y se dirigieron hasta allí fingiendo tranquilidad.

—Oh, les estaba esperando —comentó Bâton con indiferencia.

—Señor comisario. Le ruego disculpe a mi hermana. Como imaginará ha debido de verse en medio de todo este jaleo. Su cochero me ha informado de que tan solo paseaban por allí.

—Yo no imagino nada, señor Mathieu. Mi trabajo se basa en evidencias, no en suposiciones. Su hermana estaba en medio de la manifestación ilegal a la que todas esas mujeres han acudido, como una más de ellas.

—Debe tratarse de una equivocación —le corrigió Julien alzando la voz. El comisario le fulminó con la mirada.

—Su hermana —dijo mirando a Adrien con fijeza tratando de ignorar a Julien— estaba en segunda línea agarrada del brazo de una de las cabecillas… ¿Le parece que eso pueda ser fruto de una equivocación?

Adrien y Julien se miraron y apretaron los puños.

—Aun así, insisto. Todo debe de ser un malentendido —insistió Julien—. La señora Mathieu paseaba por la ciudad con su cochero. Quizás vio a una de esas mujeres, decidió saludarla y en ese momento se desató el…

—Señor Dufour, no pierda su tiempo ni me lo haga perder a mí. No acostumbro a escuchar las excusas de los familiares de los detenidos. Tengo muchos asuntos de los que ocuparme.

—Dígame a cuánto asciende la fianza y la abonaré de inmediato —dijo Adrien. Bâton le miró con lo que a Adrien le pareció una sonrisa de suficiencia.

—No puedo dejar que se vaya. Como usted comprenderá, lo que ha ocurrido hoy es un altercado muy grave con un serio peligro de alteración del orden público. Esa manifestación era ilegal.

—Lo comprendo, pero le puedo asegurar que mi hermana no formaba parte de ella. Si ha sido encontrada allí será por cualquier otro motivo. —El tono de voz de Adrien, ahora un poco más firme, hizo que el comisario levantase la ceja.

—¿Está seguro de que conoce a su hermana lo suficiente para asegurar que no formaba parte de la organización?

—Por supuesto.

—Déjeme decirle que creo que se equivoca. Podría decirse incluso que se muestra altiva y respondona. —Los miró observando la reacción a sus

palabras—. Su hermana es íntima amiga de dos de las cabecillas y creo firmemente que está involucrada en los altercados.

Julien resopló con fuerza al oír aquella acusación.

—Señor Bâton, estoy seguro de que podemos llegar a algún acuerdo —dijo.

—¿Está intentando sobornarme? —Julien abrió los ojos, ofendido.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién nos toma? Tan solo le estamos pidiendo que entre en razón y que libere a la señora Mathieu. Tanto su hermano como yo nos haremos responsables de sus actos de aquí en adelante.

Phillipe Bâton salió de detrás del escritorio en el que estaba apoyado y se puso frente a ellos.

—Su hermana —dijo mirando a Adrien— lleva meses involucrada con esas mujeres. Es igual de responsable que ellas y debe permanecer aquí hasta que un juez dictamine si es culpable o no de pertenecer a una organización radical y violenta que busca derrocar al gobierno.

Los dos volvieron a mirarse alarmados.

—Por favor, ¿no le parece una acusación demasiado grave? —le espetó Adrien—. Mi hermana es una mujer respetable que tan solo mantiene una amistad con una de ellas. Eso es todo. Sabe perfectamente que nuestras familias son respetuosas con la ley.

—Eso no lo tengo demasiado claro… —Adrien apretó los dientes ante lo que implicaba aquel reproche.

—¿Nos está acusando de algo, señor Bâton? —Julien le miró fijamente.

—No, a usted no. —Dirigió su mirada acusadora de nuevo hacia Adrien—. No obstante, no pienso dejarla libre hasta que investigue qué está pasando, quiénes son esas mujeres y su grado de colaboración con ellas.

Los dos resoplaron con fuerza.

—No puede negarse a que paguemos la fianza. Está estipulada por ley. Tenemos derecho a llevarnos a mi hermana.

—Por supuesto que puedo si sospecho que ha cometido un delito. Por favor, márchense. Se les informará debidamente de la decisión judicial cuando se tome.

—¿Podemos verla? —le pidió Julien.

—Oh, por supuesto que no. Si hago esa excepción con ustedes, me veré obligado a hacerla con el resto de las mujeres y esto no es un hostal donde recibir visitas. Si me disculpan, tengo asuntos que atender.

—¡Tenemos derecho a verla! —rugió Adrien.

—Señor Mathieu —dijo el comisario volviéndose muy despacio para mirarlo—, le recomiendo que se calme. Puede que su hermana pase bastante tiempo por aquí. Quizás debería regresar a casa junto a su esposa. Espero que se encuentre bien y que el alumbramiento se haya producido felizmente.

Adrien hizo ademán de ir hacia él; Julien le detuvo. La sonrisa de satisfacción en su rostro hizo que Adrien diese una patada en el suelo lleno de rabia antes de abandonar el despacho agarrado por Julien.

—Lo sabía, lo sabía. Se lo advertí. Este hombre no va a parar hasta acabar con su reputación —repetía hecho una furia.

—Tranquilo. La sacaremos de aquí. Ahora debemos irnos. No nos conviene ponernos en evidencia ni hacer que su ira hacia nosotros crezca.

—¡No podemos dejarla aquí!

—No podemos hacer otra cosa, Adrien. Aquí no lograremos nada. Vayamos a casa a pensar en cómo sacarla lo antes posible.

Tirando de él casi a la fuerza consiguió meterle en el carruaje y en los veinte minutos que tardaron en llegar a casa permanecieron en absoluto silencio. La oposición de Bâton iba a ser más férrea de lo que ya imaginaban y necesitaban encontrar algún resquicio legal para exigir que la soltase antes de que un juez ejecutase su sentencia.

Entraron en el salón a toda prisa. Thierry se levantó nada más verlos y se alarmó al no ver a Sofía.

—¿No la han soltado?

—No, ese desgraciado no nos ha dejado ni tan siquiera verla. Va a por ella, lo sé. —Adrien se sentó en el sofá y se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

—¿No os ha dejado depositar la fianza?

—No acepta fianzas. Cree que está involucrada en la manifestación de forma activa y no va a detenerse hasta poder probarlo —le contestó Julien.

—Siento la pregunta… ¿lo está?

Julien suspiró con brusquedad y dijo:

—No lo creo. Una cosa es que haya acudido convencida por alguna de esas mujeres y otra muy distinta que se haya prestado a organizar algo ilegal. —Algo en su interior le decía que confiase en su inocencia.

—Haz que venga Belmont —le ordenó Adrien—. Él sabrá a qué fue.

Belmont se puso delante de ellos con un evidente gesto de preocupación y angustia.

—Belmont, díganos, por favor, la verdad. ¿Por qué llevó a la señora hasta allí?

—Le aseguro que la señora Sofía no ha hecho nada malo. Tan solo quería advertir del peligro a la señorita Sarah. Fuimos hasta su casa y allí no estaba. Después me pidió que la llevase al centro de la ciudad esperando encontrarla allí. La buscó por varios sitios y no la encontró. Entonces… —el hombre tragó saliva y notó que la emoción hizo que las palabras se le atorasen en la garganta— vimos a unas personas caminando y ella se acercó. Al principio parecían pocas. Rápidamente más y más mujeres llegaron y la rodearon. Yo… yo intenté avisarla y corrí hacia allí en cuanto oí los silbatos de la policía. No tuve tiempo suficiente de llegar. Había demasiada gente, muchos agentes… lo intenté, de veras que lo intenté…

—Está bien, Belmont, está bien. Le creemos —afirmó Julien consciente del mal rato que el pobre hombre estaba pasando.

—Lo siento, señor. Sabe que siempre estoy pendiente de su seguridad, que

daría mi vida por ella, por cualquiera de ustedes… No tuve tiempo.

Adrien se levantó y caminó hacia él.

—No se preocupe, Belmont. Le creo. Puede marcharse. Antes haga llamar al médico para que vaya a revisar esa herida que tiene en la frente.

—No es necesario, señor, estoy bien.

—Por favor, le insisto.

—Gracias. —Con la cabeza y los hombros agachados Belmont abandonó la casa.

—Me alegro de saber que al menos tu hermana no tiene nada que ver con esto *esta vez*… —El énfasis que Thierry usó al pronunciar esas palabras hizo que Adrien necesitase sentarse de nuevo. Había vivido demasiadas tensiones en pocas horas y sentía que las fuerzas estaban empezando a flaquearle.

Hundió la cabeza entre las rodillas intentando escapar de aquella pesadilla ante la mirada atenta de los otros dos.

—No te angusties, encontraremos la forma de sacarla de allí. Aún faltan varias horas para la noche, quizás recapacite.

—Sí —convino Thierry—. Estoy seguro de que en unas horas Bâton entrará en razón y la liberará.

En ese momento Marie Cécile apareció en el salón con una amplia sonrisa en el rostro para anunciar que el parto había concluido y que Annette había tenido una preciosa niña. Adrien subió las escaleras de dos en dos deseando coger en brazos a su pequeña.

Un poco más tarde, lleno de orgullo, bajó al salón con ella en brazos para presentársela al resto de la familia. Los demás los miraron con ternura y felices de recibir al menos una buena noticia. Una vez hechas las presentaciones oficiales, Adrien besó a su pequeña y, antes de devolvérsela a Marie Cécile para que descansase con su madre, se acercó a ella y le dijo:

—Bienvenida al mundo, mi pequeña Vivianne. ¡Qué mundo más hostil te espera, *ma petite fille*!

Todos se emocionaron al oírle y bajaron la mirada al suelo, apenados. Marie Cécile desapareció con la niña y Adrien volvió a sentarse en el sofá agotado de tantas emociones.

—Deberíamos brindar por este feliz momento… —No pudo seguir y sin poder evitarlo se echó a llorar.

—Adrien, amigo, tranquilo. Tu hija y tu esposa están bien. —Thierry se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—Lo sé —dijo sollozando—. No puedo más. Son demasiadas emociones en muy poco tiempo. Debería ser el hombre más feliz del mundo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en mi hermana… en cómo estará, en si la estarán tratando bien… ¿Y si no conseguimos sacarla? —Volvió a llevarse las manos a la cabeza.

—Lo lograremos, tranquilo —le calmó Julien.

—No puedo más. Estoy agotado. Llevo desde que regresó a París intentando cuidar de ella y de Nichole, tratando de hacerla feliz para que

olvide la muerte de su esposo, me esfuerzo cada día por contentarla… pero no me escucha… No me hace caso, no logro que recomponga su vida… está desconocida.

—Ha pasado por mucho, Adrien. Quizás deberíamos haberla escuchado anoche —dijo Julien siendo por primera vez consciente de que tal vez se habían sobrepasado la noche anterior al juzgarla.

—Puede ser, pero siento que no tengo fuerzas para seguir arreglando sus desastres a cada instante. He fracasado como el cabeza de familia. No he sido capaz de ayudarle como debía y se ha refugiado en otras personas… Mi padre sentiría una gran decepción.

—Eso no es cierto. Has hecho lo que has podido y has demostrado una paciencia infinita con ella —repuso Thierry aún molesto con Sofía por lo ocurrido.

—No ha sido suficiente… Yo ya no puedo… ahora tengo una familia, debo cuidar de ella. Debería estar con mi mujer y con mi hija. Sin embargo, estoy aquí angustiado por el destino de mi hermana. ¿Por qué me hace esto? ¿En qué la he fallado?

—Lo sabemos, nadie te está exigiendo más. Ella no hace nada para dañarte —le aclaró Julien—. Ella te quiere por encima de todo. Por alguna extraña razón que aún desconocemos se siente refugiada en lo que hace por muy agotador que nos parezca —resopló—. Ve con tu mujer, yo me encargaré de todo.

—No puedo, tengo que sacarla de allí o Bâton…

—Adrien, por favor, déjame a mí —le pidió Julien con voz trémula—. Necesito encargarme de esto, es algo personal.

Los dos le miraron.

—No tenía intención de sacar el tema. No obstante, y dadas las circunstancias, creo que es necesario que os aclare lo que visteis ayer en la galería antes de que todo esto estallase —afirmó haciendo referencia al beso que le había dado a Sofía delante de todos.

Apretó los ojos unos instantes y, tras aclararse la voz, dijo:

—Sofía y yo estamos juntos… —Se detuvo a contemplar el rostro de los dos—. Bueno, no estoy del todo seguro de eso. —Carraspeó—. La cuestión es que… ha pasado algo entre nosotros. —Suspiró e intentó buscar palabras que definiesen mejor lo que había entre ellos.

—¿Tenéis una relación sentimental? —Thierry alzó las cejas con sorpresa.

—Sofía y yo nos enamoramos hace muchos años… antes de irme a Alemania.

—¡Eso fue hace más de quince años! —replicó Thierry, que no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Adrien levantó la vista y la clavó en Julien.

—Sí, lo sé… mantuvimos una relación a espaldas de todos. —Los otros se miraron—. Ella fue mi primer amor… y el único —murmuró—. Mantuvimos una relación secreta de más o menos un año hasta que me marché.

Se hizo el silencio.

—¿Y a partir de ese momento? —Adrien no entendía nada. Si no recordaba mal Sofía se había casado con Alexander un par de años después de que Julien se fuera a Alemania a estudiar… y luego conoció a James…

—Cuando me marché acabó nuestra relación. Hice algo de lo que me arrepiento y ella decidió continuar con su vida. Sí, se casó y yo seguí con la mía en Hamburgo.

—¿Y ahora habéis retomado esa relación? ¿A su regreso a París? —quiso saber Adrien.

—Sí, bueno, más o menos. Es muy largo de explicar. —El ceño fruncido de Adrien no le gustó.

—Desde luego que cada día me alegro más de vivir lejos de esta ciudad que parece volver loca a la gente —comentó Thierry intentando romper la tensión.

—¿Retomasteis la relación nada más regresar de Inglaterra? —Adrien prosiguió con su interrogatorio.

—No, un tiempo después —le aclaró sospechando lo que sugería aquella pregunta—. Adrien, amo a tu hermana con todo mi corazón. Ha sido y es la única mujer de mi vida.

Adrien y Thierry alzaron las cejas, pasmados, ante aquella declaración de amor por parte de Julien, nada dado a hablar de sus sentimientos con nadie.

—Lo sé, esto suena muy extraño en mí. Nunca he dejado de amarla, aunque he respetado sus decisiones.

—Aunque sospechaba que había algo entre vosotros, no imaginé que sería de esta magnitud —comentó Adrien con asombro.

Julien sintió que las mejillas comenzaban a hervirle y se sirvió un trago para templar los nervios.

—Por eso te pido que me dejes encargarme de esta situación. Tú ya tienes bastante y para mí esto es una cuestión personal. Haré todo lo que sea necesario para sacarla de allí y luego… —Se calló. Los miró intentando decidir si debía sincerarse y acabar la frase. Para él no era fácil hablar de sus sentimientos, por lo que aquella conversación le estaba asfixiando.

—Te lo agradezco. —Adrien le miró con agradecimiento.

—No hay nada que agradecer. Es mi deber. Necesito hacerlo… La sacaré de allí y luego tomaré una decisión. Su comportamiento a mí también me desespera y no puedo seguir así. Creo que mi presencia en su vida no es beneficiosa y no deseo que nos hagamos más daño.

A pesar de no entender a qué se refería, su gesto de angustia les indicó que no debían indagar más.

—Te prometo que mis intenciones con ella siempre han sido buenas y honorables. No pienses que he aprovechado nuestro vínculo para…

—No hace falta que me expliques nada —le interrumpió Adrien—. Nunca dudaría de ti. Ayúdame a recuperar a Sofía. —Se levantó y apoyó la mano en su hombro—. A la Sofía de siempre, a la flor más bonita de esta casa, el

orgullo de mi padre, a *mi hermana.* —La voz se le cortó por la emoción.

—Lo haré, no te quepa ninguna duda, aunque tenga que remover cielo y tierra para lograrlo. —Se fundieron en un fuerte y largo abrazo y a continuación Adrien regresó con su esposa dispuesto a no separarse ni un segundo de la que acababa de convertirse en su *petit trésor.*

Thierry también le dio un abrazo sentido, aunque le exigió una nueva conversación entre hermanos en cuanto todo se solucionase. Ahora debían concentrar su esfuerzo en liberar a Sofía de las fauces de Phillipe Bâton.

44

Julien pasó toda la noche en vela pensando en cómo presionar al comisario para exigirle la liberación de Sofía. Debían ser rápidos; bastaba la sentencia de un juez para enviarla a prisión sin defensa.

Harto de no hallar respuesta decidió reunirse con un amigo, redactor jefe y cronista en *Le Temps,* uno de los periódicos más importantes de París.

Llegó a la redacción del diario a primera hora de la mañana.

—Siento presentarme así, sin avisar. Necesito tu ayuda, Frèdèric. —El hombre le invitó a sentarse y le pidió que se explicase.

—Han detenido a Sofía Mathieu, la hermana de mi cuñado Adrien.

—Sé quién es —comentó confuso—. ¿Por qué motivo?

—Ayer estaba en la manifestación de mujeres en la Asamblea. —Frèdèric frunció los labios—. Sí, lo sé, fue grave, pero no está involucrada. Al parecer trataba tan solo de advertir a una amiga cuando se vio inmersa en el tumulto.

—¿Dónde está?

—En la comisaría central. La llevaron ayer al mediodía.

—¿Y aún no la han dejado marcharse? ¿Habéis abonado la fianza?

—El comisario se niega a liberarla y no acepta el pago.

Frèdèric Fontaine, periodista acostumbrado a cubrir casos complejos, arrugó el entrecejo.

—Esa es la comisaría de Phillipe Bâton.

—Sí. —Julien sabía lo que implicaba aquella afirmación.

—Tienes un problema… Desde que aceptó el cargo está siendo el azote de todos los que osan enfrentarse a él. Quiere pasar a la historia como el mejor comisario de París y no hay duda de que con su mano de hierro está logrando reducir las tasas de delincuencia.

—Esta vez creo que se ha sobrepasado. Sofía no participaba en la manifestación, pero aun así la detuvieron junto con otras muchas mujeres.

—Lo que me parece extraño es que a una mujer como ella no le permita salir. Normalmente se muestran más implacables con las mujeres sin recursos…

Julien se tensó. No sabía si debía poner a su amigo al corriente sobre la relación que unía a Sofía y al comisario, aunque si quería ayudarle, debía ser sincero.

—Me temo que hay algo personal en su negación. Sofía estuvo casada con Alexander Marchand, amigo personal de Bâton. —El hombre abrió los ojos como platos.

—Si no estoy equivocado murió hace unos años, ¿no? Un caso extraño

aquel… —comentó e hizo que a Julien se le acelerasen las pulsaciones.

—No fue extraño. Murió tras intentar agredirla. Se pudo probar que fue un caso de muerte por defensa personal. Así lo estipularon las autoridades inglesas, donde ocurrió.

—Él no se cree la versión oficial, me temo.

—Eso parece. No repararon en él, ya que no vivía en la ciudad por aquella época, pero ahora que es el nuevo comisario parece estar pendiente de todo lo que ella hace…

—¿La señora Mathieu es la que estuvo involucrada en el lío del Louvre?

—Así es —confesó con pesar.

—No quiero ser pesimista… Esto no pinta bien.

—Por eso he recurrido a ti. Necesito tu ayuda. Tengo que encontrar algo para poder presionarlo. Legalmente creo que no puedo hacer nada. Todo se ha hecho de acuerdo con la ley. Tiene derecho a permanecer detenida varios días hasta que un juez se pronuncie al respecto.

—Es un tipo extraño, con muy pocos escrúpulos. De ahí su fama de implacable. Quizás haya algo en su trayectoria con lo que puedas forzarlo a ceder.

—Ayúdame a averiguarlo, Frèdèric. No acostumbro a hacer este tipo de cosas, pero la situación es grave. Estoy seguro de que no le va a temblar la mano con ella. Ni siquiera nos ha permitido verla. Siento que desea darle un escarmiento por lo que pasó con su amigo Alexander.

—De acuerdo. Intentaré averiguar todo lo que pueda. Te avisaré en cuanto tenga algo.

Se despidieron y a continuación Julien se dirigió hacia la comisaria para intentarlo una vez más.

Entraba en el edificio distraído cuando se chocó con una persona.

—Disculpe.

La mujer le miró y ambos se reconocieron de inmediato, a pesar de que ella llevaba la cara parcialmente oculta debajo de un gran sombrero para evitar ser descubierta.

—Señor Dufour… Si está buscando a Sofía creo que…

—Ya sé dónde está la señora Mathieu, como también sé que usted es la responsable de que esté allí. Por el contrario, está libre.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Mire, entiendo su enojo, pero yo no soy responsable de nada, más bien una víctima más de la represión policial.

—¿No se da cuenta de que las consecuencias de sus actos son muy graves? ¿Imagina lo que esto supone para la señora Mathieu? ¿No tuvo bastante con el numerito del día anterior?

—Siento mucho que Sofía haya sido detenida. Ella solo se acercó a saludarnos cuando nos vio marchando por la calle.

Julien respiró aliviado al ver que aquella mujer confirmaba la versión de Belmont.

—Al parecer quiso advertirnos del chivatazo a la policía, aunque ya era demasiado tarde para echarse atrás. Yo no volví a verla. Sé que se mantuvo un rato junto a Sarah. Después, se desató la carga policial y ya no la vi más. —Puso un gesto de preocupación.

—Eso parece, sí —le respondió con sequedad.

—Lo siento, de verdad. Sofía siempre se ha mostrado dispuesta a ayudarnos, pero nunca la he involucrado en nada de forma activa. Soy consciente de quién es y de a quién tiene detrás.

Julien levantó la ceja, molesto.

—Mire —continuó—, siento de veras lo del otro día en su galería. Necesitábamos hacernos oír y su exhibición era el lugar y momento adecuados. Sé que ustedes son defensores de los derechos de la mujer y se lo agradezco. Sin embargo, no comparto su perfil bajo ni su templanza. Ha llegado el momento de…

—Charlotte —la interrumpió—, no estoy de humor para uno de sus discursos. Si me disculpa voy a hablar con el comisario. Necesito sacar a la señora Mathieu de aquí antes de que sea demasiado tarde. —Se giró y subió con rapidez los escalones que llevaban al interior del edificio.

—Señor Dufour —Julien se detuvo al oír que se dirigía a él de nuevo—, ¿puede decirme si Sarah está aquí? —A Julien le pareció que se le quebraba la voz y le sorprendió—. Nadie debe verme y no logro averiguar nada. Además, ese desgraciado de Bâton parece disfrutar con nuestra angustia.

Se mantuvo unos segundos en silencio. Luego se giró para mirarla. La preocupación por Sarah parecía real y le conmovió.

—Sí, la trajeron varias horas después. —Ella asintió con la cabeza y le agradeció la información.

—Si puede verla… —comentó antes de alejarse de aquel lugar— dígale que… estoy haciendo todo lo que puedo por liberarla.

Julien la observó marcharse y no pudo evitar sentir cierta empatía hacia ella, a pesar de su difícil carácter. Si era complicado para él poder acceder a Sofía, no quería imaginar lo que iba a suponer para ella, si es que tan siquiera lo lograba.

De nuevo Phillipe Bâton se negó a que pudiese verla, desatando la frustración de Julien.

—¡Cualquier detenido tiene derechos que debe respetar! —bramó Julien harto de la jactancia de aquel hombre—. No puede negarles la visita de un familiar.

—Usted no cuenta como familiar… —dijo sin ni siquiera levantar la vista del informe que estaba leyendo.

—¡Tampoco se lo ha permitido a su hermano!

—Las visitas solo empeoran el comportamiento de los detenidos. Cuando se marchan se vuelven mucho más violentos e irritables y por desgracia tengo el calabozo lleno. No puedo permitir que se forme jaleo. —La frialdad con la que ese hombre hablaba de los detenidos en aquellas celdas le heló la sangre.

—¡Son personas!

—Nosotros preferimos referirnos a ellos por su número de detenido… por una mera cuestión formal, ya me entiende…

Julien apretó los dientes y resopló. Estaba a punto de lanzarse encima de aquel hombre cuando uno de los agentes entró para dejar encima de la mesa más informes.

—No podrá retenerla aquí eternamente. Le quedan menos de cuarenta y ocho horas. Ni un minuto más podrá mantenerla aquí encerrada. —Julien sabía que el tiempo máximo para que un detenido permaneciese en el calabozo era de setenta y dos horas. Luego era liberado o puesto a disposición judicial y eso era justo lo que quería evitar a toda costa.

—Conozco la ley, señor Dufour. Por eso me dedico a que se respete. Estará aquí el tiempo necesario. Ni más ni menos.

—¿El tiempo necesario para qué? No crea que no sé lo que pretende…

—Yo solo cumplo con mi trabajo.

—De forma totalmente arbitraria.

—De la mejor manera posible —le corrigió—. Tratar con delincuentes todos los días no es fácil, créame.

Julien apretó los puños al oír el poco respeto que mostraba hacia Sofía y el resto de las mujeres.

—¡Esas mujeres no son delincuentes! Tienen familias, hijos… Solo trataban de…

—Márchese. Estoy muy ocupado.

Julien salió de la comisaría furioso. Si hubiera podido coger a ese hombre por el cuello, lo habría hecho. ¿Cómo podía ser tan cruel y mezquino? Regresó a casa para poner al corriente a Adrien sobre las malas noticias.

Phillipe Bâton dejó lo que estaba haciendo nada más abandonar Julien su despacho y se dirigió hacia los calabozos. Quería comprobar con sus propios ojos el estado de todas aquellas mujeres. Nada más llegar las vio sentadas y aparentemente tranquilas. Sonrió satisfecho al comprobar que varias horas en los calabozos solían calmar su temperamento.

—¿Han pasado buena noche, señoritas?

Sarah se levantó de golpe al oír su voz.

—¿Cuándo piensa soltarnos? No hemos cometido ningún delito. No puede retenernos más tiempo —le exigió.

Sofía, que estaba sentada en una esquina, levantó la vista y suspiró. Se sentía agotada hasta la extenuación. No habían podido dormir nada y la preocupación que sentía por su familia hacía que notase el cuerpo rígido y sin apenas fuerzas.

—No están aquí por una infracción menor… han cometido un delito muy grave.

—Delito es que existan tipos como tú —le espetó Sarah aferrándose a los barrotes de la celda.

—Esa lengua es la que te va a llevar directa a la cárcel —bufó y golpeó con la porra una de las manos que Sarah tenía apoyada entre los barrotes. Ella chilló del dolor y Sofía se levantó de inmediato hacia ella.

—¿Qué ha hecho? —protestó Sofía—. ¡Es usted un salvaje! —Cogió la mano de Sarah y se alarmó al ver la sangre—. ¡Le exijo que llame a un médico!

—Señora Mathieu —dijo dirigiéndose a ella por primera vez por su apellido familiar—, le recuerdo que usted no está en disposición de exigir nada.

—Se equivoca. Tenemos derechos y exigimos que se cumplan. O llama a un médico ahora mismo o cuando salga de aquí me aseguraré de que todo el mundo sepa lo que hace cuando nadie le ve.

—Eso si sale… —Sofía le miró furibunda.

—No puede mantenernos aquí mucho más. O nos trata con respeto o le aseguro que…

—No se sulfure, Sofía. Ya sé de lo que es usted capaz…

Sofía dio una patada en el suelo, llena de rabia e impotencia.

—Si agrede a una mujer más nos estará agrediendo a todas. Aténgase a las consecuencias —le amenazó fuera de sí.

—Es usted tan feroz como me la imaginaba…

La mirada lasciva que le dirigió de arriba abajo le revolvió el estómago. Valoró hacérselo saber. En ese momento un agente se acercó a él y le dijo algo al oído. Él asintió con la cabeza y antes de marcharse le pidió que llamase a un médico. Al parecer había habido un pequeño altercado entre varias de las detenidas de las celdas del piso inferior y una de ellas había resultado herida…

—Traiga ese médico aquí o se arrepentirá —le amenazó Sofía con más coraje del que verdaderamente sentía.

Sofía se llevó las manos a la cabeza cuando el médico las informó de que el golpe sufrido por Sarah le había provocado la fractura de dos dedos. Indignada y con evidente preocupación por la salud de su amiga y de las otras mujeres, logró que el médico también atendiese a varias más. Una de ellas estaba embarazada de cinco meses y llevaba varias horas sintiéndose mal. La otra, con evidentes signos de malnutrición, se quejaba de un fuerte dolor de estómago.

—Ese miserable va a pagar lo que ha hecho. Pienso denunciar públicamente la brutalidad con la que trata a los detenidos —afirmó Sarah rabiosa.

—Deja de provocarlo, por favor. Ya ha quedado claro lo que es capaz de hacer. No podemos enfrentarnos a él aquí dentro —le dijo Sofía agobiada.

—¿Cuánto tiempo más crees que estaremos aquí?

—No lo sé. No entiendo lo que está pasando. Mi hermano debería haberse personado ya para pagar la fianza e intentar sacarme de aquí. —Apretó los labios al oír lo que había dicho—. Lo siento, soy una insensible pensando solo

en mí. Quiero decir que al menos debería haberse personado para…

—No te preocupes, querida, lo entiendo. Sé que no puedes dejar de pensar en tu pequeña. —Le acarició el brazo y Sofía se echó a llorar—. Yo me alegraré de ver que te liberan. Tú no tuviste nada que ver y estás aquí por querer ayudarme. Nunca podré olvidar lo que has hecho por mí. —Las dos se sentaron en el suelo y juntaron sus cabezas.

—Estoy segura de que tu hermano está intentando sacarte de aquí, pero ese desgraciado de Bâton no debe de estar poniéndoselo fácil. —Sofía apretó los labios con angustia. Ellos tenían razón, le había puesto a ese miserable la oportunidad de ir a por ella en bandeja de plata. Una vez más se arrepintió de no haber escuchado a su hermano y a Julien. Pensar en él hizo que el estómago se le encogiese. ¿Estaría intentando liberarla o se sentiría avergonzado y habría preferido dejarla allí a modo de escarmiento? La vergüenza le hizo volver a llorar mientras Sarah la abrazaba con fuerza.

—Tranquila —le susurraba al oído—. Pronto verás a tu pequeña. —Aquella situación no era fácil para ninguna de aquellas mujeres, pero Sarah podía comprender lo que suponía para su amiga.

—¿Creéis que nos condenarán? —les preguntó la joven con la que había simpatizado Sofía.

—No lo sé. Debemos ser fuertes. No hemos cometido ningún delito. —Sarah intentaba sonar convincente, aunque era consciente de que el cansancio y la angustia por saber qué sería de ellas estaban empezando a pasar factura a su habitual fortaleza y optimismo.

La muchacha se acercó a ellas y las tres se fundieron en un cálido abrazo que las hizo sentirse menos solas y más humanas.



El tiempo pasaba y Julien y Adrien comenzaban a desesperarse. Quedaban menos de veinticuatro horas para que se acabase el plazo para mantenerla detenida y no lograban dar con nada para liberarla.

—¿Qué vamos a hacer si no logramos sacarla a tiempo? —preguntó Adrien, que no paraba de moverse por el despacho.

—No lo sé. ¿Crees que si la ponen a disposición judicial un juez podrá condenarla? No tienen pruebas suficientes.

—No, es cierto, aunque Bâton es capaz de sacarse un as bajo la manga. No podemos obviar que estaba en segunda línea con Sarah. —Se rascó la cabeza, nervioso.

Julien se frotó los ojos y se despidió de Adrien. Debía encontrarse con su amigo Frèdèric en una hora. Quizás habría encontrado algo que pudiese serles útil… a tiempo.

Cuando Julien entró en el café donde habían quedado vio que su amigo ya estaba allí. Se alegró de no tener que esperarle; los nervios estaban acabando con él.

—Amigo, dime que has encontrado algo. Se me acaba el tiempo. —Su voz mostró la angustia que sentía. Frèdèric sonrió.

—Creo que sí. Ahora solo espero que seas rápido. —Desplegó delante de él varios documentos y dejó que Julien los leyese con tranquilidad, uno por uno. Cuando terminó levantó la vista y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—El informe de investigación que se llevó a cabo hace algunos años en Burdeos cuando era comisario allí.

—No entiendo… ¿Qué son estas declaraciones de varias personas?

—Una muchacha murió en los calabozos cuando él era el responsable. La familia lo denunció, pero no llegó a nada. Le acusaron de haber ocultado los abusos que la joven sufrió por parte de uno de sus agentes y unos días después la mujer apareció muerta en la celda de forma sospechosa. —Julien abrió los ojos de par en par.

—¿Le juzgaron por esto?

—No, es obvio que sobornó a alguien para que esto desapareciese. He intentado ponerme en contacto con la familia de la joven, pero es muy complicado. El padre murió hace unos meses y la madre no quiere más problemas.

—Entiendo… —comentó sin saber si todo aquello le era de ayuda o no.

—Eso da igual —afirmó Frèdèric al ver el gesto de confusión de Julien—. Lo importante es que he conseguido encontrar este informe. Es muy completo y puede acabar con su carrera si lo publicamos.

—¿Te atreverías a hacerlo?

—Primero creo que debes intentar presionarlo con ello. Si no cede, puedo lograr que se publique. Sí, puedo hacerlo. A mí ese tipo tampoco me cae bien. No me inspira confianza.

Julien releyó los documentos y a continuación se recostó en el respaldo de la silla con cierto alivio. Quizás había logrado la forma no solo de liberar a Sofía, sino a todas aquellas mujeres cuyo delito no fue más que querer reclamar su igualdad.

45

—He encontrado la forma de liberar a Sofía.

Julien recorrió la distancia que separaba la entrada principal de la casa del despacho de Adrien en apenas dos zancadas y entró agitando unos documentos.

—¿Qué es eso? —Adrien le miró con el ceño fruncido.

—Esto es lo que necesitábamos para presionar a Bâton. Mira. —Puso los papeles en la mesa. Adrien los cogió y comenzó a examinarlos.

—¿Es una acusación en contra del comisario?

—Sí. Contra él y uno de sus agentes que desapareció sospechosamente antes de que llegase a manos de un juez.

—¿Cómo la has conseguido? —Adrien no podía creer que algo así hubiese sido sencillo de obtener.

—Recurriendo a la persona correcta. Frèdèric Fontaine.

—¿El cronista de *Le Temps*? ¿Le conoces? —preguntó sorprendido.

—Sí, es amigo mío. Estudiamos juntos un par de años en Hamburgo. Comenzó Historia, luego lo dejó y se marchó a Berlín a estudiar Periodismo. Hace varios años le contrataron en *Le Temps*.

—Leo sus artículos y debo decir que es muy valiente tratando ciertos temas políticos…

—Por eso mismo he recurrido a él. Es un periodista independiente que no se detiene ante nada si cree que hay algo que puede destapar y *voilà*, ahí lo tienes, una denuncia por maltrato y abuso a una muchacha mientras estaba detenida y que Bâton se ha encargado de ocultar.

Adrien continuó leyendo sin dar crédito a la información que contenía aquel informe.

—Este tipo es un miserable y muy peligroso.

—Lo es. Esto no le va a hacer ninguna gracia. Supondría el fin a su ascendente carrera en la gendarmería.

—¿Cómo crees que reaccionará? No me fío de él, es muy traicionero.

—No pienso esperar más para comprobarlo. Venga, vayamos a hacerle una visita.

Adrien le miró con seriedad sopesando las consecuencias que podría tener aquello. A continuación, cogió su chaqueta y siguió a Julien. Se les acababa el tiempo y no tenían más opción que arriesgarse.

—El señor comisario no desea visitas hoy —los informó su secretaria.

—Esto no es una visita de cortesía, por favor, necesitamos hablar con él,

es de vital importancia —indicó Julien con determinación.

La mujer los observó con detenimiento unos segundos y luego se levantó para anunciar su visita. Oyeron las quejas del comisario y, antes de que la mujer pudiese pedirles que se marchasen, Julien atravesó la sala de espera en dirección a la puerta. Entró de golpe con cuidado de no llevarse por medio a la mujer con su ímpetu.

—Solo será un minuto, señor comisario. No hemos venido a perder el tiempo. —Adrien le siguió y ambos se apostaron delante del escritorio.

—Le exigimos que nos deje depositar de inmediato la fianza para liberar a Sofía Mathieu. —Phillipe Bâton miró a Julien y sonrió con desdén.

—¿No se está tomando demasiadas molestias en liberar a esa mujer, señor Dufour? —Julien cogió aire y luego lo soltó despacio para intentar calmarse.

—Yo le exijo exactamente lo mismo —dijo Adrien—. Libere a mi hermana de una vez. Retenerla más tiempo aquí es ilegal y usted lo sabe.

El comisario se levantó de su asiento y abrió un cajón. Sacó un documento y se lo entregó.

—Yo me limito a cumplir las leyes, lean.

Adrien lo cogió de mala gana y tras leerlo arrugó el entrecejo, furioso.

—¡No puede poner a mi hermana a disposición judicial sin habernos informado previamente!

—Señor Mathieu, yo no soy quien reparte justicia. Yo tan solo mantengo aquí a los detenidos hasta que un juez los reclama para su…

—¡No tienen nada de lo que acusarla formalmente! —Adrien sintió que el pulso se le aceleraba.

—En ese documento pone «pertenencia a grupo radical y violento que instiga a la rebelión y sublevación de las mujeres en contra de la ley y del Estado».

—¡No tienen pruebas de ello! —bramó Adrien fuera de sí.

—¡Usted manipula la ley como le viene en gana! —le acusó Julien.

—No es cierto. Yo limito mi labor a… —Julien arrojó los documentos que portaba en la mesa.

El comisario los cogió con recelo y tras comprobar de qué se trataba los miró con los ojos inyectados en sangre, fingiendo tranquilidad.

—Estos documentos son falsos.

Julien soltó una carcajada.

—Usted sabe perfectamente que no lo son.

—Un juez se encargó de probar que aquella denuncia fue falsa.

—No hay solo una denuncia, varias personas más testificaron en su contra. Misteriosamente cuando debieron llegar a un juez desaparecieron.

—La familia de esa pobre muchacha hizo lo que pudo para conseguir dinero…

Adrien y Julien se miraron. ¿Cómo podía ser tan ruin?

—Le aseguro que hay mucha más información al respecto de la que piensa. Que haya permanecido en la sombra no quiere decir que siga

haciéndolo. Si no nos permite llevarnos a la señora Mathieu de inmediato, mañana lo verá publicado en varios diarios de la ciudad. —Julien lo retó con la mirada.

Phillipe Bâton apretó los dientes y se giró hacia la ventana para tratar de ocultarles su nerviosismo. ¿Cómo era posible que esos informes hubiesen visto la luz después de tantos años? Permaneció de espaldas a ellos un par de minutos que a Adrien y Julien les parecieron la misma eternidad y a continuación se volvió hacia ellos.

—Como les he dicho desde el principio yo no me salto la ley. La señora Mathieu será trasladada a un juzgado esta misma tarde y deberá testificar delante del juez, quieran ustedes o no, sin posibilidad de fianza —afirmó tajante y salió del despacho a gran velocidad en dirección al segundo piso.

Los dos reaccionaron de forma parecida y dieron una sonora patada en el suelo, rabiosos por la mezquindad de aquel hombre.

—¡No puedo creer que ni con esto lo hayamos logrado! —bramó Adrien con desesperación.

—No puede ser… Sabe perfectamente que esto supone su fin como comisario. Está ganando tiempo, pero su orgullo le impide dar su brazo a torcer.

—¿Qué vamos a hacer? Quizás deberías pedirle a tu amigo que lo publique ya. No podemos esperar. ¡Con esa acusación un juez puede condenarla! —resopló—. No sería la primera vez que lo hacen a modo de escarmiento social. —Adrien no podía parar de frotarse la barbilla.

—¿Ha dicho que esta misma tarde la trasladarán al juzgado?

—Sí.

—No nos moveremos de aquí. Quizás logremos verla.

—¿Y de qué servirá?

Julien dio un puñetazo en el escritorio y se dejó caer en una de las butacas completamente abatido.

Salieron del despacho y caminaron hacia la parte de atrás del edificio. Desde allí se accedía a los calabozos y por lo tanto sería, casi con toda probabilidad, la que usarían para sacar a las mujeres y trasladarlas al juzgado.

Adrien miró su reloj. Las tres y media.

—¿Qué hacemos? —preguntó con los nervios de punta.

—Esperar. Debe decirnos algo antes de trasladarla. —Adrien miró a Julien y se asombró de su aparente serenidad.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Julien lo miró con pena. Su cuñado era un hombre templado que siempre sabía mantener el control de la situación, aunque era obvio que los acontecimientos ocurridos en los últimos días le habían agotado.

—Estoy seguro de que ahora mismo está desesperado intentando salir de esta como sea. Sin embargo, sabe que no tiene escapatoria.

—Yo no me jugaría todas las cartas a esa opción. Es impredecible.

—Lo es, pero también es listo y sabe lo que supondría que eso se

publicase. No creo que su rabia hacia Sofía sea tan grande como para jugarse su puesto.

Intentaron calmarse y durante un rato guardaron silencio, inmersos en sus propios pensamientos. La espera estaba alargándose más de lo que habían supuesto y ambos comenzaron a inquietarse. Adrien volvió a mirar su reloj. Las cinco y cuarto. ¿A qué esperaban? Si los detenidos eran llevados al juzgado demasiado tarde, podrían ser obligados a pasar la noche de nuevo en los calabozos hasta el día siguiente. O aquello acababa ya o sentía que iba a explotar.

Cuando estaban a punto de entrar en el edificio para conseguir algo de información, vieron llegar un carruaje que se detuvo delante de la puerta en la que esperaban. Se miraron angustiados. Justo a continuación, varios agentes se apostaron rodeando el carro. Unos instantes más tarde vieron salir a varias mujeres a las que subían con muy poca amabilidad. Ni rastro de Sofía. ¿Quizás la había liberado? Entonces, vieron a Sarah.

—¡Sarah! —exclamó Adrien—. ¿Has visto a Sofía? —Ella levantó la vista y los miró con angustia. Negó con la cabeza.

—¿No estaba contigo? ¿Dónde la han llevado? —preguntó Julien.

Varios agentes se posicionaron delante para impedirles que se acercasen y uno con muy malas pulgas les ordenó que se marchasen. Intentaban zafarse de aquel tipo cuando la vieron aparecer y la imagen de aquella Sofía les rompió el corazón.

—¡Sofía! —gritó Adrien. Ella miró en todas las direcciones al escuchar la voz de su hermano y sintió que el corazón se le salía del pecho. No pudo reaccionar. Nada más verlo junto a Julien un par de agentes la agarraron del brazo y la empujaron al interior del carruaje. Ella intentó resistirse; ya no tenía fuerzas suficientes.

—Sofía… —La voz rota de Julien le desgarró el alma. Los dos alargaron los brazos para intentar tocarse. No pudieron. Un agente empujó hacia atrás a Julien y cerraron la puerta del carro de golpe.

Paralizados y sin saber qué más hacer observaron la escena a su alrededor mientras se oía el relincho de los caballos a punto de partir. El carruaje avanzó con lentitud un par de metros.

Julien y Adrien se miraron con los ojos llenos de desesperación.

—*Merde!* —dijo Julien enfurecido.

—¡No pueden llevársela! *Bâtards!* —Adrien arrojó con rabia una piedra que recogió del suelo contra el carruaje.

De repente, el carro se detuvo. Los dos se miraron con el miedo anclado en los ojos y, antes de que pudieran reaccionar, un policía apareció, abrió la puerta del carro, sacó a Sofía y casi arrastrándola la introdujo de nuevo en el edificio.

—¿Dónde la lleva? —gritó Julien. La puerta se cerró antes de que pudiesen ni siquiera acercarse. Intentaron abrirla, pero estaba cerrada.

Corrieron hacia la entrada principal y accedieron a la comisaría con

verdadera desesperación sin saber a dónde dirigirse. De repente, la puerta del despacho del comisario se abrió, se apresuraron hacia allí y al entrar vieron a Sofía sentada en una butaca frente al comisario. Ella se levantó de inmediato al verlos y sintió la mirada de Bâton clavada en ella, por lo que no se atrevió a moverse del sitio.

—Sofía, Sofía… —repitió Adrien nada más acercarse a ella para abrazarla. Ella hundió la cabeza en el pecho de su hermano avergonzada por la situación y por su terrible aspecto—. ¿Estás bien? —Le acarició la espalda y al sentir que temblaba apretó su abrazo.

—No tengo tiempo ni ganas para escenas sentimentales. Han tenido suerte. El juez ha estimado en el último minuto que la señora Mathieu quede libre.

Julien le dedicó una larga mirada llena de odio y rabia. Era obvio que había sido aquel informe lo que había facilitado su liberación, pero aquel hombre ruin no iba a reconocerlo y jugó con su sufrimiento y angustia hasta el final.

—Pueden irse —les ordenó—. Espero no verla más por aquí —le advirtió— o le aseguro que no tendrá la misma suerte.

—¿Dónde está Sarah? Se la han llevado. Ella tampoco ha hecho nada malo… —Sofía apenas podía hablar a causa del llanto.

—Sofía, vámonos. Ya hablaremos de Sarah —dijo Julien, que se había acercado discretamente a ella y le acariciaba el brazo. Ella le miró. Él bajó la mirada y se giró hacia la salida.

Los tres salieron de aquel despacho a paso lento. Julien se adelantó para pedir a Belmont que acercase el carruaje a la entrada mientras Sofía caminaba despacio, casi sin fuerzas, abrazada a su hermano.

—Lo siento, Adrien, lo siento… —No era capaz de decir nada más. Él le dio un beso en la cabeza y le pidió que se calmase. Ya habría tiempo para hablar. Lo primero era regresar a casa y comprobar su estado. Su aspecto era desolador.

46

Thierry y Marie Cécile no podían creer lo que veían sus ojos. Aún no habían regresado a su casa por petición expresa de Adrien. Annette se sentía muy débil tras el parto y necesitaba la ayuda de su cuñada para atenderla. Aquella labor habría correspondido a Sofía, quien habría accedido a cuidar de su amiga con todo su amor, pero debido a las circunstancias, y a pesar del dolor que le producía la situación, debía ser otra persona la que se encargase de dicha tarea.

La imagen de Sofía, despeinada, con la ropa sucia, las manos manchadas de sangre y unas marcadas ojeras los alarmó. Sin poder evitarlo, Marie Cécile corrió hacia ella. Sofía hundió la cabeza en el pecho de su hermano, avergonzada.

—Querida, no pretendía molestarte. Tan solo cerciorarme de que estás bien.

Adrien les hizo un gesto para que no la atosigasen y trató de guiarla hacia uno de los sofás para que descansase. Sin embargo, ella le pidió que la llevase con su hija.

—Cielo, deberías darte un baño y cambiarte de ropa antes de ver a Nichole. Si te ve en ese estado se va a preocupar —le aconsejó Adrien.

Sofía rompió a llorar, se levantó y salió corriendo en dirección a su habitación sin levantar el rostro para evitar mirar a los demás a la cara. Todos entendieron que necesitaba su espacio, por lo que la dejaron marcharse. Julien la siguió con la mirada y puso un mohín de tristeza.

—Tardabais tanto que pensábamos que no lo conseguiríais —comentó Thierry.

—Hemos estado a punto de no lograrlo. Ese desgraciado de Bâton ha jugado con nosotros hasta el último minuto.

—¿Es definitivo o debe presentarse en el juzgado?

—Es definitivo —afirmó Julien.

Todos suspiraron con alivio.

—Sofía tenía un aspecto terrible. —Todos se giraron para mirar a Marie Cécile—. Quiero decir, no es una cuestión de apariencia… la pobre parece haber sufrido. Me da pena verla así.

—Todos nos sentimos igual. Imagino que estos días allí encerrada en manos de ese malnacido no han debido de ser fáciles. Espero que se recupere pronto… —Julien cerró los ojos y cogió aire.

—…y que haya aprendido la lección —le espetó Thierry interrumpiendo a su hermano.

—Eso espero.

—No puede seguir así. Esta vez ha tenido suerte. No habrá una segunda vez si la vuelven a involucrar con estos movimientos radicales. —Adrien sonaba realmente preocupado por su hermana.

—¿Han liberado a alguna más? —inquirió Thierry.

—No lo sabemos. Vimos cómo se llevaban a Sarah al juzgado. A las demás no las conocíamos —repuso Julien.

—Julien, gracias de todo corazón por tu esfuerzo. Sin ti no lo habríamos logrado —apuntó Adrien.

Él asintió con la cabeza con gesto triste.

—Si no os importa, iré a mi casa a recoger a Nichole para que puedan estar juntas cuanto antes.

Los tres le miraron apenados mientras recordaban la confesión que les había hecho hacía unos días sobre su relación con Sofía.

—Voy a ver cómo está Annette y a informarla de que todo ha acabado.

Debido a su debilidad, Adrien había decidido ocultarle a su esposa la grave situación de Sofía. Sin embargo, aquel día ella le preguntó por su querida amiga por primera vez desde lo ocurrido y no pudo mentirle. Suavizó la explicación y le aseguró que todo se había solucionado.

Más tarde, Julien regresó junto a Nichole y la acompañó hasta la habitación de su madre. Se alegró al comprobar que Sofía ya se había dado un baño y que lucía un mejor aspecto. A pesar de las ojeras, le parecía que estaba muy bonita con el pelo suelto y húmedo y vestida con una bata de seda de flores que le favorecía mucho. La niña se abrazó a ella nada más verla y Sofía no pudo evitar romper a llorar mientras se aferraba a su pequeña, a la que tanto había añorado. Julien las observó durante unos segundos y a continuación salió de la habitación despacio y cerró la puerta sin apenas hacer ruido. Aquella tierna y a la vez desgarradora imagen le provocó un fuerte nudo en el estómago y le hizo resoplar con intensidad. Él también necesitaba descansar después de tantas tensiones y volvió a su casa para reencontrarse con su pequeña Elise.

Sofía temía no poder descansar, a pesar del cansancio acumulado. Sin embargo, el calor de su hija a su lado y la comodidad de su cama hicieron que durmiese toda la noche y hasta bien entrada la mañana. Era casi mediodía cuando Nichole la despertó anunciándole que le había preparado el almuerzo. Ella se sorprendió. No la había oído abandonar la habitación ni levantarse de la cama.

—Me ha ayudado el tío Adrien —dijo nada más poner la bandeja que portaba encima de la cama. Sofía sonrió agradecida por tener en su vida a su querido hermano y ahogando el llanto se prometió que ese mismo día hablaría con él para pedirle disculpas sinceras. Nunca olvidaría aquellos días de dolor y pena en aquel calabozo separada de su familia.

Desayunó con Nichole y después volvió a darse un baño. Había decidido

recuperar su mejor aspecto para no preocupar a su hija pese a que no tenía el ánimo muy alto. Sabía que tenía por delante muchas conversaciones pendientes y ese pensamiento la agotaba psicológicamente. Aun así debía enfrentarlo con valentía. Pensó en Julien, en su mirada cuando la arrastraron a ese carruaje y el estómago se le encogió. Confiaba en que el enfado que él debería sentir hacia ella no les impidiese poder hablar.

Bajaron juntas al salón y al entrar vieron allí a Adrien conversando con Julien. Dudó en si interrumpir aquella charla que parecía ser seria. Se acercó a saludarlos cuando ellos se giraron para mirarla. Lo hizo con timidez y cierto recelo, ya que entendía que haber salido del calabozo no ponía fin a todo lo que había provocado con su comportamiento irresponsable y temerario.

—Buenos días —dijo.

—Buenas tardes, más bien —repuso Adrien con una sonrisa tierna. Nichole corrió hacia él para abrazarlo—. ¿Te ha gustado el desayuno que te hemos preparado?

—Sí, muchas gracias, de verdad… No tenías necesidad de hacerlo. —Bajó la mirada al suelo con apuro.

—Lo hemos pasado muy bien, ¿verdad? —Le guiñó un ojo a su sobrina y ella asintió con la cabeza y una amplia sonrisa.

—¿Has podido descansar? —le preguntó Julien.

—Sí, sí, gracias. Estaba agotada…

—Me alegro. —Su tono distante no coincidía con la mirada de preocupación con la que la observaba. Aquello desconcertó un poco a Sofía.

—¿Puedo ver a Annette y a la pequeña? —preguntó Sofía a su hermano—. Me encantaría conocer a mi sobrina.

—Creo que de momento será mejor que esperes un poco… —le ordenó Adrien con tono serio. Sofía bajó la mirada y asintió con los ojos llenos de lágrimas.

Adrien la miró con tristeza sabiendo que su contestación la habría herido, pero sabía que Annette aún estaba débil y quizás necesitase un poco más de tiempo para enfrentar la decepción que había sentido con su querida amiga. Además, Julien le había pedido poder hablar con Sofía y creía que era el momento de dejarlos a solas. Fue Nichole quien pidió a su tío poder ir a verlas. Él accedió en silencio y juntos se marcharon.

Ambos se miraron sin saber qué decir, por lo que Sofía se encaminó hacia uno de los sofás y se sentó. Se colocó la falda, carraspeó y decidió esperar unos segundos para ver si él decía algo. Estaba a punto de hablar cuando él dijo:

—Sofía, tenemos que hablar. —Ella cerró los ojos al escuchar esas temibles palabras.

—Sí, yo también quiero decirte que…

—No hace falta que te disculpes. No es de eso de lo que deseo hablarte. —Se sentó frente a ella.

—Dime, entonces… —Entrelazó los dedos, nerviosa, mientras sentía que

el corazón se le aceleraba y una náusea se le agolpaba en la garganta.

—Primero quiero decirte que siento mucho que te hayas visto en tal situación. Me alegro de que no haya habido mayores consecuencias. Estaba muy preocupado por ti. —Carraspeó sintiendo que el nudo en la garganta crecía por momentos.

—Gracias. Yo también lo siento. No quise…

—Déjame seguir, por favor. —Necesitaba soltar todo aquello de golpe o sería incapaz de hacerlo—. No tengo mucho tiempo. Debo ir a la escuela a dejar una documentación importante.

—Julien, yo…

Él le suplicó con la mirada que no le interrumpiese.

—Disculpa, continúa.

—Estos días he estado pensando mucho y me he dado cuenta de que mi presencia en tu vida no es positiva. —Ella abrió los ojos como platos y la boca con intención de decir algo, pero él le hizo un gesto para que le dejase hablar —. Es obvio que desde que regresaste de Inglaterra has estado haciendo un loable esfuerzo por retomar tu vida y por hacer que tu hija se adapte a su nueva situación. No obstante, nuestro reencuentro no ha hecho más que despertar en nosotros viejos miedos y heridas del pasado que no habían cicatrizado aún y que nos hacen daño, a los dos.

Sofía comenzó a frotarse las manos, presa de la angustia. Todo lo que escuchaba era cierto y no solo se sentía responsable de ello, sino que estaba decidida a cambiarlo y a comenzar una nueva vida más estable y tranquila.

—Cuando tomé la decisión de abandonar Hamburgo fue pensando en Elise. Pensé que aquí encontraría un mejor clima para sus pulmones y, por qué no decirlo, tendría un poco de ayuda para criarla. No pretendía ocultárosla durante mucho tiempo, solo el suficiente hasta verla más recuperada y fuerte para poder hacer frente a tantas emociones. Nunca imaginé que dicha decisión me llevaría a ti de nuevo…

—Julien, yo tampoco imaginé que la vida nos diese una segunda oportunidad…

—Mi vida era tranquila, muy metódica, quizás —la interrumpió—, pero estable. No obstante, desde que regresaste… Sofía, no puedo seguir con esto. Me siento superado por los acontecimientos y por tu forma de actuar. No reconozco en ti a la Sofía de siempre.

—Eso es injusto, Julien. Tú tampoco eres el mismo. Todos cambiamos según va pasando la vida…

—La Sofía en la que te estás convirtiendo me… agobia y me desestabiliza. Lo siento. Ya no puedo pensar solo en mí. Debo tener en cuenta las necesidades de Elise. Cuando la acogí en mi vida lo hice con el firme pensamiento de criarla como a una hija propia y así llevo haciéndolo o, al menos, intentándolo desde hace casi cinco años.

—Julien, te prometo que estos días en el calabozo me han hecho darme cuenta de muchas cosas. Yo misma he sido consciente del bucle en el que

estaba cayendo y creo con firmeza que ha llegado el momento de cambiar. De ahora en adelante me centraré en mi vida en la escuela, en mi hija y en restablecer la armonía familiar de la que siempre hemos disfrutado. —Alargó el brazo para acariciarlo. Él se apartó con suavidad.

—Eso ya lo has dicho antes y has vuelto a meterte en líos… No puedo creer en tu palabra por mucho que me duela. —Fijó la mirada en el suelo y suspiró.

—No quiero mentirte. No voy a prometerte ni a ti ni a nadie que vaya a abandonar la lucha. Lo haré de otra forma menos arriesgada. Me centraré en la escuela y seguiré ayudando cuando lo crea conveniente a alguna mujer en peligro como lady Morel. Lo que sí te aseguro es que lo haré sin exponerme a peligros y sin comprometeros a vosotros en ningún asunto.

—Eso lo dices ahora. Luego llegará alguien que te llenará la cabeza de ideas revolucionarias y no podrás evitar involucrarte de nuevo.

—Por mucho que nos duela, la lucha debe seguir. Estamos muy cerca de lograr un avance definitivo, Julien. No podemos abandonarlo todo ahora.

—¿Ves? Tu discurso sigue siendo el mismo. —Resopló.

—En absoluto. Ahora he comprendido que me equivoqué al enfocar mi implicación de una forma tan radical. Debemos encontrar la forma de contribuir a la causa desde un perfil más bajo, pero más efectivo.

Harto de aquel discurso, Julien se levantó del sofá y fue directo hacia su maletín. Tras rebuscar entre varios libros y papeles, sacó una carpeta de cartón y se acercó a ella.

—¿Quieres saber de qué otra forma se puede luchar sin poner en peligro ni a ti ni a tu familia? Toma, quizás esto te haga abrir los ojos de una vez. —Le entregó la carpeta de mal humor.

Sin entender nada, Sofía la cogió y nada más abrirla comenzó a leer varios de los papeles que contenía. Se trataba de artículos periodísticos sobre historia y política. ¿Por qué los guardaba con tanto cuidado en su maletín personal?

—¿Quieres que los lea todos? —preguntó sin saber muy bien por qué se los había entregado—. ¿De quién son? ¿Por qué son importantes?

—Son míos. Los escribí yo.

—¿Tú? —Frunció el ceño—. Esta no parece tu firma. —Se acercó a los papeles y enfocó la vista para ver mejor—. Están firmados por… —Se quedó sin palabras.

—¿Y bien? —Julien alzó las cejas, expectante.

—Es… están firmados por Delacroix —dijo titubeando.

—Exacto. ¿No son esos los artículos que tanto tú como tu amiga Sarah veneráis?

—Sí. Los escribe una mujer que…

Julien la miró con fijeza y alzó las cejas en un gesto que a Sofía le hizo comprender.

¿Y si no fuese una mujer? Aquello quería decir que…

—¡¿Tú eres Delacroix?! —gritó levantándose de golpe.

Julien suspiró mientras se acercaba a una ventana para abrirla y respirar aire fresco. A pesar del frío en el exterior, notaba el aire muy cargado en el salón.

—¿Tú has escrito estos artículos? ¿Tú eres Delacroix? —le inquirió de nuevo—. ¿Por qué me has ocultado algo así?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Por qué no me contaste que eras tú quien estaba detrás de este seudónimo?

—¿Y de qué hubiese servido? No debería habértelo contado hoy tampoco. Es algo que comencé a hacer cuando llegué a París. Cuando murió Bertha me prometí que haría todo lo posible por ayudar a mujeres que como ella sufren abuso. Al principio me centré en eso, luego hice varias amistades y empecé a escribir sobre más temas relacionados con la mujer.

—¿Nadie más lo sabe? ¿Ni tus hermanos?

—No.

Sofía comenzó a moverse por el salón de un lado a otro.

—Te lo he contado para que entiendas que no solo tú te implicas. Todos lo hacemos a nuestro modo. Te aseguro que esas palabras escritas que tienes en las manos son más poderosas de lo que crees. Varios de esos artículos se han leído en el Parlamento. Ahí es donde hay que centrar la lucha, no en las calles.

—Si me lo hubieses dicho antes habríamos podido…

—¿Habríais podido hacer qué? ¿Usarlos como arma arrojadiza sin importaros lo que arrastrabais a vuestro paso? No, jamás os lo habría permitido.

—No. Me refiero a que…

—Déjalo, Sofía. Estoy cansado de todo esto. Me rindo. Llevo meses intentando ayudarte, tratando de enmendar mi error día a día… pero sigues empeñada en no ver más allá. No debí volver a París. Ya no sé qué más hacer. No soporto ver cómo te escapas de mis manos todo el tiempo.

Ella volvió a arrugar la frente.

—Me marcho de París.

—¿Qué has dicho? —Sofía notó que le pitaban los oídos.

—He dicho que me marcho de París.

—¿Por qué? —preguntó sintiendo que la voz la abandonaba.

—Debo pensar en el bienestar de Elise. Regreso a Hamburgo. —No pudo mirarla.

Totalmente paralizada, Sofía se quedó muda y, en cuestión de pocos segundos, sus mejillas adoptaron un color pálido y comenzaron a marcársele las ojeras. Julien se giró a mirarla ante su silencio y se preocupó. Se acercó a ella y le ofreció un vaso de agua.

—¿Estás bien?

Ella solo pudo asentir con la cabeza. Dio un par de tragos y cogió aire en un intento de deshacer el profundo nudo que tenía en la garganta.

—Lo siento, Sofía. No puedo seguir aquí. No quiero que nos hagamos más

daño. —Se puso frente a ella y le cogió las manos—. Hemos vivido momentos maravillosos que recordaré siempre, pero esta vida no es para mí. Necesito recuperar la calma y centrarme en mi vida, en mi trabajo, en mi hija… —No pudo seguir. Las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos de forma incontrolable y se separó de ella—. Te quiero, y creo que lo haré mientras viva… Sin embargo, no puedo vernos así. Por respeto a mis sentimientos hacia ti no puedo permitir que nos destrocemos de esta forma día tras día.

Dio un par de pasos hacia la salida tratando de huir de allí. Notaba los pies pegados al suelo y le costaba caminar. De repente, se detuvo y se giró para mirarla por última vez. Aquella despedida era distinta, tenía un sabor diferente, más amargo y carente de esperanza. Deshizo sus pasos con rapidez, se acercó a ella y, tras posarle las manos en las mejillas con ternura, le dio un beso suave en los labios. —*Je t'aime, ma belle*. Cuídate —le susurró.

Se giró y se marchó de forma apresurada, tratando de vencer de nuevo la tentación de correr hacia ella y aferrarla entre sus brazos.

Sofía notó que las rodillas le flaqueaban. La cabeza le daba vueltas, pero logró sentarse antes de caerse redonda al suelo. Pálida como un ánima y sin poder reaccionar se recostó hacia un lado en el sofá y se quedó ahí sin decir nada hasta que Annette, que en ese momento entraba en el salón a pesar de la oposición de su marido, quien creía que aún debía guardar reposo en la cama, la vio. Extrañada por aquel aspecto de Sofía se acercó a ella caminando despacio.

—Sofía, ¿estás…? —No pudo decir más. El estado catatónico de su amiga era alarmante. Miró a su alrededor. No vio a nadie. Se sentó a su lado y volvió a preguntarle de nuevo—. ¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? Estás muy pálida, querida. Llamaré a un médico…

—No —dijo al fin aferrándose a la mano de su amiga antes de que Annette pudiese levantarse—. No me dejes.

—¿Qué te ocurre? —Annette se preocupó de verdad al ver a su amiga en ese estado.

—Se ha ido…

—¿Quién se ha ido? —No comprendía nada.

—Él se ha ido… Otra vez… se ha marchado… Me ha vuelto a abandonar…

Annette intentó unir todas aquellas frases para sacar algo en claro. «Me ha vuelto a abandonar». Abrió los ojos como platos al entender lo que implicaban aquellas palabras.

—¿Estás hablando de mi hermano? —le preguntó sin estar del todo segura.

Sofía asintió con la cabeza. No pudo contarle más. Rompió a llorar y se abrazó a ella con fuerza.

—Tranquila, tranquila… Se habrá ido a encargarse de sus cosas. ¿Quién te ha dicho eso? —le dijo mientras le acariciaba el pelo con suavidad.

—Él. Me lo ha dicho él…

—¿Cuándo? No puede ser, Sofía. Debe tratarse de un error… —Nadie la había informado de algo así. No, seguro que era algún tipo de malentendido.

—No lo es. ¡Se marcha a Hamburgo con Elise! —afirmó con rabia.

Annette levantó las cejas con asombro sin poder creer lo que su amiga le decía.

—Tranquilízate, Sofía. Te digo que no es posible. No me ha comentado nada y una decisión así no se toma a la ligera de un minuto para otro.

—Se marcha, Anny, créeme. —Hundió la cabeza en el hombro de su amiga y sin poder reprimir el llanto, lloró y lloró con el único consuelo del cálido abrazo que le proporcionaban aquellos brazos. Annette se emocionó de verla llorar con tal desconsuelo y en ese momento se dio cuenta de cuánto había echado de menos a su amiga durante el nacimiento de su pequeña. Se fundieron en aquel abrazo durante un largo tiempo hasta que consiguió calmarla.

—Sofía, escúchame. Iré a hablar con él. No entiendo nada de lo que pasa. Debes calmarte, por favor.

—No soy más que una fuente de problemas para todos. ¿En qué me he convertido? Solo sé apartar a la gente que amo de mi lado…

—Eso no es verdad. Tranquila. Todo esto debe ser un error. Ven, vamos a tu habitación. Necesitas descansar. Yo me encargaré de averiguar qué ocurre.

—No hay nada que averiguar. Él ya ha tomado la decisión.

—Bueno, bueno… quizás lo hayas entendido mal.

Sofía se levantó y caminó sola hacia el piso de arriba. Era consciente de que Annette aún se sentía débil tras el parto y no podía permitir que su salud empeorase de nuevo. Entraron en la habitación y fue directa a la cama. Se tumbó y le pidió que la dejase sola un rato. Annette accedió. Necesitaba comprobar si lo que decía Sofía era cierto o no.

Para asombro de todos Julien los informó de que regresaba a Hamburgo al día siguiente. Por más que intentaron convencerle de lo contrario, les dejó claro que era una decisión en firme y tomada después de haberlo meditado con calma. Aquella triste noticia apenó a todos. No solo implicaba dejar de ver tanto a Julien como a Elise, sino también separar a los niños, que se habían acostumbrado a estar juntos a todas horas y que parecían disfrutar de su compañía mutua.

Adrien le hizo prometer que regresaría al menos una vez al año para poder pasar un tiempo con Elise y él accedió a ello. Sin embargo, era obvio que aquella separación no agradaba a ninguno, ni tan siquiera al propio Julien, que decidió pasar el resto del tiempo antes de su viaje en su casa para no tener que volver a despedirse de todos.

48

Julien llegó a la Estación del Este a las seis y media de la tarde en compañía de Elise e Ilsa. Su tren hacia Múnich salía en apenas una hora y los nervios y la impaciencia le consumían por dentro. Viajaban a bordo del Orient Express y, a pesar de saber que lo harían de forma cómoda, le preocupaba que un trayecto de casi veinticuatro horas agotase a la pequeña Elise, poco acostumbrada a viajes tan largos. Cuando regresaron a París lo hicieron después de varias paradas en distintas ciudades. El delicado estado de salud de la niña era lo más importante. Sin embargo, aquella ocasión era distinta. Julien sentía que debía regresar a su casa en Hamburgo con premura. Confiaba en que Elise, que se había recuperado casi en su totalidad de su afección pulmonar y estaba más fuerte y enérgica, lo aguantase mejor. Aun así, tener tantas horas por delante en aquel tren, por muy lujoso que fuese, le agobiaba.

Tomaron un café en la cafetería de la estación y convenció a Elise para que diese un par de sorbos a un vaso de leche. Le rompía el corazón ver el rostro de su pequeña, saber que estaba a punto de separarla de la familia que le había ofrecido y del hogar donde tan feliz se sentía, pero ¿qué otra cosa podía hacer si quería recobrar la tranquilidad que ambos necesitaban? La niña, a pesar de desconocer los verdaderos motivos de aquel viaje, parecía presentir algo y se había levantado aquella mañana sin apetito y un poco irritable.

Ilsa le observaba con preocupación. Hacía ya varios años que se conocían y sospechaba que aquella mirada perdida en sus ojos era signo de que algo dentro le turbaba.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó un poco cohibida.

Él sacudió la cabeza.

—¿Decías algo, Ilsa?

—Le preguntaba si se encuentra bien. Le veo muy pálido desde esta mañana.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. Gracias por preguntar. Es solo que todo esto… Me da pena marcharme.

—Le entiendo. —Él clavó la mirada en ella. La conocía bien y sabía que esas palabras escondían algo más.

—¿Crees que hago mal, Ilsa?

—No, señor. Jamás me atrevería a cuestionar sus decisiones.

—Ilsa, por favor, deja de tratarme como si no nos conociésemos. Durante todos estos años has sido una amiga para mí, incluso una madre en muchas ocasiones… Por favor, te agradecería que me dieses tu opinión. ¿Crees que

obro mal al separarla de mi familia?

Ilsa le miró con fijeza, suspiró y le dijo:

—No. Creo que es un hombre muy sensato y prudente. Estoy segura de que tiene motivos suficientes para haber tomado esta decisión. Confío en usted y en su buen criterio.

Julien bufó. Eran palabras amables, aunque no le reconfortaron como esperaba y necesitaba. Miró a Elise y le acarició el pelo. En ese momento oyeron el silbato que anunciaba que el tren estaba entrando en la estación. Cogió aire y se levantó.

—Venga, ha llegado la hora —señaló con un nudo en la garganta.

El tren se detuvo en el andén y los primeros pasajeros comenzaron a subirse mientras sus ayudantes cargaban sus pesados equipajes en los últimos vagones. Julien cogió fuerte de la mano a Elise y la llevó hacia el vagón que les correspondía. El andén era un ir y venir de personas en todas direcciones y temía que la pequeña fuese golpeada por algún mozo despistado que corría de un lado a otro portando las pertenencias de sus señores.

Una vez allí, se detuvieron frente a la puerta de acceso para dejar paso a un par de personas mayores que viajaban en ese mismo vagón. A continuación, Julien ordenó a Ilsa que subiese primero y, cuando estaba a punto de ayudarla para que cogiese a Elise, oyó una voz que le hizo detenerse de inmediato.

—Julien Henri Dufour. ¡No te atrevas a subirte a ese tren! —gritó alguien a su espalda.

Elise se giró en ese momento y alargó la mano para ir hacia la persona que acababa de postrarse detrás de ellos. Julien se estiró y se apresuró para alzar a la pequeña.

—Ilsa, coge a Elise —dijo tajante. Se la acercó para que pudiera cogerla y las dos se adentraron en el vagón, a pesar de la reticencia de la niña, que rompió a llorar.

—¡No se te ocurra volver a dejarme! —volvió a gritar la voz a su espalda, lo que provocó el revuelo de las personas que se encontraban en el andén.

Paralizado y sintiendo los pies clavados al suelo con fuerza, Julien permaneció inmóvil sin girarse.

—Julien, por favor, no te atrevas a poner un solo pie en ese vagón. No voy a permitir que te marches así —le suplicó Sofía notando que la voz se le quebraba—. No hay distancia capaz de poner fin a nuestro amor. Da igual quién intente alejarse. Solo existe un hogar para nosotros y ese hogar somos tú y yo.

Sofía sentía las miradas de todo el mundo clavadas en ella. Le dio igual. Sabía que lo que estaba haciendo era escandaloso. Sin embargo, ya nada le importaba. No podía permitir que su amor acabase de esa forma y haría lo que fuese necesario para impedirlo. Desesperada al ver que él ni tan siquiera reaccionaba, se acercó un poco más, sin llegar a tocarlo, y exclamó a voz en grito:

—¡Cásate conmigo!

Todo el mundo comenzó a cuchichear a su alrededor. Mientras unos ahogaban una risita, otros le reprochaban semejante escándalo. Sofía los ignoraba a todos. La única visión en sus ojos era él, que para su exasperación se mantenía de espaldas a ella.

—¿Me has oído? Volveré a repetirlo una y mil veces si es necesario. ¡Cásate conmigo! No te marches, por favor. —Alargó la mano y la apoyó en su hombro. Él se apartó—. Julien, te lo ruego. No nos alejes de nuevo. —Las lágrimas le corrían por el rostro sin poder detenerlas.

Le vio negar con la cabeza y, seguidamente, él apoyó un pie en el primer escalón, se agarró a la barra que había en uno de los laterales y sin decir ni una sola palabra se subió al tren.

—¡Julien, no! —exclamó consternada.

En ese momento un fuerte silbato dejó claro que el tren iba a partir de inmediato. La locomotora volvió a sonar con fuerza y se puso en marcha sobre la vía.

Paralizada, clavó la vista en la ventana del tren y la imagen de la pequeña Elise despidiéndose de ella con la manita y el rostro lleno de lágrimas le quebró el alma. La figura de Julien sentándose al lado de la niña hizo que se le encogiese el estómago. Fijó los ojos en él diciéndole con la mirada que la estaba matando. Él la miró una sola vez, bajó la cabeza y cerró la cortinilla para acabar con aquel momento desgarrador.

Sofía tuvo que apoyarse en el brazo de un señor para evitar caerse al suelo. El hombre, preocupado por el estado en el que se encontraba, la acompañó al interior de la estación, donde enseguida llegó Belmont, que nada más ver entrar así a su señora, acudió una vez más en su ayuda.

Hundida y sin poder articular apenas palabra regresó a casa y subió a su habitación. Por más que Adrien y Annette intentaron averiguar qué había ocurrido, ella solo podía repetir «se ha ido, le ha dado igual, me ha dejado», una y otra vez mientras lloraba desconsolada. Durante horas fueron incapaces de hacer que dejase de llorar, ni tan siquiera que comiese o bebiese algo. Al final optaron por dejarla sola para que se desahogase, convencidos de que el agotamiento la vencería y terminaría quedándose dormida.

Al día siguiente amaneció de la misma forma. No lograron levantarla de la cama. Ni tan siquiera que viese a su hija. Sin embargo, varias horas más tarde sintió unas ganas irrefrenables de abrazarla y consolarse con ella, aunque no podía dejar que la viese en ese estado tan lamentable.

Antes de la cena, se levantó, se dio un baño relajante y se arregló para reunirse con su familia. Ya está. Se había acabado. Debía asumirlo y aceptar que él ya no estaba. Sintió que los ojos se le humedecían de nuevo. Respiró hondo y logró calmarse.

Tras la cena se sentía un poco más relajada, le leyó un cuento a Nichole y se retiró temprano a su habitación. Seguía sintiéndose cansada y sin ganas de conversar, por lo que se sentó en una butaca frente a la ventana, cogió un libro

e intentó leer durante un buen rato. Por fortuna, lo logró. La pluma de Alejandro Dumas siempre conseguía atraparla.

Después de leer varios capítulos, cerró el libro y se levantó. Se asomó a la ventana y no pudo evitar que la nostalgia la invadiese. Fijó la vista en la casa de los Dufour y el recuerdo de Julien la emocionó y comenzó a llorar. ¿Por qué había sido tan estúpida de arruinar la segunda oportunidad que les había ofrecido la vida? ¿Cómo había estado tan ciega para no darse cuenta de que en esa ocasión era ella la que los iba separando día tras día? Era ella quien le había empujado a huir aquella vez y jamás se lo perdonaría. Se acercó a su cómoda para buscar un pañuelo y cuando regresó a la ventana lo que vio la dejó confundida. Había luz. Se restregó los ojos pensando que se trataría de una ilusión propia del agotamiento que sentía. Cuando abrió de nuevo los ojos allí seguía aquella luz. Era una de las habitaciones de la primera planta. ¿La habitación de Elise? Pensó en que quizás… No, no. Aquella idea era imposible. Ella misma los había visto subirse a ese tren. Quizás era alguien del servicio al que había pedido hacer una revisión en la casa para cerciorarse de que todo quedaba en orden tras su marcha. Corrió hacia la mesita de noche en busca del reloj de su padre para comprobar la hora. Era casi medianoche.

En ese momento le pareció oír un ruido tras la puerta.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo desde los pies a la cabeza. No se movió de donde estaba. Intentó agudizar el oído. No se escuchaba nada.

Alguien dio unos golpes suaves.

Aturdida, sacudió la cabeza y se acercó despacio a la puerta.

Tres toques más.

Con las manos temblorosas, apoyó una de ellas en el pomo y tras girarlo la entreabrió. Nadie entró. Tragó saliva y decidió que debía dejarse de estúpidas ilusiones. Lo más seguro era que se tratase del ama de llaves que subía a ver si necesitaba algo antes de acostarse y que siempre se mostraba muy cautelosa a la hora de acceder a las habitaciones de los señores. Carraspeó, abrió la puerta de golpe y lo que vio al otro lado hizo que de nuevo le fallasen las rodillas. Se apoyó en el marco de la puerta sin saber qué decir.

Se miraron unos instantes sin decirse nada. Pasaron unos segundos en los que notó que todo a su alrededor se movía en torno a ella, como si estuviese en medio de una enorme espiral que la atrapaba.

—Sí, quiero —le oyó decir.

Sofía abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras. Tampoco tuvo tiempo. En ese instante Julien entró en la habitación, obligándola a retroceder unos pasos, cerró la puerta de un portazo con el pie y se acercó a ella para cogerle la cara entre las manos y besarla.

—Sí, quiero. —Le oyó repetir pegado a sus labios.

Sofía no podía hablar, como tampoco era capaz de controlar su cuerpo ni sus labios, que parecían tener vida propia y reaccionaban a cada uno de sus besos con la misma intensidad. De repente, Julien se detuvo para coger aire y volvió a sujetarle la cara con las dos manos.

—Sofía Mathieu, sí, quiero casarme contigo —dijo y volvió a besarla. Ella reaccionó por fin y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—¿Esto es real? —repetía una y otra vez mientras le acariciaba la cara—. ¿No me estás engañando? ¿Estoy soñando y ahora es cuando te vuelves a ir y me quedo sola de nuevo…? —Él sonrió y la besó una vez más con ternura.

—Sí, es real. Estoy aquí. He regresado por ti.

—Te vi subirte a ese tren…

—Sí, lo hice. Nada más subir supe que estaba cometiendo el mayor error de mi vida, pero no podía detener el tren. Nos bajamos en la primera estación que pudimos. Estábamos a muchos kilómetros de distancia, por lo que pernoctamos en una ciudad y después cogimos el primer tren de regreso a París.

—Julien, te prometo que…

Él la silenció poniéndole un dedo en los labios.

—Sí, me casaré contigo, por supuesto que lo haré. Mañana mismo, donde sea. No voy a permitir que nada nos separe. No puedo esperar más. En ese vagón comprendí que todos tenemos un destino y que tú, definitivamente, siempre has sido el mío. *Je t'aime, ma belle.* —La besó de nuevo, esta vez como si de ese beso dependiese toda su existencia.

—Tú has sido, eres y serás siempre mi refugio. Por favor, no te alejes nunca más de mí.

—*Jamais, ma belle*.

Se fundieron en un largo abrazo, quizás el más honesto que se habían dado hasta ese momento, comprendiendo que estaban irremediablemente destinados a estar juntos por muy espinoso que hubiese sido el camino.

48

Justo antes de que amaneciese Julien despertó a Sofía para que se arreglase temprano. Debían hablar con sus respectivas familias sin más demora. La noche anterior, tras su regreso a París y su visita a Sofía, ambos pasaron la noche juntos. Tenían muchas cosas que decirse, importantes promesas que hacerse y un sinfín de besos que regalarse sin miedo a ser vistos.

—Venga, dormilona. Debemos estar listos a primera hora.

—Quedémonos en la cama un poquito más —murmuró Sofía con voz melosa mientras se acurrucaba en su pecho—. No me quiero levantar.

—Yo tampoco —bajó la cabeza y la besó—, pero no podemos demorarlo. Tenemos que hablar con ellos antes de que se marchen a hacer sus tareas diarias. —Sofía hizo un puchero.

—¿Me prometes que todas las mañanas van a ser así? —Julien sonrió al notar las suaves cosquillas que ella había empezado a hacerle con un dedo en el costado.

—Serán aún mejores: despertaremos en nuestra propia cama y después de haber pasado una noche…

—…una noche… —Ella levantó la mirada y sonrió.

—Maravillosa: llena de pasión, de amor, de risas…

—¿De risas? —No preguntó más y se echó a reír con las cosquillas que él comenzó a hacerle por todo el cuerpo—. Vale, vale, me ha quedado claro.

—Venga, arriba. Tenemos una tarea muy importante de la que ocuparnos —dijo y se levantó de un salto de la cama.

Sofía no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo que él demostraba. Julien consiguió transmitirle las ganas de compartir con el mundo entero, si era necesario, que se amaban y que iban casarse. ¡A casarse!, se repetía una y otra vez mientras se abalanzaba hacia él para besarle cada vez que aquel pensamiento cruzaba su mente.

Al entrar en el salón vieron a Adrien leyendo el periódico.

—Buenos días, ¿tienes un minuto? Hay algo muy importante que debo pedirte —dijo Julien nada más entrar.

—Julien, ¿qué haces aquí? ¿No te habías marchado? —Adrien le miró, pasmado.

—He decidido regresar…

Adrien miró a Sofía, que esa mañana tenía un aspecto mucho más sano y vital, se levantó y dejó el periódico en la mesa. Que los dos estuviesen juntos y quisiesen hablar con él no era buen augurio.

—¿Me concedes la mano de tu hermana? —Julien supo que había sido

muy brusco, pero aquellas palabras le abrasaban en la garganta.

—Perdona, ¿qué has dicho? —le inquirió Adrien confuso y sin saber si había escuchado bien.

—He dicho que deseo casarme con tu hermana y necesito que me des tu bendición… —Agarró la mano de Sofía y se la besó con una sonrisa graciosa en la cara que mostraba nerviosismo y emoción a partes iguales.

Adrien le miró sin saber qué decir. Después dirigió la mirada hacia Thierry, que llegaba de la mano de su esposa junto a Annette.

—Hermanos, pasad, necesito hablar con vosotros también —les pidió Julien. Thierry miró a Adrien con la esperanza de que no se tratase de un nuevo problema.

—Hermano, ¿no estabas de camino hacia Hamburgo? —Annette levantó las cejas, extrañada. Le miró esperando una respuesta. Él se limitó a sonreír a su hermana de oreja a oreja.

Julien abrazó a Sofía por la cintura y, tras sonreírle con ternura, clavó la mirada en Adrien, que se había quedado literalmente sin palabras.

—¿Y bien? —Julien estudió el gesto de confusión de su cuñado y luego el de sus hermanos y comenzó a ponerse nervioso. Esperaba de todo corazón que no le pusiesen impedimentos o…

—Sofía, ¿qué es todo esto? —le inquirió Adrien al tiempo que miraba a su hermana con el ceño fruncido.

—Esto es justo lo que parece —rio—. Julien y yo vamos a casarnos. Ayer le pedí matrimonio antes de subirse a ese tren. —Todos abrieron la boca con sorpresa—. Y, aunque pensé que no había tenido ningún efecto en él, me equivoqué y aquí está, dispuesto a casarse conmigo.

—Querida, debemos regresar a casa lo antes posible. Me reitero, en esta ciudad están todos locos —comentó Thierry con voz burlona sin terminar de dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Qué es lo que ha provocado este cambio? —Adrien seguía sin comprender nada.

—Eso mismo quisiera saber yo… —Annette se unió a su confusión.

—Me marché, sí, lo hice, y luego comprendí que iba a cometer el mayor error de mi vida. No puedo vivir lejos de ella, ya no… —Se giró hacia Sofía y le dio un suave beso en los labios. Los demás estudiaron sus gestos con atención.

—¿De verdad queréis casaros? Julien, ¿tu propuesta para desposarte con mi hermana es firme? —quiso saber Adrien.

—Tan firme y robusta como una columna dórica. —Annette y Sofía contuvieron una risita y los demás le miraron con estupefacción.

Adrien paseó la mirada por todos los allí presentes, uno por uno, hasta que llegó a su mujer. Abrió los ojos como platos suplicándole que le ayudase a decir algo. Sin embargo, ella solo pudo reprimir de nuevo la risa.

—¿Tienes algún impedimento para que así sea? —Julien miró a Sofía con preocupación—. Debes creerme. Lo digo en serio. De hecho, pienso hacerlo

hoy mismo si es posible. No voy a dejar que nada vuelva a separarnos.

—Debo irme. Regresaré en un rato. —Eso fue lo único que dijo Adrien y los dejó a todos boquiabiertos mientras le veían marcharse.

—Adrien, querido, ¿dónde vas?… ¿Qué estás haciendo? —Annette caminaba tras él intentando comprender qué significaba aquella actitud. No pudo detenerlo y regresó al lado de los demás con un mohín de disgusto.

—¿Dónde ha ido? —quiso saber Sofía. En ningún momento se había planteado la posibilidad de que su hermano se opusiese al enlace.

—Le habéis espantado —comentó Thierry con sorna, lo que provocó que su esposa Marie Cécile le propinase un ligero codazo.

—Esto no es ninguna broma. Vamos a casarnos sí o sí… —afirmó Julien—. Quería hacer las cosas bien, pero si no hay más remedio que… —Sofía le acarició el brazo y le pidió que se calmase.

—Quizás solo necesite unos minutos para pensar —comentó Annette—. Démosle un poco de espacio. Lleva unas semanas muy difíciles y a veces se siente un poco superado.

—Hermano, no quiero parecer que no me alegro por ti o que no te apoyo en esto. Puedes contar con mi beneplácito —comentó Thierry mientras se acercaba a Julien para darle un abrazo—. Debes admitir que últimamente no ganamos para sorpresas…

—Opino lo mismo que mi esposo. Me hace muy feliz esta noticia —convino Marie Cécile, que se acercó corriendo hacia Sofía y la abrazó con todas sus fuerzas—. Felicidades, querida. Espero que por fin logres ser feliz y que, por qué no decirlo, estabilices un poco tu vida. Nuestras familias están creciendo cada vez más y necesitamos un poco de tranquilidad para lidiar con todo —rio.

—Gracias. —Sofía miró de reojo a Annette esperando con todo su corazón que se acercase a ella para ofrecerle su felicitación. Ambas se miraron y después de unos segundos, Annette caminó hacia ella.

—Que sepas que no te pienso perdonar por hacerme esta faena. —Sofía frunció el ceño, contrariada—. ¿Cómo puedes casarte tan solo unos pocos días después de que haya dado a luz? Soy una especie de ballena fuera del mar y no voy a poder ponerme ningún vestido decente. —Hizo un puchero y todos rompieron a reír—. No os burléis de mí. Me gustaría veros en mi situación… Aún estoy muy hinchada.

—Estás preciosa —indicó Sofía cogiéndole las manos—. No me importa nada más que teneros a todos conmigo en un día tan importante. —Supo que no lograría convencerla, pero al menos le hizo esbozar una sonrisa.

—¿Dónde creéis que ha ido Adrien? —volvió a preguntar Julien inquieto.

—No lo sé. No queda más remedio que sentarse a esperar. Venga, a desayunar. —Thierry les indicó a todos que tomasen asiento y los demás le obedecieron. Desayunaron en silencio intentando disimular la intriga que sentían por la inesperada reacción de Adrien.

Por suerte para todos, Adrien regresó un par de horas después. Nada más

entrar en el salón donde los demás le esperaban, cambió el gesto, levantó una ceja de forma un poco teatral y dijo:

—Julien, Sofía, ¿aún estáis dispuestos a contraer matrimonio?

—Por supuesto —respondieron los dos al unísono, lo que hizo que los demás dibujasen una sonrisa divertida.

—No se hable más. Padre, venga, por favor. —Salió del salón y regresó junto a un párroco, quien con una extraña sonrisa en los labios los miró a todos.

—Buenos días.

—Buenos días, padre…

—Soy el padre Girard, párroco de la iglesia de San Medardo. Encantado de conocerlos.

—Igualmente —dijeron los demás.

—Padre, aquí tiene a los futuros esposos. Si vuestra decisión es firme, no hay nada más que decir. Necesitamos que los case hoy mismo.

—¿Hoy mismo? —repitió el hombre con los ojos abiertos como platos.

—Sí. Como ya le he comentado antes, nos urge un poco, aunque no por el motivo que usted piensa… —Clavó la mirada en los futuros novios esperando la confirmación a su suposición y ellos, apurados, se apresuraron a negar con la cabeza—. Si nos hace este favor —continuó—, mi familia se hará cargo de todos los gastos de restauración de los frescos de su iglesia. —Los demás le miraron alarmados ante tal intento de soborno.

—No es por eso, hijo. Es que…

—No me miréis así —se excusó—. Después de todo lo que hemos pasado… si deciden casarse, no seré yo quien se oponga a ello. —Thierry y Marie Cécile soltaron una carcajada.

—Te entiendo, cuñado, te entiendo —comentó Julien con una sonrisa—. Ha llegado el momento de que hagamos oficial nuestra relación y compartamos con vosotros nuestra vida en común. —Miró a Sofía y ella asintió con la cabeza.

—No se hable más. No dejemos que cambien de opinión. Padre, denos unas pocas horas para organizarlo todo. Le acompañaré de nuevo a su iglesia para que podamos aclarar los términos de nuestro acuerdo. —Adrien le sujetó por la cintura y le dirigió con delicadeza hacia la puerta mientras esbozaba una amplia sonrisa y les guiñaba el ojo con complicidad.

—No sé si tendremos tiempo para organizar una boda con tanta premura… —le decía mientras caminaba.

—Nada, nada, padre, no se apure. Nosotros nos encargaremos de todo. Usted solo tiene que recoger lo que necesite y regresar a la hora convenida. ¿Cuáles son los frescos que me comentó que necesitaban una restauración urgente?

Los dos se marcharon conversando ante la atenta mirada de los demás que, nada más verlos desaparecer, rompieron a reír a carcajadas.

—Bueno, parece que tenemos que organizar una boda —comentó Annette

emocionada—. Venga, vayamos a elegir qué vestido va a ponerse la novia.

Las tres subieron a las habitaciones entre risas y cuchicheos mientras que Thierry volvía a abrazar a su hermano. Después se marcharon a casa de los Dufour a elegir el atuendo para el novio.

No había pasado ni una hora cuando Adrien regresó a casa con varios mozos que portaban diversos ramos de flores. A continuación, llamó a todo el servicio y les dio la buena nueva. Luego encomendó distintas tareas a cada uno y corrió hacia el invernadero en compañía de uno de los mozos. Una vez allí, ordenó que lo decorasen siguiendo sus indicaciones.

Organizar una boda en apenas unas horas era una auténtica locura, pero estaba dispuesto a lograrlo. Por suerte, aquel día se habían levantado muy temprano, de modo que aún le quedaban muchas horas por delante hasta el almuerzo.

Por fin su hermana parecía haber recuperado el buen juicio y se centraba en su vida y en su felicidad, por lo que aquella decisión, por precipitada que fuese, le pareció un regalo enviado del cielo. Sin poder evitarlo, alzó la vista y lanzó un beso al aire dirigido hacia sus padres. Estaba seguro de que habían escuchado sus plegarias durante el tiempo que Sofía pasó en aquel horrible calabozo y le estaban haciendo llegar un poco de ayuda desde más allá de las estrellas, donde estaba seguro descansaban. Además, no dudaba de que Julien era el hombre adecuado para su hermana y que sabría hacerla feliz.

Cuando tuvo todo controlado, decidió que era el momento de elegir su propio atuendo. De camino a casa, pidió al ama de llaves que avisase a Ilsa para que entre las dos pudiesen hacerse cargo de los niños y hacerlos así partícipes en la ceremonia.

Mientras tanto, Annette y Marie Cécile se afanaban en elegir las mejores galas para la novia.

—El día que compré este vestido sentí algo especial. No estaba segura de cuándo podría usarlo; ya estaba embarazada de Vivianne, pero supe que debía comprarlo. Ahora sé por qué —comentó Annette emocionada mientras le mostraba a Sofía un precioso vestido de gasa en color rosa empolvado que la dejó sin palabras.

—No debería estrenar este maravilloso vestido antes que tú.

—Bobadas, ¡a saber cuándo puedo volver a meterme en uno de estos! Venga, pruébatelo. Estoy segura de que te va a quedar precioso.

Sofía la obedeció y cuando se miró en el espejo no pudo evitar las lágrimas. Parecía estar hecho justo a su medida. A pesar de tratarse de un vestido de invierno, las mangas y gran parte del escote estaban confeccionados en encaje de Chantilly en el mismo color, con los puños y el cuello cerrados por unos bonitos y brillantes botones en forma de flor.

—Son cuarzos rosas. Me pareció una maravilla, por eso lo compré.

—No sé qué decir…

—No digas nada… Oh, y peor aún, no se te ocurra soltar ni una lágrima —le ordenó Marie Cécile—. No podemos permitir que la novia llegue al altar con los ojos enrojecidos. ¿Qué podría pensar el novio?

Las tres rieron.

—Muchas gracias a las dos. Sé que estos últimos meses he sido una pesadilla. No pretendía haceros daño —respiró hondo.

—Todo eso queda olvidado. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra —afirmó Marie Cécile y justo a continuación se llevó la mano a la boca—. Uy, perdón. No debería haber hecho una referencia religiosa en un día como este…

Sofía sonrió con ternura ante su comentario. No había podido evitar recordar a James durante la noche y, por extraño que pareciese, soñó con él. En su sueño le veía paseando feliz y relajado por el campo mientras recolectaba sus amadas plantas y le sonreía con cariño. Sintió que desde el cielo le enviaba su bendición y aquello le proporcionó una inmensa paz.

—Ahora toca elegir el peinado —comentó Marie Cécile con entusiasmo mientras le acariciaba el cabello a Sofía—. Creo que deberías dejarte el pelo suelto, con tan solo un recogido en la parte de atrás. Tienes un pelo precioso. Estoy segura de que a Julien le encanta.

—Aún hay tiempo para eso. Es mejor dejar el peinado para lo último. Ahora, bajemos a comer algo —les indicó Annette.

Adrien los había informado de que la ceremonia tendría lugar a las cinco de la tarde, de modo que aún disponían de tiempo para terminar de arreglarse.

Cuando por fin estuvo lista, Sofía volvió a mirarse en el espejo y no pudo creer la imagen que le reflejó.

—Eres la viva imagen de la felicidad, querida. No borres nunca esa sonrisa y esa mirada llena de amor de tu rostro. —Annette se acercó a ella y la abrazó. Antes de que las dos acabasen llorando presas de la emoción, Marie Cécile les pidió que se apresurasen. Parecía haber ruido abajo y eso solo podía significar que el novio y los niños ya habían llegado.

Por su parte, y siguiendo los consejos de su hermano mayor, Julien eligió un frac negro al que añadió una original camisa blanca con botones negros que había comprado en su viaje a Berlín, para darle un toque más sofisticado. Se acentuó los rizos, más largos de lo habitual, se perfumó, quizás un poco en exceso debido a los nervios, y resopló.

—¿Estoy bien así? —preguntó a su hermano.

—Estás perfecto. No hace falta que te esfuerces mucho. Está claro que yo he heredado el buen carácter de padre y tú el porte y la elegancia de los Wagner —rio y le dio una palmada en el hombro—. Venga, ha llegado la hora.

Adrien los esperaba en el invernadero. Al llegar y ver la decoración, Julien sintió que un escalofrío le recorría toda la piel del cuerpo. ¿Sabría su cuñado la importancia que aquel lugar tenía para ellos? Esperaba que no. Aquellas

paredes de cristal habían sido testigos de muchas confesiones de amor, de muchos besos y de un momento íntimo que prefirió olvidar. Notó que las mejillas empezaban a escocerle.

—Aunque hace frío fuera, quería prepararos algo bonito y romántico. Espero que todo sea de tu gusto —dijo Adrien agotado de tanto ajetreo.

—Es perfecto, gracias, Adrien. —Se abrazaron—. Me dejas sin palabras.

Apenas cinco minutos después aparecieron los niños cargando varias cestas llenas de pétalos de flores. A petición de Adrien fueron esparciéndolos por el suelo formando un camino desde la entrada hasta el improvisado altar que habían situado al fondo del invernadero.

El padre Girard llegó en ese momento y terminó de colocar todo lo necesario para la ceremonia mientras esperaban la llegada de la novia que, como era lo habitual, se retrasó unos minutos. En el último momento, Sofía no pudo reprimir unas cuantas lágrimas y sus dos ayudantes tuvieron que esforzarse para retocarle el maquillaje y ocultar cualquier rastro de emoción antes de tiempo. Sin embargo, estuvieron a punto de no lograrlo; cuando el ama de llaves las informó de que la ceremonia tendría lugar en el invernadero, Sofía notó que los ojos se le humedecían en exceso y necesitó un nuevo retoque.

Cuando los niños la vieron llegar, corrieron a avisar a los demás y comenzaron a aplaudir alentados por Adrien, que sonreía feliz. En cuanto Sofía se acercó a la entrada, el sonido de un violín comenzó a tocar los primeros acordes de *Für Elise*. Como regalo improvisado de bodas, Thierry decidió rescatar el viejo violín de su padre y, tras afinarlo como pudo, decidió que era el momento de volver a usarlo. A pesar de que el sonido no era perfecto, aquel bonito gesto emocionó a Julien, que también estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar su emotividad.

Los niños adelantaron a Sofía y se colocaron a ambos lados del altar mientras que Adrien se acercaba a su hermana para acompañarla.

—¿Lista? —Le dio un beso en la mejilla.

—Más que nunca.

—Vamos allá. Que hoy comience el viaje más feliz de tu vida junto al que siempre fue el verdadero dueño de tu corazón.

—Así será. No tengo ninguna duda. —Tras devolverle el beso, se aferró a su brazo y caminó despacio por el camino de flores que la llevaba directa a Julien. Su imagen de pie, esperándola, tan apuesto y con los ojos vidriosos, hizo que el corazón le diese un vuelco.

Él la cogió de la mano y se la apretó al mismo tiempo que le dedicaba la sonrisa más tierna y cálida que jamás había visto reflejada en su rostro. Cuando Thierry terminó de tocar, todos guardaron silencio y el párroco comenzó con la ceremonia. Todos escuchaban con atención y en más de una ocasión se oyó el llanto ahogado de Annette, que no podía dejar de llorar al ver a su querida amiga y a su hermano contrayendo matrimonio. Aquello era demasiado emotivo para ella que aún estaba débil y controlada por las

hormonas tras el parto.

—Yo les declaro marido y mujer. Ya puede besar a la novia.

Nada más escuchar aquellas palabras, Julien se volvió hacia su ya esposa y, tras posar las manos en su rostro, la atrajo hacia él, le dijo que la amaba y la besó con mayor intensidad de la que requería el momento. Si había aprendido algo durante su reencuentro era que no volvería a ocultarle sus sentimientos por muy vulnerable que ellos le hiciesen parecer.

Antes de que pudiesen terminar de besarse y absortos por el mágico momento, los niños comenzaron a lanzar pétalos de flores y a vitorear «¡vivan los novios!, ¡vivan los novios!» con tanto entusiasmo que Jean Michel lanzó la cesta que llevaba al aire y a punto estuvo de golpear al párroco en la cabeza. Todos contuvieron el aliento y respiraron aliviados al comprobar que cayó al suelo sin herir a nadie. A continuación, rompieron a reír.

Felices pero visiblemente emocionados, los dos se giraron hacia Nichole y Elise. Abrieron los brazos para invitarlas a que se acercasen a ellos y así poder abrazarse.

—Cariño, siento no haber podido hablar contigo antes. A veces los mayores hacemos cosas un poco precipitadas —comentó Sofía mientras acariciaba el rostro sonriente de su pequeña—. A partir de hoy, seremos una familia y…

—¿Viviremos en la misma casa que Elise? —la interrumpió la niña.

—Por supuesto. Desde hoy esa será nuestra casa —contestó Sofía señalando la casa de los Dufour.

—¿Elise y yo podremos dormir en la misma habitación?

—No hay necesidad de eso, cielo —afirmó Julien con una sonrisa—. Cada una podréis tener vuestra propia habitación.

—Nosotras queremos dormir juntas, ¿verdad, Elise? —La niña asintió enérgicamente con la cabeza.

Julien y Sofia se miraron con ternura.

—Bueno, si eso es lo que deseáis, así será. A partir de ahora podréis hacer juntas todo lo que queráis.

Las niñas comenzaron a dar saltitos de alegría y volvieron a abrazar a sus padres, quienes las atrajeron para abrazarse todos a la vez. Aquella preciosa escena familiar captó la atención de todos, en especial de Jean Michel, que corrió hacia ellos para unirse al abrazo en común.

De la mano, caminaron juntos hasta la salida, donde fueron felicitados por sus familiares y también por todos los miembros del servicio, a los que Adrien había pedido encarecidamente que asistiesen como miembros de aquella gran familia que entre todos habían formado.

A continuación, el ama de llaves los informó de que habían podido preparar un pequeño menú especial y todos se dirigieron al salón principal para degustar aquellos manjares. La celebración se alargó hasta bien entrada la noche gracias a la rapidez con la que Adrien había logrado contactar con un par de músicos que llegaron tras la cena para animar la velada.

—Querido, nunca dejarás de sorprenderme —le confesó Annette con voz seductora al oído. Él sonrió.

—No podía dejar pasar esta oportunidad. Esta boda ha sido un regalo del cielo. O recupero la calma en mi vida o no voy a ver crecer a mis hijos —afirmó con voz burlona y cierta honestidad.

—Lo sé, querido. Creo que ese momento ya ha llegado. La forma en la que se miran indica que se quieren de verdad y que van a ser muy felices. Quizás estén durante un tiempo demasiado ocupados para prestar atención a nada más que no sea pasar tiempo juntos… ¿no te parece?

—Eso mismo pienso yo. —La besó—. Annette, quiero preguntarte algo… ¿tú crees que lo que Jérôme y yo hicimos en un viaje a Nepal puede ser el motivo por el que esté pagando una especie de karma?

—No lo sé, nunca me has contado qué os pasó. Quizás hoy es el día para ello…

Él la miró alarmado y dejó escapar un suspiro.

—No, mejor dejemos el tema…

Llenos de amor y felices por haber podido compartir con su familia aquel mágico día, Julien y Sofía se despidieron de todos y se marcharon al que sería desde ese mismo instante su hogar familiar. Y, como no podía ser de otra forma, Julien la alzó para entrar en la casa y en brazos la llevó directa a la habitación donde tenía intención de amarla durante toda la noche.

Por la mañana, mientras se miraban en silencio, Julien sintió que el amor por aquella mujer era su verdadero motor, el que dibujaba una sonrisa en su cara cada mañana, el que lograba que los malos momentos fuesen menos difíciles cuando ella aparecía, el que dio sentido a su vida. Sofía le hizo entender que el amor es lo que verdaderamente engrandece al ser humano, más allá del honor. Su amor los liberó por fin para poder volar sin miedo a nada seguros de que, antes de caer, siempre habría unos brazos preparados para amortiguar la caída.

EPÍLOGO

3 años después

—*Ma belle*, date prisa o vamos a llegar tarde al final.

Julien se movía nervioso por el pasillo entrando y saliendo de la habitación de Elise y Nichole, con el pequeño Albert en los brazos mientras comprobaba que las niñas ya estuviesen listas.

—Venga, esperemos a mamá abajo. El carruaje lleva más de veinte minutos aguardándonos y al final Belmont se va a marchar sin nosotros.

—Belmont no puede irse solo, *papa* —comentó Elise tratando de imponer un poco de cordura pese a su corta edad al tiempo que se dejaba ajustar la bufanda por Nichole. Las dos niñas mantenían una relación de hermanas y seguían compartiendo habitación, a pesar de los intentos por parte de sus padres para que cada una pudiese tener su propia alcoba. Disfrutaban estando juntas, sobre todo por las noches, cuando adoraban quedarse dormidas después de que les leyesen un cuento.

—Ilsa, por favor, acompaña a las niñas al carro. Iré a ver qué ocurre con Sofía.

Nada más entrar en la habitación de los gemelos supo lo que había pasado. El pequeño Fabian, que apenas contaba con año y medio, y que era la viva imagen de su padre, pero con la personalidad más sensible de su madre, se había cogido una rabieta y lloraba desconsolado.

—¿Qué ocurre? —Se acercó a ellos con mirada tierna. Fabian era un niño de carácter alegre y afable pero igual de terco que sus dos progenitores y que tendía a enrabietarse en el momento menos oportuno, al contrario que su hermano Albert, más tranquilo y complaciente.

—Por favor, ¿puedes intentar calmarlo mientras termino de arreglarme? —le rogó Sofía con agobio.

—Sí, trae. —Julien se colocó a Fabian en el otro brazo y junto con los dos se acercó a la ventana y comenzó a hablarles sobre el evento tan importante que iba a tener lugar ese mismo día en cuanto fuesen capaces de llegar a donde el resto de la familia los esperaba. Fabian parecía disfrutar de la voz cálida de su padre y siempre se calmaba en apenas unos minutos.

—De verdad, no sé cómo lo haces —protestó Sofía mientras se ponía las joyas que había elegido para tan importante día.

—Si te pones nerviosa él se irrita más, ya lo sabes —le respondió con una amplia sonrisa.

—No es por eso, es por tu voz… tiene algo hipnótico. —Sofía se acercó a

él con una mirada pícara en los ojos que hizo que Julien resoplase.

—Sofía, por favor, ni se te ocurra hacer lo que estás pensando. Llegamos tardísimo. —Ella se acercó aún más y le besó en el cuello—. Imagino que a él le pasa como a mí —le susurró al oído—. Tu voz me transporta a…

—Sofíaa…

—Está bien, ya voy, ya voy. Deja que me perfume y estoy lista.

—Mejor te esperamos abajo… —Le guiñó un ojo al pasar por su lado y ella le lanzó un beso al aire.

Casarse con Julien fue lo mejor que había hecho en su vida. Se sentía inmensamente feliz y plena desde el primer día en el que se dieron el sí quiero y, a pesar de que habían pasado tres años, sentía que seguía sumergida en esa maravillosa sensación de no poder separarse de él, de desear besarlo y acariciarlo a cada instante. Él la correspondía con la misma intensidad, por lo que los días transcurrían llenos de amor, pasión y una complicidad única que los unía tanto que a veces se olvidaban de que estaban rodeados de otras personas. Julien se había vuelto mucho más abierto en cuanto a sus demostraciones de afecto hacia ella, algo que a los demás los seguía asombrando.

Aquella felicidad con sus preciosas niñas se incrementó el día en el que supieron que estaba embarazada. El nacimiento de los gemelos les sorprendió y a la vez llenó su vida por completo y les hizo sentir que por fin estaban logrando tener la vida que siempre habían anhelado: formar una bonita familia y criar a sus hijos de la misma forma en la que ellos mismos fueron educados por sus padres.

Adrien y Annette acababan de tener otro hijo, que apenas contaba con cuatro meses, y era el opuesto a sus otros dos hermanos Jean Michel y Vivianne. Laurent era un bebé muy dormilón y sonriente que parecía haber heredado la personalidad del abuelo Didier, para alegría de sus padres, que ya estaban suficientemente atareados ocupándose de vigilar a los otros dos pequeños, mucho más movidos y revoltosos.

Cuando por fin estuvo lista, salió de la casa y se subió al carruaje.

—*Mommy, you’re late again!* —se quejó Nichole, que había heredado de su padre la puntualidad y corrección británicas.

—*Sorry, honey*, no he podido darme más prisa. No imaginas la rabieta que ha cogido vuestro hermano hace un rato. He tenido que cambiarle la ropa en dos ocasiones.

—Con *papa* no llora nunca —comentó Elise con una bonita sonrisa mientras miraba a su padre, al que adoraba.

—Tu padre tiene un secreto para eso… —Sofía se recolocó en el regazo a Albert, esbozó una juguetona sonrisita y le miró. Él carraspeó y se movió nervioso en el asiento fulminándola con la mirada.

—¿Cuál? —preguntaron las dos niñas al unísono haciendo que Sofía soltase una sonora carcajada al ver como Julien, su amado Julien, su *préféré*, arrugaba los labios.

—Luego hablaremos tú y yo —respondió Julien sin poder evitar morderse el labio con discreción. Después desvió la mirada hacia la ventana mientras se colocaba bien la pajarita con la que Fabian había estado trasteando unos minutos antes.

Como Julien temía, fueron los últimos en llegar. El edificio en la Rue Desbarres estaba rodeado de numerosos carruajes pertenecientes a los invitados y a la prensa que cubriría el evento. Subieron al segundo piso y suspiró tranquilo al ver allí a sus hermanos y comprobar que todo estaba listo.

—¿Dónde estabais? —preguntó Adrien extrañado por el retraso.

—Intenta arreglarte mientras tienes a un niño de año y medio llorando como un loco —protestó Sofía mientras se acercaba a besar a su hermano y a su cuñada.

—No me lo cuentes, sé de lo que me hablas… es solo que me extrañaba que no estuvieseis ya aquí. Habéis dedicado tanto tiempo y esfuerzo a esto que pensé que seríais los primeros en llegar.

—Así es la paternidad, querido hermano. Nunca sabes cuándo puede surgir un imprevisto. —Le guiñó un ojo y comenzó a saludar a todos los invitados, incluidos Thierry, Marie Cécile y sus tres hijos, Bernard, Albert y Cloé, quienes esta vez habían viajado con ellos hasta París para participar en tan relevante acontecimiento para sus familias.

—Bueno, si ya estamos todos, podemos comenzar —aclaró Julien entregando los niños a Ilsa y Emile, una joven niñera, familiar de Ilsa que acababa de llegar desde Alemania y que les ayudaba con el cuidado de la prole. Instó a todos los invitados a tomar asiento mientras él, de la mano de Sofía, se acercaba a un pequeño atril que había al fondo de la sala en la que se encontraban.

—En primer lugar, quisiéramos agradecer la presencia aquí de todos. Para nuestras familias es muy importante poder contar con el apoyo de personas tan relevantes como todos ustedes —dijo mirando a León Richer y otros de los periodistas más importantes del país— a fin de poder anunciar la creación de un nuevo proyecto en el que llevamos un par de años trabajando y en el que hemos puesto todo nuestro cariño y esperanza.

—Por favor, hermanos, acercaos —indicó Sofía a los demás—. Juntos hemos construido este sueño y juntos lucharemos día a día para no solo poder continuar con la labor que nuestros padres comenzaron hace ya muchas décadas, sino para impulsarlo mucho más allá y conseguir el cambio que tanto necesita nuestra sociedad y en concreto las mujeres de nuestro país.

Adrien, Annette, Thierry y Marie Cécile se levantaron de sus asientos y se colocaron al lado de Julien y Sofía, visiblemente emocionados.

—Señoras y caballeros —anunció Julien—, les damos la bienvenida a la sede y redacción central de *Les Parisiens*, un periódico diario, dirigido por nuestras familias, que contará con mujeres en todos los cargos, en las mismas condiciones que los escasos hombres con los que contaremos —sonrió y todos rieron ante aquel comentario— y que hoy nace para cambiar la realidad de

esta gran nación de la mano de las verdaderas heroínas y artífices del cambio: las mujeres.

A continuación, apartaron una cortinilla que ocultaba el logotipo del periódico y que mostraba la primera portada del diario con la foto del cuadro *La libertad guiando al pueblo*, de Eugéne Delacroix. Todos los allí presentes aplaudieron entusiasmados y fueron a felicitar a los Mathieu y los Dufour por su valentía y continuo compromiso con los problemas de la sociedad y los más necesitados.

Tras la recepción que ofrecieron a los invitados y atender a la prensa se juntaron para hacerse el primer retrato de todos los miembros de ambas familias, que quedaría para la posteridad. Emocionados y con la satisfacción de haber logrado perpetuar la labor humanitaria de sus padres, posaron para la fotografía.

—Por favor, miren a la cámara y no se muevan —comentó el fotógrafo.

—No se demore demasiado o no podremos contener a las nuevas generaciones que, como ve, son mucho más inquietas que nosotros —afirmó Adrien, quien trataba de mantener separados a Jean Michel y Vivianne, que se movían nerviosos mientras intentaban quitarse un juguete que la niña portaba en las manos.

—Haremos una cuenta atrás y en ese instante este día memorable quedará grabado para siempre —dijo el hombre al tiempo que preparaba la máquina —: tres, dos, uno…

—¡Jean Michel, no! —gritó Adrien.

Fue tarde, ya que el juguete que portaba la pequeña Vivianne salió volando por los aires en ese mismo instante en dirección hacia la máquina. Por fortuna y tras ofrecer diversas disculpas, la familia Mathieu-Dufour al completo logró quedar inmortalizada para la posteridad. Quizás con el paso de los años, aquella nueva generación de jóvenes inquietos, intrépidos, aunque profundamente humanos y sensibles al cambio tomasen el testigo de sus predecesores y lograsen la tan ansiada y necesaria revolución que las mujeres llevaban siglos y siglos reclamando.

AGRADECIMIENTOS

No puedo empezar este apartado sin hacer una mención especial a todas las mujeres que forman parte de mi vida. Carmen, Jacin, Geli y Lola, curtidas por la vida, pero llenas de amor y ganas de vivir; mi abuela, por haberme enseñado a amar los libros y mi madre, por ayudarme a crecer cada día.

Gracias a todas ellas soy la mujer que soy hoy en día. Todas son ejemplos de valentía, fortaleza y amor infinito que me han enseñado a ser la mejor versión de mí misma y a sentirme orgullosa de mis logros. Juntas somos más fuertes que separadas. Os quiero.

Mis queridas amigas Silvia, Lorena, Irene, Laura y Cristina, gracias de corazón por siempre estar ahí, por vuestro apoyo y confianza en mí. Sin vosotras este sueño no sería real.

A mi editora, Uxue, muchas gracias por tu trabajo y cercanía. Sin ti esto tampoco sería una realidad.

Y, como no podía ser de otra forma, a todas mis lectoras. No tengo palabras para expresar mi gratitud por vuestro apoyo y amor. Me eleváis cada vez que recibo un mensaje vuestro. GRACIAS.

Y por último, un gracias de todo corazón a las personas que me han servido de inspiración para los personajes masculinos. Sois el tipo de hombres que el mundo necesita.

SOBRE LA AUTORA

Laura M. Navarro es una autora de género romántico, nacida en Madrid, licenciada en Filología Inglesa y dedicada a la enseñanza.

Su pasión por los libros y la historia le hizo embarcarse en la trilogía *Les Parisiens*. *Donde resida tu alma* y *Antes de que me ames* preceden a esta novela, con la que se concluye la trilogía.

También ha publicado una novela romántica contemporánea titulada *Las verdades del amor*.

Página de autora

Instagram

Correo electrónico

ediciondetextos.com

Edición 1.ª, 2024

Título: Entre el honor y la libertad

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



Sofía es todo lo que se espera de una dama de la alta sociedad parisina. Al

llegar la noche, adopta una identidad desconocida que le permite luchar por la libertad de mujeres y niños desfavorecidos. Lo que jamás llegó a sospechar es que un amor igual de clandestino pondría en riesgo su vida.

Donde resida tu alma, primera novela de la trilogía *Les Parisiens*, es una trepidante aventura que nos lleva a romper todos los paradigmas e ideas preconcebidas sobre la encorsetada alta sociedad de París durante el siglo XIX.



Adrien es un divertido, apuesto y codiciado soltero de oro que viaja a Nueva York en busca de nuevas aventuras.

Annette siempre ha creído en amores novelescos, pero su vida da un vuelco y su mundo se rompe en pedazos.

Dos amigos y una decisión inesperada que pondrá a prueba su lealtad, su

confianza e incluso sus sentimientos.

Dulzura, pasión y sorpresas. Una fascinante historia que te devolverá la fe en el amor. Si te gustó *Donde resida tu alma*, la primera entrega de *Les Parisiens*, no te puedes perder *Antes de que me ames*.



¿Qué ocurre cuando el caos y el orden chocan irremediablemente? ¿Puede el pasado convertirse en presente en un solo abrir y cerrar de ojos?

Esther siente que su vida no fluye. Tampoco lo hacen sus relaciones. O eso creía hasta que una decisión precipitada y unos preciosos ojos azules como el

mar revolucionarán su mundo.

Davide disfruta de su tranquila vida en Cerdeña. Correcto, responsable, metódico… y ajeno a las consecuencias de un error que cometió en el pasado y que pondrá todo su mundo patas arriba.

Hay momentos que deberían ser eternos…

Otros, nunca deberían haber existido.

NOTAS

[1] Wollstonecraft, Mary (1792). A Vindication of the Rights of Woman. With Strictures on Political and Moral Subjects.

[2] Richer, Léon (1883). Le code des femmes. Ed. Dentu.